

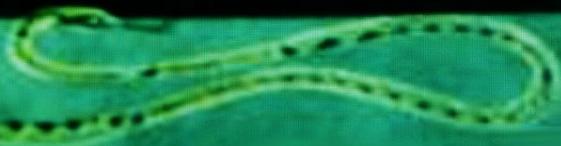
F.H. Fawcett

EXPLORACION



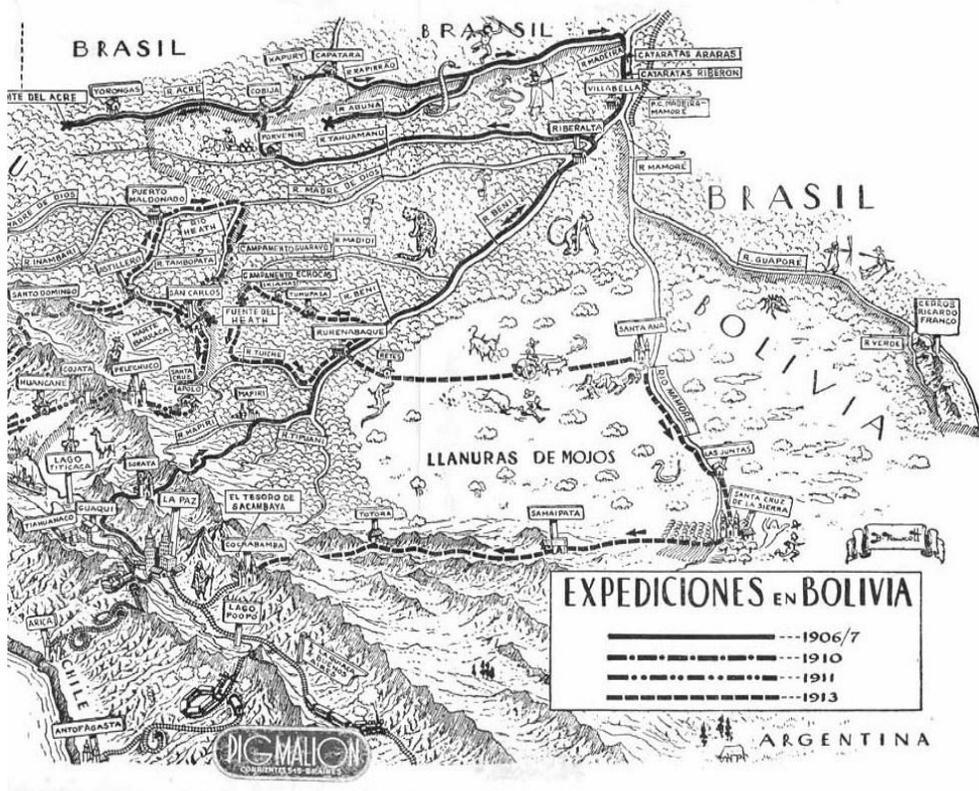
FAWCETT

REG-EAG



FAWCETT

Brian Fawcett



Autor: Brian Fawcett

Esta obra se terminó de imprimir en Cochabamba-Bolivia en julio de 2012.

EDICIÓN LIMITADA ARTESANAL DE HOMENAJE.

PRIMERA EDICIÓN

EMPRESA EDITORA ZIGZAG, S. A.

Santiago de Chile, 1954

ÚLTIMA EDICIÓN

2015 EDITORIAL DE LA CASA DE THARSIS: COCHABAMBA

Si este libro ha llegado a sus manos, es muy importante que difunda la información que contiene.

Denunciemos la mentira del sistema en que vivimos...

Impreso en Cochabamba-Bolivia

Editorial de la Casa de Tharsis

<http://editorialdelacasadetharsis.blogspot.com/>

Traducción de Edith Mützel y Lina Larraín del Campo

Portada de: CHARLES BURLACOV



**Editorial de la Casa
De Tharsis**

EXPLORACIÓN FAWCETT



Adaptada de sus manuscritos, cartas y memorias por BRIAN FAWCETT

El destino del que se queda es siempre el más duro. Por eso — porque ella, como mi compañera en todo, compartió conmigo el peso del trabajo relatado en estas páginas—, este libro-lo dedico a mi esposa "CHEEKY".

PERCY HARRISON FAWCETT

Stoke Canon, Devon

AGRADECIMIENTO:

El autor desea agradecer a la señora George Bambridge, hija de Rudyard Kipling, su autorización para citar dos estrofas del poema de su padre "EL EXPLORADOR". También debe su reconocimiento a los señores Methuen & Co., Ltd, editores de "The Five Nations", obra en la cual aparece este poema.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.....	15
LAS MINAS PERDIDAS DE MURIBECA	15
CAPÍTULO II.....	27
EL IDOLO DE PIEDRA.....	27
CAPÍTULO III	33
EN EL SENDERO DE LA AVENTURA.....	33
CAPÍTULO IV.....	47
EL LÍMITE DE LA SELVA.	47
CAPÍTULO V.....	60
AUGE DEL CAUCHO	60
CAPITULO VI	73
NACIDOS PARA SUFRIR.....	73
CAPITULO VII	85
EL ACRE	85
CAPÍTULO VIII.....	99
RIO DEL MAL	99
CAPÍTULO IX.....	115
DESAGRADABLE INTERLUDIO.....	115
CAPÍTULO X	133
INFIERNO EMPONZOÑADO.....	133
CAPITULO XI.....	152
TRECE FATAL	152
CAPÍTULO XII.....	167
BUEN SALVAJE	167
CAPÍTULO XIII	184

EL TECHO DEL MUNDO	184
CAPÍTULO XIV	200
LA VUELTA DEL CAMINO	200
TOROS Y “BULTOS”	208
CAPÍTULO XVI	225
UNA OJEADA A LA PREHISTORIA	225
CAPÍTULO XVII	246
LA PUERTA DE ACCESO	246
CAPÍTULO XVIII	260
TANTEANDO EL CAMINO	260
CAPÍTULO XIX	268
EL VELO DE LO PRIMITIVO	268
CAPÍTULO XX	283
EN LOS ALBORES	283
CAPÍTULO XXI	294
EL VELO DESCENDE	294
CAPÍTULO XXII	307
EL CONTINENTE MÁS OSCURO	307
EPILOGO	319
CAPITULO SEGUNDO	339
EL NUEVO PRESTE JUAN	339

PRÓLOGO A LA EDICIÓN HOMENAJE.

Sir Percyval Harrison Fawcett nació el 18 de agosto de 1867 en la localidad de Torquay del condado de Devon, Inglaterra; Su padre, nacido en la India, era miembro de la Royal Geographical Society, y, evidentemente, de él heredó Percy su interés por la aventura y las exploraciones. En 1886 recibió un destino en la Artillería Real y sirvió en Trincomalee, Ceylan, donde además conoció a su esposa. Más tarde trabajó para el servicio secreto en África del Norte y aprendió la ciencia de la topografía. También fue amigo de los escritores H. Rider Haggard y Arthur Conan Doyle; Sir Arthur Conan Doyle usaría más tarde sus informes como fuente de inspiración para su famosa novela "El mundo perdido".

La primera expedición de Fawcett a Sudamérica fue en 1906; a consecuencia de las guerras por cuestiones limítrofes entre Brasil, Bolivia y Perú, una comisión tripartita acordó nombrar una instancia imparcial para delimitar definitivamente las fronteras comunes. Se eligió a la Royal Geographical Society, que contrató los servicios de Fawcett por su experiencia en el levantamiento de mapas en el África.

Fawcett realizó siete expediciones entre 1906 y 1924. Descubrió tribus de indios blancos a lo largo de todas ellas, y el rastro de una civilización milenaria que habría tenido su asiento en aquellas regiones amazónicas.

Evidentemente, Fawcett, gracias a regalos, paciencia y comportamiento amable se ganó la confianza de muchos jefes tribales lo que le permitió estudiar el comportamiento de los indios amazónicos, algunos en estado avanzado de degeneración, antropófagos, cazadores de cabezas, sacrificadores humanos, pero que le posibilitaron a su vez, entrar en contacto con remanentes de una etnia de raza blanca que sin duda sería el residuo de una grandiosa nación que habría florecido en eras remotas.

Fawcett recorrió a caballo regiones ignotas de territorio boliviano; hizo una recopilación maravillosa de las leyendas locales por donde paso. Reconoció Tiahuanacu, el Cuzco, y Macchu Picchu, recientemente descubierta en aquellos años de exploración. En 1910 Fawcett hizo un viaje al río Heath para encontrar su origen, proponiendo asombrosos descubrimientos como la planta cuya sabia permitiría amasar la piedra y que dio lugar a la teoría de que con este tipo de conocimientos perdidos los antiguos habrían podido desarrollar su cultura megalítica.

Sin duda, Sir Percival Fawcett inspiró la creación del personaje de ficción Indiana Jones; es absolutamente remarcable que un hombre de valor inaudito haya existido realmente. Recorrió Bolivia, de seguro, como ningún boliviano lo hizo desde entonces, dejando un libro maravilloso: "Exploración Fawcett" que muchos ya han reconocido

como uno de los libros de estudio más importantes para dilucidar la historia de las naciones del ande amazónico y cuya difusión lamentablemente ha sido discontinuada, cosa que se puede evidenciar en la casi inexistencia de ejemplares físicos de la única edición que se hizo en español, así como en el desconocimiento casi total del mismo en la actualidad.

El libro original contiene un importante registro fotográfico que está disponible en internet y en el ejemplar PDF custodiado por el Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia que tenemos a bien compartir en el blog de la Editorial de la Casa de Tharsis.

LA EDITORIAL.

*. . . Una voz, tan insistente como la de la conciencia, creaba matices infinitos en el sempiterno murmullo que noche y día repetía
"Hay algo oculto. Ve y descúbreló. Anda y explora detrás de las montañas. Algo hay perdido detrás de las montañas. Está perdido y te espera, ¡Ve en su búsqueda!*

RUDYARD KIPLING: *"The Explorer"*



CAPÍTULO I

LAS MINAS PERDIDAS DE MURIBECA

Cuando Diego Alvarez se esforzó en llegar hasta la costa a través del Atlántico, luchando contra el oleaje y la desesperación del naufragio de una carabela despedazada, fue para arribar, exhausto, a una playa absolutamente desconocida por los portugueses del siglo XVI. Sólo veinticuatro años antes Colón había descubierto el Nuevo Mundo, encendiendo la imaginación de los aventureros ibéricos. Recién apuntaba la aurora del conocimiento, después de la obscura noche de la Edad Media, y en su totalidad el mundo aún era un misterio en que cada aventura para explorarlo descubría nuevas maravillas. Aún no se fijaba un límite entre el mito y la realidad; el aventurero contemplaba extrañas visiones con pupilas deformadas por la superstición.

Allí donde ahora se alza Bahía en la costa brasileña, cualquier cosa podía existir. Detrás del límite de la selva, en lo alto de esos picachos, se encontrarían probablemente cosas maravillosas, y él, Diego Alvarez, sería el primero de su raza en contemplarlas. Con toda seguridad habría que temer a los nativos del país —quizá seres horripilantes, mitad humanos, mitad bestias, que la tradición había hecho nacer en ese lugar—, pero habría que afrontarlos para encontrar agua y alimentos. Su espíritu de pionero, que lo había impulsado a unirse a ese viaje desgraciado, lo espoleaba a continuar adelante y nadie, sino la muerte, podría detenerlo.

La costa a donde llegó, como único sobreviviente del naufragio, quedaba en territorio de los caníbales tupinambas. Quizá escapó de ser comido gracias a su aspecto singular; tal vez los tupinambas consideraron que era un triunfo sobre las

tribus vecinas el tener un blanco como cautivo. El portugués tuvo que agradecer su salvación especialmente a una joven india llamada Paraguassu, la Pocahontas de Sudamérica, que se encaprichó con Alvarez, convirtiéndose en su esposa y más tarde en la favorita entre varias otras.

Durante muchos años el marino portugués vivió con los indios. Un grupo de compatriotas llegó a Brasil, y Alvarez pudo establecer relaciones amistosas entre los recién llegados y los salvajes. Finalmente, se las arregló para atraer a Paraguassu al seno de la Iglesia y para casar una hermana de la india con otro aventurero portugués. El hijo del matrimonio de la hermana, Melchior Días Moreyra, pasó entre los indios la mayor parte de su vida y era conocido con el nombre de Muribeca. Descubrió muchas minas, acumuló enormes cantidades de plata, oro y piedras preciosas, que eran trabajadas en forma tan espléndida por las hábiles tribus tapuyas, que hacía palidecer de envidia a los primeros colonos europeos.

Muribeca tuvo un hijo llamado Roberio Días, quien desde muchacho se familiarizó con las minas de donde procedían las inmensas riquezas de su padre. En 1610 Roberio Días ofreció al rey de Portugal, *Dom Pedro II*, entregar las minas a cambio del título de Marqués de las Minas. Mostró una rica muestra de mineral de plata y prometió tentadoramente dar más plata que todo el hierro que hubiera en Bilbao.

Solo se le creyó a medias, pero la codicia real era lo bastante fuerte como para aprobar una cédula que le daría el marquesado.

Más Roberio Días se equivocó si creyó que iba a abandonar la corte convertido en marqués. El viejo *Dom Pedro II* era demasiado astuto. Se selló la cédula y se encargó a una comisión que le diera curso sólo después que las minas fuesen descubiertas. Días, a su vez, albergaba sospechas; no iba a confiar ciegamente en la buena fe del rey. Cuando la expedición estuvo a cierta distancia de Bahía, consiguió persuadir al oficial a cargo de la comisión de que abriera el sobre y le permitiera ver la cédula. Descubrió así que se le daba el título militar de capitán. . . , ¡pero no se decía una sola palabra acerca del marquesado! Eso lo decidió. Días rehusó entregar las minas, de manera que el oficial, furioso, lo hizo regresar por la fuerza a Bahía, donde lo arrojaron a la cárcel y allí permaneció durante dos años, hasta que le permitieron pagar su libertad con 9.000 coronas. Murió en 1622 sin revelar jamás el secreto de las minas. Diego Alvarez ya había muerto hacía mucho tiempo; Muribeca también había fallecido y ningún indio quiso hablar, ni aún bajo las más terribles torturas, de manera que Dom Pedro maldijo su falta de sensatez y su mala fe, sin quedarle otro consuelo que leer una y otra vez los informes oficiales de los ensayos hechos con las muestras de plata traídas por Roberio Días.

Se perdió el secreto de las minas, pero durante años las expediciones recorrieron el país esforzándose para localizarlas. Como un fracaso seguía al otro,

poco a poco se comenzó a perder la fe en su existencia, hasta que sólo sobrevivieron como una leyenda, pero a pesar de ello siempre había almas esforzadas que se atrevían a enfrentar a los hostiles salvajes y a morir de inanición, con la esperanza de descubrir un nuevo Potosí.

La región más allá del río San Francisco era tan desconocida para los colonos portugueses de esa época como lo son ahora las selvas de Gongugy para los actuales brasileños. La exploración se hacía demasiado difícil, pues no solamente era necesario contener las hordas de indios salvajes, que disparaban desde una cortina impenetrable flechas envenenadas, sino que faltaba el alimento suficiente para proveer a una expedición lo bastante numerosa como para poder detener los ataques. Aun así, uno tras otro se aventuraban, pero, generalmente, no volvía a saberse jamás de ellos. Estas expediciones fueron llamadas *Bandeiras*, porque estaban respaldadas oficialmente, acompañadas por tropas del gobierno y también por un grupo de misioneros. De cuando en cuando, los civiles se unían con este mismo objeto, armaban a un grupo de negros esclavos, alistaban indios dóciles que les sirvieran de guías y desaparecían en el *Sertão* (selva) durante años, si no para siempre.

Si usted, lector, es de naturaleza romántica, como creo que somos la mayoría de los mortales, encontrará en lo que acabo de relatar, la base para una historia tan fascinante, que no hay otra que pueda comparársele. Yo mismo di con un documento que aún se conserva en Río de Janeiro, y, con la luz de la evidencia recogida en otros lugares, lo creí implícitamente. No voy a ofrecer una traducción literal del extraño relato dado en el documento —la desigual escritura portuguesa está interrumpida en algunos lugares—, pero la historia comienza en 1743, cuando un nativo en Minas Gerais, cuyo nombre no se ha conservado, decidió buscar las Minas Perdidas de Muribeca.

Francisco Raposo —tengo que identificarlo con algún nombre— no iba a amilanarse por las bestias feroces, las serpientes venenosas, los salvajes e insectos, en su intento de enriquecerse a sí mismo y a sus compañeros, tal como lo habían hecho los españoles en Perú y México dos siglos atrás. Formaban un grupo intrépido esos viejos pioneros, quizás supersticiosos, pero allanando con el llamado del oro todos los obstáculos.

Siempre era difícil llevar animales de carga a la región interior, que carecía de huellas y caminos. Existían por todas partes ríos y pantanos, el pasto era escaso y los continuos ataques de los murciélagos vampiros, acababan con el ganado. El clima oscilaba desde muy frío hasta excesivamente caluroso y una sequía total era seguida de lluvias torrenciales, de manera que debía llevarse gran y variada cantidad de equipo. Pero Raposo y su banda no dieron gran importancia a estos contratiempos y se adentraron con optimismo en la selva.

Descubrí hace poco, el sitio exacto donde estuvieron. Era muy hacia el norte. En esos días no existían mapas de la región y ningún miembro de la expedición sabía algo sobre navegación fluvial, de manera que no se puede confiar en las pistas que dejaron en su informe. Los indios los acompañaban de un punto a otro y les sugerían las rutas; en otras ocasiones erraban simplemente en lo desconocido y dejaban que el azar los llevara al codiciado objetivo. Como todos los pioneros, vivían de la pesca y de la caza, de frutas y legumbres hurtadas en las plantaciones indígenas o pedidas a tribus amistosas. Era una vida severa, porque los animales son demasiado recelosos en las selvas de América del Sur, pero los hombres vivían más simplemente en esos días y, en consecuencia, su resistencia era mayor. Raposo, sus compatriotas y sus esclavos negros sobrevivieron para continuar su vagabundaje durante diez años. Sin contar a los indios que se les unían de tiempo en tiempo y que luego desaparecían cuando les venía en gana, la partida estaba formada por dieciocho colosos; quizá éste fue el secreto de su supervivencia, porque las Bandeiras reunían por lo menos quinientos hombres, y existe un informe de una compuesta de 1.400, ninguno de los cuales regresó. Unos pocos podrían subsistir, allí donde todos morirían de inanición.

El grupo se encontró viajando otra vez hacia el este, hacia los poblados de la costa, desanimados por este peregrinaje sin fin y descorazonados por su fracaso en descubrir las minas perdidas. Raposo casi pensaba que eran sólo una leyenda, y sus compañeros ya habían decidido, hacía tiempo, que tales minas no existían. Habían caminado por pantanos y maniguas cuando aparecieron ante ellos montañas dentadas, más allá de una planicie verde interrumpida por estrechos cinturones de selvas. Raposo las describe poéticamente en su narración: “Parecían alcanzar las regiones etéreas y servir de trono al viento y a las estrellas”. Cualquiera que haya pasado meses en el monótono plano de las llanuras apreciará su rapsodia.

No eran éstas montañas comunes; a medida que el grupo se aproximó, los flancos parecieron estallar en llamas, porque había llovido y ahora el sol poniente se reflejaba sobre las rocas húmedas, ricas en cristales y en cuarzo ligeramente opaco, tan común en esta región del Brasil. A los ansiosos exploradores les parecieron tachonadas de piedras preciosas. Torrentes saltaban de roca en roca, y sobre el pináculo de las montañas se formó un arco iris, como para indicar que a sus pies se encontraba un tesoro.

— ¡Es un pronóstico! —gritó Raposo—. ¡Contemplan estas maravillas! Hemos encontrado el tesoro del gran Muribeca.

Cayó la noche, obligándolos a acampar antes de llegar al pie de esas asombrosas montañas, pero al día siguiente, cuando el sol se levantó detrás de ellas, los riscos se alzaron negros y amenazadores, haciendo que se desvaneciera el entusiasmo; sin embargo, para un explorador siempre existe algo fascinante en una montaña. ¿Quién sabe lo que puede ser visto desde su cumbre?

La altura era enorme a los ojos de Raposo y sus compañeros, pero fue sólo cuando comenzaron a escalarlas que se encontraron con precipicios cortados a pique. Todo el día lucharon con cantos rodados y grietas, buscando un camino en esas vítreas laderas. Abundaban las serpientes cascabel, y no existe remedio contra la mordedura de la especie brasileña. Cansado por el duro camino y la constante vigilancia para evitar a estas serpientes, Raposo ordenó hacer un alto.

—Hemos caminado tres leguas y aún no encontramos un camino de subida —dijo—. Sería mejor regresar a nuestra antigua huella y volver hacia el norte. ¿Qué opinan ustedes?

—Acampemos —fue la respuesta—. Ya tenemos suficiente para un día. Mañana podremos regresar.

—Muy bien —respondió el jefe; dirigiéndose después a dos de sus hombres— : José y Manuel, vayan por leña.

Se había organizado el campamento y el grupo descansaba, cuando se escuchó una confusa gritería en la espesura, que los hizo ponerse de pie, arma en mano. José y Manuel aparecieron.

—*Patrío, patrío* —gritaron—. Lo descubrimos... ¡El camino hacia arriba!

Buscando leña para el fuego en el monte bajo, divisaron un árbol caído en la ribera de un pequeño estero boscoso. Era el mejor combustible que podían obtener, y regresaban ya con su carga, cuando un ciervo saltó al otro lado del riachuelo, desapareciendo detrás de una arista del picacho. Preparando sus arcabuces, los dos hombres lo siguieron tan rápidamente como pudieron, ya que con él tendrían carne suficiente para varios días.

El ciervo se había esfumado, pero más allá del picacho se encontraron con una profunda hendidura frente al precipicio y vieron que era posible llegar a la cumbre de la montaña escalándola. Con la excitación olvidaron la leña y el ciervo.

Inmediatamente el grupo levantó el campamento, se echó al hombro sus bultos y siguió a Manuel. Con interjecciones de admiración penetraron en fila india por la hendidura, para descubrir que se ensanchaba a medida que se adentraba en la montaña; se hacía difícil caminar, pero aquí y allá existían rastros de antiguo pavimento y en algunos lugares las escarpadas paredes de la hendidura mostraban borrosas marcas de herramientas. Los agolpamientos de cristales y las masas de cuarzo les producían la sensación de haber penetrado en una tierra de hadas, y la tenue luz que se filtraba sobre sus cabezas a través de las enredadas lianas hacía que renaciera la maravillosa impresión que tuvieron al contemplar las montañas por vez primera.

El ascenso era tan difícil que transcurrieron tres horas antes que surgieran, cansados y sin aliento, en una ladera mucho más alta que los planos que los rodeaban. Desde allí hasta la cumbre existía un terreno limpio, y pronto se

encontraron en lo alto, hombro contra hombro, contemplando, alelados, el asombroso espectáculo que se extendía a sus pies.

Allí abajo, a cuatro millas de distancia, se alzaba una gran ciudad.

Inmediatamente se tendieron detrás de las rocas, ocultándose, esperando que los habitantes no hubiesen visto sus distantes figuras recortadas contra el cielo, porque seguramente se trataba de una colonia de los odiados españoles. O quizás podría tratarse de una ciudad como El Cuzco, la antigua capital de los incas en el Perú, poblada por una raza de gente altamente civilizada, que se defendía de los avances de los invasores europeos. ¿O se trataría tal vez de una colonia portuguesa? También podría ser una plaza fuerte de los *Orizes Procazes*, descendientes de los misteriosos tapuyas, quienes demostraban signos inequívocos de haber sido un día pueblos altamente civilizados.

Raposo se volvió a arrastrar hasta la cumbre y, aun echado en el suelo, miró a su alrededor. La cordillera se extendía hacia el norte y hacia el sur hasta donde sus ojos podían abarcarla; un poco hacia el norte se observaba selva virgen. En primer plano existía una extensa llanura verde y café, interrumpida en parte por brillantes lagunas, pero no divisó signo alguno de vida, no se alzaba humo en el aire quieto, ni un rumor venía a quebrar el silencio total.

Hizo un pequeño gesto a sus compañeros, y uno por uno gatearon por la ladera, dejándose caer protegidos por las rocas; entonces, con miles de precauciones, regresaron al valle, abandonando la huella, para acampar en las proximidades de un pequeño arroyuelo de agua clara.

No encendieron fogatas esa noche y los hombres conversaron cuchicheando; estaban atemorizados ante la vista de la civilización después de esos largos años en la selva, y de ningún modo se consideraban seguros. Dos horas antes de anochecer, Raposo envió a dos portugueses y a cuatro negros para que averiguaran qué clase de gente vivía en ese misterioso lugar; el resto del grupo esperó nerviosamente su regreso y cada ruido de la selva, cada canto de insecto y rumor del follaje les parecían siniestros. Los exploradores no tuvieron nada que contar a su regreso: la falta de refugio les había impedido acercarse demasiado a la ciudad y no habían visto signo alguno de que estuviera habitada. Los indios estaban tan estupefactos como Raposo y los portugueses; supersticiosos por naturaleza, consideraban “tabú” a algunas regiones del país, y ahora temblaban de espanto.

Sin embargo, Raposo obligó a uno de los indios a que explorara completamente solo, después de la salida del sol, al día siguiente. Nadie pudo dormir mucho la noche anterior, y la ansiedad por la suerte del indio les impidió descansar bajo la luz solar. A mediodía regresó éste aterrado e insistiendo en que la ciudad estaba deshabitada; ya era demasiado tarde para continuar el avance en ese mismo

día, de manera que transcurrió otra noche sin descanso, escuchando los extraños rumores de la selva, listos para afrontar el peligro desconocido.

Muy temprano, al día siguiente, Raposo envió adelante una vanguardia de cuatro indios y avanzó hacia la ciudad con el resto de sus hombres; a medida que se acercaban a las murallas, encontraron a los indios que regresaban con la misma historia: el lugar estaba desierto; entonces, con menos precauciones, continuaron hasta llegar a una entrada bajo tres arcos formados de enormes losas. Quedaron tan impresionados con esta estructura ciclópea —similar, seguramente, a las que todavía pueden admirarse en Sacsaihuamán, en el Perú—, que ningún hombre se atrevió a pronunciar una sola palabra y se deslizaron, tan sigilosamente como felinos, por la senda de piedras ennegrecidas.

En lo alto del arco central se veían caracteres grabados profundamente en la piedra gastada por el tiempo. Aunque era inculto, Raposo pudo darse cuenta de que no se trataba de escritura moderna. Un sentimiento de edades pretéritas se cernía sobre todas las cosas, y Raposo tuvo que hacer un esfuerzo para dar orden, en una voz ronca y muy poco natural, de que avanzaran.

Los arcos estaban todavía en buen estado de conservación, pero uno o dos de los colosales soportes, se habían retorcido ligeramente en sus bases. Los hombres avanzaron y entraron en lo que una vez fuera amplia calle, interceptada ahora con pilares quebrados y con hileras de ladrillos cubiertos por la vegetación parasitaria de los trópicos. A ambos lados había casas de dos pisos, construidas de grandes bloques unidos por juntas sin mezcla, de una perfección increíble; los pórticos, estrechos arriba y amplios en la base, estaban decorados con esculturas elaboradas que a ellos les parecieron figuras demoníacas.

La descripción, viniendo de hombres que jamás habían visto Cuzco y Sacsaihuamán o las otras ciudades maravillosas del antiguo Perú —que eran ya increíblemente antiguas cuando llegaron los primeros incas—, no puede ser desechada con displicencia. Lo que vieron y relataron concuerda estrechamente con mucho de lo que aún podemos contemplar hoy. Aventureros incultos, no podían inventar un asunto tan sólidamente corroborado por los restos ciclópeos que ahora les son familiares a tantos investigadores.

Por todas partes existían ruinas, pero muchos edificios estaban techados con grandes losas que aún se mantenían en su sitio. Los hombres que se atrevieron a penetrar en los oscuros interiores y alzaron sus voces, salieron huyendo atemorizados por el eco que les respondía desde las paredes y los techos abovedados. Era imposible decir si quedaban aún restos de mobiliarios, porque en la mayoría de los casos se habían hundido las murallas interiores, cubriendo el piso con escombros, y el estiércol de los murciélagos acumulado durante centurias había formado una

gruesa capa. Tan antiguo era el lugar, que las cosas perecederas, como ser los muebles y los textiles, se debieron desintegrar mucho tiempo atrás.

Apiñados como un rebaño de ovejas temerosas, los hombres continuaron calle abajo hasta llegar a una vasta plaza. En el centro se alzaba una columna colosal de piedra negra, y sobre ella, la efigie de un hombre en perfecto estado de conservación, con una mano descansando en la cadera y la otra apuntando hacia el norte. La majestad de la estatua impresionó hondamente a los portugueses, que se persignaron reverentemente. Obeliscos esculpidos de la misma piedra negra, parcialmente en ruinas, se levantaban en cada esquina de la plaza, mientras en uno de sus costados se alzaba un edificio tan magnífico por su diseño y su decorado, que probablemente era un palacio. Las paredes y el techo se habían derrumbado en muchos sitios, pero sus grandes columnas cuadradas aún se conservaban intactas. Una amplia escalera de ruinosos peldaños conducía a un gran vestíbulo que aún conservaba rastros de pinturas en sus frescos y esculturas. Incontables miles de murciélagos volaban en círculos a través de los oscuros aposentos, y el hedor ácido de su estiércol se hacía insoportable.

Los exploradores se alegraron de poder salir nuevamente al aire libre. La figura de un adolescente estaba esculpida sobre lo que parecía ser la entrada principal. Representaba a un joven sin barba, desnudo de la cintura para arriba, con un escudo en la mano y una banda atravesada sobre un hombro. La cabeza estaba adornada con algo que les pareció una corona de laureles, a juzgar por las estatuas griegas que habían visto en Portugal. Al pie había una inscripción escrita con caracteres extremadamente parecidos a los de la antigua Grecia. Raposo los copió en una tablilla y los reprodujo en su narración.

Frente al palacio estaban las ruinas de otro enorme edificio, un templo, evidentemente; unas figuras desgastadas representando hombres, animales y pájaros cubrían sus paredes y sobre el pórtico había más caracteres que fueron copiados lo más fielmente que Raposo o alguno de sus hombres fueron capaces de hacerlo.

Más allá de la plaza y de la calle principal, la ciudad yacía en completa ruina, hundida en algunos lugares bajo montones de tierra, donde no crecía ni una brizna de pasto o de cualquier otra vegetación. Aquí y allá se abrían profundas grietas, y cuando los exploradores arrojaban piedras en ellas, no se escuchaba el menor sonido que indicara su profundidad. Casi no existía duda de la catástrofe que había devastado el lugar. Los portugueses sabían lo que eran los terremotos y conocían también su poder de destrucción. Edificios completos habían sido barridos, dejando sólo un par de bloques esculpidos para indicar el lugar donde una vez se habían alzado. ¡No era difícil imaginar el espantoso cataclismo que había devastado ese maravilloso lugar; columnas y bloques que pesaban cincuenta toneladas o más

yacían por el suelo, ¡y se había destruido en pocos minutos la penosa labor de miles de años!

El extremo más lejano de la plaza terminaba en un río de cerca de treinta yardas de ancho, que corría en línea recta desde el noroeste y desaparecía en la lejana selva. Alguna vez un hermoso paseo debió haber bordeado el río, pero los ladrillos ahora estaban derrumbados y gran parte de ellos se habían hundido en la corriente. Al otro lado del agua había campos que alguna vez fueron cultivados, pues aún se encontraban cubiertos con abundante pasto y gran profusión de flores. El arroz se había propagado y medrado en los sombríos pantanos y las aguas parecían vivas con los patos que pululaban por miles.

Raposo y sus hombres vadearon el río y atravesaron los pantanos hasta llegar a un edificio aislado, situado a un cuarto de milla de distancia, y al hacerlo los patos apenas se molestaron en retirarse de su sitio. La construcción estaba rodeada por una escalera de peldaños de piedra de variados colores, porque estaba situada en una altura, y su frontis abarcaba 250 pasos. La imponente entrada, detrás de un monolito cuadrado con caracteres profundamente grabados, había resistido en forma increíble los embates del tiempo. Encontraron quince aposentos que se comunicaban con el vestíbulo central; en cada uno de ellos descubrieron una cabeza de serpiente, mientras aun brotaba un delgado chorro de agua de la boca abierta de otra cabeza de reptil situada más abajo. El lugar podía haber sido el aula de un monasterio.

La ciudad estaba desierta y en ruinas, pero los riquísimos campos que la rodeaban proveyeron de mucho mejor alimento a los exploradores que lo que podían encontrar en la selva virgen. No es por tanto sorprendente que, pese a su terror por el lugar, ninguno de los hombres se sintiera ansioso de abandonarlo. Su temor se esfumó ante la ambición por tesoros y este sentimiento aumentó cuando Joáo Antonio —el único miembro de la partida a quién se le menciona por su nombre en el documento— encontró una pequeña moneda de oro en el ripio. En una de sus caras mostraba la efigie de un joven arrodillado y en la otra un arco, una corona y un instrumento musical no identificado. Pensaron que el lugar debía estar lleno de oro: cuando los habitantes huyeron seguramente sólo llevaron los objetos más indispensables para su supervivencia.

El documento sugiere el descubrimiento del tesoro, pero no da detalles. Puede ser que la pesada aura de calamidades que se cernía sobre el lugar haya sido demasiado para los nervios de esos supersticiosos pioneros. Quizá los millones de murciélagos los aterraron; de todas maneras, es poco probable que hayan traído consigo alguna cantidad de riquezas, porque les esperaba un viaje formidable si alguna vez querían ver de nuevo la civilización, y ninguno de ellos se sentía ansioso de cargarse con mayor cantidad de equipo que el que ya tenían que llevar a cuestas.

Era peligroso cosechar arroz de los pantanos y cazar patos, si a eso puede darse el nombre de caza. Eran comunes las anacondas suficientemente grandes como para matar a un hombre, y las serpientes venenosas, atraídas por la caza, emergían de todas partes, alimentándose no sólo de pájaros, sino - también de jerboas, “ratas saltarinas como pulgas”, según las describe el narrador. Perros salvajes, brutos grises, grandes como lobos, rondaban en los planos, y, a pesar de ello, ningún hombre se atrevía a dormir dentro de la ciudad. Levantaron el campamento justamente más allá de la reja que descubrieron primero, y desde allí contemplaron al atardecer las legiones de murciélagos que salían de los grandes edificios, para dispersarse en las tinieblas con un seco batir de alas que semejava el primer rumor de una tormenta que se avecina. Durante el día el cielo se veía negro de golondrinas atraídas por la prolífica vida de los insectos.

Francisco Raposo no tenía idea de dónde se encontraban, pero, por último, decidió seguir la corriente del río a través de la selva, esperando que los indios recordarían las señales cuando regresasen con una expedición equipada en buena forma para extraer la riqueza de esas ruinas. Cincuenta millas más abajo, llegaron a una imponente cascada y en un acantilado vieron señales de trabajo de minas. Aquí se detuvieron por más tiempo; la caza era abundante, muchos de los hombres estaban enfermos de fiebre y los indios se pusieron nerviosos, temiendo la posibilidad de que hubiese tribus hostiles en la vecindad. Más abajo de la cascada, el río se extendía en una serie de lagunas pantanosas, comunes a estos ríos de Sudamérica.

La investigación probó que lo que se creían bocas de minas eran solamente hoyos. Ellos carecían de medios para explorarlos, pero en sus entradas se encontró una cantidad de mineral de oro de rica ley. Aquí y allá se veían cuevas horadadas a mano; algunas de ellas estaban selladas con grandes losas, sobre las que se habían esculpido extraños jeroglíficos. Las cuevas deben haber sido tumbas de los monarcas o de los altos sacerdotes de la ciudad. Los hombres trataron en vano de mover las losas.

Los aventureros se imaginaron a sí mismos como si fueran ya individuos de fortuna y se pusieron de acuerdo en no revelar una palabra a nadie, con excepción del virrey, con quien Raposo tenía una deuda de gratitud. Volverían tan pronto como les fuera posible a tomar posesión de las minas y sacarían todos los tesoros de la ciudad.

Entretanto una partida expedicionaria había sido enviada a explorar río abajo. Después de atravesar los lagos y los remolinos durante nueve días, percibieron una canoa impulsada por dos “hombres blancos”, con largo pelo negro y vestidos con una especie de tela. Dispararon un tiro para atraer su atención, pero la canoa se alejó, perdiéndose de vista. Cansados de la fatigosa tarea de dar amplios rodeos

alrededor de los pantanos y temerosos de continuar adelante con un grupo tan pequeño, regresaron a la cascada.

Raposo sintió la necesidad de ser cauteloso, ahora que él y sus compañeros tenían la fortuna al alcance de su mano. No deseaba arriesgarse en un encuentro con indios hostiles y, por eso, se dirigió hacia el oriente. Después de algunos meses de dura travesía llegaron al banco del río Sao Francisco, cruzaron desde allí hasta el Paraguassu y, por fin, alcanzaron a Bahía. Desde allí, envió el documento, cuya historia acabo de contar, al virrey, don Luiz Peregrino de Carvalho Menezes de Athayde.

Nada hizo el virrey, y tampoco se puede decir si Raposo regresó o no al lugar donde hiciera su descubrimiento. En todo caso, no se volvió a saber nada de él. Durante casi un siglo el documento fue encasillado en Río de Janeiro, hasta que el Gobierno del Estado comisionó a un sacerdote joven para que fuera a investigar; esta exploración fue totalmente sin éxito, pues, al parecer, se llevó a cabo con poca inteligencia.

Era difícil para una administración empapada en el estrecho fanatismo de una Iglesia todopoderosa prestar mucho crédito a una cosa tal como una antigua civilización. En esos días, Egipto era aún un misterio y el espíritu eclesiástico, que premeditadamente destruyó los valiosos documentos de Perú y México, estaba en su apogeo.

Sé que la ciudad perdida de Raposo no es la única en su género. El difunto cónsul británico en Río fue llevado a un lugar semejante en 1913 por un indio mestizo, pero se trataba de una ciudad mucho más accesible, en un terreno no montañoso y completamente hundido en la selva; también se distinguía por los restos de una estatua colocada en un gran pedestal negro en el centro de una plaza. Por desgracia, un chaparrón ahuyentó a su animal de carga y tuvieron que regresar inmediatamente para evitar la muerte por el hambre.

Hay otras ciudades perdidas además de estas dos, y existe otro remanente de una vieja civilización; su pueblo ha degenerado ahora, pero aún conserva vestigios de un pasado olvidado, en momias, pergaminos y láminas de metal cinceladas; es un lugar como el que describe la historia, pero algo menos estropeado por terremotos y muy difícil de encontrar. Los jesuitas lo conocían y también un francés, que en este siglo hizo varios esfuerzos infructuosos para encontrarlo. Igual cosa puede decirse de cierto inglés que había viajado mucho por el interior y que supo del sitio por un viejo documento que está en poder de los jesuitas. Sufría de cáncer avanzado, o bien murió de su mal o se perdió.

Yo soy probablemente el único que posee ahora el secreto y lo obtuve en la dura escuela de experiencia de la selva, apoyada en un cuidadoso examen de todos

los documentos de valor en los archivos de la República, así como también en otras fuentes de información, de ninguna manera fáciles de conseguir.

Fuera de Sudamérica no son conocidos los detalles que acabo de dar y, en verdad, aun los países que más tienen que ver con el secreto saben muy poco sobre él. Sin embargo, sabios nativos y extranjeros, de considerable erudición, que se encuentran en Brasil, están de acuerdo en que una vieja y perdida civilización puede ser la única llave que abra el enigma de la extraordinaria alfarería y de las inscripciones que han sido descubiertas. Ellos conocen las leyendas que corrían en tiempos de la Conquista y se dan cuenta de la enorme extensión de las selvas inexploradas.

Un eminente brasileña;*hombre de letras, escribe que sus estudios lo han convencido de que “los autóctonos de América vivían en las edades más remotas en un estado de civilización grandemente diferente del actual. Por una serie de razones esta civilización degeneró y tendió a desaparecer, pero Brasil es el país donde aún pueden ser encontrados sus vestigios”.

El agrega: “No es improbable que en nuestras selvas, aún poco conocidas, puedan existir ruinas de antiguas ciudades”.

El general Cunha Mattos, fundador del Instituto Histórico de Río, corroboró vigorosamente esta opinión.

¡Creo yo que ambos están en la razón, y sólo ansío que la iniciativa pública fomente las exploraciones responsables, antes de que lleguen los vándalos!

Los brasileños inteligentes apadrinan las expediciones y los estudios etnológicos, como se evidenció en el mensaje al Congreso de Historia Nacional de Río de Janeiro en 1914, cuando la Expedición Roosevelt, escoltada regiamente a lo largo de la línea telegráfica del Matto Grosso hasta el río Du- vida, fue aclamada como “la inauguración de una nueva era que nos inicia en el conocimiento de nuestras tierras vírgenes y de la gente que las habita”.

Es más que eso aún: es una investigación de importancia mundial, porque ¿qué puede ser más subyugante que el penetrar en los secretos del pasado y arrojar luz sobre la historia de la civilización misma?



CAPÍTULO II

EL IDOLO DE PIEDRA

TENGO EN MI PODER UNA IMAGEN ¹ de cerca de diez pulgadas de alto, esculpida en un trozo de basalto negro.

Representa una figura con una placa en el pecho, sobre la cual hay tallados un gran número de caracteres; y alrededor de las caderas tiene una banda tallada en forma similar. Me la dio Sir H. Rider Haggard, quien la obtuvo en Brasil, y yo creo firmemente que procede de una de las ciudades perdidas.

Existe una propiedad particular en esta imagen de piedra, que experimentan todos cuantos la sostienen en sus manos: es como si una corriente eléctrica le subiera a uno por el brazo, y tan fuerte es el choque, que muchas personas se ven obligadas a dejarla prontamente en su sitio. Ignoro por qué ocurre esto.

Los expertos del Museo Británico fueron incapaces de decirme nada sobre el origen del ídolo.

—Si no se trata de una patraña, quiere decir que está por sobre nuestra experiencia —me respondieron.

No se fabrican patrañas, a menos que sea para venderlas como antigüedades, ¿y qué objeto tendría elaborar un artículo así, si nadie estaría siquiera capacitado

¹ Ver ilustración 4.

para demostrar su falsedad o lugar de origen? Estoy completamente seguro de que mi imagen no es una falsificación, porque catorce de los veinticuatro caracteres esculpidos en ella se repiten por separado en varias piezas de la antigua alfarería brasileña.

Sólo se me ocurrió un medio para descubrir el secreto de la imagen de piedra: Conocerlo gracias a la psicometría, un método que puede provocar la burla de mucha gente, pero aceptado ampliamente por otras que mantienen su mente libre de prejuicios. Admito que la ciencia de la psicometría está aún en su infancia en nuestros países occidentales, aunque se ha desarrollado altamente en el Oriente, y es necesario separar cuidadosamente de los resultados finales las reminiscencias de comunicación telepática que pueden mezclarse con ellos. Está basada en la teoría de que cada objeto material conserva en sí mismo la marca o huella de sus vicisitudes físicas, y que esta marca o huella está al alcance de una persona suficientemente sensitiva como para captar estas vibraciones especiales. Un buen ejemplo lo encontraríamos en un receptor de radio, porque la ciencia de la radiocomunicación habría sido mirada como burda superstición cien años atrás. De todas maneras, yo voy a contar los hechos, y el lector puede aceptarlos o refutarlos como le plazca. Yo era absolutamente desconocido para el psicómetro que sostuvo la figura en una mano y que en completa obscuridad escribió lo siguiente:

“Veo un continente grande, de forma irregular, extendiéndose desde la costa norte de África hasta Sudamérica. Numerosas montañas existen sobre su superficie; de vez en cuando un volcán parece estar a punto de hacer erupción. La vegetación es prolífica, de naturaleza tropical o subtropical.

”En el lado africano del continente la población está desparramada. Las gentes son bien formadas, pero de un tipo imposible de describir, de tez muy oscura, aunque no negroide.

Sus rasgos más sobresalientes son los pómulos muy altos y los ojos de agudo brillo. Diría que su moral deja mucho que desear y que su religión bordea la demonología. Veo ciudades y pueblos que revelan signos de avanzada civilización y existen ciertos edificios adornados que tomo por templos.

”Me parece que me transportan al lado occidental del país. Aquí la vegetación es densa, la flora más esplendorosa y los habitantes muy superiores a los otros. La región es montañosa, y tallados a medias en la roca de los acantilados, elaborados templos proyectan sus fachadas sustentadas por columnas hermosamente esculpidas. Procesiones de seres que parecen sacerdotes entran en estos templos y salen de ellos, y un alto dignatario o jefe usa una placa en el pecho semejante a la que tiene la figura que en estos momentos sostengo en mis manos. Está oscuro dentro de los templos, pero sobre el altar veo la representación de un gran ojo. Los sacerdotes hacen invocaciones a este ojo y todo el ritual parece ser de naturaleza

oculta, unido a un sistema de sacrificios, pero no puedo ver si se trata de víctimas animales o humanas.

"Colocadas en varios lugares del templo existen algunas efigies semejantes a la que tengo en mi mano, y ésta era, evidentemente, el retrato de un sacerdote de alto rango. Veo que el sumo sacerdote la coge y se la entrega a otro oficiante, con instrucciones para que la guarde cuidadosamente y a su debido tiempo la entregue a otro ya señalado, quien a su vez debe entregarla, de manera que así pase de mano en mano hasta que por último llegue a poder de uno en quien se haya reencarnado el personaje que la imagen encarna, pues muchas cosas ahora olvidadas se podrán explicar gracias a su influencia. La numerosa población de las ciudades occidentales parece dividirse en tres clases: la jerarquía o grupo dominante con un monarca hereditario, la clase media y los pobres o esclavos. Esta gente es dueña absoluta del mundo y muchos de ellos practican la magia negra de una manera alarmante.

"Oigo una voz que dice: "¡Contemplan el destino de los presuntuosos! Piensan que el Creador está bajo su influencia y sujeto a sus poderes, pero ha llegado el día de la retribución.

¡Esperen y contemplan!" Entonces veo volcanes en violenta erupción, lanzando lava llameante por sus laderas, y toda la tierra tiembla con terrible estruendo. El mar se levanta como en un huracán, y una enorme porción de tierra, tanto del lado oriental como del occidental, desaparece bajo el agua, dejando inundada, pero visible, la parte central. La mayoría de los habitantes se han ahogado o han sido aniquilados por el terremoto. El sacerdote a quien se le dio esta efigie huye de la ciudad hundida hacia las colinas, donde esconde su sagrada carga, y continúa después su huida hacia el este.

"Muchos hombres acostumbrados a la vida marina se embarcan en botes y parten; otros escapan hacia las montañas centrales, donde se les van a juntar refugiados que vienen del norte y del sur.

"La voz dice: "¡La sentencia de Atlanta será el destino de todos los que pretenden alcanzar poder divino!"

"No puedo obtener la fecha exacta de la catástrofe, pero fue muy anterior al esplendor de Egipto y ya ha sido olvidada, excepto, quizá, en mitos.

"En cuanto a la imagen, tiene poder maléfico sobre los que no están en afinidad con ella; aún más, diría que es peligroso reírse de ella..."

Otros psicómetros sostuvieron la figura de piedra y dieron impresiones que concordaban estrechamente con la que acabo de transcribir. En todo caso, cualquiera que sea su historia, yo la miro como una posible llave que descubra el secreto de la Ciudad Perdida, y cuando empiece su búsqueda, la imagen me acompañará. La conexión de la Atlanta con regiones de lo que es actualmente Brasil no debe ser mirada despreciativamente, y el creer en ello, con confirmación científica o sin ella,

depara explicaciones para muchos problemas que de otra manera serían misterios insondables. Más tarde yo tendré mucho que decir sobre este tema.

En la época en que escribo estas líneas (1923), estoy esperando, con toda la paciencia de que soy capaz, la culminación de los planes para la próxima expedición en que buscaré la ciudad encontrada por Raposo y sus hombres. Creo poseer ahora las informaciones correctas, y con buena suerte llegaremos hasta la ciudad. Teniendo en cuenta las difíciles condiciones del viaje, no dejaré al azar el elegir el resto del grupo, ya que me ha sido imposible alcanzar hasta ahora mi objetivo debido a la falta de valor de mis compañeros y a menudo lamento no poder ir completamente solo. Esta no será una expedición cómoda, con un ejército de guías y animales de carga, porque las expediciones demasiado numerosas no llegan nunca muy lejos; se pasean en los bordes de la civilización y se calientan gustosamente con el sol de la publicidad, pero cuando comienza la verdadera selva desaparecen los cargadores por temor a los salvajes. Los animales no pueden ser empleados debido a la falta, de pastos y a los ataques de insectos y murciélagos, ni hay guías, porque nadie conoce la región. La solución es reducir el equipo a un *mínimum*, llevando todo sobre las propias espaldas y confiando en que será posible subsistir haciendo amistad con las distintas tribus que se van encontrando. Se puede o no se puede obtener caza; por las probabilidades, se desearía llevar un rifle calibre 22, pero aun esta arma significa un peso que uno más tarde soporta de mal grado. Naturalmente, hay que descartar las carabinas, revólveres y municiones. Es mucho más peligroso disparar a una bestia que dejarla partir sola, y en cuanto a los salvajes..., bien, el salvaje que pretende matarlo a uno está siempre invisible, ¡y un rifle no puede competir con saetas o flechas envenenadas durante una emboscada en la selva!

Jack, mi hijo mayor, me acompañará en el próximo viaje, y el tercer miembro de la partida será su compañero de colegio, Raleigh Rimell, quien se encuentra actualmente en Los Ángeles, California. Hace tiempo que no veo a Raleigh y, por lo tanto, desconozco sus condiciones físicas actuales, pero Jack está en forma perfecta. Es alto, de gran vigor físico y absolutamente virgen de cuerpo y alma. No fuma ni bebe y yo tampoco; uno pierde el hábito cuando se le terminan las reservas de licor o de tabaco. Yo deje esas cosas hace ya mucho tiempo. El envidiado tiene que sufrir una desventaja casi inaguantable cuando no puede conseguirse ninguna de las dos cosas en la selva y más de un compañero mío ha abandonado la expedición por este motivo.

Hasta ahora yo sólo he conocido dos hombres capaces de soportar las prolongadas vicisitudes; uno de ellos ya ha muerto y el otro se casó, estableciéndose, por lo que no sería justo pedirle que me acompañara. Sin embargo, yo estoy seguro de Jack, que es lo suficientemente joven para adaptarse a cualquier condición de vida; unos pocos meses de viaje lo endurecerán lo necesario. Si me sigue, estoy

seguro de que no contraerá las variadas pestes y enfermedades que proliferan en las selvas sudamericanas, y en una emergencia creo que su valentía responderá bien. Raleigh lo seguirá a cualquier parte.

Jack y Raleigh tienen que aprender a nadar hundiéndose profundamente bajo el agua. Sin una experiencia previa, se verán enfrentados con supremas pruebas que necesitarán endurecimiento. Yo mismo tuve que acostumbrarme gradualmente, además poseía ya varios años de vida militar en los trópicos. Siendo por naturaleza un lobo solitario y abstemio, no me había ablandado con el gin y el whisky cuando llevé a cabo mi primera aventura en Sudamérica, y como cada expedición coronada por el éxito fue más difícil que la anterior, mi proceso de resistencia fue continuo. Aunque he abominado de la vida militar, debo confesar que ésta tuvo el mérito de hacerme atractivo el trabajo y me sirvió de aprendizaje para algo que me parece mucho más valioso. Quizá haya sido para mejor el que mi infancia en Torquay se haya deslizado huérfana de cariño materno y paterno, porque esta circunstancia me hizo más circunspecto, aunque pasé espléndidos ratos con mi hermano mayor y mis hermanas. Hubo también años escolares en Nevvton Abbot que en nada alteraron la visión que me había formado sobre el mundo.

Vinieron después los años de cadete en Woolwich, y en 1880, cuando tenía diecinueve, fui destinado a la Artillería Real, pasando mis primeros años de juventud en la guarnición de Trincomalee, Ceylán. Aquí fue dónde conocí a mi futura esposa, cuyo padre en esa época era juez de distrito en Galle.

La vida en Ceylán era tan agradable como puede ser la vida de regimiento. Había que hacer trabajo interesante, mucho deporte —especialmente bogar en la incomparable bahía—, y no existían demasiadas restricciones. En realidad, yo podría haber aprovechado de un período de servicio más prolongado en esa la más hermosa de todas las islas, pero tuve que regresar a Inglaterra para tomar el Curso Largo de instrucción de artillería en Shoeburyness. Después fui a Falmouth, y en enero de 1901 me casé.

Mi esposa me ayudó a salir de mi acostumbrada reserva, pero aún no se borraba del todo el hábito del “lobo solitario”, y continué buscando senderos por mi propia cuenta, que encontraba preferibles a los caminos trillados. Tuve que efectuar un trabajo muy interesante de servicio secreto en el Norte de África en 1901, seguido por una temporada en Malta, donde, con la capacitada ayuda de mi esposa, aprendí el arte de la topografía. Para nuestra gran satisfacción, fuimos hacia el Oriente otra vez a fines de 1902, y después de una breve estada en Hong-Kong, nos encontramos de vuelta en nuestra amada Ceylán, donde nació nuestro hijo mayor en Trineomalee, en 1903.

Fue con pena en el corazón que abandonamos Ceylán en 1904 y regresamos para ser destinados a Spike Island, Co. Cork, Irlanda. Pero ahora estábamos cerca de

la reja que nos franquearía el paso a una nueva vida. En 1906 me hicieron el ofrecimiento de delimitar las fronteras de Bolivia.

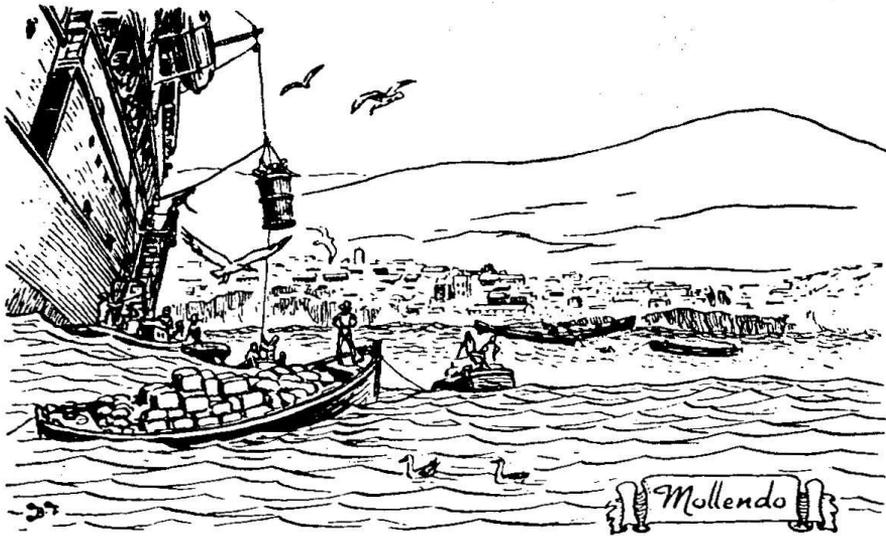
La Sudamérica en que comienza mi historia era muy diferente de la actual. En 1906, Perú y Bolivia aún no se habían recobrado de la devastadora guerra contra Chile, la Guerra del Pacífico, de 1879-82. Las repúblicas de la costa occidental apenas habían sufrido la influencia del creciente desarrollo industrial; eran netamente agrarias e imbuidas en las tradiciones de la España colonial, aunque su potencial riqueza mineral estaba siendo explotada por capitales extranjeros. Chile, floreciendo gracias a su nitrato, estaba quizá más alerta que las otras a la existencia del modernismo, pero en todas ellas había muchas cosas que parecían ridículas al extranjero, porque el europeo olvidaba con facilidad que, apenas un siglo atrás, él había pasado por la misma etapa.

La falta de leyes restrictivas hacía que Sudamérica fuese el perfecto terreno de caza de los rufianes, de los hombres sobregirados y de los cazadores de fortuna; los puertos eran bulliciosos focos de vicio, a los cuales llegaban hordas de marineros de los veleros, los vapores volanderos y los caleteros. Por supuesto, también había extranjeros serios y, sin duda, su benéfica influencia ayudó a formar el aspecto de la Sudamérica actual. Muchos de estos nobles extranjeros desearon dar algo al país de adopción, del que tanto tomaban, y los hospitalarios y sufridos nativos observaron esta actitud y tendieron su mano en sincera amistad.

Estos mismos países están ahora en pleno vigor de la juventud y comienzan a ocupar su verdadero puesto en el mundo; los juguetes de la infancia y las pedanterías de la adolescencia han sido ya dejados de lado para siempre, y sus pueblos, una sola raza, aunque separados por fronteras políticas, adquirirán, inevitablemente, conciencia de unidad. La grandeza que les espera está sólo un poco más allá del horizonte, si no se encuentra ya ante nuestra vista.

Todos los que han vivido en esas tierras y aprendido a conocerlas, quedan cautivos de su encanto irresistible. El lector caería en el más grande error si juzgara el estado actual de esos pueblos de acuerdo con mis impresiones en la primera década de este siglo, porque las condiciones sociales de entonces eran tan diferentes a las de hoy, como las de la era napoleónica comparadas con las de nuestra sociedad actual.

Lo que no ha cambiado son los ríos silenciosos deslizándose por los bosques del interior, porque para ellos es un día el paso de un milenio, y aún esconden bajo su velo impenetrable los misterios sobre los cuales he escrito. Se alza la cortina y nos encontramos con escenas totalmente diferentes de las de la vida cotidiana. ¡Acompañenme y se convencerán!



CAPÍTULO III EN EL SENDERO DE LA AVENTURA

¿SABE ALGO DE BOLIVIA? Me preguntó el presidente de la Real Sociedad Geográfica.

Su historia, como la del Perú, siempre me había fascinado, pero fuera de eso no conocía nada del país, y así le respondí.

—Nunca he estado allí —me replicó—, pero su riqueza potencial es enorme. Lo que se ha explotado hasta ahora ha sido sólo rasguñar en la superficie. Por lo general, cuando se habla de Bolivia, se piensa que es un país que está en el techo del mundo. Es cierto que gran parte de él está en las montañas, pero más allá de ellas, hacia el este, existe una inmensa área de selva tropical y de planos, que, de ninguna manera, se han explorado totalmente.

Cogió un atlas grande de su escritorio, y con su dedo indicó las páginas.

—Vea usted, mayor, éste es el mejor mapa que tengo del país. Me lo entrego y se acercó a mí para enseñarme sus características.

— ¡Mire esta área! Está llena de espacios en blanco, porque se conoce tan poco lo que hay allí; muchos de los ríos que aquí se muestran son sólo acertijos, y los lugares nombrados, meras plantaciones de caucho. ¿Sabía usted que es tierra de caucho?

”La frontera oriental de Bolivia sigue por el río Guaporé desde Corumbá hasta Villa Bella, en la confluencia con el río Mamoré, donde el Beni se transforma en el Madeira y eventualmente desemboca en el Amazonas. Al norte corre por el Abuna hasta el Rapirrar, y, entonces sigue por tierra hasta el río Acre. Es dudosa toda esta frontera norte, porque aún no se han efectuado topografías correctas. La frontera occidental sigue por el Madre de Dios, a lo largo del Heat —río que aún no ha sido explorado hasta su nacimiento—, continúa después hacia el sur y cruza los Andes al lago Titicaca. En la frontera sur está el Chaco, que es el límite con Paraguay, y más hacia el oeste se encuentra la frontera con Argentina, la única que se ha fijado definitivamente.

”Ahora, arriba, en la tierra del caucho, a lo largo del Abuna y del Acre, donde se encuentran Perú, Brasil y Bolivia, existen controversias respecto a los límites. Y el caucho ha alcanzado ahora un precio tan fantásticamente alto, que hasta podría estallar una conflagración si no se dilucida a quién pertenece el terreno.

—Un momento —interrumpí—. Todo lo que me cuenta es sumamente interesante, pero, ¿qué tiene que ver conmigo?
El presidente sonrió.

—A eso voy. Ante todo, quería describirle el terreno. . . Los países comprometidos en la disputa sobre fronteras no están preparados para querer aceptar una demarcación efectuada por las partes interesadas. Se ha hecho necesario pedir los servicios de otra nación, en la que se pueda confiar que actuará sin parcialidad. Por esta causa, el gobierno de Bolivia, por intermedio de su representante diplomático acreditado aquí en Londres, ha pedido a la Real Sociedad Geográfica, que actúe como árbitro, y que recomiende, a un experimentado oficial del ejército para que trabaje en nombre de Bolivia. Como usted completó con éxito sobresaliente nuestro curso de delimitaciones de fronteras, pensé inmediatamente que sería el hombre indicado. ¿Se interesa en efectuar este trabajo?

¡No me iba a interesar! Esta era la oportunidad que yo andaba buscando, la oportunidad para escapar de la monótona vida de un oficial de artillería en los regimientos de su patria.

El War Office me había prometido a menudo que me daría trabajo de delimitación de fronteras tan pronto adquiriera el conocimiento necesario, de manera que me hice competente a costa de sacrificios y dinero; pero pasaba el tiempo sin que se realizaran mis esperanzas, y comencé a dudar de esas promesas. ¡Ahora, de un lugar inesperado, llegaba la oferta que yo tanto ansiaba! Mi corazón latía cuando miré al presidente y fue con gran esfuerzo que adopté un aire de precaución.

—Parece interesante, ciertamente —dije—, pero quisiera saber más detalles, primero. Debe haber otra cosa además del trabajo de agrimensura.

—Sí, la hay. Lo que realmente vale es la exploración. Puede ser difícil y aun peligrosa. No se sabe mucho de esa parte de Bolivia, excepto que los salvajes tienen una pésima reputación. Se escuchan las más espantosas historias de esa tierra del caucho. Existe, además, el peligro de las enfermedades que reinan en todas partes. No tengo para qué pintarle un cuadro atractivo a usted, porque veo ya, si no me equivoco, un centelleo en sus ojos.

Me reí.

—La idea me atrae, pero todo depende de que el War Office esté dispuesto a secundarme.

—Me doy cuenta —replicó—. Tendrá algunas dificultades, pero estoy seguro de que por fin le darán permiso, apoyado como está por la Royal Geographical Society. Después de todo, es una oportunidad magnífica para aumentar el prestigio del Ejército británico en Sudamérica.

Naturalmente, yo acepté el ofrecimiento. La romántica historia de las conquistas españolas y portuguesas y el misterio de sus vastas selvas inexploradas hacían que para mí fuera irresistible la tentación de Sudamérica.

Tenía que tomar en cuenta a mi esposa y a mi hijo, a otro niño que venía en camino, pero el destino me ordenaba que fuera, de manera que no podía dar una respuesta negativa.

—Habría quedado sorprendido si usted hubiera rehusado —dijo el presidente—. Lo recomendaré de inmediato.

Surgió una dificultad tras otra, y llegué a temer que no se me diera permiso. Por fin éste fue otorgado, y abandoné Spike Island con la esperanza de que, dentro de poco, mi esposa y mis hijos podrían unírseme en La Paz. Con un joven asistente llamado Chalmers, nos embarcamos en un vapor alemán de la North Germán Lloyd, el “Kaiser Wilhelm der Grosse”, en mayo de 1906, y zarpamos para Nueva York.

En esa época, el buque era la última palabra en transatlánticos de lujo, pero un viaje de esa clase no tenía encantos para mí, porque estaba aburrido, y contemplaba con completa indiferencia a los pasajeros sobrealimentados que se deslizaban por los puentes. Había ventarrones y neblina; casi chocamos con un *iceberg* errante, invisible hasta que estuvo demasiado próximo para poder evitarlo. Estalló un cilindro de alta presión, y nos dejó rodando durante horas en el seno de las olas de un mar embravecido; pero todo esto ocurrió en el breve espacio de una semana, y muy pronto estuvimos en Nueva York.

La energía y el bullicio eran desconocidos para mí. Acostumbrado a la calmada deliberación de los ingleses, y a la solemne dignidad del Oriente, América me chocó en un comienzo. No se nos permitió salir más allá del área de los muelles, y por tal

razón mis impresiones se redujeron a ruidos, avisos y reporteros en cantidades. La velocidad del tránsito callejero, el ruido de los remolcadores en la bahía mientras empujaban y tiraban las chalupas y las barcazas, el incesante griterío, todo me hacía vibrar los nervios; pero para suavizarlos tenía la maravillosa vista de ese cielo único el verde de la Isla del Gobernador y la elegante tracería del Puente de Brooklyn.

Tuvimos una rápida visión de Nueva York, y eso f todo. Esa misma tarde nos embarcamos en el “S. S. Panamá”, y la Estatua de la Libertad desapareció de nuestra vista por la popa. Este barco era la antítesis del palacio flotante que habíamos abandonado, pues no era más que un sucio barco del gobierno, lleno de hombres que iban al Istmo de Panamá. Trabajadores de cuello blanco, aventureros, villanos, picaros de rostros curtidos, se amontonaban por todas partes, caminando de arriba abajo en la cubierta, donde había que hacer quites a asquerosos escupitajos de jugo de tabaco. Su ocupación principal consistía en beber y en jugar desastrosas partidas de *crap*. El ruido incesante hacía que me fuera muy difícil el estudio de la gramática española. Venían aventureros del Klondike, Texas. Rangers y bandidos del sur de la frontera, obreros ferroviarios con recomendaciones falsificadas, unas pocas prostitutas y muchachos recién egresados del colegio, ansiosos de su primera aventura. Todos eran buenos compañeros, a su manera, y cada uno llenaba una función, aunque fuera pequeña, en esa obra maestra de ingeniería que es el Canal de Panamá. Para Chalmers y para mí nos sirvió el viaje de útil introducción a un género de vida hasta entonces desconocida, y gran parte de nuestra reserva inglesa cayó derrotada durante el proceso.

Se conocía con el nombre de Aspinwall al puerto de Cristóbal en esa época, y los barcos tenían que quedar amarrados a un malecón estrecho, bastante afuera de Bahía Limón. Más allá de los muelles estaba Colón. Abundaban allí los negocios de curiosidades hindúes y los bares, y se componía principalmente de callejuelas donde las risas de los ebrios y los sonos del piano parecían confirmar su reputación de ser la ciudad donde existía el mayor número de burdeles de todo el mundo, en proporción a su tamaño.

¡Los avisos le gritaban a uno que entrara y se bebiese un trago! Por doquiera se veía a marineros en diversos estados de ebriedad, arrastrándose de cantina en cantina y de burdel en burdel. Estallaban las disputas en las esquinas, y allí también terminaban; aquí o allá un pugilato reunía a un interesado grupo de espectadores, mientras que un poco más abajo una gritona prostituta lanzaba maldiciones porque le habían hecho perro *muerto*, es decir, un parroquiano se había ido sin pagarle la tarifa. No era posible mantener la paz. ¡La policía panameña lo sabía, y no lo intentaba!

A lo largo de la calle principal corrían los rieles del ferrocarril de Panamá, y las rugientes máquinas se movían de aquí para allá, sin tener apenas un descanso,

mientras sus campanas tocaban monótonamente. De vez en cuando se escuchaba desde más allá de la ciudad el prolongado gemido de un pitazo, y un tren de carga o de pasajeros llegaba cruzando el istmo, para entrar en la estación haciendo oír los aporreados compresores de aire y el suave suspiro de los frenos.

Dejamos el malecón en un coche conducido por un soñoliento jamaicano; saltamos sobre los rieles del ferrocarril, y avanzamos por la orilla de Colón hasta la estación. La ciudad estaba relativamente tranquila a esa hora del día, exceptuando la actividad en los patios del ferrocarril y el infaltable chocar de vasos en los bares, escuchándose de vez en cuando un juramento o una explosión de carcajadas. Durante el día, Colón es demasiado caluroso para hacer otra cosa que holgazanear y dormir, y solamente después de la puesta de sol la ciudad despierta. Se descansa todo el día, y se baila toda la noche, como las luciérnagas en el pandemónium del bosque de Chagres.

El viaje en ferrocarril a través de la Ciudad de Panamá nos dio la primera visión de la selva de América tropical: los fuertes troncos de árboles fantasmagóricamente pálidos, la maraña colgante de las lianas y del musgo, los casi impenetrables montes y bosques. Reinaba la fiebre; en una de las estaciones vi que la plataforma del tren ¡estaba llena hasta el techo de ataúdes negros!

Para nosotros, América Latina comenzaba en la Ciudad de Panamá. Nadie se preocupaba de la higiene, los olores eran casi todopoderosos, pero no dejaban de tener un encanto especial las estrechas callejuelas y los balcones colgantes. En la plaza estaba el *Gran Hotel*, siempre por muy humildes que sean, llevan el nombre de *Grande, Royal, Imperial*, ¡y lo que les falta en comodidades les sobra en títulos grandiosos! El *Gran Hotel* resultó ser un paraíso de los insectos; el propietario se sintió profundamente disgustado cuando yo le indiqué que la ropa de cama estaba exigiendo ser enviada a la lavandería.

— ¡Imposible! —gritó, gesticulando—. Toda la ropa blanca va a la lavandería por lo menos una vez al mes. Si a usted no le gusta, hay muchos otros que estarán felices de quedarse con el cuarto. Todas las camas de mi hotel están ocupadas por dos y hasta por tres personas, ¡y también las piezas de baño! El suyo es un cuarto grande, y yo pierdo dinero dejándoselo exclusivamente a usted.

Yo no podía alegar nada. Después de todo, los hoteles estaban atestados.

Por todas partes los vendedores de números de lotería pregonaban sus listas; abundaban los cafés y los bares, y, desde los balcones, damas escasamente vestidas nos devoraban con la mirada. Hacia la playa hay una muralla a la orilla del mar, que forma la defensa exterior de la populosa cárcel, y allí se podía pasear en el atardecer, arrojar monedas a los prisioneros, y algunas veces presenciar una ejecución efectuada por un pelotón armado. ¡Era imposible aburrirse con tantos entretenimientos!

Nos alegramos de dejar Panamá cuando nos embarcamos en un barco chileno, un velero estrecho, de mástiles muy inclinados, con bodegas de carga, diseñado para el servicio costero en pequeños puertos, donde no existían facilidades para atracar. Los mejores barcos eran los de la Pacific Steam Navigation Company, de Liverpool, y, si el tiempo lo hubiese permitido, habríamos preferido esperar hasta que llegara uno de ellos, porque sus oficiales eran muy alegres y conocían el arte de hacer agradable la navegación a los pasajeros. Pero estábamos en el sendero de Pizarro, y eso era lo único que importaba.

Cuando yo era niño, me había sentido hechizado por las románticas historias de la conquista de Perú y México, y el ansia largamente acariciada de visitar estos países se iba, por fin, a realizar. Como muchos otros lectores de las obras maestras de Prescott, mis simpatías no estaban de parte de los osados y rapaces españoles, que arriesgaban todo por el oro, sino con los incas, por la pérdida de su antigua civilización que tanto habría podido enseñar al mundo.

¡Guayaquil era, en esa época, un verdadero lazareto! Una tarde navegamos por el río Guayas, a través de densas nubes de mosquitos que invadían por igual las cabinas y el salón, penetraban en todos los rincones del barco, y nos atacaban sin misericordia. Nunca había visto nada semejante. ¡Las agonías de Pizarro y sus compañeros deben haber sobrepasado a toda descripción, cuando estas pestes se metían por el cuello o mangas, y atacaban debajo de la armadura protectora! La espantosa falta de higiene de Guayaquil tiene mucho que ver, sin duda alguna, con la fiebre amarilla que es endémica allí. Mientras el ancla bajaba afirmándose en el negro cieno del sucio río, ascendían burbujas de fétido olor, y yo me acordé de Malta. Pero la fiebre amarilla parecía no asustar a la gente, porque las calles estaban concurridas, el comercio era activo, y lanchas bien cuidadas atracaban a los desembarcaderos. Iba a partir un nuevo ministro para Londres en un barco de la misma línea que el nuestro, de manera que se veían numerosas banderas ecuatorianas que ondeaban sobre los edificios públicos. Nosotros contemplamos la banda de músicos lujosamente uniformados que subió a despedirlo.

La limpia brisa del Pacífico nos dio la bienvenida cuando el río Guayas nos vomitó fuera de su cenagosa corriente. Rodeando Cabo Blanco, donde las olas son golpeadas por los triángulos gemelos de las aletas de tiburones, llegamos hasta el puerto de Paíta, en el norte del Perú. Era una aldea indescriptible, de casas de madera colocadas al pie de ininterrumpidas colinas de arena, y aquí fuimos fumigados con formaldehído por haber cometido la indiscreción de haber visitado Guayaquil.

Salaverry fue el próximo puerto en que hicimos escala. Era uno de esos sitios donde a veces es posible desembarcar, pero generalmente está el mar agitado y resulta imposible. No queda distante de Trujillo, uno de los caseríos' españoles más

antiguos de la costa, y asiento de una antigua ciudad chimú y de un cementerio que ha sido cavado incansablemente, en el afán de encontrar tesoros. Dice la tradición que en alguna parte en esta vecindad, yace oculto el tesoro del “Gran Pez”. El “Pequeño Pez” fue descubierto hace doscientos años, y se cree que hizo ganar veinte millones de dólares a su feliz descubridor! Pero el “Gran Pez” es mucho más valioso, y se cree que contiene el dios de esmeralda de los chimús, cortado y tallado en una sola gema de dieciocho pulgadas de alto.

Callao es el puerto de Lima, la capital del Perú. Aquí echamos el ancla lejos de la playa. El barco se mecía sacando su herrumbroso casco fuera del enorme pozo a alguna distancia del embarcadero. Muy pronto nos vimos invadidos por boteros gritones, que luchaban por aproximarse a las escalas, o desde sus lanchas regateaban con los pasajeros que deseaban ir a tierra, interrumpiéndose de vez en cuando para lanzar una retahíla de invectivas a sus compañeros. No era nada fácil saltar desde la escala a los lanchones en este desbarajusté; a veces el peldaño más bajo de la escala se encontraba a una vertiginosa altura de las atestadas lanchas, y había que trepar rápidamente para evitar una zambullida, porque el mar se hinchaba espumante hasta alcanzar casi el nivel de la cubierta. Era necesario aguardar el tiempo preciso, y, entonces, saltar con la esperanza de que la lancha estaría debajo de uno al caer. Enormes medusas flotaban en la superficie y se internaban en las claras aguas hasta donde llegaba la vista.

Una vez en tierra, podíamos elegir entre tres ferrocarriles para viajar hacia Lima, a nueve millas de distancia. Estaba el famoso Ferrocarril Central del Perú, obra maestra del infatigable ingeniero Henry Meiggs; el Ferrocarril Inglés, abierto al tránsito en 1851, del cual se dice que es el primero de Sudamérica, y una línea eléctrica cuyos carros interurbanos podían viajar, aún en ese tiempo a razón de una milla por minuto.

Lima resultó ser una hermosa ciudad, con admirables negocios y amplias avenidas, que ponían de manifiesto la política progresista del finado presidente Piérda, cuyo deseo fue hermostear la ciudad. Aun eran escasos los automóviles, y el carruaje principal venía a ser la victoria, aunque en todas las calles principales corrían carros tirados con caballos. Se podía adquirir casi de todo, a precio fijo, pero ese precio era cuatro veces superior al que tenían los objetos en Londres. Una de las atracciones principales para el visitante era don Francisco Pizarro, sacado de un nicho de la cripta de la Catedral, y colocado en un ataúd de cristal para preservarlo de los dedos cazadores de recuerdos de los americanos; yo también pagué mi moneda por el privilegio de contemplar sus exangües restos.

El Hotel Maury fue un cambio bien venido después del barco. Me habían dicho que era el mejor de Lima, cosa que creí de inmediato, porque lo encontramos limpio, cómodo, eficiente y con una excelente comida. Fue nuestro hogar durante una

semana, tiempo en que recorrí cuanto pude Lima y sus alrededores. Una visita de protocolo al ministro británico nos permitió conocer a otros ingleses residentes, quienes fueron muy hospitalarios y bondadosos. El ministro era un hombre divertido, de hábitos casi excéntricos, y, por lo general, recibía a sus visitas vestido con una bata de levantarse y situado en lo alto de una larga escalera que conectaba sus departamentos con la calle. Siempre estaba a la defensiva, porque una constante corriente de marineros alcoholizados lo buscaba para hablarle de lo que ellos se complacían en llamar “sus derechos”. ¡Se decía que el ministro recurría hasta a la violencia para verse libre de ellos!

El gerente del Ferrocarril Central del Perú, Mr. Morkill, fue tan amable, que me ofreció un viaje hasta Río Blanco —a once mil pies de altura en los Andes— en un tren excursionista especialmente preparado para los marinos de dos buques de guerra británicos que visitaban el Perú. Él tenía un coche privado, enganchado en la parte posterior del tren, y me lo ofreció para mi uso exclusivo, una cortesía completamente nueva en mis experiencias. Jamás había visto algo semejante a este tren, que es el más alto de los que yo conozco. El ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, que es el más alto del mundo, le gana apenas por escasos diez pies.

El Ferrocarril Central corre desde el nivel del mar hasta casi dieciséis mil pies en altura, en poco más de cien millas, trepando por empinadas cuestas, zigzagueando y pasando por interminables túneles. La subida hasta Río Blanco me dejó sin habla, no solamente por la majestuosidad del escenario, sino también por la proeza de ingeniería que significó construir este ferrocarril extraordinario.²

Volvimos a tomar el barco en Callao para continuar el viaje. Pronto salimos del puerto, rodeando la isla San Lorenzo y avanzando costa abajo. El sol poniente iluminaba la cordillera, situada a treinta millas de la playa, en un panorama magnífico, rematado con sus cúspides nevadas. Nos detuvimos en Cerro Azul y en Pisco, donde pudimos desembarcar y caminar por el pueblo hasta la plaza, debajo de un dosel formado por las higueras. El barco seguía una ruta sumamente cerca de la costa, tan cerca, que aquí y allá se divisaban ruinas incaicas y un intenso cultivo del algodón, plantado en verdes hileras, que eran regadas por vertientes montañosas.

Pero lo que más nos interesaba eran las bandadas de aves marinas y los peces que nadaban alrededor del barco. La tercera mañana, después de abandonar Callao, nos despertamos para encontrar las máquinas detenidas y el barco cabeceando y

² (1) Cuando mi padre recibió un cable anunciándole mi nacimiento el día que llegó a Lima, jamás podía imaginarse que, dieciocho años más tarde, el recién nacido sería residente en Lima y trabajaría con el hijo de Mr. Morkill, del Ferrocarril Central de Perú. En realidad, por una extraña serie de circunstancias, el mismo carro privado que mi padre empleara en su viaje a Río Elanco —el viejo “Chalaca”— estuvo, por algunos años, retirado del servicio y se transformó en un refugio para vigilantes, permaneciendo justamente frente a ikj oficina.

hundiéndose hasta casi los extremos de sus mangas en una enorme marejada. Bajamos en Moliendo, principal puerto de la costa sur del Perú, y desde el escotillón pude ver un farallón, casi destruido por el oleaje espumante de las poderosas rompientes, con unas pocas y miserables casas de madera que se apretujaban en lo alto. Todo a nuestro alrededor se encontraba lleno de barcasas, moviéndose y cabeceando, ora en la cresta de las olas, ora en el seno de dos de ellas.

Sin embargo, el desembarcar no fue tarea tan difícil como temíamos. El barco se movía tanto, que era demasiado peligroso pasar desde la escalera a la lancha, así es que los pasajeros eran descargados en los botes por medio de canastos que oscilaban desde la grúa del buque. Ya en la lancha se apreciaba el verdadero tamaño de la oleada, y las mujeres gritaban cada vez que una de aquellas olas de veinticinco pies se elevaba ante nosotros a popa, pero los lancheros estaban acostumbrados a este trabajo, y, sin recibir una gota de agua, llegamos al pequeño puerto, abierto al feroz ímpetu y a la resaca de las olas. La etapa final consistió en ser izado de la lancha —peligrosamente inclinada— por una grúa, un pasajero cada vez, sentado en una silla, de la que no colgaban menos de cuatro o cinco estibadores que gritaban a todo pulmón.

Mollendo era un lugar aún más miserable de lo que parecía desde el buque; gran parte había sido arruinado por incendios desastrosos, y lo que quedaba estaba en mal estado; también sufría epidemias de peste bubónica. Sin duda alguna, la mejor parte eran la estación y los patios del ferrocarril del sur del Perú. Reservamos asientos en el primer tren para Arequipa y disfrutamos de un viaje muy interesante, tierra adentro. En Ensenada el tren se desvió de la costa y comenzó un largo ascenso por una pendiente de cuatro por ciento hasta la meseta de Cachendo, y cuando se abrió ante nosotros el Valle Tambo, vislumbramos campos verdes y una extensa superficie cubierta de caña de azúcar. Nos detuvimos en Cachendo para desayunamos y después el tren rodó por la pampa arenosa de La Joya y tuvimos a la vista las nieves del *Misti* y *Chachani*, montes guardianes de Arequipa. Durante millas y más millas, cientos de dunas de blanca arena se esparcían por la llanura, cambiando constantemente su posición bajo la fuerza del viento. En las barrancas había grandes cantidades de caolín usado en su tiempo por los buques a vela como lastre, hasta que las autoridades se dieron cuenta de su valor.

“¡Naranjas! ¡Plátanos! ¡Lleven mi fruta, señores! ¡Limas, chirimoyas, granadillas!” En Vítor el tren fue invadido por hordas de mujeres vendedoras que por poco nos metían en el rostro sus canastos de frutas. La intención era vender el lote completo, con canasto y todo, y entonces desaparecer antes que el comprador se diese cuenta de que debajo de la atractiva capa superior había fruta que apenas se podía comer. Los precios, que eran altos cuando llegaba el tren, bajaban tan pronto

la campana de anuncio resonaba en la estación, y el regateo continuaba todavía mientras el tren se ponía en marcha.

En Quishuarani contemplamos una de esas exquisitas escenas a que hizo alusión Prescott: el Misti, con la cima cubierta de nieve al fondo, y la cresta dentada del Chachani, dominando el impecable cielo azul. En medio de un ondulado océano de colinas de arena, de muchos colores, había un profundo cañón de costados vetados con piedras areniscas rosadas y amarillas, que descendían hacia una llanura de un verde vivo. A través de este valle corría el pequeño río Chile, deshaciéndose en cascadas de espuma plateada entre las chozas de adobe y los ricos terrenos.

El Misti es un volcán considerado inactivo, pero de vez en cuando se levanta de su cráter una bocanada de humo como para recordar a los ciudadanos de Arequipa que sólo está durmiendo; a veces tiene erupciones con resultados desastrosos. Las casas, en su mayoría, son de un solo piso, construido en destellantes bloques blancos de lava, llamados *sillares*. El clima es delicioso, pues Arequipa está a cerca de 8.000 pies sobre el mar y más allá de la niebla del litoral. Con sus muchas fuentes de aguas medicinales, podría ser un lugar de curaciones, pero de noche, cuando la puesta del sol ha cesado de iluminar las agujas de la catedral y la cúspide del Misti, olores malignos contaminan el aire, debido a las cloacas abiertas que corren a través de todas las calles.

Sólo pasamos una noche en Arequipa, ciudad de mujeres hermosas tiendas finas y campos verdes. Al día siguiente tomamos el tren para Puno. Casi de repente comenzó el pesado ascenso, y a 13.000 pies aparecieron las llamas, aquellos orgullosos y dignos parientes de las ovejas, que tan poco se asemejan a éstas en el carácter. Después llegamos a Vincocaya, a 14.000 pies, y pudimos ver las tímidas vicuñas, las más pequeñas de la familia de las llamas y cuya exquisita lana era muy apreciada por los incas.

La parte más alta de la línea está en Crucero Alto, a 14.666 pies sobre el nivel del mar, y después que desciende el tren, se ve una serie de pintorescos lagos hasta Juliaca, ramal en que se juntan las divisiones del Puno y Cuzco. Después corre al lado de valles cañosos y de brillantes dedos de agua, al puerto de Puno, a 12.500 pies, y a orillas del Titicaca, que es el lago navegable más alto del mundo.

¡Qué extraño resulta ver vapores en acción aquí arriba, en el techo del mundo! Y, sin embargo, aquí los hay, y también navios de gran tamaño. Existe una historia interesante sobre esto; el primero fué traído desarmado desde la costa sobre lomo de muía y armado a orillas del lago; los otros buques también fueron entregados en piezas, pero llegaron por ferrocarril, para ser armados en el embarcadero de la corporación peruana. El lago Titicaca a veces se torna muy tempestuoso, y tal vez en ninguna otra parte es posible que un viajero sufra al mismo tiempo de mareo y de puna.

En el dique de Puno Mole, el “Coya” causaba una impresión fantasmagórica cuando embarcamos aquella noche, pues aquí no se trataba de un barco fluvial de fondo plano ni de un navío a rueda de paletas. Este era un vapor transoceánico, con todas las comodidades. Había las formalidades de la aduana, los gritos de los estibadores, los mozos de chaquetas blancas esperando en el portalón para recibir el equipaje de mano de los pasajeros y bajarlo a las cabinas; en una palabra, todo el ajetreo que se produce en la partida de un viaje por el océano. Cuando llegamos a bordo, nos recibió el rechinamiento de los montacargas y el estremecimiento de la cubierta, y en la tibia atmósfera del camarote pudimos sentir la vibración de los auxiliares de abajo y escuchar el retintín ocasional de una pala en el cuarto de las calderas. Parecía increíble que todo esto sucediera a 12.500 pies sobre el nivel del mar. En seguida vino el sonido ensordecedor de la sirena, el sonido discordante de las campanas de la sala de máquinas, y nos deslizamos, alejándonos rápidamente del muelle hacia la obscuridad.

Al amanecer del día siguiente estábamos en pie al alba para contemplar la magnífica vista de la cordillera de los Andes, que se destacaba nítidamente en la crepitante atmósfera escarchada, en forma de una cadena de picos dentados, cubiertos de nieve, dominados por las masas blancas del *Illampu*, *Huaynapotosí*, *Condoriri Murarata e Illimani*, setenta millas de nieve no interrumpida. Mientras pasamos la isla del Sol, lugar legendario de nacimiento de los incas, cuyos palacios ahora están en ruinas, me preguntaba cómo sería el lago en sus días prósperos, antes de la Conquista. Al cruzar el estrecho de Tiquina, con la isla de La Luna a popa, vimos a ambos lados altísimas colinas en forma de terrazas y cultivadas hasta la cumbre. Al frente se percibían numerosos pequeños islotes de tierra roja con doradas siembras que brillaban a la luz del sol naciente. Más allá había aún más islas danzando en el espejo de aguas, brumosas y azules a la distancia, perdiéndose en la suave niebla blanca que pendía sobre, el borde sur del lago. Al pie de las colinas había casas de adobe con techos de tejas rojas e indios vistosamente ataviados, agrupados frente a sus puertas. Sobre la plateada superficie del lago se veían balsas de junquillos, cuyo diseño se ha mantenido durante siglos y que se movían a vela o a remo. Miles de ánades huían de la proximidad del barco, medio corriendo, medio volando sobre el agua, en su esfuerzo por hacerse a un lado. El colorido de lo que veíamos iba más allá de toda descripción, pero el aire frío nos helaba hasta los huesos.

El “Coya” entró en el puerto de Guaqui y desembarcamos en Bolivia. Después subimos al tren de trocha angosta del ferrocarril de Guaqui a La Paz, y pudimos ver por última vez el buque junto al muelle y reflejándose en la cristalina superficie del canal. Pronto estuvimos cruzando Tiahuanaco, cuyas antiquísimas ruinas son tal vez las más viejas de todas, más antiguas aún que la Esfinge.

Tiahuanaco fue construida, como Sacsaihuamán y gran parte de Cuzco, por

una raza que manipulaba rocas ciclópeas y que las esculpía para ajustar tan perfectamente, que es imposible introducir ni la hoja de un cuchillo entre las juntas, que no llevan argamasa. Contemplando estas ruinas, no es difícil creer en la tradición, que relata que fueron levantadas por gigantes; en verdad, se dice que se han descubierto esqueletos de gigantes en las tumbas de piedra en la vecindad del Cuzco. En mi opinión, Tiahuanaco, que cubre un área de más o menos una legua cuadrada, fue construida sobre una isla en un lago. Gran parte todavía está enterrada debajo del actual nivel del Titicaca, y las ruinas esparcidas y desplomadas sobre la superficie del suelo no son necesariamente las ruinas de la ciudad original. Las excavaciones pueden revelar varias ciudades construidas una sobre la otra, como en el Cuzco. Fue destruida por los espantosos trastornos sísmicos que son tan característicos en todo el continente. El lago fue levantado junto con los Andes, a miles de pies; entonces rompió sus barreras y se lanzó a través de una hendidura, al sur del Illimani. Después de esto puede haberse formado un nuevo lago, pues no hay duda que Tiahuanaco estuvo sumergida por largo tiempo. El nivel del lago actual fue otrora considerablemente más alto, pues en las colinas circundantes se puede apreciar la señal de las antiguas mareas. Hoy día la gente cava en la arena que cubre las ruinas y desentierra trozos de alfarería y cabezas de flecha de obsidiana — de vez en cuando pequeñas reliquias de oro—, de los que el museo de La Paz tiene una colección interesantísima. Pero yo creo que estos vestigios pertenecen a los días de decadencia que siguieron a la gran catástrofe, cuando los refugiados del Pacífico se esparcieron sobre las tierras altas de la provincia de Charcas. Se han hecho esfuerzos intermitentes y completamente inadecuados para descubrir los secretos de Tiahuanaco.

Un eminente arqueólogo alemán, que pasó casi una vida excavando en Tiahuanaco, me propuso hace algunos años ofrecer al Museo Británico veinticuatro cajas llenas de alfarería, piedras y figuras de oro, armas y otras reliquias de la extraordinaria colección que había hecho allí, expresando su voluntad de aceptar la tasación del museo. Cumplí con sus deseos, pero rehusaron.

“Para decirle la verdad, los objetos no nos interesan especialmente”, fue la respuesta que me dieron. Los ingleses perdieron aquel día tesoros incalculables.

Con respecto a tesoros, he de agregar que no se puede estar ni un día en Perú o Bolivia sin oír hablar de ellos. Y no sólo de tesoros de los incas. Era costumbre, tanto en los invasores españoles como en los nativos, enterrar todos sus bienes en el suelo u ocultarlos dentro de las paredes de sus casas. Esto lo hacían durante la época revolucionaria que siguió a la Conquista y, hasta hace poco, se procedía en igual forma al primer asomo de revuelta.

En cierta ocasión, algunos obreros que estaban reparando una casa antigua en Arequipa, dieron con un agujero en la pared y una cavidad detrás de aquél, lo que los

excitó grandemente. Con palpitante interés lo agrandaron, y se vieron recompensados con el descubrimiento de una cantidad de platos de plata. Siguieron abriéndose camino y descubrieron loza; más allá encontraron comida tibia sobre un plato y, detrás, ¡el rostro enfurecido de la señora vecina, cuya despensa estaban registrando!

Sin embargo, dejándose de bromas, se encuentran tesoros verdaderos con bastante frecuencia. Los campesinos, con las rejas de sus arados, levantan tesoros, y si son bastante imprudentes como para dar cuenta de su hallazgo a las autoridades, son encarcelados e incomunicados hasta que se establezca que no han sacado nada de él. En Colombia, pocos años atrás, un hombre cayó a un hoyo mientras cazaba, y al reponerse se encontró dentro de una cueva. Cuando sus compañeros lo encontraron al fin, exploraron la cueva y descubrieron vajilla y otros objetos por valor de un millón de dólares, que estaban escondidos allí desde la época de la Conquista.³

La altura de la gran meseta de los Andes o Altiplano fluctúa entre doce y trece mil pies sobre el nivel del mar, y la vista desde el *Alto* —mil quinientos pies sobre La Paz— es soberbia. La Paz se anida en el fondo de un profundo cañón, al costado de un rugiente torrente de montaña, y al acercarse por ferrocarril, se ven los techos de tejas rojas y cuadrados de todos colores, que son los jardines. Por todos lados y hasta donde alcance la vista, se ven las colinas carcomidas y desgastadas por las lluvias. Las torres de muchas iglesias se levantan entre los techos y jardines, y casas blancas brillan como joyas entre los campos verdes y amarillos de las faldas de las colinas. La cumbre del Illimani, a 21.000 pies, situada al sureste, deslumbra el ojo, pareciendo que sólo está a cinco millas, cuando en realidad son cincuenta, y la gloria de los picos nevados presta infinita grandeza y hermosura a la escena. Por todas partes hay indios, cuyas vestiduras lucen todos los colores imaginables.

Los extranjeros se ven afectados al principio por la altura de La Paz. Conociéndola más de cerca, la ciudad presenta sus inconvenientes, pero es fácil imaginar un destino más desagradable que el estar obligado a vivir permanentemente allí. El mercado— en las mañanas de los domingos es un espectáculo digno de verse, cuando los indios de las *yungas* .—valles temperados—

³ Un caso similar ocurrió en la República de Panamá en 1937. Sin embargo, estas cosas suceden rara vez y a lo lejos, y sólo se puede suponer que los no mencionados son más comunes. Los buscadores de tesoros pierden mucho tiempo y dinero tras los que o no existen o ya han sido levantados. Parecen olvidar que la gente que encuentra tesoros siempre anhela guardar el secreto.

La isla de Cocos, en el Pacífico, tiene fama de conservar varios tesoros, pero el principal es el de la catedral de Lima, que se dice fué enterrado en 1820 durante la Guerra de la Independencia. Los exploradores han cavado la isla de un extremo a otro con grandes molestias para la república sudamericana dueña de ella. Pero el tesoro que buscan jamás salió de Lima. Conozco el lugar en que se supone esté escondido, y el sitio es romántico y bastante peligroso para entusiasmar a cualquier aventurero.

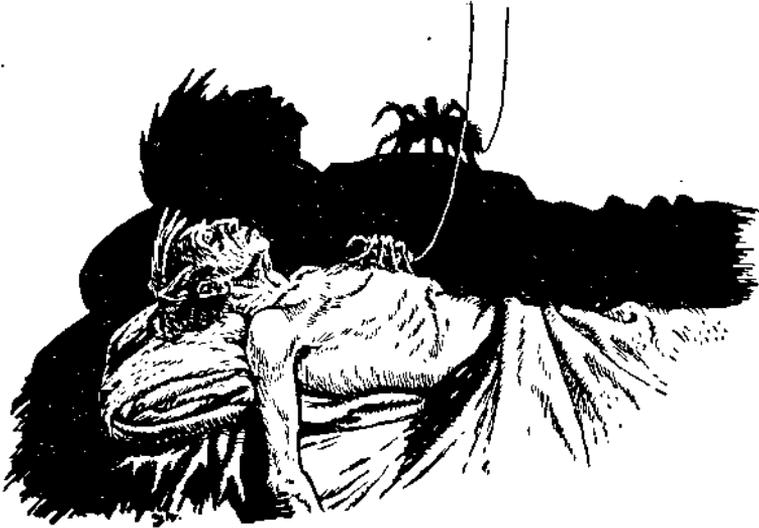
llegan para comprar y vender.

Vienen por miles, con ponchos, faldas y chales de colores deslumbrantes, pero el vestido de la cholita o india mestiza, que se considera superior a la india sin mezcla, es tal vez el más sorprendente. ¡Muchas de estas mujeres son preciosas y lo saben! Usan faldas cortas de seda, que permiten ver un poco de las enaguas de encaje; sus medias son de seda y sus botas altas, de estilo español. Sobre las blusas visten chaquetas de felpa o terciopelo y chales de brillantes colores, y para cubrirse usan coquetones sombreros blancos de paja, de bordes angostos. Su andar desenvuelto y sus faldas ondulantes les proporcionan un atractivo especial, y cuando a todo esto se agregan unos vivaces ojos negros, rosadas mejillas y abundancia de joyas, se tiene un conjunto que es en realidad un cuadro fascinante.

Los *cholos* —copia masculina de las preciosas cholitas— son ejemplares depravados e invertebrados de la humanidad, que en ningún caso están a la altura de la mujer, ni física ni mentalmente. Los verdaderos indios ofrecen un contraste chocante. Feos y bajos, pero fuertes y viriles, vestidos con pintorescos ponchos, pantalones abiertos a los costados y sombreros de fieltro, y llenos de buen humor, llaman la atención de inmediato. Parecen honrados y sugieren vigor. Pueden llamarlos bribones perezosos, pero a mi parecer no merecen por ningún motivo la reprobación universal que reciben. Los que conocen a los tibetanos, les encuentran una clara semejanza.

Para los extranjeros, los inconvenientes de La Paz los constituyen sus calles inclinadas y el aire rarificado de la gran altitud. Cualquier esfuerzo físico se traduce en un latir apresurado del corazón y en una respiración jadeante, y muchos sufren por algún tiempo del *soroche* o enfermedad de la montaña. El aire seco hace que se agrieten los labios y produce hemorragias nasales, disminuye la actividad de la mente y los nervios se alteran. Los recién llegados, generalmente antes de aclimatarse, se sienten oprimidos e ignoran el hecho de que evitando el alcohol y el ejercicio excesivo se reduce mucho la sensación desagradable.

Sin embargo, La Paz, con sus tranvías, sus plazas, alamedas y cafés, es, en esencia, una ciudad moderna. Extranjeros de todas las naciones llenan sus calles. Se puede sentir plenamente la proximidad de los lugares salvajes. En medio de las levitas y sombreros de copa de los hombres de la ciudad se ven los *Stetsons* raídos y las botas de los exploradores; pero por alguna razón las suelas alambradas de estos zapatos no se ven discordantes al lado de los escaarpines de altos tacones de las damas elegantes. Los mineros y exploradores son tipos cotidianos, pues la explotación de minas es la razón de vivir de la sierra boliviana y, de vez en cuando, se ve el rostro demacrado y amarillento de alguno que ha regresado recientemente de más allá de las montañas, del infierno humeante de las vastas soledades en que nosotros nos íbamos a sumergir.



CAPÍTULO IV

EL LÍMITE DE LA SELVA.

LOS INCONVENIENTES COMENZARON cuando me quejé de la demora en arreglar los asuntos para la expedición. Era novicio en el país; ignoraba sus costumbres, y, por otra parte, estaba impaciente por partir. Como siempre, el obstáculo principal era el dinero. ¿Cómo se podían alquilar muías o comprar provisiones careciendo de él? Experimenté por primera vez los “mañanas”, y fui postergado de un día para otro; después, como yo seguía insistiendo, las demoras se extendieron de una semana a la otra; mi paciencia se fue agotando, y por fin le solicité al cónsul británico viera la posibilidad de acelerar las cosas.

—Pero, sin duda alguna, usted recibirá el dinero —me expresó un funcionario boliviano—. Habrá cuatro mil libras para los gastos de su expedición.

Yo quedé asombrado. Era mucho más de lo que esperaba.

—Le haré el orden por esa suma para que se la paguen inmediatamente —terminó diciendo.

Al día siguiente, el Ministro de Relaciones Exteriores me mandó llamar.

—Hay un gran error respecto a las cuatro mil libras — me informó con frialdad—No hay necesidad de una cantidad tan grande. El acuerdo fue pagarle cuatro mil bolivianos, no libras.

Hice un cálculo mental rápido y objeté que no sería suficiente.

—Tonterías —replicó el ministro—. Las provisiones no son necesarias. Usted podrá obtener todas las que requiera en el Beni, y en Rurenabaque encontrará todos los instrumentos que necesite para su labor.

—Sin provisiones o dinero suficiente para adquirirlas, es completamente imposible realizar el trabajo —repliqué—, y si no los obtengo aquí, debo tener una garantía oficial de poder adquirirlos allá, antes de partir para el Beni.

Con esto, el ministro perdió la paciencia y se golpeó la frente con la palma de la mano. Yo me incliné respetuosamente y me retiré.

El cónsul británico trató de suavizar el asunto con las autoridades, y, al hacerlo, salió a luz una maraña de dificultades. El primer funcionario se sintió ofendido porque nosotros lo atropellamos, y su orden para el pago de las cuatro mil libras fue presentada con intenciones de hacernos aparecer con exigencias desmedidas. De parte del gobierno, había un deseo muy natural de que la línea de la frontera fuese trazada por un ingeniero boliviano, considerando sus intereses respecto al caucho; en verdad, las autoridades no deseaban trazar la línea: antes que hubiese disminuido la tensión con el Perú.

—Hasta pueden cancelarle el contrato —me manifestó el cónsul británico—. Se sienten agraviados con su presencia, y quieren desacreditarlo por cualquier medio. Sin embargo, van a concederle otra entrevista, y será interesante ver lo que va a resultar de ella.

Algo resultó de ella. La entrevista fue tensa y explosiva, pero el arreglo fue fijado en cuatro mil bolivianos para los gastos de viaje, y seis mil para las provisiones. Se había llegado a un acuerdo, y sólo faltaban los sellos oficiales de rigor, ¡por los que me hicieron pagar diez bolivianos! Aun pasó algún tiempo hasta que se hubieron agregado todas las firmas ministeriales en la orden de pago del dinero.

Una vez terminado el desagradable asunto, traté de hacer las paces con las autoridades y calmar su irritación. La Paz repitió el cuento de cuán groseramente habían sido tratados los ministros por la comisión británica, y en los círculos diplomáticos hubo risitas al respecto. Sin embargo, cuando todo hubo pasado, mis solicitudes fueron escuchadas generosamente, y, aunque en forma superficial, la armonía quedó establecida.

En aquellos tiempos no había baños en La Paz, y la alternativa de una

palangana de hojalata era una prueba en este clima frío. En forma absolutamente seria le informaban a uno que una zambullida fría paralizaría el corazón para siempre a esas alturas, y el extranjero no estaba en situación de rebatirlo. Además de ser muy fría, la ciudad frecuentemente se encontraba cubierta de nieve, pues estábamos en la estación lluviosa. El Ministro de las Colonias —como era designado el del Interior en el país— me consultaba ansiosamente sobre mi comodidad, y yo le manifestaba que un baño me transportaría al cielo. Él me contestó que mis servicios eran demasiado valiosos para permitirlo; un baño a esa altura, donde la evaporación es tan rápida, significaría con toda seguridad una pulmonía.

La ventilación era otro problema. En mi hotel no había ventana en el primer cuarto que ocupé, y la puerta se abría a una galería que circundaba un pequeño patio; cada vez que la abría para dejar entrar un poco de aire fresco, la cerraba algún transeúnte bien intencionado. En una pared había otra puerta, de vidrio, cubierta con una cortina raída. Una noche decidí ensayar con ésta, y, después de soltar algunos pernos y tornillos, la abrí. Más allá había una densa oscuridad; alumbré con una vela, y, lleno de horror, comprobé que se trataba de otro, dormitorio, donde una mujer sentada en la cama me miraba aterrada y enmudecida. Esperando gritos de pudor ultrajado, me disculpé lo mejor que me permitía mi escaso vocabulario de la lengua española, y me retiré. Ella no emitió sonido alguno.

La espera fue larga, pero por último recibí mil libras oro de las autoridades, y consideré la transacción bastante rápida, comparada con el tiempo que se necesita para extraer la más mínima suma de la Tesorería británica. Tanto oro me hizo sentirme enormemente importante, aunque el valor de las muías, provisiones y gastos de hotel lo redujo a ochocientas libras. Con el retintín de este tesoro en las bolsas de la montura, Chalmers y yo partimos por sobre el Altiplano el 4 de julio de 1906, en dirección a Sorata y el Beni.

Atravesamos una llanura en la que una corriente ininterrumpida de animales de carga —mulas, burros, llamas e indios— acarrea granos, caucho y combustible de bosta de llamas para los mercados de La Paz. La bosta de llama era en aquel entonces, el único combustible de uso general, y los extranjeros tenían que acostumbrarse al gusto acre que le impartía al alimento.

Cuando partimos estaba nevando copiosamente, y me puse el poncho que había adquirido hacía poco. El poncho de lana de alpaca o de llama es el atavío de uso acostumbrado entre los indios de la montaña; les sirve de impermeable, de abrigo y de frazada para la cama. Forma parte de la vestimenta del hombre; la mujer india no lo usa jamás. Nada puede haber mejor como protección contra la nieve, pero mi mulá protestaba contra él porque las puntas del poncho se batían al viento, y, antes que me diera cuenta del peligro, fui arrojado por un repentino corcoveo. Amarré las

puntas del poncho para impedir que batieran, y volví a montar.

La nieve caía cada vez más densa, hasta que la visibilidad quedó reducida a menos de veinte yardas, y el viento entumecedor la metía bajo nuestros ponchos. Decidí sacármelo y ponerme en cambio un largo impermeable. Mientras estaba pasando mi cabeza y mis brazos por los tiesos pliegues, la maldita muía volvió a corcovear, y, una vez más, caí de lleno al suelo. Entonces huyó, y con el corazón desfalleciente escuché el golpear de sus cascos y el tintineo cada vez más apagado de mi oro en las bolsas de la montura.

El arriero iba a retaguardia, y, cuando me alcanzó, perdí bastante tiempo en explicarle en mi mal castellano lo que había ocurrido. Comprendiendo al fin la situación, se puso en persecución de mi cabalgadura. Encargó a los indios que pasaban le ayudaran en su empresa, y yo quedé esperando, oyendo el alboroto y gritos, temiendo no volver a ver el dinero.

Para sorpresa mía, la mula fue traída de la dirección opuesta por dos indios que la habían encontrado en camino a casa. Supusieron cuerdamente que el propietario estaría cerca. No habían tocado las bolsas de la montura, y tuve que admirarme de la honradez de aquellos indios, que, fácilmente, pudieron haber tomado el oro sin el más mínimo riesgo de ser cogidos. Los recompensé generosamente, y ellos quedaron admirados de la locura de un gringo⁴ que les reconocía sus servicios.

Cesó el nevazón cuando llegamos al lago Titicaca, y tuvimos un espectáculo soberbio al contemplar el lago. No soplaban nada de viento, y su superficie tranquila reflejaba perfectamente cada nube. El sol brillaba, y pequeñas bocanadas de cúmulos blancos se extendían a lo largo de la línea del firmamento, como si locomotoras enormes hubiesen estado vagando más allá del horizonte. Había pájaros por todas partes, y eran tan mansos, que apenas se molestaban en apartarse de nuestro camino. Todas las laderas de las colinas estaban diseñadas en forma de terrazas y cultivadas hasta la cumbre, como en los tiempos remotos de los incas.

Encontramos posadas a lo largo del camino, que era bastante bueno, y nos deteníamos para beber cerveza o café.

Atravesamos aldeas en que los perros nos daban la bienvenida con ladridos frenéticos. Fue una jornada muy larga, y, antes de llegar a su término, comenzó a nevar de nuevo y con más densidad que nunca.

De noche alojábamos en las posadas. Eran lugares espantosos, increíblemente

1) ⁴ La palabra "gringo" pertenece a la jerga de América Latina y comprende de una manera general a todos los extranjeros de las razas de tez blanca. No se sabe a ciencia cierta el origen, pero se cree que hace tiempo los marineros visitantes cantaban "Green Grovvs the Grass...", con tal fervor, que las dos primeras palabras fueron apropiadas como un apodo para ellos.

sucios, cruelmente helados y desprovistos de todo 'vestigio de higiene. Los cerdos entraban y salían a voluntad, pues así como en Lima son los buitres los verdaderos basureros, aquí, en el Altiplano y en otras partes, son los cerdos quienes realizan esta labor.

Hay algunas historias horripilantes sobre estas posadas, especialmente respecto a las más lejanas en el sendero de Mapiri, donde los límites de la selva bordean las montañas. En una de ellas había un cuarto en que, uno tras otro, eran encontrados muertos los viajeros que alojaban en él, con los cuerpos ennegrecidos por la acción de un terrible veneno. Las autoridades, sospechando alguna trampa, procedieron a investigar el caso, y, después de algún tiempo, descubrieron en el techo de zarzas de la pieza una enorme araña *apazanca*, una especie de tarántula negra, tan grande, que apenas podría cubrirla un plato. Este monstruo se descolgaba de noche sobre el durmiente, y al picarlo le ocasionaba la muerte.

En la literatura novelesca son muy comunes las historias escalofriantes sobre posadas, pero en Bolivia suceden realmente. Se presentó el caso en una posada al este del sendero de Santa Cruz de la Sierra en que el posadero, un mestizo de aspecto repugnante, mató a no menos de cuarenta viajeros, probablemente acuchillándolos en el sueño. Fue ejecutado sin demora.

Nuestros músculos adoloridos impidieron que durmiéramos esa primera noche en el sendero. Ambos estábamos reblandecidos por la vida fácil a bordo de los buques y en los hoteles, y transcurrirían varios días hasta que volviéramos a endurecernos. Al día siguiente, vimos desde la posada un mundo totalmente cubierto de fresca nieve, pero el cielo estaba claro y prometía mejor tiempo. Nos desayunamos en una cabaña a catorce mil pies de altura, y después atravesamos el Divide, gozando de una vista maravillosa sobre el Titicaca, que se extendía en una superficie de plata reluciente, y reflejando con absoluta claridad las montañas cubiertas de nieve que lo rodean. Después, hacia el norte, contemplamos otro espectáculo inolvidable: la delgada cinta del río Mapiri, mil pies abajo, en una garganta brumosa, medio oculta por nubes flotantes, que estaban comenzando a dispersarse al calor del sol ascendente. Podíamos ver la alfombra de la selva, en que comenzaba la vegetación subtropical, y los flancos de las poderosas colinas alzándose para romper a través de las nubes y destacarse con sus fulgurantes crestas cubiertas de blancas nieves. Lejos, al otro lado de la garganta, oculta por las faldas del *Illampu*, estaba Sorata, nuestro punto de destino para aquella noche.

Bajamos en zigzag por un escarpado sendero de siete mil pies. A cada vuelta nos encontrábamos con un espectáculo que nos quitaba el aliento. Jamás había visto yo montañas como éstas, y estaba literalmente aplastado por su grandeza, sobrecogido ante esta subyugadora maravilla. A medida que bajábamos, aumentaba

la vegetación. El pasto amacollado de las cumbres; cedía el lugar a campos de alverjilla y a un musgo con aspecto de cactus. Aparecían unos pocos árboles raquíuticos, cortos y crispados; como brujos transformados repentinamente por algún arte de magia en algún impío aquelarre. Después estuvimos en medio de cactus que destacaban su gris lúgubre en las grietas de las rocas, y nos detuvimos para beber de un arroyo de la montaña, cuya agua estaba mezclada con hielo; fueron apareciendo eucaliptos y algarrobos. Seguimos descendiendo, dando vueltas y más vueltas, hasta que al fin alcanzamos el valle, y, cansados de la tensión muscular de mantenernos sobre la montura, cruzamos el río por un puente de cimbra, de alambre y listones. Siguió una corta subida hasta Sorata, donde nuestra cabalgata fue saludada por un grupo que nos esperaba ansiosamente.

—Por favor, señores, acepten una copa de chicha —dijo el jefe de la partida, y, varios hombres se adelantaron llenando tazones de greda, de grandes cántaros de chicha de maíz.

Agradecidos, aceptamos, y cuando hubieron llenado también los tazones de ellos, el jefe del grupo nos ofreció un brindis.

—A su salud, señores.

La chicha estaba deliciosa, gruesa, pero refrescante, alimento y bebida a la vez.

En la aldea fuimos atendidos por un alemán hospitalario, llamado Schultz, en cuya casa alojamos dos noches. Hubo una comida excelente, cócteles, vino, y después una o dos horas de charlas y cuentos con nuestro anfitrión, antes de sumirnos en un sueño profundo.

Al día siguiente desperté adolorido, pero al pararme ante la ventana del dormitorio me olvidé de ello, gozando con llenar mis pulmones con el delicioso aire de la montaña. Después de un desayuno verdadero —y no el simple café y panecillo del desayuno usual —, dispusimos el cuidado de nuestro bagaje y de los animales, y fuimos llevados por Schultz a un picnic en su terreno al lado del río a mil pies más abajo. Nos bañamos en el río, y nos sorprendió comprobar que el agua no era intolerablemente fría, a pesar de que procedía de las nieves distantes sólo ocho millas. En seguida los invitados, incluyendo algunas damas y unos pocos personajes locales, se sentaron en el pasto lleno de flores y consumieron un almuerzo que habría dejado atónito aun a Mr. Pickwick, por su variedad y abundancia.

Sorata es un centro importante por la preparación de *chalonga*, que es carne de carnero, desollada, cocida y secada bajo un sol ardiente, en la atmósfera rarificada a quince mil pies de altura. Se mantiene en buenas condiciones por largo tiempo, aun cuando sea enviada a las calurosas regiones de la selva. Fuimos bastante imprudentes como para cocinar un trozo a medio preparar, para probarlo, lo que nos produjo serias molestias. Aquí, lo mismo que en todo el Altiplano, se acostumbra a

secar un tipo de papa, pequeña y dura, y helarla para formar lo que se conoce con el nombre de chuño, parte indispensable de la dieta en las montañas.

Al día siguiente del picnic nos despedimos de Schultz y de la buena gente de la ciudad, y partimos ascendiendo por un sendero inclinado hacia el paso, a diecisiete mil trescientos pies sobre el nivel del mar. Demoramos dos horas en recorrer cuatro millas, y en ese lapso habíamos ascendido seis mil pies. Las muías recorrían diez yardas y se detenían con los pulmones agitados; si iban muy cargadas, sangraban a veces por las narices y morían. En Ticunamayo llegamos a un *tambo* o casa de reposo, y allí pasamos la noche; como no había comodidades en el interior, dormimos afuera con un frío espantoso y una helada neblina.

Al día siguiente pudimos ver Sorata, debajo de nosotros, con el fulgor de sus casas a la luz del sol naciente. Tuvimos la última vista de la ciudad cuando nos acercamos al paso; después un recodo del camino la ocultó, y un helado viento de los campos de nieve comenzó a rugir sobre nosotros. La última ladera, hasta llegar a la cima, fue de continuas deslizadas y tropezones de las mulas.

La próxima detención para pasar la noche fue la posada del gobierno, en Yani, otrora el centro de un lavadero de oro muy rico que fue explotado en forma muy primitiva. Hay un cuento sobre este lavadero, que atraerá a los amantes de lo misterioso.

A fines del siglo anterior llegaron dos oficiales del ejército boliviano cierta noche, de regreso del Beni, y, viendo una hermosa niña en la puerta de una casa vecina al tambo, jugaron al cara o sello quién probaría su suerte en cortejarla. El perdedor se quedó con el jefe de la aldea —el corregidor—, y a la mañana siguiente descubrió con horror a su hermano de armas muerto sobre el quebrado piso de piedra de una casa en ruinas, de la que habría podido jurar que la noche anterior no sólo estaba intacta, sino también ocupada.

—Durante años ha estado en ruinas esta casa —declaró el corregidor—. No había ni doncella, ni puerta, mi capitán. Era un duende lo que vieron.

— ¿Pero por qué hizo su aparición? —Preguntó el oficial—. ¿Por qué vimos ambos el duende? ¿Fue cometido alguna vez un crimen aquí?

—No podría decirle, mi capitán. No sabemos nada; no tenemos ninguna explicación para este duende. Sólo sabemos que de vez en cuando aparece a los forasteros, y jamás a los que vivimos aquí.

La gente que sólo conoce Europa y el Oriente apenas puede imaginar lo que son estos senderos de los Andes. Los indios y las mulas —y desde luego las llamas— son las únicas criaturas que los pueden recorrer con éxito. Las rutas angostas están sembradas de cantos rodados y cascajo; ascienden miles de pies en forma sólo comparable a la subida de la Gran Pirámide, y por el otro lado

descienden a un precipicio, en una serie de retorcidos zigzagueos. Sobre cantos rodados enormes que asemejan la escalera de un gigante, las muías brincan como gatos de uno al otro. A ambos lados de los cerros en forma de cuchillo, el sendero desciende a un abismo lleno de lodo. Los huesos de animales muertos van delineando el sendero, y, aquí y allá, una maraña de buitres pelea sobre el cadáver en descomposición de un caballo o una mula. En algunas partes, el camino tortuoso se convierte en apenas un estrecho paso cortado en las rocas, a cientos de pies sobre el valle, y, precisamente aquí, las muías eligen su camino por la orilla exterior que da al precipicio. El jinete contempla el vacío bajo sus pies, mientras siente que el corazón se le sube a la boca, sabiendo que los accidentes ocurren con bastante frecuencia. Entonces acuden a la mente las historias de pisadas en falso y la caída angustiosa del animal y del jinete, a quienes jamás se vuelve a ver.

Muchos indios ascienden por la huella desde las plantaciones de caucho, llevando en sus espaldas pesadas cargas suspendidas por una correa que colocan alrededor de su frente. No llevan alimentos, pero se mantienen durante el viaje de diez días sin una apreciable pérdida de vigor, mascando un puñado de hojas de coca y barro. Los europeos no pueden mascar coca impunemente, porque es necesario que generaciones hayan contraído este hábito, para permanecer inmunes a sus terribles efectos. La esencia de estas hojas es, por supuesto, la cocaína; incluso los indios dan la impresión de estar parcialmente narcotizados, y quizá sea ésta la causa de que su mente actúe con tanta torpeza.

Un doctor extranjero se reunió con nosotros en el camino de Mapiri y habló tan elocuentemente sobre las enfermedades, que comencé a dudar de sus estudios. Un día detuvo a un indio que pasaba, y se desmontó para examinar una gran hinchazón en la mejilla del hombre.

—Aparentemente se trata de un crecimiento canceroso o tumor —observó—. Esta gente está llena de enfermedades.

Mientras hablaba, el “crecimiento” cambió de una mejilla a la otra. ¡Era una papilla de coca! El doctor miró al indio con disgusto, volvió a montar sin decir una palabra, y no habló más durante muchas millas.

Un día completo nos demoramos en descender por el lado oriental de las montañas, ora jadeando en las altas cuestas, ora descendiendo y resbalando por aquellos riscos que parecían despeñarse bajo los cascos de las muías. No veíamos nada alrededor de nosotros, fuera de un mar de nubes taladradas por las cumbres de las montañas. A los trece mil pies alcanzamos el límite de la vegetación selvática, un estrecho conjunto de árboles torturados y débiles, no más altos que la estatura de un hombre. Después, a medida que descendíamos del mar de nubes, comenzamos a ver helechos y flores, y el aire cortante de la altura cedió el paso al cálido de las

yungas.

Al día siguiente salimos otra vez al aire diáfano y a la espesa vegetación subtropical. Soportamos un descenso capaz de erizarnos los cabellos, hasta llegar a palmeras y magnolias; ya el calor era considerable, y nos alegramos de podernos desembarazar de parte de nuestra ropa. Después de otros tres mil pies de bajada, llegamos a los trópicos, dentro de desfiladeros ardientes, donde la confusión de la selva cogía y mantenía los enjambres de nubes húmedas, que colgaban desde los pesados bancos de arriba y a través de las cuales no podía penetrar ni un rayo de sol.

Íbamos a tomar el camino del río, pero había tanta fiebre terciana en Mapiri, que decidimos detenernos en la barraca de caucho de San Antonio, administrada por un austríaco llamado Molí. Lo único digno de atención en este lugar —que no era sino una confusión de chozas situadas en un pequeño claro de la selva—, era un niño de siete años, mitad chino y mitad indio, que no solamente iba al mercado en Mapiri, sino también cocinaba para todo el personal. ¡Y una comida de primera clase! Estos niños son, invariablemente, muy precoces, pero no se desarrollan mucho después de la infancia, y rara vez alcanzan una edad avanzada.

Mapiri ostentaba quince chozas miserables, fabricadas con hojas dé palmera colocadas sobre armazones toscas y con piso de barro. Estaban diseminadas alrededor de un espacio enmalezado, que representaba la plaza, y la iglesia sólo era una cabaña medio en ruinas, con una tambaleante cruz sobre su techo.

Cuando llegamos al pueblo, el gobernador estaba sentado en uno de los umbrales contemplando una fiesta. El resto de la población, unas cincuenta o sesenta personas, estaba completamente ebrio. Algunos yacían tendidos a lo largo en el suelo, totalmente inconscientes; otros se agitaban en una ruda danza, al compás de una música procedente de una cabaña absolutamente desamoblada, llamada el “Gran Hotel”. Una mujer india se esforzaba en desvestirse, y el cuerpo descompuesto de un hombre, sujetando grotescamente una botella en su mano, yacía en una zanja. Sin embargo, este lugar tenía cierta importancia, pues por aquí pasaba una buena parte del caucho, y aunque el río Mapiri no era justamente una buena región gomera, se pagaba por juntarlo un precio de aproximadamente diez chelines por libra.

En Mapiri obtuve los servicios de un negro de Jamaica, llamado Willis, quien, cuando estaba sobrio, era un excelente cocinero. El y otro hombre de color se habían ganado la vida lavando oro, pero su amigo estaba ahora enfermo y desanimado. Como Willis me informó, “su amigo deseaba morir, pero no podía morirse”. Willis, cansado de esperar, se alegró de reunirse con nuestro grupo.

Desde Mapiri el viaje río abajo se hace en *callapo*, que es una balsa formada

por tres flotadores unidos por piezas transversales. La balsa consiste en siete capas de una madera peculiarmente liviana, abundante en las riberas de los tributarios del Amazonas superior, pero escasa donde hay mucha navegación. Los troncos se unen en algunos puntos mediante pasadores de madera de palmera fibrosa y resistente, y en el tronco contiguo al exterior se introducen clavijas para soportar plataformas livianas de bambú, en las que se llevan pasajeros y la carga. El largo de estas embarcaciones es de aproximadamente veintiséis pies, y la manga, de cuatro. La tripulación consta de tres balseros de proa y tres de popa. Se puede llevar una carga de tres toneladas además de dos pasajeros.

Conducir una balsa río abajo por estas corrientes andinas, con sólo un compañero, como yo lo hice posteriormente en muchas ocasiones, es un deporte bastante estimulante y que requiere mucha pericia. Existen rápidos cada cien yardas, estrechas curvas que salvar, rocas que evitar, y continuamente remolinos en las vueltas, que a menudo hacen zozobrar una balsa o callapo. A veces se navega a una velocidad escalofriante; en otras, apenas se avanza, pero el panorama es fascinante, un deleite sin fin.

Salimos de Mapiri con una tripulación de indios de Lejo, ebrios con ese brebaje intoxicante hasta la locura llamado kachasa. Todos los habitantes que estaban lo bastante sobrios como para arrastrarse hasta la ribera, nos vieron partir y nos vitorearon. Nuestra primera experiencia de viaje fluvial nos destrozó los nervios, porque los alegres balseros no estaban en condiciones de ejecutar el trabajo de equipo requerido en navegación tan difícil, y, hasta que llegamos a la desembocadura del río Tipuani, nuestra jornada consistió en una sucesión de escapadas milagrosas.

El Tipuani es uno de los mejores ríos de oro en Bolivia, y podría dar enormes cantidades de ese metal, si no fuera por sus frecuentes y repentinas salidas de madre. El lecho queda a la vista durante un minuto, pero ya en el próximo instante se precipita sobre él una muralla de agua causada por un chaparrón o por una repentina tormenta en las montañas de arriba. Resulta fatal quedar capturado en una de estas venidas, y no hay manera de predecir cuándo ocurrirán.

En la desembocadura del río Tipuani está Huanay, aldea de escasas chozas y nada más, pero es una estación de callapos de cierta importancia. Aquí pasamos la noche, recibidos en forma muy hospitalaria en un establecimiento mercantil de propiedad de nuestro amigo Schultz, de Sorata. Nuestros indios *lejos* procedían de una aldea vecina que pertenecía a su tribu y celebraron el regreso con más bebida. Huanay vibraba de excitación extraordinaria, porque además de nuestra visita llegaron gran número de indios de la aldea independiente de Challana, con grandes

cantidades de mercaderías para negociar.

Challana es independiente, porque ha desafiado resueltamente al gobierno boliviano. Hay muchas historias totalmente equivocadas sobre este lugar, pero la verdad es que algunos años atrás una familia llamada Montes descubrió valiosas tierras gomeras hacia el sur y pidió la posesión de ellas, rechazando a los indios de las yungas que se habían establecido allí y comenzado pequeñas plantaciones. Estos indios emigraron hacia el norte, hasta las aguas del Challana superior, y habiendo encontrado allí caucho y oro, edificaron una aldea, pero, para evitar que se repitiera su triste experiencia, se negaron a permitir la entrada de cualquier extranjero en su comunidad. Sin embargo, se les agregaron varios hombres fuera de la ley y algunos renegados, y como jefe fue elegido un ex capitán del ejército boliviano. En Huanay cambiaban su caucho y su oro por las mercaderías que necesitaban, rehusando tercamente pagar impuestos al Estado. El gobierno envió una expedición para obligarlos a pagar tributo; el lugar fue atacado desde tres puntos, pero gracias a los comerciantes de Sorata, el pueblo de Challana estaba bien armado y fácilmente rechazaron a los soldados. Desde entonces no se ha pensado nuevamente en tratar de subyugarlos. Tienen su propio ganado y sus productos, y se ríen de todo el mundo.

Entre Huanay y el Beni hay tres rápidos peligrosos Malagua, Retama y Nube; en el primero de estos la caída es de veinte pies en trescientas yardas. Al doblar un estrecho recodo en el rápido, nuestro callapo se estrelló contra una roca que deshizo una viga, cayendo toda la carga apilada en el centro de la plataforma. El barco se estremeció, y el doctor fue arrollado por los cajones; los hombres se agitaban y gritaban, pues aún estaban borrachos, y apenas comprendían lo que estaba ocurriendo. Yo cogí la cámara fotográfica y los rifles,- temiendo que cayeran al agua o sufrieran al menos una mojada, y el callapo, aunque medio sumergido, fue arrastrado por la salvaje corriente, librándose milagrosamente de zozobrar. Cuando estuvimos otra vez en aguas tranquilas y profundas, bogamos a la orilla y reparamos los daños. Chalmers, que venía en el callapo de atrás, pasó perfectamente.

En el embarcadero de Isapuri, entre los dos rápidos, pasamos la noche. Schultz tenía aquí un agente que nos proporcionó comodidades y buen alimento, y dedicamos la tarde a secar nuestro equipo y a limpiar las armas de fuego.

El escenario era magnífico a lo largo del viaje. Pasamos bajo enormes riscos de piedra arenosa roja, a través de estrechas gargantas y bajo la selva en que los árboles de bordes ondulados constituían una gloria por su colorido y estaban cargados de papagayos y guacamayos. Acampamos en la orilla, bajo la lluvia, y fuimos torturados por los mosquitos. En medio de la corriente estábamos libres de

los insectos, pero en cuanto nos acercábamos a la orilla, los mosquitos y menudas moscas muy picadoras nos atacaban formando verdaderas nubes. Transpirábamos con temperaturas como las del interior de un invernadero, cuando no corría ni un sople de viento, y otras veces temblábamos con un frío tan penetrante, que parecía un invierno en Inglaterra.

Chalmers, que seguía con Willis en el otro callapo, encontró un rifle en un bote naufragado y lo cogió. Sus balseros habían tratado de apropiarse del arma, y estaban tan disgustados porque Chalmers se les había adelantado, que premeditadamente dejaron que el callapo chocase contra un obstáculo sumergido, haciéndolo naufragar. Se perdieron veintiocho cajones del equipo, incluyendo cinco de los nuestros, y los pedestales de las mesas de dibujo; esto era importante, pues dejaba fuera de uso aquellos instrumentos tan útiles.

Al séptimo día después de abandonar Mapiri entramos en el puerto de Rurenabaque. El “puerto” era una orilla de barro, cubierta de balsas volcadas y desperdicios, en que los buitres graznaban y reñían. Detrás se veían una serie de chozas de estructura tosca, techadas con hojas de palmera y de paredes de bambú, agrupadas en torno a una plaza enmalezada al pie de un cerro elevadísimo. En el mapa había visto figurar este lugar como siendo de cierta importancia, y tenía la esperanza de ver, por lo menos, una muestra de arquitectura permanente, pero este caserío miserable apenas parecía a propósito para habitaciones de blancos. Se me encogió el corazón y comencé a comprobar cuán primitiva era esta región del río. Tuve que aprender posteriormente, que, después de pasar meses en las lejanías, Rurenabaque podía parecer una metrópoli.

Se levantó mi espíritu con el sabroso desayuno servido para nosotros en la choza desamueblada que hacía las veces de hotel, y después de tratar con algunos de los habitantes, ya me sentí inclinado a contemplar el lugar con menos repugnancia. Había en el caserío una compañía de infantería boliviana, con dos o tres oficiales que resultaron ser excelentes muchachos. Su comandante, un hombre de gran bondad, llamado coronel Ramalles, era gobernador de la provincia de Beni. También encontramos dos comerciantes ingleses —pues el caucho estaba en auge— y tres americanos, dos de ellos exploradores más bien empobrecidos, y el tercero, un aventurero de Texas, de fama, que había venido acá a buscar refugio del mundo exterior, donde era “buscado”. Varios oficiales de aduana y unos pocos indios completaban la población. La mayoría de los habitantes sufrían de una u otra de las muchas enfermedades comunes en el interior, tales como el beriberi, *espundia* y malaria, cuyo grado de intensidad dependía del punto a que habían llegado a minar la salud del enfermo el alcohol y los vicios.

El coronel Ramalles nos dio la bienvenida con un banquete, y yo correspondí

con otro. ¡Champaña, a un costo fabuloso, corrió como agua! Los alimentos abundaban. No había escasez de carne, pues las grandes llanuras de Mojos en que se criaba ganado, quedaban inmediatamente detrás, y, además, en los días anteriores había llegado a través del río una gran manada de pecaríes perseguidos furtivamente por jaguares hambrientos. Salió la ciudad entera con armas de fuego y cuchillos para matar, al fin, cerca de ochenta de estos horripilantes animales parecidos a los cerdos.

Los jaguares son muy comunes en las llanuras ganaderas, y el gran deporte consiste no en dispararles, sino en lacearlos desde el caballo. Dos hombres toman parte, manteniendo a la bestia laceada entre ellos. Requiere buenas cabalgaduras y considerable destreza en el manejo del lazo, pero fuera de esto no es un deporte tan peligroso como pudiera parecer.

Los jaguares a veces pueden ser domesticados, y no son peligrosos entonces si se les ha cogido cuando cachorros. Había un bromista en Reyes, a pocas leguas de Rurenabaque, que tenía uno completamente adulto, al que permitía andar como un perro dentro de la casa. Su gran placer consistía en llevar su favorito por el camino hacia Rurenabaque y esperar los viajeros que venían sobre muías. A una señal, el jaguar saltaba de entre los matorrales, y la muía corcoveaba, botando comúnmente al jinete, cuyo terror al encontrarse frente a frente de la bestia, es fácil de imaginar.

Las muías temen a los jaguares más que a ningún otro ser viviente, y se dice que llevar en la montura la zarpa de un jaguar recién muerto es mejor que cualquier espuela para acelerar el paso de una cabalgadura testaruda.



CAPÍTULO V

CAPÍTULO V

AUGE DEL CAUCHO

YO TENÍA MURRIA y me sentía muy nostálgico. ¿Qué clase de estúpido era para cambiar las comodidades de la isla Spike por condiciones que, como empezaba a comprobar, hacían parecer aún Rurenabaque como un paraíso? Mi salario había parecido alto, pero esto era una ilusión. En Bolivia no estaba en mejor situación que como mayor de artillería; peor aún, en realidad, pues en el cuartel nuestro hospedaje era libre. Al aceptar el puesto no me había dado cuenta de las dificultades que significaría conseguir siquiera que me pagaran mi salario en el Banco de Londres. Los que aseguraban tener experiencia me decían que era muy probable que no me pagasen nada hasta que hubiese una cantidad importante en mi crédito.

Más de una vez estuve tentado a renunciar y a regresar a la patria. Se habían esfumado las esperanzas de traer a mi esposa y familia a La Paz. Ni siquiera era posible obtener una casa, porque los arriendos eran más subidos de lo que yo podía pagar. En esa época no había ambiente para una mujer inglesa, y la alimentación y la altitud podrían ser desastrosas para los niños.

Aun en condiciones favorables, Rurenabaque estaba a quince días de viaje de La Paz, y Riberalta, donde tendría que pasar la mayor parte del tiempo, estaba a otras tres semanas de viaje, río abajo. No había servicios regulares de pasajeros entre estos lugares. El viajero debía esperar su oportunidad, a menudo durante semanas, en un lugar apartado, hasta que una balsa o callapo zarpase hacia donde él deseaba ir. Viajar desde Mapiri hasta el Altiplano dependía de la posibilidad de

encontrar muías. Los ríos de la montaña boliviana, como se llama la región de las selvas, se encontraban de hecho más alejados de La Paz que la distante Inglaterra. Aquí estábamos aislados de todo el mundo, teniendo sólo por delante la probabilidad de llevar a cabo durante tres años el trabajo más difícil y peligroso. Esos años comenzaron al llegar al Beni, con cartas de la patria que nos llegaban a largos intervalos y sin esperanzas de trasladarnos a un clima más favorable para descansar y recuperarnos. ¡Y yo voluntariamente me había condenado a esto!

Estábamos en el límite del verdadero país gomero y próximos a comprobar por nosotros mismos, qué había de verdad en las historias que se contaban referentes a él. Mucha gente dudaba de las revelaciones de Putumayo, pero es un hecho que, desde los comienzos de la explotación de caucho, tanto en Bolivia como en el Perú, se cometieron barbaridades espantosas. No porque los gobiernos de estos países fuesen indiferentes a los abusos cometidos —en verdad se preocupaban intensamente—, sino porque la gran distancia desde las regiones gomeras impedía cualquier control estatal efectivo y envalentonaba a los extranjeros inescrupulosos e igualmente a bolivianos y peruanos de la misma ralea. En realidad, la mayoría de estos explotadores de caucho eran degenerados, tentados por la posibilidad de enriquecerse rápidamente. Créanlo o no, pero la gran cantidad de elemento humano que trabajaba en la industria del caucho sabía poco de las verdaderas causas que provocaban sus sufrimientos, e incluso seguían completamente dispuestos a luchar para mantener las cosas como estaban, si el hacerlo era el deseo del patrón. Mientras no sufrían en carne propia, les importaba poco lo que sucediera a los otros; en verdad, más bien les divertían los reveses de aquellos.

Ningún inspector del gobierno que estimara en algo su pellejo se habría aventurado a las regiones gomeras para emitir un informe honrado. El brazo de la venganza era extenso y en la montaña la vida no tenía gran valor. Por ejemplo, un juez fue enviado al Acre para informarse sobre un asesino especialmente brutal, que había muerto a un austríaco, y encontró que estaba implicada gente poderosa de los márgenes del río. Si hubiese informado lo que sabía, jamás habría salido vivo de allí; lo prudente era callar, volver a salvo al Altiplano, con una linda coima, y finiquitar el caso, pagando una pequeña indemnización a los parientes. ¿Quién lo puede criticar.

En Rurenabaque no nos esperaban con instrumentos.

—No se preocupen por ellos —nos dijo el coronel Ramalles—. El general Pando los tiene en Riberalta.

—Mientras más pronto lleguemos, mejor será —repliqué yo—. No tiene objeto que permanezcamos aquí.

—Naturalmente, yo haré todo lo que pueda por ustedes, pero tomará

tiempo. Pronto será el día de la Independencia y, en la forma con qua lo celebran aquí, dudo que después de los festejos se pueda hacer algo. Hay que esperar que pasen completamente los efectos de estas fiestas.

Las festividades resultaron ser una orgía de borrachera, a las que siguió un período de “mañanas” que duró una semana entera. Entonces llegaron al pueblo dos oficiales de aduana procedentes de La Paz, muy apurados por alcanzar a Riberalta. Estos caballeros tenían un aspecto de dignidad tan impresionante, que por último se encontró un batelón que los condujo a ellos y a nosotros.

El batelón es la peor diseñada de todas las embarcaciones. La creó la mente de algún forastero, que no tenía idea de construcción y diseño, y sigue manteniendo su forma primitiva pese a sus obvios defectos. La quilla es el tronco de un árbol desbastado toscamente para darle forma y abierto a fuego; con una rústica proa y un codaste al cual se sujetan una serie de planchas de gruesa madera en forma de carabela, por medio de grandes clavos de hierro doblados en el interior. La sección en medio de la embarcación forma una V obtusa y a popa hay una plataforma que lleva una protección de hoja de palmera y algunos asientos toscos para la tripulación. Invariablemente deja filtrarse agua, pues es imposible calafatear efectivamente las abiertas juntas de los tablones, de modo que hay que emplear de continuo uno o dos hombres de la tripulación en baldear el agua. Tiene cuarenta pies de largo, doce de ancho y tres de cala. La obra muerta no es más de cuatro pulgadas y lleva generalmente una carga de doce toneladas. La tripulación puede estar compuesta, desde diez hasta veinticuatro indios.

No muchos de los pobladores de Rurenabaque se habían repuesto de las celebraciones, y los que estaban lo bastante sobrios, como para poder andar, nos despidieron con salvas de Winchester “cuarenta-cuatro-cuarenta”.⁵ Afortunadamente, nadie quedó herido. Cuando llegamos a los rápidos de Altamarani, nos salvamos por lo que sólo puede describirse como intervención milagrosa. Pero los dos baldeadores fueron incapaces de contrarrestar la alarmante filtración del casco del batelón, y diez millas más allá del pueblo tuvimos que atracar a la orilla. Hubo que descargar todo y ponerse a la tarea de colocar grandes masas de estopa en las juntas del bote, golpeándolas con un machete desde adentro hacia afuera.

(1) ⁵ La munición cuarenta-cuatro-cuarenta se puede emplear para la carabina Winchester y para el Colt de 6 tiros; en esa época se podía encontrar hasta en los lugares más apartados de Sudamérica. Por esta razón, la Winchester 44 fué el arma favorita revolucionaria y su tremendo poder la convirtió en apreciada posesión de los futuros políticos. Precisamente, creo que por esta causa se prohibió en algunas repúblicas la venta de las armas y de las municiones de este tipo.

Acampamos en una chacra perteneciente a un ingeniero inglés, que tenía una pequeña lancha a vapor. Este hombre ingenioso, llamado Pearson, se las arreglaba para mantener en servicio un decrepito bajel, cuyas partes estaban unidas entre sí principalmente con alambres o cuerdas. Cuando llegamos, la embarcación estaba en el dique, y Pearson, orgullosamente, nos enseñó su reparado mecanismo. La caldera en algunos lugares debe haber estado delgada como un papel y, aunque se mantenía a una presión muy baja, significaba en todo momento un peligro de muerte.

Durante la noche, repentinamente, hubo tormenta y un diluvio tan intenso que parecía caer agua sólida. El río subió nueve pies; la lancha fué barrida de su astillero, volcada sobre un costado y arrojada contra los árboles. Tuvimos mucho trabajo para evitar que se perdiera el equipaje. Estábamos en plena estación seca, pero en las selvas del Amazonas la lluvia copiosa viene siempre como anticipo de la luna llena o nueva, a menudo de esta última. Frecuentemente va seguida por un *surasu*, viento sur o suroccidental, que trae un frío tan intenso, que al amanecer del día siguiente puede encontrarse una fina capa de hielo.

Casi con la misma rapidez que aumentó su caudal, el río volvió a bajar, dejando en las riberas una cantidad de *mígales* moribundas —las grandes arañas devoradoras de pájaros— y culebras medio ahogadas. Mientras desayunábamos en la morada de Pearson, llegó José, un empleado de la lancha, con aspecto muy asustado.

—Anoche estuvo un jaguar en mi cabaña —dijo—. Al despertar lo vi en medio de la pieza observando mi farol encendido. Estirándome en mi hamaca, podía haberlo tocado, señores.

— ¿Por qué no le disparó? —inquirió Pearson.

Nadie duerme en estos lugares sin un arma de fuego al alcance de la mano y José tenía su Winchester muy próximo.

—Estaba demasiado cerca de mí, señor Pearson. Si yo hubiera tratado de coger mi arma, él me habría atacado, y si yo hubiese fallado en matarlo instantáneamente, me habría cogido. Yo yacía mudo y tranquilo, quieto como un muerto, y luego la bestia se retiró tan veloz y calladamente, que apenas podía creer que hubiese estado allí.

El Beni constituye en ambas orillas una guarida de culebras venenosas, peor, en este aspecto, que muchos otros lugares, pues aquí se juntan la selva, las llanuras y las montañas, abundando los montes bajos que tanto les agradan. La más común es la cascabel, de la que hay cinco tipos diferentes, pero rara vez miden más de una yarda de largo. La serpiente más larga es la *surucucu*, esa enormidad de dobles colmillos, conocida en otros lugares como la *pocaraya* o amo de la manigua, que a veces alcanza, según me dijeron, el largo prodigioso de quince pies, con un diámetro

de un pie en su parte más gruesa. También existe allí la *taya*, una culebra grisácea de tono café claro, feroz y muy ágil, que, como la *hamadryad* de la India, ataca a los seres humanos junto con verlos, durante la temporada de cría. Las anacondas son comunes, no el tipo gigante, pero sí de más de veinticinco pies de largo y, por lo tanto, bastante grande. Estas serpientes constituían un peligro tan constante, que pronto aprendimos a tomar precauciones contra ellas.

No lejos de donde estábamos vivían los *bárbaros*, salvajes muy hostiles, sumamente temidos por la gente gomera del Beni. Contaban cosas espeluznantes sobre ellos, pero posteriormente tuve ocasión de encontrarlos y comprobé que había mucha exageración en lo que se decía. A alguna distancia en la selva, cerca de Altamarani, vivía una vieja mestiza acompañada de su hija. Esta anciana dama era una vidente natural. Poseía un globo de cristal y era consultada por la gente a lo largo de todo el río, entre Rurenabaque y Riberalta. Parecía la bruja tradicional: sabía de botánica herbaria, decía el porvenir y fabricaba pociones de amor. Aunque se creía que había acumulado una gran fortuna, nadie se atrevía a molestarla, y los bárbaros la trataban con el mayor respeto; ella, por su parte, los despreciaba.

Todos los años los nativos de aquí celebraban en la selva una especie de *sabbath*. Se reunían en torno de un altar de piedras y elaboraban la cerveza nativa, chicha, que bebían en cantidades enormes sobre bocados de tabaco fuerte. La mezcla los enloquecía, y hombres y mujeres se entregaban a una orgía salvaje. Esto a menudo se prolongaba por una quincena.

Los bárbaros empleaban arcos de madera de palmera de cinco a diez pies de largo y flechas de la misma longitud. La cuerda del arco se fabricaba de corteza. A los muchachos se les enseñaba el manejo del arco disparando sobre una cabaña a una fruta de papaya situada al otro lado. A veces emplean el arco verticalmente en la forma acostumbrada; otras, botados en el suelo, cargándolo con ambos pies y tirándolo hacia atrás con ambas manos. Adquieren experiencia en disparar al aire y acertar en tierra con una seguridad mortífera. Colocan las plumas sobre las flechas mediante una trenzadura, para obtener una rotación de éstas, proporcionándoles un vuelo más directo. '¿Se habrá originado de aquí la idea de las armas de fuego? Las mujeres y niños van armados con lanzas de bambú de pinchante doble punta, cuya púa es de hueso de mono amarrado con algodón y afianzado con cera de caucho. En tiempo de guerra, generalmente untan las lanzas y flechas con veneno.

El batelón, calafateado con estopa, fue vuelto a cargar y continuó su viaje río abajo. Nuestro camino pasaba por selvas llenas de obstáculos, donde tuvimos, una tras otra, escapadas milagrosas. Estos obstáculos eran los troncos y ramas de los árboles secos que caen al río y son arrastrados por el torrente. En la lucha por la existencia en la selva primitiva, los árboles son eliminados, ya sea estrangulados por

crecimientos parásitos o abatidos por las tormentas. A veces no pueden ni caer, sino que son sostenidos por los árboles que los rodean, pudriéndose en esta posición. La corriente de los ríos va carcomiendo las orillas fangosas, y una cantidad de árboles se vuelcan sobre el agua y constituyen los obstáculos ocultos. A veces presentan solamente sus copas a la vista, sobre la superficie; los más peligrosos son aquellos que están ocultos, sumergidos a unas pocas pulgadas y que no se divisan. Sus ramas retorcidas se pudren, formándose púas dañinas, y como la madera es dura como hierro, estas púas pueden atravesar al bote que pasa rápidamente, como si fuese de papel.

Navegábamos llevados por la corriente, a más o menos tres millas por hora, día tras día, en un trayecto mortalmente monótono, pues jamás cambiaba el escenario de la ribera. El más pequeño acontecimiento adquiría gran importancia, y nosotros escudriñábamos ansiosamente la vasta lejanía, en busca de una demostración de vida. Abundaban los patos y gansos silvestres y, desde luego, los monos, entre los que predominaban los negros *marimono*s y *martechis*. Este último es el mono aullador sudamericano, el *bugio* brasileño, y muy temprano en la mañana despierta la selva con su rugido de desafío.

Es difícil encontrar algún animal de caza, y por eso en las selvas se consideran apetecibles los monos. Su carne es de sabor agradable, pero al principio la idea de comerlos me causaba repugnancia, pues cuando los veía sobre el fuego, para quemarles el pelaje, se veían terriblemente humanos. El recién llegado tiene que acostumbrarse a estas cosas y vencer su repulsión, de otra manera se morirá de hambre.

En un lugar, en la orilla del río, vi una urna funeraria completa. Ahora lamento no haberla llevado, pues en Rurenabaque ha sido desenterrada alfarería muy interesante y pudo haber resultado éste un hallazgo de gran valor etnológico.

Dos días después de salir de Altamarani chocamos con un obstáculo oculto; cuatro tripulantes fueron lanzados al río y el doctor, lleno de pánico, se lanzó tras ellos, mientras que los pomposos oficiales de aduana se tornaban verdes de puro terror. En el momento de chocar, el resto de la tripulación saltó afuera instantáneamente. Y eso evitó que el bote se llenara de agua. Para ellos fue una gran broma. Yo pensé que el batelón había quedado inservible y me admiré de encontrar sólo unas pequeñas filtraciones. Rápidamente detuvimos éstas con unas pocas libras de estopa y continuamos el viaje.

Cuando la madera de un casco de batelón está nueva, probablemente requiere una roca y una velocidad de veinte millas por hora para rajar una de las planchas y arrancar los grandes clavos doblados. En cuanto estuvimos de nuevo en nuestro camino, la tripulación comenzó a gritar con excitación y a bogar frenéticamente

hacia un gran banco de arena en que veíamos una manada de cerdos. El bote fue atracado a la orilla, y todos los miembros de la tripulación, armados de Winchester, se dedicaron a su persecución. Poco después oímos el estampido de los disparos, como si estuvieran a millas de distancia dentro de la selva.

Estos indios tumupasas son excelentes para seguir las pistas, y antes de una hora estaban de vuelta con dos cerdos. En la espesa jungla un europeo difícilmente evitaría perderse, si no hay sol ni tiene brújula que lo guíe, pero estos indios, en cambio, parecían poder sentir su camino a través de las plantas de sus pies desnudos.

Seguir la corriente era fácil, pero nuestro recorrido diario no era grande, pues estábamos en la estación de los huevos de tortugas y a menudo nos deteníamos para buscar nidos. La *tartaruga* o tortuga grande es común en el Purus y en la mayoría de los afluentes del Amazonas, y pone más de cincuenta huevos cada vez.

Por extraordinario que parezca, no se encuentra en el Beni; en cambio, se encuentra la *tracaya*, o tortuga pequeña, que abunda y que pone más o menos veinte huevos en cada nidada. Estos huevos son considerados un bocado exquisito, pero el hombre comparte esta afición con las cigüeñas, y estos pájaros son expertos en descubrir los nidos. La tortuga pone sus huevos de noche y los esconde, emparejándolos en la arena, pero la naturaleza, al enseñarle esto, - omitió proveerla de los recursos para borrar sus huellas y, a no ser que esté lloviendo, es fácil descubrir el lugar en que están escondidos los huevos. Se requiere algún tiempo para acostumbrarse a los huevos, pues tienen un sabor a aceite. Son de cáscara blanda y más o menos del tamaño de una pelota de golf.

Una noche acampamos en la chacra de un inglés, renegado de la civilización, que vivía en la selva con una india anciana. Su pasado era fantástico, como es el caso de la mayoría de estos ermitaños. Era un hombre educado, que en su tiempo tuvo una situación importante. En este lugar aislado encontró una satisfacción que le había negado el mundo externo, y los ataques de locura que adolecía sólo lo atormentaban a él y a su compañera.

Nos acosaron las moscas de la arena, particularmente los denominados tábanos y la *marigui*, llamada en Brasil la *pium*. Nubes de marigui nos atacaron de día, dejando pequeñas ampollas de sangre donde picaban. El tábano llegaba de a uno, pero demostraba su presencia por un pinchazo que parecía el aguijonazo de una aguja. Las picaduras de ambos insectos provocan una comezón abominable y pueden producir septicemia al rascarse.

Más abajo de Rurenabaque hay una extensión conocida como El Desierto, que está a un nivel demasiado profundo para servir como establecimiento de un caserío, y en la estación seca está expuesta a los salvajes que la recorren en busca de huevos

de tortuga y de pescando. Nuestra tripulación sostenía que los salvajes se mantenían en la ribera occidental, por lo que nosotros acampábamos siempre en la orilla opuesta. En estas cercanías habían ocurrido una serie de tragedias, venganzas de los salvajes por las crueldades practicadas en ellos por empleados inescrupulosos de las empresas de caucho.

Un suizo y un alemán, de una barraca más abajo de la confluencia del Madidi, habían irrumpido recientemente donde los salvajes con numerosas fuerzas. Fue destruida una aldea, se realizó una carnicería en hombres y mujeres y los niños fueron muertos rompiéndoles el cráneo y vaciándoles el cerebro contra los árboles. Los invasores regresaron orgullosamente con un botín de ochenta canoas y se jactaron de su hazaña. La única razón para ello fue que habían llegado unos pocos indios tímidos al campamento y se temía un ataque a la barraca. Me contaron que estos guerreros de las barracas consideraban un gran deporte, lanzar bebés indios al aire y recibirlos con la punta de sus machetes.⁶ La gente decente del río se disgustó al saber este suceso y las autoridades también se indignaron cuando oyeron de ello, pero no pudieron hacer nada.

Eran una práctica común las incursiones donde los salvajes en busca de esclavos. La idea prevaleciente de que los bárbaros no eran mejores que un animal salvaje explicaba muchas de las atrocidades perpetradas en ellos por los degenerados que eran los amos de las barracas. Posteriormente traté a los indios guarayos y los encontré inteligentes, limpios e infinitamente superiores a los indios bebedores “civilizados” de los ríos. Ciertamente que eran hostiles y vengativos; pero ¡considerad la provocación! Mi experiencia me ha indicado que pocos de estos salvajes son “malos” por naturaleza, a no ser que el contacto con “salvajes” del mundo externo los haya puesto así.

Su costumbre era atacar al amanecer, acribillando las *toldetas* con flechas. Estas *toldetas* eran redes mosquiteras de tela ordinaria de algodón y bajo ellas dormían todos los miembros de la tripulación de los botes, tanto bolivianos como indios. Los que sobrevivían a la lluvia de flechas envenenadas tenían pocos motivos para congratularse cuando los salvajes ponían las manos sobre ellos. El general Pando, que subió el Meath, a poca distancia del Madre de Dios, y cruzó los pantanos hacia las aguas superiores del Madidi, me contaba que él y sus hombres instalaban sus *toldetas*, pero dormían muy lejos de ellas.

—En la mañana, a menudo las encontrábamos acribilladas de flechas —me decía—. Jamás sufrimos un ataque directo, probablemente porque mi destacamento

⁶ El *machete* es un cuchillo de hoja ancha especial para los viajes por la selva y constituye un elemento indispensable para todo colector de caucho.

era grande, pero continuamente nos molestaban desde los matorrales y permanecían invisibles.

En 1896 un importante funcionario del gobierno boliviano viajaba por el Beni en compañía de su esposa e hijastra, cuando fue atacado al amanecer por los guarayos. Huyeron hacia el batelón, y, en el pánico, la mujer fue olvidada en el banco de arena en que habían levantado el campamento. Sólo cuando la embarcación estaba ya a gran distancia, río abajo, descubrieron su ausencia. La dama quedó en poder de los salvajes durante varios años, hasta que fue encontrada accidentalmente por una expedición en busca de esclavos. El jefe de ésta la restituyó al marido, junto con cuatro niños semisalvajes, cobrándole 300 libras por el servicio. Mientras tanto, el marido se había casado con la hijastra, y la impresión de volver a ver a su mujer le causó la muerte. La dama y sus niños se radicaron con la hija en Santa Cruz de la Sierra, y aquélla se deleitaba narrando sus singulares experiencias.

En Riberalta conocí una dama austríaca —vivaracha y hermosa— que de tiempo en tiempo se iba sola a la selva, para vivir con los indios Pacaguaras. Su colección de gargantillas de dientes y otras curiosidades de los salvajes era única.

Bajo el agotador calor de las selvas uno se sentía muy tentado a bañarse desde el batelón. No era prudente hacerlo, pero si el deseo era demasiado intenso, había que proceder con cuidado, a causa de la abundancia de *puraques* o anguilas eléctricas. En estos ríos se encuentran dos variedades de ellas: una es de más o menos seis pies de largo y de color café, y la otra —la más peligrosa— es amarillenta y mide la mitad de aquélla. Basta un choque para paralizar y ahogar a un hombre, pero el método del puraque consiste en repetir los choques para ultimar a su víctima. Parece que para propinar su choque eléctrico, la anguila tiene que mover su cola, porque cuando está completamente quieta puede ser tocada sin peligro. Sin embargo, los indios no tocarían una, ni siquiera muerta.

Otro pez repugnante que se encuentra en los ríos amazónicos, y particularmente común en los tributarios del Madeira, es el *candiru*. Su cuerpo tiene alrededor de dos pulgadas de largo y un cuarto de pulgada de grueso y termina en una angosta cola de golondrina. Tiene un largo hocico huesudo, agudos dientes, y su piel está cubierta de finas barbas dirigidas hacia atrás. Trata de introducirse por los orificios naturales del cuerpo, sea humano o animal, y una vez adentro, no puede ser extraído debido a sus barbas. Muchas muertes son causadas por este pez, y la agonía que puede causar es penosísima. Mientras estuve en Riberalta, un doctor austríaco le extrajo dos a una mujer, y un médico japonés, en Astillero, en el río Tambopata, me mostró uno de una especie distinta, extraído del pene de un hombre. Esta especie alcanza a veces un largo de cinco pulgadas y se

asemeja a una anguila recién incubada.

En el fondo arenoso de los ríos se esconden venenosas rayas. No son grandes, pero la cuchillada de su lanceta barbada, cubierta de mucosa, es extremadamente dolorosa y a veces entraña un serio peligro. La gente del río dice que el mejor remedio es orinar sobre la herida. No puedo confirmar esto, pero sé que los nativos de las Indias occidentales tratan en esta forma la picadura del erizo de mar. La raya constituye un buen alimento y su aguijón es empleado por los indios para guarnecer sus flechas.

La monotonía de flotar río abajo, día tras día, sin otra cosa que hacer que vigilar las inmutables riberas, fue demasiado para nuestros compañeros, los dos oficiales de aduana. A cargo de ellos figuraban valijas de correo para entregar en Riberalta, y no pasó mucho tiempo antes que destruyeran los sellos de aquéllas y aprovecharan todos los periódicos que encontraron adentro.

—No importa —fue la disculpa—. En todo caso, al llegar allá, los diarios pasan a ser propiedad pública.

En el momento de llegar a Riberalta, la mayoría de ellos se habían perdido, y mucha gente, que contaba los días desde un correo al otro, tuvo que conformarse y esperar con paciencia el próximo correo, que podía llegar en un mes más o también en tres.

En la boca del río Madidi, a orillas de las llanuras de Mojos, estaba la misión de Cavinás, donde los restos de una tribu india —otrora parte de una grande y poderosa nación conocida como los *toromonas*— tenía un caserío de unas pocas cabañas muy bien conservadas. Los indios siempre se preocupaban de mantener sus plantaciones libres de malezas, mientras que las de los blancos estaban llenas de ellas. Cavinás constituía un agradable contraste con los campos mal tenidos e improductivos de las colonias blancas.

De aquí para adelante encontramos barracas de caucho a ambas orillas del río, pero sólo en una de ellas se nos dio la bienvenida. Los propietarios, borrachos y de aspecto degenerado, deben haber tenido mala conciencia. El único que nos recibió en forma hospitalaria estaba en Concepción. El propietario era bien educado y había viajado mucho; su mujer y niños eran encantadores y sus negocios, fructíferos. Era optimista respecto al futuro del caucho en el Beni, pero yo no podía estar de acuerdo con él. Me parecía que la decadencia y abandono consiguiente eran inevitables, a menos que toda la región pudiese ser desarrollada por una inmigración bien organizada.

Después de un trayecto de veinte días desde Rurenabaque, llegamos, el 28 de agosto, a Riberalta. Aquí me encontré con el general Pando, ex presidente de la República y delegado de la provincia del Beni, un hombre de aspecto notable y

marcada habilidad. Había realizado extensas exploraciones en Bolivia y probablemente sabía más del país que cualquiera de sus compatriotas. Lo que me alentó tanto fue el hecho de que era el primer funcionario que yo traté que sabía realmente el trabajo que se requería de la comisión.

No estaban esperándome aquí los instrumentos; los encontraría en Bahía o, como fue llamada más tarde, Cobija. Sabía ya lo bastante en aquella época, para creer en ellos solamente cuando los viera.

—Se le proporcionará un bote que lo llevará al río Orton —me dijo—. Después, desde Porvenir, seguirá por vía terrestre al río Acre.

—¿Cuánto tiempo cree que me detendrá el trabajo en el Acre? —pregunté.

—Me temo que no lo va a encontrar fácil, mayor. Yo diría que lo va a retener dos años completos.

Por cierto que yo no tenía intenciones de pasar dos años en el Acre, ni permitiría que me creciera el pasto bajo los pies, en lo que concernía a mi trabajo; pero no se lo manifesté.

En la parte en que el Beni se une al Madre de Dios hay un ancho de 500 yardas de una orilla a la otra. Riberalta, que estaba en la confluencia, casi era una ciudad, pues las chozas de hojas de palmera estaban ordenadas en manzanas, unos pocos techos estaban cubiertos de una *calamina*⁷ enmohecida y aun había un edificio de *adobe*⁸, oficina de Suárez Hnos., la principal firma de caucho. Aunque el edificio Suárez era sencillo, de un piso, y no se componía más que de un cuerpo rodeando un patio central, su costo, se decía, sobrepasaba de 12.000 libras. Cualquier cosa valía aquí diez veces más que en el mundo exterior. A pesar de los precios exorbitantes, había abundancia de alimentos y en alguna forma inexplicable todos se las ingeniaban para vivir a crédito. El pan se vendía a cuatro peniques la onza. Pero la carne de vacuno, la dieta corriente, abundaba y el ganado semisalvaje de las llanuras de Mojós se podía comprar por menos de cuatro chelines cada uno, con el único inconveniente que el comprador tenía que capturar su adquisición después de la transacción. Si se atrevía.

Ubicada casi en el corazón del continente, Riberalta está sólo a 500 pies sobre el nivel del mar. Está construida en el sitio de una antigua aldea india y su suelo está

(1) ⁷ Fierro acanalado. Es la calamidad de Sudamérica —considerado desde el punto de vista de lo pintoresco— y destruye el aspecto de lo que en otra forma podría ser atractivo. Las *tejas*, o teja española, son más durables y constituyen un embellecimiento, pero cuestan más y requieren mayor trabajo en su colocación, de modo que la *calamina* barata y horrible se ha ganado la preferencia.

(2) ⁸ *Adobe* es una arcilla como barro, empleada para construir en toda la América Latina. Es el ladrillo del pobre y a menudo se fabrica al pie de la construcción.

a sólo seis pies sobre el mayor nivel de agua del verano. Aquí el calor puede ser casi intolerable; sin embargo, hay frecuentes surazos, cuando la temperatura desciende repentinamente desde 110 grados F., a la sombra, hasta 40° F., y a veces aún hasta el punto de congelación. En estas ocasiones la gente se retira a sus chozas abiertas y se entierra bajo todas las mantas que posea, hasta que pase el surazo.

Al llegar a la ciudad, había tenido lugar un motín en Madre de Dios, en la boca del Heath, donde los soldados de un pequeño destacamento habían asesinado a sus oficiales y huido al Perú. Un soldado —un indio— regresó a Riberalta y declaró que había rehusado participar en el asunto. Fué enjuiciado por la corte marcial, declarado culpable y sentenciado a 2.000 latigazos con el gato.

El gato que se empleaba en el Beni consistía en un garrote corto con cuatro látigos de cuero crudo con buenos nudos. Se suponía que la sentencia terminaría con el indio y se obtendría así un resultado que, por falta de autoridad, no podía lograrse directamente. Los residentes extranjeros protestaron, pero sin éxito. El hombre recibió sus azotes, y el médico que los presencié me dió detalles completos después.

La víctima fue extendida de plano sobre el suelo y un soldado a cada lado le propinaba un azote por segundo, durante un minuto; después se pasaba el gato a otro soldado, que formaba parte de una hilera de hombres que esperaban su turno y que se sucedían uno tras otro, sin ninguna interrupción.

Cualquiera de los azotadores, que no le diera fuerte, recibía a su vez cincuenta azotes. La víctima se desmayó siete veces sin que por eso se interrumpiera el castigo, y, cuando estuvo completo, lo dejaron botado como estaba. Más tarde fué curado con sal. Su carne había sido desgarrada literalmente de los huesos, dejando éstos en parte descubiertos; ¡sin embargo, sobrevivió!

Por aquella época había tres ingleses en Riberalta. Uno de ellos era el mejor de los hombres, intachado por los vicios de una comunidad en que había pasado un cuarto de siglo. El segundo murió poco después que llegamos allí y sólo se destacaba por su manía de litigar. El tercero era uno de los hombres más viciosos y degenerados con que me he encontrado. Tenía un puesto lucrativo en una de las firmas gomeras, pero lo perdió, me parece, y se pegó un tiro pocos años después, en Londres.

La bebida reinaba aquí, como en casi todos estos lugares. Había una serie de excusas para ello. Rodeados de brutalidad y pasiones bestiales, viviendo en una escualidez increíble; aislados por las grandes distancias, la falta de comunicaciones y una jungla impenetrable, no es de admirarse que la gente buscara una escapatoria por el único medio que conocía: por medio de la botella.

A menudo vi al general Pando, y no perdía una oportunidad de urgirle los arreglos para nuestra partida. Quería ponerme a trabajar cuanto antes.

—No creo que pueda usted partir para Bahía antes de unas tres o cuatro semanas —observaba él—, y cuando llegue allá, supongo que va a tener que esperar hasta que aumente de caudal el río. ¿Por qué no hace en este lapso un levantamiento preliminar de una vía férrea entre Porvenir y Bahía? Sería un gran servicio que haría al gobierno.

Discutiendo con él los detalles del trabajo de límites, decidí realizar primero la sección del Acre y después regresar a Riberalta para hacer el plano de la frontera. Después de eso haría la sección intermedia y regresaría otra vez para ejecutar el plano. En último término, se haría la parte de Abuna. Calculando un mes en planificar y en viajar de allá para acá, y seis meses ocupados en cada sección, se requerirían dos años y medio o casi la duración total del contrato.

Un funcionario de aduana atacado de beriberi llegó del Acre y le pregunté sobre lo que se nos esperaba al llegar al río.

—Lo he visto en un recorrido de más de cien millas desde un gran vapor —me dijo—. Todo ha sido explorado antes; en realidad, hay barracas de caucho a lo largo de todo el camino.



CAPITULO VI

NACIDOS PARA SUFRIR

NO HAY EXAGERACION ALGUNA al afirmar que nueve de cada diez habitantes de Riberalta sufren de una u otra clase de enfermedad. Estaban las víctimas del beriberi, parcialmente paralizadas, que se arrastraban sobre muletas y que se agrupaban cada vez que había una posibilidad de un aperitivo o trago gratis. Algunos tenían fiebres tercianas; otros, consunción y muchos padecían de achaques que los médicos no podían diagnosticar. Todos los negocios de la ciudad hacían grandes ganancias con remedios de curanderos, vendidos a precios fabulosos. La persona de buena salud se miraba como una rareza, una excepción, algo extraordinario. El beriberi —una especie de hidropesía— era la dolencia normal en el río, causada probablemente por la mala calidad de los alimentos y su falta de vitaminas. Se podía obtener carne fresca, pero el artículo principal lo constituían el charque (lonjas de carne salada secada al sol) y el arroz. Este era traído de Santa Ana, Santa Cruz o Manaos en el Brasil y generalmente estaba mohoso cuando se vendía, después de por lo menos dos años de bodegaje. El charque comúnmente estaba infestado de gusanos. Tenía un olor tan malo que sólo se podía comer después de hervirlo tres veces; sin embargo, en Riberalta se vendía a un chelín y ocho peniques la libra. La gente se tragaba esta dieta con grandes tragos de *kachasa*, el endemoniado alcohol de caña de azúcar. ¡No era de admirarse que murieran como moscas!

En la ciudad había muchos indios de la selva, esclavos. Habían sido traídos cuando niños y bautizados. Algunos lograron adaptarse a la nueva vida, pero en su

mayoría resultaban indomables. Si habían sido cogidos de muchachos, tarde o temprano sentían el llamado de la selva y escapaban de vuelta a ella. Sin embargo, estos jóvenes salvajes jamás olvidaban lo que les habían enseñado; absorbían rápidamente la educación, y de regreso en la tribu iniciaban a su gente en los métodos del hombre civilizado. Los indios excepcionales eran enviados hasta a Europa a estudiar.

El propietario de un floreciente negocio de Riberalta, un alemán llamado Winkelmann, adquirió una joven salvaje, la educó en Alemania y se casó con ella. Varias veces tomé el té con ellos, y no sólo la encontré encantadora, sino también de muy buenos modales. Hablaba cuatro idiomas, se había adaptado perfectamente a su posición y era madre de una familia agradabilísima. Como regla general, sin embargo, esta gente de la selva era muerta a tiros a primera vista, como animales peligrosos, o cazados sin piedad para ser enviados como esclavos a lejanos estados gomeros, donde era imposible escapar y en que todo signo de independencia era repelido con el látigo.

Los casos más trágicos del Beni ocurrieron en la ciudad y provincia de Santa Cruz de la Sierra. Aquí los peones fueron traídos encadenados como presidiarios, en grupos de cincuenta cada vez y vendidos. Desde luego, iba contra las leyes, pero los sindicatos encontraban en el sistema de peonaje un medio para embaucarlos. Mientras todo el transporte en los ríos estuviese en manos de las firmas grandes, no había esperanza para aquella gente. Cualquier intento de escapar era casi seguro que terminaba en un desastre.

Cierta vez cuatro hombres lograron huir de una firma francesa y continuaron río abajo en una canoa. El jefe de los peones, más conocido como el mayordomo, les dió caza, los cogió y, en lugar de llevarlos de regreso, les vació los sesos con la culata de su Winchester, mientras estaban arrodillados ante él pidiendo misericordia. Una reparación legal en estos casos era cosa remota. Los jueces locales sólo percibían salarios de 16 libras mensuales y dependían del soborno para poder vivir. Con todo el dinero y el poder en manos de las firmas de caucho, poca esperanza quedaba que se hiciese justicia.

Visité en la cárcel de Riberalta a un francés que había asesinado a su empleado en un arranque de celos. Mientras estaba en prisión, fue alimentado por su mujer, a quien un día cogió y estranguló, por lo cual fue condenado a muerte. ¡Escapó y huyó a Brasil, gracias al juez que le vendió una lima!

Por lo general, un soborno ofrecido directamente era considerado un insulto. El método corriente consistía en comprar a un precio enorme algún maderaje u otros artículos que pertenecieran al juez. En casos legales, ambas partes harían postura por los bienes y, desde luego, ganaría el que hacía la mejor oferta. Antes de

condenar esta corrupción descarada, recordad que estos lugares estaban increíblemente lejos y eran extremadamente primitivos, y, no está de más decirlo, lo mismo sucedía ordinariamente en Inglaterra antes de la época industrial.

Una vez en manos de una firma grande, era difícil para cualquier hombre, blanco o negro, el partir contra la voluntad de sus empleadores. Para ilustrar esto, un inglés de Riberalta me narró la siguiente historia:

—Viajé en el Orton con un hombre que había dejado su trabajo en una conocida firma, retirándose con una economía de más o menos 350 libras. Era un hombre muy útil y ellos no querían perderlo. Lo conquistaron para que bajara a tierra a una de las barracas de la firma, donde lo emborracharon.

”Así lo mantuvieron por tres días, tan borracho que no sabía lo que estaba haciendo. Transcurrido este lapso, permitieron que volviera a su juicio y pusieron bajo su nariz una factura por 75 libras más que el total de sus economías. ¿Qué podía hacer? Ninguna corte habría defendido su caso si él hubiese presentado una queja contra los estafadores. Probablemente, ninguna corte lo habría siquiera escuchado. Se vió obligado a vender su esposa y su hija para cancelar la deuda, y después regresar río arriba a su labor. Fue entonces cuando le conocí, y lo que más lo enojaba al contar su historia no era tanto el engaño de que había sido víctima, sino que su gente se hubiese ido por un precio tan ínfimo.

Yo le hice notar que esto era en gran parte sólo culpa de él. Mal que mal, él no era esclavo.

—Sin embargo, es lo mismo —replicó el inglés—. No vaya a creer que los hombres blancos jamás son vendidos como esclavos. Hay el conocido caso de dos hermanos que descendieron por el Beni para negociar. Se detuvieron en una barraca en que se estaba jugando fuerte, se vieron mezclados en un juego de póquer y el mayor de ellos perdió grandes sumas. Al día siguiente, cuando el menor trató de entrar al barco, el mayordomo lo cogió, lo lanzó a tierra y comenzó a darle de latigazos. ¡Su hermano mayor lo había vendido para cancelar su deuda! Al oír esto, el menor se enfureció y tuvieron que propinarle 600 latigazos para aplacarlo. Creo que finalmente se escapó, pero lo que sucedió después no lo sé. En todo caso, creo que no sentiría mucho cariño fraternal.

Dos de las grandes firmas de Riberalta mantenían fuerzas de villanos armados para dar caza a los indios, y realizaban una cacería al por mayor. Los infelices cautivos eran llevados a trabajar tan lejos de sus tribus, que perdían e’ sentido de orientación y se les hacía muy difícil huir. Se les proporcionaban una camisa, las herramientas necesarias, una porción de arroz y se les ordenaba producir un total anual de más o menos setecientas libras de caucho, bajo amenaza de azotes. Esto puede no parecer mucho, pero los árboles de caucho estaban muy dispersos en un

área enorme, y era necesaria una labor incesante para localizarlos y trabajarlos. Con el auge de precio del caucho en aquellos días, el sistema trajo inmensos beneficios a las firmas.

Mientras más capaz era un hombre, más difícil le era escapar de las garras de las empresas gomeras. Blanco, negro o indio, una vez endeudado, tenía pocas esperanzas de recuperar alguna vez su libertad. Se otorgaban generosamente los créditos para tender un lazo a los hombres. Para una firma era fácil, ya que además de pagar los salarios, lo proveía de todas las necesidades y deducía el costo de aquéllas, para “arreglar” la cuenta en forma tal, que el hombre siempre quedaba debiendo y por lo tanto siempre sirviente. Pero esto no era verdadera esclavitud; después de todo, al tipo se le pagaba. Virtualmente era un prisionero, pero no un esclavo. La esclavitud abierta era otra cosa, pero no había ningún hombre que estuviera libre de ese peligro.

George Morgan, un negro, fue comprado por uno de los ingleses de Riberalta — el bestial— en 30 libras. Tratado miserablemente, no tenía otra perspectiva que la esclavitud y, posiblemente, habría sido vendido río arriba a una barraca, donde sería tratado peor que lo que era a manos del demonio humano a quien pertenecía. El otro inglés y el alemán residentes firmaron una petición al gobierno para que ordenara su libertad y enviaron copias a Lima y a Inglaterra, pero nada se hizo. Quizás las cartas jamás salieron.

Además de pasar veinticuatro horas en los cepos del puesto de policía, los deudores tenían que pagar con trabajo lo que debían a sus acreedores. Un empleado peruano de una barraca murió, y su mujer y seis niños que vivían en Riberalta fueron cogidos y enviados a la esclavitud en otra barraca de la misma firma. Esta es la realidad.

Un alemán, en deuda con una firma grande, fue llevado a una de las barracas más aisladas, en la que habían muerto todos los demás trabajadores. No había esperanza de poder escapar de este lugar. Un inglés llamado Pae puso un negocio en Riberalta, despertando la envidia de las casas más grandes. Vendieron más barato que él, lo arruinaron, lo endeudaron y, finalmente, tuvo que emplearse por un salario nominal; no estaba convertido en un esclavo propiamente hablando, pero se encontraba atado sin esperanza.

Podría citar caso tras caso, no de oídas, sino por conocimiento personal. Esta historia repugnante no tiene fin, porque Riberalta era solamente uno de los sitios en ese infierno donde tales cosas ocurrían. Si un hombre fugitivo sobrevivía lo suficiente para ser cazado y traído de vuelta, recibía como castigo por lo menos mil azotes, o tanto como se consideraba que podía soportar sin perecer. Las atrocidades descubiertas por Sir Roger Casement en Putumayo, Perú, eran solamente una parte

de la terrible historia. La esclavitud, la efusión de sangre y el vicio reinaban como señores absolutos de los ríos, y no habrá nada que los detenga, hasta que el precio del caucho se normalice. Los peones del río Madeira tenían un término medio de vida de trabajo de cinco años. En los otros ríos este promedio subía un poco. Al este de Sorata era rarísimo encontrar una persona anciana de cualquier sexo. América del Sur no es un país de proporciones mediocres; todo se hace en gran escala, y las atrocidades de la época del auge del caucho no eran una excepción.

En Santa Cruz, una pequeña aldea distante solamente diez millas de Riberalta, se producían muchas muertes a causa de un tipo peculiar de fiebre que no ha sido jamás clasificada. Con un verdadero espíritu de empresa local, el cura de la aldea explotaba la epidemia para labrar su fortuna. Dividía el camposanto en tres secciones: Cielo, Purgatorio e Infierno, ¡y de acuerdo con esto cobraba por el funeral!

El 25 de septiembre abandonamos Riberalta en un pequeño batelón con diez indios ixíamas y ocho indios tumupasas, un piloto y un joven oficial del ejército, que actuaba como intérprete, ya que su padre era un escocés que vivió toda su vida en La Paz y su madre era boliviana. Este joven oficial resultó ser un buen compañero, cuanto estaba sobrio.

El día después que partimos entramos al Orton, un río famoso por sus obstáculos ocultos, pirañas, candirus, cocodrilos, anacondas, rayas y moscas, como también por la total ausencia de caza. Resultó ser un torrente muy lento que se deslizaba entre altas riberas a orillas de extensos pantanos, y, además de reunir todas las peores características de los ríos amazónicos, era navegable en lancha solo durante la estación lluviosa. Los mosquitos se cernían sobre nosotros formando verdaderas nubes. Nos forzaban a cerrar ambos extremos de la cubierta de hojas de palma del batelón con redes para mosquitos, y a usar velos para el rostro, pero a pesar de todas nuestras precauciones, muy pronto nuestras manos y cara se transformaron en una masa de diminutas ampollas de sangre, que nos producían gran escozor.

Aquí oímos por primera vez al pájaro *seringero*, que emite tres notas bajas en crescendo seguidas por un “Juit, uio” y un grito penetrante. Es un ave activa y alegre, del tamaño de un zorzal, y su presencia indica la proximidad de árboles de caucho, pues se presume que se alimenta de los parásitos que encuentra en ellos. Los colectores de caucho, llamados *seringeros*, escuchan el grito del pájaro para orientarse cuando andan en busca de árboles.

En una barraca llamada Palestina encontramos vestigios de la lucha con Brasil en 1903, la que condujo a la revisión de los límites fronterizos. El lugar estaba fortificado y atrincherado, y desde allí salía una huella que conducía a través de la

selva hasta el río Abuna, y hasta el Acre en Capatara, más abajo de la ciudad brasileña de Xapury. Debo confesar que las trincheras no me impresionaron y puse en duda la experiencia y el conocimiento de los oficiales responsables de ellas. Estaban trazadas de acuerdo a esos antiguos planos que se encuentran en los textos de estudio y podían ser fácilmente enfiladas.

No había muchos signos de atrocidades en el río Orton; al parecer, sólo se usaba el látigo cuando habían fracasado los otros medios. Tampoco se veía en ninguna parte el sistema de esclavitud, aunque sabíamos que allí existía. Bastante cerca, en el Madre de Dios, había una barraca que no explotaba el caucho, sino que criaba niños para el mercado de esclavos. ¡Se decía que existían allí alrededor de seiscientas mujeres! La mayoría de los empresarios y mayores eran deshonestos, cobardes y brutales, totalmente inadecuados para el control del trabajo, aunque todavía una chispa de decencia les impedía practicar abiertamente sus brutalidades. Nunca se cansaban de repetirme que los mestizos y los indios entendían solo con el látigo. La mitad de ellos también eran mestizos; en cuanto a los indios, mi propia experiencia me ratificó una y otra vez la rapidez con que respondían a un tratamiento decente.

Fué en Palestina, según dicen, donde el hombre que inició el negocio del caucho en el Orton y, en realidad en toda Bolivia, acostumbraba a flagelar a los hombres hasta matarlos, o a veces, para variar, los ataba de pies y manos y los arrojaba al río. ¡Los más afortunados eran aquellos sometidos a este último castigo! Me encontré con un inglés que se empleó una vez donde este hombre y me contó estos crímenes de alienado. El también parecía cortado con la misma tijera.

Las moscas casi nos hicieron enloquecer; no se podía descansar de ellas, porque atacaban tanto de día como de noche. Mis tormentos se hacían casi insoportables cuando tenía que hacer observaciones, pues no podía proteger mi rostro y mis manos desnudas.

El batelón hacía agua y chocaba continuamente con obstáculos sumergidos. El calafateo con estopa era un trabajo del cual no se podía descansar ni siquiera una hora. Las aberturas de los tabloneros eran tan anchas, que la estopa se salía muy pronto. Dan, el anglo boliviano, se mantuvo tranquilo los dos primeros días, convaleciendo de su último ataque de ebriedad en Riberalta. Después, cuando su cabeza se despejó, se transformó en un estorbo y yo tuve que reprenderlo severamente. Por lo demás, era un muchacho alegre.

Dejamos atrás una barraca tras otra, y generalmente nos deteníamos a comer o, si estaban abandonadas, cogíamos papayas y otras frutas de las fértiles plantaciones. Algunas veces acampábamos en una faja de playa arenosa; otras, dormíamos en el interior de una choza poblada de insectos. Una o dos veces nuestro

campamento fue invadido por un vasto ejército de hormigas que se abalanzaban por doquiera destruyendo a su paso a toda criatura viviente. El calor era sofocante, y rara vez podíamos bañarnos en el río a causa de las mortíferas pirañas y rayas. La terrible monotonía de las selvas que se extendían hasta el límite del agua en ambas riberas se sucedía sin interrupción, excepto cuando se había cortado un claro para establecer una barraca que parecía, con su barda y sus cañas, formar parte de la selva misma. A veces creíamos perder el juicio con las plagas de insectos.

Encontramos a la mujer del sobrino del general Pando viviendo con su familia en la barraca de Trinidad, en medio de un lujo que sería imposible procurarse en Riberalta. Tenían sus propias plantaciones, gallinero y ganado, que habían sido transportados durante la estación seca, cuando los caminos eran transitables. Aquí nos atendieron a cuerpo de rey y durante un día o dos pudimos olvidar las vicisitudes del viaje.

Una dama de la barraca era víctima de un caso avanzado de espundia al oído, enfermedad muy común en estas regiones. En esa época, y aun mucho después, no se sabía que era producida por el microbio *Leishmann Donovan* y que era la misma enfermedad llamada *Bouton de Biskra*, en Trípoli, y *Delhi Boil*, en India. Por medio de un tratamiento drástico y doloroso puede ser curada en diez días; en casos avanzados se prolonga hasta seis meses, porque reacciona ante el metileno y antisépticos poderosos. En las selvas donde se le deja seguir su curso se desarrolla hasta formar crecimientos faciales horribles o una masa de corrupción leprosa en piernas y brazos.

Se contaba un caso extraño de un mozo (como se acostumbra llamar al peón en Bolivia) que fue mordido por una serpiente venenosa. El veneno no fue lo suficientemente poderoso para matarlo, pero fué causa de que dos de sus dedos se secaran y cayeran. Las muertes por mordeduras de reptiles son muy frecuentes, porque todos andan descalzos. Sin protección, aun el andarín más cuidadoso corre grandes riesgos, porque estas serpientes son diminutas pero mortales. Hay tantos y tan variados reptiles, -que es probable que aún no se conozcan todos ni estén clasificados.

En Trinidad nos facilitaron revistas inglesas y un ejemplar de "Martin Chuzzlewit". Estábamos hambrientos de lectura. Leímos y volvimos a leer cada página, cada aviso, aun el pie de imprenta. ¡Estaban llenas de orificios de termitas y manchadas de humedad, pero para nosotros eran más valiosas que el oro!

El río Tahuamanu había crecido con las lluvias recientes cuando comenzamos su ascenso; sin embargo, la travesía fue difícil. Árboles caídos bloqueaban el paso, y los obstáculos se erizaban frente a nosotros. Continuamente necesitábamos trabajar con el hacha para abrirnos camino y estábamos exhaustos cuando alcanzamos

aguas relativamente claras. Nuestros ocho indios resultaron ser buenos trabajadores, pero casi los perdimos porque una noche llenaron la pipa de Willis con barro para hacerle una broma, y al día siguiente Willis se desquitó a garrotazo limpio. Si hubiesen sido capaces de abandonarnos y de regresar, estoy seguro de que lo habrían hecho sin vacilaciones; las cosas se calmaron, sin embargo, y cuando sus espaldas magulladas estuvieron mejor, volvieron al trabajo. Para decir la verdad, estos indios tumupasas se habían puesto bastantes insolentes, y los garrotazos de Willis les hicieron mucho bien.

En las selvas se cree que todos los gringos saben algo de medicina, y por lo tanto en la barraca de Bellavista me pidieron que tratara a un enfermo de fiebre de agua negra, enfermedad poco común aquí. Creo que este caso se produjo bebiendo agua de un pozo sucio y estancado. Llevaba conmigo un pequeño libro de medicina en que estudié los métodos de tratamiento, ¡y tuve éxito! Posiblemente fue un caso de curación por la fe, pero lo importante es que el hombre mejoró.

Cuarenta y tres días de penoso avance, sufriendo la tortura continua de moscas y abejas diminutas y de mortal monotonía, nos condujeron a Porvenir. La aldea —si merece llamarse así— se componía solamente de dos chozas; pero una de ellas tenía dos pisos, de manera que no era una choza ordinaria. El batelón regresó río abajo, a Riberalta, pero los ocho indios tumupasas se quedaron con nosotros para transportar una cantidad de mercadería por tierra hasta Cobija, a veinte millas de distancia. Envié a Dan a Cobija para procurarse muías para el transporte de nuestro equipo.

El Tahuamanu estaba extensamente trabajado por las firmas gomeras, y en todas las chacras había plátanos y papayas. Como Willis era no solamente un buen cocinero, sino también un hábil pescador, estábamos bien equipados de alimento. Vivíamos tan bien, en realidad, que la noticia pronto llegó a Cobija y recibimos un verdadero tropel de soldados medio muertos de hambre, acompañados de los habitantes de ese lugar, que nos suplicaron que les diésemos comida y bebida. Gracias a nuestros indios pudimos festejarlos cuando llegaron, porque justamente habían capturado una anaconda de doce pies, magnífica serpiente roja, verde y amarilla, y de buen sabor.

Cobija está en la frontera entre Bolivia y Brasil; el límite es el río Acre. En el camino desde Porvenir, cuando pasamos frente a la tumba del coronel Aramallo, muerto en la lucha de 1903, uno de los soldados que escoltaban nuestras muías de carga se separó del grupo y se arrojó sobre la tumba con una pena casi histérica. Esto me interesó, porque a los bolivianos les gusta declarar que el indio es incapaz de sentir afecto. Me contaron que este soldado indio demostraba esta misma aflicción cada vez que pasaba frente a la tumba. Cuando llegamos a nuestro

destino, nos sentimos inclinados a demostrar también nuestra pena, ¡porque de todos los lugares abandonados, Cobija debe ser el peor!

Era un puerto fluvial de cierta importancia, pues su elevación de menos de ochocientos pies sobre el nivel del mar permitía navegar ininterrumpidamente hasta el Atlántico. Había sido una barraca que fuera abandonada. En 1903 la capturaron los brasileños; después fueron expulsados por los bolivianos, que atacaron con indios. Incendiaron las cabañas con flechas ardientes envueltas en algodón empapado en petróleo y después mataron a los defensores cuando éstos se vieron obligados a huir a campo abierto. No escapó ni un solo brasileño. Cuando nosotros llegamos —tres años después—, los esqueletos todavía cubrían el terreno. Nuevamente los brasileños ocupaban el lugar, pero esta vez como trabajadores, y aquí y en la región del Purus sumaban alrededor de sesenta mil.

Por fin se mitigó mi ansiedad por los instrumentos. No había cronómetros, pues se habían robado uno, y el otro estaba siendo reparado en Máhaos, y el único teodolito estaba tan terriblemente dañado que resultaba imposible usarlo. El trazado de la frontera —trabajo, importante, si no vital para Bolivia— debió ser efectuado con mi propio sextante y mi reloj cronómetro. Decidí que debía efectuar la labor, pese a la falta de interés y a la ineficacia de las autoridades responsables. Pero admito que por un momento me sentí tan desilusionado, que tuve la tentación de abandonarlo todo.

Las grandes lanchas que trabajaban río arriba, más allá de Cobija, cobraban tarifas de flete fabulosas —ganando a menudo más del ciento por ciento en cada viaje—, pero en la estación seca, en abril a noviembre, toda comunicación quedaba cortada, excepto para canoas y pequeños botes conocidos con el nombre de *igarités*. Sirios y armenios pululaban en el río durante la época del tráfico; sus batelones estaban atestados de mercadería barata, que cambiaban por caucho. Hacían fortuna mucho más rápidamente que sus hermanos, los infatigables *mercachuleros* de las tierras altas. Cuando el tránsito del río estaba en su apogeo, Cobija no parecía tan aburrida.

Como estación colectora de caucho de dos firmas importantes, Cobija poseía una guarnición de veinte soldados y treinta civiles, gobernados por un intendente borracho, que era mayor de ejército. Había uno o dos extranjeros, buenos camaradas, pero amigos de la botella. Por lo menos veinte de los cincuenta habitantes estaban atacados de beriberi y algunos de beriberi galopante, un tipo particularmente rápido que se llevaba a sus víctimas en un lapso de veinte minutos a veinte horas. Cada soldado de la guarnición recibía semanalmente raciones de dos libras de arroz, dos pequeñas latas de sardinas y media lata de camarones cocidos. Con esto debía vivir. Me dejó atónito la idea de que hombres que llevaban una vida tan extenuante,

podiesen mantenerse en condiciones con tal ración. Por eso no es de extrañar que arrasaran con « las vituallas que habíamos traído; dejamos que los hombres comieran a su antojo.

El médico residente de la estación de Suárez, que decía haber estudiado todas las enfermedades locales, me contó que el beriberi se producía por la alimentación deficiente, la bebida y la debilidad, y que su bacilo se transmitía por contagio, aunque nadie sabe cómo. Él dijo que sucedía lo mismo con la espundia.

—Esperen hasta llegar al Abuna —fue su alegre advertencia—. Hay una especie de tétanos muy difundido allá, que es fatal casi inmediatamente.

El beriberi y otras enfermedades ocasionaban un término medio de fallecimientos por año de casi la mitad de la población de Cobija. ¡Una cifra aterradora! No es de admirarse, porque fuera de unos pocos patos y pollos, todo lo que tenían era arroz y charqui incomible. Las selvas poseían abundancia de caza, pero la gente de Cobija estaba demasiado débil y enferma para salir a cazar.

El intendente, un rufián sin educación, que apenas sabía firmar su nombre, era aficionado a las cartas. Estábamos alojados sólo a un paso de la cabaña que servía de cuartel, y una noche le oímos ordenar a su subalterno que jugase con él una partida de naipes. El subalterno rehusó; hubo rugidos de borracho rabioso y el joven oficial abandonó la cabaña disgustado. El intendente desenvainó su espada enmohecida y salió detrás del subalterno, que estaba parado al lado de la puerta de la barraca, le dió un puntapié en la ingle y después castigó al joven con su espada hiriéndolo gravemente. Al escuchar el bullicio, el secretario del intendente corrió a ver lo que ocurría, y fue lo bastante cándido como para reprochar a su superior. Entonces el intendente cargó contra él, persiguiéndolo alrededor de la choza, propinándole al pobre tipo sablazos con ambas manos. Si alguno lo hubiese alcanzado, habría podido cortarle en dos. El único refugio que pudo encontrar el secretario fue nuestro cuarto y, ahí se precipitó con el rostro blanco a solicitar nuestra ayuda.

Casi pisándole los talones al secretario, entró el intendente.

— ¿Dónde está ese cochino tal por cuál? —rugió—. ¿Dónde lo han escondido, ustedes, gringos?

—Quieto —respondí—. Debería sentirse avergonzado de atacar con su espada a hombres indefensos.

Vio a su tembloroso secretario en un rincón oscuro y me dio un empujón, pero yo lo resistí.

El intendente me lanzó un juramento obsceno y puso la mano sobre su pistola.

—Ya te voy a enseñar, condenado gringo entrometido —chilló.

Cuando sacó su revólver, le retorció la muñeca y él arrojó el arma.

En ese mismo instante el subalterno herido entró con algunos soldados, que cogieron al intendente, que luchaba y maldecía. Lo arrastraron hasta el cuartel y allí lo ataron en un lecho hasta que se le pasara la borrachera.

A esto, siguió una investigación oficial y salió a luz que el intendente, teniendo su crédito copado, le había pedido a la casa de Suárez varios cajones con licores, ostensiblemente para los “ingenieros ingleses”. Vendió todas las mercaderías a que pudo echar mano e hizo un desfalco con dinero fiscal; así tuvo la oportunidad de beber a nuestras expensas. Escribí inmediatamente al general Pando, protestando enérgicamente, porque había cuentas de bebida con cargo a la expedición. Poco después llegó desde Rurenabaque un nuevo intendente, hombre decente, de quien me hice muy amigo.

Según el cambio oficial, la libra esterlina estaba a 12,50 bolivianos, pero aquí en el Acre descubrí que nuestros soberanos de oro valían sólo cuatro bolivianos, lo que disminuía en forma alarmante nuestro poder adquisitivo. Por primera vez en mi vida pude ver que el oro estaba en desventaja. Jamás he descubierto a qué se debió esto.

No deseaba perder tiempo en Cobija; muy pronto terminé las investigaciones y el trabajo topográfico que debía efectuar en los alrededores. Las lluvias eran ya intensas, el río crecía y disminuía espasmódicamente y por ese motivo teníamos esperanzas de procurarnos lanchas. En ese tiempo despaché un plano al general Pando para establecer un ferrocarril de trocha angosta entre Porvenir y Cobija. Además, trazamos planes para nuestra partida río arriba, con el objeto de dibujar el mapa hasta su misma fuente.

La muerte prematura de un gran pato, a consecuencias de una enfermedad desconocida, dió la oportunidad de ofrecer un banquete a los principales miembros de la comunidad. El ave muerta me costó una libra y agregué un pollo, por el que tuve que pagar treinta chelines. Compramos huevos a dos chelines cada uno; de nuestros propios víveres sacamos langosta y fruta en conserva. Bebimos quince botellas de champaña, seis de gin, una de brandy y tres de ron para acompañar el café. Willis fué el encargado de procurarse todas estas cosas, porque él era capaz de olfatear la pista del alimento y bebida tan bien como un sabueso huele la pista de un conejo. Los huéspedes no tuvieron ninguna dificultad en atacar el menú, y yo, que no gusto del licor, no tuve necesidad de ayudarlos. Aun ordenaron más víveres para que siguiera la fiesta. ¡Naturalmente a crédito!

Dos días después llegó una lancha al puerto, remolcando una balsa cargada con mercancías, y la tripulación nos contó que el sacerdote viajero del Acre venía río arriba. Había estado colectando fondos para la catedral de Manaos, desde hacía

tanto tiempo que nadie era capaz de recordar. Se decía que reunía alrededor de mil libras por viaje; bendecía matrimonios a razón de 30 libras cada uno, decía misa por 6 libras; los bautizos y los entierros costaban 10 libras. Además, ofrecía conciertos de armonio o de fonógrafo a razón de siete chelines y seis peniques por cabeza; los oyentes debían traer sus propios asientos.

El caucho era un extraordinario negocio en el Acre. Los sirringueros brasileños que lo explotaban eran libres y no estaban constreñidos en ninguna forma fuera de un contrato; cada uno de ellos ganaba entre quinientas y mil quinientas libras al año. Estaban bien alimentados, vestidos y armados; vivían en centros, cabañas levantadas en la ribera del río muy próximas a sus *estradas* o circuitos de ciento cincuenta árboles cada uno. Algunos eran hombres educados y la mayoría poseía un fonógrafo. El látigo era desconocido aquí y no había tráfico regular de esclavos, pero algunas veces cazaban a los salvajes vendiéndolos en 60 libras cada uno. No se practicaba mucho este comercio, debido principalmente a que las tribus, con toda cordura, habían emigrado de la región.

La pascua de 1906 fue celebrada con otro banquete, esta vez en casa de un comerciante. Me obligaron a pronunciar un discurso. Mi reciente conocimiento del español me permitió hablar sin temer un fracaso. Todos los huéspedes se las arreglaron durante la velada para “hacer uso de la palabra”, como se dice en español, y cada discurso fue prácticamente idéntico; hubo muchos golpes en el pecho, gran empleo de las palabras “corazón” y “nobles sentimientos”. Todos los discursos se aplaudían con estruendosas descargas de los rifles de los huéspedes. ¡Nadie se preocupaba adonde iban a parar las balas! Hubo música, danza y bebida sin tasa. A las cuatro de la madrugada los huéspedes que aún estaban conscientes fueron a otra casa a beber cerveza, y de allí salieron sólo tres: yo, Dan y un peruano llamado Donayre.

Al día siguiente abandonamos Cobija en medio de una descarga de despedida. Acompañamos al señor Donayre río arriba en su embarcación.



Capítulo VII

EL ACRE

EL SEÑOR DONAYRE, GERENTE de una barraca situada a algunos días de viaje río arriba, era un hombre interesante. Una vez la firma alemana con que trabajaba en el Purus lo envió al Putumayo a establecer contacto con los indios de ese río, aprender su dialecto e informar sobre caucho y su comercio. En una tribu grande se le dió una esposa y permaneció allí durante dos años.

—Esa gente era caníbal —me contó—. Muchas veces he visto cocinar trozos de hombres, de hombres blancos. No gustaban mucho de comer blancos; preferían a los individuos de otras tribus indias. El sabor de la carne es semejante al de la de mono.

—¿Probó usted mismo alguna vez de esa carne? —pregunté.

— Recuerde que vivía con ellos y tenía que adoptar sus hábitos. Si hubiese rehusado imitar lo que ellos hacían, no estaría aquí para contar el cuento.

— ¿En qué estado de desarrollo estaban esos indios. . ., quiero decir, mental y socialmente?

— Oh, eran muy inteligentes. Tenían un gobierno organizado, y aunque cada comunidad por separado elegía su propio jefe, existía un jefe supremo que actuaba como rey sobre toda la tribu. Algunas veces incineraban a sus muertos, pero generalmente se los comían. Había bastantes mujeres, y aunque se practicaba la poligamia, poseían una moral muy elevada.

”Es fácil condenar al canibalismo como repugnante, mayor; pero si uno se pone a reflexionar, ¿es peor comerse a un hombre muerto que a un animal o a un pájaro muerto? Por lo menos el canibalismo da un motivo razonable para matar a un hombre, que es mucho más de lo que puede decirse de una guerra civilizada. Además, es un medio conveniente para librarse de los muertos sin ocupar terreno valioso y viciar el aire puro enterrando al cadáver. Por supuesto, todo es cuestión de apreciación. Nuestro primer pensamiento es que el canibalismo es repugnante, pero si uno se familiariza con la práctica, tiene muy poco que objetar.

— ¿Por qué causa los abandonó?

— Mi esposa me contó que había un proyecto de matar a todos los hombres blancos. Pensaban que las brutalidades que los blancos practicaban con los indios eran un intento para exterminarlos, y estaban ansiosos de vengarse. Supongo que ellos no deseaban matarme, pero como era blanco, debía ser eliminado con el resto de mi raza. En todo caso escapé sin dificultades y sentí dejarlos. La vida salvaje tiene sus compensaciones; mientras más civilizado es un hombre, más fácilmente puede desligarse del antiguo molde y vivir una existencia de extrema simplicidad. La mayoría de los blancos que he encontrado “transformados en salvajes” eran gente con buena educación. Parece que ellos son los más adaptables.

”Usted encuentra blancos transformados en indios y muchas veces ve indios que son blancos. Yo los he visto; son gente de cabello rojo y ojos azules, como gringos. Pregunte a cualquiera de los hombres de las barracas brasileñas que hay por estos lados y le repetirán lo mismo que le estoy contando.

Esta fue la primera vez que oí hablar de los “indios blancos”.

También los he visto, y más adelante tendré bastante que agregar sobre esta materia.

Entre el Purus y el Acre había una gran área triangular que Bolivia había vendido al Brasil en dos millones de libras. En menos de tres años Brasil obtuvo en caucho mucho más que este valor. Yo mismo vi hacinaamientos de caucho que valían más de setenta mil libras, esperando en las barracas las lanchas que lo

transportarían a Manaus. Como he dicho, los propietarios calculaban como ganancia por viaje el ciento por ciento del valor del caucho, siempre que se tuviera éxito en la travesía. Sucedió algunas veces, entre mayo y diciembre, que las lanchas quedaban varadas cuando el río disminuía de caudal. Los troncos hundidos en el río Acre a menudo rompían las paletas de las hélices, de manera que tenían que llevar muchas de repuesto. ¡Se dió el caso de una gran embarcación que perdió treinta y dos hélices en un solo viaje! El ancho del río no pasaba de cincuenta yardas, y las embarcaciones de gran calado sólo podían navegar cuando la corriente, llena de obstáculos, se elevaba, debido a las lluvias, por lo menos veinticinco pies. Aun en esta época, sus muchos pequeños rápidos eran difíciles de sortear.

Al otro lado de la frontera, en territorio brasileño, todas las casas estaban bien construidas y bien amobladas. En Porto Carlos, una gran barraca brasileña donde finalizaba la navegación a lancha, el propietario y su familia vivían con gran lujo en una hermosa casa, con abundancia de todo, incluso de mucho ganado traído desde Manaus.

La etiqueta ribereña fruncía el ceño al viajero que rehusaba detenerse en estas barracas y centros, para beber por lo menos una taza de café con los residentes. Gente tan aislada estaba hambrienta por tener noticias del mundo exterior, y ésta era su única esperanza de obtenerlas. Ver un rostro nuevo, entretenerse con conversación de actualidad significaba sentir una vez más el contacto de la remota civilización. En nuestra travesía río arriba nos detuvimos en unos cuantos lugares, pero allí no se veía un alma, pues, al parecer, todos estaban ocupados en las estradas. Caucho valioso, escopetas, ropas, gramófonos y especies de todas clases yacían abandonados y podían ser robados, pero nada jamás se tocó. Algunas veces se encontraba un letrero que decía: "Todo aquí tiene dueño", pero este aviso era casi innecesario, pues el robo era considerado por todos como un crimen tan horrendo, que nadie pensaba cometerlo. ¡El asesinato y la violación se toleraban, pero jamás el robo! En un centro mucho más arriba, el propietario parecía haber sido asesinado, porque las enredaderas cubrían la cabaña y las hierbas habían crecido sobre las *bolachas* de caucho. Sin embargo, nada había sido tocado. Una bolacha de caucho valía en *ese* tiempo 30 libras y era fácil llevársela flotando detrás de una canoa.

En esta parte del río los salvajes no eran numerosos, aunque oí quejas de bandas aisladas que se dejaban caer sobre los centros y se apoderaban de todos los artículos de metal de que podían echar mano, llegando hasta a atacar y dar muerte a los colectores de caucho. La que fue antes una gran población nativa estaba ahora muy reducida a causa de la lucha con los blancos y muchos de los sobrevivientes se habían retirado para establecerse en regiones remotas, río arriba.

Pasamos la noche en un centro donde se había reunido una veintena de

colectores de caucho para celebrar el año nuevo. La choza era una sola habitación colocada sobre pilotes, a seis pies del suelo, porque los brasileños, sabiamente, evitan dormir a nivel de la tierra. Pasamos una noche bastante buena, con excepción de Willis, que quiso colgar su hamaca debajo del piso de la cabaña porque temía a la lluvia. El piso estaba construido con tablillas ampliamente esparcidas de madera de palma fibrosa, de manera que el interior no estaba en absoluto separado herméticamente del exterior, ni Willis de nosotros. Después de acostarme en mi hamaca, escuché durante mucho rato los gargajeos y salivazos ruidosos de los brasileños, y Willis, que estaba justamente bajo la línea de fuego, lanzaba amargas maldiciones.

Cerca de este lugar vivía la mujer más hermosa que yo haya visto. Era una mestiza brasileña, de pelo negro, largo y sedoso, de rasgos perfectos y con un cuerpo magnífico. Sus ojos negros y enormes habrían incluso tentado a un santo, esto sin mencionar su influjo sobre un latino inflamable de las selvas tropicales. Me dijeron que por lo menos ocho hombres habían muerto luchando por su amor y que ella misma había acuchillado a uno o dos. Era una diablesa, el prototipo viviente de la “niña de las selvas” de las novelas y del cinematógrafo, y, por más de un motivo, peligrosa de contemplar. Doce hombres la habían poseído hasta entonces y probablemente muchos más seguirían después.

Una noche acampamos en las selvas, cerca de la desembocadura del río Yalu. Al meterme en mi saco de dormir, algo corrió por mi hombro y por mi cuello, algo peludo y repugnante. Lo arrojé y, sobre el dorso de mi otra mano, cayó una gigantesca araña *apazanca*. Se me adhirió tenazmente mientras yo trataba de arrojarla, cayendo finalmente al suelo. Fue una gran suerte que el bicho no me picase, pues esta especie es muy venenosa y algunas veces puede matar a un hombre.

En Rosario, mientras esperábamos algunos días las disposiciones para continuar río arriba, llegó un boliviano, miembro de una expedición que había ascendido el Tahuamanu seis semanas antes. Me contó que treinta y seis días para arriba, desde Porvenir, encontraron un amplio sendero indio, lo siguieron hacia el oeste, hasta el río Yacu —tributario del Purus—, y capturaron un buen número de salvajes. Por supuesto, la expedición era para capturar esclavos. Mataron muchos indios, pero también perdieron muchos de sus propios hombres. El “producto” del viaje fue vendido con provecho y los sobrevivientes se sintieron muy afortunados por haber regresado con vida, pues no siempre estas expediciones eran tan favorables.

—Hubo una expedición de no menos de ochenta hombres —me contó el boliviano—. Cruzó desde el Tahuamanu hasta el río de Piedras o Tabatinga, que tiene su fuente no lejos de la del Acre y del Purús y desemboca en el Madre de Dios,

cerca de Maldonado. Pese a lo numerosa, fueron asesinados con flechas envenenadas tantos participantes, que el resto abandonó el viaje y regresó. Hay una tribu allí llamada los *iñaparis*, gente de cutis claro, a la que no le gusta ser molestada, y es probable que fueran ellos los que atacaron.

Donayre se veía desgastado, lo que me hizo sospechar que tenía gusanos. Le di remedios y se estableció mi reputación como médico cuando él quedó completamente sano de una dolencia que lo había molestado durante meses. Insistió mucho persuadiéndome de que le aceptara honorarios en caucho por valor de seis contos o 360 libras, y estalló en lágrimas cuando yo rehusé.

Me pedían, incluso me rogaban una y otra vez, que levantara un plano de concesiones de caucho por honorarios fabulosos. Si no hubiese tenido otra labor, habría aceptado. Una vez me ofrecieron el equivalente de 5.400 libras esterlinas por una agrimensura que hubiese podido realizar en tres semanas. Siempre se exigía el mapa de una concesión antes que ésta fuese legalmente válida. Los agrimensores titulados tenían demasiado miedo a las enfermedades y los salvajes para arriesgar su vida en estas regiones, aun cuando en muy poco tiempo podrían haber hecho fortuna. En lo que se refiere a salvajes, creo que no encontramos a más de media docena en todo el territorio, entre Rosario y la fuente del Acre. Los aterrizzaba la vista de los rifles y desaparecían apenas los avistábamos. Lo último que se me hubiera ocurrido habría sido dispararles.

Había muchas evidencias de que la industria cauchera en el Acre estaba decayendo; en realidad, estaba agonizando, como también en toda Bolivia. Aun había bastante demanda y los precios eran altos, pero las plagas de insectos y los cerdos ocasionaban daños indescriptibles en los árboles adultos, y los nuevos alcanzaban una altura de cinco a seis pies, marchitándose después y muriendo. A menudo me preguntaba por qué no se plantaba hevea, pero me dijeron que el ensayo había resultado un fracaso. Posiblemente se hubiesen podido vencer las dificultades, de no mediar el deseo general de enriquecerse a corto plazo. Un colector de caucho podía reunir una o dos toneladas al año, como era el caso en el Acre, y todos obtenían tantas ganancias, que nadie tomaba en consideración la idea de esperar quince años, hasta que maduraran los árboles plantados.

En un gran batelón, obtenido de Donayre, dejamos Rosario el 9 de enero, e inmediatamente tuvimos dificultades. El río, lleno de bancos y rocas, disminuyó de caudal. La embarcación era realmente demasiado grande para este recorrido, pero no pudimos conseguir nada más apropiado. Para empeorar las cosas, la lluvia cayó en torrentes, hasta que su ruido parecía un tren expreso corriendo a toda velocidad. Los mosquitos y los mariguíes nos asediaban y esa noche, al acampar, tuvimos que dormir en hamacas húmedas. Sin embargo, al día siguiente mejoraron las

condiciones, porque la lluvia levantó el nivel del río.

Permutamos nuestra gran embarcación por dos canoas en la barraca de Tacna, en la confluencia del Acre y Yaverija; así resolvimos el problema de navegar las corrientes superiores del Acre. Aquí se había efectuado un duelo por partida doble, entre dos hermanos y dos rivales, por poseer una niña india peruana, de diecisiete años, que estaba encantada con el homenaje. A la vista no era una belleza —para mi gusto—, pero, posiblemente, poseía otros encantos que inflamaron las pasiones de esos cuatro idiotas. En todo caso, uno de los hermanos fue herido en el brazo y, por negligencia, se desangró hasta morir; el otro rival huyó, y los dos restantes se abrazaron jurándose amistad eterna. La casa estaba perforada con orificios de balas, así es que el duelo debe haber sido sumamente excitante mientras duró.

Los indios de esta región eran pendencieros y cuidaban de ocultar sus aldeas a bastante distancia del río. También tenían senderos para escapar de los tratantes de esclavos. La forma de ejecutar estos caminos consistía en terminarlos súbitamente, dejar una faja de selva virgen y continuarlos de nuevo, evitando siempre la proximidad del río.

A corta distancia de Tacna estaba Yorongas, última barraca del río. Más allá existía tierra desconocida, pues no había incentivo para explorarla debido a su creciente escasez de árboles de caucho y a los hostiles indios *catearías*. Las selvas de la vecindad tenían caza abundante. Había *capibaras* y antas o tapires, de excelente carne, aunque se creía que eran venenosos en ciertas regiones a causa de algo que comían. Los pecaríes también eran numerosos, lo que daba a entender que los indios, hábiles cazadores, vivían a gran distancia de allí.

Según la ley brasileña, un hombre debe limitarse a trabajar un área de tierra, con un frente de río de doce millas y seis millas de fondo. En todo caso este límite apenas puede ser excedido, tanto a causa de los salvajes como por las dificultades para transportar las pesadas bolachas de caucho a una distancia de más de dos leguas del río. Los centros eran atacados frecuentemente; por lo tanto, al indio salvaje se le disparaba apenas se le veía, porque las expediciones punitivas contra las tribus estaban prohibidas por el gobierno brasileño, cuya política era proteger al indígena. Esto no significa que se sancionara el hecho de disparar —lejos de eso—, pues no había manera de evitarlo en estas regiones casi inaccesibles. En el Acre se encontraban indios cachitis, cateanas, maritinaris y guarayos, siendo estos últimos, posiblemente, los sobrevivientes de lo que una vez fue una gran nación, pues se hallan extensamente dispersos entre el Purus y el Beni.

En el Purus y en el Acre hay un gran bagre llamado el pirurucu, cuya lengua áspera, dura como la suela de un zapato y semejante a ella en su forma, se usa como raspador para rallar alimentos y pulir madera. También son comunes las rayas, a

causa del lecho arenoso del río. Yo le disparé a un cocodrilo de once pies, verdadera rareza en esta parte tan alta del río. El administrador de Yorongas me contó que había dado muerte a una anaconda de cincuenta y ocho pies de largo en el bajo Amazonas. En esa época creí que era una exageración, pero más tarde, como relataré, disparamos a una más grande aún.

Todos aquí tomaban té de guaraná, una bebida originaria de los indios guaraníes del bajo Amazonas, quienes lo obtenían de una planta que sólo se encontraba cerca de una aldea llamada Manes. Se fabricaba en forma de un cilindro corto y duro, del cual se ralla polvo con una lengua de bagre; después se le agrega agua fría. Es un tónico excelente, que al parecer no tiene consecuencias y su sabor es semejante al del mate. Ningún brasileño de las selvas puede vivir sin él. Hay gran demanda y el genuino té de guaraná siempre alcanza un alto precio, pero existen imitaciones que no solamente son inferiores, sino que también pueden causar daño.

El administrador de Yorongas era un hombre alegre y no les tenía inquina a los indios, a pesar de que lo habían expulsado de una barraca, quemado su casa y destruyendo quince toneladas de su caucho. Era lo bastante tolerante como para decir que los ataques estaban bien merecidos, porque él mismo había visto expediciones que trataban a los indios con increíble barbarie. Resultaba fuera de lo común oír expresarse de esta manera a un señor del caucho, y mi respeto por él aumentó en forma considerable.

Habíamos calculado mal la condición del río más allá de Yorongas; la mayor de nuestras dos canoas resultó demasiado grande y tuvimos que permutarla por dos más pequeñas. Árboles caídos bloqueaban el río por todas partes, y el trabajo de cortarlos o de izar las canoas y la carga por encima de ellos era interminable y agotador. Nos admiraba la docilidad de todas las bestias de la selva. Aun el tapir, que es, por lo general, el más tímido de los animales, permanecía quieto donde estaba, observándonos con curiosidad. Mientras pasábamos, los pequeños capibaras se sentaban en sus ancas y no intentaban escapar. Por supuesto, en todas partes había monos, incluyendo una especie casi blanca y más pequeña que el mono café común. Vi a esta especie blanca solamente en el Acre superior, y estos pequeños seres son tan delicados, que en cautividad mueren inmediatamente.

Los pájaros eran tan abundantes y mansos que resultaba difícil evitar que nuestra tripulación indígena los matara a palos. Había un pájaro peculiar, el gallinazo, semejante al faisán en el aspecto, que brincaba en las riberas del río y nos silbaba ruidosamente. Una especie de nutria, conocida como lobo, levantó cabeza y hombros fuera del río y ladró en la cara de Willis mientras éste pescaba en la popa de una canoa; éste se asustó tanto, que cayó de espaldas al agua. Lo sacamos y él balbuceó algo sobre demonios, pues nunca había visto antes semejante animal. La

presencia de la nutria nos demostró que allí no había cocodrilos, pues este animal les tiene miedo a las nutrias y evita cuidadosamente la misma corriente del río.

Mientras avanzábamos vimos huesos de grandes animales en los altos riscos de piedra arenosa roja que bordeaban el río, pues las riberas habían sido desgastadas por el agua y habían caído. Aquí eran comunes los restos fósiles y más abajo vimos tortugas petrificadas en perfecto estado. De habernos detenido para investigar, hubiésemos encontrado vestigios de monstruos extinguidos o de animales que ya no se ven en estas selvas.

A cuatro días río arriba, desde Yorongas, vimos un rebaño de pecaríes, e inmediatamente hubo una loca excitación. La tripulación saltó como un relámpago, corriendo todos a la playa; tronaron los rifles y las balas silbaron en todas direcciones. Tiros de rebote pasaron por el follaje y se incrustaron en la madera. Una batalla no habría resultado más peligrosa, pues todos disparaban sin medir las consecuencias. Los hombres gritaban y aullaban; los cerdos chillaban huyendo asustados. Un verraco pécarí derribó a Willis, metiéndosele entre las piernas y tuvo que buscar refugio en un árbol. Tan aterrorizados estaban los pecaríes, que no trataron de atacarnos, y cuando todo terminó, encontramos que había cinco animales muertos. ¡Sólo Dios sabe cuántos quedarían heridos! Fue un milagro que ningún hombre se hiciese daño, ni siquiera Willis, que bajó de su árbol proclamando que era cadáver. Comimos un trozo de cerdo, encontrándolo exquisito; con razón se dice que es la mejor carne que ofrece la selva. No había duda sobre la opinión de la tripulación, pues consumieron todo el lote en un glorioso festín que duró desde el crepúsculo hasta el amanecer.

Abundaba la vida animal. En los grandes árboles saltaban y chillaban legiones de pequeños monos grises, conocidos con el nombre de leoncitos, un poco más grandes que los titíes. Por la noche éramos bombardeados con cogollos y otros proyectiles por esos miembros con ojos de platillos de la familia de los lemúridos, los *nocturnos*. Cuando acampábamos, debíamos cuidar las provisiones del pillaje de los traviesos monos cafés.

Ahora se veían señales de indios, huellas en las riberas arenosas y caminos en las selvas, pero apenas los vimos, pues cuidadosamente evitaban ponerse al alcance de nosotros. De vez en cuando se observaban troncos de árboles labrados laboriosamente en forma de cono, de un pie de altura, probablemente por algún motivo religioso. Los salvajes se hubiesen dejado ver por nosotros si en nuestra expedición no hubiesen ido indios. Mantenía los nervios en tensión saber que todo el tiempo se vigilaba cada uno de nuestros movimientos, sin poder observar a nuestros vigilantes. Esto significaba mantener una guardia nocturna, con centinelas que se turnaban cada tres horas.

Pasamos por la Cascada de Avispas, un pequeño salto de sólo uno o dos pies de altura, donde uno podía bañarse tranquilamente, no existiendo otra incomodidad que los tábanos amarillos y punzantes. Era tarea difícil ir río arriba, pues tuvimos que evitar no menos de ciento veinte rápidos y cataratas, algunas de tres o cuatro pies de altura. Teníamos que arrastrar las pesadas canoas y levantarlas por encima de ellos. La piedra arenosa roja cedió el lugar a la roca negra, y, por último, llegamos a una cascada bastante alta, más allá de la cual el ancho del río disminuía a sólo una yarda. Las canoas no podían continuar. Me habría gustado seguir a pie hasta la fuente, que estaría seguramente a pocas millas de distancia, pero la tripulación indígena rehusó continuar, y yo temí dejarlos con las canoas, pues podían huir con ellas y dejarnos aislados. Por lo tanto, en un árbol esculpimos un informe de la expedición y regresamos. Llegamos a Yorongas el 7 de febrero y estuvimos allí algunos días, mientras Willis bajaba a Tacna para comprar harina con que hacer pan.

Yorongas tenía hermosas plantaciones de plátanos y mandioca, que es superior a la papa y un alimento de consumo corriente en todo el interior del Brasil. En el Acre, la plantación se efectúa siempre cuatro días antes o después de la luna llena o naciente, según la cosecha. En realidad, en toda Sudamérica es común plantar de acuerdo con las fases de la luna, y dicen que el que se despreocupa de respetar éstas obtiene productos que son más fácilmente atacados por las pestes. Se toman las mismas precauciones al techar con hojas de palmera, en la creencia de que las frondas que se cortan durante la luna menguante o demasiado cerca de la luna nueva son devoradas rápidamente por los insectos. Es torpe condenar estas creencias como supersticiones primitivas, pues aún no se ha probado que sean infundadas. Personalmente, creo que todavía tenemos mucho que aprender sobre la influencia de la luna.

Durante la estadía en la barraca desarrollé las fotografías que tomé río arriba. Era un trabajo que debía ejecutarse inmediatamente después de la exposición, porque en la humedad de la selva el moho atacaba todas las películas que no estaban guardadas en envases a prueba de humedad. La dificultad residía en encontrar agua suficientemente fría, pues muchas resultaban estropeadas al desarrollarlas en una temperatura demasiado alta. Yo usaba una cámara fabricada por la Stereoscopic Company, ocupando películas de 4 x 6V2, un tamaño grande comparado con las ideas actuales. Más tarde preferí los tamaños más pequeños, pues podían obtenerse más fotografías con el mismo peso de película, y el peso se transforma en lo más importante cuando todo lo que llevamos debe ser cargado a la espalda. Resultó descorazonador la cantidad de importantes fotografías que se perdieron por accidentes, pero terminamos la expedición con un número suficiente

como para formar un amplio archivo.

Dan nos dejó aquí y regresó a Tacna, con la esperanza probablemente de una orgía o una borrachera. A este joven tuvimos que dejarlo totalmente ebrio en Tacna, cuando íbamos río arriba, y nos alcanzó después de Yorongas, llegando al campamento con miles de excusas y jurando no beber jamás otra gota en su vida. Tenía muy poco respeto por Chalmers y, en realidad, yo esperaba un rompimiento entre los dos, pero afortunadamente nunca llegó a tanto.

El administrador de Yorongas y algunos de sus hombres estaban anonadados porque una muchacha aldeana, a quien habían capturado, manteniéndola atada como a un perro, se las había arreglado para soltarse y escapar. Más tarde ella regresó a Tacna, atraída a la peligrosa proximidad de los blancos por su pasión por uno de los sirringueros. Allí se quedó y no se necesitaron cadenas para sujetarla.

Dan se había emborrachado hasta la inconsciencia cuando llegamos a Tacna. Lo dejé allí y, junto con Willis y Chalmers, partimos a Ya verija, pequeño tributario del Acre, que era necesario dibujar en la carta. Resultó de corriente difícilmente navegable a causa de las rocas y de los árboles caídos, y la faena se hizo más pesada debido a que los hombres eludían el trabajo en cuanto les volvía la espalda. Sobresaliendo de la superficie, en un depósito de arcilla endurecida, en la ribera del río, corriente arriba, descubrimos el cráneo y algunos huesos de un saurio petrificado. El cráneo tenía más de cinco pies de largo, pero estaba demasiado dañado por la acción del agua y las piedras para sacarlo, pero recogí unos pocos dientes negros que resultaron intactos. Un poco más lejos yacía el esqueleto de un monstruo aún más grande, fácilmente visible en el fondo de una laguna profunda y quieta, pero no había manera de extraerlo.

Naufragamos tres veces en las rocas ocultas de este río; felizmente no se perdió nada de valor, pese a que Chalmers cayó al agua en cada ocasión, con la brújula en su mano. Los instrumentos y el valioso cronómetro se salvaron porque estaban guardados en una caja de metal impermeable.

Al regresar a Tacna, supimos que Dan había continuado hasta San Miguel con la tripulación, y cuando lo encontramos, después de horas de constante remar, estaba ebrio otra vez y el batelón había continuado viaje sin él. Seguimos adelante y llegamos a Rosario, donde nos atendió la señora de Donayre, porque su esposo estaba ausente.

Las cartas nos alcanzaban en todos los sitios y fue una sorpresa agradable encontrar un correo esperándonos en Rosario. Todos los viajeros estaban siempre dispuestos a acarrear correspondencia, si se lo pedían, y yo nunca supe que las cartas se perdiesen o fueran robadas.

Estuvimos cuatro días en Rosario, esperando el regreso del batelón, y durante

este tiempo estuve ocupado medicinando al bebé de Donayre, tratando a Willis, que tenía fiebre, y desarrollando películas. Hasta aquí la estación de las lluvias había sido benigna y llegué a la conclusión de que se exageraban sus efectos. Hay razón para creer que la intensidad de las lluvias está disminuyendo, con los cambios graduales en el clima de Sudamérica, aunque regularmente cada siete años viene una terrible estación lluviosa. Muchas veces he visto señales de mareas en las orillas de los ríos, situadas mucho más arriba que el nivel que se ha registrado, lo que demuestra claramente que las crecidas de antaño eran mucho más serias que las actuales. El aumento del caudal de agua se debe al derretimiento de las nieves en los Andes, pero las nieves también están disminuyendo con la aminoración de las precipitaciones y la línea de la selva que retrocede⁹.

Como a tres millas más abajo de Rosario quedaba la barraca de un hombre, gran aficionado al fonógrafo, y la música se dispersaba por la superficie del río con perfecta nitidez después de la puesta del sol. Su estridencia se suavizaba con la distancia y era extraordinariamente hermoso que el sonido llegase hasta nosotros en el crepúsculo de la noche tropical y en el preciso instante en que por segunda vez en veinticuatro horas cesaba la orquesta de los insectos y todo permanecía en silencio. La Estudiantina era su melodía favorita, y hasta ahora, cada vez que la escucho, se presenta a mis ojos la visión del Acre, reflejando un cielo dorado contra el cual se destacaba en nítida silueta la cumbre de espesura de las selvas.

Se dice que los salvajes pueden comunicarse entre sí, a veinticinco millas de distancia, por medio de sus *gongs* de madera y de la nota peculiar que producen. Lo creo absolutamente después de escuchar ese lejano fonógrafo tan claramente como si estuviese en la habitación vecina. En la selva la voz humana es inaudible a una distancia de doscientas yardas; el disparo de un rifle se oye sólo a media milla o menos. Sin embargo, los cantos de algunos pájaros parecen dispersarse mucho más; aun ciertos insectos se escuchan a distancias sorprendentes.

El canto de los pájaros en la jungla es extrañamente hermoso, y el eco es semejante al que se percibe en el exterior de la pajarera en el zoológico. Ningún pájaro tiene la variedad de canciones que poseen el mirlo y el zorzal inglés, pero repiten una y otra vez dos o tres notas como campanas. Algunos parlotean, otros graznan, silban o sisean. Sin saber cuál es la criatura que produce el sonido, resulta difícil decir si se trata de un pájaro o un insecto. El más extraño de todos los sonidos

⁹ En la época en que mi padre escribió esto, el Ferrocarril Central del Perú tenía que ocupar frecuentemente, durante la estación lluviosa, un arado de nieve en la vecindad de la cumbre (quince mil ochocientos pies sobre el nivel del mar). Recuerdo haber visto el antiguo arado en la estación Ticlio, pero nunca lo vi usar, y en 1926 lo enviaron a la costa como hierro viejo. Durante muchos años estuve a cargo de la fuerza motriz de la Sección Montañosa y comprobé el continuo decrecimiento anual de las nieves. Recuerdo profundidades de cerca de dos pies en 1924, pero en 1946 sólo caían escasas pulgadas aun en las ventiscas más intensas.

de ave es el grito del gran *trompetero* negro. Comienza con una serie de cloqueos en staccato, aumentando in *tempo*, como una motocicleta acelerada, hasta que se transforma en un llamado de trompeta, largo y sostenido; disminuye después en notas de staccato, que se hacen cada vez más vacilantes, hasta que desaparecen gradualmente.

Ya que hablamos de pájaros, en, toda la montaña peruana y boliviana se encuentra una avecita semejante al *martín pescador*, que hace su nido en orificios totalmente redondos en la escarpadura rocosa sobre el río. Estos agujeros se pueden ver perfectamente, pero no son accesibles y, lo que es más extraño, sólo se encuentran en las regiones en que viven estos pájaros. Una vez expresé mi sorpresa ante la suerte que tenían de encontrar hoyos para nidos convenientemente situados y tan perfectamente horadados, como practicados a taladro.

—Ellos mismos hacen los agujeros. —Estas palabras fueron pronunciadas por un hombre que había pasado un cuarto de siglo en la montaña—. Más de una vez los vi hacerlos. Los he observado. Las aves llegan a los acantilados con hojas de cierta especie en su pico; se adhieren a la roca como pájaros carpinteros a un árbol, restregando las hojas con un movimiento circular sobre la superficie. Después vuelan regresando con más hojas y continúan con el proceso. Tras tres o cuatro repeticiones, botan las hojas y comienzan a picotear y, ¡cosa maravillosa!, pronto abren un orificio circular en la piedra. Se alejan y vuelven siguiendo con el proceso de restregar las hojas y picotean de nuevo. Se demoran algunos días, pero abren agujeros suficientemente profundos como para contener sus nidos. He ascendido a mirar los hoyos, y, créame, un hombre no podría taladrar uno más perfecto.

—¿Insinúa usted que el pico del pájaro penetra en la roca sólida?

—El pájaro carpintero horada la madera sólida, ¿verdad?... No, no creo que el pájaro traspase la roca sólida, pero creo, y cualquiera que los haya observado piensa lo mismo, que estas aves conocen una hoja cuya savia ablanda la roca hasta dejarla como arcilla húmeda.

Me pareció que era un cuento, pero después que oí relatos similares: de otras personas en todo el país, creí que se trataba de una tradición popular.

Pasado un tiempo, un inglés, de cuya veracidad no puedo dudar, me contó una historia que arroja luz sobre esto.

—Mi sobrino estaba en la región de Chuncho, en el río Pyrene, en Perú. Su caballo cojeaba, por lo que tuvo que dejarlo en una chacra vecina situada a cinco millas de la suya propia y caminó hasta su casa. Al día siguiente volvió a buscar su caballo, tomando un atajo por una faja de selva, en la que jamás había penetrado antes. Usaba pantalones de montar, botas altas y grandes espuelas, no las inglesas, sino las enormes espuelas mexicanas de cuatro pulgadas de largo, con rodajas

mayores que una moneda de media corona, y estas espuelas estaban casi nuevas. Cuando llegó a la chacra, después de una calurosa y difícil caminata por matorrales muy tupidos, quedó atónito al descubrir que sus hermosas espuelas se habían destruido, carcomidas de alguna manera, hasta quedar reducidas a clavos negros de un octavo de pulgada. No podía comprender lo sucedido, hasta que el propietario de la chacra le preguntó si por casualidad había caminado sobre ciertas plantas de un pie de alto, con hojas de color rojo oscuro. Mi sobrino recordó inmediatamente que había recorrido una amplia extensión, donde el suelo estaba profusamente cubierto con tales plantas. “Eso es —dijo el chacarero—. Eso es lo que carcomió sus espuelas; es la substancia que usaban los incas para modelar las piedras, ya que la savia ablanda la roca hasta dejarla convertida en pasta. Tiene que indicarme dónde encontró las plantas.” Cuando regresaron a localizar el lugar, no lo pudieron encontrar. No es fácil volver a hallar las huellas en la selva, donde no existen senderos.

Después de un fácil viaje corriente abajo, llegamos a Cobija el 23 de febrero, y encontramos en pleno auge la estación del tráfico del caucho. La población ya no tenía que enfrentarse con la muerte por hambre; las lanchas iban y venían, se esperaban otras, y las aduanas recaudaban un dineral. Pero aquí en Bolivia la industria gomera estaba siendo arruinada por la despiadada incisión de los árboles, a los que no se daba descanso. En Brasil cada colector recorría tres estradas, de manera que los árboles se horadaban una sola vez cada tres días, y después de diez años de incisión se les dejaba descansar por ocho años.

Se calculaba que, desde la recogida hecha por el siringuero, hasta la entrega en Manaos o Pará, el producto perdía el cincuenta por ciento de su peso bruto; pérdida sufrida por el recolector, quien, a pesar de eso, lo encontraba un negocio provechoso, siempre que los precios se mantuvieran elevados. De todas maneras, la vida del siringuero era terriblemente dura y muy pocos se veían libres de dolencias de una clase u otra. Su día comenzaba a las cuatro de la mañana, con la ronda de su estrada de ciento cincuenta árboles, colocando las cubetas en los troncos, que quedaban a distancias bastante considerables en la selva devastada.

Después tenía que cortar leña para hacer fuego y recoger las nueces necesarias para obtener el humo blanco con que se cura la goma. Por segunda vez debía hacer la ronda para recoger la leche, y a su regreso seguía el laborioso proceso de ahumarlas en bolachas; durante este trabajo, una sola gota de lluvia que diluyera la leche arruinaba la tarea del día. Además, debía vigilar sus plantaciones, cazar, construir su propia casa y mantenerla, fabricarse una canoa y transportar el caucho a los centros de operación.

Llegará el día en que toda la región de la selva, libre de inundaciones, esté habitada por gente civilizada, y en que el pitazo de la locomotora y el-zumbido del

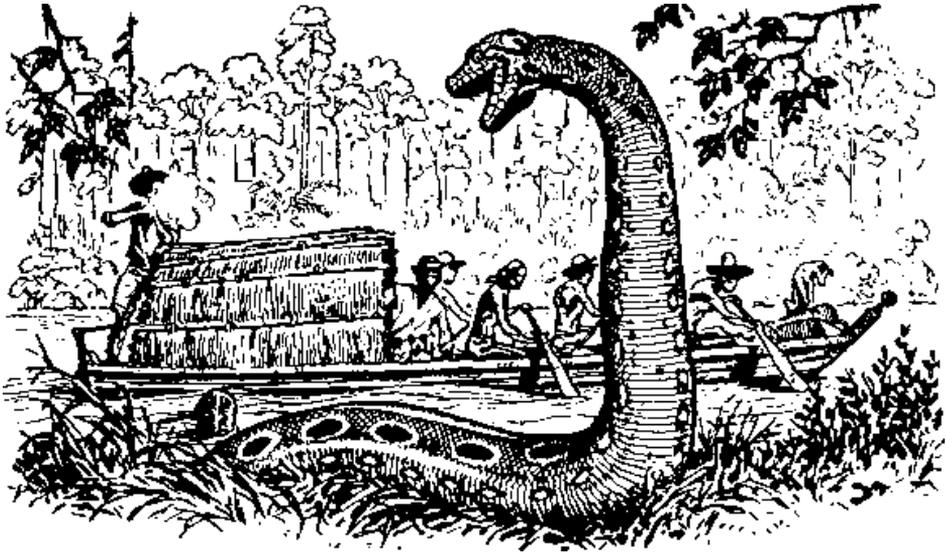
avión se escucharán donde antes sólo resonaban por millares las voces de los insectos. La selva no es en sí insalubre; la enfermedad se esparce desde las aldeas de moradores civilizados, donde la negligencia es responsable de la mayor parte de las epidemias. Cuando no están contaminadas por los pobladores, las tribus indígenas gozan de buena salud, y seguramente no elegirían vivir allí, si la vida fuese desagradable y la tierra improductiva.

En la ribera norte del río, más arriba de Cobija, cerca de Porto Carlos, hay escapes de petróleo, negro y grueso, pero inflamable. En alguna parte, en el área entre el río Purus y el Chaco, seguramente se descubrirán más tarde vastos depósitos de petróleo¹⁰.

Estábamos ansiosos de recibir noticias del mundo que conocíamos y esperábamos encontrar en Cobija periódicos de la patria, traídos desde Riberalta. ¡Sí; habían llegado los paquetes; pero todos los papeles habían sido comidos por las muías de los funcionarios en lugar de forraje! Las cabras maltesas viven de desechos de papel; pero nunca sospeché que las mulas hubiesen caído tan bajo. Nos vimos obligados a aceptar esto, como explicación de la pérdida. No podía dudarse de la palabra de las autoridades postales, y las muías eran incapaces de denegar la acusación.

Un período de pereza obligada y de terrible monotonía fue animado por un alemán llamado Keller, propietario de una gran lancha, que venía e Manaos. Era un hábil jugador de ajedrez y pasamos la mayor parte del tiempo agachados sobre el tablero. Keller me contó que los fletes entre Manaos y el Acre superior valían hasta 24 libras la tonelada, y la exportación de caucho, 30 libras la tonelada. No es de extrañar que las lanchas se preparasen para afrontar los riesgos y que Manaos, en la cúspide del auge del caucho, estuviese pavimentada con oro.

¹⁰ Pozos petrolíferos se explotan ya, en algunos puntos de la región de las selvas, pero el obstáculo principal, para una explotación intensiva, es la falta de transporte.



Capítulo VIII

RIO DEL MAL

EL BATELON SE DESLIZABA por un recodo boscoso del río, cuando sentí a proa un repentino grito de sorpresa de los hombres. Levanté la vista. En la orilla, a menos de doscientas yardas frente a nosotros, vi un vapor transatlántico.

—Salgan ligero —grité a Dan y Chalmers, que conversaban dentro del refugio del batelón—. Hay algo aquí que ustedes no ven a menudo.

Se arrastraron sobre cubierta y se pusieron de pie junto a mí, boqueando de asombro.

Era un pequeño buque —que desplazaba tal vez unas mil toneladas—, pero en ese momento de encuentro inesperado parecía más poderoso que el “Mauritania”, mayor que el “Olympic”. Apenas podíamos creer a nuestros ojos. Parecía increíble que hubiésemos encontrado un verdadero vapor del otro lado del mundo aquí, en el corazón del continente, encerrado por la selva exuberante, separada del océano en un costado por la elevadísima cordillera, y en el otro, por mil seiscientas millas de río. Su casco negro y su obra muerta de un amarillo sucio estaban rayados con moho;

la cubierta sobresalía bien ocho pies sobre la superficie del agua; su chimenea negra, alta y esbelta no tenía humo, pero sobre ella la atmósfera vibraba con los gases de las calderas encendidas, y la embarcación se ladeaba ligeramente hacia la costa, de manera que los vertellos de sus mástiles romos se juntaban casi con el espeso follaje de los árboles marginales de la selva.

Mientras nos deslizábamos vi el nombre “Antonina” en desvaídas letras en su proa. Un camarero salió a cubierta bajo el puente, vació un balde de aguas servidas por la borda y enderezó su figura medio desnuda para contemplarnos; era un hombre pequeño, con un mechón pelirrojo y hombros estrechos y oprimidos. Nadie más apareció, ni se veía actividad a bordo; pero era la hora en que los europeos almuerzan. Sucias velas estaban extendidas sobre los ventiladores del alto cuarto de las calderas, y por los escotillones abiertos sobresalían los vertederos de aire. En la bovedilla del barco aparecía otra vez el nombre “*Antonina, Hamburg*”, y una paleta de su única hélice se veía debajo.

—*Hey* —exclamó Dan—. ¿Qué tal si subiéramos a bordo a beber una cerveza? ¡Deben tener verdadera cerveza alemana, fresca, de barril!

Era demasiado tarde. La corriente ya nos había arrastrado y resultaba muy difícil retroceder. ¡Debíamos haber pensado eso antes, en vez de quedarnos como tontos mirando la embarcación!

—Me pregunto lo que hará aquí —murmuró Chalmers.

—Caucho —dijo Dan—. Viene a cargar caucho. Probablemente trajo maquinarias y mercaderías. ¡Imagínense lo que es traer un barco hasta acá mismo!

Eso era lo que me dejaba atónito. Ocasionalmente se veían vapores en el Madeira; pero nadie esperaba encontrar alguno en el Acre. Su presencia allí probaba que el río era navegable, hasta ese punto por lo menos.

Estábamos algunas millas río abajo de Xapury, la aldea brasileña más austral del Acre. Después de abandonar Cobija, entramos en territorio brasileño, e inmediatamente se notó un cambio apreciable, pues las barracas eran florecientes; las casas, bien construidas, y los dueños demostraban, prosperidad. Después de Cobija, Xapury parecía un sitio de lujo, porque se jactaba de tener un hotel que cobraba catorce chelines al día, lo que no era caro, si se consideran los precios que regían en el río.

Tal como en las aldeas bolivianas, en Xapury abundaban el licor y las enfermedades. Aquí se congregaban los “villanos” del Acre para alegrarse; de manera que la ciudad estaba frecuentemente “calurosa” en más de un sentido. Dan era el petimetre de nuestro grupo, y la paga que recibió en Cobija la gastó en un terno nuevo, una cadena dorada de reloj y un par de feísimas botas amarillas con tacones altos y con elásticos a los costados. No sé cómo escapó de las garras de los

“rufianes”, que formaban un grupo malvado, capaz de cualquier cosa, y creo que alguna payasada a costa de Dan les hubiera entretenido una o dos horas. Estas aldeas ribereñas atraen a los peores aventureros de Brasil. Los rufianes locales irrumpían en los centros, robando el caucho y arrancando con él antes de que los siringueros notasen su pérdida. Les era fácil venderlo mandándolo río abajo. Siendo hábiles tiradores y cuchilleros, listos siempre a usar sus armas sin la menor vacilación, no había hombre corriente que se atreviera a mezclarse con ellos.

La vista de un barco fue una ojeada refrescante de civilización; pero nuestros estimulados espíritus pronto volvieron a decaer cuando arribamos a las barracas, a lo largo del río. En una de éstas había una mortalidad del veinticinco por ciento del personal anualmente. En otra, todas las muías murieron a causa de una enfermedad imprecisa, ¿o quizá fue por una indigestión de periódicos! El alcohol era la causa de la mayoría de las dolencias humanas.

Empresa, otro poblado brasileño, era aún peor que Xapury; pero allí sólo nos detuvimos para recoger al coronel Plácido de Castro, gobernador de Acre, que nos acompañó hasta su barraca Capatara. Gracias a él pudimos obtener en Catapara muías para el viaje por tierra hasta Abuna. Su hospitalidad y amena conversación aumentan más nuestra deuda de gratitud. Los afluentes superiores del Abuna tenían que ser explorados y trazados, pues eran extremadamente importantes en las disposiciones fronterizas.

Nos detuvimos, en un lugar llamado Campo Central para buscar las fuentes de ciertos ríos y encontrar su posición. Mientras efectuábamos nuestro trabajo llegamos hasta enormes claros circulares, de una milla o más de diámetro, los que eran la antigua ubicación de aldeas de los indios apurinas, abandonadas hacía pocos años. Unos pocos de estos indios vivían aún en otro lugar llamado Gavión y otros bastante afortunados, que lograron escapar de las expediciones negreras, huyeron hacia el norte, introduciéndose algunas leguas en la selva, donde trabaron amistad con colectores de caucho y rápidamente decayeron bajo la influencia del alcohol. Eran gente muy miserable, extremadamente pequeños e inofensivos en apariencia. Enterraban a sus muertos en posición sentada, y nos encontramos con tumbas por doquiera en los claros.

El pequeño grupo de Gavión se había sometido a la civilización y parecían muy contentos, exceptuando el temor que sentían por un mal espíritu llamado Kurampura. La mala suerte en la caza se atribuía a Kurampura, lo que les hacía buscar el apaciguamiento del dios atando un hombre al tronco de un *palo santo*, a manera de sacrificio. El palo santo es una de las pestes más comunes en las selvas sudamericanas. De madera blanda y liviana, se encuentra generalmente en las orillas de los ríos, y es el alojamiento favorito de la hormiga brasileña, un insecto

daño, de una picada extremadamente dolorosa. Toquése el árbol y ejércitos de estas hormigas saldrán de los agujeros ansiosos de atacar, aun dejándose caer desde las ramas sobre el transgresor. Debe ser una agonía indescriptible estar atado al árbol por un par de horas; sin embargo, ésa es la costumbre de los indios, y he conocido a blancos depravados en estos lugares que empleaban esta misma forma de tortura. Como muchos otros insectos venenosos, la hormiga ataca de preferencia el cuello del hombre; sólo las avispas parecen preferir los ojos. El palo santo no tiene ramas en la parte inferior del tronco y en un radio de algunas yardas no crecen en su contorno ni una hoja ni una brizna de pasto.

Tuve una escapada milagrosa cerca de Gavión. Había en el sendero una serie de profundos canales atravesados por leños toscamente desbastados. En tiempo húmedo, las muías prefieren caminar por el madero de la orilla, pues parece menos resbaladizo; por lo tanto, esos maderos son los más gastados y parecen más peligrosos. Yo estaba francamente nervioso, pero me consolaba a mí mismo con el pensamiento de que, por instinto o por hábito, la mula sabría mejor que yo lo que estaba haciendo. Al atravesar por una de estas corrientes de escarpadas orillas se quebró el leño por donde avanzaba mi mula y nos caímos, hundiéndonos en el agua con un tremendo chapoteo. Quedé aplastado debajo del animal, cuyo peso me empujó dentro del fangoso lecho del río. Si el fondo hubiese sido duro, no habría quedado un solo hueso sano en mi cuerpo, pues la mula luchaba y pateaba frenéticamente en sus esfuerzos por levantarse; consiguió hacerlo cuando ya se había escapado todo el aire de mis doloridos pulmones, y me las arreglé para sacar la cabeza fuera del agua en el momento preciso. La caída pudo ser mortal; pero, fuera de la zambullida, no recibí daño alguno.

Los accidentes siempre ocurren súbitamente. Uno de nuestros indios, por pura travesura, dejó a medio cortar un árbol, y esa noche cayó sobre nuestro dormido campamento con terrorífico estrépito. Nadie resultó herido; pero los toldos de las hamacas quedaron reducidos a tiras y se cortaron los tirantes de las cuerdas. Legiones de hormigas negras, pequeñas y muy agresivas, se arrojaron sobre nosotros desde las ramas caídas y las moscas *katuki* se apresuraron a atacar nuestros cuerpos con sus agujones semejantes a agujas. Nadie pudo dormir por el resto de la noche a causa de los insectos.

Las lluvias copiosas y las inundaciones en la senda de Abuna nos obligaron a permanecer algunos días en un centro llamado Esperanza, donde alguien robó dos de nuestras monturas y huyó con ellas al interior de la selva. Me compadezco del ladrón si alguna vez fue hallado, pues las sillas pertenecían a Plácido de Castro.

Tres colectores de caucho murieron por mordedura de reptil el día que llegamos

a Santa Rosa, en el Abuna. Situado en medio de pantanos, este lugar era el paraíso de serpientes de todas clases, incluyendo las anacondas, y tan temidas eran en realidad estas últimas, que la barraca se consideraba como una colonia penal. Los colectores de caucho trabajaban en parejas, pues habían desaparecido misteriosamente demasiados hombres solos. Era una de las dependencias de los hermanos Suárez y quedaba en territorio boliviano, el lugar más deprimente que yo haya conocido, pero también muy rico en caucho. La única característica atenuante de la construcción era el de constar de dos pisos; pero, por estar situada a sólo pocos pies sobre el nivel normal del río, se inundaba a menudo, y en la estación seca quedaba rodeada por un océano de fango. El administrador era un francés de buena familia, quien, pese a ser hombre enfermo, se consolaba de la monotonía de su vida manteniendo un harén de cuatro mujeres indias bastante hermosas. El problema de Santa Rosa era la escasez constante de trabajo. Vacilo en dar las cifras de la mortalidad, pues son casi increíbles.

Una de las especies de serpientes que se encuentran allí tenía la cabeza y la tercera parte de su cuerpo planos como una cinta de papel, mientras el resto era redondo. Otra especie era completamente roja, con una cruz blanca en la cabeza. Ambas tenían fama de ser venenosas. Por la noche era bastante común ver el resplandor de los ojos de las anacondas, que reflejaban luminosamente la más pequeña luz, como puntos de fuego.

—Hay indios blancos en el Acre —me contó el francés—. Mi hermano subió por el Tahuamanu en lancha y un día, bastante río arriba, oyó decir que estaban muy cerca de los indios blancos. No lo creyó, mofándose de los hombres que se lo contaron; sin embargo, salió en canoa, encontrando signos inconfundibles de indios. De improviso, él y sus hombres fueron atacados por salvajes grandes, bien conformados, apuestos, completamente blancos, de pelo rojo y ojos azules. Luchaban como verdaderos demonios, y cuando mi hermano mató a uno de un disparo, los otros se reunieron para recobrar el cadáver, huyendo con él.

”La gente dice que no existen estos indios blancos, y cuando tienen la evidencia de su existencia, alegan que son mestizos de español e indio. Eso dice la gente que jamás los vio; pero los que los han visto piensan de muy distinta manera.

La fiebre y los insectos eran más de lo que Chalmers podía soportar. Por algún tiempo observé su gradual decaimiento, y, temiendo que si continuaba conmigo no pudiese sobrevivir a las dificultades, sugerí su regreso a Riberalta. Casi esperando que rehusara, me asombré cuando aceptó con presteza, partiendo el 10 de abril con cinco de los indios tumupasas que también sufrían de fiebre. Me quedé con tres indios, con Willis y con Dan para ascender el Abuna y determinar su curso en forma exacta. Ya habíamos trazado en la carta la fuente con nuestros instrumentos

inadecuados; para finalizar bien el trabajo era necesario levantar el plano del resto del río. Nada había inexplorado —ya se había ascendido alrededor del año 1840 y existían algunas barracas en las aguas superiores—; pero era un río de pésima fama, que con frecuencia inundaba sus orillas transformándolas en vastos pantanos y lagunas, e infestado en sus corrientes medias por los temidos indios pacaguaras, que siempre se demostraban hostiles. Hacía poco habían dado muerte a un brasileño y arrancado llevándose muchos prisioneros a la selva. Aquí se encontraban también las gigantescas anacondas, la más poderosa de las constrictoras, viviendo en las extensas marismas provocadoras de fiebre.

¡Es una verdadera lástima que los ríos hayan perdido sus antiguos nombres indios, pues éstos daban una indicación de su naturaleza! El Acre era el Macarinarra o “Río de las Flechas”, pues allí se encontraban los bambúes floridos de los que se cortaban las flechas. El Rapirrar, afluente fronterizo del Abuna, era el “Río de los Sipos”, enredadera empleada comúnmente en construcciones de casas. Otro río pequeño, el Capeira, se llamaba “Río del Algodón”, etcétera. Algún día se olvidará la antigua nomenclatura, una pérdida en las regiones donde pueden ser encontrados minerales estratégicos.

Plácido de Castro nos visitó para despedirnos, antes que partiéramos de Santa Rosa en un igarité que pude comprar. Como de costumbre, el coronel venía acompañado de una jauría de perros de distintas razas, que tenían el hábito de sentarse para rascarse a cada momento. En la selva, los perros se rascan todo el tiempo, pasan su vida rascándose; ¡lo raro del caso era que su piel sólo se gastaba en partes aisladas, en lugar de despellejarse totalmente del cuerpo! Fue la última vez que vi al coronel, pues poco tiempo después fue herido mortalmente a bala por asesinos desconocidos mientras iba por un sendero. Su muerte fue una pérdida irreparable para la región brasileña del caucho, pues era un hombre bueno e ilustrado.

El coronel, que participó en forma importante, junto al Brasil y contra los bolivianos, en los disturbios de 1903 en el Acre, me contó que, *en un principio*, vistió a sus hombres con uniforme caqui; pero se producían tantas bajas, que lo cambió por color verde. Resultó ser menos resaltante en la selva, y de inmediato se redujeron las pérdidas a una cifra insignificante. Según su opinión, la mala administración había precipitado el conflicto. En cuanto a sus hazañas, se mostraba modestamente reticente, pero su renombre se había extendido más allá del Acre.

El empleo de colector de caucho era un puesto muy humilde; a pesar de ello, conocí a un siringuero que, después de recibir seis años de educación en Inglaterra, se había desprendido de todas sus ropas y hábitos europeos, volviendo allá por su propia voluntad. Un hombre, por muy culto que sea, si ha probado una vez una

existencia de extrema simplicidad, raramente regresará a la vida artificiosa de la civilización. Nadie se da cuenta del peso de ella, hasta que no se la ha dejado de lado. Había un hombre, que encontré en el río Madeira, que pertenecía a la tripulación de un batelón, vida, como las hay, terriblemente dura. Hablaba inglés y francés a la perfección; pero prefería esta labor agotadora, con su alcohol, charque y arroz mohoso y sus riberas arenosas por cama, a cualquier otro placer que pudiera ofrecerle una vida más lujosa.

—Cuidense mucho en el Abuna —era el consejo que todos parecían alegrarse dándonos—. La fiebre los matará, y, si logran escapar de eso, se encontrarán con los indios paca-guaras. ¡Salen a las riberas y atacan a los botes con flechas emponzoñadas!

—El otro día atacaron allí a un ingeniero alemán y mataron a tres de sus hombres —me contó alguien. Otro confirmó la información y nos apuntó con su dedo, diciendo:

—No hace mucho tiempo, cuarenta y ocho hombres subieron por el río Negro, afluente del Abuna, buscando caucho. Sólo salieron dieciocho, y uno de ellos se había vuelto completamente loco después de la terrible experiencia.

Si hubiésemos escuchado todas estas advertencias pesimistas, no habríamos ido a ninguna parte. Pero en esa época yo estaba comenzando a formarme mis propias opiniones y ya no creía en todos los cuentos que me relataban sobre los salvajes.

Fue uno de los viajes más lóbregos que yo haya efectuado, porque el río era amenazante en su quietud, y la corriente fácil y las aguas profundas parecían prometer futuros males. Los demonios de los ríos amazónicos se habían expatriado, manifestando su presencia en cielos bajos, lluvias torrenciales y sombrías masas de selva.

Antes de llegar a la confluencia del Rapirrar, nos detuvimos en la barraca de un indio tumupasa llamado Medina, que había hecho fortuna con el caucho. En este inmundo lugar, Medina tenía una Hija que era una de las indias rubias más hermosas que he visto: alta, de rasgos delicados, pequeñas manos y una masa de cabello rubio y sedoso. Suficientemente hermosa como para adornar una corte real, esta niña espléndida estaba destinada al harén del administrador de Santa Rosa y a languidecer como quinto miembro del serrallo de este francés emprendedor. Le tomé algunas fotografías; pero, junto con todas las del Abuna, exceptuando unas pocas desarrolladas en Santa Rosa, fueron destruidas por la constante humedad.

En este río se encuentra un pájaro llamado *hornero*, que se construye una residencia disimulada en las ramas, techada don barro, justamente sobre el nivel de las aguas altas. Otro pájaro, llamado *tavachi*, trata —como el cucú— de usurpar

este nido cuando puede, y el hornero, al encontrar invadido su hogar, tapia al intruso con fango, dejándolo perecer miserablemente en una tumba sellada. La naturaleza tiene razones para todo, pero nunca pude desentrañar el sentido de este genio destructor, ni tampoco comprendo por qué el instinto del tavachi no le advierte de esta muerte casi inminente.

Aquí también se ve al *bufeo*, mamífero de la especie manatí, casi humano en apariencia, con pechos prominentes. Sigue a los botes y a las canoas como las marsopas a los buques en el mar, y dicen que tiene excelente carne; pero nunca tuve éxito en pescar uno y comprobar la verdad de este dicho. No es desvalido ni inofensivo, pues ataca y mata a un cocodrilo.

— ¿Vende usted algo?

Esa era la pregunta que nos hacían en todos los centros por donde pasábamos. Cuando los sirios subieron por este río en sus embarcaciones, sus viajes les deben haber resultado extraordinariamente provechosos.

Nos deslizábamos fácilmente en la lenta corriente, no muy lejos de la confluencia del río Negro, cuando casi debajo del casco del igarité apareció una cabeza triangular y varios pies de un cuerpo ondulado. Era una anaconda gigante. Yo me lancé a buscar mi rifle, mientras el animal empezaba a reptar por la orilla y, sin apuntar casi, le disparé una bala en la espina dorsal, a diez pies más abajo de su horrible cabeza. Inmediatamente hubo un remolino de espuma y se escucharon algunos golpes terribles contra la quilla de la embarcación, como si hubiésemos tropezado con un tronco sumergido.

Con gran dificultad persuadí a la tripulación india para que atracase a la orilla. Estaban tan atemorizados, que se les veía el blanco de sus ojos saltones; en el momento de disparar había escuchado sus voces aterrorizadas rogándome no hacer fuego, porque el monstruo destruiría la embarcación matando a todos a bordo, pues estas bestias no sólo embisten contra las naves cuando están heridas, sino que hay peligro de que ataque también el compañero.

Bajamos a tierra, aproximándonos al reptil con precaución. Estaba fuera de combate; pero los estremecimientos recorrían su cuerpo así como el viento levanta las aguas de un lago montañoso. Por lo que pudimos medir, tenía alrededor de cuarenta y cinco pies fuera del agua, más diecisiete pies en el interior de la corriente, lo que hacía un largo total de sesenta y dos pies. Su cuerpo no era grueso para una longitud tan colosal —no más de doce pulgadas de diámetro—, pero probablemente había pasado largo tiempo sin alimento. Traté de cortar un trozo de su piel, pero la alimaña no estaba muerta como creíamos y nos aterrorizaron sus repentinos sacudimientos. Un olor penetrante y fétido emanaba de la serpiente; tal vez era su aliento, del cual se cree que tiene un efecto entorpecedor, que atrae

primero y después paraliza a su víctima. Todo es repulsivo en este reptil.

Posiblemente no sean comunes estos especímenes tan largos; pero hay rastros en los pantanos que alcanzan una anchura de seis pies y confirman los relatos de los indios y de los colectores de caucho, que dicen que la anaconda alcanza, a veces, tamaños increíbles, sobrepasando en mucho al ejemplar muerto por mí¹¹. La Comisión-Limítrofe brasileña me contó que ellos habían dado muerte a una anaconda en el río Paraguay ¡de más de ochenta pies de largo! En las cuencas del Araguaya y del Tocantíns existe una variedad negra conocida como *dormidera*, debido al ruidoso sonido que emite, semejante a un ronquido. Dicen que alcanza un tamaño gigantesco, pero jamás pude ver una. Estos reptiles viven principalmente en las marismas, pues, a diferencia de los ríos, que a menudo se transforman en meras zanjas de barro durante la estación seca, las marismas permanecen siempre inalterables. Aventurarse penetrando en los lugares frecuentados por las anacondas es hacer burla de la muerte.

Este río nos tenía reservada gran agitación. Habíamos dado muerte a algunos marimonos —monos negros—, para tener reservas de alimentos, y suspendimos sus cuerpos en las altas ramas de un árbol para mantenerlos a salvo, cuando acampamos. A medianoche me despertó un golpe bajo la hamaca, como si un cuerpo pesado se hubiese deslizado por debajo; al atisbar hacia fuera, vi a la luz de la luna la silueta de un enorme jaguar. Había venido atraído por la carne de mono y no se interesaba en mi persona; pero en todo caso habría sido temerario disparar en esa luz incierta, pues un jaguar herido se transforma en algo terrible cuando está en lugar demasiado estrecho. Observé cómo la bestia se levantaba en sus patas posteriores y le daba de zarpazos a uno de los cuerpos colgados. En el momento en que iba a apoderarse de lo que buscaba, lo asustó el ruido de mi hamaca; se volvió con un gruñido, mostró los dientes, y después se alejó tan silenciosamente como una sombra.

En grandes extensiones del río no se veía otra cosa que árboles de palo santo, ante cuya vecindad la selva, por así decirlo, recoge los bordes de su vestimenta. Es imposible equivocarse, porque allí se levantan como leprosos, mientras alrededor de ellos el suelo está absolutamente vacío de vegetación. Una noche Dan estaba tan cansado de buscar campamento, que colgó su hamaca entre dos de estos árboles y se acostó sin darse cuenta de lo que había hecho. A medianoche nos sacaron de nuestras hamacas unos gritos que hacían coagularse la sangre en las venas y que

¹¹ ¡Cuando se habló de esta serpiente en Londres se dijo que mi padre era un mentiroso a carta cabal!

nos hicieron coger los rifles, creyendo que se trataba de un ataque de los salvajes. Aun medio inconscientes por el sueño, casi sentíamos las flechas emponzoñadas que penetraban en nuestro cuerpo sin protección y creíamos ver formas oscuras saliendo de los matorrales, en el perímetro del campamento. Después nuestros ojos contemplaron a Dan que corría como demente hacia el río, gritando a medida que avanzaba. ¡Se escuchó una zambullida y los lamentos disminuyeron! Satisfechos al saber que los indios no nos atacaban, seguimos a Dan hasta la ribera del río para inquirir el motivo del bullicio. Legiones de hormigas se habían deslizado por las cuerdas de la hamaca,

Desde los dos palos santos, cubriéndolo de pies a cabeza y le enterraron sus mandíbulas venenosas en cada centímetro de su persona. Chorreando agua, se subió a una canoa y allí pasó el resto de la noche sacándose los insectos del cuerpo. Al día siguiente tuvimos gran trabajo en retirar la hamaca y dejarla libre de hormigas.

— ¡Salvajes!

El grito fue proferido por Willis, que estaba en la cubierta observando la llegada al rápido Tambaqui. Dan y yo salimos de la lona y miramos en la dirección que el negro señalaba. Algunos indios se encontraban parados en la ribera, con los cuerpos íntegramente pintados con el jugo rojo del *urucu*, semilla común en la selva. Sus orejas tenían lóbulos colgantes y sus narices estaban atravesadas de parte a parte con plumas de ave, aunque no llevaban aderezo de plumas en torno a sus cabezas. Era la primera vez que veía a esa gente y pensé que eran karapunas.

—Nos detendremos y trabajaremos amistad con ellos — dije; pero antes de que pudiese dar la orden de acercarnos a la ribera, nuestra tripulación india descubrió a los salvajes. Hubo gritos de alarma y los remos se movieron frenéticamente.

Se escucharon gritos de los salvajes, y en seguida, alzando sus grandes arcos, dispararon algunas flechas en nuestra dirección. No pudimos verlas volar, pero una de ellas se incrustó con ruido terrible en el costado de la embarcación, que tenía un espesor de una pulgada y media, y su punta atravesó también el otro costado del bote. Me dejó atónito la fuerza con que fue disparada esa flecha y si no lo hubiese visto por mis propios ojos, jamás habría creído en su poder de penetración. ¡Si un rifle apenas es capaz de superarla!

La costumbre de estos indios era salir a la ribera en número de doscientos o trescientos y dar una “calurosa” recepción a las embarcaciones que pasaban. El centro del río estaba a su alcance por ambos lados, de manera que no había posibilidad de salir ileso. En otro río supe de un barco que fue atacado en forma similar. Una flecha traspasó a un inglés en ambos brazos y en el pecho, clavándolo en cubierta con tal fuerza que costó mucho libertarlo.

El igarité se deslizaba por el agua a tal velocidad, que muy pronto llegamos

hasta el rápido Tambaqui, donde nos precipitamos sin contratiempos; la tripulación aun remaba furiosamente por temor a más flechas. No era un rápido muy formidable, y en ningún caso tan malo como el siguiente, el Fortaleza, que tenía una caída de diez pies y cuyo solo sonido inspiraba temor. El agua azotaba con furia formando una ráfaga de espuma sobre un afloramiento del mismo granito que se encuentra en el Madeira y en todos los ríos al oriente de esta corriente, entre los ocho y diez grados latitud sur, y cuyo significado vine a reconocer más tarde, cuando estudié la geología del antiguo continente. La embarcación no podía bajar por esta cascada; tuvimos que sacarla del agua, transportándola por tierra en rodillos fabricados con troncos de árboles, labor ésta que nos dejó casi exhaustos, ¡tan escasos de mano de obra estábamos!

En la ribera yacía el cuerpo medio seco de una anaconda muerta, cuyo cuero tenía cerca de una pulgada de grosor. Posiblemente, cuando estuviera completamente seco, se reduciría a menos que esto, pero aun así, el hermoso y duro cuero igualaría en calidad al del tapir.

Cuatro horas después de pasar por Fortaleza, llegamos a la confluencia con el río Madeira, tan extenso que parece un océano, después del estrecho río Abuna. Aquí encontramos una oficina de aduana boliviana, en condiciones tan insalubres como apenas es posible concebir. Todos estaban enfermos con fiebre o ebrios; ¡y si en alguna parte puede justificarse el alcohol, es en este sitio! Había caído la noche y, al acercarnos a tierra, escuchamos el rasgueo de las guitarras y el canto desabrido de voces de borrachos, como si nos estuvieran previniendo de la degeneración que encontraríamos aquí. El caucho exportado por Bolivia paga menos derechos que el que se exporta por Brasil, de manera que era costumbre que todo el caucho de Abuna, ya fuese que viniera del lado brasileño o boliviano, pasase y saliera por esta aduana. En todo caso, el río no había sido fijado aun definitivamente como frontera. Se almacenaban mercaderías en el lado brasileño, las que se transportaban al otro lado del río durante la noche; una forma moderada de contrabando que la aduana más bien favorecía que impedía. Cuántos de los derechos pagados llegaban a poder del gobierno es una pregunta a la que no puedo dar contestación. Sólo un funcionario manejaba el dinero; los otros nueve no tenían nada que hacer, fuera de endeudarse.

Había seis soldados bajo el mando de un intendente, a quien habían trasladado del Mapiri, mientras buscaba caucho, y lo enviaron a este sitio miserable con todas sus pertenencias, que se componían de una lata de sal, dos espadas, un reloj despertador y un orinal saltado. Había que llenar esa vacante. Su predecesor tenía el desgraciado hábito de tirar tajos a los soldados con la espada, así es que por último se rebelaron contra él, le dispararon y cruzaron la frontera hacia Brasil. El

oficial, borracho y herido, se escapó a la selva y siguió, bordeando el río, hasta Villa Bella. Puede dar una idea del estado de cosas que reinaba en estos lugares remotos el hecho de que, cuando las aduanas bolivianas fueron entregadas a Brasil, había siete mil bultos de carga en San Antonio, puerto que queda más abajo de los rápidos del Madeira, esperando transporte para el Beni. ¡Cinco mil de estos bultos contenían licor!

En la desembocadura del Abuna, los únicos alimentos eran el charque y el arroz. Nadie se molestaba en pescar o cazar, ni siquiera en vestirse y, sudando bajo sus andrajos sucios, según el caso, cantaban canciones de borracho o gemían de dolor en sus enfermedades. No existían medicinas, y si hubiesen tenido alguna, nadie habría podido administrarlas porque no existía una mente suficientemente despejada para hacer de enfermero. La única persona sana era un joven alemán, que había llegado en su viaje río arriba, un muchacho alegre e íntegro que no confiaba en las relaciones anglo-alemanas. El ardiente deseo de Alemania —decía— era la guerra, para dañar la prosperidad comercial de sus rivales y asegurarse colonias.

Después de ocho días en este vil sitio pudimos conseguir pasaje en algunos batelones que llevaban flete a Villa Bella, puerto en la desembocadura del Mamoré y a medio camino de Riberalta. Cuando nos adentrábamos en el río llegó a nosotros, como una despedida, el rasgueo de guitarras y el rumor de voces.

El ferrocarril Madeira-Mamoré aún no existía; ese sistema de regiones apartadas, corriendo de “ninguna parte” a “ninguna parte”, cuyos funcionarios blancos recibían salarios tan elevados, que podían retirarse a los diez años, ¡si alcanzaban a vivir tanto! En lugar de eso tuvimos veinte días de labor matadora para transportar las embarcaciones cargadas pesadamente, por los muchos rápidos entre San Antonio y Villa Bella. Un batelón que cargaba doce toneladas de flete sólo tenía tres pulgadas de obra muerta y era necesario pasar casi rozando las riberas del río. En extensiones suaves remaba la tripulación de veinte indios, pero donde el agua estaba agitada, la embarcación debía ser tirada con el extremo de una larga cuerda para esquivar las rocas. Se necesitaba gran pericia para evitar los constantes peligros, por lo que al anochecer la tripulación estaba agotada. En el momento mismo en que los hombres se dejaban caer sobre las rocas calientes a la orilla del río se quedaban profundamente dormidos y, en consecuencia, la neumonía era corriente entre ellos, tanto que en cierta ocasión una tripulación entera pereció a consecuencias de esta enfermedad. La embarcación se vio obligada a esperar la llegada de nuevos remeros antes de poder continuar viaje.

Cuatro de los hombres de nuestro barco murieron durante la primera mitad del viaje. El que cayera enfermo se transformaba en el hazmerreír de los demás, y

cuando moría había una hilaridad enorme. El cadáver se ataba a un palo, se cubría someramente con tierra en una fosa de poca profundidad cavada con los remos; su monumento consistía en un par de ramas cruzadas y atadas con pasto. Durante el funeral se bebía una ronda de kachasa y ¡a esperar la próxima víctima!

El río aquí tenía una amplitud de casi media milla, pero estaba lleno de rocas y la rápida corriente hacía difícil la navegación. Pasamos sin dificultad los peligrosos rápidos de Araras y Periquitos, pero nos demoramos tres días en vencer el más formidable de ellos, llamado Chicolatal. La vida aquí distaba mucho de ser monótona. El piloto salió a inspeccionar el rastro por donde los batelones tendrían que ser transportados para evitar el rápido y fue asesinado por los indios apenas a media milla de distancia del bote. Lo encontramos con cuarenta y dos flechas en el cuerpo. En esos instantes, yo también había salido a buscar un pavo para echar a la olla, pero afortunadamente no encontré salvajes. Mi impresión fue que esta tribu, aunque no gustaba de los contactos con la civilización, tampoco tenía una animosidad particular contra los hombres blancos.

En el Mamoré, cerca de Villa Bella, los indios habían entrado a veces a las *pescarías* —reductos reconocidos— para dedicarse al comercio de trueque, pero las expediciones esclavizadoras los habían dispersado desde entonces. Mientras comerciaba río arriba, en el Mamoré, un boliviano muy conocido fue visitado por un grupo de indios araras que pretendieron estar sumamente interesados en su rifle y le rogaron que disparara incesantemente, aplaudiendo con placer cada vez que escuchaban las detonaciones. Cuando la cámara estuvo vacía, el jefe mostró su flecha y su arco, como demostrando lo que era capaz de hacer con ellos, y, extendiendo la cuerda al máximo, se volvió repentinamente, disparando su flecha directamente contra el boliviano. Los indios huyeron durante el tumulto que vino a continuación.

Un hermano de la víctima se vengó, dejando, como por casualidad, un poco de alcohol envenenado en la *pescaría*. Como consecuencia de ello, se encontraron después ochenta cadáveres. Estos indios aún son numerosos y pendencieros, pero la construcción del ferrocarril los ha ahuyentado del Madeira.

Un mestizo me contó que cerca del rápido Chicolatal, él y algunos otros compañeros capturaron una canoa con dos indios sólo poco tiempo antes.

—Uno de ellos rehusó todo alimento y murió —dijo—. El otro comenzó también una huelga de hambre, pero lo colgamos de los pies en un árbol, y practicamos tiro al blanco en su cuerpo. Murió al octavo disparo. ¡Nos divertimos mucho!

El flete en los batelones era aquí un buen negocio. Construirlos costaba 1.800 bolivianos (144 libras) y se alquilaban en cuatrocientos bolivianos el viaje, por

cuatro viajes anuales; el arrendatario asumía responsabilidad en caso de pérdida.

La tripulación del batelón casi se desternilló de risa cuando uno de mis indios tumupasas se enfermó de beriberi en este viaje-y quedó con las piernas paralizadas. Murió en Villa Bella.

No es posible imaginar una experiencia más espeluznante que la llegada al rápido Riberón. Durante una milla nos aferramos a las rocas o a la ribera donde pudieran depararnos una especie de freno y después nos dejamos llevar bogando locamente por un canal de aguas borrascosas capaces de echar a pique la embarcación que iba cargada en exceso. Uno de los cuatro batelones se dió vuelta y zozobró, sin que su tripulación, que estaba demasiado débil, pudiera remar efectivamente. Se perdió la carga, pero no hubo muertes, pues todos los indios nadan como nutrias.

Acampamos en Riberón, donde los botes tenían que ser descargados para el acarreo al margen-del rápido. Apenas nos habíamos instalado, totalmente exhaustos, cuando nos vimos invadidos por un ejército de hormigas negras — incontables millones— que arrasaban a su paso con todo, emitiendo un sonido penetrante como silbido, fantasmagórico y temible. Nada las detenía, y desgraciado del durmiente que no despertara a tiempo para escapar, prevenido por el suave rumor de su llegada. Las hormigas no dañaron el campamento, sino sólo aniquilaron a todos los otros insectos, continuando en su avance. A menudo visitan las chozas de la selva y las limpian de sabandijas.

En Misericordia, el próximo rápido, había un gran remolino, junto al cual vivía un anciano que se había hecho una cómoda fortuna recogiendo restos de naufragio, caucho y todo lo que era barrido hasta la playa. Era un lugar muy peligroso, y ninguna embarcación escapaba del desastre cuando caía en la garra del remolino. El paso río abajo resultaba aún más peligroso porque la velocidad era mayor a causa del laberinto de rocas, y por hábiles que fuesen los pilotos y la tripulación, generalmente estaban ebrios al salir de Villa Bella. Los naufragios eran comunes antes de que se restringiesen los seguros, pues a menudo les convenía a los consignadores perder la carga deliberadamente.

Quiquiera que sea el responsable de los nombres de lugares en Bolivia, es culpable de amarga ironía por haber bautizado al puerto en la confluencia de los ríos Mamoré y Beni con el nombre de “Villa Bella”. Una marisma negra y sucia ocupaba el centro del lugar y la mortalidad a veces era enorme. El índice de defunciones, entre las tripulaciones de los batelones que iban y regresaban de San Antonio, alcanzaba al cincuenta por ciento anual, cifra terrible, a la que ya me estaba acostumbrando. Ese era el tributo que se pagaba al caucho boliviano en este período, y no creo que sea una exageración decir que cada tonelada embarcada costaba una

vida humana.

Ennegrecida por la franca suciedad, con sus habitantes saturados de bebida, Villa Bella era, sin embargo, uno de los más importantes puestos aduaneros de Bolivia. El temor al Beni parecía haber ahuyentado a los funcionarios de tipo honrado. A mí me trataron como a un embaucador del gobierno. Ningún representante oficial tuvo la gentileza ni el sentido del deber de ayudarnos en nuestra labor e incluso uno de los habitantes llegó al extremo de dispararme con su Winchester, afortunadamente con mala puntería, a consecuencias del alcohol.

Incapacitado para obtener lo que necesitaba, le dije lisa y llanamente al administrador de la aduana que si no se me facilitaban transportes en el acto, me quejaría formalmente contra él al Ministerio de Colonización. La treta surtió efecto y ¡resulté ser realmente un embaucador del gobierno! Sin embargo, no pudimos abandonar el lugar ese mismo día.

Al día siguiente fuimos a Esperanza, cuartel general de los Hermanos Suárez, la principal firma cauchera. Aquí encontramos a algunos mecánicos británicos muy bien remunerados al servicio de la firma para cuidar de las lanchas. Los oficinistas, todos alemanes, eran francamente hostiles con ellos.

Existía aquí un rápido por el cual los indios tenían gran veneración, creyendo escuchar en su fragor la danza de los muertos. Pocos días antes, una lancha había sido arrastrada por este rápido, debido a una falla de la máquina al partir, cuando dejó la playa coa una carga completa de pasajeros. Su escapada fue casi milagrosa, pues, por extraño que parezca, no naufragó. Todos los hombres de a bordo, excepto Smith, el ingeniero inglés, saltaron antes de que fuese arrastrada por las aguas. Las mujeres gritaban desesperadamente, viendo que de un momento a otro naufragarían y se ahogarían en el remolino. Cuando llegó al rápido, Smith, que tranquilamente había estado reparando la máquina atascada, la hizo funcionar y la lancha alcanzó la ribera. Desde esta ocasión se convirtió en un héroe.

Los mecánicos británicos gustaban de su trabajo y lo hacían bien; sus salarios eran generosos y recibían buen trato, y fuera de sus deberes habituales recibían otros encargos, tales como reparar máquinas de coser, rifles, etc., lo que aumentaba considerablemente sus ingresos. Uno de ellos mereció el imperecedero respeto de la población al caer, botella en mano, por la borda de un batelón en el Mamoré, siendo arrastrado por una cascada y emergiendo un poco más allá, donde pudo salir para sentarse tranquilamente en la ribera a finalizar el contenido de la botella.

Otro sufrió una enfermedad desconocida que le dejó la piel casi negra y pestilente. Un día no apareció en su trabajo y el mayordomo, seguro de que había muerto, prometió una botella de alcohol por cabeza, a una pareja de indios, si recogían el cadáver y lo enterraban. Se cubrieron la nariz y la boca, pusieron el cuerpo

ennegrecido en una hamaca y lo transportaron al cementerio. En el camino, la hamaca golpeó contra un árbol y una voz sepulcral, desde su interior, les dijo: “Cuidado, niños, cuidado”. Los indios arrojaron su carga y huyeron, pero envalentonados por un trago y acompañados de algunos otros, regresaron y cogieron la hamaca una vez más. Mientras depositaban el cuerpo al borde de la tumba, se oyó nuevamente la voz sepulcral, pidiendo un poco de agua. Todos arrancaron, pero tras nuevas libaciones, regresaron los peones y echaron el babeante cuerpo en la tumba abierta, esparciendo rápidamente tierra sobre él, hasta que se perdió toda esperanza de resurrección.

Poco después de mi llegada aparecieron súbitamente dieciséis indios pacaguaras en una canoa, pintados como en pie de guerra. Mientras estos guerreros bogaban río arriba, se llenó de excitación la orilla más lejana del río Esperanza. Los peones gritaban; los hombres corrían de un lado a otro, lanzando órdenes a un mismo tiempo y comenzó una descarga irregular de disparos de rifle. Los salvajes no se inmutaron. El río, en este punto, tiene seiscientas yardas de ancho, o sea, casi el límite del alcance de un Winchester cuarenta y cuatro. Con serena dignidad, los indígenas pasaron de largo, hasta perderse en algún pequeño afluente. Hubo rostros malhumorados después de la orden de “¡Cese el fuego!”, cuando se hizo un balance del gasto de municiones de precio exorbitante.

Los indios a menudo salían a la ribera opuesta y con toda calma observaban los trajines de la barraca, seguros de que había escaso peligro de que los alcanzaran los rifles. Su aparición invariablemente causaba frenesí en Esperanza y gran derroche de cartuchos. Parecía la ruidosa bravata de los perros cuando ven a un gato sobre una muralla.

Acompañamos a una lancha que iba a Riberalta el 18 de mayo. La noche anterior a nuestra salida se hizo notable, porque cuatro mujeres y cuatro peones indios protagonizaron una danza de ebrios después de consumir cuatro cajas de cerveza a 10 libras la caja, obtenidas a crédito. Al día siguiente, las mujeres recibieron un castigo de veinticinco latigazos cada una por meter bulla y fueron enviadas a trabajar en las plantaciones al otro lado del río; pena muy temida a causa de los paca-guaras. Los hombres quedaron libres de toda culpa, posiblemente porque sirvieron bien a la firma, al quedar aún más endeudados con ella.



Capítulo IX

DESAGRADABLE INTERLUDIO

UN ABULTADO CORREO ME ESPERABA en Riberalta, y dejé de lado todos los otros pensamientos para leer las gratas nuevas de la patria, anheladas desde hacía tanto tiempo. Había periódicos, comunicaciones oficiales y — lo más importante de todo— instrucciones para posponer expediciones ulteriores, a causa de dificultades financieras. Me regocijé con esto, porque fuera de haber tenido martirio suficiente para un buen tiempo, debía completar mapas, redactar informes y dar los toques finales al esquema exigido para el ferrocarril de trocha angosta de Cobija. Riberalta necesitaba un dique flotante; me pidieron que lo planeara y estudiara el presupuesto correspondiente. No tuve objeciones para quedarme aquí, ya que había mucho que hacer y me pagaban por el trabajo. Lo único que no podía soportar era la inactividad.

No era probable que, por un tiempo al menos, hubiera embarcaciones para ir a Rurenabaque, pues la lancha gubernamental, “Tahuamanu”, quedó por fin en un estado imposible de reparar y la habían varado en algún sitio río arriba. Con la perspectiva de una estada indefinida en Riberalta, Daniel se puso su terno de

xapury y se fue de parranda. En cuanto a Willis, sus excesos en la bebida ya lo habían fondeado en la cárcel. Su libertad se debió exclusivamente a sobornos de funcionarios venales. Me demostró su gratitud abandonándome, para establecerse por su cuenta como vendedor de licores en una cabaña *de los arrabales de la ciudad, donde su propia debilidad podía ser satisfecha a expensas de otros adeptos. Feo, el penúltimo de mis indios, murió.

A pesar de la fuerza privada de traficantes de esclavos que había en el Madre de Dios, los indios estaban produciendo dificultades, y fué en realidad en ese mismo río donde un indio sometido mató con un hacha al administrador de la barraca Maravillas, destino a que seguramente se había hecho acreedor. Los pacaguaras tenían una reputación más negra que la que realmente merecían; pero, por regla general, no perdían oportunidad para hacer todo el daño que podían. Durante un viaje a la desembocadura del Orton, con el propietario boliviano de una pequeña propiedad cauchera, me encontré con algunos de ellos en la selva, y me parecieron bastante inofensivos cuando, por fin, adquirieron la confianza suficiente para dejarse ver. Fueron localizados por los indios de nuestro grupo, que los olieron, pues los aborígenes tienen un olfato tan aguzado como el de un sabueso. Era obvio que pertenecían a los indígenas más degenerados; eran gente pequeña, muy morena, con enormes discos en sus orejas colgantes y palos atravesados en sus labios inferiores. Nos trajeron regalos de caza, considerando que cualquiera otra actividad que no fuera la cacería estaba por debajo de su dignidad. Degenerados o no, asociaban a todos los indios civilizados con las expediciones para buscar esclavos, tan frecuentemente practicadas en sus poblados, y no querían tratos con ellos.

Hay tres clases de indios. Los primeros son dóciles y miserables, fácilmente domeñados; los segundos, caníbales peligrosos y repulsivos, raramente vistos; los terceros forman un ' pueblo robusto y hermoso, que deben tener un origen civilizado y a los que rara vez se encuentra, porque evitan la cercanía de los ríos navegables. Este es un tópico que pretendo tratar detenidamente en capítulos posteriores, pues se eslabona con la remota historia del continente.

La corrupción y la ineficacia estaban a la orden del día en Riberalta. Se había designado a un nuevo juez, que también era el carnicero oficial, negocio éste altamente productivo pues muy pocos podían evitar de transformarse en sus clientes. El soldado de los dos mil latigazos, a quien habían dejado con los huesos a la vista, para que pereciera, había sanado y se encontraba muy satisfecho de su condena. Estaba enormemente gordo —resultado general, según me dijeron, de tales flagelaciones, siempre que la víctima sobreviva— y no mostraba irregularidades al caminar, pese al hecho de que le habían cortado las nalgas.

—¡Llegó el ganado!

Fué un peón el que gritó estas palabras, mientras estaba en la ribera del río, observando la llegada de los batelones. Miré hacia donde indicaba, esperando ver animales de las planicies de Mojos que iban al matadero de nuestro juez-carnicero; pero en vez de eso percibí un cargamento humano. El propietario de una barraca de Madre de Dios se encontraba en la primera embarcación, y, una vez que llegó a tierra, se dedicó a vigilar a sus mayordomos, armados con látigos formidables, que conducían hacia la playa a un piño de treinta personas de tez más o menos blanca, de Santa Cruz, cuya expresión de miseria abyecta mostraba demasiado claramente que se daban cuenta exacta de la terrible categoría que ocupaban en la escala social. No sólo había hombres en ese extenuado grupo, sino también mujeres.

—¿Qué son? —Pregunté a un funcionario de la aduana boliviana—. ¿Esclavos?

—Por supuesto. —Me miró, sorprendido de mi estúpida pregunta.

—¿Quiere decir que esa desgraciada gente ha llegado hasta aquí para ser vendida?

—¡Oh no, señor! Sólo los indios de la selva se venden públicamente. Este ganado se negocia por el valor de sus deudas; todos son deudores, y el monto de ella es el valor mercantil de sus cuerpos. Es una transacción privada, usted comprenderá; pero el que desea un hombre o una mujer puede obtenerlo si está dispuesto a pagar el precio.

¿Sucedió esto en 1907, o el tiempo había retrocedido en mil años?

“Sólo los indios de la selva se venden en pública subasta.”

La brutalidad revelada por esta actitud enfurecía al gobierno boliviano, tanto más porque era incapaz de hacerla cesar, y enfurecía también a toda la gente de mente recta. Antes de mi regreso a Riberalta ocurrió un caso típico de los “depravados salvajes” esclavizadores, extraídos de la escoria de Europa y América Latina.

Una expedición en busca de esclavos llegó hasta una aldea de los toromonas, gente muy inteligente y nada difícil de tratar. Al jefe no le gustaron sus visitantes; pero, de todas maneras, ordenó a su esposa que trajese chicha en señal de amistad. El cabecilla de los traficantes, temiendo ser envenenado, insistió en que el jefe indio bebiese primero, lo que éste hizo, y mientras estaba parado con la vasija levantada lo abatió una bala, muriendo instantáneamente. Comenzó en el acto la cacería de esclavos y los sobrevivientes fueron llevados al Beni. Una mujer que tenía un niño recién nacido fue herida en el tobillo e imposibilitada para caminar; fue arrastrada hasta el río, para ser remolcada corriente abajo en una balsa, detrás de la lancha. Cuando el grupo de la embarcación se cansó de esto, la dejaron al garete, para que alcanzara la orilla como pudiera. Los perpetradores de esta espeluznante aventura se jactaron abiertamente de sus actos, orgullosos de su “victoria”. ¡Contaron cómo

habían cogido a los niños de los pies, azotándolos contra los árboles hasta matarlos! No hay la menor duda de la autenticidad de estas atrocidades, ni existe tampoco la menor exageración de mi parte. ¡Ojalá que así fuese! Llamar “bestias” a estos demonios constituye un insulto a los irracionales, que no están dotados con la maldad humana. Si hubiesen estado avergonzados de sus actos, habrían dado como excusa la muerte de algunos esclavizadores en una apartada aldea, a consecuencia de beber chicha envenenada. Lejos de eso, ellos veían en ese caso motivo para una venganza, ¡y qué venganza!

Muchos de los indios a los cuales se les ha inculcado civilización son inteligentes y de gran habilidad manual. En algunas misiones les han enseñado oficios, y se desenvuelven muy bien; aprenden idiomas rápidamente, pues son de naturaleza imitativa; pero muy pronto degeneran física y moral- mente.

Algunas veces se daba vuelta la rueda de la fortuna. No hace mucho tiempo, una firma envió una expedición desde Riberalta a buscar esclavos a la selva. Encontraron después a los traficantes cortados en pequeños trozos, flotando río abajo en una gran canoa hueca. De otra expedición al Guaporé regresó sólo un hombre, completamente loco, ¡royendo la carne descompuesta de un fémur humano! Es bueno saber que estos brutos obtienen a veces lo que se merecen. Yo no les tengo la menor simpatía.' •

No lejos de Riberalta un trabajador indio mató al mayordomo en venganza de ciertas brutalidades. Lo cogieron, manteniéndolo atado toda la noche, cara a cara con el cadáver, y al día siguiente le dieron mil latigazos. A duras penas transcurría un día sin que hubiese flagelaciones, y desde el sitio donde yo estaba alojado podía escuchar la ejecución de los castigos en la oficina del jefe de policía. Generalmente, las .víctimas se conducían con serenidad, a menos que —como ocurría en casos más graves— se empleara el *Sapo Chino*. Este instrumento era una armazón basada en la estructura de un potro de tormento, en el que se podía estirar a la víctima boca abajo, de tal manera que el cuerpo estuviera suspendido en el aire mientras se administraban los latigazos.

En una barraca situada más arriba de Riberalta le propinaron a un peón cuatrocientos latigazos, ¡y después el hombre agradeció a su amo, diciéndole que los había necesitado y que en adelante trabajaría bien! En la aldea vivía un anciano quien, cuando se emborrachaba, se dirigía a la comisaría a rogar que lo flagelasen para aprender a conducirse. Quizá, físicamente, los indios tengan menos sensibilidad que un blanco; lo que sienten mentalmente nadie lo puede adivinar. En Riberalta jamás recibían dinero, ni sabían lo que era un trato decente; pero en cambio les propinaban latigazos a la menor falta. Siempre los entusiasmaban para que bebiesen alcohol.

Desde que existe memoria, se usó el látigo en una forma bastante más' seria en las islas británicas; en realidad, aún se emplea en el código penal y constantemente se recomienda su uso en forma más extensa. Si la víctima pudiese elegir entre el látigo de los distritos caucheros y el de nuestras prisiones, no hay duda alguna sobre cuál sería su preferencia. No estamos en situación de lanzar la primera piedra, ya que somos responsables de la sumisión de las colonias de Africa Occidental. Denunciar las atrocidades del auge del caucho, silenciando las muchas crueldades aun legalmente establecidas en nuestro propio país, lejos de la vista del público, significaría tener un criterio demasiado estrecho. Debo hacer hincapié en que lo que sucedía en Bolivia y Perú no estaba autorizado por sus gobiernos, sino que eran actos de individuos, al margen de la ley y del orden. Por crueles que hayan sido estos actos, jamás sucedió nada comparable a las atrocidades del Congo Belga. La lejanía de un sitio como Riberalta es difícil de imaginar. No había telégrafo ni otro medio de comunicación con La Paz u otra ciudad, y, bajo las más favorables condiciones, se llegaba a la capital después de dos meses y medio de viaje.

La llegada de un nuevo gobernador al Beni me dió la oportunidad de asegurar algo del dinero que se me debía, al obtener órdenes oficiales de pago en algunas casas comerciales. El gobernador era afeminado, susceptible a la adulación y extraordinariamente estúpido. La mayor parte del tiempo la pasaba adornándose. Resultaba ridículo contemplarlo ocupado, en una habitación abierta a la vista del público, decorando su lecho y otros muebles con pequeños lazos de cintas rosadas, para complacer a una india poco atractiva de la cual se había enamorado al llegar. Como "escoba nueva", estaba ansioso de causar buena impresión, y sabiendo que sus gastos pronto serían reducidos drásticamente, saqué ventaja de ello mientras era tiempo. Su pomposidad era prepotente, porque una vez había sido cónsul, y estaba siempre ansioso de indicar que su presente condición significaba un descenso de categoría para él, fruto del resentimiento que su habilidad había despertado en círculos superiores.

Cuando soplaban los surazos, Riberalta se ponía intensamente fría, y una mañana apareció una delgada película de hielo en los charcos de lo que llamaban caminos. En estas ocasiones llovía durante tres o cuatro días ininterrumpidamente y nadie poseía la ropa suficiente para aislar el frío. El repentino descenso de la temperatura mataba rápidamente a los peones vestidos de algodón. ¡Entre las hordas de enfermos la muerte cobraba un tributo espeluznante; uno tras otro desaparecían los "comedores de tierra" o geófagos!

Los trabajadores y sus familias eran víctimas a menudo de una extraña enfermedad que inducía a un irresistible deseo de comer tierra. Posiblemente la causa era un parásito intestinal y la tierra serviría para aplacar la irritación

interna. En todo caso, el resultado era un abultamiento del cuerpo, al que seguía la muerte. Los indios conocían un solo remedio: el excremento de perro; pero nunca supe que alguien mejorara con esta medicina. Algunos europeos también sufrían de esta enfermedad; pero las víctimas más comunes eran los niños, cuyas enflaquecidas extremidades y estómagos horriblemente distendidos presagiaban su horrible suerte. Un austríaco que sufría de esta extraña enfermedad bajó por el Beni desde Reyes. Excepto por su estómago terriblemente hinchado, parecía un esqueleto viviente, y producía una impresión espantosa. Murió al corto tiempo.

A excepción de las escasas oficinas, nadie tenía idea del tiempo en Riberalta, porque los relojes no eran de uso general. Un comité de ciudadanos se acercó a mí pidiéndome que erigiese un cuadrante solar, y tanto para cambiar de ocupación, como para retribuir la hospitalidad, estuve de acuerdo en construirlo si se me suministraban los materiales necesarios. Cuando finalmente el reloj de sol estuvo listo y colocado en medio de la plaza, fue inaugurado con gran pompa y proporcionó un buen motivo para hacer discursos y beber sin tasa. ¡Hubo hasta sugerencias de que se erigiera un techo para protegerlo de las inclemencias del tiempo!

Esa misma noche vi a un grupo alrededor del reloj de sol y me acerqué a ver lo que ocurría.

—Es un fraude —balbuceó una voz. Se encendió una cerilla—. ¡Vean! No indica la hora. Que alguien me preste otra cerilla y probemos de nuevo; o más vale que traigamos una vela.

—Explotación extranjera —gruñó otro—. Esto es lo que se llama. . . imperialismo británico.

—No —replicó una tercera voz—. Funciona bien, porque esta tarde vi la hora en él.

Hubo argumentos en favor y en contra y las discusiones se acaloraron. Metieron tanta bulla, que un oficial de policía fue a investigar la causa del problema.

—¡Idiotas! —gritó cuando le interrogaron—. ¿No saben que tienen que esperar que salga la luna antes de poder ver la hora en él?

Tres días después el reloj de sol fue encontrado completamente destruido. Los pro *cuadrante solar* acusaron a los *anti* de sabotaje; pero mis sospechas recayeron en un disoluto empleado francés de una firma local, a quien antes que a mí se le habían ofrecido 50 libras para construir un cuadrante y no supo hacerlo.

Ese mismo día realicé mi primer intento de irme de Riberalta, tomando pasaje para Rurenabaque en una pequeña embarcación conocida como una *montería*. Pese a mis protestas, el propietario insistió en recargarla horriblemente, y media milla río arriba tocó un banco de arena, se volcó, y por poco nos ahogamos todos. El propietario salvó su embarcación; pero rehusó continuar, y tuvimos que regresar a

Riberalta, donde volví a mis viejos cuarteles por otras tres semanas, desesperando de poder abandonar este detestable lugar. Parecía que Riberalta estaba jugando al gato y al ratón conmigo, haciéndome creer que estaba libre, sólo para capturar me una vez más. Una y otra vez se me presentaba la oportunidad de escapar, sólo para desvanecerse y dejarme más deprimido que nunca. Era una prisión sin rejas, pero no menos prisión por esa circunstancia. Imaginaba la voz del lugar murmurando: “¡Has venido: aquí permanecerás... para siempre! ¡Puedes escapar por corto trecho; pero mi hechizo te atrae y regresarás siempre, para vivir toda tu vida aquí, hasta que mueras!”

Algunos acusaban ya abiertamente al - francés de haber destruido el cuadrante solar del pueblo, y el asunto casi se transformó en un problema internacional. Se formaron partidos; se efectuaron violentas demostraciones anti francesas y antibritánicas. La prensa local —una hoja semanal de basuras semipolíticas— se metió en la refriega y publicó editoriales sobre el tópico en un lenguaje extraordinariamente pomposo. El vicecónsul francés ofreció un banquete, excluyendo ostentosamente a todos los ingleses y sus simpatizantes. A mí me molestó poco esta actitud; pero los otros ingleses residentes se sintieron ofendidos, desquitándose con otro banquete de carácter altamente patriótico a la noche siguiente.

Recuerdo que la fiesta duró hasta pasada la medianoche, y ya se había puesto musical y achispada cuando las lámparas de aceite, rodeadas de nubes de insectos, comenzaron a mostrar signos de extinción. Mientras oscilaban y se oscurecían, llegó el súbito grito de “¡Cobra!”. Inmediatamente se formó un pandemónium, y, justo antes de que las lámparas se apagaran del todo, se vio en un rincón la silueta del reptil. Algunos se subieron a las sillas; otros, a las mesas. Unos cuantos espíritus audaces cogieron palos y atacaron fieramente a la serpiente, que se agitó y retorció bajo los golpes, y de pronto todo quedó sumido en tinieblas.

De afuera llegaron gritos de advertencia, pues media ciudad estaba reunida allí. Desde el interior se pedían luces, más luces..., ¡rápido! La serpiente debía estar en alguna parte. Ya uno o dos alborotadores estaban declarando que los había mordido. Por fin llegaron luces, se disiparon las tinieblas, y el reptil resultó ser —ustedes ya habrán adivinado— ¡una cuerda!

A la claridad del día siguiente, los rostros del pérfido francés y de sus partidarios brillaban jubilosos; pero Albión aún no estaba derrotada, porque cuando, al otro día, el francés y sus secuaces se reunieron a bordo de la lancha “Campa”, que iba río abajo hasta Esperanza, apareció en el puente principal una serpiente negra y roja. ¡Y ésta era verdadera, no el extremo de una cuerda!

No tengo idea qué clase de reptil era. Posiblemente fuese una inofensiva

serpiente coral; pero, en todo caso, hubo una conmoción inmediata, huida por los pasillos, que eran destartalados tablonés, y en medio de la lucha el francés fue empujado dentro del río. Cuando salió a la superficie hubo un grito de alerta: “¡Cuidado con las pirañas!” El galo aulló de terror, mientras nadaba hacia la orilla moviendo los brazos como paletas. Un agrupo de mirones lo trató de sacar; pero una y otra vez se caía dentro del agua, asegurando que las pirañas se estaban comiendo la carne de sus piernas. Medio - ahogado y cubierto de barro de pies a cabeza fue extraído finalmente y llevado sollozante a su cabaña.

En este período las estrellas deben haber ejercido influencia nefasta en las relaciones internacionales, pues una o dos noches más tarde tuvo lugar una batalla en regla. Bumpus, un inglés, atendía en su casa a un peruano, celebrando con cerveza, la más cara de todas las bebidas locales, el 28 de julio, aniversario de la independencia del Perú. Había varios invitados, entre ellos un joven oficial boliviano llamado Zamudio.

En lo mejor de la parranda, un escribiente de la delegación pidió que lo dejaran entrar, y como era un mentecato inútil, prontamente se le dijo que no. Cosa sorprendente, rehusó irse, y se puso tan belicoso que comenzó una pelea en la que fue derribado. Sus gritos atrajeron a un mayor, a un capitán y a cerca de treinta soldados del vecino salón de refrescos de Willis, los que se echaron sobre Bumpus y sobre el peruano, que defendió a su anfitrión. El mayor ordenó a sus soldados que cogiesen a Bumpus, quien reaccionó inmediatamente pegándole en la nariz al mayor. Llegó la policía, vio que la refriega aumentaba y se puso a contemplar la lucha con interés. Botellas, sillas, suciedades de todas clases volaron por el aire. Los juramentos y los gritos atrajeron más espectadores, que comenzaron a cruzar apuestas. Ni Bumpus ni nadie sabía boxear, por lo que casi toda la pelea consistió en dar palmadas, retorcer brazos y especialmente propinar puntapiés. El desorden terminó solamente cuando apareció un rollizo coronel que arrestó al mayor y al capitán. Supe que al día siguiente un sargento y siete hombres recibieron doscientos latigazos, lo que me pareció una gran injusticia, pues ellos sólo habían obedecido órdenes superiores.

El notable aumento de consumo de licores era tal vez preparándose para celebrar el 4 de agosto, fiesta nacional boliviana. Cinco días de borrachera ininterrumpida finalizaban con exhibiciones deportivas militares en la plaza, donde se juntaban todos los ciudadanos, equipados con botellas, vasos y hasta con latas de querosene llenas de licor.

La exhibición no era muy entretenida, excepto un juego llamado *rompecabezas*. Difícil de ejecutar, aun para hombres sobrios, resultaba de una comicidad increíble cuando los competidores estaban semiebríos con kachasa. El rompecabezas consistía

en una caja de sección triangular, de dos yardas de largo, que rotaba libremente alrededor de una barra de hierro colocada sobre dos postes a una distancia de cerca de siete pies uno del otro. En lo alto de uno de estos postes había un pequeño asiento; en el otro, una pequeña bandera. El juego consistía en coger la bandera cruzando sobre la tapa de la caja. A menos que se mantuviese un equilibrio perfecto, la caja se daba vueltas y el competidor caía al suelo.

En estos días, desesperado por la tardanza en salir de Riberalta, hice presión sobre el delegado, o gobernador, hablándole de “representaciones oficiales” y cosas por el estilo. Esto lo asustó tanto, que se obtuvo un batelón, que se puso a mi disposición, así como a la de un empleado de la aduana y del rollizo coronel, ya que todos íbamos a La Paz. Dan debió haber viajado conmigo; pero estaba en la cárcel a pedido de Willis —¡de él!—, por deudas de bebidas alcohólicas. Los ingleses fueron a despedirme y también la guarnición al coronel, de manera que dejamos la costa en medio de la humareda azul de sus descargas. Podíamos aún escuchar sus gritos de despedida cuando ya no alcanzábamos a percibirlos.

El coronel no era en absoluto el compañero ideal de viaje. Mestizo de indio, su parte española parece que se había confinado exclusivamente al nombre. Su único equipaje consistía en una bacinica¹²vieja y en una maleta usada, de imitación cuero. Se nos olvidó esta última en la playa y sólo descubrimos su pérdida cuando ya estábamos en una barraca a veinticinco millas río arriba, y allí tuvimos que esperar mientras una canoa iba a buscarla. Después, el coronel se instaló en la “cabina” de popa y allí se quedó por el resto del viaje: ¡cuarenta y cinco días!

El aduanero era un buen compañero; pero ni él ni el coronel habían llevado alimentos, y, naturalmente, contaban con mis provisiones, que consistían en avena machacada, unos sacos de pan duro y latas de sardinas. La avena machacada no les interesaba, pero lo demás sólo alcanzó para diez días, después de los cuales anduvieron dando vueltas alrededor de las ollas de la tripulación, sin mucho éxito. No vi lavarse al coronel durante todo el viaje, y empleaba la bacinica, fuera de otros usos, para guardar alimentos. Era insolente, desagradable, enfermizo, y como muy pronto todo su cuerpo se llenó de pústulas, su presencia en el refugio, que estábamos obligados a compartir con él, se nos hizo repugnante. Se quejaba de que se le había obligado a embarcarse con excesiva prisa; protestaba por la falta de variedad de mis provisiones, y tanto él como el aduanero expectoraban constantemente fuera y dentro de la embarcación. En el barco viajaba una mujer

¹² Posesión omnipresente. Esto y el reloj despertador son los compañeros inseparables del mestizo.

mestiza, que se divertía cazando moscas y mariguais, que después se comía, costumbre propia de indios, sean civilizados o salvajes. No quisiera volver a repetir ese viaje.

Al segundo día nos encontramos con un batelón que iba a Riberalta. Su dueño, un alemán llamado Hesse, reconoció inmediatamente entre nuestra tripulación a sus propios peones, requisados por la delegación. Se puso furioso y nos acusó de haberlos robado; pero no podía hacer nada contra nosotros y nuestro piloto se rió de él extraordinariamente.

En la barraca Concepción pude procurarme más alimentos con la esposa del administrador y —*rareza* en estas regiones— obtuve conservas inglesas. Resultaban extraordinarias, porque los fabricantes británicos rehusaban colocarles etiquetas en español, y, consecuentemente, nadie compraba sus productos, pues no sabían qué contenían.

Al tercer día de nuestra salida de Concepción nos cogió un viento surazo, que retardó nuestro avance. La atmósfera se puso terriblemente fría y el río fué golpeado por el viento, formándose menudos remolinos, semejantes a los que forman las turbonadas del océano. La vida de la selva parecía decaída y nos oprimía un sentimiento de triste desolación. Al llegar a Santo Domingo brillaba el sol, y nuestro ánimo se levantó cuando el administrador, el señor Arautz, cargó el batelón con plátanos, naranjas y otros alimentos frescos.

—Lamento que tenga a bordo al coronel —me dijo, sin preocuparse de que el objeto de su conversación también estaba escuchando—. Conozco a ese tal por cual, y no envidio su suerte.

Muy pronto el batelón nos causó ansiedad, porque sus maderos estaban podridos. Los temores de la tripulación resultaron fundados cuando al decimosexto día un obstáculo sumergido rompió el fondo, golpeando a la mujer, que casi se ahogó con un bocado de moscas. Nos hubiésemos podido hundir, pero de algún modo el obstáculo fue cortado con un hacha; se clavó un trozo de tabla sobre el agujero y se designaron dos vaciadores para mantener a raya el agua que entraba. Hora y media después otro tronco de árbol más grande que el anterior atravesó el parche, demostrando que si los rayos no caen nunca dos veces en el mismo sitio, los obstáculos sí. Otra vez fue cortado a hacha, y se colocó en el hoyo toda la ropa disponible que tenía la tripulación. Se ordenó a un hombre que se sentara encima, hasta que, gracias exclusivamente a la buena suerte, pudimos llegar a la pequeña barraca de Los Ángeles. Como nadie parecía capaz de arreglar el daño, busqué un tablón, levantamos el batelón para mantenerlo seco y elevado, fijé tablas en su interior y exterior, remachándolas con largos clavos de hierro y calafateando las juntas con

estopa. Este parche nos sirvió para el resto del viaje, pero hubo muchas alarmas por los roces y rechinamientos del fondo, que aterrorizaban al coronel. Me quedé muy agradecido por los arreglos, tan agradecido, que al día siguiente escamoteé una pierna de pavo silvestre de la olla de la tripulación, y, después de roer el mejor trozo de carne, me ofreció el resto con una reverencia.

Cuando llegamos a Cavinás, en la desembocadura del Madidi, yo estaba desesperadamente ansioso por escapar de mis dos compañeros de cabina, pues me enfermaban sus hábitos sucios y sus desagradables personas. La ineficiente tripulación y el negligente capitán hacían el viaje tan intolerable, que traté de conseguirme muías con los sacerdotes de la misión para llegar por tierra a Rurenabaque. ¡Ay! Todas sus bestias estaban ocupadas en otra parte. No había nada que hacer, sino continuar en el batelón, que ahora estaba peor que nunca, porque el cuero crudo que cubría el suelo de la cabina se había podrido completamente y el sol abrasador lo hacía exhalar un olor tan fuerte, que eclipsaba aún al del coronel.

La estación seca estaba en su apogeo y el río bajó tanto, que los bosques de troncos sumergidos hacían que el avance fuera extraordinariamente difícil. En una de las barracas por las que pasamos, le dieron al coronel un mono regalón. El bicho compartió su bacinica y agregó algo a la suciedad de la cabina, pues ni por nada quiso dejarlo afuera. Descubrí en seguida que mi tetera era usada por el coronel y el aduanero, no para hervir agua, sino para beber por su pico. Esto me enfureció; si hubiesen solicitado mi permiso, no lo habría negado —pese a las pústulas del coronel—; pero ni siquiera tuvieron la cortesía de pedirme autorización.

Con el buen tiempo volvieron las nubes de mariguís. Una ventaja del viento surazo era librarnos temporalmente de la plaga de insectos; pero éstos, al regresar, recuperaban el tiempo perdido y casi nos volvían locos, a excepción de la dama pasajera, que encontraba que era un aditamento bien venido a su dieta. Todo empeoró. Durante una violenta tormenta, el mono cayó por la borda, mientras su amo se lamentaba desesperadamente. Antes que el animalito pudiese ser salvado, ya estábamos una milla más abajo, golpeando tronco tras tronco en forma despiadada. Justo cuando estaba pasando la tempestad, se escuchó un ruido como de descarga de artillería y un rayo cayó en el río a cien yardas de nosotros, con un maravilloso despliegue de fuegos rojos, amarillos y azules. La tripulación casi murió de susto y se les tuvo que dar alcohol para que se recuperaran y pudiéramos seguir navegando.

Ninguna tripulación trabaja sin alcohol. Los impulsa como la gasolina al automóvil, y cuando se termina la provisión, dejan de trabajar y rehúsan moverse. Nuestro “combustible” estaba guardado en la cabina en una lata de cuatro galones; el olor de mi tetera me sugirió que el coronel estaba sirviéndose de él. Encontré que

sólo teníamos lo suficiente para terminar el viaje, siempre que el recorrido diario mejorara del paso de tortuga a una velocidad normal. Se lo dije al capitán y sugerí que hiciera trabajar más a sus hombres. Inmediatamente echó la culpa al piloto por el atraso.

—Es una mentira —replicó éste—. Si usted no estuviese siempre borracho, podría atender mejor su trabajo.

El resultado de esto debió ser una pelea pero no llegaron a los golpes. En cambio, tuvieron una salvaje batalla de denuestos, en que el insulto más amargo era el epíteto “indio”, y finalizó cuando uno le dijo al otro: “¡Anda, pégame!”, respondiendo el contrincante: “¡No, atrévete tú!” La tripulación parecía dispuesta a tomar parte en la riña; el batelón se deslizaba río abajo sin control, de manera que la discusión tuvo que ser silenciada por autoridad superior. Poco después nos pasó un batelón de Riberalta, como si nosotros estuviésemos parados, y las burlescas observaciones del piloto casi iniciaron de nuevo la camorra.

El próximo contratiempo fue el quedar lisiado uno de los tripulantes. Al saltar a la playa para recoger huevos de tortuga, pisó una raya, que hirió gravemente su pie. Quizás previnieron las complicaciones al hacer explotar pólvora sobre la herida —una cura drástica—; pero hasta el término del viaje la víctima gimió en el suelo de la embarcación. Otro hombre perdió dos de sus dedos, a causa de las pirañas, mientras se lavaba las manos en el río después de desollar un mono.

Los huevos de tortuga abundaban tanto, que el fondo del batelón estaba repleto de ellos para venderlos en Rurenabaque; pero mucho antes de que llegásemos, pies descuidados los transformaron en una masa, y un olor más se agregó al hedor general. Para añadir otro todavía, el coronel trajo a bordo un poco de chalonga o carnero seco. Su dueño lo apreciaba mucho, aun cuando estaba en avanzado estado de descomposición y lleno de gusanos. Por último, se me hizo la cabina insoportable y colgué afuera mi hamaca, a pesar de los mosquitos.

A bordo se desarrollaron fiebre e influenza, dejando fuera de cuenta a nueve tripulantes. Escasos de tripulación, seguimos hasta Santa Teresa, cuatro días más abajo de Rurenabaque, esperando allí hasta que se recuperasen los hombres. ¡Qué gran placer fue estar en tierra, para escapar de la pestilencia de esa embarcación, respirando otra vez aire puro en la barraca de mi anfitrión!

El me dió más detalles de la expedición suizo-germana contra los guarayos en el Madidi, corroborando la historia de las atrocidades que ya me habían relatado. Una niña se escapó hasta la orilla del río y allí fue herida por una bala. Se arrodilló para lavarse la cara y cabeza, y en esa posición fue degollada despiadadamente. Con la valentía que da la desesperación, uno de los guarayos atacó a la expedición con arco y flechas, pero muy pronto lo mataron. Conocí más tarde a estos indios, y la

forma abominable en que fueron tratados por estos brutos cobardes me llenó de ardiente indignación, como les ocurrió a todo boliviano y extranjero decente del país. Siento decir que los autores de este ultraje jamás fueron castigados.

Nada me induciría a repetir este viaje de cuarenta y cinco días. A mí me pareció interminable. El “mal de ojo” de Riberalta no podía ser aventado ni con la distancia. Casi podía escuchar las palabras de despedida del delegado, vagamente inquietantes: “Lamento que usted nos deje, mayor. Su trabajo ha sido muy valioso para Riberalta. ¡Lástima que usted no sea un prisionero permanente!”

Pero llegó el día en que todo terminó, para ser sólo un horrendo recuerdo. El 24 de septiembre llegamos a Rurenabaque, donde mis amigos gringos me recibieron con calurosa bienvenida, y el hotel pareció suministrar las comodidades de una ciudad grande.

—De manera que ha estado entre los salvajes —rugió don Pacífico, el administrador—. También yo los conozco. En mis buenos tiempos maté no menos de ciento treinta salvajes, yo solo.

Era un hombre inmensamente gordo, cuyas pequeñas piernas apenas podían soportar su enorme peso; resultaba ridícula la idea de suponerlo matando a alguien.

Harvey, el pistolero, era un verdadero asesino, aunque no parlanchín. Solamente después de muchos brindis se ponía algo más comunicativo y entonces valía la pena oírlo. Este hombre silencioso, de barba roja, no era fanfarrón, ni tampoco demostraba, sin tener causas muy justificadas, las verdaderas proezas que era capaz de ejecutar. Como genuino bandido del Oeste, en otros tiempos, su vida dependió íntegramente de la rapidez en apuntar y de la seguridad de dar en el blanco. Igual a todos los que vivieron antes de la época de los revólveres de doble acción, él “abanicaba” su Smith & Wesson. Esto significa que, en lugar de amartillar el arma y apretar el gatillo para cada disparo, él dejaba el gatillo hacia atrás y accionaba el percutor, a velocidad increíble, con la palma de su otra mano. Se escabulló de la policía de Texas, donde su cabeza estaba a precio, escapando al sur de la frontera, abriéndose camino a México en un torbellino de pólvora; pasó el istmo y continuó a Sudamérica. Conocía todos los campos mineros de la costa occidental y sus hechos podrían llenar un libro.

En una ocasión, después de asaltar a una gran compañía minera en una república vecina, Harvey fue perseguido por un regimiento de soldados. Los condujo hasta un sitio favorable; ^t se dió vuelta repentinamente y les mandó poner “manos arriba” antes que ningún rifle alcanzara a apuntarlo. Cogió sus armas y las arrojó al río; después dispersó a los soldados con algunos puntapiés bien propinados. Otra vez fue arrinconado por veinte soldados. Mató a uno, le disparó a otro que dejó ver su cabeza por encima de un arbusto y los restantes, arrojando sus armas, huyeron.

En el último país en que estuvo se daban 1.000 libras por su captura, vivo o muerto. En Bolivia no había ley de extradición, por lo que aquí estaba a salvo. En su camino a la frontera, llegó a una barricada que obstruía la senda con seis soldados tras ella, con los rifles prontos. Un oficial le Ordenó que se rindiera, pero su respuesta fue una explosión de balas. Cuando cayó el oficial, Harvey saltó la barricada, haciendo actuar su arma. Abatió a otro soldado y el resto, muy pronto, levantó las manos.

—Me sentí avergonzado —me confesó— cuando los palpé y descubrí que no tenían ni una simple cápsula en sus rifles. ¡Sus cartucheras estaban llenas de papel!

Llegaron algunos callapos desde Mapiri, que fueron transformados en balsas para el regreso. Sin pérdida de tiempo, me procuré una de ellas. La alegre población de Rurenabaque me dió el acostumbrado adiós bullicioso, y mi tripulación, compuesta de tres hombres, empujó la balsa con bastante velocidad; No sólo les prometí una libra a cada uno si se hacía un viaje rápido, sino que también les regalé sardinas, azúcar e ilimitada cantidad de alcohol. Se ganaron su recompensa, impeliendo rápidamente la balsa y remolcándola a través de los rápidos, metidos en el agua hasta la cintura, labor que compartí con ellos. Llegamos a Guanay en el tiempo record de cuatro días y medio.

Mi anfitrión, el señor Salamón, tenía un profundo sentido de la importancia de su posición como corregidor de Guanay, y tenía la costumbre de ofrecer licor con cualquier pretexto. Era un gesto de amistad, pero ¿cómo podía saber que me disgustaba tanto la bebida? Era lenguaraz y hospitalario; él y su encantadora esposa hicieron por mí cuanto pudieron.

Como buen sibarita, el señor Salamón hacía *caso* omiso del elevado precio de los patos, ya que todos los días había uno en la mesa. Días antes de ser muertas, alimentaban a las infortunadas aves con comida empapada en alcohol, y cuando ya estaban totalmente borrachas, se les daba licor puro, lo que precipitaba su muerte “gloriosa”, como la llamaba mi anfitrión. El aseguraba que este procedimiento mejoraba el sabor de la carne. No podía estar de acuerdo con él, pero se debía tal vez a que mi apetito disminuyó por el recuerdo obsesionante de la chalona del coronel y de los huevos de tortuga.

Aquí en la desembocadura del río Tipuani todos parecían estar en buena situación; reinaba una atmósfera de prosperidad que me impresionó tanto más después de mi larga permanencia en la remota frontera. El oro era abundante. Cada vez que se desbordaba el Tipuani, lo que sucedía a menudo, traía oro que depositaba sobre la orilla arenosa del Guanay, donde todos salían a buscarlo. Nadie, sin embargo, se hacía rico. El río estaba y aún está lleno de oro, pero inundaciones repentinas impedían que el lecho rocoso quedara expuesto el tiempo necesario para

llegar hasta el metal. Hasta la mina de Santo Domingo en el norte, en el río Inambari, y aún más allá, toda la región está llena de oro, pero resulta tarea difícil explotarlo. Supe de cuatro hombres que sacaban oro de una rica corriente más allá de Santo Domingo. Al principio mantuvieron estrecha guardia debida a la presencia de los indios, pero como pasó el tiempo y nada ocurría, descuidaron la vigilancia. Comenzó el ataque una mañana temprano; tres fueron muertos y el cuarto escapó gravemente herido, teniendo que abandonar todo el oro tan duramente ganado.

Había nuevas interesantes de Challana. El ex capitán Velarde, el jefe, se había escapado a La Paz después de aceptar un ofrecimiento de 5.000 libras de un sindicato, por el distrito de Challana. Cuando la población supo de esta transacción, pidió la sangre del traidor que los había vendido, pero entonces ya estaba fuera de alcance. Todos lo conocían en Guanay. Durante seis años había sido gobernador, acumulando una saneada fortuna en el ejercicio de sus funciones.

La llegada de una recua de muías desde Sorata me dio esperanzas de una pronta partida. Se esfumaron, cuando el coronel llegó de Rurenabaque, porque temí que requiriera oficialmente los animales. Le-hice presente al arriero que sus muías corrían este peligro y que no obtendría recompensa. Mejor sería que me las alquilara y yo le pagaría la mitad por adelantado.

—No digamos nada, señor, pero salgamos antes que nadie descubra que pretendemos dejar el pueblo. Todo estará listo mañana al amanecer.

Eran pequeños animales y yo pesaba casi doscientas libras, pero es sorprendente lo que soportan estas muías. Estaba totalmente fuera de entrenamiento, a causa de mi prolongado cautiverio en el batelón, y me costó varios días volverme a poner en forma. Después de dos jornadas de ascenso por la montaña en senderos aterradores hasta terribles alturas, y de descensos en caminos cortados a pique, llegamos a San José en la senda del Mapiri. Aquí me quedé con el señor Peñaloza, hijo de un inglés, que había cambiado su nombre. El mismo parecía español y no hablaba inglés, pero su hijo tenía ojos azules y cabello rubio.

Las historias de atrocidades persistían aún más allá de San José. Se contaba una de un alemán que trabajaba algunos años atrás en un puesto cauchero cerca del Mapiri. Era un asesino en grande. Mataba a cualquier colector de caucho que consideraba inútil, dándole a su víctima el privilegio de beber lo que quisiese antes de ser ejecutado. Con pródigas promesas como cebo, atrajo a trescientos peones del distrito peruano de Arequipa; los alimentaba todas las mañanas con una sopa aguada y una taza de café y los enviaba a la selva a sacar caucho. No conocían este trabajo y se enfermaron casi todos; sin embargo, no los soltó; mató a los más enfermos, cerca de cuarenta o cincuenta. Los otros lograron escapar; algunos, a la selva; otros, a Apolo, desde donde regresaron posteriormente al Perú. Este alemán

fue acusado por sus atrocidades, pero no recibió castigo. Se rodeaba de una guardia de mozos especialmente elegidos y amasó una fortuna con el trabajo de sus obreros medio muertos de hambre. Me alegra contar que fué muerto, al parecer, por un indio vengativo, quien, esperando la ocasión, le disparó cuando se aflojó la vigilancia del cuerpo de guardia.

En la cúspide del apogeo del caucho y del oro en Mapiri, se instaló con un negocio un banquero aficionado. Inspiró general confianza, siendo altamente respetado por su influencia civilizadora, que era como un rayo de respetabilidad brillando en la lóbreguez del caos. Huyó con veinte mil bolivianos (1.600 libras), y jamás se le volvió a ver.

¡Cuán civilizados parecen estos lugares al regresar de la selva! El pan verdadero sabe a néctar de dioses; los alimentos bien cocinados, servidos en platos y comidos con cuchillo y tenedor, eran un sueño glorioso que se transformaba en realidad. El viaje entre la montaña y el Altiplano, que quince meses atrás me pareció tan duro, resultaba ahora una excursión agradable. Es cierto que sentía intensamente el frío de las alturas, pero no más que el surazo de las selvas que helaba los huesos. Sorata, con sus casas verdaderas, era una gran ciudad, y La Paz resultaba casi aterradora con sus comodidades y lujos. El 17 de octubre, un rufián barbudo, de tez casi negra, quemada por el ardiente sol de los trópicos y el relumbramiento de las nieves, bajó a trote lento por las empinadas calles de la capital, sobre una muía vivaracha que se espantaba y hacía cabriolas a la vista de los carruajes y tranvías. Los transeúntes se detenían para mirarme, a pesar de lo acostumbrados que estaban a ver hombres de los despoblados. Una afeitada, una buena comida, un sueño profundo entre verdaderas sábanas, y al día siguiente ropas civilizadas, me transformaron otra vez de salvaje en hombre blanco.

Entregué al presidente, general Montes, los mapas e informes, y fui invitado a trazar la delimitación de la frontera con Brasil, en el río Paraguay. La perspectiva de exploraciones más distantes resultaba atrayente —pues esto me llevaría a regiones desconocidas—, pero dependía de una autorización de Londres el que continuara mis servicios.

—Si las autoridades británicas están de acuerdo —dije—, para mí sería un placer. Tengo un saldo de 800 libras, mi general —agregué—. ¿Debo devolverlas al Tesoro?

—Por favor, no haga tal cosa —replicó—. Sería inconveniente devolver dinero ahora. Le ruego que acepte la mitad y deje la otra para la comisión del Paraguay.

Había olvidado las preocupaciones de dinero al comienzo de la expedición al Beni, y el gobierno expresaba su satisfacción por el rápido término de la labor. Los ministros y otros funcionarios responsables de La Paz me trataban con la mayor

cortesía. Cuando necesitaba dinero, el gobierno me daba una nota para la tesorería; ésta me extendía un cheque y el banco me lo pagaba, todo en una hora. Hice lo posible para corresponder a su atento proceder, evitando todas las dificultades fronterizas en cuanto estuve en mi nueva designación. Cuando pienso en los meses que había que insistir ante una oficina de pago inglesa para cobrar unos pocos chelines, o por un miserable viático de viaje, me acuerdo de Bolivia. A mis compatriotas les gusta referirse a Latinoamérica como “el país del mañana”, pero con las demoras de los funcionarios públicos en las oficinas del gobierno británico, la frase favorita para este caso debería ser “la próxima semana”.

Ante mí estaba la gloriosa perspectiva del hogar. Por ahora me había saciado de las selvas y mi mente estaba llena del futuro viaje a la costa; del descansado crucero por mar y del panorama de Inglaterra con sus alegres arbolitos, limpios campos y ciudades de cuentos de hadas; de mi esposa; de Jack, de cuatro años de edad, y de Brian, el recién nacido. Deseaba olvidar las atrocidades; dejar atrás la esclavitud, el asesinato y las horribles enfermedades y mirar otra vez a las ancianas damas respetables, cuyas ideas del vicio terminaban en las indiscreciones de tal o cual mucama. Quería escuchar la charla diaria del cura de la aldea; discutir con los campesinos sobre las variaciones del tiempo; coger el diario en mi bandeja de desayuno. Deseaba, en suma, ser solamente “vulgar”. Cavar en el jardín, arropar a los niños después de contarles un cuento en sus camas, arrellanarme junto al fuego con mi esposa al lado, ocupada en sus labores. Esas eran las cosas que yo ansiaba. Sería agradable regresar y llevar a cabo otra fijación de límites, pero si mi propio gobierno rehusaba conceder una extensión de mis servicios, bien, no lo pasaría tan mal, después de todo, en Inglaterra.

Celebré la Navidad en mi patria. El discreto invierno inglés pasó rápida y moderadamente como si nunca hubiese existido Sudamérica. Sin embargo, en lo más profundo de mí ser llamaba una voz tenue. Al comienzo, casi inaudible, persistió hasta que ya no pude ignorarla. Era la voz de los lugares selváticos, y comprendí que formaba parte de mi ser, para siempre.

Estaba en el jardín en Dawlish Warren, en una tibia tarde de enero, casi veraniega, si no fuese por los árboles desnudos y los negros setos. Más allá de las dunas arenosas, el mar incesante murmuraba soñolientamente. Era el único ruido, exceptuando el estruendo ocasional de algún tren que pasaba. Entonces escuché otro sonido. Alguien tocaba un gramófono en una casa vecina y había abierto la ventana para gozar del aire tibio. El disco que tocaba era Estudiantina.

Me transporté a las selvas del Acre. Ante mí estaba el perezoso río dorado por el resplandor del atardecer. Las amenazantes murallas verde-oscuras de las selvas se levantaban para aprisionarme, y yo sabía que seiscientas millas de cruel lejanía

distaban entre mí y la civilización. Estaba allí donde la única ley reconocida era el látigo y el arma de fuego, y la única salvación, el olvido que da la embriaguez. Una angustia nostálgica me hirió. En forma inexplicable y sorprendente, me di cuenta de que amaba ese infierno; me había capturado su atracción diabólica y deseaba volver a verlo.

El 6 de marzo de 1908 me embarqué en el “Avon”, en Southampton, vía Buenos Aires, y me junté a bordo con Mr. Fisher, mi nuevo ayudante. Mi esposa y Jack fueron a despedirme, y, cuando sonó la campana de a bordo, una parte de mi ser se fue con ellos por el puente hasta el muelle. Fue amarga la agonía de otra despedida; pero algo me empujaba, me impulsaba persistente e irresistiblemente hacia el lejano oeste.



CAPÍTULO X

INFIERNO EMPONZOÑADO

POR LO MENOS UNA VEZ EN LA vida de todo hombre, la muerte lo mira directamente en sus ojos y sigue su camino. En el viaje por las selvas nunca está muy lejana. Se muestra en varios aspectos; la mayoría de ellos, terribles, pero algunos aparentemente tan inofensivos, que apenas se les presta atención, aunque no sean menos mortíferos por eso. Una y otra vez, el encadenamiento de los hechos conduce al límite mismo del desastre y allí se detiene. El vuelo de una flecha, una pulgada de espacio, un segundo de tiempo; de tan insignificantes detalles depende el destino. Puedo recordar muchas escapadas milagrosas en los viajes del Beni, del Acre y del Abuna. En cada ocasión pudo haber sido la muerte, horrible por lo repentina, violenta y, para nuestra manera de pensar, despiadada. Pero la muerte súbita, pese a su momento de terror y agonía, sobreviene pronto, y si mirásemos esto de manera razonable, se la podría considerar piadosa. En realidad, así es si la comparamos con la muerte lenta, por inanición. Por eso considero que la Parca nunca estuvo tan cerca de mí como en 1908, cuando nos vimos atrapados en el infierno emponzoñado de Río Verde, en Bolivia oriental.

La primera vez que vi Buenos Aires, la gran capital argentina, el París de Sudamérica, no me impresionó mucho, pese a sus magníficas tiendas y avenidas. Existía un aura de vicio circundando este lugar. Trasudaba riqueza, pero la arquitectura era rimbombante, falta de gusto. Las ruidosas calles eran limpias, pero estrechas y malamente planeadas, a excepción de las arterias principales, congestionadas con el tránsito de caballos. No favorecía tampoco a Buenos Aires el hecho de estar situada frente al estuario del Plata, ni los campos de sus alrededores, tan poco interesantes, a causa de su superficie plana. Las mujeres vestían bien, siguiendo estrictamente la moda francesa, y en ningún otro país de Sudamérica he visto tan gran número de bellezas femeninas. Me dejó frío el alabado Jockey Club, y me pareció una lástima que se hubiese gastado tanto dinero en decoraciones, con un resultado tan chillón. La calidad del alimento era mediocre, pese al subido costo de la vida.

Posiblemente, mis impresiones hubiesen sido más favorables si el equipaje hubiese sufrido menos al ser descargado del buque. Todo fue tirado desde lejos, para caer con estrépito sobre el muelle de piedra. Las cajas con instrumentos delicados aterrizaron con un impacto enfermante, a pesar de mis súplicas de que tuviesen cuidado. El equipaje de todos los pasajeros sufrió la misma suerte. Elegantes cajas de sombreros quedaron achatadas debajo de cajones de acero; grandes baúles rompieron sus cerrojos y arrojaron ropas femeninas, que inmediatamente fueron probadas y exhibidas con grandes carcajadas por los estibadores y corteros. Vi a una dama que lloraba ante la ruina de su guardarropa.

Cuando se hubo solucionado la confusión de cajas y piezas dispersas y fueron llevadas al Resguardo, sólo fue necesario sacarse el sombrero y decirles unas palabras amables a los funcionarios de la Aduana para obtener el equipaje, sobre el que hicieron un signo místico, con tiza indeleble. Bandoleros italianos se precipitaron entonces sobre ellas, las sacaron, y, finalmente, las llevaron a un hotel, cuya tarifa mínima era lo suficientemente alta como para hacer peligrar el sueldo de un embajador.

¿Por qué será que el Almirantazgo británico envía los barcos más insignificantes en sus visitas de buena voluntad a las repúblicas de la América Latina? Sólo provocan diversión. ES difícil establecer una impresión de superioridad naval, cuando el buque visitante es empequeñecido por las unidades de la Armada Nacional, o cuando, uno o dos meses después, viene una escuadra de los principales buques de los EE. UU., un crucero italiano de primer orden o un acorazado alemán. Cuando llegamos a Buenos Aires estaba en el puerto el buque inglés "Dwarf", pequeño cañonero sin importancia. Los poderes que dirigen estas materias parecen no comprender el hecho de que nuestro prestigio nacional en estos países depende íntegramente del modo como los impresionamos, y que la presencia de barcos de guerra tan insignificantes hace más daño que bien. Los desconcertados residentes británicos tienen que efectuar, a menudo, una

pesada labor para borrar estos malos efectos¹³. Se oían muchas bromas a costa del “Dwarf”, y también bastantes referencias a las Islas Falkland — o Malvinas, como las llaman—, la demanda favorita de Argentina contra el “imperialismo británico”.

Esta vez habíamos traído un juego completo de instrumentos, gran cantidad de provisiones, accesorios de muchas clases y champaña para los festejos. También tenía 1.000 libras en oro, como primera cuota por mi trabajo, según las estipulaciones de la comisión del gobierno. Después de dos semanas de comidas sibaritas en Buenos Aires, me embarqué en un vapor fluvial para Asunción, capital de Paraguay.

La línea Mihanovich tenía un buen servicio, rara vez sobrecargado de pasajeros. Sus barcos hacían el crucero completo de ida y vuelta hasta Asunción, día y noche, con mal o buen tiempo, y no se permitía que nada alterara el itinerario, ni siquiera una revolución. Cuando los barcos estaban en camino, sus pilotos jamás dormían. Conocían los canales por instinto, pues no existían indicaciones visibles, y podían explicarle a uno la naturaleza exacta del lecho del río dondequiera que estuviesen, sin confundirse jamás por los eternos cambios de los bancos de arena. Muy raras veces encallaban sus embarcaciones. Al llegar a puerto, los pilotos dormían cuarenta y ocho horas consecutivas y aún más, pues la práctica los había hecho capaces de almacenar el sueño. Su paga fluctuaba entre 30 ó 40 libras mensuales, lo que no es mucho, si se considera la clase de trabajo. En Rosario, el río Paraná se extiende hasta formar una extensa cuenca y en el puerto había sesenta vapores y numerosas embarcaciones. Esta ciudad, de 150.000 habitantes, tiene un enorme movimiento, activas industrias y está rodeada por terrenos ricamente cultivados. Las villas de los adinerados, situadas en los alrededores de la ciudad, son prueba evidente de las fortunas que allí pueden hacerse.

Cuatro días después estábamos en Asunción, ciudad de revoluciones crónicas. Las paredes parecían picadas de viruela, a consecuencias de las balas; las balas de un cañón de campaña de antiguo modelo habían echado abajo la esquina de un edificio, en la calle principal, y el dueño, evidentemente, encontró que no valía la pena repararlo. Era una ciudad de indios y de mestizos que hablaban guaraní, la lengua de los “guerreros”.

¹³ La epopeya del “*Ajax*” y del “*Exeter*” en la acción de Río de la Plata disipó las infortunadas impresiones, anteriores a la segunda guerra mundial, de la aparente superioridad de los barcos de guerra alemanes e italianos. Es de esperar que Gran Bretaña no vuelva jamás a incurrir en el error mencionado más arriba.

Tenían razón para llamarse a sí mismos guerreros, pues lo probaron en la guerra contra Brasil, que diezmo la población masculina del Paraguay. Quizá esto explica el hecho de que las mujeres de Asunción sean más audaces que en otros lugares.

Están aún muy vivos los recuerdos de la guerra con Brasil y existe un odio profundamente asentado bajo la superficie, sentimiento semejante al que experimenta Perú hacia Chile¹⁴. Los soldados mulatos de Brasil y los guaraníes de Paraguay eran igualmente capaces de efectuar atrocidades, cuando se relajaba la disciplina. Un juego muy popular era “alimentar los pececitos”. Se ataba a un prisionero de guerra hasta la altura de la cintura a un poste en el río, haciéndole previamente un pequeño corte en el estómago. Las pirañas, que pululan en el Paraguay y en sus tributarios, se encargaban del resto.

En Asunción nos acercamos una vez más a la Sudamérica inexplorada, pues el Chaco no es en absoluto completamente conocido, ni tampoco todos sus indios han tenido contacto con la civilización. Los indios han capturado una aldea de origen jesuita, con iglesia y todo, de la que excluyen rigurosamente a todos los hombres civilizados. La exploración debe ser poco atractiva, en regiones tan “secas y planas, e imagino que no debe ser fácil, a causa de las sequías en invierno y de las inundaciones en el verano.

Los indios del Chaco conservan aún tradiciones de hombres blancos con armaduras, cuyos pechos sus flechas no podían penetrar; la cruz es usada como símbolo desde tiempos inmemoriales, y no es la cristiana, sino la cruz budista (según me dijo el ministro del Japón en Asunción). En Paraguay existe la tradición de que descenden de una gran raza, que una vez colonizó el país; pero esta creencia no es sólo peculiar de ellos, sino que se encuentra entre todas las tribus de origen tupí.

Un vapor de ruedas de paletas, sucio y atiborrado de gente, llamado “Fortuna”, nos llevó corriente arriba por el río Paraguay, a través de una región que casi hasta los pies de la meseta del Matto Grosso parece plana y sin interés, vista desde el barco. De vez en cuando los indios del Chaco, lenguas y chamacocos, habían salido de sus guaridas para ver el mundo y trabajar. Parecían inofensivos, pero a veces podían resultar dificultosos en sus propios territorios.

¹⁴ Esto ya se ha entunado y está creciendo vigorosamente en Sudamérica el espíritu de cooperación internacional.

En el río Paraguay hay un tiburón de agua dulce, enorme, pero sin dientes, del que se dice que ataca a los hombres y los traga, si tiene una oportunidad. Se habla aquí de otro monstruo fluvial —pez o castor— que puede, en una sola noche, destruir una sección enorme de, banco de río. Los indios cuentan que han hallado rastros de un animal gigantesco en los pantanos que orillas el río, pero jamás lo han visto. El tiburón existe, sin lugar a dudas, y en cuanto a los otros monstruos, ¿por qué dudar, si quedan aún tantas cosas extrañas por descubrir en este continente misterioso? ¿Por qué, si viven insectos, reptiles y pequeños mamíferos todavía no clasificados, no podría existir una raza de monstruos gigantes, remanentes de especies extinguidas, que viviesen en la seguridad de las vastas áreas pantanosas, aún no exploradas? En el Madidi, Bolivia, se han descubierto grandes huellas, y los indios nos hablan de una criatura enorme, descubierta a veces semisumergida en los pantanos.

Mr. Cecil Gosling, que era cónsul británico en Asunción en 1908, y primer ministro en La Paz, después del restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Bolivia, me mostró un extraño insecto de un color gris verdoso, semejante a la langosta en su apariencia. La parte inferior de sus alas recordaba el colorido del pavo real; su cabeza y tórax eran la reproducción exacta de los del cocodrilo. ¡El espantoso aspecto del insecto debe haber servido, seguramente, para espantar a los posibles agresores!

Me contaron que existe una caverna, cerca de Villa Real, en el alto Paraná, donde pueden verse curiosos dibujos e inscripciones en idioma desconocido. Todo esto fue la iniciación de una cadena de pensamientos, formando un conjunto de significado creciente, agregado a restos de informaciones e historias de antiguas tradiciones, recogidas de los indios, de colectores de caucho y de hombres blancos vagabundos. Podría ser, reflexionaba yo, que además de los incas hubiese otras antiguas civilizaciones en este continente, que los incas mismos provinieran de una gran raza, más ampliamente esparcida, cuyos vestigios, no conocidos actualmente, pudieran ser encontrados en una parte u otra. ¿Qué pensar de Tiahuanaco, Ollantaytambo y Sacsahuamán? Estos sitios no fueron de construcción incaica. Según los expertos, ya existían, cuando los incas conquistaron el Perú. ¿Sería posible que en el desconocido corazón de Sudamérica viviesen aún descendientes de las viejas razas? ¿Por qué no?

Ya se había sembrado la semilla. La fertilizó el subconsciente con una leyenda aquí y una historia allá, hasta que se arraigó firmemente, sin que yo lo supiera. Estaba totalmente ocupado con las exigencias del trabajo de fronteras, y éste aún no estaba completamente terminado, cuando descubrí que la simiente de la curiosidad arqueológica había crecido en mí y comenzaba a florecer.

En la frontera brasileño-paraguaya crece una planta conocida con el nombre guaraní de Caah-he-he. Tiene cerca de 18 pulgadas de alto, con pequeñas hojas aromáticas, que son mucho más dulces que el azúcar común, y que valdría la pena investigar. Hay también otra pequeña planta llamada lbyea- hjuk ych, de hojas saladas. Se puede imaginar el servicio que prestan éstas a los moradores de esa región.

Un rasgo curioso del río Paraguay son las columnas de mosquitos perfectamente contorneadas. Una masa densa y remolineante de insectos, entre treinta y sesenta pies de altura, se levanta sobre cada ribera. A la caída del sol se desbandan estas columnas y durante una hora hacen desgraciada la vida de todos los que están en su vecindad. A esta hora los mosquitos se tornan insoportables; en el interior del país es lo mismo, pero durante la noche, aun cuando uno no se encuentra libre de sus atenciones, sus ataques son más moderados.

Islas de colinas emergiendo de los pantanos nos indicaron la proximidad de Corumbá, el puerto brasileño del río, que era nuestro punto de destino. Durante seis meses en el año la región entera es un inmenso lago, exceptuando los escasos lugares donde las riberas estén a una yarda o dos más altas que el nivel del agua. Mil quinientas millas más arriba del estuario del Plata, la superficie del río en la estación húmeda está a menos de cuatrocientos pies sobre el nivel del mar. ¡Esto dará una idea de lo plano que es este país!

La comisión brasileña de límites nos recibió a bordo con gran ceremonia. Estaba con ellos el comandante de la guarnición, y se sirvió champaña en el salón del barco. La ciudad tenía cerca de mil doscientos soldados y un pequeño arsenal naval. Algunos oficiales de marina asistieron a la fiesta, todos gentes sumamente agradable; en realidad, la flor y nata del Brasil. La ciudad misma era atractiva; había buenos hoteles, tiendas y calles pavimentadas. Una característica del lugar era su intensa vida social. Lamentamos muy pronto nuestra carencia de ropas presentables, porque con nuestro equipo de trabajo, que era todo lo que teníamos, nos sentimos totalmente fuera de lugar. La culpa la tuvo nuestro secretario boliviano, pues con celo patriótico nos había descrito la ciudad como un retrógrado poblado fronterizo. Yo esperaba algo así como Rurenabaque o Riberalta, pero, en cambio, me encontraba con una ciudad tan bien desarrollada y con gente correctamente vestida. El terreno bajo y pantanoso en que está situado Corumbá es un paraíso para los reptiles. Son comunes las anacondas. Las grandes por fortuna, escasas llegaban hasta cazar ganado y aún, durante la noche, posesionarse de hombres en las canoas. La longitud habitual de estas serpientes era de quince a treinta pies, pero las

realmente grandes doblan esta longitud y aún la superan. Sus horripilantes aullidos podían oírse por la noche, que es la hora en que acostumbran alimentarse. Los brasileños sostienen que aquí, incluso las serpientes venenosas, imitan el canto de los pájaros y el grito de pequeños animales para atraer a su presa. La gente del distrito, por lo general, lleva consigo un pequeño saquito de bicloruro de mercurio, en la creencia que mantiene a distancia a los reptiles, y cada aldea tiene una provisión de suero de serpiente e inyecciones listas para ser usadas instantáneamente.

De nuevo oí hablar de los indios blancos.

—Conozco un hombre acá, que se encontró con uno — me dijo el cónsul británica. Son muy salvajes y tienen la reputación de que salen sólo de noche. Por esta razón les dan el nombre de “murciélagos”.

¿Dónde viven? pregunté.

Oh, en alguna parte más arriba de la región de los Martirios, minas de oro perdidas al norte o al noroeste de Diamantino. Nadie sabe exactamente dónde habitan. Matto Grosso es casi totalmente desconocido aún. Las extensiones montañosas del norte todavía están inexploradas, aunque sólo Dios sabe cuántas expediciones se han perdido allí. Es un país malo de veras. Preste atención a mis palabras: nunca podrá ser explorado a pie, por grande y bien equipada que sea la expedición. Posiblemente, en cien años más, los aeroplanos podrán hacerlo, ¿quién puede predecirlo?

Sus palabras tuvieron tal significado para mí, que jamás las olvidé.

No es necesario describir una agrimensura de frontera. Una es semejante a la otra, y lo que las hace interesantes son los sucesos ocasionales, no la rutina tediosa del trabajo mismo. Mi predecesor no era experto, y cuando la comisión lo contrató el año anterior, fue incapaz de llevar a calvo la labor, pese a su gran charla sobre lo que había efectuado en África. Los brasileños eran compañeros agradables, pero no estaban ansiosos de facilitar la tarea; en realidad, miraban con marcado disgusto toda clase de actividad. Yo debía completar mi trabajo y me propuse hacerlo evitando toda demora.

Bolivia tenía una línea de costa y un faro de navegación en el límite fronterizo del lago Cáceres. Ni los soldados ni los peones querían acampar cerca de este monumento, por temor a un fantasma que los molestaba todas las noches, vagabundeando cerca del campamento y sembrando la alarma. Fuimos incapaces de encontrar una explicación para estas apariciones, pero la evidencia resultaba en verdad abrumadora.

Puerto Suárez, la aldea boliviana más cercana, con su población siempre ebria, era un conjunto miserable de cabañas de techo de palmera, a siete millas de Corumbá, en el extremo occidental del lago Cáceres. Durante seis meses del año estaba aislada a consecuencia de las inundaciones y debía su existencia al tráfico de contrabando nocturno con la ciudad. Los bolivianos se resentían por las comparaciones entre su pobreza y la riqueza de Corumbá, rehusando reconocer las diferencias que había entre ambos lugares. Puerto Suárez estaba infestado de serpientes; las más malignas eran la cascabela y la *surucucu*. No puedo afirmar con certeza que estas variedades venenosas emitan cualquier clase de sonido, pues nunca los oí; pero todos aseguraban que así lo hacían, imitando con más o menos éxito los llamados de los pájaros para atraerlos, como ya he dicho anteriormente.

La cascabela se encuentra en grupos, generalmente, de media docena de serpientes. Su mordedura es mortal y la muerte se produce con hemorragias por nariz, oídos y ojos. La *surucucu* también es muy peligrosa, y se ha dicho que atrapa hombres. Una sola mordedura ocasiona una muerte rápida, pero el bicho no se contenta con esto, y continúa mordiendo hasta que expulsa todo su veneno.

A comienzos de julio habíamos terminado con el trabajo que se podía efectuar en las proximidades de Corumbá, y sólo faltaba rectificar la frontera norte del río Guaporé. Una comisión, en 1873, había tomado erróneamente como fuente del río Verde a una corriente totalmente distinta. La frontera acordada seguía el curso del río Verde, pero —aquí estaba el pero nadie había ascendido este río, y su curso, según se mostraba en los mapas, era puro trabajo adivinatorio. Se había propuesto cambiar este límite por otro que resultaba perjudicial a Bolivia, y siendo como yo era esencialmente un explorador —atraído por cualquier clase de peligro—, decidí esclarecer las molestas dudas sobre el curso del río. ¡Decisión fatal! Si hubiese sabido lo que iba a ocurrirme, probablemente el Verde estaría inexplorado aún.

— ¿Qué le parece? —Dije a Fisher—. ¿Está listo para partir?

—Oh, iré. Resulta extraño en esta clase de trabajos sentar un precedente tan peligroso, (no es cierto? Seguramente los contratos no estipulan estas empresas.

—Si no se ejecuta, la frontera será siempre en este sitio un motivo de disputa. Estoy de acuerdo en que, según los términos del contrato, no hay obligación de explorar el río; pero tengo el natural deseo de completar mi trabajo lo mejor que se pueda, y también cuenta la satisfacción personal de ser el primero en penetrar en un sitio donde los otros no se han atrevido a hacerlo.

Se hicieron los preparativos necesarios. Se nos unió un residente escocés del lado boliviano, llamado Urquhart, y con Seis peones partimos río arriba, en la lancha de la comisión. Los brasileños estaban encantados. Si se trazaba definitivamente el curso del río, se abolirían las dificultades y aun quizás acaloradas discusiones sobre una nueva línea fronteriza.

A ciento ochenta millas río arriba estaba el rancho ganadero de Descalvados, donde arrendamos carretas para que llevaran nuestras provisiones por tierra, hasta la aldea boliviana de San Matías, en la que esperábamos obtener animales para continuar el viaje. La travesía no tuvo contingencias, a excepción de la alarma producida por una pantera negra, en un sitio llamado Bahía de Piedra. El temor a esta bestia había despoblado la región a varias millas a la redonda, pues su ferocidad y su enorme fuerza la hacían más temida aún que el jaguar. Incluso el valor de su piel — veinte veces superior al del jaguar— no lograba tentar a los cazadores locales.

La compra de animales se facilitó grandemente, porque el prefecto de Santa Cruz, siguiendo instrucciones de la presidencia, ordenó a las autoridades de San Matías que ayudaran a la comisión en todo sentido. El corregidor era un hombre capaz y enérgico, secundado por un teniente y doce soldados.

¡Pero qué sitio era San Matías! La población, en su mayor parte india, subsistía con alcohol y ganado robado en las tierras de Descalvados, y entre ellos y los gauchos de Descalvados existía, por esta razón, un perenne estado de guerra. Un belga loco, empleado en Descalvados, acostumbraba matar a tiros a los indios desde su galería, por darse el gusto de mirar sus contorsiones. El administrador belga según decían— maltrataba tanto a los indios, que éstos huyeron hacia Bolivia. Ciertamente, había mucho derramamiento de sangre, y todos aquí se vanagloriaban de haber dado muerte a alguien. Una celebridad local se distinguió por asesinar con un hacha a dos hombres dormidos.

Todos los habitantes masculinos llevaban un revólver al cinto y un cuchillo escondido en alguna parte de su persona; pero se portaron amables y hospitalarios con nosotros, aunque generalmente estaban borrachos. Aparte de su población de bandidos, la principal característica, de San Matías eran las cavernas de piedra caliza de Cerro Boturema. Se han contado toda clase de historias increíbles relacionadas con ellas, la mayoría contantes fantasmales, pues la superstición es más marcada en las regiones donde no se respeta la vida humana. Había algunas lagunas de agua insípida dentro de las cavernas, que a veces estaban llenas de peces, y otras no se encontraba ninguno, aunque no existía una salida visible.

La plaza llena de malezas de la aldea estaba cubierta de botellas viejas, latas vacías y plátanos podridos. Indios displicentes, llenos de abatimiento, estaban en cuclillas a la sombra de una iglesia de adobe, cuya torre inclinada estaba separada cerca de diez yardas del resto del edificio. Blancos bolivianos, que aparentemente no tenían nada que hacer, descansaban en sillas decrépidas, colocadas mitad adentro y mitad afuera de sus casas, bajo la sombra de los umbrales. Del “cuartel” —una cabaña donde se alojaban los doce soldados— llegaban toques de corneta sin significado alguno, como para mantener un simulacro de eficiencia militar, que no engañaba a nadie. Por lo que pude observar, no se ejecutaba aquí ninguna clase de trabajo. El lugar era tan deprimente que me sentí dispuesto a perdonar el enorme consumo de alcohol. Nuestro deseo más vehemente era abandonar este sitio lo más pronto posible.

Los alrededores parecían abrasados, con excepción de las pampas de pasto, donde se podía obtener un excelente pastoreo. La inseguridad de la vida y la costumbre local de robarse el ganado impedían su desarrollo. Más lejos, hacia el norte y noroeste, estaba la Serra do Aguapé, donde, según la tradición, se había establecido una colonia de esclavos negros fugitivos, conocidos con el nombre de Quilombo. Posiblemente aún existe, pues nadie se aventura por las colinas para encontrarla. Había dos pequeñas estancias, Asunción y San José, cerca de la frontera boliviana, y en la primera existía una colina bastante elevada, desde la que podían verse los abruptos precipicios del “Mundo Perdido”, las colinas de Ricardo Franco, al frente de la vieja ciudad -Matto Grosso, a setenta millas de distancia. Eran comunes el venado y el avestruz, y los pan-taños estaban llenos de patos. Un día o dos más hacia el norte podían verse los rastros de indios salvajes. En la época del imperio, toda esta región formaba un solo gran rancho ganadero, perteneciente al barón Bastos, pero estaba abandonada hacía ya mucho tiempo.

Llegamos a Casal Vasco, en un tiempo residencia del barón, después de cruzar el río Barbados, una extensión de agua de setenta yardas de ancho, que afortunadamente se encontraba ahora en su nivel más bajo y apenas tenía seis pies de profundidad. Por sus ruinas se podía juzgar fácilmente la magnificencia que tuvo antes este lugar; una fortaleza feudal, en la que se veían las armazones de varias casas grandes, de cuyos techos estropeados salían miles de murciélagos a la hora del crepúsculo. Era horripilante, amedrentador, ver a esos maléficos seres destacarse contra un cielo dorado, antes de dispersarse en la obscuridad. Algunos de los enormes murciélagos o zorros voladores eran tan grandes que semejabán pterodáctilos. Media docena de familias negras vivían en cabañas cercanas, en constante terror de los salvajes.

En Casal Vasco acampamos solamente una noche y después continuamos en una liviana marcha diaria, de veintidós millas por los campos, hasta Puerto Bastos. Era la primavera en el hemisferio sur, y, exceptuando el verde perenne de las

palmeras, las zonas e islas de bosques diseminadas en los planos eran una masa de hermoso color. Nunca había visto tal magnificencia de flores, tal belleza en los vividos amarillos, rojos y púrpuras. Mariposas brillantes, más vistosas que cualquiera flor, aumentaban esta maravilla. Ningún pintor podría haberles hecho justicia. ¡Ninguna imaginación sería capaz de inventar una visión igual a la realidad!

Las carretas y los animales regresaron a San Matías desde Puerto Bastos, y en una pequeña *montería* bajamos por el río Barbados, hasta Villa Bella de Matto Grosso. Esta ciudad, abandonada hace ya tiempo, ahora sólo un conjunto de casas e iglesias antiguas pero firmes, queda en la ribera este del Guaporé, y apenas se recuerda hoy día que fué una vez capital del Matto Grosso. Algunos negros habitaban casas semi en ruinas, en las calles silenciosas, manteniéndose aparentemente con casi nada. Durante el día trabajaban en pequeñas y pobres plantaciones de caña y mandioca; por la noche se atrincheraban en sus moradas, por temor de los indios que merodeaban por las calles. En las vecindades se habían explotado ricos yacimientos de oro, que ahora estaban agotados. Una enfermedad horrible, conocida como *corup'qao*, había arrasado la ciudad, haciendo tantas víctimas, que los sobrevivientes huyeron poseídos del terror. En una de las iglesias ruinosas existía una maravillosa colección de plata antigua, guardada en dos enormes cofres de madera: candelabros, modelos de carabelas y galeones, cajas, figurillas y chucherías de toda clase.

Hay algo inefablemente triste en una ciudad fantasma. La imaginación se representa la vida cotidiana de esa gente desaparecida, sus penas y alegrías, sus aspiraciones y pasatiempos. Cuando los seres humanos abandonan su residencia, dejan inevitablemente en pos de sí algunos jirones de su propia personalidad, y una ciudad desierta tiene una melancolía tan poderosa, que impresiona incluso al menos sensitivo de los visitantes. Antiguas ciudades en ruinas han perdido mucho de esto, y no impresionan de la misma manera. Son los lugares abandonados en un pasado reciente los que oprimen más el corazón. La Ciudad de Matto Grosso es un ejemplo notable. Me recordó Cobija, en un tiempo próspero puerto marino boliviano, entre Tocopilla y Antofagasta, situado en la región que ahora forma el norte de Chile. La salida de Bolivia al mar fué perdida en la guerra de 1879, y la activa ciudad de Cobija está completamente muerta, devastada por terribles terremotos y despedazada por las mareas. La misma melancolía se cierne sobre las ciudades fantasmas californianas de los días de la Bonanza, emoción expresada a la perfección por Debussy en su estudio para piano “La Cathédrale Engloutie”.

Entre los despojos de una iglesia encontré lo que fué una vez silla ceremonial de un obispo, algo enorme con un dosel encima. No estaba completa, pero, a

excepción del asiento, los trozos parecían completos, de manera que los recogí, los enrollé en una lona, y con el tiempo me los llevé a Inglaterra. Me pareció que esa silla sería un presente único para mi esposa, y no encontré censurable llevármela, ya que las partes de que se componía se estaban pudriendo entre los fragmentos de piedra y ladrillo del piso de la iglesia. Se encargó su restauración a un mueblista de Dawlish, y antes que se comenzara el trabajo, yo vigilé para que se desempaquetaran sus piezas y se desinfectaran cuidadosamente, de manera que no pudiese quedar ningún resto de infección de la plaga que asoló a Villa Bella.

No se economizaron gastos en la restauración. El asiento y el respaldo se reemplazaron por cuero marroquí de un hermoso color miel, y cuando estuvo refaccionada resultó un objeto realmente magnífico. Por un tiempo tuve el placer de ver a mi esposa sentada en la gran silla de los obispos de Matto Grosso, en la cabecera de la mesa del comedor; pero coincidiendo con su instalación, ella comenzó a sufrir de misteriosas enfermedades. Un día dijo:

—Creo que estoy cometiendo un sacrilegio. ¡Yo, una protestante, sentada en la silla sagrada de un prelado católico romano!

A veces soy tan supersticioso como un indio, porque he presenciado muchos hechos extraños. Tan pronto como tuve la sospecha de que se anunciaba una desgracia, comprendí que la silla debía salir de mi hogar. Hice un rótulo, lo dirigí al Brompton Oratory, South Kensington, Londres, y despaché la silla sin ninguna carta de explicación. ¡Que tejan su propia historia sobre ella!

La llegada de la silla resultó, por supuesto, un misterio indescifrable para el Oratorio, hasta que fué mi esposa y contó la historia. Allí debe estar hasta el presente, y espero que su regreso a la fe, a la cual pertenecía, sólo haya sido para mejor*

La ciudad Matto Grosso, cosa sorprendente, era el terminal de una línea telegráfica estratégica- a Cuyaba, instalada por el gobierno. Por medio de ella despaché un cable a Inglaterra, recibiendo respuesta dentro de las veinticuatro horas, aunque el costo fué enorme. No resultó fácil, porque el telegrafista nunca había oído hablar de Inglaterra y tuvo que ponerse en contacto con las oficinas principales por medio del telegrafón, para saber dónde estaba. ¡Aún más, un forastero con un mensaje que enviar era algo insólito en este lugar tan solitario!

La desembocadura del río Verde estaba río abajo, a un grado de latitud al norte, y cuando llegamos a ella tuvimos que colocar guardias nocturnos. Había posibilidad de encontrarse con salvajes que tenían reputación de malos, en cualquiera de las riberas, en tanto que el Guaporé era conocido como un río peligroso por sus anacondas. El ancho del río era de más de cien yardas; corría lentamente a causa de su amplitud y por estar bloqueado con gruesos juncos. Estos, conocidos con

el nombre de *camelote*, entorpecían considerablemente nuestro avance, y a veces hacían difícil apreciar el curso del río, pues grandes extensiones de ellos se adentraban en la selva por ambos lados.

En las partes de aguas despejadas caracoleaban los *bufeos* en torno del bote. Las nutrias nos ladraban aguadamente, con la cabeza y lomo fuera del agua, y les respondían nuestros perros con frenéticos ladridos cazadores. Dos veces vi indios en las riberas, pero instantáneamente desaparecían entre la manigua, dejándonos en la duda de si su presencia era mera ilusión. De noche, los monos nocturnos, con sus ojos como platillos, lanzaban su desafío, bombardeando nuestras hamacas con ramitas y privándonos del sueño que tanto necesitábamos. Frecuentemente veíamos un ave extraña, muy escasa, según supe después, semejante a una enorme mariposa-pavo real cuando extendía sus alas en el vuelo. Nunca supe su nombre.

Aunque no se hubiese conocido su latitud, no habríamos tenido dificultad para reconocer la desembocadura del río Verde, porque aún existía en la selva un viejo poste fronterizo que databa de 1873. Aquí estábamos en región nueva, con un río de aguas cristalinas. Enormes tortugas se asoleaban en los bancos arenosos; abundaban los peces, y en el río pululaban las rayas, fáciles de arponear y buenas para comer.

Impelimos el bote con las pértigas corriente arriba, tanto como pudimos, pero pronto llegamos a las colinas donde comenzaban los rápidos y tuvimos que convencernos de que los botes no podían seguir más adelante.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Urquhart—. No me diga que tendremos que seguir a pie.

—No hay manera de evitarlo —repliqué—. Debemos abandonar todo lo que no podemos llevar sobre nuestros hombros y seguir por tierra el curso del río. Va a ser difícil, pero tenemos que hacerlo.

—¿Y qué me dice del alimento? No podremos llevar lo suficiente para subsistir —dijo Fisher.

—Tenemos que confiar en lo que encontremos. Poco podremos transportar nosotros, a causa de los instrumentos, que no podemos dejar atrás.

Acercándonos a la orilla, desembarcamos y sumergimos la embarcación en un charco para no atraer la atención de los indios. Todas las provisiones excedentes y los instrumentos que podíamos dejar fueron colocados en dos cajas de metal y enterrados bajo el nivel de las aguas altas. A causa de su peso, dejamos 60 libras en oro en una de las cajas. Posiblemente así se originan muchos cuentos de tesoros enterrados. En todo caso, la noticia de mi “entierro” corrió por todo el Guaporé, aumentando la suma en cada relato. Las historias me persiguieron durante años, y, la última vez que supe del “Tesoro del Verde”, ascendía ya a 60.000 libras. A este

paso, llegará el día en que atraerá aventureros buscadores de tesoros del exterior, posiblemente aún de EE. UU. o de Inglaterra, y la estéril búsqueda de mis sesenta soberanos de oro terminará con los recursos de un sindicato. Por supuesto, las brillantes versiones no hacen mención del hecho de que nosotros recuperamos posteriormente el equipo enterrado. ¡Que el futuro cazador de tesoros reflexione sobre la moraleja de esta historia!

Nos engañó la abundancia de pesca y caza en la desembocadura del río. Con mesura, nuestras escasas provisiones habrían durado tres semanas, pero los peones son voraces y consumieron su ración en pocos días. El segundo día de caminata nos hizo llegar a una maleza muy tupida, donde nos vimos obligados a cortar cada pulgada de camino. Pequeñas abejas, de un quinto del tamaño de la mosca común, llenaban nuestros ojos, narices y oídos y penetraban por dentro de nuestra ropa, hasta que no quedaba una pulgada del cuerpo libre de ellas. De vez en cuando nuestros hachazos molestaban a un nido de avispas, o bien, las agresivas abejas rojas consideraban que estábamos demasiado cerca de sus reservas y nos atacaban, no con agujones, sino mordiendo nuestra piel y cabello.

Teníamos que seguir el río. Habría sido más fácil dejarlo y hacer un rodeo por el monte bajo, pero el río era el límite y era necesario hacer con absoluta exactitud un mapa de él, o se malograría el propósito de la expedición.

El agua del río tomó un sabor amargo y los peces lo abandonaron. Probablemente por la misma razón no había caza, pero en todo caso el ruido que producíamos abriéndonos camino con el hacha habría ahuyentado a todos los animales. No había rastros de indios, y ninguna razón para que los hubiese, de modo que suprimimos la guardia nocturna y confiamos en los perros para dar la alarma, en caso que de pronto apareciesen. Abundaban los árboles de caucho que los siringueros no habían tocado.

Partimos a pie el 15 de septiembre. Seis días después los peones habían terminado sus alimentos; nosotros repartimos nuestras propias provisiones, pero el 23 también éstas se habían acabado. Encontramos algunos palmitos y consumimos el “corazón” o tallos, pero constituían una comida insuficiente y hasta nos debilitaban. El 25 de septiembre vimos un pavo, ¡pero éste nos había visto antes a nosotros! El día 30 tuvimos la labor extenuante de abrirnos camino a hachazos, a través de una selva de *tacuara*, una especie de bambú, que extiende una confusión de ramas provistas de espinas terribles. Al día siguiente encontramos un nido de abejas, y, como estábamos en realidad muy hambrientos, lo cogimos. La miel había fermentado y sufrimos un agudo dolor de estómago. El 2 de octubre uno de los perros encontró un nido de ave con cuatro grandes huevos de color azul cielo. El perro recibió uno en recompensa, y los otros tres nos ayudaron muy poco, excepto para

hacernos más conscientes del hambre. Al día siguiente llegamos al nacimiento del río, encontrando allí unas pocas palmeras *chonta* con frutos del tamaño de bolitas de mármol y casi igual de duras.

—Bien, ya hemos llegado —dijo Fisher—. ¿Pero cómo regresaremos?

Ciertamente que no por el camino que vinimos, pensé.

—Buscaremos un sendero apropiado. Ahora no tenemos por qué seguir el río. Espero poder salir del otro lado de las colinas.

—Confío en Dios que podamos —murmuró Urquhart.

Fisher balbuceó algo como: “Lo más probable es que dejemos aquí nuestros huesos”.

Posiblemente eso iba a ocurrirnos, pero de todas maneras teníamos que luchar.

—Ya es bastante —dije—. Vamos a salir. Simulen estar alegres. Si los peones piensan que nos damos por vencidos, no tendrán valor para perseverar hasta el fin. ¡Si vamos a morir, moriremos caminando!

Ahora nos estábamos muriendo de hambre, realmente muriéndonos. La tendencia a tropezar y caer demostraba nuestra creciente debilidad, aun cuando todavía no teníamos dificultad en llevar nuestro equipaje, que pesaba ahora como treinta libras. Las voces de los otros y los sonidos de la selva parecían venir de una gran distancia y a través de un largo tubo, porque ya nos atacaba la sordera de la inanición. Nuestra situación parecía absolutamente desesperada. Se necesitaba un tremendo esfuerzo para practicar observaciones y hacer una triangulación conectando la fuente del río con Villa Bella, pues el trabajo debía realizarse o nuestros sufrimientos no tendrían ningún objeto. ¡Esto es siempre que lográsemos escapar de este infierno! Al recordar las selvas de abundante caza en el Guaporé, los peones se sentían inclinados a la revuelta, y ¿quién podría culparlos? Aun cuando lo hubiésemos deseado, era indiscutible que no podíamos regresar por el camino por donde habíamos venido, pues no sería posible hacer observaciones, y con toda seguridad seríamos detenidos por las lagunas.

Ante nosotros se levantaban las colinas Ricardo Franco, de cumbres lisas y misteriosas, y con sus flancos cortados por profundas quebradas. Ni el tiempo ni el pie del hombre habían desgastado esas cumbres. Estaban allí como un mundo perdido, pobladas de selvas hasta sus cimas, y la imaginación podía concebir allí los últimos vestigios de una era desaparecida hacía ya mucho tiempo. Aislados de la lucha y de las cambiantes condiciones, los monstruos de la aurora de la existencia humana aun podían habitar esas alturas invariables, aprisionados y protegidos por precipicios inaccesibles. Eso pensó Conan Doyle cuando más tarde, en Londres, yo le mencioné esas colinas y le mostré fotografías. Me habló de la idea para una novela en la América del Sur central y buscaba información, que yo le proporcioné

gustosamente. El fruto en 1912 fué su “Mundo Perdido”, que apareció como folletín en el “Strand Magazine”, y después en forma de libro, consiguiendo amplia popularidad.

En un esfuerzo por hallar una salida en esta dirección, nos adentramos en estas colinas, pero, para desesperación nuestra, descubrimos que esos profundos cañones, en las laderas de las montañas, resultaban imposibles de cruzar. Una y otra vez llegábamos hasta la orilla de un precipicio horripilante, regresando desanimados al punto de partida, siempre con fuerzas decrecientes. El problema vital era cuánto tiempo podríamos soportar esta lucha. A menos que obtuviésemos alimento pronto, estaríamos demasiado débiles para abrirnos camino por cualquiera ruta y seríamos otra expedición más de las muchas de las que no se ha vuelto a saber.

Eché de menos al capataz de los peones y sospeché que se había echado a morir, como lo hacen los indios cuando abandonan toda esperanza. Lo busqué, encontré sus huellas y por último lo descubrí en el monte, sentado, de espaldas contra un árbol, llorando como una muchacha con el corazón destrozado.

—Ven —le dije, tocando su hombro—. Levántate, hombre. ¿Qué te pasa?

—Déjame solo —gimió, retirando mi mano—. Déjame morir. Quiero morir. . . No puedo soportar más esto.

En estos casos no sirve la bondad, por más simpatía que uno sienta. Saqué mi cuchillo de caza y se lo pinché en las costillas hasta que gritó y saltó sobre sus pies.

—Oh no —le dije—. No te echarás a morir así. Si mueres, morirás caminando..., a no ser que prefieras el cuchillo.

Nada dijo, pero retuvo el último sollozo y se arrastró hasta el campamento, considerándome, sin duda, como un espíritu maligno.

Reuní el destacamento y les comuniqué mis intenciones.

—Nuestra única esperanza está en seguir la cuenca. Creo que nos sacará de aquí. No podemos escapar por las colinas ni por el camino por donde vinimos; de modo que ésa es nuestra sola posibilidad.

Hubo un murmullo de desaliento, pues significaba confiar nuestras vidas a una mera esperanza. Llamé a Fisher y a Urquhart.

—Será mejor que en la primera oportunidad les quiten las armas a los peones. Según su modo de pensar, es un error seguir la cuenca y pueden desertar. Pero sin armas no se atreverán a hacerlo, por miedo a los indios.

Ahora los indios no estaban lejos. De noche veíamos por aquí y por allá sus hogueras; pero jamás se mostró un salvaje. Era amargamente desalentador que nos evitasen tan obstinadamente, porque nosotros los habríamos recibido muy bien, con la esperanza de obtener algo de comer.

Otra vez en marcha, tropezamos con nuevas dificultades. El terreno estaba cubierto de pasto duro, resbaloso, arracimado, que crecía sobre guijarros sueltos. A cada paso resbalábamos y en nuestro estado de debilidad caíamos a menudo por el suelo. Casi haciendo un esfuerzo sobrehumano nos levantábamos, pues nuestro equipaje parecía hundirnos. ¡Cuán espléndido habría sido tendernos, yacer y descansar! Teníamos que empujar a los peones con amenazas y-golpes, y el esfuerzo de mantenerlos caminando estimulaba nuestras propias energías vacilantes.

Nunca había golpeado a esta gente con rabia y la aparente brutalidad de mi tratamiento estaba en contradicción con mis principios, pero era con el único objeto de obligarlos a luchar por sus vidas.

Las miradas voraces se posaban frecuentemente en los perros, aunque —como nosotros— sólo eran piel y huesos. Rechacé firmemente todas las sugerencias de matarlos y comerlos; para empezar, porque amo a los perros, y, además, porque nos podrían ayudar a encontrar alimento. De alguna manera se las arreglaban para mantenerse vivos cazando, pero no podíamos descubrir dónde encontraban caza. Aunque no parecían estar exhaustos, de pronto se echaron en el pasto, se pusieron a dormir y no despertaron más. No es posible imaginarse una muerte más apacible y hermosa. Los peones indios deseaban seguir su ejemplo, echarse y dormir, hasta que se extinguieran sus vidas. En vez de eso, eran agujoneados para seguir adelante.

Nos salvó un milagro, al menos lo fué para mí, y siempre lo recordaré como lo más próximo a lo que llamamos milagro. El 13 de octubre, sintiendo que había llegado nuestro último momento, hice lo que yo sabía que jamás fallaba cuando la necesidad era extrema: recé en voz alta pidiendo alimento. No me arrodillé, sino que volviéndome hacia el este y el oeste, pedí ayuda, obligándome a creer que vendría esta ayuda. Así recé, y quince minutos después se presentó un venado en el claro, a trescientas yardas de distancia. Los demás lo vieron al mismo tiempo y guardaron un silencio de muerte, mientras yo descolgaba el rifle. Era casi una distancia desesperada para un Winchester que culataba violentamente, y, a consecuencias del hambre y de la sed, la vista no es segura ni es fácil mantener el rifle inmóvil.

—¡Por el amor de Dios, no yerre, Fawcett! —oí que balbuceaban tras de mí. ¡Error! Mientras apuntaba, sabía que la bala daría en el blanco. El poder que respondió a mi plegaria velaría porque así fuese. Jamás he realizado un tiro tan limpio: ¡el animal cayó en el mismo sitio donde estaba parado!

Los peones devoraron sus porciones con cuero, piel y todo. ¡Qué pena que los perros no hubiesen sobrevivido algunos días más! Habían terminado nuestros sufrimientos. Al día siguiente encontramos una colmena de abejas colmada de excelente miel; el

15, descubrimos por fin un camino para bajar los cerros, hacia las selvas del Guaporé, y el 18 llegamos a un pequeño poblado negro, donde obtuvimos azúcar hecha de jugo de caña hervido.

Es extraño, pero el azúcar era el alimento que más ansiábamos. En nuestros sueños, nos hartábamos de golosinas cubiertas de azúcar, y en la agonía de nuestras horas de vigilia discutíamos repetidamente que serían las cosas dulces las que más nos gustaría comer. Como pueden imaginarse, comimos demasiada azúcar ese día en el poblado, nos hartamos, nos atiborramos, hasta que ya no pudimos comer más. El anochecer nos vio doblados en nuestras hamacas con dolores de agonía, gimiendo de sufrimientos, hasta que pudimos aliviarnos vomitando.

El 19 de octubre regresamos a Villa Bella, cuyas calles tristes y casas vacías nos alegraron después de la absoluta soledad de la selva. Aquí habíamos dejado provisiones, y la leche condensada y el *quáker* resultaron una dieta mucho más sana que el azúcar. Cuando recuperamos nuestro vigor, también creció nuestra certidumbre de que habíamos escapado sólo por milagro.

Me esperaba aquí un jubiloso telegrama del general Pando. Anticipándose a nuestro regreso, me enviaba sus congratulaciones y me pedía una dirección donde mandar el dinero que se nos debía. Él no podía adivinar que el Verde estuvo a punto de tronchar prematuramente nuestro trabajo. Por fin se había explorado el río, resultando que su curso difería totalmente del trabajo adivinatorio de 1873. Nació de vertientes, no en un lago, como se había pensado. Nuestro conjunto completo de observaciones permitió que fuese trazada exactamente en el mapa cada milla de su curso, ganando Bolivia mil doscientas millas cuadradas de valioso terreno. Nuestros contratiempos y sufrimientos se justificaban plenamente.

Seguimos la línea telegráfica hasta Jauru, viajando por un sendero bastante bueno y descendiendo por las colinas de Aguapé hasta Porto Esperidião, una estancia en el río. Aquí nos conseguimos una gran canoa que nos llevó a Caxocira. Un brasileño hospitalario nos alimentó bien y nos consiguió un bote para ir a Descalvados, donde llegamos el 18 de noviembre.

Tuvimos una acogida fría. Alguien había propalado el maligno rumor de que nosotros nos habíamos quejado en todas partes de que nos habían tratado mal la última vez que estuvimos aquí. Se nos culpaba de decir que los pobladores no se habían mostrado hospitalarios. Esto no era verdad, y la difusión de tal mentira sólo pudo ser hecha con el propósito de desacreditarnos. Sin embargo, la gente pronto abandonó su frialdad y terminó por hacernos nuestra estada todo lo agradable que pudo.

Una lancha nos llevó río abajo hasta Corumbá, donde, para gran confusión

nuestra, fuimos recibidos como héroes. Los brasileños admiraban plenamente a los que por su propia voluntad se atrevían a encontrarse con los *bugres*, como llamaban a los salvajes, y nos fué imposible convencerlos de que apenas los habíamos vislumbrado durante todo el viaje.

Cinco de los seis peones murieron por efectos del viaje. El sexto —el hombre que había punzado con mi cuchillo— vino donde mí al año siguiente, ofreciéndose para acompañarme de nuevo. Estaba admirado de lo que llamaba nuestro “vigor inglés” y no guardaba resentimiento alguno contra mí. Al contrario, me seguía con muestras de afecto.

El resultado de la exploración fué que ambas comisiones acordaron proseguir al año siguiente hasta la fuente del río Verde, bajo mi dirección, mientras un tercer destacamento brasileño ascendía por el río, verificando su curso para corroborar mi mapa. Después de esto erigiríamos conjuntamente la señalización, para registrarlo permanentemente como un punto fronterizo.



Capítulo XI

TRECE FATAL

En mayo de 1909 estábamos de regreso en Buenos Aires, tratando por todos los medios de escapar, río arriba, de una huelga general que paralizaba toda actividad y que empeoraba día a día. Había infiltraciones comunistas entre los obreros italianos de la ciudad y eran frecuentes los conflictos del trabajo. A menudo estallaban disturbios cuando algún fanático disparaba su revólver contra la multitud u otro hundía su cuchillo en el caballo de un policía. Comenzaban los disparos, había fuertes bajas, y la huelga continuaba. El alimento escaseaba; los almacenes se resguardaron contra el pillaje y los ladrones se consideraban afortunados cuando escapaban con vida.

No había estallado la revolución, pero una atmósfera sombría se cernía sobre la ciudad. La policía se condujo en forma magnífica, a pesar de los ataques sorpresivos y de la condenable costumbre de los huelguistas de lanzar vitriolo a los rostros de los hombres armados.

Se suspendió casi totalmente el tráfico del río, pero nos arreglamos para conseguirnos pasaje en un vapor del Lloyd brasileño, el "Ladario", y aun nos procuramos carretas para trasladar nuestro equipaje hasta la ribera, con nosotros sentados encima y rodeados por una escolta, armada hasta los dientes. Esta línea de

vapores poseía un excelente servicio de cabotaje, pero el “Ladario” era su peor barco, y no había ningún camarote desocupado, porque viajaban gran cantidad de brasileños de la clase baja. Por fortuna, los barcos fluviales no necesitan cabinas, pues en cualquier parte se puede colgar una hamaca.

Asunción pasaba por la agonía de una de sus revoluciones periódicas y se encontraba en estado de sitio. Sin embargo, llegamos a Corumbá en forma regular y allí supimos que el grupo brasileño de la expedición ya había partido hacia el norte.

Muy pronto finalizamos los preparativos; teníamos abundantes provisiones y se cargó una barcaza con el equipo, que incluía seis muías, dos caballos, veinticuatro bueyes y cuatro carretas nuevas. Un oficial boliviano, llamado Pacheco, también nos acompañaba, además de dos indios chiquitana y cuatro peones blancos.

Mientras preparábamos la partida, nos alojamos en el Hotel Gatti, y esta vez sí que nos aperamos con ternos apropiados para cualquiera fiesta social a la cual fuésemos invitados. . . ; pero, por supuesto, nunca tuvimos ocasión de usarlos. Nuestro anfitrión, el *Senhor* Gatti, era un hombre de tacto extraordinario, y en realidad lo necesitaba, como se demostró una noche durante una escena desagradable que ocurrió en el hotel.

Un joven boliviano les estaba demostrando a algunos brasileños la vieja treta de los fósforos: dos cerillas se colocan en un extremo de la caja y una tercera se sostiene entre sus cabezas; al encenderlas, sale disparada. Sucedió que uno de los brasileños estaba sentado en la línea de fuego, y el proyectil tocó la punta de su nariz, incrustándose en ella. Al brasileño no se le ocurrió desprenderse de la cerilla, sino que se puso a gritar de dolor y a insultar al boliviano, mientras todos bramaban de risa. Con esto el brasileño se sintió ofendido; todos hablaban a la vez, y, no sé por qué causa misteriosa, el incidente se transformó en un asunto político. De no mediar la intervención del *Senhor* Gatti, habría habido derramamiento de sangre, porque en esa época todos en Corumbá cargaban armas y a duras penas pasaba una semana sin que hubiese un tiroteo fatal.

La práctica habitual que se seguía con un asesino era encerrarlo en el calabozo, hasta que demostrara cuánto dinero o influencia poseía. Si era lo suficientemente afortunado, para tener uno o ambos de estos requisitos, se arreglaba una “fuga” pasando la frontera hasta Bolivia en espera de que se olvidara el asunto. Si no tenía ni dinero ni influencias, cargaba con treinta años de prisión como condena por el crimen. El sistema marchaba bien y nadie tenía quejas contra él, a excepción de los muy pobres. En todo caso, los condenados merecían la pena, ¡por permitirse lujos que estaban más allá de su bolsillo!

No existe pena capital en Brasil, pero no puede decirse que por eso el crimen sea más común. Las riñas en Corumbá eran motivadas principalmente por los celos,

la bebida y la diversidad de opiniones sobre política internacional. Casi se desconocía el crimen premeditado, porque, por lo general, el brasileño es una persona que respeta la ley.

Dos misioneros ingleses llegaron al pueblo, llenos de celo para convertir a los indios del Matto Grosso. El joven boliviano del incidente de las cerillas vio en ellos víctimas perfectas para sus bromas. Una noche los condujo hasta el balcón del hotel y les mostró los fuegos lejanos que se veían por doquier en el horizonte, pues allí existían numerosas haciendas pequeñas, en la tierra firme que bordea los pantanos.

—Allí los tienen —dijo triunfalmente—; ésas son las fogatas de los salvajes. Nos rodean, nos vigilan, esperando lanzarse sobre el pueblo a la primera oportunidad.

—¿Son indios malos? —preguntó ansiosamente uno de los misioneros.

—¿Malos? ¡Más que malos! Son caníbales, sin exceptuar a ningún miembro de la tribu.

Surtió efecto. Al día siguiente, los misioneros regresaron río abajo. ¡Y a cien millas a la redonda no existía ningún indio salvaje!

Antes de que partiésemos, un alemán llegó del norte en una canoa despedazada; apenas se cubría con un saco y maldecía al país horriblemente. Había estado en Diamantino durante tres meses, con indios bororos como peones, esperando hacer fortuna con oro y diamantes. En lugar de eso, perdió cuanto tenía.

Con el mismo objeto, otro alemán y un inglés habían partido río arriba en una lancha a gasolina —los vimos el año anterior—, y regresaron también con las manos vacías. Desconociendo las condiciones, habían partido seguros del éxito, pero las enfermedades, los problemas de alimentación y la falta de experiencia de la vida de las selvas motivaron su fracaso. La carencia de un mapa, digno de confianza, en la vasta soledad, al norte de Cuyabá, los llevó a recorrer una y otra vez el mismo terreno, repitiéndose los desengaños, hasta llegar a la exasperación.

Abandonamos Corumbá el 13 de junio, y las esperanzas que teníamos de escapar de la mala suerte fueron frustradas desde la partida, con el descubrimiento, después de haber embarcado los animales, de que nuestra barcaza había comenzado a hacer agua. Era demasiado tarde para repararla, y como el viaje sólo duraría unos pocos días, decidimos dejarla así, ordenando a los peones que trabajaran por turno en las bombas. Esa misma noche desperté en mi cabina, escuchando un siniestro burbujear a lo largo de la embarcación. Salí apresuradamente a cubierta y agarré un hacha en el momento preciso para cortar los cordeles que amarraban la lancha a la barcaza, mientras ésta se hundía con todos los animales a bordo. Los tres peones estaban durmiendo junto a las bombas y tuvieron la suerte de escapar en medio de la gritería. Uno o dos animales pudieron soltarse y

nadar a tierra, pero los bueyes y todos los demás se ahogaron. Nuestras pérdidas eran de importancia, pero decidí continuar y confiar en nuestra suerte para conseguir nuevo transporte.

Con ayuda del administrador belga de la estancia O rancho, en Descalvados logramos obtener dos carretas. Mientras se buscaban los bueyes necesarios, vivimos con toda comodidad a bordo de la lancha, pero la atmósfera estaba densa con el humear de los huesos calcinados, pues nosotros estábamos al lado de la factoría en que se beneficiaba' ganado para la preparación de carne en conserva. Nuestros peones dedicaban el tiempo a pescar en el río, teñido de rojo, las llamadas pirañas, pequeños peces carnívoros que abundaban por miles y que hacen tan peligrosos los mataderos próximos a los ríos.

Fue en este lugar donde poco tiempo antes cayó al río un peón de la estancia. En el mismo instante en que su cuerpo tocó el agua, cardúmenes de pirañas se precipitaron sobre él, y al día siguiente se recuperó su esqueleto completamente limpio. El administrador me narró un caso similar que tuvo lugar en una estancia cerca de Corumbá. En el río sintieron una noche un chapoteo y un obrero despertó, preguntando:

— ¿Qué es eso?

Otro replicó:

—Nada más que Ladríguez, que cayó al río.

El primero gruñó y volvió a dormirse. Del desgraciado Ladríguez no se sintió siquiera un chillido; ¡antes de volver a la superficie, las pirañas lo habían hecho pedazos!

Un soldado brasileño de pantalones rojos estaba pescando en una canoa en Puerto Corumbá, cuando el tirón de un pez grande la hizo volcar. Gritando a toda voz, se mantuvo sujeto a la popa de la canoa, y después de algún tiempo salió otra canoa de la orilla y se acercó para ver a qué se debía tanto ruido. En lugar de salvar al soldado, la segunda canoa remolcó la primera a la ribera, donde se pudo comprobar que el soldado estaba muerto, sus dedos aún adheridos a la borda y sus huesos despojados de toda partícula de carne, desde la cintura para abajo. ¡El simple recuerdo de ello constituyó por varios días una gran diversión! Jamás había ni un poco de piedad por las víctimas de accidentes fatales. ¡Aun la propia mujer y los hijos del muerto se encogían de hombros y se dedicaban con toda presteza a buscar otro que les proporcionase el pan cotidiano!

A menudo me veía obligado a cruzar a nado un río para instalar una cuerda con el fin de trasladar nuestro equipo al otro margen. Tenía que ser extremadamente cuidadoso para cerciorarme de que no tenía ningún corte o herida

abierta en mi cuerpo, porque no era necesario más que esto para atraer a los diabólicos pececillos. Mientras estaba en el agua, los dedos de los pies me hormigueaban sólo de pensar en ellos, y cuando, finalmente, salía al otro lado, me invadía una indescriptible sensación de alivio.

Antes de abandonar Descalvados se organizó un “baile” en una cabaña próxima a la lancha. Gauchos, peones y sus mujeres bebieron grandes cantidades de alcohol y se tambalearon en sus tangos y cachuchas, al son de guitarras y laúdes. Nuestra propia cuadrilla, encabezada por Pacheco, se incorporó a la jarana, pero a medianoche regresó volando, acompañada de una descarga cerrada de tiros de revólver. Un gaucho celoso, con un revólver en cada mano, había entrado en la cabaña y abierto fuego al azar. Un hombre estaba muerto, otro herido en el vientre y una mujer recibió una rasmilladura. Después el gaucho saltó sobre su caballo, siguiendo la costumbre tradicional, y arrancó hacia el interior del país.

¡Inmediatamente el “baile” se transformó en un caos! No había ningún doctor que supiese algo de cirugía, y algunos de los empleados belgas operaron al herido, explorando sus partes vitales, en busca de la bala, con un punzón de carnicero. Los gemidos de la víctima nos tuvieron despierto el resto de la noche, y al amanecer murió. Una cuadrilla partió en persecución del asesino, pero, como ocurría generalmente, no fue atrapado jamás.

Desde Descalvados, la lancha regresó a Corumbá y en las carretas proseguimos a San Matías. Comprobamos que la plaza había sufrido muchos perjuicios desde el año anterior y que se habían librado batallas considerables en el lugar. En el puesto de policía se encontraba un brasileño muy apenado, porque había recibido mil latigazos por matar a cuchillo a un hombre. Las culebras de cascabel habían dado cuenta de varios habitantes, y un noble francés encantador, que habíamos encontrado el año anterior en Trinidad, cerca de Descalvados, había sido asesinado. El lugar apestaba a muerte, a pesar de que los habitantes eran un conjunto hospitalario y bondadoso, cuando no estaban ocupados en crímenes y violencias. Las condiciones bajo las cuales vivían hacían excusables sus actos. Menos perdonable fue la acción de nuestros dos peones indios, que desaparecieron con una cantidad de provisiones y dos de las mejores muías de un lote que había tenido la suerte de poder comprar aquí.

La reducción de nuestros medios de transporte nos obligó a dejar atrás una cantidad de provisiones cuando abandonamos San Matías, el 1.º de julio. Para realizar observaciones desde la cima del monte Boa Vista, nos detuvimos por un día «n Asunción, donde oímos rumores del tesoro del río Verde, que había aumentado a 37.000 libras, ¡y seguía creciendo! Pocos días después, alcanzamos a parte de la Comisión Brasileña, ocupada en verificar posiciones antiguas, que nos atendió

generosamente".

Pronto los dejamos atrás, pues llevábamos menos bagaje que ellos; pero dos días después, una de las muías fue muerta por una serpiente de cascabel, lo que nos obligó a detenernos, pues un solo carro no podía llevar todas las provisiones. No teníamos cómo reemplazar el animal, ya que no había vivienda alguna en la vecindad. Mientras tratábamos de solucionar nuestro problema, ocurrió un hecho extraño.

Viniendo desde el norte, entró en nuestro campamento la mula más hermosa que jamás hubiese visto, en condiciones absolutamente perfectas y aperada con silla y bridas enteramente nuevas. Que yo supiera, la Comisión Brasileña no había perdido ningún animal. Pensando que debería pertenecer a algún viajero, a quien obligadamente encontraríamos en nuestro camino, me apropié de ella con la intención de devolverla a su dueño, cuando lo encontrásemos. Sin embargo, no nos topamos con nadie y la muía —una merced divina, literalmente hablando— quedó con nosotros.

Las Serpientes constituían una peste en ésta región. A un lado de nosotros, en el monte bajo, abundaban las cascabelas, mientras que en el otro lado las charcas y pantanos eran frecuentados por las jararacas. Una vez mi mula dió un salto sobre una cascabel, que salió disparada del monte, pues esos animales son muy rápidos para descubrir serpientes pequeñas, mientras que son incapaces de reconocer rápidamente a las grandes. En otra ocasión, mi muía estaba atravesando sobre lo que ambos miramos como un tronco caído en el sendero, cuando de repente el animal se detuvo temblando. Mirando hacia abajo, comprobé con horror que el "tronco" era parte de una enorme boa constrictor, de siete a ocho pulgadas de diámetro. La mula quedó paralizada de terror y el resto de la partida iba bastante atrás. Lancé un grito repentino, clavé ambas espuelas y le di al animal un sonoro latigazo en el anca. Salió disparada como un cohete, saltó por encima del reptil y corrió por lo menos doscientas yardas antes que la pudiese detener, temblando aún de pavor. Volví atrás para prevenir a los demás. Los encontré acribillándola con sus Winchester, pero la boa constrictora sencillamente se deslizó, perdiéndose en la maleza.

Encontramos el río Barbados considerablemente crecido y la parte del vado, por lo menos de ciento cincuenta yardas de ancho, oculta por el camelote. Los peones se opusieron a atravesarlo, objetando que había *bichus* en el río —refiriéndose a los cocodrilos o anacondas—, y la gente de la carreta los apoyó firmemente. Los animales podían nadar hasta el otro lado y los carros flotarían, pero alguien tenía que cruzar antes con una cuerda liviana, para pasar el equipaje. Nadie quería hacerlo, y tuve que ir yo. Mientras me desvestía, sentí una sensación desagradable en la boca del estómago; recordé que no hacía mucho tiempo un caballo y su jinete se

perdieron en el mismo lugar.

Una vez al otro lado con la cuerda, era fácil pasar el equipaje. Pacheco no sabía nadar y tenía que cruzar sobre un palo, un método de gran utilidad práctica. Cualquier tronco recto de árbol de seis pulgadas de diámetro servirá, siempre que flote. En un extremo se amarra un palo corto, en sentido vertical, y en él se cuelga la ropa; uno se sienta a horcajadas sobre el otro extremo y rema con las manos. Es muy fácil mantener el equilibrio. Una punta se hunde bajo nuestro peso, pero esto sirve para levantar la otra, con la ropa, bastante arriba sobre el agua.

Los perros se transportaban a la otra orilla en cueros, como el equipaje. Los cocodrilos pueden respetar a los seres humanos, pero siempre embestirán a un perro. Según dicen, no atacan en los vados antes de mediodía, pero después y hacia el atardecer hay algún riesgo. Los bueyes cruzaron a nado, remolcando las carretas que flotaban y no hubo contratiempos.

Encontramos Casal Vasco desierto, pues los salvajes habían exterminado a los hombres en represalia por los disparos de que habían sido objeto; pero habían perdonado, sin embargo, a las mujeres y a los niños. En Puerto Bastos mandamos de vuelta las carretas; parte del equipo fue despachado en bote a Matto Grosso, y las muías fueron enviadas por vía terrestre, un camino bastante pesado, que obligaba a vadear varias veces el río Barbados. Los miembros más importantes de la Comisión Brasileña ocupaban el bungalow del telégrafo, en la ciudad antigua de Matto Grosso, cuando nos juntamos con ellos allí y al día siguiente el comandante Oliveira partió hacia la fuente del río Verde, con un doctor, un asistente y montañas de provisiones.

Su expedición fue desgraciada. Oliveira cayó al río, contrajo fiebre y se vio obligado a regresar a Villa Bella. Los demás fracasaron al tratar de subir por el río. Descubrieron una de nuestras canoas de 1908, despedazada y boca abajo entre los árboles, seis millas abajo del río Verde, y ubicaron nuestro sendero, pero se vieron obligados a cruzar el río Guaporé, donde permanecieron hasta que una cuadrilla exploradora los rescató, seis semanas más tarde.

El comandante Lemanha, que tenía que acompañarme, llegó desde San Matías con seis soldados armados hasta los dientes. El año anterior habíamos decidido unir nuestras fuerzas para las jornadas por vía terrestre y llevar también con nosotros nuestro equipaje sobre burros, para la expedición al río. Cruzamos el río y acampamos de noche en una pequeña cabaña en un espacio libre, al pie de las elevadas colinas de Ricardo Franco.

Repentinamente se oyó una descarga cerrada en la selva, y dos soldados jadeantes regresaron gateando al campamento.

—¡Salvajes! —exclamaron—. ¡Están atacando por todos lados!

—¿Cuántos? ¿Dónde?

Lemanha les lanzó las preguntas mientras colocaba al cinto sus pistolas y verificaba si estaban cargadas.

—Miles, mi comandante —fue la respuesta—, pero nosotros los rechazamos, ¡yo y el cabo Pereira!

Fisher y yo salimos a hacer un reconocimiento. Disparar a los salvajes era lo más peligroso que pudieron haber hecho; eso nos señalaba inmediatamente como enemigos. Pero no teníamos por qué inquietarnos, pues no encontramos ninguna huella. En realidad, los dos soldados habían disparado sus municiones a las sombras, ¡y nada más!

La choza era muy vieja y su techo estaba lleno de serpientes y arañas. En cuanto estuvimos dentro, nuestras piernas se cubrieron con las pequeñas y enloquecedoras garrapatas blancas, denominadas *garapatas do chao*, y poco después casi nos arrancamos la piel por la espantosa picazón. Preferimos dormir en el bosque antes que pasar una noche en la cabaña.

Era magnífico el panorama que se apreciaba desde la cima del Ricardo Franco, a 2.400 pies sobre el río, pero significaba una labor muy ardua lograr llegar a ella con los animales. Uno de ellos cayó repentinamente por la empinada ladera y se insertó con un estrépito formidable dentro de un árbol. Ahí quedó colgado, hasta que volvimos a colocarlo sobre sus pies; entonces, aparentemente sin novedad alguna, siguió vagando impasible por la senda.

Una vez en la cumbre, tuvimos que abrir una faja para cruzar con los animales por una o dos millas de selva espesa. Había sido accesible para nosotros en 1908, pero los animales de carga necesitaban un sendero más ancho que los hombres. Este trabajo de rozar fue ejecutado por Fisher y por mí, secundado por una pareja de peones. Los soldados estaban nerviosos debido a los indios, no sin motivo, pues los hombres eran mulatos, y los indios, recordando las persecuciones pasadas, jamás perdonan a un negro.

Pronto dimos con nuestro antiguo sendero, seguimos la cuenca y en dieciséis días llegamos al nacimiento del Verde. Esta vez los venados abundaban y eran completamente mansos. Una semana allí bastó para completar nuestro trabajo y levantar los límites fronterizos; entonces, no teniendo bastantes provisiones para permanecer más de diez días, decidí regresar a Villa Bella, y, como habíamos acordado, dejar a Lemanha para que esperase la partida que venía por el río.

Le di un mapa detallado de la región, pues su sentido de orientación no estaba muy desarrollado. Partimos bajo un surusu penetrante que nos caló hasta los huesos y que formó sobre las montañas un denso manto de niebla que reducía la visibilidad a menos de veinte yardas.

Decidimos volver sobre nuestros pasos, con ayuda del mapa detallado de

nuestro recorrido efectuado en el viaje anterior. Sería una prueba interesante de su exactitud, pues había sido ejecutado por brújula y midiendo las distancias con pasos. En terreno razonablemente despejado se calcula un promedio de 2.000 pasos por milla, y en las selvas, 2.200. Nos sorprendió bastante que el mapa concordara perfectamente, pues en el tercer día alcanzamos la cima de la montaña que habíamos escalado desde Villa Bella, y al día siguiente volvimos a entrar en la antigua ciudad, donde también encontramos, de regreso del Verde, al comandante Oliveira, que esperaba ansioso noticias del resto de su destacamento.

Le informé que no lo habíamos visto. Le disgustaba creer que no habían alcanzado su objetivo, pero por último envió un bote de socorro por el Guaporé abajo para que explorase en busca de ellos. Los encontraron en la orilla izquierda, faltos de alimentos y en malas condiciones físicas. Mientras tanto, Lemanha esperaba en el nacimiento del Verde hasta que se agotaron sus provisiones y entonces regresó con gran ansiedad respecto a la suerte que había corrido el destacamento del río. Era evidente que, si no hubiésemos hecho la jornada de 1908, esta sección no habría sido delimitada en absoluto ¹⁵ (1).

Oliveira nos proveyó bondadosamente de alimentos, pues los nuestros habían sido saqueados, tal vez, por la población negra. Entonces, como disponíamos de mucho tiempo, propuse a Fisher entrar en la selva hacia el nordeste y visitar los indios *parecis*. Fisher y Pacheco eran contrarios a la idea, así es que cabalgué solo por la llanura al norte de la ciudad, con la esperanza de encontrar algunos, ya que generalmente andaban por los alrededores. Allí estaban, pero eran demasiado desconfiados para salir de la selva o aproximarse a menos de cien yardas de mí; sin embargo, no me molestaron. Este mismo pueblo había masacrado a todas las almas en la plantación de los negros, donde nosotros comimos azúcar tan abundantemente después de la jornada del año anterior.

En la senda a San Luis de Cáceres cruzó frente a nosotros, asustando a nuestras muías, un gato montés negro, del tamaño de un *fox-terrier*. Como la gran pantera negra, aquéllos son salvajes y completamente imposibles de domesticar. Aquí nos devoraron las garrapatas, que abundan en Matto Grosso durante el invierno. Trepaban por las patas de las muías, cubrían sus fosas nasales y llenaban sus ojos. Colgando en racimos de las cañas y ramas, se dejaban caer cuando

¹⁵ Mi padre, después de todos sus sufrimientos en este lugar, se habría sentido muy defraudado si hubiese sabido que lo que tomaba por el nacimiento del Verde, no lo era. El siguió lo que parecía ser el torrente principal, pero el Verde es un río de muchos brazos y uno de éstos se abría en un ancho cuerpo de agua, no lejos de su boca. El verdadero nacimiento fué descubierto por el coronel Bandeira Coelho en 1946, a alguna distancia al suroeste de la posición de mi padre. Sin embargo, hasta el momento de escribir estas líneas, la posición de 1909 aún se mantiene como el nacimiento oficial.

pasábamos debajo. Todas las tardes nos sacábamos como ciento o doscientas, que nos dejaban irritantes picaduras que no nos atrevíamos a rascar.

En una estancia hospitalaria en el Jauru vendí los animales y di al propietario una montura a cambio del flete de nuestro equipo a San Luis de Cáceres, pequeña aldea sobre el río Paraguay, entre Corumbá y Cuyabá. Él nos habló de un grupo que había ido río arriba, en su confluencia con otro y había descubierto allí enormes pepitas de oro en el cascajo.

había ido río arriba, en su confluencia con otro y había descubierto allí enormes pepitas de oro en el cascajo.

En San Luis, el río tiene más o menos ciento cincuenta yardas de ancho, y la población de la aldea se había reunido en la lejana orilla para brindarnos un entusiasta recibimiento, pues nos había precedido la noticia de nuestra llegada.

Vino a buscarnos una canoa atestada de hombres, mujeres y niños, y venía tan cargada, que apenas sobresalía dos pulgadas sobre el nivel del agua. Ocupamos en ella nuestros lugares y el agua agitada, impulsada por una brisa fuerte, casi entraba por la borda. Cuando estábamos en medio de la corriente, Pacheco, preocupado de no mojar sus ropas, se levantó a medias; los demás trataron de equilibrar la canoa, pero el viento lanzó una ráfaga contra ella, la hizo oscilar, se llenó de agua y se hundió, volviendo a la superficie sólo después de haberse librado de toda su carga. Los que no sabían nadar se colgaron de la canoa anegada en agua y los demás lucharon por llegar a la orilla. Yo llevaba puestas unas botas muy pesadas y mis pantalones se hincharon con el agua; con una mano sostenía sobre mi cabeza la chaqueta, en cuyo bolsillo llevaba la valiosa documentación del viaje, por lo que no era fácil nadar con un solo brazo. Un hombre se ahogó.

La población que nos esperaba, hacía tiempo que no se había divertido tanto; todos bramaban de risa y los esfuerzos del hombre que se ahogaba eran vitoreados en coro. No se hizo ni el más mínimo esfuerzo para ayudarlo en alguna forma, y, cuando Pacheco, que era un pésimo nadador, logró llegar a la orilla y yacía boqueando en el lodo, hubo más estallidos de risa.

Fue una entrada de lo más indecorosa para una comisión de límites internacional, pero las pirañas no habrían dejado ningún sobreviviente si hubiese existido alguna fábrica de carne envasada en cualquier parte, después de Descalvados. Yo tenía seis relojes cronómetros alrededor de mi cintura —un peso respetable que llevar—, pero uno solo se llenó de agua.

Al cabo de unos días llegó una lancha fluvial y nos embarcamos

—Venga por aquí —dijo el camarero, conduciéndonos a la segunda clase, donde estaban amontonados los negros y los mestizos entre sus pertenencias.

—Esto no sirve —dije—. ¿Dónde está la primera clase?

— ¿Primera clase?

Nos miró de arriba abajo desdeñosamente. Todo lo que llevábamos era nuestra equipo de las selvas, que ya estaba en bastantes malas condiciones; aún más, nuestras barbas habían crecido y nuestros rostros y brazos estaban marcados con picaduras de insectos. En general, supongo que la comparación con los pasajeros de elegantes trajes resultaba muy desfavorable.

—Sí, la primera clase —repetí.

Fue a buscar al capitán, regresando con él; éste nos examinó con evidente desagrado, y, por fin, consintió de malas ganas en que se nos llevara a una cabina. . .

En Paraguay había estallado una nueva revolución; se habían apoderado de los vapores fluviales y no sabíamos qué hacer para llegar a La Paz, desde Corumbá. Pero entró en el puerto un remolcador que arrastraba dos grandes barcasas, y persuadimos al patrón que intentara la travesía. Fisher y yo sacamos pasaje, lanzamos nuestras hamacas en una de las barcasas y el convoy partió, surcando la turbia corriente.

En la noche las ratas organizaron un desfile a bordo, corrieron por todas partes, hasta a lo largo de las cuerdas de nuestras hamacas, persiguiéndose sobre nuestros cuerpos. A la luz del amanecer desperté y vi dos sentadas sobre mi estómago, limpiándose la cara con toda tranquilidad. Pude dar a una de ellas un manotazo que la lanzó en el aire todo el ancho de la cubierta, y su compañera, más bien sorprendida, se alejó a paso lento y desapareció.

A sesenta millas río abajo, subió a bordo un destacamento del gobierno paraguayo — un ostentoso pequeño comandante y cuarenta soldados—, y esto condujo a que un poco más allá, en Olimpo, requisaran temporalmente la barcaza para acarrear tropa. Otros doscientos soldados subieron a bordo, y la apertura se tornó desagradable; pero, para alivio nuestro, llegó una lancha que viajaba río arriba, y sospechando que era revolucionaria, cuando la lancha atracó a la orilla, desembarcaron ciento cincuenta hombres de las barcasas. El comandante desapareció dentro de su cabina, poniéndole llave a la puerta, mientras sus hombres lo esperaban en vano. Resultó que la lancha era un bote pacífico, que sólo deseaba darnos noticias de las posiciones de los revolucionarios. Los soldados volvieron a subir a bordo.

Proseguimos cautelosamente río abajo, a Medaños, una estancia de la compañía americana Quebracho, y como nuestro patrón se negara a aventurarse

más allá, los soldados, descalzos y harapientos, se vieron obligados a desembarcar. Yo le ofrecí cien libras para que rompiera el bloqueo, pero el patrón no quiso correr el riesgo. Entonces me fui caminando por la ribera izquierda y traté de alquilar una lancha en una hacienda ganadera llamada Terreros, pero nuevamente fracasé. Más allá me encontré con un deportista paraguayo, que me facilitó gratuitamente un bote del equipo de un buque, con la única petición de que lo dejase en Puerto Murtinho. Aparejamos una manta en forma de vela, y Fisher y yo continuamos nuestro viaje en el bote, disfrutando considerablemente de mayor comodidad que la que habíamos conocido a bordo de la barcaza infestada de ratas.

—Sería un milagro que lográsemos llegar a Murtinho sin ser detenidos —murmuró Fisher, en tanto que soñolientamente nos reclinábamos bajo el sol ardiente, mientras el bote se deslizaba casi sin ruido. Levanté la vista y vi una nube de humo negro detrás del próximo recodo.

—No —repliqué—. Por lo que veo, tendremos nuevas molestias.

Apareció a nuestra vista un pequeño y bullicioso barco y cambió su dirección para encontrarse con nosotros. Al acercarse más, vimos que su cubierta estaba rodeada de sacos de arena y la boca de un cañón de campaña atisbaba amenazadoramente sobre la proa. Giró y se deslizó a nuestro costado con sus troneras erizadas de rifles.

—¿Quiénes son ustedes? —nos gritó un hombre por el megáfono. Nosotros lo informamos, recalcando nuestra importancia internacional.

—Prosigan a Puerto Murtinho, y nada de trampas. ¡Obedezcan! —fue la advertencia.

Maniobré el timón y seguimos impelidos por la brisa, y, detrás de nosotros, para estar seguros de que obedecíamos, pegado a la popa, vibraba la embarcación, con rostros oscuros alineados junto a los sacos de arena y apuntando los cañones de los rifles. Esto constituía una gran acción para estos asesinos y quizá la primera victoria naval de importancia de la revolución. Éramos prisioneros de guerra, y a nuestra llegada al puerto, el bote fue embargado y nosotros cargados a bordo del “Pollux”, un pequeño vapor fluvial que servía como prisión temporal para los extranjeros.

A pesar de ser un puerto brasileño, los revolucionarios habían establecido aquí su cuartel general, y en la plaza se ejercitaban sin armas unas tropas indescriptibles. En sus ratos de ocio, los soldados se emborrachaban y peleaban y en sus gesticulaciones hacían ademanes de degollarnos.

Un enorme muchacho, compañero nuestro de prisión, pretendía ser un pugilista famoso que había puesto knock-out a los mejores hombres de la costa del Pacífico de los EE. UU.

—Sí, señor —anunciaba—. No hay hombre que pueda hacerme frente.

A pesar de toda su fanfarronería, cuando venía algún revolucionario borracho, blandiendo su cuchillo y profiriendo amenazas, él se marchaba, y comenzamos a darnos cuenta de que todo era jactancia.

Un pequeño antillano borracho, que pertenecía al personal del buque, se dió cuenta de la farsa del otro y lo insultó.

—Si ese condenado negro no se aparta —juró el pugilista—, tendrá que habérselas conmigo.

Pero el pequeño negro siguió injuriándolo y finalmente salió con groserías tan grandes, que el gigante no las pudo pasar por alto. Con un bramido de rabia se arrancó la chaqueta, y, precipitándose sobre el otro, clavó sus dientes en un brazo del negro y sus uñas en el rostro. Fue repelido con un golpe limpio, pero violento, en medio de la boca.

Rodaron por la cubierta, gritaron y se arañaron, mientras los otros diecinueve prisioneros los estimulaban y los guardias revolucionarios formaban círculo, regocijándose. ¡Qué espectáculo se produjo cuando finalmente se deshizo la confusión y el violento pugilista fue rescatado sangrando y blasfemando! Las enormes espaldas habían desaparecido al sacarse la chaqueta y el gran cuerpo lució su desagradable obesidad. Constituyó el comentario sabroso a bordo y ya no oímos más sus jactancias.

Los días no estuvieron exentos de acontecimientos, a pesar de que nos impacientaba la demora. Vimos refugiados desnudos, provenientes de las escaramuzas de más arriba, que eran pasados en barca a la orilla opuesta, y también cadáveres que flotaban corriente abajo, no atacados por las pirañas, posiblemente, porque no había sangre fresca en ellos. Uno venía con el antebrazo y el índice apuntando hacia el cielo, una visión espantosa, que todos se volvían para ver. A gran distancia oíamos estallidos espasmódicos de fusilería, y nos parecía evidente que allí no estaría el pequeño comandante. Pasaron un día por el malecón dos revolucionarios montados que disparaban sus armas a todo y a todos. Estaban enceguecidos por el alcohol, y completamente irresponsables; por eso, después que repitieron sus hazañas varios días consecutivos, la policía brasileña los fusiló.

Después de grandes dificultades logré obtener una entrevista con el jefe revolucionario, que escuchó con gran paciencia y cortesía mis quejas contra la detención de una comisión internacional, y accedió a permitirnos la partida en el “Ilex”, un vapor fluvial brasileño que, por alguna razón, tenía pasada franca. Más bien lo hizo por broma, pues era probable que tuviésemos que soportar el interrogatorio de la “Armada” unas pocas millas más abajo, en Palmas Chicas, e

incluso podrían considerar que sabíamos demasiado; nos advirtió además que todo nuestro equipaje podía ser requisado.

En realidad, el buque fue detenido, se examinaron los papeles y los pasajeros fueron registrados. El funcionario jefe, doctor Cayo Romero, un hombre de aspecto muy distinguido, nos abordó, y evidentemente sabía quiénes éramos, pues concedió la autorización para pasar. La flota revolucionaria se componía de ocho vapores fluvial armados de cañones de campana, y las fuerzas estaban atrincheradas sólidamente en tierra, en el establecimiento inglés de Quebracho¹⁶, que sufrió considerablemente. Más allá pasamos junto al “Leda”, que iba río arriba con mil soldados gobiernistas, armados con ametralladoras y modernos Mauser. Nos informaron que otros mil iban por tierra. A la vista de estas tropas, los revolucionarios se dispersaron, y el movimiento fracasó .

El Ministro de Guerra en Asunción estaba ansioso por saber noticias y nos ofreció un banquete. Como recurso para obtener informaciones directas del frente, no tuvo mucho éxito, pero al parecer todos los huéspedes se divirtieron bastante y nos despedimos en muy buenas relaciones.

Pacheco se reunió con nosotros en Buenos Aires y todos juntos hicimos la travesía a Montevideo. A bordo del “Oravia” nos dirigimos a Mollendo, vía el Estrecho de Magallanes . A Pacheco aún lo perseguía la mala suerte, pues una noche en Montevideo le robaron los pantalones, con los bolsillos llenos de dinero. Me pidió que le prestase un par, pero nunca se tomó la molestia de devolvérmelos.

El viaje alrededor del Cabo de Hornos es interesante. Desde luego, un gran barco no pasa por las penalidades que tenían que soportar los antiguos barcos a vela. Primero tocamos las islas Falkland, las Malvinas, que Argentina ha reclamado tanto tiempo como suyas. Mi impresión personal fue que no podía existir lugar más sombrío. Temporales inveterados barrían los campos desprovistos de árboles y la vida ahí debe ser excesivamente triste.

Negó durante todo el recorrido del estrecho, y, siguiendo la costa hacia Valparaíso, el oleaje era tan grande, que hasta el “Oravia” se volvió incómodo. Se comprendía lo que debieron soportar los antiguos navegantes que hacían este recorrido en buques a vela . Recalamos en Punta Arenas, el más austral de los puertos chilenos, y, después, con frecuentes escalas, seguimos la costa, pasando nuevamente de la fría temperatura del Cabo de Hornos a una más calurosa, y

¹⁶ Quebraclio es un árbol cuya corteza tiene valiosas propiedades químicas.

las riberas boscosas cedieron el paso a las desnudas pampas de nitrato . Por último llegamos a Mollendo y tomamos el tren para La Paz.

El presidente de Bolivia, doctor Villazón, fue bastante amable y expresó su agrado por el resultado de la expedición y me invitó para fijar el límite con Perú . Para esto era preciso la exploración preliminar del río Heath, y esto me atraía mucho, pues el curso de él era también desconocido. Había sido explorado unas pocas millas desde su confluencia con el Madre de Dios, pero los salvajes les hacían imposible a los peruanos y bolivianos hacerlo hasta su nacimiento. Entre tanto, la cuestión fronteriza había dado lugar a una serie de incertidumbres, siempre aptas para producir complicaciones, y se hacían esfuerzos, para llegar a un arreglo en una forma más bien desventajosa para Bolivia.

Esta labor me significaría el retiro del ejército, ya que el Ministerio de Guerra no accedería a concederme una licencia mayor de cuatro años. Pero no me hacía ilusiones respecto al ejército. No era profesión para un hombre pobre y toda demostración de iniciativa provocaba hostilidad. Los ascensos eran intolerablemente lentos, y yo había servido veinte años, la mayor parte en los trópicos, por un sueldo menor que el de la mayoría de los curas, sólo para correr el riesgo de ser retirado como mayor .

Decidí renunciar; ¡y el Ministerio de Guerra me dió un último puntapié, negándome una miserable pensión, basándose en que yo había servido a un gobierno extranjero!



CAPÍTULO XII BUEN SALVAJE

ANTES DE INICIAR MI LABOR EN 1910, regresé a Inglaterra, no sólo porque deseaba ver a mi esposa y a mis hijos, sino también para buscar acompañantes para la próxima expedición, que prometía ser muy penosa .

¡Cuán increíblemente limpias y seguras parecían las sendas y prados de Devonshire, después de las vastas extensiones de selvas y llanuras! ¡Qué lejos de aquellos sórdidos puestos de avanzada, en que la vida de un hombre no valía ni el chasquido de un dedo! Los pequeños árboles eran dóciles y amistosos, la suave lluvia tan gentil y el calor del sol muy agradable . La gente también; yo estaba acostumbrado a los lugares donde la vista de otro hombre constituía un acontecimiento, y aquí me encontraba mirando al gentío bien vestido, que iba de una parte a otra, indiferente a todo lo que no fueran sus ocupaciones. Cada vez que volvía de Sudamérica a Inglaterra recibía la misma impresión, pero siempre, después de unos pocos meses de esta existencia ordenada, mi imaginación la contemplaba como las puertas de una prisión que me circundaba lenta pero seguramente.

Aun "Waterside", la casa enorme con su extenso jardín, en Uplyme, cerca de Lyme Regis, era amenazadora en su comodidad, (o era yo el que me tomaba

— vanidoso? En mi alegría de estar de nuevo con mi familia, me pareció el primer tiempo el verdadero ideal de lo que debía ser un hogar; pero, ¡ay de mí!, después de uno o dos meses, los recuerdos de los lugares salvajes — con todas sus pestes y enfermedades, su miseria e incomodidades— perturbaban la paz del ambiente y me llamaban. Partiría desconsolado por otra ausencia prolongada del círculo familiar, pero muy dentro de mí algo se regocijaba de escapar de la vida rutinaria. Kipling comprendía muy bien estos sentimientos; su poesía está llena de ellos.

Tuve la suerte de conseguirme los servicios de dos espléndidos N. C. O.¹⁷, del Regimiento de Rifleros, los cabos H.S. Costin y H. Lehigh. Ambos demostraron ser capaces y adaptables, y no podía haber encontrado mejores compañeros. Había además otro soldado, Todd, asistente mío en los tiempos en que era oficial, y además existía la esperanza que se me uniese más tarde un joven oficial amigo mío, a quien mi mujer había enseñado el arte de la observación astronómica con teodolito, en el techo de un hotel en Malta, diez años antes. El viaje no fue agradable, pues teníamos a bordo un duque con su familia que esperaba mayor deferencia que la que nosotros; gente humilde, estábamos inclinados a concederle. La “sagrada familia”, como los designábamos, acaparó todo un costado de la cubierta para ellos y sus empleadas, y se sentían amargamente insultados cuando algún paseante confundía las sirvientas con las patronas y viceversa. También había un representante del servicio diplomático, que estaba tan impresionado por la presencia de la ;,obleza, que insistió para que imprimiesen de nuevo la lista de pasajeros, para incluir un M.V.O.¹⁸, omitido. El capitán del barco estaba confundido con el honor que se le concedía a él y a su embarcación, e ignoró por completo el rango y clase de sus pasajeros, de modo que se esfumó la habitual camaradería que reina en la mayoría de los barcos británicos. Con gran alivio, nos transbordamos en Panamá a un barco de cabotaje. Hicimos escala en Callao y yo fui a Lima para entrevistar al Ministro de Relaciones Exteriores. Le sugerí las ventajas de obtener oficiales británicos para actuar por el Perú en la delimitación programada para 1911.

—Tal vez los solicitará —me dijo—, y si lo hago, ¿hay alguna probabilidad de conseguirlos? Usted parece creer que sí. Yo sabía que no había muchos indicados para esa labor, pues la instrucción militar no incluye el entrenamiento en

¹⁷ Iniciales de las palabras “Non Comissional Officers” (oficiales no comisionados). — Nota del Traductor

¹⁸ Siglas con que se **denomina** la condecoración británica “Member Victorian Order”.
— Nota del traductor.

levantamiento de planos. Repliqué: —Hay algunos que están impacientes por obtener semejante oportunidad. La dificultad está en ubicarlos, pero vale la pena tratar de hacerlo.

—Me preocuparé de ello —dijo. Estoy de acuerdo en que, si deseamos que el asunto se realice rápida y satisfactoria- mente, ésta es la única solución.

El gobierno boliviano me había solicitado, mientras estuviera en Inglaterra, que tratara de encontrar otro oficial para trabajar en el Chaco, y era mi esperanza poder cooperar en establecer confianza en el servicio de los británicos, de modo que se pudiese más tarde aprovechar con algunos fines políticos . Fisher me había dejado y se había trasladado al Chaco, pero por razones personales desistió y por último regresó a casa.

Todos comimos con el presidente de Bolivia en La Paz el 10 de junio, y al día siguiente continuamos para Tirapata, cuartel general de la compañía minera Inca, aldea de montaña más allá del lago Titicaca. Este era nuestro punto de reunión con dos oficiales bolivianos que deseaban participar en las experiencias de la expedición, los capitanes Vargas y Riquelme, y con un gran tren de mulas con toda clase de provisiones. Pero esto no era todo: llegó allí un capitán de la armada regular británica con un ex subalterno, un N.C. O., sin mencionar a un médico y no menos de veinte cajas de medicinas, además de media tonelada de equipaje . No sé cómo este verdadero ejército esperaba atravesar un país salvaje. Las expediciones grandes estaban condenadas al fracaso, pues los salvajes suponían que eran tropas las que avanzaban contra ellos y atacaban con sus flechas envenenadas, desde sus escondites, antes de que se hubiese sospechado siquiera de su presencia.

El remilgado capitán partió muy mal al rehusar asociarse con los tres N. C. O. En aquellos días las perspectivas sociales eran muy distintas de lo que son ahora, y las estrechas distinciones de clase que se le habían inculcado, todavía no habían sido eliminadas por él. El subalterno era de pasta distinta, más joven y adaptable; también era astuto y estaba dispuesto a todo. El médico asimismo era un buen tipo, y, posteriormente, demostró que su resistencia era mayor de lo que prometía su apariencia física. Antes de partir, envié al capitán de los N. C. O. a La Paz a unirse con la expedición del Chaco, pues amenazaba perturbarnos, a no ser que se hiciese algo.

El sendero de la compañía minera Inca nos llevó al lejano paso de Aricoma. Aquí, aún a 15.000 pies, estábamos libres de nieve, pero a todo nuestro alrededor se destacaban las cumbres blancas atravesadas por agujas y salientes de roca negra y nos agobiaba la sensación de hostilidad —sólo puedo llamar- la así— que

invariablemente va unida a estas alturas andinas. Los Alpes suizos tienen picachos tan espectaculares como cualquiera de los que presentan los Andes —si no más, aunque las alturas son, desde luego, mucho menores. Sin embargo, alrededor de ellos hay una sensación de benevolencia; están domesticados, domados como puede estarlo un elefante o cualquier otra bestia grande. En los Andes hay cosas que no pertenecen a nuestro mundo. Es el hogar de otra especie, y al viajero solitario que invade sus soledades le sobrecoge el temor.

El sendero descendía a un angosto desfiladero, en el que, en muchas partes, el camino había sido labrado en las rocas perpendiculares. Cruzaba y volvía a cruzar el río, sobre vertiginosos puentes suspendidos, de alambre y cuerdas, de aspecto tan delicado, que dudábamos antes de confiarles nuestro peso. Aquí y allí veíamos vicuñas, y el valiente capitán no podía resistirse a matarlas cada vez que se ofrecía la oportunidad.

Como rara vez veían al hombre, eran muy mansas; por eso me asqueo ver quitar la vida de estos hermosos e inofensivos animales. Reconozco mi parcialidad: ¡No me gusta la matanza inútil!

Sucedió que mientras estábamos en una aldea, y yo ausente, llegó el subprefecto de Macusani a darnos la bienvenida y presentarnos sus cumplidos. Los oficiales bolivianos estaban detrás con el equipaje y ninguno de los presentes tenía el más mínimo conocimiento del español. Todd salvo la situación abriendo la caja de provisiones medicinales que contenía champaña (!) y embriagándolo con ella. Cuando llegue, encontré al embriagado subprefecto amarrado a una cama en la posada en que nos alojábamos, mientras Todd, que insistía en llamarlo George, lo abastecía de copiosos tragos de champaña, directamente de la botella.

Al día siguiente, nuestro visitante se había repuesto, y acepto su recepción en buena forma, tomándolo probablemente por otra excentricidad de los gringos locos. El cholo de los andes está habituado a tantos abusos que no lo sorprende en absoluto la conducta de uno.

Bajando más el sendero, Costin tuvo una estrecha escapada. Marchábamos en fila a lo largo de un borde rocoso, donde el risco bajaba a pique hasta el río, mil pies más abajo. Costin llevaba su mula de las riendas y se detuvo para encender un cigarrillo. La mula lo empujó por la espalda, y él fue a rematar sobre el borde del precipicio. Cabe apreciar cuan rápidamente puede el subconsciente provocar una reacción muscular deliberada, pues, mientras caía al vacío, la mano de Costin se agarró firmemente al estribo de su montura. La mula habituada a emergencias súbitas, se afirmó para contrarrestar el peso del hombre. La correa del estribo y la cincha de la

montura resistieron el esfuerzo, y Costin, que ha sido instructor de gimnasia, se hizo con un solo brazo, otra vez al sendero, y recién entonces vino a darse cuenta realmente de lo que había sucedido.

Las mula caminan siempre por el borde exterior de estos senderos montañosos, pues si sus cargas tocan la paredes de la roca, el impacto les lastima el lomo. A veces un casco remueve una piedra suelta y resbala hacia el costado; cuando esto ocurre, el jinete llega a palidecer y trata de simular una sonrisa. Es obvio el peligro en los cantos de los desfiladeros, pero más peligroso aún es cabalgar sobre los puentes de cimbra, porque las tablillas del piso sólo ofrecen a las mulas una base muy precaria para sus cascos, y, si llega a pasar una pata, el jinete puede estar seguro de ser lanzado al helado torrente que corre debajo, en el que la salvación sería milagrosa.

Cruzamos el río Inarnbari y llegamos a Santo Domingo, que en su tiempo fue la mina de oro más rica del Perú. Estaba en la cumbre de un cerro, entre dos profundos valles, donde las corrientes fueron lavadas mucho tiempo en busca de oro. La mina estaba siendo Explotada por un sindicato que se la había comprado a un americano por 40.000 libras. El americano la obtuvo de un indio a cambio de una vaca y un ternero, un negocio sorprendente, considerando la superstición corriente de que el revelar a los extranjeros la ubicación de una mina de oro ocasionaría al indiscreto la ruina de su familia y su propia muerte. El oro extraído aquí llegaba a ochenta onzas por tonelada, pero a mi parecer la explotación de la ruina y el mejoramiento de la senda absorbían la mayor parte de las ganancias del sindicato.

En la senda, más allá de Santo Domingo, las constantes lluvias producían derrumbes que constituían un serio peligro. Los animales que transportaban caucho desde el río Tarnbopata habían formado una serie de agujeros que se iban llenando con barro líquido, y en los cuales nuestras mulas colocaban sus cascos con ruido monótono y una sacudida del cuerpo, que nos hacía brincar sobre nuestras duras monturas. Sobre nosotros, las laderas de las montañas se desvanecían bajo la bruma de una niebla húmeda, y, constantemente, una lluvia implacable calaba nuestros ponchos y chorreaba de nuestras piernas. Hasta la vegetación tenía un aspecto sucio, a excepción de los enormes helechos que crecían lozanamente en las grietas de las rocas. Las condiciones se mantuvieron inalterables todo el camino hasta Astillero, donde la Compañía de Caucho Inca había construido una pequeña estación a cargo de un escocés llamado Angus.

Dos oficiales peruanos apostados en Astillero insistieron en considerarnos como espías enviados por Bolivia, para informar sobre el puesto militar en la confluencia

de los ríos Tambopata y Maldonado. Jugaban con sus pistolas y murmuraban coléricamente, hasta que por fin logramos apaciguarlos con ayuda de champaña, de las provisiones medicinales. ¡Estas, por lo tanto, no eran del todo inútiles! La tensión se mitigó considerablemente; en realidad, los oficiales se tomaron muy locuaces cuando supieron que íbamos en camino al río Heath.

—No van a poder ascender a lo largo del río —aseveró uno de ellos—. Los salvajes son tan malos, que ustedes no escapan con vida. Y no crean que hay unos pocos aquí y otros pocos allá, como en casi todos los ríos, sino que están agrupados por miles. No hace mucho tiempo, dos compañías de soldados trataron de recorrer los márgenes del río, pero fueron tantos los muertos, que tuvieron que desistir y regresar. Les diré que ustedes ni verán los salvajes, no se darán cuenta que están por esos lados y repentinamente las flechas pasarán zumbando junto a sus cabezas, incrustándose en las canoas y atravesando los hombres a diestro y siniestro. Las flechas están envenenadas y un simple rasguño que hagan basta para producir la muerte.

— ¿Recuerdas lo de Heller, el alemán? Siguió el otro. Subió el río Heath con veinte canoas y cuarenta hombres en las orillas para batir los arbustos en cada margen. No logró nada con esto. Los ataques llegaron de la selva y fue espantosa la pérdida de vidas, antes que Heller lograra retroceder y retirarse con los sobrevivientes. Se había mantenido en movimiento durante nueve días, pero eso fue el límite. Es imposible, créanme.

El valiente capitán se tornó intranquilo al oír estos comentarios, y me imagino que recibió con cierto alivio una carta del presidente, que llegó, solicitándome que hiciera lo posible para enviarlo de vuelta a La Paz, si podía prescindir de sus servicios, para que actuase en la región del Chaco. También fue un alivio para mí, pues los N. C. O. estaban tan resentidos por la forma en que los trataba, que habían decidido rehusar seguir adelante, y lo que menos deseaba yo en mi destacamento eran justamente esos roces. Su capacidad para el trabajo se prestaba a dudas y su rudeza para tratar el instrumental de precisión y los cronómetros ya había inutilizado uno.

Tuvimos que esperar algunos días antes de poder encontrar un batelón que nos llevare a Madre de Dios; pero pasamos el tiempo obsequiando a los ocupantes del puesto con champaña. Estaba fuera de toda duda el pensar en llevar estas molestas cajas con nosotros; así es que Todd hizo todo lo posible para asegurarse de que no se perdiera su contenido, tomando una botella tras otra como si fuese limonada.

Llegaron noticias de que los indios chunchos estaban en guerra, más abajo de donde nos hablábamos. Habían atacado a los recolectores de caucho y logrado coger a uno; pero, después de desnudarlo, lo habían dejado en libertad. No hubo muertos, y en realidad la gente del caucho era por lo general la culpable de estos ataques, que no habrían tenido lugar si ellos no hubieran molestado a los indios.

El batelón tenía que ser devuelto a Astillero, de modo que Leigh y yo lo llevamos hasta la boca del Tambopata. De paso, vimos dos cerdos salvajes nadando las 500 yardas de ancho del Madre de Dios, una proeza notable, y los casamos con nuestros rifles para aumentar las provisiones. Vimos bastante poco de esta carne, pues el destacamento boliviano de la boca del Heath la encontró muy de su agrado.

Pudimos procurarnos una canoa apropiada para el viaje y, además, otro batelón, que nos seguiría después. El subalterno y uno de los Oficiales bolivianos quedaron a cargo de este último, y cuando llegaron al fin a la boca del Heath, donde ya habíamos recibido la bienvenida del comandante, mayor Aldasozo, nos relataron un hecho que pudo haber sido una tragedia. Ambos riñeron, y el subalterno le dió una palmada en el rostro al otro, un insulto mortal en Sudamérica. Que el boliviano se haya contenido y no lo haya muerto ahí mismo, sólo lo puedo llamar un acto de dominio sobre sí mismo digno de alabanza; pero aun así, la expedición perdió sus servicios pues prefirió permanecer con sus compatriotas en la guarnición. El mayor Aldasozo veía con pesimismo nuestras probabilidades de subir por el río Heath.

—Es imposible —decía—. Los guarayos son malos, y son tantos, que aún se atreven a atacarnos a nosotros aquí mismo, a pesar de nuestras armas. Constantemente tenemos que estar alerta. Aventurarse en medio de ellos es 'simplemente una locura.

—De todas maneras, iremos —repliqué.

Él se encogió de hombros y después observó:

—Bueno, si tienen que ir, será por su propio riesgo. De todas maneras, enviaré cinco soldados con ustedes. No puedo prescindir de más, pero algo les ayudarán.

También me prestó una canoa; de modo que Leigh, Costin y yo tomamos una, y los demás del destacamento ocuparon la otra. Una tercera canoa siguió con los soldados y un empleado civil, que pertenecía a la guarnición.

Los primeros cuatro días río arriba no fueron dificultosos. Entonces llegamos a un claro abandonado por los indios, a orillas de la ribera, y comenzaron los rápidos. La marcha se hizo más difícil, y en las orillas vimos huellas frescas de indios. Al sexto día, la canoa de la guarnición nos dejó para regresar a la desembocadura del río. Sin duda alguna, había indios en la vecindad y podían atacar en cualquier momento; pero aun no veíamos otra señal de vida que no fueran las numerosas huellas en la espesura a orillas del río. Al día siguiente, tras un recodo, vimos sobre un banco de arena un gran campamento de indios.

Ladraron los perros, gritaron los hombres, las mujeres chillaron y agarraron a sus chicos y todos se precipitaron de allá para acá. Mujeres y niños huyeron a la selva que orillaba el banco de arena, siguiéndolos sus perros tan de cerca que producían la caída de sus amos. Los hombres agarraron arcos y otras armas, que cogieron de sus cabañas, y se precipitaron a las canoas que estaban a lo largo de la orilla, empujándolas dentro del río con fuerza tal, que el impulso casi alcanzó a dejarlas en la orilla opuesta. Los vimos saltar de las canoas a la orilla cubierta de altos árboles, trepar en medio de una lluvia de tierras y piedras y desaparecer entre el follaje. Entonces su griterío salvaje cedió el lugar al silencio más completo.

Entretanto nosotros impelíamos nuestras canoas hacia adelante tan rápido como pudimos y las encallamos en el banco de arena; pero en cuanto saltó a tierra el primer hombre, hubo del otro lado un estampido de fuego de escopetas, y las flechas zumbaron entre nosotros. Todos actuamos con serenidad; pero el pobre capitán Vargas, que debió resbalar, cayó de espaldas de la canoa al río y tuvo que ser recogido. Los costados de nuestra canoa eran de pulgada y media de espesor; pero comprobé que una flecha había traspasado ambos lados y sobresalía más de un pie atrás. Esto da una idea de la fuerza que la había impulsado.

Empujamos ambas canoas bien afuera en la orilla, de modo que no pudiesen ser arrastradas por la corriente, y nos tendimos a lo largo del banco de arena, mientras las flechas chasqueaban en el suelo, en torno nuestro. Levanté ambos brazos y grité hacia la orilla una frase en chuncho que había aprendido de memoria en Astillero, de uno de los caucheros. Probablemente era comprensible para los guarayos, porque hay cierta semejanza entre todos estos dialectos. El bromista que me la enseñó, sin explicarme su significado, se habría divertido enormemente si me hubiese visto allí, con todas nuestras vidas pendientes de un hilo, comunicando a nuestros atacantes que éramos enemigos, que habíamos venido para matarlos. No es de admirarse de que aumentaran los flechazos.

No comprendo cómo erraban la puntería, pues el río se angostaba en este punto y no había más de veinte o treinta yardas entre nosotros y los indios. Normalmente, esta gente son espléndidos tiradores con arcos, y cuando no están excitados, pueden lanzar la flecha por encima de un árbol y matar con toda facilidad a un animal pequeño que esté al otro lado. Tenían unos pocos fusiles; pero como ya los habían disparado, les resultaba muy molesto volver a cargarlos.

Personalmente no vi flechas, aunque los demás me informaron después que varias veces casi fuí tocado por ellas. Cuando van contra otro parecen venir muy lentas, pero en línea directa no se pueden ver.

Como mi intento de paz resultara infructuoso, movimos las canoas a una posición más segura, lo que logramos sin ninguna baja. Todd entonces fue enviado a sentarse sobre un leño, en medio del banco de arena, un poco detrás del límite del peligro, a tocar su acordeón. Dominaba a la perfección este instrumento, y ésta había sido una de las razones principales para traerlo; y sentado ahí, tocando una tonada tras otra, tan calmado como si estuviese pasando una hora de diversión en una posada inglesa, ofrecía una escena muy cómica. Nosotros, evadiendo las flechas, cantábamos a voz en cuello, mientras Todd tocaba y marcaba el compás con los pies. Cualquiera que hubiese presenciado esta escena habría dicho que todos estábamos borrachos, y la cacofonía le habría producido una molestia espantosa. Todd aporreaba el “Old Kert Road”, Costin, haciendo rodar los ojos y temblándole los labios con el esfuerzo, estaba aseverando a todo pulmón que éramos “Soldados de la Reina”. El doctor vociferaba sobre “Bicicleta para Dos”, en tanto que yo, por lo que recuerdo, contribuía con “Río Swannee”. Alguien, no podría decir quién, prefería “Adelante, Soldados Cristianos”, y el capitán Vargas estaba ocupado sin duda con alguna joya del folklore boliviano.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero me pareció una eternidad. Aun nos olvidamos de las flechas, hasta que de repente noté que Costin, en pleno canto, vociferaba una y otra vez: “Ya — dejaron de disparar — contra nosotros”. Tenía razón; las flechas ya no zumbaban al lado nuestro; en realidad, un rostro oscuro, los ojos redondos por el asombro, nos atisbaba por encima de un arbusto bajo. Después apareció otra cabeza, y luego, otra. Me habría gustado saber en ese momento lo que pensaban los salvajes.

No habíamos disparado un solo tiro. Evitarlo a toda costa había sido la primera orden que di cuando saltamos a tierra, pues si nosotros nos hubiésemos defendido, habríamos sellado nuestro destino. Los salvajes ya debieron darse cuenta de que no habíamos venido con intenciones agresivas y que sólo una interesaba hacer amistad con ellos.

Las gesticulaciones significativas del lenguaje cotidiano en América Latina han evolucionado en un lenguaje de signos tan comprensibles, que se puede entablar una conversación sin pronunciar una sola palabra. Yo caminé hasta la orilla del agua y agité ambos brazos sobre mi cabeza, comunicando así a los indios que iba a atravesar el río. Comenzaron a aparecer rostros detrás de los árboles y tuve la esperanza de que habían interpretado correctamente mis ademanes amistosos.

Una de sus canoas estaba todavía en la orilla, y, después de encargarme a Todd que siguiera tocando, me senté en ella y le pedí al doctor que me empujase. La canoa entró en la corriente, el médico saltó dentro de ella, y en el último momento, el subalterno, corriendo, se unió a nosotros. Entonces pasamos al otro lado, mientras detrás de nosotros continuaba el loco sonsonete con más energía que antes.

Desde la orilla no podíamos ver nada de los salvajes y lo único que sabíamos era que podíamos ser blanco de las flechas y disparos mientras trepábamos por el borde. Cualquier vacilación sólo habría hecho más difícil lo inevitable, y por eso, seguido del médico, salté al tupido pasto y trepé por la ladera en demanda de una mano que me ayudara.

Dos o tres brazos oscuros se estiraron desde el follaje, asieron mis manos y me alzaron por sobre la orilla, al medio de un grupo de cuarenta o cincuenta guerreros guarayos. Pronto el médico estuvo a mi lado y en torno nuestro vimos los rostros inteligentes de estos apuestos y temidos salvajes.

Algunos de ellos tenían escopetas robadas a los colectores de caucho, pero la mayoría estaban armados sólo con los grandes arcos negros, de seis o más pies de largo, y flechas igualmente largas. Unos pocos tenían pintados con jugo de bayas de *urucu* los brazos y rostros en diseños cuadrados y vestían camisas de corteza, con un dibujo a través del pecho hecho con tintura púrpura. Algunos usaban largas túnicas oscuras que les daba un aspecto femenino, otros estaban desnudos.

Hubo muchas risas y parloteos cuando examinaron nuestras ropas, y después nos juraron por la selva más o menos un cuarto de milla adentro, hasta llegar a ver algunas cabañas donde nos esperaba el cacique de la tribu. Solo se me ocurrió un medio para demostrarle amistad. Le coloqué mi sombrero *Stetson* en la cabeza y le pase la mano por la espalda. Sonrió y todos los guerreros que lo rodeaban bramaron de risa: en realidad se reían de todo, fuese o no divertido. Enormes nos trajeron

plátanos y pescado, en calidad de presente, y las relaciones de amistad quedaron sólidamente selladas.

El cacique me guio hasta una laguna en la que flotaban peces de todas clases y tamaños, las aletas afuera, batiendo el agua débilmente con la cola. Estaban aturridos por el efecto de la savia *soliman* que los indios vertían al agua, su sistema favorito para pescar. Como esta savia es un fuerte caustico, cuya más mínima salpicadura basta para destruir un ojo, hay cierto peligro al recolectarla; pero se obtiene casi en todas partes y las precauciones que exige han llegado a ser materia de habito que se inculca a los indios desde niños. Simplemente se vierte al agua, e inmediatamente lo peces de la vecindad se paralizan o pasman y quedan flotando en la superficie. Al parecer el veneno no altera la carne como alimento.

Los guerreros cogieron una cantidad de este pescado para nosotras, y entonces todos volvimos a orillas del río y lo cruzamos hacia el banco de arena donde el resto del destacamento formaba un grupo lleno de ansiedad. Cada efecto de nuestro equipo resulto un motivo de gran interés para los salvajes. Rodearon a Todd para manipular el acordeón, y el, a quien ninguna compañía podía ponerlo perplejo, pronto los estaba llamando “Bill” y “Joe”, explicando su instrumento en el más popular *cockney* y arrancándole gemidos que los hacían gritar de risa. Permitió que un enorme guerrero comprimiera el instrumento, y cuando salió un lamento de él, el indio soltó el acordeón como si tocase fuego y cayó de espaldas, mientras los demás vociferaban burlándose de él. No había necesidad de un idioma común. Ambas partes se entendían perfectamente.

Aquella noche dormimos bien, pues no fue necesario montar guardia. La expedición siempre usaba hamacas cubiertas de largos toldos impermeables que oscilaban entre los árboles, o de trípodes de caña. No hay cama en que se repose mejor, una vez que uno se ha acostumbrado a la postura curva, y yo la he preferido aun en Inglaterra.

Seis indios pasaron la noche junto a nosotros, los únicos de la tribu que encontramos al día siguiente. Los demás, al parecer, se habían ido a la selva, pues estaban todas las canoas y el cacique nos había dejado como presente una cantidad de collares de dientes. Dos de los seis indios se ofrecieron para ayudarnos a bogar río arriba, y yo acepté encantado. Estaban ansiosos por saber si éramos “soldados”—única palabra española que conocían—, pues los soldados eran, con razón, temidos y odiados por ellos. El pobre Vargas llegaba a transpirar por esto y me rogaba que no divulgase su secreto. La ilustración N.º 32 nos presenta estos dos guerreros, uno vestido con una camisa de corteza, sentado, y el otro, de pie, con una túnica de algodón teñida de rojo. Llevan velos, que les di para protegerse de

las nubes de mordaces moscas que hacen particularmente desagradables los viajes en este río.

En la tercera noche, después de dejar el banco de arena, los dos guarayos desaparecieron, llevándose el rifle y la munición de Todd. Este había estado de centinela y se había quedado dormido. Al descubrirse la pérdida, su lenguaje demostró bien claramente que en adelante no confiaría jamás en indios. Oímos tiros de rifles al occidente de nosotros, como si burlonamente nos invitaran a seguirlos. Pero nosotros proseguimos corriente arriba. Todd estaba tan endurecido, que pasaron varios días antes que se dominara, pues se daba cuenta de que muy bien pudo haber perdido su querido acordeón.

Encontramos muchas huellas de indios, pero no vimos ninguno. Probablemente sus aldeas estaban bien lejos del río, en el lado poniente, donde el suelo está en altura, pues en el lado oriente hay maniguas, que se extienden en todo el recorrido, hasta la cuenca del Madidi. Los obstáculos sumergidos eran una molestia; el agua estaba baja y era difícil pasarlos. Entonces, para agravar más las dificultades, llegamos a una serie de rápidos, uno tras otro, hasta hacernos pensar que no se terminarían jamás.

Vimos varias canoas volcadas en la orilla y pasamos bancos de arena con cabañas desiertas, construidas durante la estación seca. Percibimos humo en una altura, donde probablemente los indios estaban ocupados en abrir un claro, pero siempre se mantuvieron fuera de nuestro camino. De vez en cuando oímos voces – un grito o una señal gutural-, pero no vimos indios ni fuimos atacados por ellos. Mientras el capitán Vargas hizo de centinela una noche, aseguro haber visto figuras arrastrándose hacia el campamento, pero sus tiros no confirmaron que fuesen otra cosa que sombras.

Aquí la alimentación fresca abundaba. Cogimos el sabroso pez llamado dorado, de cuatro o cinco libras de peso, y también pudimos cazar unos pocos cerdos salvajes. El peor inconveniente fue la despejelladura de nuestra piel en los pies y piernas a causa de tenerlos sumergidos todo el día en el río, empujando la canoa a través de los rápidos. La piel caía por placas, y la carne viva se nos pegaba a los calcetines, lo que hacía muy doloroso el sacárselos. El médico sospechaba que era producido por un microbio del agua; pero yo creo que esto se podía atribuir más bien a la arena. Sea lo que fuere, el único remedio era el frotar las piernas y pies todas las tardes con alcohol, y resistir la tortura consiguiente. Felizmente aun disponíamos de bastante alcohol dentro de lo reducido de las provisiones. Otra aflicción para algunos de nosotros la constituían los *sututus*, que son las larvas de una polilla o mosca que surgen después de incubarse los huevos que se han adherido a las camisas, e inmediatamente se introducen bajo la piel, generalmente en la espalda. Los

pequeños bichos no podían ser extraídos, sino hasta que estuviese madura la llaga que producían, y aun entonces era un arte cogerlas, pues al ser molestadas se adherían a la piel con sus agudas mandíbulas. A veces ayudaba el jugo de tabaco, pero el matarlos bajo la piel, podía producir envenenamiento de la sangre. Más adelante los indios emprendieron la cura a su manera. Producían un curioso ruido silbante con sus lenguas, y de inmediato la cabeza de las larvas salía de su agujero. Entonces los indios daban a la úlcera un rápido apretón y el invasor era expulsado. Para el médico, esta práctica era inadmisibles y le parecía cosa de nigromancia; pero cuando nos vio aliviados de la tortura de esta plaga, se sometió también al mismo tratamiento.

La marcha se hizo aún más dificultosa cuando cambió el fondo del río, de arena a piedra pulida y cubierta de musgo. Nos resbalábamos y blasfemábamos, lastimándonos las rodillas y cayendo constantemente a lo largo en el agua. Si hubiese habido una esperanza de qué más lejos la marcha fuese más aliviada, había sido soportable; pero por lo que sabíamos, cada vez sería peor. Sin embargo, había que realizar el viaje, y nuestra recompensa sería el valioso dato geográfico que se iba a adquirir por primera vez.

¡Salvajes! gritó un día Costin, mientras él y yo bogábamos hacia el pie de un rápido, en tanto que Leigh había vuelto atrás para ayudar en la segunda canoa. Allí, frente a nosotros, mayor.

Apuntaba a un banco de arena, a media milla de nosotros, y vi ocho figuras bronceadas, mirándonos atentamente.

—Vuelvan hacia la orilla —le dijo. ¡Rápido! . . . Ahora esperen aquí en la canoa y yo avanzaré para ver si puedo hacer amistad con ellos.

Llevar rifles habría sido señalarse como enemigo. Por eso me adelanté con las manos vacías, haciendo ademanes amistosos, esperando casi verlos girar y desaparecer en la selva. En lugar de eso, se esparcieron en semicírculo, prepararon las flechas en sus arcos y avanzaron lentamente hacia mí. Era una situación delicada, pues parecían hostiles; pero el amor propio me prohibía la retirada. Cuando estuvieron a unas cien yardas de distancia, demostraron gran excitación, y mirando hacia atrás vi que la otra canoa había aparecido en el recodo. Cuando me volví otra vez hacia los indios, ya me habían vuelto la espalda y se dispersaban corriendo en busca de un refugio.

Corrí tras ellos, pero me detuve a unas cuarenta yardas del punto en que desaparecieron, y en vano les hice señas para que salieran, aun empleando unas pocas palabras amistosas que aprendí de los guarayos. Después, indicando a

Costin que trajese algo de azúcar y otros pequeños artículos de la canoa, los mantuve en alto para que los pudiesen ver, y, colocándolos sobre una roca, retrocedí. Después de breve espera, salieron los indios y se acercaron para examinar los objetos. Luego caminaron hasta la orilla de la selva, dejaron sus armas en el suelo y vinieron hacia mí. Nos aceptaban como amigos.

Perteneían a una pequeña tribu llamada los *echocas*, que tenían una gran plantación en la cercanía, de la cual nos obsequiaron mandioca, maíz y plátanos. También nos proporcionaron pescado e insistieron en ayudarnos a arrastrar las canoas hasta que llegamos frente a su enorme choza comunal. Pasamos la noche con ellos y disfrutamos de su espléndida hospitalidad.

Al día siguiente dejamos las canoas con nuestros nuevos amigos y continuamos a pie, llevando los paquetes y acompañados en parte del recorrido por los indios. Con gran sorpresa mía, me indicaron dónde habían luchado con los recolectores de caucho; esto me admiró, pues no habría sospechado la presencia de colectores de caucho arriba en el río; en realidad no habíamos esperado encontrar ningún signo de civilización después de abandonar el Madre de Dios.

Sabía que no estábamos lejos del Tambopata, y mi intención era cruzar hacia ese río, realizar la labor necesaria y entonces completar el círculo, construyendo balsas y bajando hasta Astillero. La alimentación todavía era abundante, pues en cada charco había pescado, y casamos dos tapires, cuya carne, semejante a la de vacuno, nos pareció excelente. A lo largo había plantaciones de los *echocas*, que nos proveyeron abundantemente de legumbres y fruta. En realidad, la generosidad de estos bondadosos salvajes era casi desconcertante. Ya habíamos alcanzado las colinas y comenzamos a soportar de noche las molestias de los murciélagos vampiros. Todd, Vargas y yo fuimos mordidos en la cabeza y en los dedos del pie, y Costin, en la yema de los dedos de una mano. En las mañanas despertábamos encontrando nuestras hamacas saturadas de sangre, pues toda parte de nuestras personas que tocaba el mosquitero o sobresalía de él era atacada por estos repugnantes animales. Es un error pensar que jamás molestan al hombre. Una noche sentí a uno en plena labor. Hizo zumbir sus alas dulcemente en mi cara antes de asentarse sobre mí, y tuve que hacer un esfuerzo para sacudirlo, pues mi propensión, según observé con interés, era dormir y dejarlo proceder. Las variedades grandes y pequeñas emplean la misma táctica, y son tan peligrosas para caballos y mulas, que muchas veces se produce la muerte por repetidas pérdidas de sangre o por septicemias.

El 14 de septiembre llegamos a un punto en que el río no era más ancho que un arroyo, uno a dos pies, y descendía de empinadas colinas boscosas, difíciles de

escalar. Después de realizar las observaciones necesarias, volvimos sobre nuestros pasos hasta alcanzar un lugar conveniente para cruzar hacia el Tambopata. Antes de pasar al otro lado nos encontramos con los *echocas*, que nos proveyeron de más alimentos y aun nos acompañaron hasta llegar a la vista del Tambopata. Después de dejarnos, dimos con un sendero que nos llevó hasta un claro en que estaba la barraca cauchera Marte.

Encontramos a Marte en estado de inanición. A un costado, en un galpón inmundo, yacían unos treinta indios en distintos estados de postración, pútridos con pústulas y otras enfermedades, mientras el señor Neilson, un boliviano de ascendencia escandinava que administraba el lugar, tenía sólo un kilo de maíz como provisión. Quiso que se lo aceptásemos. Los trabajadores habían subsistido con hojas y pasto por algún tiempo; sin embargo, en el Heath, un poco más allá de donde habían penetrado los recolectores de caucho, había alimentos en abundancia, pues el río estaba lleno de peces y abundaba la caza. El temor a los indios salvajes los mantenía lejos, y uno no podía dejar de observar en ello la inevitable consecuencia de la ley de causa y efecto. ¡Ahí estábamos nosotros, que habíamos tratado a los salvajes con consideración, rollizos con la buena comida que nos había proporcionado esa misma gente! Que el arroyo de arriba, más allá de las colinas, era el Heath y que los indios de allí estaban dispuestos a ser amistosos eran hechos completamente desconocidos para estos caucheros, y se sorprendieron al saberlo.

Marte estaba unida a la barraca principal de San Carlos por un sendero impropio para animales, pero en todo caso mejor que nada. Estaba a unas treinta millas, y nosotros empleamos dos días para llegar allí. Desde San Carlos el camino mejoraba algo, y nos llevó a Sandia y al Altiplano. Antes de llegar a San Carlos encontramos una expedición de seis *echo-cas*, cargador de canas de azúcar, provenientes de una plantación abandonada, e insistieron en que les aceptásemos una buena parte de ellas.

San Carlos estaba bastante desprovisto de alimentos, aunque mejor que Marte. El administrador del lugar, un inglés casado con una boliviana, había tenido una larga experiencia en la industria del caucho en el Beni, e imagino que sus métodos para tratar a los obreros los había aprendido allí. Al año siguiente averigüé más sobre este lugar. De él pudimos conseguir un poco de maíz y chuno (patatas congeladas), pero tuvimos que pagarle una buena suma. Mientras los demás permanecían en la barraca para recobrase de sus distintas enfermedades, Costin y yo caminamos río arriba hasta su confluencia con el Lanza, punto importante de la delimitación de la frontera.

Muchos de los peones indios de San Carlos eran geófagos, condenados a morir después de uno o dos años de este hábito. Una de sus víctimas había sido enviada poco tiempo antes con una carga de plátanos y carne para mantenerlo caminando; pero en el camino fue sorprendido haciendo tortas de lodo para el desayuno. Murió antes de llegar a su destino. El capitán Vargas había sufrido bastante con la expedición y no estaba dispuesto a bajar por el río a Astillero; por eso nos dejó aquí y se puso en camino, de regreso a su hogar, por el sendero de Sandia. Era un excelente compañero y nos apenó verlo partir.

Volviendo a Marte, construimos tres balsas y nos embarcamos en una salvaje expedición de dos días, bajando de Tambopata a Artillero; salvaje, porque atravesábamos un rápido tras otro, una experiencia espeluznante en una corriente de treinta millas por hora, en que el río normalmente de treinta yardas de ancho, se reducía en una extensión de medía milla, a solo la quinta parte de ese ancho, dando al agua un efecto de tubo “*Venturi*”. Leigh y yo íbamos en una balsa, el subalterno y el médico, en otra, y en la tercera, Costin y Todd. Nosotros pasamos sin ningún contratiempo; pero los demás naufragaron varias veces., y Costin y Todd aun tuvieron que ser sacados del agua por los indios chunchos, que los alimentaron, acamparon y ayudaron a reparar la balsa. Río abajo, había muchos chunchos, y un poco arriba del astillero pasamos por una de sus aldeas y vimos al jefe, que usaba orgullosamente un sombrero de hongo.

Todo aficionado a las emociones debería tratar de viajar en balsa por estas corrientes montañosas. Requiere habilidad y evitar los obstáculos y las rocas; la corriente oleaginosa lo lleva a uno deslizándose hasta el borde de enormes precipicios y de pronto se ve al frente que las paredes de los riscos se angostan y el río cae desapareciendo de la vista. Si no se conoce el río, como era el caso nuestro, no se puede saber si viene una cascada o un rápido; pero la corriente lo arrastra cada vez más ligero, y ya junto a la orilla se puede ver que se trata de una corriente en declive, en el que el agua baja con una velocidad terrible. De repente se está dentro de ella, y entonces ya no queda tiempo para sentir miedo!

Al impulsar el barco o balsa con la pértiga, hay que hacerlo con sumo cuidado, especialmente en los rápidos. El arte consiste en mantenerse junto a la orilla, y alejarse de las rocas y obstáculos bastante antes de alcanzarlos. El hombre debe evitar que la pértiga este directamente al frente de su cuerpo, pues puede ser atravesado por ella. Estas cosas han sucedido.

En Astillero, no crecían árboles, y nuestras balsas llegaron con gran oportunidad para un destacamento que esperaba bajar a Maldonado. Nuestro amigo escocés Angus nos brindó una entusiasta bienvenida, nos alimentó en su casa, en una forma

que resultaba exuberante después de la escasez del Tambopata superior y también nos consiguió mulas. Todd perdió uno de sus calcetines y comprobó que el cocinero lo había cogido para preparar café. Hablo en serio; para eso estaba siendo usado. Un método popular en Sudamérica para preparar café consiste en colocarlo en una bolsita y luego verter agua caliente a través de ella. El calcetín de Todd hizo las veces de bolsita, y, aunque haya desempeñado su objetivo perfectamente, prescindimos de beber café durante el resto de nuestra permanencia allí.

Angus nos proporcionó noticias del capitán que había sido enviado al Chaco. En el camino de Santo Domingo había expropiado la provisión total de pan de un pobre indio, sin la menor idea de cómo éste pudiera reponerla, y le arrojó en cambio el equivalente a un chelín. Después trató de expropiarles un caballo a cuatro indios, que con buen éxito se opusieron. Su desquite consistió en enviar un largo informe oficial al prefecto sobre la insolencia de los cuatro hombres y de su maquinación contra él, en circunstancia de que sólo trataron de evitar lo que para ellos habría significado la pérdida de una fortuna. Los ingleses, de costumbre, se conducen muy bien en estos países; pero actos como éstos, realizados por uno o dos, sólo se borran después de muchos años. Oí posteriormente en La Paz que el capitán había regresado a Inglaterra con el oficial que estuvo con él en el Chaco, donde la expedición fracasó por completo. Ambos hombres habían sido condecorados por sus trabajos topográficos en el África, y me atrevo a pensar que el standard para tal trabajo en ese continente no puede haber sido muy elevado. Para las condiciones de Sudamérica eran por completo incompetentes.

Disolvimos el grupo en La Paz el 25 de octubre. Leigh, Todd y el médico regresaron a su patria; el subalterno se empleó en la Cía. de Caucho Inambari, y supe después que pereció ahogado allí, y Costin y yo nos quedamos para la labor del próximo año. Como expresaba Costin: “¡Es un verdadero infierno, pero a uno le acaba gustando!”



CAPÍTULO XIII

EL TECHO DEL MUNDO

COSTIN Y YO NOS REUNIMOS con un muchacho excelente, llamado Manley, que había trabajado para mí en Inglaterra. Era de Devonshire, experto en caballares, y demostró su valía una y otra vez; en realidad, él y Costin eran los únicos asistentes que yo podía considerar siempre como completamente seguros y adaptables, y jamás he deseado mejor compañía.

A principios de abril de 1911 partimos de La Paz y cruzamos por el lago Titicaca a Juliaca, en Perú, situada en el Altiplano. La interesante y antigua ciudad colonial española parecía muy activa con el intenso y permanente movimiento de carga en los patios del ferrocarril del sur del Perú, pues es un eslabón en la “Diagonal de Hierro” de la ruta ferroviaria internacional, que conecta la costa del Pacífico con Bolivia y Argentina.

Imaginad una ancha llanura extendiéndose de horizonte a horizonte, bordeada de montañas rojizas y blancas hileras nevadas verde con el pasto de las praderas y las pequeñas manchas del suelo cultivado. ¡Eso es el Altiplano! Aquí, cerca de Juliaca, hilillos de agua orlados de cañaverales llegan de los pantanos a orillas del lago, guarida de los ánades y otros pájaros acuáticos. Las balsas nativas, indispensables en el Titicaca, reposar inmóviles o se deslizan bajo la acción de sus velas de junquillos, y por todas partes se ven indios, con sus ponchos y

EXPLORACIÓN FAWCETT

gorros tejidos con orejeras; un pueblo vigoroso, dominado, ocupado sólo en sus propios asuntos.

Desde noviembre hasta mayo las lluvias azotan el Altiplano, y donde cae el rayo saltan remolinos de polvo como estallidos de granadas. Frecuentemente se pierden, vidas durante el cañoneo de las tormentas, pero éstas son tan regulares, que se aprende a conocer la hora en que debe esperárselas. Es helado en la estación lluviosa, a 12.000 o más pies, y los días son crudos, excepto cuando se abren las nubes y un sol agradable seca los costados de las montañas húmedas. Pero el verdadero frío —el frío mordaz y despiadado, que puede causar la muerte de un hombre— llega a la estación seca, de mayo a noviembre, cuando el termómetro desciende a bajo cero en la noche. En cambio, la temperatura bajo el impetuoso sol de mediodía puede subir a más de 112 grados F., sin que uno se dé cuenta del calor que hace, tan seco es el aire. En la noche, las estrellas son una gloria. Se ven constelaciones, que en un aire más denso, al nivel del mar, son imposibles de percibir a simple vista, y si el cielo está despejado, no hay noche realmente oscura : ¡tan grande es su iluminación!

Nuestra primera labor fue la delimitación de la frontera entre Perú y Bolivia, en la parte en que estos países colindan a orillas del Titicaca, y la marcamos sobre las montañas desde allí hasta la montaña o región forestal, a los pies de las laderas orientales de la cordillera. El mayor peligro lo constituían los perros. Tengo cariño a los caríes y siempre nuestro destacamento iba acompañado de una cantidad de ellos —supliendo en carácter lo que les faltaba en pediré; pero los numerosos perros, que pertenecían a las aldeas aimaraes y quichuas de las montañas, estaban adiestrados para atacar a los extranjeros. No se les podía detener con palos. Por fin descubrimos que los ataques cesaban si llevábamos una cuerda con nosotros. Esos perros no se inquietaban por los palos, pero sentían un saludable respeto por las cuerdas, porque con ellas azotan a los cachorros para enseñarles disciplina.

Gaspar González, joven oficial boliviano, se unió a nosotros en Juliaca, y llevamos a cabo una mensura de triangulación, un grado al este de la principal cordillera de los Andes, pasando casi tres meses en esos altiplanos. Por la noche, el frío se hacía casi insoportable —bajando regularmente hasta 22 grados Fahrenheit dentro de nuestras tiendas—, y al llegar la mañana, nuestros pies estaban tan helados, que el caminar se convertía en un tormento hasta que se nos deshgelaban. Cuando el sol estaba alto, el calor aumentaba considerablemente, causándonos quemaduras que se nos ampollaban, hasta que nos acostumbramos a soportarlo. No pensábamos en afeitarnos... ¡porque junto con la barba nos habríamos arrancado también la cara!

EXPLORACIÓN FAWCETT

Los perros de las aldeas servían de protección a gente hospitalaria, que no podía ser más bondadosa. Los subprefectos y otras autoridades nos atendieron pródigamente, con carnes secas, caldos y papas congeladas, y nosotros retribuimos con banquetes de campaña, brindando té y ron, champaña y queque genovés. En la mayoría de los lugares nos detuvimos para presentar nuestros respetos al cura de la aldea, que nos atendió en la rectoría con un vaso de vino de misa.

Una de nuestras mulas de carga, conocida como “Chúcara”, era un animal fino, pero no estaba acostumbrada a la montura. Manley codiciaba esta bestia como cabalgadura, y emprendió su amansamiento. La ensillamos sin dificultad y nos aproximamos por el lado ciego ----sólo tenía un ojo—, y mientras la sosteníamos se montó en ella. La soltamos, haciéndonos a un lado. Por un minuto no sucedió nada; se quedó completamente inmóvil. Después, la “Chúcara” entró en acción y Manley no se dió cuenta de lo que pasaba, pues, con rapidez increíble, la mula se lanzó al aire, la cabeza gacha entre las patas delanteras, y Manley salió disparado sobre el cuello, cayendo pesadamente en tierra a unas diez yardas de distancia. No creo que ni el más experimentado vaquero hubiera podido montar en aquel macho sin rodilleras. Manley no se rompió ningún hueso, pero recibió una buena sacudida y desechó toda idea de amansar a la “Chúcara” como animal de silla.

El *sorojche* ----enfermedad de las montañas adoptó en nosotros la forma de dolor de estómago, y mientras perduró su malestar, instalamos nuestro centro de operaciones en Cojata. Era un lugar miserable, azotado por horribles ventarrones, y durante el invierno yacía bajo nieves constantes; pero tenía la ventaja para nosotros de ser la aldea más próxima a la cordillera, y de ella salíamos todos los días a realizar nuestra labor. Las tardes eran dedicadas a festejar y ser festejados, formalidad muy necesaria en estos lugares si se desea disfrutar de la cooperación de las autoridades locales.

Aquí abundaban las vizcachas. Estos animales se asemejan en aspecto y tamaño a los conejos, a excepción de su cola peluda, que se parece a la de las ardillas, y de su piel, del color de las chinchillas. Saltaban por miles entre las rocas, en las laderas de las montañas, y la gente de la localidad las consideraba buen alimento. Me admira que la industria peletera no haya acaparado estos animales, pues su piel es infinitamente superior a la del conejo y se encuentra en todas partes del Altiplano.

Nuestra primera detención, después de dejar Cojata, fue Pelechuco. Este lugar contrastaba favorablemente con las aldeas de la puna o altiplano, porque había abundancia de vegetación, y, a pesar de estar a 12.000 pies de altura, crecían

EXPLORACIÓN FAWCETT

profusamente los geranios silvestres, las fucsias, pensamientos y rosas. El gran cóndor de Sudamérica reina cerca de aquí a sus anchas. El señor Carlos Franck, un hermano boliviano con quien estuvimos, nos habló mucho de ellos. Como se sabe, son las aves más grandes que se conocen, y el cóndor-rey a menudo alcanza hasta catorce pies de ala a ala. Rara vez descienden más abajo de quince o dieciséis mil pies, a no ser que sea para llevarse una oveja o y esto ha ocurrido realmente un niño. Su fuerza es asombrosa. Un cóndor herido fue visto arrastrando una mula, y cerca de Pelechuco, un hombre adulto fue arrastrado cerca de veinte yardas por un cóndor. Pero generalmente atacan a las ovejas de las montañas, que son más bien pequeñas; las llevan a las alturas, mil pies o más, y después las dejan caer para devorarlas calmadamente.

Carlos Franck, que conocía estas montañas como la palma de su mano, presencié una vez un concilio de cóndores reales. Un gran círculo de solemnes aves rodeaba a dos enormes cóndores negros y a uno blanco más grande aún, que parecía ser el jefe. Franck había deseado ya desde mucho tiempo uno de los escasos cóndores blancos como trofeo de caza, y fue lo bastante imprudente como para dispararle. En el acto se disolvió el círculo de pájaros y dos se arrojaron inmediatamente sobre él, de modo que se vio obligado a botarse de espaldas y golpearlos con el rifle cuando se le precipitaron encima. Escapó, pero lo siguieron mientras bajaba por el sendero pedregoso y estrecho de la escarpada falda de la montaña, tratando de hacerlo caer al abismo con el golpe de sus alas. Se consideró muy afortunado por haber escapado sin mayores consecuencias.

En la aldea de Curva, no muy lejos de Pelechuco, habitaban los peculiares gitanos indios de Sudamérica, conocidos como brujos o *callahuayas*. Como los vascongados de Europa, su origen se ha perdido en las nieblas del tiempo. Recorren todos los Andes, son veterinarios, herbolarios o adivinos y generalmente se les reconocen poderes ocultos.

Mi hija, a la que usted ha conocido —me decía Franck—, sufría, cuando niña, de una enfermedad a las caderas; en realidad, era una lisiada. Sé que usted difícilmente lo podrá creer, pero escuche esta historia de su curación.

”Yo la había enviado a Alemania para ver lo que se podía hacer por ella. ¡Pobre muchacha! Fue sometida a cuatro operaciones, pero no por eso mejoró en lo más mínimo, y perdimos las esperanzas de que pudiera aliviar alguna vez. Entonces, un día, después de su regreso a Pelechuco, nos visitó uno de estos callahuayas y se ofreció para sanarla, a cambio de una buena remuneración, pero con la condición que “si no sanaba, no se pagaba”. . No quiero entrar en detalles sobre las

mixturas que me ordenó preparar, porque eran tan horripilantes, que lo harían vomitar, y, si yo no hubiese tenido absoluta confianza en el poder de este misterioso pueblo, no me habría atrevido a dársela a la niña. Sin embargo, la hice y se la suministré en forma de infusión. Ella, desde luego, no tenía idea de lo que era, y, créame, en una semana, ¡no más de una semana!, estaba perfectamente sana y se ha mantenido así desde entonces.

— (Y usted cree que fué la receta calahuaya lo que la sanó? —le pregunté.

— ¿Qué otra cosa pudo haber sido? El caso de la niña no tenía esperanza, y aún los hábiles especialistas de Alemania fueron impotentes para ayudarla en algo.

—Suenan a cosa fantástica; parece una narración de las cosas que sucedían en la Edad Media.

—Viviendo en estos lugares retirados, muy próximos a la naturaleza y lejos de la precipitación y bullicio del mundo exterior, se experimentan cosas que un forastero puede considerar fantásticas, pero que para nosotros son comunes. Le narraré otra historia sobre un callahuaya que usted podrá comprobar fácilmente, porque ocurrió la semana pasada.

"¿Ha observado una choza solitaria, al Costado del sendero antes de llegar a Pelechuco? ¿Sí? Pues bien, estaba ocupada por un funcionario de aduana que vivía solo, acompañado únicamente por un sirviente nativo o pongó, al que trataba terriblemente mal. Era una cosa sorprendente que el pongó permaneciese con él, pero tal vez había una razón que nosotros ignoramos. El caso es que el funcionario sorprendió a su sirviente comiendo raterías, lo amarró, le pasó una cuerda debajo de los brazos y lo descolgó, desde el puente de piedra frente a su casa, dejándolo justamente sobre la catarata. Se cortó la cuerda y el pongó cayó al rugiente torrente, que lo arrastró hasta la catarata y se ahogó.

"Tres noches después, el funcionario estaba sentado en su cabaña, con las puertas y ventanas cerradas, cuando una piedra golpeó la muralla detrás de él y cayó al suelo. Se levantó alarmado, y por un instante pensó que alguien había lanzado una piedra desde afuera contra la cabaña, pero la piedra estaba allí sobre el piso, en el interior. ¿Cómo pudo haber entrado? Entonces otra piedra, una grande, cayó con estrépito sobre la mesa, e inmediatamente se oyó un ruido de cosas que se hacen añicos al caer una tercera en medio de su loza.

"Cogió el rifle y voló a abrir la puerta, listo para disparar a cualquier movimiento que notara en la obscuridad. Su radio visual era bastante limitado, pero apenas tuvo tiempo para volver la cabeza, cuando una piedra lo golpeó en la frente.

EXPLORACIÓN FAWCETT

“Tambaleándose, retrocedió, mientras la sangre le afluía de una gran herida, y cerró con estrépito la puerta.

”Al día siguiente, vino a mi casa a solicitar ayuda. Juntos bajamos a la choza y me mostró las piedras en el piso; eran guijarros de río del tamaño de su puño. Lo acompañé hasta el atardecer, y en cuanto obscureció comenzó otra vez el lanzamiento de piedras. Parecía que los guijarros venían derechos a través de la ventana con los postigos cerrados, o de la pared delantera e iban dirigidos al funcionario, como si viniesen de gran distancia. Asombrado, y, para decir la verdad, asustado, murmuré: “Es el diablo el que está haciendo esto”, y en el acto las piedras comenzaron a venir dirigidas a mí. Me fue absolutamente imposible explicar el misterio, y tan increíble es todo, que no espero que usted pueda creer esta parte de la historia. Yo tampoco la creería, si no me hubiese encontrado allí como testigo ocular.

”El funcionario no pudo seguir viviendo allí, y durante tres meses quedó la choza desocupada, pero durante ese período, varios aldeanos temerarios bajaron a ella, para presentarse por sí mismos el lanzamiento de piedras, ¡y lo vieron! Puede interrogarlos si gusta. Entonces, sólo en la semana pasada, un callahuaya visitó Pelehuco y se le pidió que apaciguara al fantasma. Quemó hierbas en el umbral y cantó durante algunas horas ininteligibles mantras, después embolsó sus honorarios y se marchó. Desde aquel día no arrojaron más piedras y el funcionario está viviendo allí otra vez.

No me sentí inclinado a descartar la historia de Franck como una mentira, pues ya había oído en otras partes sucesos similares. Parecen ser genuinas visitas de ánimas o aparecidos, no muy escasos en las regiones montañosas andinas. El vicario de Jauja, en el Perú central, me contó que él fue llamado a ahuyentar un ánima que bombardeaba a un trabajador cholo y a su familia, en una choza en los lindes de la ciudad. Todo había sido golpeado por las piedras y una niña tenía magulladuras en todo el cuerpo. Lo más extraño era que las piedras lanzadas venían de una distancia considerable, pues eran de un tipo que no se encontraba en un radio de muchas millas de Jauja. El vicario fracasó por completo en poner fin a las apariciones. No sólo estaba atemorizado, sino que se encontraba ante algo no reconocido ni previsto en su religión. Con el tiempo, el fantasma cesó sus actividades y la paz volvió a reinar en la choza. Jamás se pudieron indicar las razones de este extraño suceso.

Poco dispuestos estábamos a dejar el hospitalario techo de Carlos Franck, por los helados vivaques de las alturas, pero, con el fin de obtener varios puntos de triangulación al norte, a lo largo de las laderas orientales de la cordillera, fue

EXPLORACIÓN FAWCETT

necesario abandonar Pelechuco. Una granja de Franck quedaba en nuestra ruta, cerca de Queara, y aquí gozamos de otra prueba de su hospitalidad. También fuimos objeto de la serenata de un gran grupo de indios borrachos, que danzaron fuera de la caca, una noche y un día entero, entre intervalos para beber kachasa.

Los habitantes indios de Pelechuco, Muñecas y Apolo vieron en las actividades de la Comisión de Límites que trabajaba en favor de Perú un intento para invadir su país, y el ardor patriótico amenazó crear una situación muy delicada. Nosotros, por otro lado, como representantes de Bolivia, éramos héroes que habíamos venido para repeler la invasión, y en todas partes clamaban por armas para vengar el honor nacional. El hecho de que la otra comisión destruyera posteriormente algunos de los montones de piedra numerados, que yo había erigido para puntos de referencia del plano, demostraba claramente que el resentimiento no era sólo de los completamente ignorantes.

De Queara trepamos a la fuente del Tambopata, acampando a una altura de 17.000 pies y sufriendo las torturas del frío. En un paraje en el paso descubrimos que todas las agujas de las brújulas estaban completamente neutralizadas, dentro de un radio de más o menos media milla, y esto nos hizo pensar que existía un considerable depósito de hierro.

De todos los caminos espeluznantes que yo encontré en los Andes bolivianos, el de Queara a Mojos es el peor. Las cuestas eran tan empinadas, que casi se hacían infranqueables y en muchos lugares los torrentes aumentados por las lluvias habían arrastrado secciones enteras, teniendo que salvar nos- otros grandes quebradas. Durante esta excursión perdimos la mitad de nuestras veinticuatro mulas de carga en diversos accidentes. Fue una gran suerte que no muriera nadie del destacamento. Había pasos tan angostos que, aunque los animales iban por la orilla del sendero, la carga de la mula a menudo chocaba con las rocas salientes y la lanzaba al precipicio. Una de ellas cayó desde cien pies de altura al abismo, donde quedó tendida entre dos rocas, muerta, con las cuatro patas al aire y rodeada de las astilladas cajas de provisiones. Otra cayó desde cien pies y quedó cogida con su carga entre dos árboles. Allí pendía muy alto sobre el suelo, indiferente a todo, hasta el punto de mordisquear todo lo que estuviera a su alcance. Como no podíamos libertarla, nos vimos obligados a matarla a tiros.

Toda la región, en la vecindad de Mojos, es rica en oro y es difícil comprender por qué la aldea misma estaba abandonada. Muy arriba de ella, en el costado de la montaña, había otra aldea despoblada, donde el clima era espléndido y la vista incomparable; no quedaban más de cinco familias de indios y no había

EXPLORACIÓN FAWCETT

actividad ninguna. Sin embargo, me sorprendería si este lugar no volviese a ser un centro de explotación de minas de oro.

Ascendiendo montañas y bajando a los fértiles valles, seguimos el curso del río Queara, hasta su confluencia con el Pelechuco, donde se transforma en el Tuiche. Después trepamos por un empinado sendero muy arriba sobre el río, hasta la pequeña aldea de Pata. Sólo había cuatro pequeñas granjas y como una docena de habitantes, pero el corregidor nos dio la bienvenida y nos instaló en una cabaña, donde nos atacaron legiones de pulgas. Como no había agua en la aldea, cada gota era traída del río, 2.000 pies más abajo.

La gente retrógrada de estos villorrios aislados y de las comunidades forestales considera que todo visitante extranjero es necesariamente un médico. En verdad, uno adquiere ciertas nociones fundamentales de medicina y de primeros auxilios, pues en el despoblado la confianza en sí mismo es una virtud, y esto muy bien se puede mirar como una habilidad en los lugares donde no es posible encontrar conocimiento especializado. Muchos de los misioneros que penetran en estos lugares son competentes profesionales médicos, y así no es raro que al llegar a una aldea uno sea llamado a atender a los enfermos. Esto me ocurrió en Pata.

Una mujer de la población sufría las torturas de una mano seriamente infectada, y su familia me rogó que la operara. Costin sujetó su cabeza y brazos en una frazada, Manley se encargó de las piernas y me pasaba los instrumentos, y yo, sordo a sus gritos apagados, me puse al trabajo. Tuve un éxito total, y al día siguiente la paciente vino muy agradecida a preguntarme cuánto me debía. Su sorpresa no tuvo límites al saber que no exigía remuneración, pues esta gente no estaba acostumbrada a recibir ningún servicio o favor sin que se le cobrase una suma extravagante. Su hijo insistió en que lo menos que podía hacer en recompensa era comunicarme el secreto de una mina de oro que había descubierto.

En los antiguos registros peruanos de la provincia de Charlas, esta mina está clasificada como inmensamente rica. Su ubicación se perdió en 1780, cuando el cacique de Tungazuque, José Gabriel Tupac-Amaru, incitó a los indios a rebelarse contra el dominio español, y todas las minas al este de la cordillera fueron encubiertas y destruidos los caminos que conducían a ellas.

Mi informante volvía de un mercado local, y para evitarse molestias con los animales de carga, en una parte especialmente mala del camino tomó por un atajo en cierto arroyo que me indicó. Repentinamente él y los dos indios que lo acompañaban se encontraron frente a varios pequeños túneles en la ladera de la

EXPLORACIÓN FAWCETT

montaña que, por las pilas de mineral recubierto de maleza, demostraban ser antiguos trabajos de minas. Entraron y hallaron en el suelo herramientas enmohecidas y moldes, dentro de los cuales se vertía el oro una vez fundido. Jamás tuve tiempo de visitar el lugar, y no me parece probable que haya sido encontrado por alguien.

Aunque a comienzos de la Colonia estaban registradas todas las minas existentes, muy pocas de ellas fueron vueltas a descubrir posteriormente. No son desconocidas sus ubicaciones, pero los indios mantienen el secreto y nada los reducirá a hablar, excepto en unos pocos casos, cuando la información ha sido proporcionada en gratitud por algún acto de bondad. En el cruel pasado, la tortura no obtenía nada. No podría decir cuánto éxito hayan tenido algunos sacerdotes inescrupulosos con las armas de la superstición y el terror, pero creo más bien que los indígenas aún tienen mayor respeto por sus antiguos dioses que por el infierno de los cristianos.

Cuenta la tradición que los indios amontonaron un gran montículo sobre el pozo de la mina Sunchuli, que era de una riqueza fabulosa. La gran mina de San Juan de Oro no ha vuelto a ser descubierta. Está en alguna parte, a unos 13° 50' sur, entre las curvas de los ríos Inambari y Tambopata, y para apreciar su valor se la compara con la Olla de Oro, mina ubicada en las laderas orientales del Illimani, cerca de La Paz. David Bricker, un americano enérgico, ingeniero y explorador de minas, oyó hablar de la Olla de Oro y partió a buscarla. Después de una investigación prolongada y minuciosa, llegó a un lugar en que una leve caída del risco había dejado a la vista un pequeño agujero; penetró arrastrándose sobre el estómago y descubrió que era el socavón de una mina, con no menos de veintiocho galerías. Había descubierto la mina con que hizo su fortuna, pues el mineral excedía de cincuenta onzas por tonelada.

Se ha prestado a especulaciones el definir de dónde obtenían los incas sus enormes tesoros de oro y plata. Algunos consideran que eran la acumulación durante siglos de los lavaderos de oro en los ríos, mientras que otros creen que la riqueza extraordinaria de las minas fue causa de que, estos metales, tan raros en otras partes, fuesen empleados por ser tan fáciles de conseguir en abundancia. Yo participo de esta última creencia. El valor artificial del oro y la plata fue creado por los conquistadores españoles, antes de cuya llegada las virtudes de estos metales consistían en su facilidad de ser trabajados y en su hermoso aspecto. Hasta ahora la plata no se considera en Perú como un metal precioso.

Mi éxito como cirujano me proporcionó otro paciente, la mujer del corregidor, que, por lo que pude ver, sufría de un tumor o cáncer interno. Su marido me rogó

EXPLORACIÓN FAWCETT

que la operase, pero considerando mis limitados conocimientos, no me atreví, pues temí que me consideraran responsable si moría. En realidad, falleció sólo tres días después, y a menudo me he preguntado si hice bien en haber rehusado la petición.

Dejamos Pata y llegamos a Santa Cruz, otra aldea despoblada, aunque aquí la razón era una extraña enfermedad que había aparecido en los últimos cinco años. Los síntomas comenzaban con vómitos de sangre y terminaban en la muerte, después de una fiebre alta. La región quedaba en el centro de una excelente zona de cafetales y había fruta en abundancia, pero las serpientes de cascabel estaban en todas partes y constituían un peligro constante.

Acampamos en el portal de una iglesia, mucho más grande de lo que correspondía a un lugar tan pequeño, y los pocos aldeanos residentes, a pesar de lo indigentes que eran, nos brindaron el generoso recibimiento usual. Era evidente que nosotros estábamos mejor provistos que ellos, además éramos forasteros y extranjeros; sin embargo, estos cholos pobres e ignorantes estaban listos para desprenderse de lo poco que tenían en pro de la hospitalidad. Este fino instinto languidece en la esterilidad de lo que nos gusta llamar civilización, pero forma parte de la naturaleza de los pueblos primitivos o atrasados, a quienes acostumbramos mirar como una manifestación inferior de la vida humana. Sin duda, es una de las virtudes fundamentales en las que descansa la verdadera nobleza del carácter, y los que la poseen no deben ser mirados en menos.

Prodigamos chocolates y queques a los niños, y tuvimos ocasión de salvar a uno de una serpiente de cascabel, lo que sirvió para retribuir en algo las bondades recibidas. Incidentalmente un inglés en Apolo, me conto que aquí en Santa Cruz habían dado muerte a una cascabel de siete pies de largo, la que resulto tener cuarenta y dos cascabeles, esto es según creo, veinte más que el record oficial. Tan numerosa es esta plaga, que el recoger café, se torna muy peligroso, y este café es muy solicitado, pues los expertos lo consideran como el mejor que existe.

Apolo, nuestra parada siguiente, fue en su tiempo el centro de una extensa población india y la primera misión en la selva del antiguo Perú, después de la conquista. Está en medio de una llanura muy fértil, y sin embargo, más de quinientos seres vivían ahí en una escualidez y espantosa pobreza, sin nadie, al parecer, hiciese ningún trabajo. El agua de bebida, la tomaban de un arroyo sucio, en un lugar más bajo de aquel en que los habitantes vaciaban su basura y lavaban sus vestimentas. ¡No era de admirarse, que abundaran las enfermedades!

Una comisión médica boliviana estaba en la localidad ensayando el efecto “606” sobre la terrible enfermedad llamada espundia o *Delhi Boil*. Oyendo esto, habían llegado dolientes desde millas de distancia, y la única calle hervía con víctimas horripilantes, con rostros que en algunos casos habían sido carcomidos por completo. Generalmente se supone causada por la picadura de alguna mosca infectada por alguna bestia de la selva, como el tábano es infectado por el *capibara*, en el caso del *mal de cadera* en los caballos y la peste en el ganado. Esto no explica, sin embargo, la prevalencia de la misma enfermedad en otra zona a diez mil pies de altura en las montañas, donde se la conoce con el nombre de uta, pues una mosca de la selva no podría vivir a esa altitud y en un clima tan rudo. Creo que el “606” fué ineficaz ¹⁹. Si se la ataca en las etapas iniciales, se puede someter la enfermedad con fuertes antisépticos, pero los habitantes de los establecimientos en la selva tienen sus ideas propias al respecto, y se resignan, dejándola desarrollarse a su antojo.

Parece que uno está destinado a encontrarse con ingleses aun en los lugares más solitarios de Sudamérica. Ustedes se admirarán pensando qué puede haber para atraerlos a lugares tales como Apolo, pero un poco de reflexión proporciona la respuesta, y en muchos sentidos son envidiables. Su posición en la comunidad es sobresaliente, viven fácilmente y en un alto grado de comodidad, y hay pocas inquietudes que los puedan perturbar. Su existencia les proporciona una segura evasión contra ese temor latente, la cesantía, herencia de un gastado sistema monetario. Creo que el atractivo reside más en esto que en otra cosa. El inglés se desprende muy fácilmente de las cosas superficiales de la vida moderna, se “vuelve nativo” más rápidamente que los otros europeos, ‘excepto los italianos, y mientras más refinada haya sido su educación, más pronto sobreviene el cambio. Esto no es una ignominia. Al contrario; en mi concepto, indica un loable respeto por las cosas reales a expensas de las artificiales. La bebida y la mala conducta a menudo tienen que ver algo con ello, pero no es raro encontrar que se ha buscado la sencillez extrema en el vivir cotidiano.

En Apolo fuimos atendidos por un inglés jovial y competente, llamado Flower, casado con una boliviana. Mientras estuvimos allí, su hermosa hija celebró su cumpleaños con un baile, al cual asistimos a pesar de nuestros atavíos de viaje. Bailamos la *cachucha* lo mejor que pudimos, y los cócteles y la cerveza fueron servidos tan generosamente, que antes de terminar la fiesta muchos de los invitados dormían en el suelo.

¹⁹ Si lo fue. La enfermedad es estudiada ahora (1951) seriamente por especialistas de los EE. LU. y se tiene la esperanza de que pronto la Uta., igual que la terrible verruga, sean definitivamente curables.

EXPLORACIÓN FAWCETT

La cachucha es una danza atractiva, y tal vez algún día se verá en los salones de baile de Londres y Nueva York. Representa el coqueteo del gallo y la gallina y puede ser bailada con un recato seductor. Algunas de las danzas nacionales de Sudamérica han sido introducidas en los países del norte, y han encontrado tal popularidad, que el éxito sería casi seguro si se trasplantarán la marinera, la zamacueca y la cachucha de su marco “ecuatorial”.

De Apolo regresamos a Santa Cruz, donde Manley nos dejó para subir al Altiplano y escoltar a un biólogo del Museo Nacional de La Paz, que se un iría al destacamento para la expedición a través de las selvas. A su regreso encontrarían las mulas en Santa Cruz y nos seguirían, a Costin y a mí, que para entonces iríamos adelante, camino al Tambopata.

Mientras tanto, Costin y yo llegábamos a Boturo, sobre el Tuiche, y proseguimos subiendo por el Asuriama, con el objeto de intentar una excursión, a través de la región, a la cuenca del Tambopata y a la barraca de San Carlos. Era un recorrido muy pesado, pues todos los días teníamos que abrir camino para los animales, y con nuestro estrepitoso avance podíamos molestar a los insectos y reptiles ocultos en la tupi- da maleza. En una ocasión pasamos cerca de un gran nido de avispas sin perturbarlo; no así las mulas, pues uno de los animales se aproximó demasiado y su carga se enredó en una esquina del nido. Las Avispas se posaron en sus ancas y de repente la mula salió disparada dando corcovos. Las cajas se esparcieron en todas direcciones, se desprendieron las cinchas de las monturas de carga y la mula desapareció en el monte, mientras que los pájaros, atemorizados, chillaban en los árboles, indicando su paso. A la mula que venía detrás le ocurrió lo mismo y a todas las siguientes. El resto del día se empleó en seguir la pista de los animales, recoger las provisiones y reparar las monturas.

En la senda, a lo largo de un afluente del Tambopata, llamado el río Cocos, vi la mariposa más magnífica que he visto jamás. Era de un color amarillo grisáceo, con pintas café y antenas color naranja, y las alas posteriores tenían colas de color café oscuro de más o .menos seis pulgadas de largo, con los extremos en espiral. Los naturalistas deben conocer la especie, pero yo jamás la había visto antes ni volví a encontrarla. Estas selvas son el paraíso para el entomólogo; las mariposas están en todas partes, y es asombroso el número de especies diferentes. Seguramente hay muchas que aún no se han coleccionado o que son tal vez totalmente desconocidas para la ciencia.

El río Cocos había crecido con las abundantes lluvias, impidiendo que lo vadeáramos, y esto nos atrasó considerable- mente, pero al fin llegamos al Tambopata en Playa Paujil, conectándonos así con la labor del año anterior. Yo quería cerciorarse del

EXPLORACIÓN FAWCETT

trabajo de aquí, anticipándome a un posible argumento posterior al respecto, debido a la determinación de la Comisión peruana de no descender el río Heath. Era mi intención volver después al Heath y cruzar por el camino de la selva a Ixiamas y desde allí a Rurenabaque sobre el Beni, pues se rumoreaba insistentemente que había ruinas incas en esa región.

Yo había oído en aquel entonces, en varios lugares, vagas tradiciones sobre restos de la antigua civilización, y mi imaginación estaba excitada a tal punto, que el impulso de investigar se hacía más y más insistente. Ya había comenzado yo el proceso eliminatorio, por el cual la ubicación de algunos de estos restos fue fijada después de años de cuidadoso estudio, y si hubiese sabido entonces la existencia de documentos que contenían la narración sobre la ciudad perdida de Raposo del año 1743, me habría ahorrado mucho tiempo en las selvas bolivianas. No hay necesidad de agregar que yo no tenía idea de la maravillosa ciudad de Machu Picchu, ubicada en la montaña, descubierta posteriormente por Hiram Bingham, con la Expedición Yale, en el desfiladero del Urubamba, al noroeste de Cuzco. Así como la ubicación de Machu Picchu no fue conocida durante toda la época colonial, así muchos otros lugares que aún no han sido descubiertos pueden dar base para tantas de las leyendas familiares a los indígenas.

Desde Playa Paujil llegamos, con gran dificultad, a San Carlos. El ambiente de la barraca era mucho más agradable que en la ocasión anterior. El administrador de ella estaba lleno de júbilo por la inesperada solución a sus dificultades de transporte, porque el juez de distrito de Sandia había llegado, resultando ser un arriero peruano, que de inmediato firmó un contrato para fletar todo el caucho de San Carlos. El elemento humano, a menudo muy difícil de obtener, también existía ahora en abundancia, pues los indios de Sandia estaban ansiosos de transportar cargas, a fin de escapar del reclutamiento que hacía el prefecto para que le sirvieran de cargadores a la comisión peruana, trabajo que ellos parecían temer.

Nos mantuvo un tiempo intrigados el notable respeto con que nos trataba la gente de San Carlos, pero se explicó más tarde, y era motivado por haber cruzado satisfactoriamente en balsa una parte peligrosa del río, más abajo de Playa Paujil, que ni siquiera los más hábiles balseros se atrevían a pasar. Costin y yo —habíamos estado vagabundeando por toda la vecindad con paquetes— realmente no teníamos idea de lo que estábamos arriesgando, cuando construimos una balsa y partimos en plena ignorancia, aguas abajo. Ignoro cómo logramos pasar sanos y salvos.

El estoicismo de los indios es sorprendente. Llegó un hombre con el brazo izquierdo colgando, arrancado al reventar uno de los cañones carcomidos que se vendían a los recolectores de caucho como armas, a un precio exorbitante. Viendo que su brazo

colgaba sólo del músculo, él lo cortó con su machete y detuvo la sangre manteniendo el muñón en aceite de copaiba caliente. El feliz resultado de esta operación indica que la creencia local en la virtud medicinal de este aceite está bien fundamentada, y en realidad se usa mucho en las selvas para aplicaciones en heridas abiertas.

Por lo general, no hay medio para hacer gritar o demostrar emoción, a un indio que no quiere hacerlo. Parece capaz de soportar cualquier dolor, y sin duda alguna el efecto calmante de la masticación de coca influye en esto. Sin embargo, recuerdo un caso en San Carlos, en que un indio sucumbió al dolor y se revolcaba en el suelo con alaridos de agonía. Esto fue después de haberse atiborrado con arroz crudo y seco, seguido de una enorme ingestión de agua del río. Yo no conocía ningún remedio para estos casos —por lo menos a mi alcance—, pero sus compañeros amarraron sus muñecas y sus tobillos, lo extendieron entre cuatro árboles y procedieron literalmente a extraer el arroz, con pedacitos de hierro encorvados en el extremo. Sobrevivió al tratamiento y mejoró lo bastante como para demostrar gratitud, y me atrevo a decir que en el futuro puso más cuidado.

Los indios están acostumbrados a períodos alternados de escasez y abundancia. Cuando hay abundancia, su instinto los hace comer todo el alimento que hay, preparándose así para la escasez que, con seguridad, vendrá después. La cantidad que pueden ingerir es prodigiosa. Vi a mis ocho indios que me acompañaron al Acre comerse cinco cerdos en una sentada; pero este esfuerzo fue superado por dos hombres en Sandia, que liquidaron una llama entera, en un festín continuado, y el volumen de carne de una llama, es casi igual al de un burro.

Estas selvas no están libres de huracanes ocasionales que pueden abrir un camino de unas cien yardas de ancho en muchas millas de extensión, derribando todos los árboles en una maraña de ramas, bejucos y matas. La dificultad para abrirse camino a través de ellos después es aumentada por las hormigas y avispas, irritadas por la destrucción de sus nidos y ávidas de atacar. Uno de estos huracanes azotó San Carlos mientras estuvimos allí. Oímos el pavoroso rugido del diluvio que se aproximaba y el estrépito de los árboles descuajados, y luego llegó sobre nosotros, echándonos al suelo cegados y ensordecidos. Una de las chozas se desmoronó y desapareció; una pared empezó a inclinarse y cayó de plano; el techo del edificio principal comenzó a levantarse, pero todos los hombres y las mujeres que pudieron hacerlo se encaramaron y se colgaron de él, mientras se amarraban cuerdas transversalmente sobre el techo y amontonaban grandes piedras encima. Entonces, con un estallido final, el temporal se alejó, y oímos su estruendo mientras se abría un sendero en la selva.

EXPLORACIÓN FAWCETT

El biólogo y Manley llegaron a fines de septiembre. Aquél se sintió defraudado cuando supo en qué forma iba a proseguir la expedición, pues, en lugar de poder viajar con el confort de un equipo de lujo —con libros de referencia, cajas de colecciones, etc.—, estaba obligado a cargar sobre su propia espalda todo lo que necesitaba, además de una parte de las provisiones e instrumentos. Las muías no podían ir más lejos y se trataba de llevar por nosotros mismos todo lo que podíamos.

El sendero a Marte resultaba particularmente dificultoso, debido a la confusión dejada por el huracán, y en muchas partes el barro llegaba hasta las rodillas. Poco a poco el biólogo fue botando su equipo, hasta que hubo abandonado todo lo que no fuera alimento, un anteojo de aumento y una hamaca. Nosotros no llevábamos nada superfluo, y yo protesté:

—Sé que las cargas son desagradables de llevar —le argüí—, pero en pocos días se acostumbrará a ello. Todo lo que está botando hará falta más tarde.

—Pero no a mí —fue su respuesta—. No necesito estas cosas.

Me encogí de hombros. Puede que estuviera lo bastante curtido como para pasarse sin ellas.

Como si fuera para darle una lección objetiva al biólogo, nos pasó una fila de extenuados recolectores de caucho, todos ellos indios del Altiplano, cada uno con una carga de 150 libras de caucho de San Carlos. Varios sufrían una enfermedad llamada *sejtiti*, una especie de lepra contraída en estos lugares y en las yungas (valles templados de las montañas), y estaban cubiertos de llagas purulentas y verrugas. Sus cargas eran casi tres veces más pesadas que las nuestras, pero, enfermos como estaban, seguían caminando.

Debido a la fiebre que reinaba en la barraca de Marte, hicimos un rodeo, acampamos en la selva y cruzamos al día siguiente hacia el Heath. Los indios de San Carlos no quisieron llegar más allá del río, pero nos acarrearon provisiones hasta la orilla, descargaron y partieron inmediatamente.

El biólogo desconfiaba de los *echocas*, pero demostró mayor confianza cuando, con el diestro tratamiento de ellos, se hubo librado de los muchos *sututus* que tenía bajo la piel. Atraía, más que nosotros, a estos desagradables bichos y sufría continuamente con ellos.

— ¿Por qué no regresa? —le pregunté—. Apenas hemos iniciado la excursión y le advierto que, en su mayor parte, será peor que cualquiera de las que haya emprendido.

Su respuesta me llenó de presentimientos, pero admiré su resolución.

—No —dijo—, llegué hasta aquí y seguiré hasta el fin.

Cada uno de nosotros parecía atraer una plaga especial de insectos. Si con el biólogo eran los sututus, conmigo fueron las avispas y con Costin la monstruosa hormiga *tucandera*, de una pulgada y media de largo. Hubo un verdadero espectáculo, una mañana, frente a los echocas, cuando Costin, poniéndose una de sus botas de campaña, de repente se volvió loco, bailando, gritando y corriendo en círculos. Por último se sentó, arrancándose la bota, y expuso un dedo del pie con una hormiga *tucandera* adherida al extremo por sus mandíbulas en forma de guadaña. Los echocas, alarmados al principio, estallaron en rugidos de risa. Se balanceaban, rodaban por el suelo, se golpeaban uno al otro en la espalda y reventaban de nuevo en carcajadas, pues era una entretención ruidosa para provecho especial de ellos. Después de esto, muchas veces requerían por medio de signos y risa que Costin repitiese la actuación, y ¡hasta le ofrecían hormigas *tucanderas* para ponérselas en las botas!



CAPÍTULO XIV

LA VUELTA DEL CAMINO

A.NTES DE COMENZAR A DESCENDER por el Heath, el mayordomo de Marte supo de nuestra presencia y atravesó con un grupo bastante grande para visitarnos.

—Estamos en camino a las plantaciones de que usted nos habló —me informó—. Ahora que sabemos de los salvajes y de los alimentos que tienen allí, sentimos que debemos hacer algo para obtener provisiones, pues en la barraca los obreros se están manteniendo vivos a fuerza de comer hojas, y tenemos que alimentar a trescientos recolectores, como usted sabe.

— ¿Quiere decir que Marte está otra vez en estado de inanición?

—Sí, así es. ¿Y cuándo no lo estamos? Es lo que siempre sucede. —Me palnoteo el hombro y agregé—: Gracias a usted tenemos ahora esperanza de que las cosas sean mejor que antes, pero aun así, desearía que estuviéramos en tan buenas condiciones como San Carlos.

En esta región se pueden encontrar dos valiosas hierbas que merecen atención. La primera de ellas es la *yawal chunca*, pequeño arbusto con hojas de diez pulgadas de largo y tres de ancho, verdes en el anverso y un poco más oscuras en el reverso, con venas y puntas de un color rojo sangre. Tres o cuatro de estas hojas en infusión

constituyen un remedio admirable para la fiebre. La otra es un arbusto llamado pando de coca, muy conocido de los indios, que lo mastican. Sus propiedades son similares a la coca común, aunque menos intensas. Ninguna de estas hierbas se explota comercialmente, pero ambas son empleadas regularmente por la gente del distrito.

Con tantas enfermedades y achaques que predominan en la montaña de Bolivia y Perú no es extraño que se recurra a las hierbas medicinales. En las montañas también parece que cada enfermedad tiene su cura natural apropiada, y el término medio del cholo confía casi exclusivamente en las hierbas, excepto cuando se ve obligado a someterse a un tratamiento médico. Los resfríos y las toses ceden rápidamente ante la *wila wila*, una planta como el edelweiss, que se encuentra sólo en las grandes alturas. En las regiones de la costa, un remedio infalible para los casos más avanzados de artritis o reumatismo lo proporciona la sanguinaria canadensis. Hay cien remedios para cada una de las enfermedades que conozco y, por supuesto, los médicos no animan al pueblo a que haga uso de ellas. Sin embargo, las mejorías que efectúan estas hierbas son notables y hablo con conocimiento de causa, pues he ensayado varias con absoluto éxito. El método para usar las hierbas consiste en hacer una infusión como para el té.

Los murciélagos vampiros pululan en el Heath. Jamás fallan en localizar un campamento, y en la noche atacan todas las partes del cuerpo que están descubiertas; en realidad, hasta roen a veces la red mosquitera para llegar a uno. Hay tantos millares de murciélagos en Sudamérica —y particularmente en las colinas al pie de los Andes—, que llegará el día en que pueda ser reconocida su valía a causa del cuero. Muchos tienen una piel que no desmerece de la del topo en riqueza, pero de un rosado castaño o a veces un rojo oscuro. Los incas usaban la piel de los murciélagos para adornar sus vestiduras, pero nadie tenía derecho a usarlo, excepto la familia reinante. El murciélago vampiro constituye una molestia tanto para los seres humanos como para los animales, y la persona emprendedora que comercialice el empleo de su piel hará una fortuna.

Nuestro recorrido en balsa al campamento de los echocas fué fácil. Su gran choza comunal había sido volcada por el huracán y yacía sobre un costado; aun aquí los daños habían sido intensos como en San Carlos. El alimento, como de costumbre, abundaba.

A estas alturas, el biólogo —que era europeo— estaba sufriendo mucho con sus llagas y por la falta de mudas de ropa, pues las que tenía puestas hedían. Comenzaba a darse cuenta de lo imprudente que había sido al botar todo lo que no era inmediatamente necesario y principió a ponerse malhumorado y temeroso. Los

echocas lo habían aliviado momentáneamente de la tortura de los sututus, pero él ponía reparos a sus métodos para extraer esta plaga, y cuando sufrió una nueva producción de úlceras, prefirió emplear un remedio propio: sublimado corrosivo. El resultado fue que las larvas murieron en el interior de su piel dejando unas asquerosas heridas enconadas. El hedor de éstas y el de su ropa se combinaron para hacer de él un objeto desagradable, y como todos los días había tormentas, con lluvias torrenciales, él fue empeorando en vez de mejorar.

Yo estaba francamente preocupado. Si se presentaba un envenenamiento de la sangre, estaría condenado, pues nada podríamos hacer por él. Para entonces habíamos llegado al punto desde donde seguiríamos por tierra y lo consideré insertible para llevarlo a la selva; pocos días después, aún puse en duda que pudiéramos devolverlo a tiempo a San Carlos, para que salvara con vida. Los temporales continuaban, el río estaba en crecida y regresar corriente arriba con balsas habría significado pegarnos a la orilla e impulsarnos, agarrándonos a cada rama, lo que era una labor demasiado enérgica para un hombre enfermo. El único camino que quedaba era hacer el recorrido río arriba a pie, y esto fué lo que realizamos.

Manley iba consumido por la fiebre, pero luchaba. Costin sufría en una pierna la úlcera de un sututu. Felizmente había bastante alimento, pues en todas partes estaban las plantaciones de los echocas y ellos tenían la costumbre de dejar los frutos en la parte superior de los bananeros, pues de este modo maduraban con más rapidez que cosechándolos. La dificultad mayor residía en el bambú espinoso o tacuara, que obstaculizaba el avance, pero al fin llegamos otra vez al campamento de los echocas. Habían levantado una cabaña nueva, de modo que tuvimos asilo y el maíz significó un cambio agradable para nosotros, que nos habíamos alimentado casi exclusivamente de bananas.

Los bondadosos salvajes nos extrajeron los sututus; de mi espalda salió uno de casi una pulgada de largo. Tenía otro en el brazo que me estaba ocasionando molestias, y éste sólo lo consiguieron sacar después de un último recurso: untarlo con cera de abeja y cierta savia. Luego nos acompañaron río arriba, llevando las cargas del biólogo y de Manley, que iban en peores condiciones.

Me desagrada referirme a los echocas como “salvajes”, y sólo lo hago como medio de identificación para distinguir entre un indio domesticado y uno en estado natural. Estas gentes eran primitivas, pero más bien parecían niños joviales, que lo que la idea preconcebida cree que es un salvaje. No demostraban falsedad ni disimulo, y la rapidez con que recibieron nuestras proposiciones de amistad probó lo injustificada que es la opinión que se tiene de la población salvaje de la selva. La amistad establecida era un lazo eterno; nada de lo que pudieran hacer para ayudarnos era

demasiado para ellos. Limpios y recatados en su persona, como bondadosos en carácter, guardé de ellos un buen recuerdo y consideraba su nobleza mucho mayor que la de muchos pueblos “civilizados”.

Los echocas conocían todos los atajos en el camino a Marte, por lo que su compañía nos ahorró mucho tiempo. Aun así, jamás creí que el biólogo pudiera llegar vivo a San Carlos; durante el día apenas era capaz de arrastrarse y de noche dormía sobre el suelo, pues su hamaca hacía tiempo que la había botado en el camino.

En la plantación superior encontramos la cuadrilla en Marte, que seguía merodeando y se nos unieron para proseguir juntos hasta esa barraca.

—Ya han muerto de inanición cuatro de mis hombres — me dijo el mayordomo— Varias veces hemos estado durante días consecutivos sin tener nada que comer.

— ¿Por qué no se ha hecho nada para mejorar la situación de ustedes? — pregunté—. Seguramente podrían mandarles provisiones desde San Carlos.

—Posiblemente, pero es cuestión de costo. Marte apenas paga lo bastante para garantizar los gastos, y a no ser que la producción fuese muy grande, no se consideraría nada en este sentido.

Todavía nos acompañan tres echocas, y los problemas alimenticios nunca los preocuparon. Cuando tenían hambre, uno de ellos iba a la selva a cazar, y en una ocasión lo acompañé para ver cómo procedía. No vi señas de animales en los matorrales, pero el indio sabía cómo actuar. Lanzó gritos ensordecedores y me hizo señas de mantenerme callado. A los pocos minutos, un pequeño venado salió tímidamente de los matorrales, hasta a una yarda de nosotros, y el indio le disparó con su arco y flecha. Los he visto hacer salir monos y pájaros de los árboles mediante estos gritos peculiares.

Los echocas aun permanecieron en Marte con nosotros durante varios días, mientras el hombre enfermo se recobraba lo suficiente para seguir caminando, y nos acompañaron hasta San Carlos. Sin su ayuda, nuestro destacamento jamás habría llegado allí. Las llagas del biólogo atraían nubes de moscas, pero en la barraca fueron lavadas y curadas cuidadosamente, y por fortuna llegó un arriero que pudo llevarlo en muía a Sandia. Dudábamos que sobreviviera, pero así fué, aunque perdió para siempre el entusiasmo de nuevas excursiones por la selva.

En cuanto Manley se libró de su fiebre, nosotros tres —él, Costin y yo— atravesamos la selva en demanda de Santa Cruz, donde debían estar esperándonos con nuestras muías; pero el arriero se había fugado con todas, a excepción de dos bestias sarnosas, y probablemente las había vendido, pues jamás las volvimos a ver. Para obtener más animales de Flower, Costin cabalgó a Apolo sobre una de las

muías que nos habían quedado. La suerte le fué contraria. Apolo había sido incendiado y no había muías que conseguir; en realidad, por el momento, los gringos gozaban de mala reputación, pues consideraban a Flower responsable de la desgracia.

Hacia tiempo que no llovía en Apolo, y la iglesia local organizó una procesión religiosa haciendo rogativas. Flower —que era hereje— se rió de la procesión, con sus efigies de mártires exangües y sus velas mustias. Entonces, una de las bujías cayó al suelo y se inició un incendio que se propagó con velocidad alarmante, tomó cuerpo en las casas secas como yesca, y en cuestión de minutos destruyó todo el lugar, excepto la casa de Flower, que estaba techada con tejas y se libró del holocausto. No quedaba duda: sus burlas habían sido causa de la tragedia.

Las dos muías sirvieron para llevar nuestra carga, y así aliviados seguimos a pie hacia Pelechuco. La jornada parecía interminable, porque bajo las condiciones más favorables la caminata resultaba aún difícil, pero por lo menos nos libramos de la espeluznante prueba de pasar montados estos estrechísimos senderos de la montaña. Cuando, rendidos y desanimados, al fin llegamos a la aldea de la montaña, Carlos Franck nos dió la bienvenida y nos proveyó de muías para el viaje a Cojata. El día 19 de diciembre llegamos a La Paz.

La delimitación de fronteras había sido causa de muchas molestias con el Perú, a pesar del hecho de que Bolivia le había cedido el terreno en que las señales limítrofes habían sido colocadas arbitrariamente. Había mucha lentitud, lo que no me gustaba nada. Yo no deseaba verme envuelto en una situación internacional tan delicada, ya que los dos países casi estaban en guerra, así es que renuncié a la labor limítrofe. En cuanto a mí concernía, el presidente fué muy cordial y comprendió por completo la situación. El ministro de Relaciones Exteriores parecía divertirse mucho con ello. Hubo toda clase de comentarios por la prensa y muchas injurias por ambas partes, pero a pesar de incidentes fronterizos debidos al celo patriótico, no había estallado una conflagración.

Después de nuestro retiro fué tan inminente una insurrección de los indios, que una comisión francesa fué designada por Bolivia para fijar la frontera. No estuvo de acuerdo con las decisiones peruanas, y un miembro de la comisión tuvo una pelea con un funcionario político boliviano y lo desafió a duelo, el que fué cuerdamente rehusado. A pesar de nuestra labor de 1910, la única sección salvaje de la frontera, el Heath, no fué tocada a causa de sus “salvajes”, pero mis mapas fueron aceptados como oficiales. Hubo algunos desacuerdos en el extremo del Tambopata sobre la posición de la frontera, y la comisión francesa rehusó aceptar toda decisión que no fuese la propia, que estaba dentro de una fracción de minuto con nuestra demarcación de 1910. De cualquier modo, yo estaba fuera de ello y feliz de escapar,

aunque sentía afecto por la labor actual de levantamiento de planos y me apenaba no ver llegar la delimitación a una conclusión definitiva que satisficiera a ambas partes.

Cuando en 1913 me encontré de nuevo con el Ministro de Relaciones Exteriores, me contó que el biólogo había abandonado Bolivia.

—Resultaba muy costoso —observó—. Un salario de 500 libras anuales por un escarabajo, y todavía uno corriente. Es demasiado, aun para las finanzas elásticas de una república de la costa occidental.

—Hay una infinidad de datos científicos que se pueden obtener en la montaña, a pesar de todo.

—Que otro pague por ellos, mi mayor. Hemos tenido bastante ciencia por el momento.

Para mí no había posibilidad de retorno al ejército. Había quemado mis naves, pero esto, por otra parte, me daba libertad para las exploraciones privadas que deseaba hacer. Aun sin ir más lejos que las montañas y colinas al pie de los Andes, había una gran cantidad de investigación esperando ser realizada dentro de los restos del Imperio inca. En las selvas, al norte y nordeste de Cuzco hay muchas aldeas antiguas y fuertes que descubrir e investigar. El romántico descubrimiento de Machu Picchu era reciente. Pero mi objetivo iba dirigido a una época anterior a los incas, y sentía que debía buscarse más al este, en las regiones vírgenes aún desconocidas. Todas las tribus indias superiores guardaban la tradición, de gran civilización pasada, hacia el este, de una raza que puede haber engendrado a los incas, y aun al pueblo misterioso que dejó esas gigantescas ruinas que los incas invasores encontraron y adoptaron como propias.

En las selvas había varias bestias aún desconocidas para los zoólogos, tales como el *mitla*, que yo vi dos veces, un gato negro de aspecto perruno y del tamaño de un sabueso. Había culebras e insectos aun ignorados por los hombres de ciencia, y en las selvas del Madidi a algunas bestias misteriosas y enormes se las ha perturbado frecuentemente en los pantanos, posiblemente monstruos primitivos, como aquellos de que se ha informado en otras partes del continente. Han sido halladas huellas pertenecientes a animales desconocidos; huellas enormes, mayores que las que pudiera haber dejado cualquiera de las especies que conocemos. La anaconda alcanza dimensiones mayores allí que las admitidas generalmente, pero la relación de viajeros intachables es considerada inverosímil y no hay medio de probarla. Se encuentran reptiles peligrosos y casi imposibles de capturar por su fuerza prodigiosa; me refiero a los verdaderamente grandes.

Los salvajes, también, no se conocen todavía; hay tribus cuya existencia ni se sospecha. Las tribus robustas, sanas, no Viven cerca de ríos fácilmente navegables,

EXPLORACIÓN FAWCETT

sino que se retiran más allá del alcance del hombre civilizado. En todo caso, cuando se presume su presencia, son temidos y evitados (por mi parte, yo siempre los he buscado). Tal vez por esto, la etnología del continente ha sido basada sobre un concepto erróneo, que trataré de rectificar en un capítulo posterior.

Estas eran algunas de las razones que apoyaban mi resolución de dedicarme en el futuro a la exploración y emplear la información, que ya había acumulado, en un intento de arrojar algo de luz sobre la obscuridad de la historia del continente. Ahí, creo, yacen los más grandes secretos del pasado, preservados todavía en el mundo de nuestros días. Había llegado a la vuelta del camino. Y para bien o mal, escogí el sendero de la selva.

Manley no estaba bien, y Costin sufría el principio de lo que resultó ser espundia, que curó finalmente en la Escuela de Medicina Tropical de Londres. El 6 de enero de 1912 pudimos, al fin, dejar La Paz, para regresar a la patria, deteniéndonos unos pocos días en el delicioso clima de Arequipa.

Es una lástima que no sean más los turistas que visitan este lugar encantador²⁰, pues no sólo es una ciudad interesantísima en sí misma, sino también la entrada para el Cuzco y las fascinantes reliquias de las civilizaciones inca y preincaica. La vida indígena del Altiplano está cambiando y en una generación o más quedará muy poco de la manifestación pintoresca de las costumbres nativas.

Los temblores son frecuentes en Arequipa —parecen producirse con la luna llena—, y los habitantes ya no se extrañan de tener que huir de sus casas en plena noche. Se decía de un temblor reciente que había terminado en la mayor hilaridad, un pánico transformado en risa general.

Los hoteles estaban todos llenos, al máximo de su capacidad; en uno de ellos, quince damas dormían sobre el suelo de una gran pieza a un costado, en tanto que quince caballeros ocupaban el otro lado. Entre estos últimos había un chileno corpulento, de vellosoidad fenomenal, una especie de felpudo humano. Durante la noche la ciudad fué sacudida por un temblor, y la gente arrancó a las calles y plazas vestida con lo que tuvo más a mano. El hotel en referencia estaba en la manzana principal —la Plaza de Armas—, donde se congregó la mayoría de la población y donde la iluminación era especialmente buena.

²⁰ Las líneas aéreas han convertido Arequipa en un centro de turismo popular y los que visitan la "Ciudad Blanca" vuelven una y otra vez a ella. Desde que P. H. F. escribió estas palabras ha habido notables mejoras en las condiciones de confort de los hoteles allí y en las demás partes de Perú.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Se produjo pánico al continuar los movimientos sísmicos, con el rumor sordo que se siente más bien que se oye, y las torres de la Catedral se ladearon peligrosamente. Las mujeres cayeron de rodillas y alzaban sus brazos en ademán de súplica, implorando piedad, con el pecho descubierto y los cabellos sueltos. Los hombres se santiguaban y volvían sus ojos aterrorizados, esforzándose por mantenerse de pie.

Repentinamente salió gente por las puertas del hotel, una multitud que forcejeaba, gritando de pavor, y detrás venía cojeando el chileno gordo, con la boca abierta por la agitación, cubierto su velludo torso con una blusa femenina y con los tobillos enredados en un par de calzones de mujer. A cada tres pasos se detenía, tentando los calzones para subirlos y cubrir sus desnudeces, pero cada vez un nuevo temblor hacía fracasar su intento y lo empujaba hacia adelante.

El populacho fijó la vista en este espectáculo extraordinario y hasta olvidó su propio dolor. Se produjo un rugido de risa; a cada nuevo esfuerzo del chileno, aumentaba la hilaridad. El sentido del humor de Arequipa resultó más fuerte que el pánico producido por el temblor. Aun riéndose, la gente volvió a sus casas. Riéndose nuevamente, volvieron a narrar el episodio una y otra vez al día siguiente. Y la ciudad siguió sacudiéndose, pero de risa.

Los terremotos devastadores parecen ocurrir sólo una o dos veces en un siglo. Creo que el último tuvo lugar en 1867. En aquella ocasión

se dañó mucho la ciudad y cayeron las torres de la Catedral. La costa sur del Perú sufrió con toda intensidad la catástrofe. Una creciente de mar barrió Arica, y en la bahía de Pisagua —que es el cráter de un volcán— se levantó una alta columna de vapor, atemorizando a la ciudad entera. Toda Sudamérica tiembla periódicamente en ondas recurrentes, pero decrecientes desde una vasta época eruptiva, cuya historia sólo se puede encontrar en las leyendas indias. Aun tan adentro del territorio, como las llanuras de Mojos en Bolivia, el lago conocido como Exaltación es sacudido frecuentemente por misteriosos movimientos, durante los cuales emergen columnas de vapor. Su origen es tal vez volcánico, pero también es probable que en el futuro se encuentre en esta región un extenso yacimiento de petróleo. Los geólogos han realizado un examen superficial de las regiones más accesibles del país, pero como sucede en todas las deducciones etnológicas, hay demasiada teoría y muy poco conocimiento real en sus informaciones.



CAPÍTULO XV

TOROS Y “BULTOS”

LA PAZ ESTABA DESIERTA, PUES su población se había reunido en el Alto —la llanura que domina la ciudad—, donde se iba a fusilar en público a un asesino. Hombres, mujeres y aun los niños más pequeños se vistieron con sus mejores ropas y llevando mantas y sandwiches ascendieron alegremente por el empinado camino. Se trataba de un espectáculo al que no se podía faltar: los asesinatos y las ejecuciones son escasos en La Paz.

Los extranjeros se mantuvieron alejados, pero después nos narraron todo. En realidad, sólo se habló de eso en los días siguientes. El juez y el jefe de la Policía habían amarrado al criminal a una silla, mientras el pelotón de fusilamiento esperaba en una tensión nerviosa mucho mayor que la del prisionero. Tan nerviosos estaban, que sus temblorosos dedos apretaron el gatillo antes que se terminara de amarrar al condenado, y una descarga desigual disparó balas en todas direcciones. Una mujer fué herida y cayó gritando al suelo. Otra bala hizo volar el sombrero de copa del juez y una tercera acertó al jefe de la policía en una nalga. El prisionero aplaudía y escupió un diluvio de injurias contra los funcionarios que huyeron.

El sargento a cargo del pelotón prestamente ordenó otra descarga; se apuntó

hacia el prisionero, y cuando la fusilería levantó el polvo en torno a la silla, sin lastimarlo siquiera, el condenado comenzó a insultar a los soldados. El prisionero sobrevivió a no menos de ocho descargas, y sus maldiciones sólo terminaron cuando el sargento se le acercó y liquidó el asunto con un revólver.

Varios días después el Alto presenció otro espectáculo, pero esta vez fué una exhibición de aviación. Dos hermanos italianos, de un nombre que sonaba parecido a Frankelini, iban a volar en un aeroplano de 25 H. P., y como esto no se había visto nunca antes en La Paz, reinaba gran excitación, pues el nombre del difunto Jorge Chávez, as de la aviación peruana, estaba aún fresco en los labios de los de la costa occidental.

Desgraciadamente, nadie había tomado en cuenta la dificultad que tiene un aeroplano para despegar de un terreno que está a 13.000 pies sobre el nivel del mar. El pequeño motor hizo girar la hélice sin resultado, excepto de hacer que el aparato corriese pesadamente sobre el suelo, en carreras errátiles, durante una de las cuales murieron tres indios.

El desengaño se tradujo en insultos, y se estuvo muy cerca de la violencia. Los italianos consideraron discreto abandonar el aeroplano y regresar a la ciudad lo más rápido que pudieron, desapareciendo por varios días. Cuando osaron presentarse otra vez en público, se encontraron ridiculizados sin piedad como los dos "Fracasinis". En ninguna parte está tan desarrollado el arte del apodo como en Sudamérica.

Todd, Costin y yo habíamos llegado de Antofagasta a tiempo para estar presentes cuando tuvieron lugar estos sucesos. Era a principios de 1913, y poco después partiríamos para el Beni una vez más, para explorar el Caupolicán, lo que se nos había hecho imposible por el colapso del biólogo en 1911. Yo había esperado trabajar al oriente de Santa Cruz de la Sierra (no el Santa Cruz del capítulo anterior, sino la ciudad grande, más al sur), pero nos tocó el año del ciclo de los siete años, cuando caen lluvias anormales en la montaña, y los ríos llenos hasta el borde convierten toda la tierra baja de la selva en un enorme pantano. Por consiguiente, hubo que abandonar la idea temporalmente.

Estaba impaciente por hacer investigaciones, porque mientras estuve en Antofagasta, mi imaginación fué excitada de nuevo por seis misteriosas figuras de metal que había traído un indio para la venta. Eran de más o menos seis pulgadas de alto y recordaban el Antiguo Egipto; el indio rehusó decir de dónde las había obtenido. En realidad, ya las había vendido cuando yo supe de ellas, pero tuve la suerte de poder examinarlas. Sin lugar a dudas, eran muy antiguas y probablemente se relacionaban con los objetos que nosotros íbamos a buscar.

Para completar el grupo incorporé a un joven inglés en La Paz, que me pareció

competente. Sin embargo, sólo nos acompañó hasta Huanay, pues mientras se bañaba en el río Mapiri tragó agua, se sofocó y perdió su dentadura postiza. Esto lo privó de venir con nosotros, pues sin sus dientes habría muerto de hambre. En Chiniri, camino a Rurenabaque, encontré a nuestro antiguo cocinero Willis, que había comprado allí una plantación con el dinero ganado vendiendo bebidas en Riberalta. Traté de persuadirlo de que se nos uniera, pero por nada del mundo quiso aceptar.

Rurenabaque no había cambiado en absoluto. El inglés y el bandido de Tejas aun prosperaban y los mismos papagayos cotorreaban en los techos. En su percha habitual estaban sentados dos guacamayos familiares, imitando uno el violín y el otro la flauta, separándose para dar la bienvenida a todo extranjero con andanadas de groserías en español. A pesar de las apariencias de inmutabilidad del lugar, había una diferencia: Rurenabaque estaba comenzando a sentir los efectos adversos de la agonía del comercio del caucho.

Aquí se nos unió un explorador tejano, y después de conceder a Todd tiempo para recobrar de un ataque de malaria, cruzamos el río, camino a Tumupasa. Yo estaba impaciente de investigar una historia acerca del “Pozo de Tumupasa”, un agujero que tenía la reputación de ser el pozo de una mina de plata, pero no pude conseguir que los indios me dieran alguna indicación sobre su ubicación. Los sacerdotes de la misión católica romana no sabían nada de ella o no quisieron informarme; así es que fuimos a Ixiamas, un pintoresco lugarcito del que se podría esperar un brillante porvenir si no fuesen las comunicaciones tan malas.

En la iglesia de Ixiamas vimos una hermosa colección de platerías y supimos que el mineral se había obtenido en la * localidad, pero que ahora se desconocía la ubicación de la mina. Además nos informaron de diamantes que había en el nacimiento del Madidi. Cargamos nuestros bultos a la espalda y partimos a investigar.

Las partes superiores del Madidi atraviesan profundos cañones de roca roja blanda, sujetos a perpetuos derrumbes. No encontramos ninguna huella de alguna formación de minerales y los “diamantes” resultaron ser topacios. No hay evidencias de que se vayan a encontrar nunca verdaderos diamantes.

Atravesando la selva llegamos al Tuiche, en Asuriamá, donde en 1911 cruzáramos hacia el Tambopata. Es una región montañosa y, a menudo, se encuentran señas de hulla y petróleo. Para mí siempre estará asociado con culebras, pues aquí tuvimos dos escapadas milagrosas de *surucucus*.

Trepaba por una orilla empinada cubierta por tupidas plantas pequeñas, cuando puse mi mano derecha sobre una culebra. De inmediato ésta atacó a Ross, el tejano, que estaba delante de mí, el que se dió vuelta como un relámpago, alcanzando con una mano el revólver que llevaba a la cintura.

EXPLORACIÓN FAWCETT

— ¡Cuidado! —le grité a Costin, y ambos nos echamos hacia atrás.

Hubo un doble estallido del revólver de seis tiros del tejano, y la culebra quedó inerte con la cabeza atravesada por una bala.

—¡Esta fué una escapada! —murmuró Ross, soplando el humo del cañón de su arma y deslizándola ,con toda serenidad en su pistolera.

Costin y yo nos levantamos.

—¿Te tocó? —le pregunté.

—Sí. . ., pero no sé dónde. —Se tanteó las piernas y los muslos con ambas manos, luego meditó un momento y sacó del bolsillo del pantalón su bolsa de tabaco. Juntos observamos los agujeros que la atravesaban de lado a lado.

—¡Dios mío! —dijo Ross, dilatando los ojos—. Me hirió. Mirad, sus colmillos mordieron aquí y la atravesaron

Rápidamente se soltó el cinturón y se bajó los pantalones. Allí en su nalga había señales de dientes hechas por los mortíferos colmillos, pero por un milagro no habían atravesado la piel. El veneno había dejado una placa húmeda sobre la pierna. Después de comprobar que el reptil había muerto efectivamente, medimos su cuerpo amarillento y comprobamos que alcanzaba a siete pies de largo.

Nadie en Asuriama sabía si el Tuiche se podía descender en balsas, pero, dispuestos a luchar como estábamos, tomamos las medidas para contar con ellas. Teníamos que llevar provisiones, de modo que Costin y yo salimos a caminar unas doce millas por la senda a una plantación de azúcar, donde esperábamos comprar algo. En el camino de regreso se presentó otra aventura con una surucucu, pero esta vez fui yo el que apenas escapó.

Iba a la cabeza y ambos veníamos muy cargados con azúcar y patos. De repente, algo me hizo saltar al lado y abrir las piernas: entre ellas pasó la maligna cabeza seguida del enorme cuerpo de una sorprendente surucucu. Grité, medio salté, y casi caí de costado, esperando jadeante el segundo ataque, que estaba seguro que vendría. Pero no sucedió: la bestia se deslizó al arroyo contiguo al sendero y ahí permaneció quieta. No llevábamos armas y como amenazaba volver a atacar cuando le arrojamos piedras, la dejamos allí. Tenía sus buenos nueve pies de largo y más o menos cinco pulgadas de grosor; los colmillos dobles tendrían más de una pulgada de largo. Los expertos sostienen que estas víboras alcanzan catorce pies de longitud, pero yo jamás he visto una tan grande.

Lo que más me admiró fué la advertencia de mi subconsciente y la reacción muscular inmediata. Las surucucus tienen fama de ser como relámpagos y hacen blanco en la cadera. Yo no la había visto, hasta que relució entre mis piernas, pero el “hombre

EXPLORACIÓN FAWCETT

interior” —si puedo llamarlo así— no sólo la vió a tiempo, sino que supo apreciar su altura y alcance de combate, y ordenó el movimiento del cuerpo con toda exactitud.

Hay claras señales de que esta parte del país fué otrora lecho del mar. El suelo y el clima serían ideales para viñedos, y una vez introducida la industria, el transporte no sería problema de importancia. También es gran productora de azúcar; además, se puede encontrar oro, lo mismo que en muchos otros lugares en que se unen las selvas y las montañas.

Cuando estuvieron listas las dos balsas, nos fuimos al río. Los cuatro nos considerábamos experimentados balseros, pero Costin y yo tomamos la dirección, y Todd con Ross nos seguían. No comprendimos la locura de nuestro intento hasta que entramos en un cañón, a pocas millas más abajo de Asuriama, con altos riscos, en que las doscientas yardas de ancho del Tuiche se estrechaban a más o menos cuarenta y encontramos rápidos peligrosos, uno tras otro. Nuestra velocidad aumentaba, hasta que estuvimos en la rápida corriente y yo me daba cuenta de que tarde o temprano llegaríamos al desastre.

Después de una milla el agua aumentaba de profundidad y la corriente era más lenta. Ganamos confianza mientras las balsas se deslizaban fácilmente orillando un risco, pero después desfallecieron nuestros corazones al oír el siniestro rugido de una catarata, muy cerca, delante de nosotros. A gritos advertí a los de la otra balsa y traté de girar, volviendo a la orilla mediante la pértiga, pero el agua era demasiado profunda para encontrar fondo. Ya nos había cogido la corriente, y nosotros íbamos más y más rápido hacia el borde de una caída de agua, que podía tener desde unos pocos hasta unos cien pies de altura.

—¡Mantengámonos en línea! —grité a Costin, que manejaba el remo timón.

Ya estábamos en el borde mismo y por un momento la balsa quedó suspendida antes que cayera. Luego, dando dos o tres vueltas en el aire, se precipitó con estrépito en las negras profundidades.

—No sé cómo pasamos. Costin surgió primero —a unas cien yardas más allá del salto—, y al no verme pensó que yo me había ahogado. Cuando salí boqueando, libre al fin de los remolinos y torbellinos, encontré al lado mío la balsa boca abajo, deslizándose a una velocidad espantosa hacia otro rápido. El torrente ya tenía menos profundidad y toqué fondo. La corriente nos había arrastrado

cerca de las rocas de los costados y después de unas pocas tentativas logramos encontrar un apoyo y salir del agua. La balsa quedó encajada entre dos rocas.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Mirando hacia atrás vimos por donde habíamos atravesado . El salto tenía más o menos veinte pies de altura, y donde caía el río el cañón se estrechaba a sólo diez pies; a través de este gollete, el enorme volumen de agua se vertía con fuerza terrible, tronando en un oleaje de espuma oscura y rocas negras. Parecía increíble que pudiésemos haber sobrevivido a aquel remolino.

Todd y Ross habían sido advertidos a tiempo, para evitar que los cogiera la corriente y los arrastrara a la catarata. Transportaron la balsa y el equipo, y la echaron al agua otra vez más abajo, y la fuerza de la corriente los hizo naufragar un poco más allá de donde nosotros salimos a tierra.

Todo el equipaje iba amarrado firmemente en las balsas y sólo perdimos mi sombrero; pero la ropa, los instrumentos y la cámara fotográfica estaban empapados, y esta última, arruinada. No había ni que pensar en arriesgarnos a otro desastre fluvial, así es que dejamos las balsas y proseguimos a pie a Apolo. Aquí nuestro amigo Flower me proporcionó un sombrero para cubrir mi calva, que en aquellos lugares es tal vez la parte del cuerpo que más necesita protección.

Por un camino infernal llegamos por el norte a Tumupasa y desde allí regresamos a Rurenabaque, la inmutable. Nada nuevo había ocurrido aquí desde nuestra partida, salvo la muerte de una anaconda de treinta pies que fué cazada en el momento de devorar una marrana. La chancha estaba muerta, sin duda alguna, pero se salvó una camada de chanchitos nonatos, y los animalitos fueron amamantados por una india. ¡En Rurenabaque se consideraban más valiosos los cerdos que las vidas humanas!

Oímos que más arriba, cerca de Tumupasa, un comerciante austríaco había sido asesinado por tres esclavos indios, a quienes había maltratado. Primero le dispararon, en seguida, lo acuchillaron y para cerciorarse bien de que estaba muerto, terminaron por sostener su cabeza bajo el agua en el río. Rurenabaque e Ixiamas se unieron a Tumupasa en la caza de los asesinos, en cuanto se descubrió el crimen, y pronto se encontró el rastro de los tres hombres, que fueron capturados. Recibieron quinientos azotes por cabeza, pero un juez que vino de Reyes ordenó quinientos más. Después de esto fueron enviados a Apolo por el río, pero en el viaje lograron escapar a la selva. A uno le siguieron la pista hasta el arroyo, donde desaparecían misteriosamente todas las huellas, llegándose a la conclusión de que el Diablo, o tal vez alguna bestia, lo había liquidado.

Mi objetivo ahora era alcanzar a Santa Cruz de la Sierra para proseguir hacia al este en cuanto viniese la estación seca. A pie resultaba demasiado peligrosa la jornada, pues hordas feroces de ganado salvaje recorrían las llanuras de Mojos. A nosotros nos habían advertido sobre los toros salvajes, que habían muerto a muchos

caminantes. Sobre muía o a caballo, había poco peligro; el ganado temía a los jinetes y los evitaba. Pero no era posible conseguir muías ni caballos, y nos fuimos en carreta. Estas eran bastante seguras.

Las carretas de las llanuras tienen ruedas macizas de Tnadera, de seis pies de diámetro sobre ejes de madera del monte, fácil de reemplazar en caso de rotura, o ejes importados de fierro que se vendían a 12 libras cada uno. Son preferibles los ejes de madera, pues el lamento y rechinar de los descansos de madera mantienen a los bueyes en movimiento; están acostumbrados a su música en tal forma, que caminan de malas ganas si falta.

En Rurenabaque pagué y despedí a Ross. Costin, Todd y yo partimos a través de las pampas, en una carreta rumbo a Santa Ana. Antes de llegar a Reyes, Costin fué herido otra vez en el pie por una gran hormiga negra tucandera, y debido a la hinchazón tuvo que viajar en la carreta; experiencia mucho más desagradable que seguir a pie al lado, metido en el barro como hacíamos Todd y yo. Dudo de que ruedas con rayos hubieran resistido el castigo a que las somete la carreta con sus golpes en huellas profundas o sobre piedras. ¡Ya sólo permanecer en la carreta tan lenta era una proeza!

Reyes resultó ser una colección de fúnebres chozas de indios, sin ningún otro interés, salvo haber tenido en su tiempo una misión. Estaba construida sobre un terraplén artificial, a doce pies o más sobre el nivel de la llanura circundante, y, excepto en la entrada, estaba rodeada por un ancho foso. El lugar debe ser muy viejo, pues sobre todas estas llanuras hay restos de la labor de una población grande y probablemente antigua: extensos terraplenes, conectados por millas de calzadas. Durante el verano meridional se inunda totalmente la llanura, y estas áreas, que quedan periódicamente bajo agua, se designan localmente como *bañados*.

Cerca de Candelaria se habían excavado recientemente huesos de mastodontes, muy cerca de la superficie. Algunos de estos antiguos mamíferos pueden haber existido aquí hasta tiempos relativamente recientes, y uno se pregunta qué monstruos se podrán encontrar en lugares menos accesibles. Vimos tapires y avestruces en esta región, que es una enorme extensión de excelentes pastos, con algunos grupos ocasionales de matorrales.

Uno de los perros, al nadar en un pequeño arroyo, cerca de la carreta, se acercó como a un pie de las fauces de un gran cocodrilo, y aunque parezca extraño, el saurio no hizo ni ademán de cogerlo. Esto es de lo más singular, pues, como he mencionado antes, casi siempre están ansiosos de atrapar un perro. El carretero golpeó al bruto en un ojo mediante su pértiga antes que se moviera.

En Potrero oímos hablar de unas minas de plata fabulosamente ricas, en la vecindad de un lugar llamado Buena Vista, que había sido capturado por los indios,

EXPLORACIÓN FAWCETT

junto con tres colinas contiguas. Pensamos investigar la historia, pero decidimos que era demasiado nebulosa para compensar un rodeo tan largo. En la pequeña iglesia de Potrero vimos las efigies de madera de dos santos muy venerados por el pueblo, y en las cuales se suponía oculto, en departamentos secretos, algo de gran importancia. Nadie había tenido bastante valor para indagar, y cuando nos ofrecimos para examinarlos, fuimos rechazados con una parca negativa.

Mientras estuvimos en Potrero se nos pidió ayudar a un habitante que se había disparado un tiro en la cabeza con una pistola Browning. Como yo no disponía de equipo adecuado para retirar un trozo de hueso del cráneo, fué poco lo que pude hacer. En estos puestos de avanzada siempre había heridos o enfermos, y lo único que podían hacer era tragar cantidades de remedios de charlatanes, que les vendían los mercachifles ambulantes o buhoneros por extravagantes sumas de dinero. Para las mordeduras de quiebras —en estas llanuras abundaban reptiles de muchas clases— sólo tenían una medicina, que consistía en matar la culebra y aplicar su carne en las mordeduras. Puede haber tenido éxito algunas veces, pero posiblemente resultaba la cura porque ningún ofidio está totalmente venenoso dentro de un período de 15 días de haberse alimentado, y en todo caso no siempre muerde fatalmente.

Costin tuvo algunas aventuras con los toros salvajes que recorren esta región, solos o en manadas. Había partido con su rifle calibre 22, para cazar pavos silvestres en una de las islas de la selva, a alguna distancia de la carreta, y vimos un gran toro negro husmeando su huella. Le gritamos, advirtiéndole, y, al volverse, vió al toro listo para cargar. Felizmente tuvo tiempo suficiente para alcanzar hasta un matorral que estaba a cien yardas, y, sin consideración a las espinas y otros inconvenientes, se metió de cabeza en el refugio. El toro, incapaz de atraparlo, rondaba en torno, bufando enfurecido y escarbando el suelo. Costin disparaba a los ojos del animal con su rifle de aire comprimido, cada vez que tenía ocasión. Al fin logró enceguecerlo, y mientras el enloquecido toro se arrojaba por el frente del matorral, él escapó por atrás, y, corriendo, fué a guarecerse en la carreta.

Cierto día estaba yo cincuenta yardas detrás de los demás y con horror vi un enorme toro rojo a un costado del camino entre mí y la carreta. Estaba resoplando, azotaba la cola y rasguñaba el suelo, y yo no tenía rifle y estaba demasiado lejos de algún árbol u otro refugio. No me quedaba otra solución que pasarlo; tragué saliva y avancé muy lentamente, fijándole lo que esperaba fuera un ojo hipnótico. Realicé el truco y pasé al lado del toro sin que me cargara. ¡Pero por nada en el mundo repetiría la experiencia!

Cuando es posible, los vaqueros locales enlazan los toros y los amarran por los cuernos a los árboles, para matarlos de inanición. Es un desquite cruel del hombre,

EXPLORACIÓN FAWCETT

pero tampoco el toro tiene compasión de éste cuando logra cornearlo. Un día fuimos atacados por tres toros, y sólo después que uno fué muerto y los otros acribillados con balas, renunciaron a perseguirnos. Un estanciero del distrito me contó que le había muerto el caballo sobre el que montaba y sólo pudo escapar porque el toro seguía corneando a su víctima muerta. Como los elefantes, estos toros a veces tratan de abatir el árbol para coger al hombre que ha buscado refugio en sus ramas. Por suerte ahora se encuentran menos que antes, cuando recorrían los campos en grandes manadas de quinientas o más cabezas y constituían en la época del celo una seria amenaza para todos los habitantes de las llanuras. Ahora andan de a dos o tres, pero son de peor temperamento y más peligrosos de lo que eran, pues las hembras, siendo más fáciles de coger, han sido exterminadas prácticamente.

Llegamos a una estancia en que un niño había sido recién mordido por una culebra llamada *yoperobobo*; una de la familia de las tachesis, de la especie de la jararaca, y me rogaron que fuera a ver si podía ayudar. La piel del niño estaba caliente y seca y la pierna mordida mostraba las señales de la punzadura y estaba muy hinchada. Las ligaduras que le habían puesto inmediatamente más arriba de la rodilla estaban ya demasiado apretadas.

Yo llevaba conmigo una botellita de suero de culebra, qué me había obsequiado una mujer argentina a bordo durante el viaje. Coloqué al niño dos de estas inyecciones; una, en los músculos de la espalda, y la otra, en la pierna, sobre la mordedura. El muchacho estaba aterrorizado, pero después de media hora comenzó a transpirar intensamente y se quedó dormido. Al día siguiente estaba fuera de peligro, con gran admiración de sus padres, que se extrañaron aún más porque no les exigí pago alguno.

Llegamos a Santa Ana un día después del extraordinario espectáculo de una lucha entre un toro doméstico y uno salvaje. Pelearon en las afueras de la ciudad, rodeados de cientos de vacas agitadas que pateaban el suelo y bramaban agudamente, desde el principio hasta el final del espectáculo. Triunfó el toro salvaje y el animal derrotado perdió ambos > ojos y tuvo que ser rematado a tiros.

La crianza de ganado es la ocupación principal en Santa Ana, un puesto en el río Mamoré. Es un lugar pequeño y agradable; las casas son bien construidas y están edificadas sobre los restos de una antigua aldea india, y la única calle es mantenida completamente limpia. La maldición de este lugar, como la de tantos otros lugares aislados, es la bebida. Los habitantes siempre están ebrios, en el proceso de emborracharse o durmiendo los efectos de la bebida.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Aquí vimos por primera y única vez una raza de perro conocido como el perro tigre andino de doble nariz. Ambas narices están separadas tan netamente como si estuviesen cortadas con cuchillo.

De tamaño aproximado al de un perro de caza, es muy apreciado por su vivo sentido del olfato y su inventiva para cazar jaguares. Sólo se encuentra en estas llanuras.

Sacamos pasaje en la barcaza “Guapay” para ir río arriba, a Las Juntas. La orilla oriental del Mamoré está casi en su totalidad en manos de los indios, otrora domados por las misiones, pero ahora salvajes otra vez; más, creo, por mal trato que por inclinación natural. Un blanco que pasó algunos años con ellos, con el objeto de venderlos como esclavos a las empresas de caucho, fué tan vil como para llevar a varios a una trampa. Uno o dos años después naufragó cerca de la desembocadura del río, fué encontrado y reconocido por los indios y cedido a las mujeres para que lo torturaran.

Hace unos pocos años, el Mamoré no era considerado navegable por lanchas en la estación seca, pero cuando las introdujeron por fin, formaron cauces, y ahora operan durante todo el año. Antes de esto no era raro que los botes fueran detenidos por los bancos de arena y protuberancias, y entonces los tripulantes —generalmente indios sometidos o esclavos— se amotinaban, asesinaban al capitán y partían río abajo por las orillas. Se decía que esta parte de la región producía un tipo de nativo traidor y cobarde, pero si se consideran los abusos que tenían que soportar, hay algo que decir en defensa de ellos.

Hay un lago de gran tamaño en el río Cusi, entre Trinidad y Estrella, donde aún hay varias aldeas grandes de indios salvajes. En cierta época, estos indios fueron dirigidos por un duro escocés pelirrojo, que guardaba rencor a la civilización y no perdía oportunidad de expresarlo en sus incursiones a los poblados. Fué el terror de esa región hasta su muerte. Una vez partieron ochenta bolivianos bien armados para atacar su plaza fuerte, pero por el camino perdieron el valor y regresaron. Aunque no tan feroces ahora, como lo eran antes, los indios aun hacen incursiones periódicas a los poblados o capturan viajeros.

El “Guapay” tocó tierra más abajo de Las Juntas y los pasajeros fueron despachados en batelón. Un grupo sucio y miserable de cabañas empapadas por la lluvia formaban la aldea, donde nos vimos obligados a esperar carretas que nos llevasen a Santa Cruz. La cabaña que ocupábamos estaba dividida en dos compartimientos por un tabique de listones muy separados, y al otro lado de la división yacía un hombre que agonizaba a consecuencias de las viruelas. Al entrar en nuestro departamento, vimos moverse algo en la -obscuridad sobre una de las paredes. Era algo grande y

brillante y resultó ser una culebra. Afortunadamente le metimos una bala antes que pudiese atacar. Aun los niños habían estado jugando dentro y fuera de la cabaña mientras estaba allí.

Antes de dejar este lugar llegó un anciano desde Santa Cruz con una docena de esclavos para venderlos en Riberalta.

—Me irá bien con ellos —me confió—, pero son hombres, no tan provechosos como las niñas. Si fuesen mujeres, yo estaría en espléndida situación.

Cuatro Hojas es el puerto real de Santa Cruz, cuando el río no está demasiado bajo. Desde Las Juntas a Cuatro Hojas, nuestra carreta cruzó una región de pantanos, a orillas de la tupida selva. La senda estaba en un mar de barro tan profundo, que los animales chapaleaban sobre sus vientres y el carro sólo podía pasar, gracias a sus ruedas de ocho pies de diámetro, tan separadas. Me sentía como cabalgando un barquichuelo en mar abierto durante un temporal, con violentos barquinazos. Había becasas por todas partes, y con nuestros rifles del 22 cazamos lo suficiente para proporcionarnos un cambio y salir de la eterna carne envasada. También había garrapatas —el bicho colorado, muy pequeñito, y la garrapata do chao, la más venenosa de todas— y sus picaduras nos obligaban a rascarnos continuamente.

En Cuatro Hojas se nos juntó otra carreta con una viuda de Santa Cruz y dos niños hermosos y muy inteligentes. No eran de ella; los había encontrado abandonados en el umbral de su puerta, y los adoptó a pesar de ser muy pobre. Era evidente que tenían ascendencia europea. Me contó que hasta no hace mucho se dejaban los bebés indeseados en las puertas de la iglesia, en la plaza de Santa Cruz, para que los devorasen los cerdos que recorrían libremente las calles. Para detener esto, las autoridades tuvieron que ahuyentar los cerdos; jno se pudo evitar el suministro de niños indeseados!

Una mañana llegó Costin a la carreta, tropezando y maldiciendo.

—Viene detrás de mí —gritó, lo que era absolutamente innecesario, pues sólo a diez yardas detrás de él venía un enorme toro negro. Si había ganado salvaje en los alrededores, era seguro que Costin los atraía. Vaciamos nuestros rifles en el toro, y después de algunos instantes sacudió su cabeza coléricamente, giró y se fué pesadamente hacia el pantano.

Todos los alrededores de Santa Cruz son buenos campos ganaderos—también para siembras—, pero los medios de comunicación son tan malos, que no se ha desarrollado la agricultura.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Los innumerables senderos de muías retardan el progreso del lugar, lo que es una lástima, pues el suelo es tan rico que podría llegar a ser el vergel de Bolivia. La ciudad tiene 20.000 habitantes y 2.000 casas. Está a 1.600 pies sobre el nivel del mar, en un clima delicioso, y sus campos dan tres cosechas de maíz en el año. Algún día estará en las condiciones que le corresponde, pero por ahora es notable por su pobreza increíble, y, por consiguiente, tiene una moral muy baja.

En la cárcel, preso hacía ya dos años, había un inglés llamado Walker, a punto de ser ejecutado por su participación en un asesinato en masa acompañado de robo. Llevados por el interés de una considerable suma de dinero, él y un alemán habían muerto a todos los miembros de una caravana, excepto a una mujer que pudo escapar y dió la alarma. Walker después mató de un tiro al alemán, para quedarse con su parte. Desde su captura había escapado dos veces, pero había sido vuelto a capturar en cada ocasión; una de ellas, sólo a pocos pasos de la frontera donde habría estado a salvo, y había sido traído otra vez a Santa Cruz. Como lo había conocido años atrás en Rurenabaque, fui a la cárcel para verlo. Me contó que su juicio fué absolutamente correcto y admitía merecer la pena, que se le aplicaría uno o dos días después. Cuando llegó el momento, enfrentó al pelotón de fusilamiento con actitud serena, en presencia de toda la población del pueblo.

Todd estaba muy enfermo, y antes que pudiésemos avanzar hacia el este, era necesario regresar a La Paz y tomarle pasaje para su patria. Decidimos permanecer en la ciudad durante un mes para reponernos y recuperarnos para el arduo viaje a Cochabamba, y en lugar de detenernos en el hotel, que era bueno, pero demasiado bullicioso debido a los borrachos, arrendé una casa por una suma irrisoria. Santa Cruz no era un lugar especialmente interesante para permanecer en él. Las calles eran de arena, por lo que en el tiempo lluvioso se formaban una serie de charcos que se cruzaban por medio de piedras bastante inseguras. Tenía un cinematógrafo —al aire libre— y los fantásticos melodramas impresionaban tanto al auditorio, que en cada representación era necesaria una guardia con rifles cargados. La gente es de piel más clara comparada con los cholos, que predominan en los distritos montañosos, pues aquí se encuentra sangre española tan pura como en cualquier otra parte de Sudamérica.

Como el resto del grupo prefirió ir al hotel, antes que a la casa, me alegré de la oportunidad de poner al día todo el trabajo geográfico. Un arriero cesante se ofreció para cocinar; así él actuaba en las dependencias de atrás, en tanto que yo colgué mi hamaca en la gran pieza delantera. El amoblado consistía en una mesa, dos sillas, un estante para libros y una lámpara. No había catre, pero esto no me preocupó, pues en las casas de estos lugares siempre se encontraban ganchos para colgar la hamaca.

EXPLORACIÓN FAWCETT

La primera noche aseguré las puertas y ventanas de madera, y el arriero salió al fondo, a su cuarto. Me subí a mi hamaca y me acomodé para disfrutar de un confortable descanso. Yacía quieto después de apagar la luz, esperando que llegase el sueño, cuando sentí algo que frotaba el suelo. “¡Culebras!”, pensé, y rápidamente encendí la lámpara. No había nada, y creí que habría sido el arriero que se movía al otro lado de la puerta. En cuanto hube apagado otra vez la luz, se reanudó de nuevo el mismo ruido, y un ave cruzó la pieza graznando bulliciosamente. Volví a encender la luz, extrañado de que pudiese haber entrado un pájaro, y otra vez no encontré nada. Al momento de apagar la luz por segunda vez sentí un arrastrar de pies sobre el piso, como de un anciano lisiado que avanzase trabajosamente en zapatillas de paño. Esto fué demasiado. Encendí la lámpara y la dejé así.

A la mañana siguiente se presentó el arriero, con cara asustada.

—Lamento tener que abandonarlo, señor —dijo—. No puedo seguir aquí.

—¿Por qué no? ¿Qué sucede?

—Hay bultos ²¹ en esta casa, señor. Esto no me agrada.

—Disparates, hombre —dije, en son de mofa—. No hay nada. Si usted no quiere pasar la noche solo, traiga sus cosas para acá. Hay espacio de más para dos.

—Muy bien, señor. Si me deja dormir aquí, me quedaré.

Aquella noche, el arriero se envolvió en su manta y se acostó en un rincón, y yo, trepándome a mi hamaca, apagué la luz. En cuanto estuvimos a oscuras, se sintió el ruido de un libro que era lanzado a través de la pieza, acompañado del revoloteo de sus hojas. Pareció estrellarse contra la pared, encima de mí; pero al encender la luz no vi nada, excepto al arriero enterrado en sus mantas. Apagué la luz y el “pájaro” volvió, seguido del “anciano en zapatillas”. Después de esto dejé la luz encendida y cesaron los fantasmas.

²¹ *Bultos*, a mi parecer, es un término expresivo por fantasmas. Lo oí mencionar por primera vez a unos obreros de un refugio de ferrocarril en una vía férrea en las montañas del Perú. Los trabajadores del turno de noche se me acercaron un día para solicitarme les cambiara el horario, para evitar tener que volver a sus casas —más allá de la ciudad— en la oscuridad, antes del amanecer. Se quejaban de que todas las mañanas, cuando pasaban por los riscos que rodeaban el lugar, salía un bulto de las rocas y los perseguía. Les pregunté qué aspecto tenía el bulto. “Como un saco con piernas cortas”, me dijeron. Tuve que rehusar su petición y evitamos encuentros posteriores con los bultos, esperando en el refugio hasta que amaneciera o yéndose a sus casas en un tren de carga.

EXPLORACIÓN FAWCETT

En la tercera noche, la obscuridad fué saludada con fuertes golpes secos en la pared, y, después de esto, con un estallido de muebles. Encendí la lámpara, y, como de costumbre, no había nada que ver. Pero el arriero se levantó, abrió la puerta, y, sin decir una palabra, huyó en la obscuridad de la noche. Cerré, aseguré la puerta de nuevo y me acosté, pero en cuanto hube apagado la luz, pareció que se levantaba la mesa y que era arrojada con gran violencia sobre el suelo de ladrillo, mientras volaban varios libros por el aire. Cuando encendí, nada se veía alterado. Después volvió el ave y a continuación el anciano, que entró acompañado del ruido de una puerta que se abría. Mi sistema nervioso estaba en excelentes condiciones, pero, de todas maneras, esto era más de lo que podía soportar, por lo que al día siguiente abandoné la casa, para trasladarme al hotel. ¡Por lo menos los bulliciosos borrachos eran humanos! Haciendo las averiguaciones respecto a la casa, supe que nadie quería vivir en ella por su pésima reputación. El bulto tenía la fama de ser el fantasma de alguno que había ocultado plata en las habitaciones, un tesoro que nadie antes había tenido la temeridad de buscar.

Mi aparecido, aunque ruidoso, era, a mi entender, menos desalentador que el objeto que frecuentaba otra casa muy conocida de la ciudad, por lo menos para uno no versado en las costumbres de los espectros. Aquí se decía que el fantasma se inclinaba sobre cualquiera que estuviese acostado en una determinada habitación, para agarrar la víctima con una mano huesuda y soplarle un aliento fétido en el rostro. Varios ocupantes de esa casa se habían vuelto locos y ahora el lugar estaba abandonado.

Todd fué enviado a La Paz y yo telegrafíé a mi patria por otro hombre que lo reemplazase. Después, Costin y yo partimos a las montañas, para ver las condiciones mineras al norte de Cochabamba. En el trayecto atravesamos Samaipata, un lugar más bien decadente, pero de porvenir, pues está a 5.300 pies de altura y disfruta de un clima agradable. No lejos de la aldea hay algunas ruinas incaicas, que son los poblados más hacia el sureste que haya dejado este antiguo pueblo. Probablemente fué construida por el inca Yupanqui, para sus expediciones militares hacia el este, pues hay restos de un palacio, baños en ruinas y un pozo o túnel del que se dice es la entrada a la cámara del tesoro. El lugar merece ser excavado, pues los arados de los aldeanos han desenterrado llamas de oro y otros vestigios. Por lo que pude indagar, el único intento de explorar el túnel fué abandonado al ser robado el equipo del investigador; sin embargo, me dijeron que a medio camino hacia abajo hay un pasaje que ramifica el túnel hacia el interior del cerro. El túnel cuenta con gradas muy desgastadas, recortadas en la roca sólida, y a mi parecer ha sido la entrada a una mina.

EXPLORACIÓN FAWCETT

El sendero a Cochabamba sigue en partes el cauce del río Grande, y a menudo, durante las lluvias, es infranqueable. En las secciones en que corre a través de uno o dos estrechos cañones puede tornarse aún peligroso, cuando estallan tormentas, como sucede a menudo en los Andes. En general, el camino es árido, pero no falto de atractivo, y los cactus gigantes que se encuentran allí proporcionan al panorama un aspecto surrealista.

La vida en Totora es pintoresca, pero en esta gran aldea india no hay pretensiones de limpieza. En la ruinoso posada o tambo compartimos la pieza con una cantidad de ovejas y cerdos, e incluso con sus sabandijas.

Después de llegar a la cima del camino, a 11.000 pies, descendimos al valle de Cochabamba, y en Pucara oímos el sonido agudo del pito de una locomotora, la primera desde que abandonamos La Paz. Es un sonido que más que ningún otro nos anuncia que hemos retornado al mundo civilizado, después de una primitiva y solitaria existencia en los puestos de avanzada, un sonido conmovedor que evoca el hogar y la reunión con la familia y los amigos. Al acercarnos más, el bullicioso escape de la locomotora y el estrépito de los enganches nos pareció música divina. ¡Era un simple tranvía a vapor el que encontramos aquí, pero a nosotros nos resultaba magnífico!

En él viajamos al interior de Cochabamba, a través de una región fértil, cubierta de eucaliptos y densamente poblada por los indios de la montaña. Como ciudad, Cochabamba es probablemente la mejor de Bolivia, pues tiene un clima ideal y no está a demasiada altura. Es una estación del ramal del ferrocarril Antofagasta-Bolivia, y puede llegar a ser un lugar de gran importancia y lo sería, en realidad, si hubiese comunicación de caminos o vías férreas con la productiva región de Santa Cruz.

Comimos grandes cantidades de fresas y crema y muchas otras frutas de la zona templada, que hacía tanto tiempo que no probábamos. Los amigos nos atendieron, nos llevaron a los baños refrescantes en Calacala, y con orgullo nos mostraron las bellezas de su ciudad. Con toda razón pueden estar orgullosos de ella, pues es hermosa y su situación es espléndida, colocada como está, en una cuenca entre las montañas y teniendo por el norte el fondo de los picachos cubiertos de nieve. A no ser por la moda popular de vestir totalmente de negro, las calles serían alegres, pues los edificios son pintorescos y las plazas están cubiertas de flores.

Hay una cosa desagradable en Cochabamba, y son las *buichinchas*, (*vinchucas*) o cucarachas chupadoras de sangre, insectos detestables que entran de noche a las casas cuando encuentran las ventanas abiertas y se hartan en el durmiente. También hay pulgas, desde luego —en Sudamérica es difícil librarse de ellas—, pero

EXPLORACIÓN FAWCETT

a nadie le molesta mucho, y llega el momento en que aún los extranjeros ya no las sienten.

En esa época había allí un establecimiento que preparaba dos bebidas muy agradables, que jamás encontré en otra parte. Una se llamaba Viña Raya, denominada así, supongo, por su golpe relámpago y potencia. La otra, conocida como Coca, se preparaba de una destilación en alcohol de hojas de coca especialmente seleccionadas, además de otros ingredientes, y no recuerdo haber probado jamás algo tan bueno. En color y consistencia es como el chartreuse verde, pero su sabor es muy característico y especial. Una copa apacigua la angustia del hambre y aumenta la resistencia, además de ser estomacal. Cualquiera que tuviese la suerte de obtener la receta y la preparase en Europa o en los Estados Unidos, haría, sin duda alguna, una fortuna. Me llevé una docena de botellas a casa, pero, ¡ay!, no duraron mucho.

En la confluencia del Sacambaya y del Inquisivi, no lejos de Cochabamba, hay una misión jesuítica en ruinas, en la que, según dicen, se enterró un gran tesoro. Sacambaya era la más accesible de una serie de treinta y ocho minas de oro explotadas en esa región por los jesuitas, que establecieron una misión en cada mina y que emplearon indios para extraer el mineral.

Cuando los jesuitas fueron desterrados de Sudamérica, todas estas minas de oro estaban en plena producción, y el embarque de oro para Roma había sido suspendido por algún tiempo con el objeto de que los sacerdotes pudieran amasar bastantes riquezas para comprar una parte de Bolivia y hacer de ella una colonia jesuítica. Al saber, sin embargo, de su inminente expulsión, todo el oro fué acumulado en Sacambaya, en un túnel preparado por seis indios, un túnel cuya excavación duró más de un año y que incluía treinta y ocho alcobas. El tesoro de cada misión fué depositado separadamente y demoraron seis meses en taponar el túnel, pues fue llenado cuidadosamente y la entrada al pozo fué interceptada con una enorme piedra ovalada. Mataron a los seis indios para asegurar que se mantuviera el secreto y los ocho sacerdotes regresaron a Roma, donde siete fueron muertos y el octavo quedó prisionero.

Años después, el sacerdote sobreviviente fué puesto en libertad y regresó a Bolivia, donde tenía una hija, pues la mayoría de los sacerdotes rurales tienen mujeres no reconocidas. La muchacha se casó o fué la querida de un inglés y le contó el secreto del tesoro. Este fué divulgándose verbalmente, hasta que algunos descendientes de la pareja decidieron buscarlo. Fueron a Sacambaya, identificaron la pista, encontraron los esqueletos de los seis indios y emprendieron la excavación.

Mientras se proseguía con ésta, se presentó en escena un hombre de Cornualles y se las arregló para formar parte de la compañía. Los descubrimientos hechos sugerían que se encontraban sobre la verdadera huella, pero las querellas disolvieron la sociedad y el hombre de Cornualles continuó solo la búsqueda. El me narró la historia. Aseguró que había encontrado el túnel con huellas nítidas de cal, carbón de leña y trozos de vestiduras de monje. Después se le agotaron los fondos.

— ¿Volvió a probar? —le pregunté.

—Sí, pero no inmediatamente. Había gente que sabía que yo tenía el secreto, y fui llevado a la cárcel con el cargo de que había asaltado una diligencia. Supongo que me querían eliminar para tener a su alcance el tesoro; pero si fué así, se chasquearon, pues dentro del año yo estaba otra vez en libertad. Volví a Sacambaya y seguí cavando, pero se agotó mi dinero y tuve que paralizar el trabajo.

—Se necesita capital para buscar tesoros. Para eso se requiere mucho dinero, pues generalmente se gasta más en las excavaciones de lo que se saca de ellas.

—Eso es muy cierto, mi mayor. Por eso me puse en contacto con cuatro o cinco ingleses interesados y formamos un sindicato para otra tentativa. Estuvimos catorce días allí arriba, pero desistí cuando comprobé que a aquellos hombres no les gustaban los trabajos pesados. Desde luego, tuvimos desavenencias. Ellos querían indios para realizar las excavaciones, pero yo no, pues se habría divulgado el secreto. Era preciso que nosotros hiciéramos todo el trabajo, y con buena gente se habría hecho. Con media docena de hombres decididos, yo habría extraído el tesoro en una semana, pues, créame, no hay mejor minero que un hombre de Cornualles.

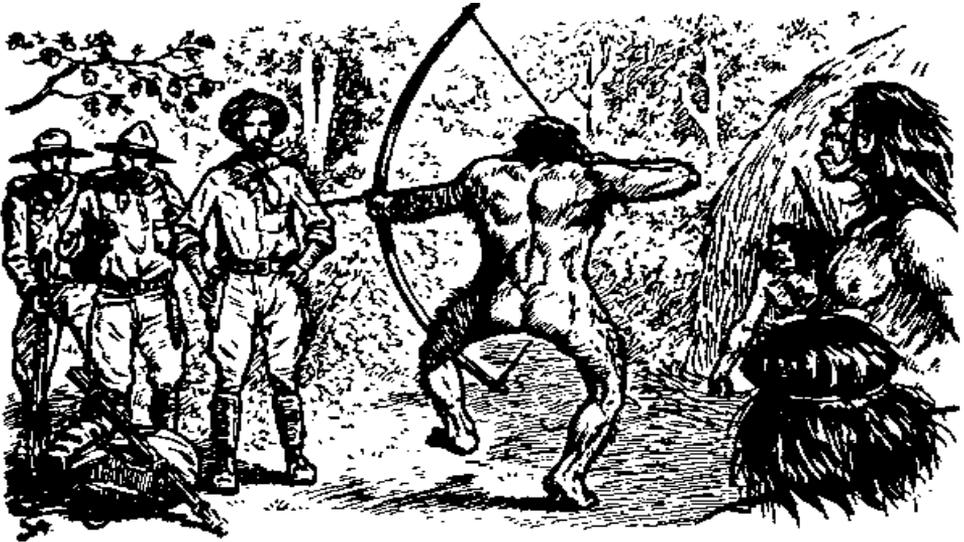
— ¿Qué sucedió después?

—Oh, nos separamos. Ellos se fueron a Inglaterra, y uno reclamó su parte en el sindicato, avaluándola en 40.000 libras. El caso fué visto en el tribunal de quiebras de Londres.

— ¿Por qué me está usted contando todo esto?

—Por esta razón, mi mayor. Si está interesado y quiere entrar en el negocio, y si tiene un poco de capital que quiera invertir en una cosa segura, formaremos una sociedad. Me da la impresión de que es usted una persona recta y sé que no le teme al trabajo. ¿Qué me dice?

— ¡Hum! Quiero dar un vistazo primero. Queda en nuestro camino y pasaremos por allí cuando abandonemos este lugar.



Capítulo XVI

UNA OJEADA A LA PREHISTORIA.

Avanzando por las montañas, al norte de Cochabamba, perdimos bastante tiempo explorando las minas del distrito y llegamos por un camino indirecto a Sacabaya. No hay dificultad en llegar al lugar, sea desde Cochabamba o desde Inquisivi, una aldea minera tres leguas río arriba, pues es campo raso y hay varias granjas en la vecindad. Algunos muros destruidos representan lo que otrora fué la misión jesuíta, y no muy lejos encontré seis u ocho agujeros abiertos y otros que parecían haber sido excavados sólo para ser vueltos a llenar de nuevo.

Según se dice, el tesoro vale medio millón de esterlinas, si es que existe, de lo que más bien dudo. Hay ciertas evidencias en las tradiciones del lugar, pero desde la historia de mi Tesoro del río Verde me he puesto más desconfiado con respecto a estos cuentos de entierros ocultos. Y, sin embargo, cierto boliviano del distrito, de situación muy modesta, llegó a ser hombre de gran fortuna en un tiempo notablemente corto. Nunca explicó su buena suerte, pero se decía que había hecho una cantidad de visitas furtivas a Sacabaya.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Mi opinión personal es —si realmente existe un tesoro allí— que las tentativas para ubicarlo no han sido llevadas con mucha inteligencia. Cualquiera que conociera todos los indicios encontraría muy sencillo establecer de una vez por todas si hay o no un túnel. El hombre de Cornualles me aseguró haberlo encontrado, pero no vi rastros de ello, aun cuando hice un examen prolijo. Los agujeros que fueron excavados parecían conductos realizados con el objeto de llegar a un túnel, pero era obvio que no lograron su objetivo.

Nada había que pudiera hacer yo, porque no disponía de capital, y aun cuando estaba seguro de la sinceridad del hombre de Cornualles, me defraudó el lugar. No “sentía” que el tesoro estuviese escondido allí, y estoy inclinado a dar cierta importancia a estas impresiones.

Como el hombre de Cornualles estaba en mala situación, se fué a Río de Janeiro, donde trabajó, según creo, para la Compañía de Luz y Fuerza. No pude ponerme en contacto nuevamente con él y pienso que debe haber muerto allí. Seguramente se harán después otros intentos para hallar las riquezas, pues el secreto es compartido por el sindicato y siempre hay gente aventurera lista para tomar parte en la búsqueda de un tesoro, aun cuando se arruinen en la empresa.

Desde Inquisivi cruzamos las montañas hacia Eucalipto y tomamos un tren para La Paz. Ya había telegrafiado a mi patria pidiendo otro hombre que reemplazase a Todd y espe-, raba que pronto llegase Manley. Mientras tanto, tenía que atender algunos asuntos en la capital, incluyendo las conversaciones preliminares sobre un esquema que estaba preparando para un camino de autos de Cochabamba a Santa Cruz.

Calculaba yo que un promedio de 150 muías cargadas pasaban diariamente entre ambas ciudades, aun en la estación de las lluvias. Pero el transporte animal, además de ser lento y deficiente, era totalmente inadecuado para el tránsito potencial de legumbres, frutas y maderas desde el “Jardín de Bolivia” hasta el Altiplano. La solución evidente era una línea férrea, pero había ciertos inconvenientes. El terreno era difícil y la construcción sería muy costosa, pero el obstáculo principal sería mantener en forma permanente la vía en los desfiladeros estrechos barridos por los torrentes. Un camino para automóviles, sin embargo, por razones de su mayor flexibilidad en la nivelación, podría evitar las partes peligrosas, y en caso de interrupciones por derrumbes y avenidas, ocuparía menos tiempo en volver a habilitarse y requeriría menos trabajadores permanentes para su atención. Aun en 1913 era fácil prever el desarrollo del transporte por vía terrestre, aunque admito que había varias dificultades que nunca se me ocurrieron. En mi imaginación veía enormes camiones acarreamo troncos desde las selvas del interior, que podían proporcionar madera apta para todos los usos industriales que

conocemos. Pero yo no tenía experiencia en terraplenes y puentes, ni en ejecutar curvas en caminos de montaña. Sólo veía las posibles ventajas del transporte terrestre y las desventajas de las líneas férreas. El tráfico por rieles ha probado ser el método más eficiente para transportar cargas de mucho volumen —especialmente en épocas de emergencia nacional—, y su sentido, de responsabilidad con el público es incomparablemente mayor que aquel que ofrecen las empresas de camiones.

Yo estaba muy entusiasmado con la idea del camino para automóviles, y las autoridades gubernamentales que me escucharon también parecían estarlo. Era probable que garantizarían la recuperación de los costos de construcción y yo anticipaba que no sería difícil reunir el capital localmente. Pero vino la guerra ²² y mi esquema pasó al archivo.

Pasamos la Pascua de 1913 tranquilamente en La Paz y después regresamos a Cochabamba por ferrocarril, vía Oruro. Luego alquilamos muías, renovamos nuestras provisiones y partimos para Santa Cruz, una jornada muy difícil en esta época del año, cuando las lluvias han llegado al máximo y los ríos están en crecida.

Casi fuimos atrapados en uno de los angostos desfiladeros, cuando hubo un chaparrón en la montaña arriba de nosotros. Yo me di cuenta de lo que iba a seguir y mantuve mis ojos muy abiertos, buscando un camino que nos permitiera salir del cañón. Felizmente, llegamos a un paraje en que las muías podían encontrar pie firme y emprendimos el ascenso para alejarnos del suelo del valle, justo en el momento preciso. Sentimos un rugido sordo que venía de la garganta y, volviéndonos, vimos un muro de agua de doce o quince pies de altura saltando y echando espuma debajo de nosotros, arrastrando todo lo que encontraba a su paso. Uno o dos minutos antes nos habría cogido, pues el último animal pasó rozando entre peñascos que caían y la espuma oscura.

Estuvimos detenidos uno o dos días en Totora, lo que nos dió oportunidad para aprender allí algo de las costumbres nativas. Una de ellas consiste en que el marido de una parturienta guarde cama con la cabeza vendada y permanezca en ella dando lamentos y quejándose durante cuatro días. Entre tanto, la mujer da a luz con la facilidad acostumbrada de estas indias y atiende a su pobre marido, alimentándolo con una infusión de maíz, mientras los vecinos se reúnen en torno suyo para simpatizar con las agonías que la cruel Naturaleza inflige a un padre infortunado. Esta costumbre ridícula no se limita sólo a Totora, sino que prevalece en muchas partes del mundo, entre los pueblos atrasados.

²² La guerra de 1914.

Llegando a Santa Cruz me atacó una fiebre que debe haber sido la tifoidea, y por varios días me sentí muy mal. La cura espartana, que consistía en estar sentado desnudo a todo sol por horas enteras, la expulsó al fin de mi organismo, pero sobrevino después un molesto ataque de *susu*, que es una especie de conjuntivitis contagiosa muy frecuente aquí debido al polvo y a la suciedad. Se me hincharon los párpados y se cubrieron de orzuelos. Pude curarme con el contenido de

la caja de medicinas, pero sólo porque el ataque fué benigno. Para mí no era costumbre estar tendido en esta forma y estaba muy avergonzado de mí mismo.

La enfermedad más de moda en Santa Cruz es lo que llaman allí espasmo. El reumatismo es un espasmo de aire y

cualquier tipo de fiebre es un espasmo del sol. Cualquier enfermedad, desde una indigestión hasta la fiebre amarilla, es un “espasmo” de una u otra cosa. La gente de la ciudad es tan pobre, que los pocos médicos ganan apenas para sobrevivir. Generalmente, se deja que la enfermedad siga su curso, todo lo cual demuestra cuán necesario es un servicio médico estatal. En el interior de Bolivia y Brasil no hay otro medio en que el tratamiento y prevención de la enfermedad pueda llevarse a cabo para beneficio de aquellos que más lo necesitan. Tarde o temprano, estos países llegarán a ello, y así también todos los demás que se consideran civilizados²³.

Vivir en Santa Cruz es tan barato como en otras partes y, a pesar de su pobreza, la gente es hospitalaria y no se queja de nada. Por el equivalente de 30 chelines mensuales arrendé una casa nueva y de calidad (sin bulto esta vez) y todo el alimento que pudimos consumir —incluyendo: carne, pan, leche, fruta y legumbres— nos costó sólo un chelín y seis peniques diarios. No es de admirarse entonces que haya habido extranjeros que no lograban zafarse del lugar. Las tierras se vendían a más o menos 80 libras la legua cuadrada, y se me ocurrió que era una excelente oportunidad para una colonia de extranjeros industriosos, dispuestos a desarrollar los recursos ilimitados, realizar mejoras en la ciudad y construir caminos tributarios para llevar la producción a un punto central de distribución²⁴.

(1) ²³ En la montaña peruana, la Cooperativa Interamericana de Servicios Públicos de Sanidad —conocida como SCISP— proporciona a los habitantes un servicio médico del que jamás habían disfrutado anteriormente. Es un progreso reciente allí. No sé si Bolivia y Brasil gozan ahora de las mismas facilidades.

(2) ²⁴ Esto ha sido intentado más de una vez en las regiones montañosas de las repúblicas del Pacífico y ha tenido poco éxito. El inconveniente principal es que aun un colono enérgico, como el alemán o italiano del norte, sucumbe al clima enervante y cuando entra la latitud prefiere “volverse nativo” y no hacer nada. La naturaleza les suministra lo que necesitan y... no se preocupan de nada más.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Las jóvenes de Santa Cruz son en su mayor parte muy lindas, pero de moral relajada. En las calles se interceptan miradas de un descaro desvergonzado, y de noche es muy común oír golpes suaves en las puertas o persianas y una voz inquiriendo si al señor se le ofrecía algo. Esto se notaba más que nunca durante los tres días del carnaval, cuando se relajaba toda pretensión de respetabilidad y hombres y mujeres se entregaban a una verdadera orgía.

Con el carnaval llegaron temblores y las casas fueron sacudidas violentamente, provocando mucha alarma, pero poco daño real. Nos aventuramos a andar por las calles, corriendo el riesgo de ser apedreados con huevos llenos de tinta o pintura, o de recibir desde los balcones baldadas de agua sucia. Fué una diversión total para aquellos que se entregaron al libertinaje de esos días, pero nosotros nos alegramos cuando terminó y se enterró solemnemente en el cementerio al Rey Carnaval.

En cuanto llegó desde La Paz mi antiguo amigo Manley, nos despedimos de nuestros numerosos conocidos de la ciudad, ensillamos y partimos en dirección a la frontera brasileña. Toda la región presentaba aún los efectos de la estación lluviosa, que en 1913 se extendió hasta gran parte de agosto, y los ríos estaban anormalmente crecidos. El Río Grande tenía que ser atravesado en pelotas —una especie de barquilla' hecha con cueros sin curtir amarrados en las cuatro puntas— y la corriente hacía peligrosas aún éstas. Después atravesamos treinta y seis leguas de tediosa selva, hasta llegar a un sitio donde un pequeño destacamento de soldados bolivianos mantenían en jaque a los indios salvajes. El total de la región, del río Parapiti hacia el sur, y entre el río Piray y el Río Grande, al norte, está en manos de los indios yanaiguas, que a veces atacan a los viajeros. No tropezamos con ninguno y llegamos a El Cerro, una colina con un pequeño rancho ganadero y con más o menos cincuenta indios labradores.

Más allá de El Cerro, bajamos a una región de palmeras, en que el lago Palmares se extendía a lo ancho y a lo largo, en grandes bañados durante las lluvias. Seguimos un sendero seco, diez pies más bajo que la seña de la marea alta, hacia El Cerrito, otro rancho ganadero. Esta estancia que abarcaba dos leguas cuadradas podía mantener fácilmente 5.000 cabezas de ganado y, sin embargo, fué comprada con 240 libras. Este es un ejemplo de lo que valía en aquel entonces en la provincia el terreno de la mejor calidad.

Desde aquí a San Ignacio había una extensión seca y polvorienta, pero la región parecía rica en minerales. En las colinas hacia el norte hay oro, de onza y media por tonelada; estas minas fueron explotadas en su origen por los jesuitas. El abandono y la decadencia se han extendido por toda la región, pues el aislamiento la ha hundido y San Ignacio —capital de la provincia de Chiquitos— es una aldea empobrecida, en

que una gran población de 3.000 seres, en su mayoría india, vive una existencia precaria.

El carnaval aún no había finalizado en San Ignacio; en realidad, las celebraciones de año nuevo aún no habían realmente terminado. En la mayoría de las desaseadas casas oímos el tañido de las guitarras, acompañadas por el murmullo de Hoces lúgubres, y el olor de la kachasa impregnaba el aire. Aquí y allá, un borracho se afirmaba contra la muralla o yacía extendido sobre el suelo como la víctima de una masacre. No ladraba un perro ni chillaba un pájaro; parecía que el lugar estaba en el coma que precede a la muerte.

Estábamos al borde de lo que es tal vez la peor región de serpientes en Sudamérica y es abrumadora la pérdida de vidas humanas por esta causa. Mucha gente nos aseguraba en forma de lo más enfática que en esta región había una culebra de más o menos tres pies de largo, que se metía dentro de sí misma antes de atacar. Como para modificar el relato de algo que me parecía una imposibilidad anatómica, agregaban que no era muy venenosa. Me habría gustado ver una, pero nunca pude.

Los verdaderos indígenas de Chiquitos eran gente de tez clara que vivían en fosos; hacían agujeros en el suelo, de más o menos doce pies de diámetro, a los que se llegaba por un largo túnel inclinado, cubierto enteramente con ramas y hojas de palmera. Los indios *morcegos* del Brasil aún viven en esta forma, como auténticos trogloditas; son un pueblo feroz, huraño, con el que es imposible tratar.

En las selvas bajas, más allá de San Ignacio, caminamos penosamente seis días seguidos, a través de bañados de lodo y agua, donde durante las lluvias el terreno está completamente inundado. Desde el suelo se erguían rectos los troncos fantásticamente blancos de los álamos, entrelazándose en lo alto, cargados de barbas de musgo y enredaderas parásitas, formando un techo en que penetraban sólo aquí y allá escasos destellos de luz. En la penumbra, entre los enormes troncos, los árboles de cauchos opacos y blanquizcos se esforzaban por llegar arriba y asomarse a la luz solar.

En los bosques de la zona templada, los árboles tienen troncos oscuros y la corteza clara presenta su interesante textura en millares de combinaciones. Pero aquí en la América tropical, los troncos son lisos y de un color pálido, casi luminoso, que se puede distinguir aún en la oscuridad. En todas partes, la maraña aparrada de la maleza se extiende por los espacios despejados del suelo, se abraza a los árboles y a todo arbusto lo bastante resistente para soportar su peso y trepa con propósito mortal hacia las alturas de la selva, en que el sol resplandece y donde las orquídeas llamean en una profusión de colores. Desde arriba, en forma de red, colgaban las

lianas, como si monstruosas arañas hubiesen tejido una tela de fibra viviente para atrapar hombres y bestias en mallas irrompibles. Desde el suelo se levantaban las frondosas enredaderas en una ola de verde, abriéndose paso a través de la espesura de palmeras y bambúes.

Aquí y allá, donde algún estrangulado gigante de la selva había caído muerto para podrirse en el fango, penetraba la luz del día en un claro donde una papaya o una palmera erguía se graciosa como una hermosa ninfa de las ciénagas. El paso de la muerte a la desintegración es rápido en la selva; los árboles pierden su vida y caen, para servir de casa y alimento a enjambres de insectos. La humedad constante y los hongos que se esparcen transforman el árbol muerto en una pulpa apesetosa, desmenuzándola hasta que forma parte del fango que la absorbe. No hay tierra seca y elástica como se encuentra en los bosques del norte; excepto, en los islotes de las partes altas, todo es fango aquí, por lo que los pies se hundan monótonamente, con ruido de succión, en una alfombra de hojas dispersas y pasto enmarañado, de forma que los músculos de las piernas llegan a doler con el esfuerzo de libertar las botas para cada paso.

Donde termina la selva y empieza el campo abierto, contemplamos el extendido pantano interrumpido en partes por pequeñas islas, situadas a mayor altura que el nivel general, coronadas con matorrales de bambú, *tacuara* y monte bajo. En una de estas islas, que era bastante grande, había una estancia miserable, llamada San Diego, habitada por gente tan tétrica, como el aspecto de las puertas de cañas podridas. El lugar estaba infestado de culebras, porque todas estas islas del pantano constituían refugios en caso de inundaciones y en el interior del rancho habían sido muertas no menos de treinta y seis, venenosas todas, en el espacio de tres meses. En el techo empajado podía escucharse su reptar día y noche.

Dos leguas más allá de San Diego penetramos en la senda San Matías-Villa Bella, que ya me era familiar. Las carretas que habíamos traído de San Ignacio fueron incapaces de cruzar el crecido río Barbado, de manera que nos vimos obligados a acampar lo más cerca posible de Casal Vasco y disparar gran cantidad de municiones para llamar la atención de los que estaban en la otra orilla. Al tercer día apareció un negro en el banco más apartado. Resultó ser uno que había estado con la Comisión Brasileña, en 1909. Regresó a Casal Vasco y trajo una canoa para remolcarnos a la ribera opuesta.

—No habrían podido llegar muy lejos si hubiesen tratado de nadar en el río, señor —nos dijo, mientras remábamos—; los cocodrilos han cogido a mucha gente aquí.

Se quedó con la boca abierta cuando le conté que yo había nadado en su

corriente en 1909.

—Fué un milagro que no lo atacaran. Un blanco tiene mucho menos suerte con esos bichus que un negro; cualquiera podrá decirle lo mismo.

—Pero me han contado que no atacan a un hombre antes de mediodía.

—Sí, señor, eso es lo que dicen, pero no sólo hay cocodrilos en estos ríos. También hay anacondas y éstas no esperan hasta después de almuerzo para atacar. El Guaporé es peor por sus anacondas, tal vez; no es muy seguro acampar ni aún en las orillas de ese río en algunos lugares.

Y continuó relatando:

—Yo formaba parte de un destacamento que acampaba en cualquier playa donde pudieran colgar las hamacas. Uno de los hombres prefirió colgar la suya alejada de los demás, pues decía que dormiría mejor si no se veía obligado a escuchar nuestros ronquidos. Cierta noche oímos una especie de grito ahogado — como si le apretaran el gáznate a un hombre— y todos saltamos de nuestras hamacas y corrimos con nuestras armas al lugar en que el hombre dormía. Alguien llevaba un farol y a la luz débil de aquél presenciarnos un espectáculo que no olvidaré jamás, pues una enorme anaconda tenía en su hocico las cuerdas de la hamaca y con varias vueltas de su cuerpo había enrollado al hombre con hamaca y todo. Le disparamos y después de algún rato soltó su presa y huyó al río. El hombre estaba ya muerto: ¡no le quedaba ni un hueso sano en el cuerpo!

En Matto Grosso, donde abundan las anacondas, hay una curiosa superstición según la cual todo aquel que sea mordido por una de ellas y se salve, queda después inmune a las mordeduras de cualquier serpiente venenosa. En el Sertão brasileño o despoblado se cree que llevando una pequeña bolsa de bicloruro de mercurio la persona evitará que la ataquen las culebras. Los nativos se aferran tenazmente a esta idea y a cualquier argumento responden: “Senhor, siempre he vivido en el Sertão y conozco estas cosas”.

Casal Vasco, cuya población había sido exterminada por los salvajes, estaba habitada otra vez por unos pocos negros y tuvimos la suerte de conseguirnos un bote que nos llevase a Puerto Bastos, donde Antonio Alves, un antiguo amigo de los días de la delimitación de fronteras, me vendió una excelente canoa para el resto de nuestra excursión fluvial.

La escualidez, ruinas y dilapidación de Villa Bella no habían cambiado, pero cuando entramos por la calle llena de pasto, salió disparado de una casa un bulto blanco y negro, derecho hacia mí. Era un foxterrier que había dejado allí con una pata quebrada, en 1908, y los lamidos ansiosos de su lengua me indicaron que no me había olvidado.

Para evitar a los indios rateros que rondan de noche las calles silenciosas de

Villa Bella acampamos a orillas del río, donde fuimos visitados por un cocodrilo, un jaguar, un tapir y algunos cerdos, y una cantidad de monos nocturnos que anunciaban su presencia con aullidos pavorosos.

La caza es abundante en el Guaporé superior, pues hay poca gente que la moleste. Después de once días de bogar duramente llegamos al río Mequens, donde había una barraca de caucho de un alemán y aquí nos encontramos con el Barón Erland Nordenskiöld, quien, en compañía de su valerosa esposa, se ocupaba en investigar sobre las tribus indias más accesibles del Guaporé. Habla mucho en favor de esta atractiva y joven dama sueca el hecho de estar dispuesta a marchar a la selva con su esposo y vadear los pantanos para conocer alguna tribu distante.

Más o menos a doce millas hacia el este había unas colinas que el barón consideraba muy imprudente ir a visitar.

—Es seguro que allí hay grandes tribus de salvajes —observó— y es muy probable que sean peligrosas. He oído de ellas por los indios que hemos visitado. Todos hablan de caníbales en alguna parte, en esa dirección.

—Dicen que son hombres grandes y velludos —agregó la esposa del barón.

Me reí.

—Pronto lo sabremos, pues vamos para allá —dije.

—Demasiada imprudencia —refunfuñó el barón—. Francamente, temo no volver a verlo más. Usted está cometiendo un acto temerario.

Cargados de pesados bultos dejamos el río Mequens y, durante dos días, vadeamos el lodo de los extensos pantanos, hasta que llegamos a una lenta corriente que se vaciaba en ellos. Seguimos río arriba y algunos días después arribamos a unas llanuras pastosas que formaban las primeras colinas de la Serra dos Parecis. Esta parte de la región es tan hermosa, que podía comprender muy bien por qué hay ermitaños de distintas nacionalidades desparramados por la selva, prefiriendo una vida solitaria en los despoblados, antes que una existencia miserable e incierta en la civilización. Más bien que compadecerlos por perder las entretenciones que acostumbramos a considerar tan necesarias, deberíamos envidiarlos por su sabiduría en reconocer cuán superfluas son en verdad aquellas cosas. Tal vez sean los únicos que tienen más probabilidades de encontrar el verdadero sentido de la vida.

Subiendo por la serranía llegamos otra vez a la selva donde las malezas no obstaculizaban mucho nuestro avance y en la que los enormes árboles de caucho, algunos de doce pies de circunferencia, no tenían señales de incisiones hechas con regularidad. En verdad, algunos habían sido macheteados groseramente y pudimos ver que no era la labor del seringero de alguna compañía. Parecía que jamás antes

habían pasado por allí hombres blancos; en cambio, las huellas de indios eran evidentes.

Encontramos algunas frutas deliciosas en estos bosques; pero no sé cómo se llamaban, pues nunca antes las había visto. Tenían la particularidad de ser casi todo cuesco y muy poca pulpa, pero lo poco que tenían nos tentaba para comer una tras otra. Había otra fruta que decidimos probar después de observar que los insectos parecían gustar de ella. Era más o menos del tamaño de una granada y parecía sabrosa, pero dejaba un sabor astringente y lo que tragamos nos hizo vomitar, dejándonos mareados por algún tiempo.

Tres semanas después de entrar en la selva, llegamos a un camino ancho que denotaba mucho tránsito y que se cruzaba con el nuestro en ángulo recto.

—Salvajes —dije—, la aldea debe estar muy cerca, pues éste es un sendero de uso cotidiano.

—¿Y qué me dice del que estamos siguiendo? —preguntó Costin—. También revela mucho trajín. No sabemos cuál seguir.

Yo miré ambos y no podía decidirme sobre cuál podría ser el correcto.

—¿Sabe qué? —sugirió Manley—. Tirémoslo a la suerte.

Busqué una moneda y al fin ubiqué una en el rincón de un bolsillo del pantalón.

—Si es cara, seguimos adelante. Si es sello, usamos el sendero nuevo.

La tiré al aire y los tres nos inclinamos sobre la parte en que había caído, donde yacía semioculta por una hoja seca. Había salido sello.

—Vamos, entonces, por el camino nuevo.

Lo seguimos por dos o tres millas, pasando varias plantaciones y de repente sobre nosotros se esparció la luz del día en toda su fuerza, a orillas de un enorme claro. Con gran cuidado escudriñamos a través de la maleza y allí, en frente de nosotros, en un ancho espacio de tierra aplanada había dos grandes cabañas en forma de colmena. Eran de cuarenta pies de alto en el centro y cien de diámetro, pero sólo se podía ver una puerta en la más cercana, tal vez a treinta pies de distancia.

Mientras observábamos, salió de la choza un niño desnudo de color cobrizo, con una nuez en una mano y con una pequeña hacha de piedra en la otra. Se sentó en cuclillas ante una piedra plana, depositó la nuez sobre ella y entonces comenzó a martillar sobre la cáscara con el costado del hacha.

Me olvidé de mis compañeros y de todo lo demás mientras observaba esta escena. Se había corrido la cortina del tiempo, para revelar un aspecto del lejano pasado —una ojeada prehistórica—, pues exactamente así debe haberse visto y actuado el niño neolítico cuando el hombre estaba iniciando su ascensión por la escala

de la evolución. La selva primitiva, el claro, la choza, todos eran exactamente como deben haber sido innumerables milenios de años atrás. La nuez se partió, el niño lanzó un pequeño gruñido de satisfacción y dejando el hacha de piedra en el suelo, se echó la semilla a la boca.

Tuve que hacer un esfuerzo para volver al presente y después lancé un suave silbido. El niño se sobresaltó, se paralizaron sus mandíbulas y sus ojos giraron asustados; aparecieron dos brazos del oscuro interior de la cabaña, lo cogieron y lo metieron dentro. Hubo un animado farfulleo, un batir de arcos y flechas y gritos ahogados. No hay razón para esconderse en la selva una vez que los salvajes se han dado cuenta de la presencia de uno; de modo que salí de mi refugio, crucé rápidamente hasta la cabaña y me deslicé por la baja entrada para agacharme más allá en la obscuridad de la pared.

Cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, vi que en la choza sólo había una anciana que, de pie, me observaba entre una cantidad de urnas de barro. Se veían otras puertas en el lado opuesto y por ellas habían huido los ocupantes. Comenzaba a explicarme la situación: habíamos llegado mientras todos los hombres andaban fuera, en la plantación, y las mujeres y niños que un momento antes estaban en la cabaña corrían ahora a dar la alarma, dejando únicamente a la anciana, que era demasiado vieja para huir.

La anciana refunfuñó entre dientes y después se encorvó para continuar el trabajo que estaba haciendo cuando comenzó la alarma: la elaboración de cerveza de maíz sobre el fuego. Le hice señas que tenía hambre y, atemorizada, cogió una calabaza y se acercó cojeando a mí, siempre refunfuñando entre dientes. La calabaza estaba llena de una comida muy sabrosa, sea lo que fuere, y yo salí para darles a los demás, que aún estaban esperando en el monte bajo al borde del claro.

El cielo se había cubierto de nubes, tronó en el follaje sobre nuestras cabezas y comenzó a caer una lluvia torrencial.

—Entren conmigo —grité—. Podemos estar tan bien allí dentro como acá afuera.

Juntos entramos en la choza, y cuando se hubo vaciado la calabaza, la llevé otra vez a la anciana para que la llenara nuevamente. Cuando estábamos comiendo la segunda ración, entraron los hombres. Se deslizaron hacia dentro por varios accesos que no habíamos observado antes y a través del vano de la puerta pudimos ver las sombras de más hombres que afuera, probablemente, habían rodeado la choza. Todos llevaban arcos y flechas. Uno, que yo tomé por el jefe, estaba de pie junto a la anciana escuchando' el agitado relato de lo que había ocurrido. Me acerqué a él y traté de convencerlo con señas, que traíamos buenas intenciones y sólo deseábamos

EXPLORACIÓN FAWCETT

alimento explicándole que ya habíamos recibido algo. Se mantuvo perfectamente tranquilo mientras yo me aproximé y no dió señales de entender lo que estaba tratando de decirle. Volví a la puerta, saqué algunos pequeños regalos de nuestro equipaje y regresé para hacerle entrega de ellos. Los tomó sin dar muestra alguna de reconocimiento, pero las mujeres se acercaron a nosotros con calabazas llenas de maní. Habían aceptado nuestra amistad y el jefe mismo se sentó sobre una banqueta curva y compartió con nosotros el alimento.

Posteriormente, averigüé que este pueblo era el de los Maxubis, que tenían veinticuatro aldeas y que sumaban más de dos mil. No eran muy oscuros, sino de un brillante color cobrizo, más bien pequeños y con un tinte rojizo en sus cabellos. Los hombres usaban conchas y palos en las orejas, tarugos en las fosas nasales y en el labio inferior, y pulseras de semillas y de madera de chonta labrada. En los tobillos y muñecas llevaban tiras de goma teñidas de rojo con urucu y aquí encontramos la respuesta al misterio de las incisiones en los árboles de caucho. Las mujeres no usaban adornos y su pelo era corto mientras que el de los hombres, largo, contrariamente a nuestra costumbre. Creo que este pueblo, al igual de muchos otros del Brasil, descendía de una civilización más elevada. En una de las aldeas Maxubi había un muchacho pelirrojo de ojos azules, que no era un albino.

Nuestro objetivo estaba, sin embargo, más lejos, hacia el este, y sólo permanecemos con los Maxubis el tiempo suficiente para aprender un poco su lengua y sus costumbres. Adoran al sol y uno o dos hombres de cada aldea tienen la obligación de saludar todas las mañanas el amanecer con voces musicales cantando una canción obsesionante y misteriosa, en lo que yo diría era la escala pentatónica —similar al yaraví de los indios montañeses del Perú—. En el silencio absoluto de la selva, cuando la primera luz del día había acallado el alboroto nocturno de la vida de los insectos, estos himnos nos impresionaban enormemente con su belleza. Era la música de un pueblo desarrollado, no el simple ruido rítmico que gusta a los verdaderos salvajes. Tenían nombres para todos los planetas y llamaban a las estrellas Vira Vira, curiosamente sugestivo del nombre Viracocha con que los incas designaban al sol.

Tenían modales gentiles y su moral estaba fuera de reproche. Sus pies y maños eran pequeños y bien formados; sus facciones, delicadas. Conocían el arte de la alfarería; cultivaban el tabaco y lo fumaban en pipas de hornillas pequeñas o en cigarrillos liados en hojas de maíz. En todo sentido indicaban un retroceso de un estado superior de civilización, antes que un estado de evolución del salvajismo.

Tribus como ésta hay esparcidas en toda la vasta extensión de la Sudamérica desconocida —unas cuantas un poco mejor organizadas y algunas aun vestidas—,

refutando totalmente las conclusiones a que han llegado los etnólogos, que sólo han explorado los ríos y no conocen nada de las partes menos accesibles. Al mismo tiempo son verdaderos salvajes, feroces, peligrosos y traidores.

Jamás habíamos visto cacahuetses como éstos que cultivaban los Maxubis. Constituía su alimento principal y los frutos de sus vainas alcanzaban de tres a cuatro pulgadas de largo; «el sabor y valor nutritivo eran excelentes y difícilmente se podría encontrar, como aprendimos posteriormente, un alimento más conveniente para llevar en una excursión. En las comidas cada hombre se servía de un tazón comunal lleno de estos enormes cacahuetses, mientras las mujeres comían aparte y mantenían siempre llenos los tazones de los hombres.

Más o menos a los diez días pudimos ya cambiar ideas con los Maxubis en su propia lengua y fué entonces cuando nos hablaron de una tribu de caníbales más hacia el norte: los Maricoxis. “¡Vincha Maricoxi, chimbibi coco!”, decían, para dar a ustedes un ejemplo de su lenguaje. “Si ustedes visitan a los Maricoxis, irán a caer a la olla.” Una pantomima escalofriante acompañaba la advertencia.

La información obtenida por los Maxubis era útil e interesante, y después de visitar varias de las aldeas más próximas, nos despedimos de ellos partiendo hacia el noreste, donde decían que vivían los Maricoxis. Entramos en una selva sin huella alguna —probablemente la tierra de nadie—, evitada tanto por los Maxubis como por los Maricoxis, y al quinto día llegamos a un sendero que parecía estar en uso constante.

Mientras nos detuvimos a mirar de derecha a izquierda, tratando de decidir qué dirección era la más ventajosa, aparecieron dos salvajes a más o menos cien yardas hacia el sur, que iban al trote y hablando rápidamente. Al vernos se detuvieron en el acto y a toda prisa colocaron flechas en sus arcos, mientras yo les gritaba en la lengua de los Maxubis. No podíamos distinguirlos claramente, pues sus cuerpos quedaban en sombra, pero me pareció que eran hombres grandes y velludos, de brazos excepcionalmente largos y con frentes huidizas que empezaban en prominentes arcos superciliares; hombres en realidad de un tipo muy primitivo y completamente desnudos. Repentinamente nos volvieron las espaldas desapareciendo en la maleza, y nosotros, sabiendo que era inútil seguirlos, partimos por el sendero del norte.

Faltaba poco para ponerse el sol, cuando, a través de los árboles, llegó en forma indistinta y apagada el sonido inconfundible de un cuerno. Nos detuvimos, escuchando atentamente. Otra vez oímos el llamado del cuerno, al que contestaban desde otras direcciones, hasta que varios cuernos atronaban el espacio al mismo

tiempo. En la débil luz del atardecer, bajo la alta bóveda de ramas en esta selva no hollada aún por el hombre civilizado, el sonido era tan imponente como la obertura de una ópera fantástica. Sabíamos que era producido por los salvajes y que estos salvajes estaban ahora persiguiéndonos. Pronto pudimos oír gritos y jerigonza, entre los rudos llamados del cuerno: un estrépito bárbaro en marcado contraste con la reserva del salvaje común. La obscuridad que todavía no invadía las copas de los árboles se dejaba caer rápidamente en las profundidades del bosque y miramos en torno nuestro en busca de un sitio para acampar que nos ofreciese alguna seguridad contra ataques, refugiándonos por último en una espesura de tacuara. Aquí no se atreverían a seguirnos los salvajes desnudos, debido a las punzantes espinas de una pulgada. Mientras amarrábamos nuestras hamacas dentro de la barricada natural, oíamos la excitada jerigonza de los salvajes en torno nuestro, pero no se atrevieron a entrar. Después, cuando desapareció la claridad por completo, nos abandonaron y no supimos más de ellos.

Al amanecer no había salvajes en nuestra vecindad y no encontramos a ninguno cuando, siguiendo otro sendero bien definido, llegamos a un claro en que había una plantación de mandioca y papayas. Tucanes de brillantes colores graznaban desapaciblemente en los árboles mientras picaban la fruta, y como no nos amenazaba ningún peligro, nos servimos en abundancia. Aquí acampamos y en la penumbra vespertina dimos un concierto dentro de nuestras hamacas: Costin con su armónica, Manley con una peineta y yo con un clarinete. Tal vez fué una idea disparatada advertir nuestra presencia en esta forma, pero no nos molestaron y no apareció ningún salvaje.

En la mañana continuamos viaje y al cuarto de milla llegamos a una especie de garita de centinela hecha de hojas de palmera; en seguida, a otra. Entonces, repentinamente, llegamos a selva abierta; desapareció la maleza, descubriendo entre los troncos de los árboles una aldea de guaridas primitivas, donde se agazapaban los salvajes de aspecto más ruin que había visto jamás. Algunos estaban ocupados en fabricar flechas, otros haraganeaban; brutos con aspecto de orangutanes, que parecían haber evolucionado muy poco sobre el nivel de las bestias.

Silbé y un ser enorme, peludo como un perro, saltó sobre sus pies en la guarida más cercana, puso rápidamente una flecha en su arco y se nos acercó bailando de una pierna a otra, hasta aproximársenos a cuatro yardas. Emitiendo gruñidos que sonaban como “¡iuf!, ¡iuf!, ¡iuf!”, permaneció bailando allí, y de repente la selva entera a nuestro alrededor se llenó con estos horribles hombres-monos gruñendo todos “¡iuf!, ¡iuf!, ¡iuf!” y moviéndose cadenciosamente de una a otra pierna de la misma manera mientras colocaban flechas en sus arcos. Estábamos en una situación muy delicada y yo pensaba si sería nuestro fin. Hice unas proposiciones amistosas en Maxubi, pero

ellos no prestaron atención. Parecía que el lenguaje humano estaba más allá de su facultad de comprensión.

El ser al frente mío interrumpió su baile, se detuvo por completo un momento y después tiró la cuerda de su arco hacia atrás hasta la altura de su oreja, levantando al mismo tiempo la punta barbada de su flecha de seis pies frente a mi pecho. Miré de frente a sus ojos de cerdo, medio ocultos por las cejas sobresalientes y supe que no iba a disparar la flecha, por el momento. Con la misma premeditación con que había levantado el arco, ahora lo bajó y comenzó una vez más el baile lento y el “¡iuf!, ¡iuf!, ¡iuf!”

Por segunda vez levantó la flecha y preparó el arco y otra vez supe que no iba a disparar. Era todo tal como me habían dicho los Maxubis. Volvió a bajar el arco y continuó sus movimientos. Entonces, por tercera vez, se detuvo y comenzó a levantar la punta de la flecha. Comprendí que esta vez tenía intenciones aviesas y saqué de mi cinto una pistola Mauser. Era un objeto pesado e incómodo, de un calibre inadecuado para usarlo en la selva, pero yo la había traído, porque, corriendo la pistolera de madera hasta el extremo de la pistola, se convertía en carabina y era más fácil de llevar que un verdadero rifle. Empleaba vainas de pólvora negra de 38 que producían un estrépito fuera de proporción con su tamaño. No lo levanté; apreté solamente el gatillo y disparé en el suelo a los pies del hombre-mono.

El efecto fué instantáneo. La horrible cara tomó un aspecto de completo terror y los ojillos se abrieron desmesuradamente. Botó su arco y flecha y, rápido como un gato, saltó para desaparecer detrás de un árbol. Entonces comenzaron a volar las flechas. Disparamos unos pocos tiros hacia la espesura, esperando que el ruido intimidaría a los salvajes, obligándolos a tomar otra actitud más pacífica; pero no parecieron dispuestos en forma alguna a aceptarnos y antes que alguien fuera herido, nos retiramos retrocediendo por el sendero, hasta que el campamento quedó fuera de nuestra vista. No nos siguieron, pero continuó el clamoreo por largo tiempo, mientras nosotros caminábamos hacia el norte y en nuestra imaginación seguíamos escuchando el “¡iuf!, ¡iuf! ¡iuf!” de los enfurecidos guerreros.

Posteriormente nos desviamos al este y por algunos días caminamos a través de la selva siempre vigilando por si había señales de los indios y escuchando a ver si oíamos' la temida nota del cuerno. Sabíamos con qué facilidad nos podían seguir la pista y no nos hacíamos ilusiones sobre la suerte que correríamos si nos atrapaban. De noche nos asediaban las pesadillas, en que horribles rostros bajo cejas hirsutas y enormes labios mostraban con sus muecas dientes sucios y afilados. Los nervios de Manley comenzaban a dar señales de quebrantamiento, Costin estaba alterado y yo mismo sentía el esfuerzo. Tuvimos que admitir que no estábamos en condiciones de

EXPLORACIÓN FAWCETT

alcanzar nuestro objetivo y a disgusto decidimos regresar. Las experiencias porque acabábamos de pasar, agregadas a las del año anterior, nos habían restado los bríos. Necesitábamos un descanso absoluto, un relajamiento completo de la tensión de estar siempre alerta.

Nos apartamos lo más que pudimos según nuestros cálculos de la posición de esa aldea, nido de avispas, y regresamos donde los Maxubis, acertando con absoluta exactitud la situación del lugar. Nuestra llegada coincidió con los funerales de un guerrero que había sido perseguido y muerto por un destacamento de Maricoxis merodeadores, y yo pensaba si los supersticiosos hombres de la tribu podrían relacionar los dos acontecimientos, en forma desfavorable para nosotros. No demostraron una animosidad definida, pero me imaginaba sentir cierta frialdad y algunas miradas sospechosas en nuestra dirección.

Habían extraído las entrañas del muerto para colocarlas en una urna para el entierro. Entonces cortaron el cuerpo y lo distribuyeron para su consumo entre las veinticuatro familias de la choza que había ocupado, una ceremonia religiosa que no debe confundirse con el canibalismo. Por último desembarazaron la cabaña del fantasma del muerto, con el siguiente ritual:

El jefe, su ayudante y el hechicero se sentaron en fila sobre sus pequeños taburetes, ante la entrada más grande de la cabaña y realizaron movimientos como de apretar algo haciéndolo bajar por cada pierna. Cogiéndolo como si emergiera de los dedos de las manos y de los pies y arrojándolo a un cedazo de hojas de palmera de más o menos tres pies cuadrados. Debajo del cedazo había una media calabaza llena en parte con agua, en cuya superficie flotaban hierbas de cierta clase y de vez en cuando los tres examinaban cuidadosamente el cedazo y el agua bajo él. Esto se repitió muchas veces y después entraron a un estado hipnótico y durante media hora estuvieron sentados inmóviles en sus taburetes con los ojos en blanco. Cuando volvieron en sí, se frotaron el estómago y enseguida vomitaron violentamente.

Toda la noche quedaron sentados en sus taburetes y cantaban individualmente o en coro una serie de tres notas, descendiendo en octavas, con las palabras que se repetían una y otra vez "tawi-tacni, tawi-tacni, tawi-tacni". En respuesta, las familias del interior de la cabaña se unían en un coro de lamentaciones.

Estas ceremonias duraron tres días, y el jefe me aseguró solemnemente que el espectro del muerto estaba dentro de la choza y era visible para él. Yo no pude ver nada. Al tercer día el asunto llegó a su culminación; entraron el cedazo a la cabaña y lo colocaron en un lugar donde caía sobre él la luz de la entrada. La gente se postró, inclinando sus rostros hasta el suelo. Los tres cabecillas desecharon sus taburetes y

EXPLORACIÓN FAWCETT

se acucillaron con gran "excitación delante de la entrada de la cabaña, y yo me arrodillé al lado de ellos para observar el cedazo que todos miraban fijamente y con la mayor atención.

Dentro de la cabaña, a un lado del cedazo, había un cubículo cerrado en que había dormido el hombre muerto y los ojos de los cabecillas estaban fijos en aquél. Por un momento hubo un silencio absoluto y en ese instante vi una sombra oscura que emergía del cubículo, flotaba hacia el palo central de la cabaña y allí desaparecía de la vista. ¿Hipnotismo colectivo, dirán ustedes? Muy bien, que sea así. ¡Lo único que sé es que lo vi!

Los dos jefes y el hechicero se relajaron, entraron en una transpiración profusa y cayeron postrados al suelo. Los dejé y volví donde mis compañeros que no habían presenciado la ceremonia.

En tres aldeas que visitamos después de este suceso, nuestra llegada coincidió con un tapi o ceremonia de expulsión de espectro. Era el mismo canto, pero no me fué permitido presenciarlo, pues se estaban desarrollando las sospechas de que los fallecimientos se debían a la funesta influencia de nuestra presencia. Ellos interpretaban mi labor con teodolitos en los alrededores de las aldeas como "conversación con las estrellas" y estaban intranquilos con ello. Sólo éramos tres y por bondadosos que parecieran, existía la posibilidad de que el miedo supersticioso se tornara en cólera contra nosotros. Era tiempo que siguiéramos nuestro camino.

Antes de partir supe que los Maricoxis alcanzaban a mil quinientos. Hacia el este había otra tribu de caníbales, los Arupi, y hacia el noreste otra más distante: gente pequeña y oscura, cubierta de pelo, que ensartaban a sus víctimas en un bambú sobre el fuego y una vez cocinados les sacaban trozos para comérselos; era en verdad un asado humano. Yo había oído hablar antes de esta gente y ahora sé que las narraciones estaban bien fundadas. Era obvio que los Maxubis se consideraban civilizados y hablaban de los caníbales de los alrededores con gran desprecio. Tenían un sistema de guardias en las orillas de sus territorios donde vivían tribus enemigas y las "garitas de centinela" que habíamos visto —comunes a todos estos indios— eran pantallas desde las cuales se podían disparar flechas.

Cargados con sacos de cacahuets, hachas de piedra, arcos y flechas —las armas eran verdaderas obras de arte— dejamos a los Maxubis y volvimos hacia el surponiente en dirección de Bolivia. Faltaba la caza, pues era uno de esos períodos en que por alguna razón u otra los animales y pájaros andaban por otros lados. Una vez logramos disparar a tres monos, pero un jaguar vagabundo se arrancó con dos de ellos y tuvimos que seguir con la dieta de ocho cacahuets diarios. Tal vez esto nos

salvó de una postración excesiva, pues es un hecho que, a pesar de constituir una dieta vegetal, si es suficiente, proporciona plenitud de fuerza y energía; bajo condiciones de semi-inanición la carne produce un sentimiento de gran laxitud ²⁵.

No era fácil caminar y nosotros estábamos muy hambrientos cuando finalmente llegamos a la cabaña de un recolector de caucho a orillas de un pequeño arroyo. Aquí permanecimos dos días, alimentándonos de arroz y charque.

Jamás olvidaré nuestro primer desayuno en aquella choza. Al lado nuestro, bajo la sombra del alero de la cabaña, un hombre estaba muriéndose de geofagia, un ser enflaquecido cuyo estómago estaba muy hinchado. Los que conocían los síntomas habían perdido toda esperanza y nuestro huésped seringero no perdía tiempo en él. La víctima se quejaba continuamente y exclamaba:

—Senhores, me estoy muriendo; ¡aie, qué agonía!

—Usted sabe que en media hora más estará muerto —dijo el seringero en respuesta—, así ¿para qué tanto alboroto? Echa a perder el desayuno de los senhores.

—Aie —se lamentaba el moribundo—. Me estoy muriendo; ¡aie, qué agonía!

De repente una mujer retiró la malla mosquitera. El hombre estaba muerto. Una avispa se instaló sobre su nariz, que se crispó débilmente, pero no emitió ningún sonido. Antes de una hora el cuerpo había sido sepultado y tal vez olvidado. Yo me preguntaba para qué había nacido, con qué objeto había pasado de la infancia a una vida de miseria sin remedio y finalmente de una agonía solitaria a un fin no llorado por nadie. Seguramente era mejor vivir como bestia que en una condición humana tan envilecida como ésta. Sin embargo, hay una razón. No sé por qué me había impresionado tanto el suceso, ya que había visto morir a muchos hombres en esta forma. El crispamiento de la nariz del muerto se había arraigado en mi memoria; recordaba que cierta vez vi una llama, a quien le estaban cortando el pescuezo, azotar con su cola una mosca insistente, como si no estuviese ocurriendo nada de particular.

El entierro no fué el último episodio del hombre muerto. El seringero insistía que de noche caminaba su fantasma. En todas partes en el interior consideran

²⁵ El jefe de los Maxubis, encantado con las fotografías que mi padre le mostró de su familia en Inglaterra, le dió un gran saco con cacahuetes gigantes para nosotros, los niños. Esto llegó a casa intacto —ni aun los tormentos del hambre habían inducido a mi padre a comerlo— y me avergüenzo ahora al recordar la indiferencia con que los comimos. Aún conservo el saco y unos pocos fueron guardados como curiosidad, pero, desgraciadamente, más tarde, en el Perú, los

natural que los espectros caminen algún tiempo después de la muerte. Los pueblos selváticos están bastante cerca de la naturaleza para saber cosas que quedan ocultas de nosotros.

Continuamos río abajo y nos encontramos con otro recolector de caucho, don Cristián Suárez, que había realizado algunas notables exploraciones en el Chaco y que se había instalado temporalmente en el Guaporé. Nos atendió lo mejor que pudo dentro de sus recursos limitados, y a mí me pareció un hombre interesante y culto; de ninguna manera el peón contratado ordinariamente para las labores del caucho.

—Pude haber hecho mi fortuna en el Chaco, señor —dijo una tarde mientras estábamos sentados en torno al fuego donde estaba ahumando las bolas de goma—. El problema mío es que no puedo permanecer en un lugar. Allá abajo estaba conmigo un amigo y éste empleó su cerebro, no como yo que tomo los sucesos a medida que se van presentando. Aquel muchacho sabía una o dos cosas, y a crédito compró una gran superficie de terreno ganadero en el distrito de Santa Cruz. Después bajó al norte del Chaco y a la región Parapiti, donde los yacanaguas y otros indios tenían grandes rebaños de ganado. Llevó consigo una vaca de juguete, un objeto pequeño que caminaba a saltos y hacía reverencias con la cabeza cuando se le daba cuerda. Contó a los indios que éste era un gran espíritu y que adivinaba el pensamiento. Mi amigo se dirigía a un indio y repentinamente lo acusaba de pensar algo malo, diciéndole que moriría por ofender el espíritu en la vaca de juguete. Cuando el indio ya estaba aterrorizado, mi amigo le decía: “Si usted no quiere morir yo apaciguaré al gran espíritu por cien cabezas de ganado, entregadas en Santa Cruz”. El indio siempre aceptaba ansiosamente y entonces mi amigo hablaba algunas jerigonzas a la vaca de juguete, que meneaba la cabeza. Pronto tuvo el rancho mejor equipado de Santa Cruz y todo por el precio del juguete y nada más. Vuelvo a repetirles que era muy listo.

Al igual que Suárez, todos los seringeros que encontramos eran bondadosos y hospitalarios, y sólo en la barraca del alemán la posibilidad de explotar a los viajeros eclipsaba las demás consideraciones. Mientras estuvimos allí nos pesamos y comprobamos que, desde que abandonó Inglaterra, Manley había perdido veintinueve libras; Costin, treinta y una, y yo, cincuenta y tres; sin embargo, no nos sentíamos peor.

En el recorrido desde aquí a Porvenir, sobre el Paraguá, fuimos detenidos en el río por grandes cantidades de camalote. Durante el camino presenciamos la lucha entre un manatí y un cocodrilo. Uno no espera mucha habilidad para pelear en la humilde vaca marina, pero triunfó decisivamente sobre el cocodrilo.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Después de haber permanecido cinco días en Porvenir llegó de San Ignacio una carreta tirada por bueyes, y la usamos para continuar nuestro viaje. Tres días de áspera huella a través de la selva nos hicieron llegar a la primera estancia y el camino después fué más aliviado. Gran parte del viaje en carreta sólo se hace en las primeras horas de la mañana y aquélla sólo tenía lugar para nuestro equipaje: nosotros caminábamos al costado. En todas las estancias que estuvimos comprobamos epidemias de escarlatina, y los hombres morían como moscas. También en San Ignacio, donde llegamos a principio de septiembre de 1914. Aquí supimos que la guerra había estallado en Europa. Un alemán me informó de ello, y a pesar de ser oficialmente enemigos, me prestó dinero suficiente para llegar a Santa Cruz —pues todo lo que me quedaba eran 4 libras—, pidiéndome únicamente que el préstamo fuese pagado a su representante en Santa Cruz.

En San Ignacio pudimos conseguir solamente una muía, sobre la que cargamos nuestros equipajes y provisiones y nosotros caminamos a pie las 231 millas hasta Santa Cruz. Como ya habíamos cubierto 250 millas a pie al lado de la carreta, no parecía que hubiera algo de qué quejarse; en todo caso, nuestros pensamientos estaban llenos de la noticia de la guerra y de su posible repercusión en nuestras familias y amigos de Inglaterra.

Después de caminar dos semanas, a razón de diez horas diarias, llegamos a Santa Cruz. Nuestro alimento cotidiano durante el viaje consistió en dos bizcochos duros en la mañana y sardinas con azúcar en la tarde, y, sin embargo, no nos hizo daño. Los alemanes de la ciudad estaban llenos de júbilo. Después de una orgía de cerveza, arrancaron los boletines de la puerta del vicecónsul británico y desfilaron por las calles cantando canciones patrióticas. Muchos ya habían partido para Europa y el frente, y al llegar a la costa encontraron que no había buque alemán que los pudiese llevar. Nosotros también anhelábamos regresar a la patria para participar en la guerra, pero demoramos ocho días en conseguirnos animales y otros diez en llegar a Cochabamba.

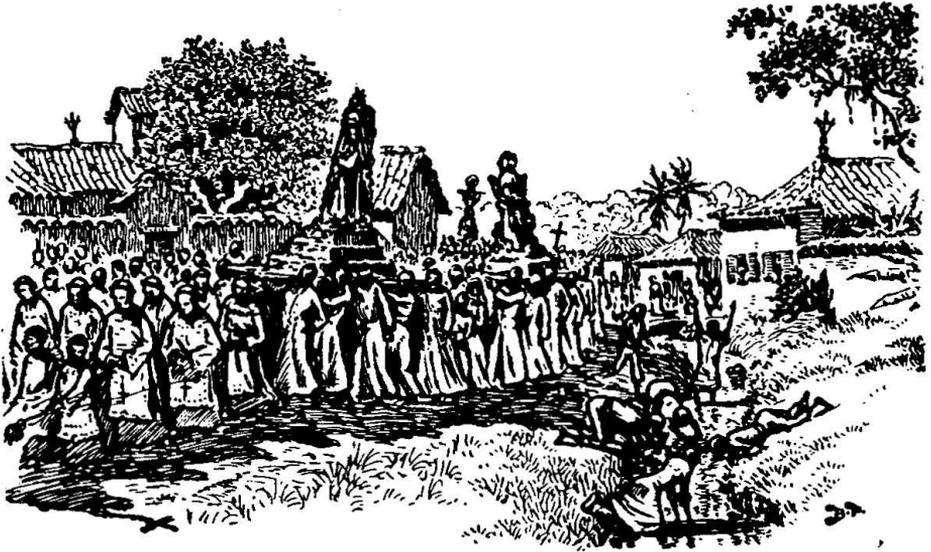
Allí encontramos de nuevo al Barón Nordenskiöld, quien confesó estar muy admirado de vernos regresar. Los indios *huaris* que él había visitado, también le hablaron de caníbales velludos, hacia el noreste; pero los salvajes tienen poco cálculo para apreciar distancias y sus datos a menudo dan una impresión de proximidad completamente infundada.

Pasamos por La Paz, cruzamos el lago Titicaca en el Inca y llegamos a la costa a tiempo para ver la desafortunada escuadra del almirante Craddock navegando a su destrucción cerca de Coronel. Después de esto, los ingleses tuvieron una temporada difícil en los puertos del Pacífico, especialmente en aquellos de Chile, en que era

EXPLORACIÓN FAWCETT

mayor la influencia alemana, "hasta que con el combate de las islas Falkland cambió el curso de los acontecimientos. Era un período adverso en la guerra. Y al regresar a la patria encontramos a Nueva York a oscuras, pues los submarinos alemanes ya estaban en plena labor en las aguas americanas.

A principios de enero de 1915 fuimos incorporados al gran ejército.



CAPÍTULO XVII

LA PUERTA DE ACCESO

ESTA FUNDAMENTADO EL ANTIGUO DICHO: “Ver Río antes de morir”. No conozco ningún otro lugar que se pueda comparar con Río de Janeiro y albergo la esperanza de vivir allá algún día, si es que puedo tener tanta suerte. Si el éxito financiero recompensa este trabajo de exploración, nos compraremos una casa en las laderas de las montañas que contemplan esa maravillosa bahía, para que la familia dispersa pueda reunirse allí todos los años para Navidad, y mi esposa y yo podamos terminar nuestros días en una de las regiones más hermosas del mundo. También me gusta su gente, y si este sueño se transforma en realidad, agradeceré que me acepten como uno de ellos. Mi trabajo actual se desarrolla en este país y nada podría agradarme más que pasar el resto de mi vida al servicio del Brasil.

En Inglaterra hubo cierto interés por mi trabajo, pero no venía apoyo económico. Quizás el objetivo era demasiado romántico para conservadores de cabeza dura, que prefieren irse a lo seguro y financiar expediciones al Monte Everest y a la vieja

EXPLORACIÓN FAWCETT

Antártica. No los censuro. La historia que ustedes leyeron en el capítulo inicial no es fácil de aceptar como verdadera; pero eso no es todo, es más extraño aun lo que todavía no se ha contado. En su tiempo, los hombres de ciencia se mofaron de la existencia de las Américas y más tarde de las historias de Herculano, Pompeya y Troya. Ustedes pueden argüir que esos grandes descubrimientos derrotaron a los incrédulos, y esto redundaría en mi favor. Como fui agraciado con una medalla y era cofundador de la Royal Geographical Society, obtuve un auditorio respetuoso, pero hacer que los señores de edad o los arqueólogos y expertos de los museos en Londres me creyeran siquiera una fracción de lo que yo sabía era cierto, resultaba una tarea que estaba más allá de mis fuerzas.

Terminé la guerra convencido de que Gran Bretaña como potencia mundial estaba en decadencia y veía a Europa como un lugar que era preferible evitar. Muchos miles de hombres deben haber salido con una desilusión semejante después de cuatro años de lodo y sangre; desilusión que es la inevitable consecuencia de la guerra, excepto para los poquísimos que ganan materialmente con ella. Yo había perdido mucho, porque la guerra me obligó a cortar los hilos de una nueva actividad y sería muy difícil unirlos nuevamente. Abandoné el ejército con una pensión de 150 libras anuales, y yo había gastado el doble en regresar a la patria con Costin y Manley; y volver otra vez después de dejar asegurada mi familia significaba echar mano hasta del último penique.

Costin, que durante un tiempo había estado conmigo, llegó durante esos años a ser teniente de artillería; pero se había casado y no se interesaba en trabajos expedicionarios en Sudamérica. Manley sobrevivió la guerra, pero murió de una enfermedad al corazón poco después.

A través de las nubes de la depresión de la postguerra miré hacia las Américas y vi en ellas la única esperanza de nuestra civilización. Norteamérica ya ocupaba un sitio a la cabeza de nuestras naciones occidentales, pero para mí la médula estaba en las repúblicas latinoamericanas, las cuales, estimuladas por la inflación de los mercados de tiempo de guerra, estaban comenzando a progresar. A toda costa debemos abandonar Inglaterra, pensé, y dar oportunidad a los niños de crecer en el viril ambiente del Nuevo Mundo. Estaban aún en edad escolar y mi hijo mayor estaba cerca de la cúspide de su carrera escolar, pero ésta no era la única educación que necesitaban. Tomamos la decisión de abandonar la patria, cortando las raíces que nos ataban. Arrendamos nuestra casa de Seaton, a donde nos habíamos trasladado desde Uplyme. Había poco que vender y, con todo lo que podía ser llevado, mi esposa y los niños irían a Jamaica y yo al Brasil.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Cuando el presidente del Brasil, doctor Pessoa, visitó Londres, tuvo la amabilidad de darme audiencia y escucharme con interés lo que yo tenía que decirle. Supe más tarde que su gobierno estaba por el momento incapacitado para subvencionar cualquiera investigación, pero esto de ningún modo se debía a indiferencia. Brasil se encontraba ante la amenaza de la crisis financiera y todos los gastos superfluos se habían reducido a un mínimo. Quizás, pensé, yo podría obtener más éxito en Río, donde puedo ponerme en contacto con los ministros a cuyo cargo están los asuntos del interior. Sin lugar a dudas tendría mejor oportunidad en el sitio mismo.

Llegué allí en febrero de 1920. Perdí mucho con el cambio de moneda, porque a mi llegada tuve que cambiar libras esterlinas en mitréis a razón de un poco más de doce por libra y más tarde, cuando tuve que volver a cambiar éstos en libras, para volver a Inglaterra, estaban a cuarenta. Río no era una ciudad barata para vivir, especialmente para mí que debía esta' n hoteles y nunca libre de la ansiedad de lo que podría suceder si fallaban mis esfuerzos para encontrar fondos para la expedición. Primero me alojé en el hotel Internacional, arriba en Silvestre, pero como rápidamente se convirtió en un santuario de alemanes, tuve que dejarlo, aunque con pena. Sin duda que había prejuicio de mi parte, pero la guerra era una tragedia reciente —una herida aún no cicatrizada— y era incapaz de mirar a los alemanes con un criterio amplio. Había olvidado el hecho de que antes de la guerra me había encontrado y había sido amigo de muchos de ellos; o quizá este hecho estaba eclipsado por 'la ilusión de lo que conocemos por patriotismo. En todo caso fué un cambio favorable, porque Sir Ralph Paget, el embajador británico, me invitó a vivir con él en la hermosa residencia de la embajada.

El tiempo que pasé en Río se extendió a seis meses, pero en general fué una deliciosa experiencia, pese a mis angustias. Desde la terraza de la embajada se gozaba de una vista maravillosa en todas direcciones, y en lo que a panoramas se refiere, Río es incomparable. Abajo, la avenida Beira Mar pasaba por un túnel bajo la colina y entraba al suburbio de Copacabana, más allá del cual se extendía pasando por suburbio tras suburbio a lo largo de doce millas de espléndida costa. A menudo, en las tardes, paseábamos en automóvil por esta carretera, para regresar después del crepúsculo, cuando repentinamente se encendería el más maravilloso de los sistemas de alumbrado del mundo entero, lanzando un tapete de titilantes reflejos sobre las tranquilas aguas de la bahía. ¡Cuán grises y tristes parecen nuestras viejas ciudades inglesas después de tal belleza! Uno no podía aburrirse aquí. Había una incesante actividad en la bahía, la llegada y partida de los transatlánticos, los ruidosos vapores de la bahía corriendo, como gigantescos escarabajos acuáticos, de un lado a otro de la capital del estado de Niteroi; las atestadas avenidas y la gente alegremente vestida; las enormes playas arenosas, que, pese a los miles de bañistas, no se veían repletas. Si algo faltaba para completar el cuadro eran yates; no había

EXPLORACIÓN FAWCETT

ninguno, pero algún día vendrán, pues éste es un lugar próspero. La veo como capital de la civilización, en estado embrionario aún.

En las regiones tropicales y subtropicales de Sudamérica el clima está poniéndose más frío en verano. De mayo a septiembre no hay temperatura más deliciosa que la de Río, y si no fuera por el hecho de que su estación coincide con el verano del norte, estoy seguro que habría una enorme afluencia anual de visitantes. Nadie que no haya visto Río puede imaginar qué paraíso es; puerta de acceso a una vasta región interior, cuyos recursos ilimitados no pueden ser evaluados en toda su realidad. Los brasileños tienen razón en estar orgullosos de Río. Posee la más hermosa de todas las bahías, rodeada de montañas pintorescas y encumbradas, y en este sitio perfecto han construido una joya de ciudad, rebosante de riqueza, de lujosos hoteles, magníficas tiendas, anchas avenidas y soberbios bulevares.

Pude hablar de nuevo con el presidente y escuchó mis propuestas con la cortesía y la agilidad mental típica de los ministros sudamericanos. También fui escuchado por miembros del Gabinete, pero no logré éxito alguno, hasta que el embajador británico agregó el peso de su influencia a mis súplicas. Entonces el gobierno consintió en subvencionar una expedición. No recibiría pago, pero estuvieron de acuerdo en dar un buen salario a un oficial del ministerio del aire, en nuestra patria, que estaba ansioso de acompañarme.

Yo me acusaba de cierta indiferencia al entrar en los palacios y parlamentos sin chaqué ni sombrero de copa, pero, para decir verdad, no poseía tales piezas de vestir. Aun persistía el memorable horror de ellos, desde los grises días del Westminster School, y después, cuando protesté contra el reglamento que obligaba a los oficiales jóvenes a vestirse de esta manera cuando se acercaban a los dioses de Whitehall. Hubo una época en que era necesaria una estricta observancia de tales convenciones cuando se visitaba a los presidentes de Sudamérica, pero ahora esta formalidad había sido repudiada y esto me pareció una indicación del criterio más amplio que se extendía por el continente.

Cablegrafí al oficial que partiese y se reuniera conmigo. La Embajada cablegrafió al Foreign Office y el gobierno brasileño a su embajador en Londres. Pero el oficial había cambiado de idea y yo me vi ante el problema de buscarme un compañero aquí mismo. Parecía imposible encontrar en Río el tipo de hombre que se requería, pero el editor de un diario británico en Sao Paulo, ansioso de ayudar, puso un aviso solicitando "Jóvenes inteligentes". Apenas indicaba lo que se precisaba, pero la demanda fué tal, que albergué la esperanza de encontrar por lo menos uno entre los muchos inútiles. Sitiaron la Embajada, me esperaban en las calles y me asediaron con cartas y recomendaciones. La mayoría de ellos

tenían empleo, pero el llamado irresistible de la exploración los separaba de su ocupación, sin considerar la seguridad que sacrificarían. Me causó pena tener que desilusionar a tantos, pero ninguno parecía apto para la labor.

Ya casi desesperado, me encontré con un enorme australiano que buscaba un empleo. “Butch” Reilly, de seis pies y cinco pulgadas de altura, y ancho como una puerta de establo, decía ser mayor de ejército, domador de potros, marinero y varias otras cosas.

—Y lo que es más —dijo—, poseo veinte mil acres de tierra con animales en Australia. ¡No me pueden enseñar nada que yo no sepa de caballos o de buques!

En un reciente match de box Butch había embestido contra su adversario, un pugilista americano, con tal entusiasmo, que no hubo manera de detenerlo ni con el gong, ni los seconds, ni el árbitro. Fueron necesarios los esfuerzos combinados de muchos espectadores para separar a ambos, que estaban decididos a liquidar la pelea por knock-out, ya fuese dentro o fuera del cuadrilátero. Un hombre como Butch parecía muy capaz de soportar los viajes de la selva y lo contraté, muy feliz con la adquisición.

El Gobierno me prometió dos oficiales brasileños, y el general Rondon, el conocido explorador e ingeniero, que acompañó la expedición Roosevelt al río Duvida, fué bastante amable para hacer los trámites necesarios para que ellos vinieran. Hecho todo lo que podía hacerse, Butch y yo partimos a Sao Paulo el 12 de agosto, después de una despedida de la colonia británica, la más jovial y hospitalaria de toda Sudamérica.

En Sao Paulo nos atendió la colonia británica y nos ayudó 'por todos los medios posibles. Aun nos regalaron pistolas y municiones, presentes de dudoso valor, pero no por eso aceptados con menos gratitud. Mientras estuvimos allí, visitamos la granja de ofidios del Instituto Butantan, donde nos dieron una cantidad de suero de serpientes para el caso de accidentes.

Esta institución tan bien administrada es de valor inapreciable para los moradores de las regiones infestadas de culebras y debería tener su similar en todas las partes del mundo. Durante muchos años, ni un solo caso de mordedura de reptiles, tratado con el suero que allí preparan, ha fracasado en su curación, aun después de alcanzar un estado desesperado. Las *jaiaiacas*, la mortal cascabela, y prácticamente todas las variedades conocidas de serpientes venenosas del Brasil estaban aquí a la vista y eran utilizadas para la preparación de suero. También hay una valiosa culebra no venenosa llamada *musse-rau*, un reptil negro reluciente, de cuatro a seis pies de largo, que se alimenta de serpientes venenosas y es por eso muy importante de multiplicar. Los empleados de Butantan tratan a los ofidios con la indiferencia creada por una larga experiencia en su manipuleo, y aunque los

espectadores consideren su temeridad una locura, ellos saben muy bien lo que están haciendo y hasta qué punto pueden llegar.

El viaje por tren desde Sao Paulo al río Paraguay fué polvoriento y aburrido, sobre una vía que debe ser la peor construida y la menos cuidada en toda la república. Es muy común que el tren se descarrile una o dos veces al occidente del río Paraná, y los continuos balanceos no permiten que el pasajero olvide ni por un instante el peligro inminente. Tuvimos suerte durante nuestro viaje, pues sólo ocurrió un descarrilamiento y éste fué porque un guardafrenos tiró el cambiavía bajo la máquina, mientras estábamos saliendo de la vía única, después de haber dejado pasar a otro tren. El episodio más memorable del viaje fué la pérdida de mi precioso Stetson, que salió por la ventanilla debido a un descuido de Butch, ¡y un buen Stetson no se puede reemplazar en las sombrererías de los puestos de avanzada! Por vapor viajamos río arriba a Corumbá, una ciudad que había progresado mucho desde 1909, pues sus comerciantes y ganaderos se habían hecho de lindas fortunas durante la guerra. Aquí me esperaba un telegrama. Decía que el gobierno se veía obligado a cancelar los servicios de los dos oficiales, debido a la crisis financiera y al gran desembolso ocasionado por la visita del rey y la reina de Bélgica. Estas eran malas noticias, pero me sentí mejor al llegar otro telegrama de un amigo de Río, que sabía de mis dificultades y que me enviaba un joven —un gringo— para llenar la vacante, el que se reuniría con el destacamento en Cuyabá.

El río estaba muy bajo y tuvimos que transbordar del vapor en que dejamos Corumbá a una chalupa, por el resto del viaje a Cuyabá. Hallamos este lugar empobrecido y atrasado y, a pesar de ser el asiento del gobierno de Matto Grosso, era inferior en todo sentido a Corumbá. La población era claramente mulata y muy pobre, principalmente a causa de la explotación desmedida de los comerciantes locales y el poco dinero que pudiera tener era anexado por la municipalidad y la iglesia. El astuto y enérgico obispo de Matto Grosso, que también era el presidente, no era hombre que dejara sufrir a su iglesia, y los numerosos sacerdotes y monjes fomentaban una profunda ignorancia y superstición fanática en los fieles, que los mantenía mansamente subyugados. En conjunto el lugar era muy primitivo, pero había un servicio de automóviles Ford que realizaba el tránsito de la milla y media que unía la ciudad con el puerto fluvial, haciendo el recorrido de ida y vuelta, todo el día, con los radiadores hirviendo y ahogando a sus intrépidos pasajeros entre nubes de polvo.

Cuyabá había sido fundado como centro de una gran industria aurífera y tanto el oro como los diamantes han sido sacados de los ríos y de la tierra en esa zona. Aquí, y al norte de Diamantino, los dragadores trabajaban en la corriente, pero el negocio no compensó ni los gastos y la prosperidad desapareció, dejando el lugar

EXPLORACIÓN FAWCETT

un poco mejor que una ciudad fantasma. Todavía, después de una lluvia intensa, se recogen a veces pepitas de oro en la plaza principal, y por ese motivo los alrededores enteros de la ciudad misma han sido revueltos. Hacia el occidente está San Luis de Cáceres, mencionada en capítulos anteriores; hacia el norte, Rosario y Diamantino, ambos en estado de decadencia; en el este, en los límites del estado de Goyaz, no hay nada más que explotaciones dispersas de diamantes y unos pocos establecimientos pequeños con sus plantaciones. El suelo es pobre en esta región en cuanto a valor agrícola y abundan las enfermedades. La pobreza general puede mejorar hasta cierto punto con la línea férrea que esté actualmente en construcción para unir esta región con el noroeste, en Aguas Claras, cerca del río Paraná, pero no veo como podrá dejar ganancias.

El nuevo miembro de la expedición llegó después que hubimos estado un mes en Cuyabá, un joven alegre y gallardo que bullía de buenas intenciones. Me dió su nombre completo y agregó: “Llámeme Felipe”. Cada vez que alguien le preguntaba su nombre, él retorció un largo rulo, semejante a una salchicha de pelo descolorido, diciendo: “Llámeme Felipe”. Felipe le decía todo el mundo.

—Me imagino que a usted le han contado algo de nuestro objetivo —dije.

—Oh, sí. Algo he oído. ¡Sumamente interesante! Estoy muy contento de tener una oportunidad de conocer una región nueva donde haya pájaros que nadie conozca todavía. Soy muy aficionado a la ornitología, coronel.

Hablaba casi exclusivamente de eso y en una o dos semanas casi nos tenía a Butch y a mí discutiendo sobre quetzales y otras cosas que nunca habíamos oído antes. Su efervescencia era estimulante, pero desgraciadamente una vez que salimos a la senda, alejándonos de Cuyabá, se mantuvo en un silencio ansioso, permaneciendo así hasta que estuvimos otra vez cerca de la civilización. Mi intención no era regresar por el camino de Cuyabá, sino pasar por lo menos dieciocho meses en las selvas y salir finalmente a uno de los grandes ríos. Por sugestión del general Rondon, yo cargaría dos caballos y dos bueyes y los llevaría hasta más allá del punto donde tendríamos que desistir de usar las cabalgaduras. Habría también un límite para los bueyes y desde allí nosotros mismos deberíamos transportar nuestro equipo más indispensable. Alcanzaríamos nuestro objetivo en la primavera después de pasar la estación húmeda con los indios. Ese era el plan, pero quedaba por ver cómo lo resistirían mis dos compañeros.

Nos alejamos de Cuyabá dos días después de la llegada de Felipe. Butch, el experto en caballos, resultó ser un ignorante en equitación. Su constante charla me había preparado poco a poco para esta desilusión y ya no confiaba en su habilidad

EXPLORACIÓN FAWCETT

para soportar las dificultades, después de su loca conducta corriendo detrás de las mujeres, jugando y bebiendo. Mis amonestaciones siempre encontraban la misma excusa.

—Un verdadero hombre tiene que vivir su vida, y estoy hecho de carne y huesos, como los demás.

Gran parte de la población de la ciudad contempló nuestra partida, porque hechos como éste venían a sacarlos de la monotonía diaria. Butch montó torpemente, se balanceó en la silla un momento y después cayó al otro lado. Intentó una y otra vez con los mismos resultados; a la tercera, su caballo le ayudó y logró subirse entre los aplausos y los gritos de los espectadores que nos despedían. Butch avanzó con sombría determinación y después de una milla o más se sintió bastante seguro como para hablar.

—Estos no son caballos como los que yo conozco —observó—. No estoy acostumbrado a este tipo de animal, ni al uso de la silla. Yo siempre montaba en pelo.

Nunca salíamos del tranco, pues éste era la marcha acostumbrada de los animales de carga, pero Butch se cayó cuatro veces en dos días, y una dentro de un río. Su vocabulario de marinero no significaba nada para su paciente caballito, pero tuve que reprenderlo cuando comenzó a darle malignos puntapiés a su bestia.

—He estado demasiado tiempo en el mar —masculló excusándose—. Debo haber olvidado mucho de caballos.

Al tercer día desarrolló una seria debilidad orgánica, y, aunque tenía miedo de regresar solo, por último se dejó vencer por mis argumentos de que, si en algo apreciaba su vida, sería mejor que regresara ahora, mientras pudiese. Nos dejó sin excusa ni pena y sólo se preocupó de su paga. Mientras izaba su gran cuerpo de vividor en el lomo del caballo se volvió hacia mí y me dijo:

—No se preocupe, coronel. No voy a hablar mal de usted cuando regrese.

Esa fué la última vez que lo vi, pero supe más tarde que llegó a pie a Cuyabá, pues perdió su caballito en el camino. No le contó a nadie la historia de su solitario viaje. A mí me costó 600 libras y un confiado misionero de Cuyabá le dió un atado de ropa mía para que lo dejara en Río, pero Butch lo agregó a sus ganancias. Ahora estaba sólo con Felipe y desconfiaba bastante del vigor de este joven.

En todas partes mientras íbamos hacia el norte nos recibieron en forma muy hospitalaria. Nos hospedamos en pequeñas estancias, que nos proveyeron de

alimentos, para nosotros y los animales, rehusando enfáticamente nuestros ofrecimientos de pago. En uno de aquellos lugares nos contaron que los temidos Morcegos vivían sólo a diez días de viaje hacia el norte. Estos morcegos —“murciélagos”— tienen fama de ser salvajes de la especie más bárbara, hombres-monos que viven en agujeros practicados en el suelo y sólo salen de noche.

—Conozco a un mouco que vive ahora cerca de Cuyabá y que estuvo con ellos —me contó mi informante—. Iba en una expedición que subía por el río Xingú, compuesta de diez miembros, y nueve fueron muertos. El escapó, pero los morcegos lo capturaron, dejándolo con vida sólo porque una de sus mujeres se encaprichó con él. Lo mantuvieron largo tiempo, pero finalmente se escapó de día, trepándose a un árbol y saltando de uno a otro, para que los salvajes no descubrieran sus huellas. Sin embargo, ellos le siguieron la pista hasta el árbol, pero allí la perdieron, sin poderse imaginar por dónde se había ido.

En el rancho del coronel Hermenegildo Galvao me contaron que un jefe indio de la tribu nafaqua, cuyo territorio queda entre los ríos Xingú y Tabatinga, aseguraba conocer una ciudad en la que vivían los indios y donde había templos y ceremonias bautismales. Los indios de allí hablaban de “casas alumbradas con estrellas que nunca se apagaban”. Esta fué la primera, pero no la última vez, que oí hablar de esas luces permanentes, encontradas de vez en cuando en las antiguas casas, construidas por esa civilización olvidada de tiempos antiquísimos. Sabía que ciertos indios del Ecuador alumbraban sus chozas de noche por medio de plantas luminosas, pero yo consideraba que esto debía ser algo totalmente diferente. Había algún medio secreto de iluminación, conocido por los antiguos, que aún no ha sido redescubierto por los científicos de hoy día, algún método de dominar fuerzas desconocidas por nosotros ²⁶.

Muy pronto estuvimos cerca del límite de la civilización, donde se ve ocasionalmente a los salvajes, cerca de la cabecera del río Cuyabá. Hay buen terreno ganadero, pero las anacondas son tan numerosas, que constituyen una plaga. Casi en cada charco hay dos o tres de estos monstruos, y las corrientes son peligrosas para aproximarse descuidadamente. Los indios de la región las atacan sin temor, saltando de a doce dentro de los charcos y atacando a las serpientes hasta matarlas con sus

²⁶ En vista del reciente desarrollo de la investigación atómica no hay razón para rechazar como un mito las “lámparas que nunca se apagan”. El mundo descendió a un estado de barbarie a causa de terribles cataclismos. Se han sumergido continentes en el océano, mientras otros han emergido. Los pueblos fueron destruidos y los escasos sobrevivientes que escaparon pudieron vivir solamente en un estado de salvajismo. Casi olvidaron todas las antiguas artes y nosotros no podemos decir, en nuestra ignorancia, si la ciencia de los días antediluvianos no había avanzado más allá del límite que recién hemos alcanzado.

EXPLORACIÓN FAWCETT

cuchillos. Ellos miran esto como un gran deporte, pero el motivo principal es que la carne de anaconda es muy apreciada.

Un morador —como se llama a los pequeños pobladores— me contó una curiosa aventura con una serpiente. Un día bajó a un arroyo para lavarse las manos y beber, y mientras estaba en cuclillas al lado del agua, sintió un golpe en los hombros, primero en uno y después en el otro. Se volvió, viendo con horror la cabeza de un gran surucucu meciéndose en el aire sobre él. Inmediatamente se lanzó a la corriente y nadó lo más lejos que pudo. La serpiente no intentó atacarlo o seguirlo, aunque estos seres son considerados tan agresivos, que pueden cazar a un hombre. Quizá su agresividad se limita solamente a la época del celo.

Nos adentramos por el norte hacia terreno desconocido, a través de pastos ásperos y de montes bajos, a menudo tan tupidos, que debíamos dar grandes rodeos para continuar avanzando. Ascendimos cerros cortados a pique, por estrechos senderos hechos por los tapires, y nos hundimos en las selvas del norte, donde, por un trecho, el terreno es bajo. Llovía incesantemente —las lluvias comenzaron temprano en 1920— y violentas tormentas nos azotaban día y noche, y parecía que los elementos trataban de hacernos retroceder. No lo supimos hasta entonces, pero estábamos atrasados en un mes para hacer esta sección del viaje. Las garrapatas nos hacían la vida insoportable, porque pululaban en todas partes, siendo la peor de todas la diabólica garrapata do chao. Moscas microscópicas cubrían nuestras caras, penetraban en nuestras ropas desde la mañana hasta la puesta del sol, permanecían allí toda la noche, si había luna, y al amanecer se encontraban en las hamacas, formando pequeños montones. Su picadura no era grave, pero irritaba más que una ropa de lana muy áspera. Yo estaba curtido con estas cosas, pero Felipe sufría considerablemente y su moral decaía cada día más.

Teníamos dos perros. Uno era un animal grande, rojizo, de raza indefinible, que Butch legó a Felipe. El otro era un can ordinario, vigoroso, simpático, de cuerpo largo, que obedecía al nombre de “Vagabundo”; un perro perdido que yo había recogido en Cuyabá. Este animal era extraordinariamente inteligente y de buen carácter, y el servicio más útil que nos prestaba era advertirnos de los enjambres de avispas que encontrábamos en nuestro camino. Tenía una atracción certera para las avispas, y estos insectos, que variaban del tamaño de una mosca casera a monstruos de pulgada y media de largo, nos acompañaban todo el viaje.

Los bueyes tenían la costumbre de abandonar el rastro en cuanto podían, para meterse en la espesura. La carga que iba en sus lomos golpeaba los nidos de avispas, y sus furiosas ocupantes se vengaban de cuanto ser viviente hubiese en las cercanías. “Vagabundo”, ocupado con los atractivos olores del monte bajo, recibía

invariablemente la peor parte del ataque, y cuando escuchábamos su terrible aullido de dolor, sabíamos que era aconsejable hacer un rápido rodeo. Las avispas nos podían dejar tranquilos a veces, y, ciertamente, no impresionaban a los bueyes; pero en cambio “Vagabundo” era el preferido en todas las ocasiones.

Felipe estaba aterrorizado con las avispas y se cansaba haciendo locas acrobacias para librarse de ellas. No podía censurarlo, pues aún no he encontrado un hombre que soporte cuarenta o cincuenta picaduras en la cara y en el cuello sin que le dé pánico, y estas avispas —especialmente las pequeñas— atacan a los ojos. El perro rojo parecía vivir en un estado de hambre crónico y adquirió la manía de mascar por la noche los arneses de cuero crudo de los bueyes. Debido a la lluvia constante, el cuero hedía como carroña, y al manipularlo hacía que los rasguños se infectaran, hasta que Felipe se convenció de que sería inevitable el envenenamiento de la sangre. Pero esas cinchas de cuero crudo eran esenciales, pues sin ellas no podíamos cargar a los animales, y entonces, ¿dónde transportaríamos el alimento?

—De alguna manera debemos evitar que ese perro masque las cinchas —dije inocentemente.

Felipe reflexionó sobre esto, y un día no encontramos el perro rojo.

—No hay necesidad de que lo busque, coronel —dijo—. Yo lo maté.

Esto me molestó mucho, pues en lo que menos había pensado era en matar el animal. En expediciones como éstas, los perros no sólo son alegres compañeros, sino también valiosos centinelas.

Llevábamos ya seis semanas de camino, cuando uno de los bueyes cayó para no levantarse más. Una semana más tarde, el caballo de Felipe se ahogó durante la noche. Hacía tiempo ya que mi propio caballo estaba relegado a animal de carga, y Felipe se vió obligado a continuar conmigo a pie, lo que detestaba. Desde ese día comenzó a declinar. Sus piernas envaradas lo hicieron recordar una peculiar enfermedad muscular que había sufrido de niño; después habló de una mancha en el pulmón, a la cual no había dado importancia anteriormente. Sospechó que su corazón estaba fallando y tomó la costumbre de acostarse de espaldas en el suelo, murmurando con voz sepulcral: “No se preocupe de mí, coronel. Siga adelante. Déjeme morir aquí”. Finalmente desarrolló una especie de enfermedad general, como le ocurre a veces al soldado británico, cuando los ejercicios resultan demasiado agotadores. ¿Cómo podía afrontar el verdadero peligro con tal inválido? No podía hacer que regresase solo, porque era casi seguro que se extraviaría y yo no podía asumir esa responsabilidad. Lo único que restaba era regresar con él y considerar el viaje actual como un fracaso, ¡un fracaso enfermante y descorazonado!

EXPLORACIÓN FAWCETT

Acampamos en un bosque muy seco, y nos encontramos escasos de agua; en realidad, durante treinta y seis horas no tuvimos ni una gota de agua. Los piums — diminutas moscas picadoras— nos torturaban incesantemente y las abejas y avispas eran una plaga. Comenzaron a desfallecer los dos animales que nos quedaban y el conducirlos hizo el viaje aún más difícil. Felizmente el buey siguió caminando y nos sirvió de buen guía, pues parecía sentir la mejor ruta a seguir; pero el caballo resultó difícil de empujar. Se empantanó y sólo pudimos sacarlo con ayuda del buey; al día siguiente se desplomó y tuvimos que matarlo a tiros.

Continuamos transportando sobre nuestras espaldas lo más que podíamos, siempre torturados por moscas y avispas; nuestras piernas y pies sufrían agonías a causa de la excoiación de las botas húmedas. Después, mientras cruzábamos una corriente, el buey se desplomó en el agua, ahogándose. Pesadamente cargados, luchando a través del largo pasto que cubría los troncos resbaladizos y las piedras sueltas y rodantes, cayendo y tropezando, cubrimos los últimos tres o cuatro días, hasta llegar al puesto de avanzada más cercano. Fué la peor marcha; pero Felipe en el camino de regreso se puso menos fatalista e incluso volvió a interesarse en los pájaros.

El administrador del puesto nos alimentó bien, y descansamos uno o dos días antes de continuar.

—Se perdieron la compañía de una tropa de soldados que regresaban a Cuyabá —nos dijo—. Podrían haber ido con ellos.

Aún quedaba una larga caminata ante nosotros; pero no era nada en comparación con lo que ya se había andado.

—Dicen que es una región pésima donde ustedes estuvieron —observó el administrador—. Veinte años atrás, una tropa estacionada aquí se adentró con su coronel y muy pocos regresaron. El coronel se volvió loco. Se encontraron con los morcegos en la ribera izquierda del Araguaya. Tuvieron suerte ustedes de que no anduviesen por esos lados.

Me dijo que podríamos encontrar canoas después de cuatro días de viaje y nos prestó —ayuda inesperada— caballos para llegar hasta allá. Pero los caballos fueron incapaces de vadear el crecido Tabatinga y tuvimos que mandarlos de vuelta; continuamos a pie, cargando el equipaje. En esta parte del viaje Felipe desarrolló serios síntomas, incluyendo una insolación; pero antes de llegar al puesto de avanzada siguiente, se había recuperado lo bastante como para silbar. Seguimos adelantando de un puesto a otro, recibiendo siempre gran hospitalidad y ayuda, y llegamos finalmente a un lugar donde fué posible obtener transporte para Cuyabá.

Nuestros pies y piernas estaban en tal estado, que era imposible continuar caminando. Felipe había llegado al límite de su resistencia, y a mí me había molestado una pierna enferma, ocasionándome tanto dolor por las noches que casi no podía dormir. Cuando llegamos a Cuyabá, ambos nos sentíamos mejor y Felipe había recobrado en gran parte su alegría.

Dos días más tarde nos embarcamos para Corumbá, dejando a “Vagabundo” en su antigua guarida, esperando nuestro regreso en febrero. Debido a una huelga de obreros fluviales, la lancha a Corumbá estaba más atestada que de costumbre con lo más selecto de la sociedad de Cuyabá. Esta gente amontonada en el diminuto puente superior se horrorizó — estremecida hasta el fondo de sus almas respetables— ante el espectáculo que dio Felipe sacándose los zapatos y calcetines y untándose vaselina entre los dedos despellejados de los pies. Una cosa así se consideraba el colmo de la mala educación. Me costó trabajo liberarme, pues, como camarada de Felipe, parte de la vergüenza recaía en mí, y yo estaba destinado a convivir estrechamente con esta gente durante un mes o dos. ¿Era hijo mío? ¿Era mi compatriota? ¿Cómo pude asociarme con tal patán?

Felipe siguió a Río, comprometiéndose a regresar con una nueva provisión de víveres para la próxima expedición. También me habría gustado ir, pero no podía financiar el viaje, así es que, entretanto, decidí permanecer en Corumbá, que prefería a Cuyabá. Mi intención era penetrar nuevamente en la selva en febrero próximo, pero esta vez sin animales y por * vía fluvial. Esperaba encontrar otro compañero para que compartiera los equipajes, y, haciendo la mayor parte del viaje en una canoa, no sería una prueba demasiado difícil para ninguno de ellos. Cómo reaccionarían al establecer contacto con los indios era un enigma que nadie podía adivinar.

El cónsul británico en Corumbá, un ex oficial de la armada brasileña, poseía una buena biblioteca, que me facilitó. Esta y el cinematógrafo local me salvaron del aburrimiento, y ocasionalmente llegaba al pueblo un inglés, desde alguna estancia río abajo, para aliviar la monotonía. Volví a Cuyabá a mediados de febrero, y ¡me llegó un telegrama de Felipe, que había prometido a su madre estar de regreso para Navidad! Suponiendo que ya venía en camino, no me quedaba nada por hacer; ¡pero con toda seguridad muy pocos exploradores en la víspera de la partida hacia una aventura peligrosa han recibido tal comunicación! Como me lo imaginaba, no llegó hasta abril, y entretanto me moría de aburrimiento en ese pueblo mortalmente tedioso, comparado con el cual Corumbá es una metrópoli.

La Pascua de Resurrección fué celebrada con una asombrosa procesión, que se puede ver en ciertas épocas del año en todas las ciudades de provincia de Sudamérica

EXPLORACIÓN FAWCETT

y en algunas capitales. Estaba precedida por sacerdotes revestidos y por acólitos que agitaban incensarios, seguidos por los negros de aspecto más villano de la ciudad — también revestidos—, llevando en andas vacilantes efigies que representaban a los santos y mártires. Había un Cristo horriblemente ensangrentado y una Virgen María engalanada con una corona de oropel y vestiduras con lentejuelas; su aureola estaba hecha de hojalata circular. Estas figuras se balanceaban peligrosamente, amenazando caer desde sus elevadas plataformas, mientras, paso a paso, la procesión avanzaba lentamente sobre los guijarros y zanjas abiertas. Detrás de los negros penitentes —todos ellos delincuentes que expiaban así el pecado de una multitud de crímenes insignificantes— venía una banda dispersa, muy vigorosa en cuanto a instrumentos de percusión, pero espantosa- mente débil en los otros, tocando una marcha entusiasta con la que nadie lograba llevar el paso. Atrás, y en las veredas, caminaba toda la población de Cuyabá, descalza y devota.

Cuando la procesión cruzaba el puente de piedra en el camino principal al río, la sombra de la efigie de la Virgen se proyectó en la sucia superficie de un arroyuelo, que arrastraba las aguas servidas de la ciudad. Inmediatamente, docenas de negros que esperaban con ansiedad se sumergieron y besaron con ansias el agua sucia, en la creencia de que sus enfermedades curarían milagrosamente. ¡Que a menudo sucediera así prueba el valor de su fe! La población extranjera de Cuyabá consistía en un inglés vagabundo saturado de licor —se encuentran en todas partes—, unos pocos italianos y dos misioneros americanos con sus esposas. Parecían bastante contentos, porque los misioneros estaban llenos de celo religioso, los italianos se encontraban muy ocupados amasando fortunas y el vagabundo podía procurarse todo el licor que deseaba a un costo ínfimo. Ellos me hicieron avergonzarme de mi impaciencia y aburrimento y me indujeron a abrir mi menguada bolsa al inglés borracho, quien, viéndome un día cruzar la plaza, se lanzó de su banco y se acercó con pasos vacilantes a mendigar. Los ojos de este despojo humano se enfocaron en mis pantalones de montar; se acercó a palpar el género y estalló en lágrimas.

—Tela militar, por Dios, señor —balbuceó—. Tenía que reconocerlo. Fui en un tiempo mayor de caballería en la India.



Capítulo XVIII

TANTEANDO EL CAMINO

-¿QUIEN DIABLOS lo indujo a comprar pertrechos de esta clase, Felipe? — Pregunté, dominando a duras penas mi irritación—. ¡Debía saber perfectamente lo que necesitamos!

Felipe encendió un cigarrillo, se sentó sobre la mesa y preguntó:

—¿Qué les encuentra de malo?

¡Qué tenían de malo! ¡Todo estaba malo! Era obvio que sólo se había preocupado de las provisiones en el último momento, comprando, entonces, lo que encontró más a mano, sin detenerse a considerar si resultarían útiles para nuestro propósito. Después de todo, ya había hecho un viaje conmigo: no tenía excusas para traer basura, tal como un enorme punzón para arreglar nuestras botas y un surtido de medicinas suficiente para curar todas las enfermedades de la farmacopea. Apenas había algún artículo que verdaderamente nos sirviera.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Y allí estaba él —atrasado en dos meses—, con un equipo totalmente diferente de la lista que le entregué cuando se fué a Río. Además traía una formidable lista de extras y con una demanda vergonzosa por gastos personales.

Yo estaba impaciente a causa del atraso. Cuyabá misma era ya aburridora; pero lo peor de mi estada fueron la pereza intolerable y la certeza de que se había malgastado el tiempo disponible para llegar hasta donde estaban los indios antes de la época de las lluvias. Mis precarios fondos me causaban verdadera ansiedad, aunque, por fortuna, la vida aquí era barata, comparada con otros lugares de su misma categoría. Pagaba solamente ocho chelines diarios en el hotel, tarifa bastante modesta. La comida era buena y abundante y había facilidades para bañarse —yo me daba un baño diario, después que sacaban el carbón para las estufas de la cocina—, pero el lugar era terriblemente sucio. ¡En mi dormitorio había lagartos y tarántulas!

Todos los atardeceres, la ciudad de Cuyabá se reunía en el parque —un lugar no más grande que un pequeño jardín—, donde tocaba la banda los domingos. La gente joven del pueblo daba vueltas en torno- a la hora del crepúsculo; las niñas en una dirección —en grupos de cuatro o cinco— y los jóvenes en la dirección opuesta, comiéndoselas con los ojos y diciéndoles requiebros. Esta es una costumbre que se repite en todas las ciudades provincianas de Sudamérica, y, aunque uno se mofe de ella, si se pasa algunos años en estos países se encuentra yendo a la plaza todas las tardes a mirar, si no a unirse al paseo.

También había un cinematógrafo, donde dos veces a la semana se proyectaban dramas sentimentales de Hollywood o seriales del oeste. Las representaciones eran programadas cuidadosamente para evitar interferencias con los paseos de la tarde. Cuando caía la noche y zumbaban los mosquitos, los jóvenes entraban en el pequeño teatro a ocupar sus localidades de costumbre, en sillas destartaladas, y comenzaba el gran juego de pasarse misivas al amparo de la obscuridad, mientras los chiquillos del pueblo gritaban hasta ponerse roncocos con las actuaciones del terrible villano de la película.

Me disgustaba comenzar otra expedición con Felipe como único compañero, y durante su ausencia busqué otro hombre para que nos acompañara. El único que pude encontrar fué un ex oficial de la fuerza aérea británica, que quería venir incluso sin sueldo; pero me desilusioné al saber que era degenerado. Tuve que admitir que el viaje tendría que ser cancelado; además, era imposible efectuarlo sin las provisiones necesarias. Aunque estaba convencido de que la ruta trazada era la que nos llevaría rectamente a nuestro objetivo, decidí llegar hasta Bahía y verificar algunos rumores interesantes en el área del Gongugy. Vendí los animales y las provisiones, y partimos

para Río. Sin duda que esto se llamaba fracaso, y sentía una amargura muy grande. Ansiaba que llegase pronto el día cuando mi hijo tuviese la edad suficiente para trabajar conmigo; me parecía imposible encontrar a otro que fuese capaz de soportar las inevitables dificultades. Si hubiese podido obtener en Brasil los instrumentos de navegación indispensables y suficientemente livianos para ser transportados en la espalda de un hombre, creo que hubiera partido completamente solo. Posteriormente, eso fué lo que hice.

Me parecía que mi objetivo principal tendría que ser alcanzado, trazando una ruta a través del estado de Goyaz, evitando así cualquier regreso al Matto Grosso. La región de Gongugy aún estaba en poder de los indios patajoz, que eran el terror de los escasos pobladores; pero yo no tenía aprensiones de esta clase, pues mi experiencia anterior me había demostrado que al salvaje generalmente lo pintan peor de lo que realmente merece. Se habían descubierto aquí inscripciones en las rocas; se encontraron hermosas cerámicas en las selvas del río Preguiza y una empuñadura de espada, de plata antigua. Cerca de Conquista un anciano que regresaba de Ilheos una noche perdió su buey, y siguiendo sus huellas por el matto, se encontró de pronto en la plaza de una antigua ciudad. Pasó debajo de arcos, encontró calles de piedra y vio, en el centro de la plaza, la estatua de un hombre. Aterrorizado, huyó de las ruinas. El pomo de la espada y la ciudad me hicieron pensar que quizá este anciano había tropezado con la ciudad de 1753, aunque su proximidad con los poblados no encajaba con el relato de Raposo acerca del largo viaje de regreso a Bahía. Se hablaba de un viejo castillo, que se creía incaico —no lejos del Río de Cobre—, que en una época tuvo esculturas, pero que ahora estaba muy dañado por los buscadores de tesoros.

Me llevé a Felipe hasta Bahía, porque se le había pagado por adelantado hasta el término del año 1921. Llegamos allá el 3 de mayo. Era la antigua capital del Brasil y el centro del mercado esclavo africano. Resultaba un lugar agradable, con un brillante futuro, debido a sus recursos ilimitados y a su espléndido clima; pero la población es negroide o mulata, totalmente diferente de la gente de Río. Su posición con respecto a esta ciudad, recuerda la relación entre Brighton y Londres. Posee un excelente servicio de tranvías, buenos caminos e innumerables iglesias. Pululan aquí extranjeros de todas las nacionalidades, porque el comercio es muy activo. La fruta abunda; las tiendas impresionan; los hoteles son buenos, y hay muchos cinematógrafos. Las familias brasileñas de la clase alta se mantienen algo apartadas; pero la gente común y los funcionarios son, por lo general, corteses y amistosos. El lugar es totalmente saludable, aunque una vez prevalecía la fiebre amarilla. Tuve la impresión de que la gente era intensamente supersticiosa, y se dice que la macumba (magia negra) se practica intensamente entre los negros, a quienes se consulta a menudo como adivinos, pese a la enérgica oposición de la policía.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Un capitán de la marina británica, quien garantizaba su verdad, me contó una historia sobre los *feiticeiros* de Bahía, que vale la pena repetir:

En 1910, un ballenero inglés recaló en Bahía, para abastecerse de alimentos y agua, después de un viaje desastrosamente desgraciado. Para distraerse de sus pesares, el patrón fué a un bar local a emborracharse. Estaba sentado solo, dando buena cuenta de una botella de whisky, cuando se acercó un brasileño amistoso que hablaba inglés y le preguntó si podría sentarse y echar una manito de juego. El patrón le indicó una silla, lo invitó a servirse whisky, y pronto sostuvieron una amena charla, durante la cual salió a relucir el viaje desgraciado.

—No me diga más, *capitao* —interrumpió el brasileño—; lo voy a llevar donde un mago *macumba* que conozco; él le podrá ayudar.

—No diga tonterías, hombre —se mofó el capitán—; tengo muy poca fe en esa clase de sortilegios.

—No importa, *capitao*. Venga de todas maneras; no se arrepentirá.

—¡Bah! Vamos, termine su copa y pidamos otra botella.

—Un trago más y después vamos en busca del *feitigeiro*, ¿no?

—Muy bien, entonces, ya que insiste. De todas maneras, la botella está vacía.

El patrón lo hubiese pensado mejor si hubiese estado perfectamente sobrio; pero había bebido bastante como para tentar aventura y ésta prometía ser una nueva experiencia. El brasileño lo condujo a través de estrechas callejuelas, con construcciones miserables, hasta una casa donde, después de mucho golpear y de misterioso intercambio de santos y señas, entraron y encontraron al mago *macumba*.

—Sé por qué viene a verme, *capitao* —dijo el brujo en portugués, que traducía el brasileño—. Usted zarpa el lunes próximo y va hacia el sureste. Después de cinco días verá una enorme ballena macho. Déjela pasar. Al día siguiente se encontrará con un cardumen de cinco. Atáquelas y obtendrá todo el aceite que desea. He dicho.

Levantándose con gran dignidad, el *feitigeiro* condescendió en recibir su paga, y, sin ninguna palabra de agradecimiento, les mostró la puerta.

El capitán estaba muy escéptico cuando el barco zarpó el lunes siguiente; pero el domingo vio una ballena gigantesca. Inmediatamente olvidó las instrucciones

EXPLORACIÓN FAWCETT

del mago *macumba*, a causa de su entusiasmo, y se echaron los botes para el ataque. El piloto fué el primero en acercarse; pero apenas la ballena sintió el arpón, se volvió contra el bote, reduciéndolo a añicos, ahogándose el piloto y dos marineros. Después se hundió y no volvió a verse.

Al día siguiente fueron avistadas cinco ballenas. Se echaron otra vez los botes; pero antes que pudiesen aproximarse, las cinco se sumergieron y escaparon.

El patrón regresó a Bahía para informar al cónsul de la muerte del piloto, y mientras estaba en el puerto se encontró con su conocido brasileño, quien lo persuadió de que visitase de nuevo al *macumba*. Cuando entraron en la casa, el brujo estaba poseído de rabia intensa.

—Usted no hizo lo que le ordené —rugió, dirigiéndose al abatido capitán, antes de que éste tuviera ocasión de hablar—. ¡Usted atacó a la ballena macho, que era yo mismo!

—El feitigeiro se arrancó la camisa, dejando al descubierto una herida recién hecha en su hombro—. Esto me lo hizo el piloto arponero. ¡Lo único que puede esperar son desgracias para el resto del viaje!

El barco no avistó ni una sola ballena, y, después de una travesía desilusionante, regresó a la patria con las bodegas vacías.

Dejamos Bahía en un barco de la compañía de navegación Navigagao Bahiana, y llegamos hasta el puerto fluvial de Nazareth, donde un tren nos llevó hasta Jaguaquara, que era, temporalmente, el término de la vía. Se trataba de una aldea sucia y antihigiénica, que recién se recuperaba de una violenta epidemia de fiebre amarilla. El. senhor Roberto Grillo, un bondadoso y próspero comerciante, nos prestó muías para el viaje a Jequie en el Río de Contas.

Jequie es el centro de una considerable extensión de tierras, que exporta a Bahía grandes cantidades de cacao, tabaco, café, algodón y productos medicinales. Es una región extraordinariamente hermosa, pero escasamente poblada con inmigrantes italianos. La ciudad es nueva, pues la antigua fué arrasada por las anormales inundaciones de 1914, que hicieron un daño incalculable en el sur del estado.

Nos encontramos aquí con un negro llamado Elias José do Santo, en su tiempo inspector general de la policía del imperio, pero ocupado ahora en vender alcohol en las afueras de la ciudad. Imperialista hasta la médula de los huesos, era extraordinariamente digno y grandilocuente. Hacía frecuentes menciones de Dom

Pedro, inclinándose cada vez que lo nombraba. Felipe había adquirido recientemente la costumbre de hacer reverencias, aprendida posiblemente en un curso por correspondencia para vendedores extranjeros, y su técnica hacía recordar a los comediantes de music-hall. La vista de estos dos idiotas haciéndose grandes cortesías casi a cada frase que intercambiaban era algo que yo no podía soportar sin estallar en carcajadas. ¡Parecían una pareja de manatíes haciéndose la corte! En mi honor, el anciano vistió su antiguo uniforme con magníficas charreteras doradas y monstruoso chacó. Lucía una notable prestancia, aunque resultaba una figura patética al comparar su actual situación con su antigua importancia. Me contó historias maravillosas de la hoya del Gongugy; me habló sobre indios de tez clara y pelo rojo y de una *Cidade Encantada*, atrayendo una y otra vez a los exploradores, como un espejismo, hasta que desaparecía.

No era el único que relataba esta historia. Los aymorés, o indios botocudos, más hacia el sur, conservan la leyenda de la *Aldeia de Fogo* —la ciudad de fuego—, llamada así porque sus casas están techadas con oro. La leyenda está encadenada a un pasado olvidado hace ya tiempo, y ni la *Cidade Encantada* ni la *Aldeia de Fogo* tienen existencia real en estas regiones.

¿Por qué se habría de suponer que las antiguas ciudades, si existen, deben estar necesariamente en la región donde se conservan sus tradiciones? Una y otra vez me he dado cuenta de que los indios no tienen concepto de la distancia, y uno recibe la impresión de que algo remotamente lejano está relativamente cerca. El niño indio puede oír a su madre contar de una maravillosa ciudad situada “más allá” y crecer con el convencimiento de que está justamente más allá de los límites de los movimientos de la tribu. Sin embargo, la leyenda puede haberse transmitido de generación en generación desde un pasado remoto, cuando la tribu formaba parte de una nación, antes que los cataclismos los obligaran a vivir una existencia nómada. Escuchar rumores de una ciudad antigua en las vecindades de ciertos indios y descubrir más tarde que no existe nada de esa especie no significa una evidencia de que las tradiciones carezcan de fundamento. El tiempo tiene mucho menos valor para los pueblos primitivos que el que nosotros le asignamos. Pueden seguir las huellas de sus antepasados durante miles de años, cuando nosotros apenas si sabemos de los nuestros en las últimas centurias. Los hechos ocurridos en la antigüedad se relatan cómo sucesos recientes. Esta es una de las más grandes dificultades con que se tropieza al localizar los antiguos lugares, e ignorarla significa perder el tiempo y la confianza.

Toda esta hermosa tierra —en realidad el estado entero— sufría de la “politiquería”. Los brasileños son extremadamente patriotas, y, como todos los pueblos latinos, toman muy en serio la política, sin tener necesariamente

conocimiento del arte de gobernar. Pero la “politiquería” no debe ser confundida con la política, porque existe diferencia. Un hombre que ha adquirido fortuna e importancia local puede conseguirse secuaces, armarlos y proclamarse a sí mismo “jefe político” o tenedor de todos los votos locales. Si no es aceptado como tal, ni se le da la posición oficial que el título implica, trabaja activamente para destruir toda oposición. A consecuencias de esto, sobreviene una especie de guerra civil local, con pérdidas de vidas, incendios, pillajes, tiros y destrucción general. Este es el sistema que tan a menudo estorba el desarrollo de los vastos recursos naturales y priva a la república de la prosperidad que merece, aunque estoy seguro de que la alcanzará un día.

Rechazando todo ofrecimiento de pago por el transporte a Jequie, el senhor Grillo nos encontró muías para la próxima etapa del viaje a Boa Nova. Parecía ser el sitio más indicado para iniciar nuestra expedición, y al dejar ese lugar penetraríamos inmediatamente en la catinga, monte bajo, espinudo, que ocupaba gran parte del estado, al sur y al este del río Sao Francisco. Este es difícil de navegar, muy seco y lleno de serpientes de cascabel. Allí donde hay agua, unos pocos pobladores viven una existencia precaria; pero las otras extensiones, conocidas con el nombre de chapadas, no son más que desierto, con matorrales bajos, y quedan a gran altura sobre el nivel del mar. Más allá se extienden las grandes selvas de los ríos Gongugy y Pardo, que alcanzan hasta el Jequitinhonha, región con mucha agua y espléndidos bosques. Es en esas selvas, rodeados de plantaciones, las que son constantemente usurpadas por los pobladores brasileños, donde los restos de la que fué una vez una gran población indígena han encontrado su último refugio.

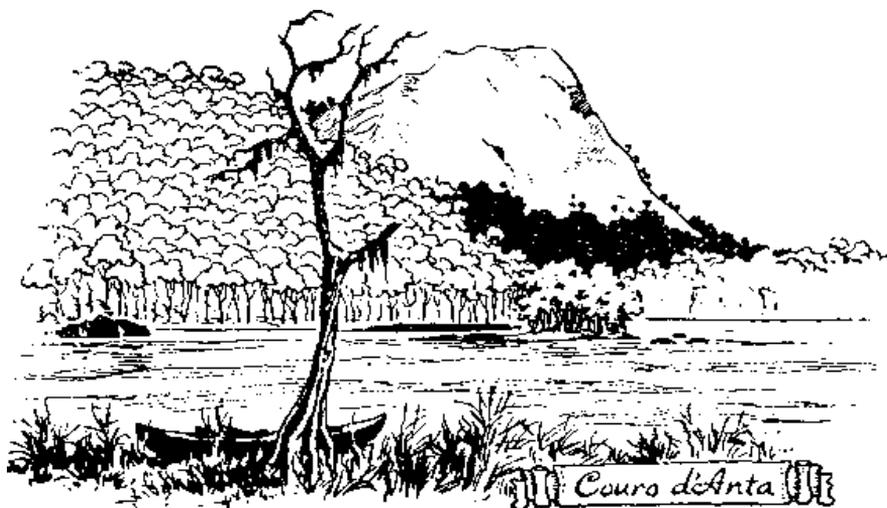
El bosque del Gongugy es sorprendentemente fértil. En el lado occidental, sus productos agrícolas son traídos semanalmente hasta los mercados de Boa Nova, Picoes, Conquista y Verruga, mientras que por el oriente la floreciente industria del cacao encuentra su salida en Ilheos. En el norte, cerca de la confluencia del Gongugy y del río Contas, una compañía maderera americana tiene una concesión potencialmente valiosa. Pero hacia el sur, la selva está en poder de los indios patajoz, como también la ribera norte del Pardo, frente a algunas estancias al otro lado del río, entre Verruga y Jacarandá. Al occidente de la senda Jequie-Verruga y al noroeste del río Contas existe una región de catinga, donde en muchos sitios no hay agua, o escasea tanto, que la tierra no sirve para la agricultura, aunque valiosos minerales se encuentran allí en gran cantidad.

Tres días después llegamos a Boa Nova, lugar pequeño y limpio, que vivía y contaba para abastecerse con el mercado semanal y con las mercancías compradas por los plantadores a precios exorbitantes. Como en otros lugares, el hombre medio

EXPLORACIÓN FAWCETT

era el que medraba. Nos atendió un hospitalario comerciante, quien se encargó de conseguirme animales y todo lo que yo necesitaba para la expedición.

No pude cosechar informaciones sobre el Gongugy, pues nadie aquí lo conocía, aunque justo al este de la aldea estaba el límite de la selva y la gente subsistía principalmente con sus productos. A menudo me ha chocado en Brasil la completa ignorancia que se tiene de la topografía local. Más allá de su área particular todo está envuelto en un misterio que nadie intenta descubrir, aunque están siempre listos para creer en cualquier rumor que les venga sobre él.



CAPÍTULO XIX

EL VELO DE LO PRIMITIVO

ME PARECE QUE HICIMOS MAL EN VENIR AQUÍ —dije a Felipe—. No es el punto adecuado para entrar en la región del Gongugy.

—¿Qué pretende hacer, entonces? —me preguntó ansiosamente.

—Regresar hasta Boa Nova, para ir más al sur y ver si resulta más promisoría una entrada por esa dirección.

—¿Quiere decir que debemos regresar por el mismo camino que acabamos de hacer?

Habíamos cruzado altas colinas cubiertas de catinga antes de hundirnos en la espesa selva que se extendía en la ladera de la montaña, como ocurre en las cuevas orientales de la cordillera de los Andes. Finalmente llegamos hasta Baixa de Fatura, la última estancia del río, donde el Gongugy tiene solamente diez pulgadas de ancho y cuya fuente está a ocho Teguas de distancia. Entre este sitio y Boa Nova corre lina estrecha meseta situada a tres mil pies de altura sobre el nivel del mar, donde el frío es muy desagradable algunas veces, y era esta meseta ia que desagradaba a Felipe. No le gustaba en absoluto la idea de regresar por allí, porque

EXPLORACIÓN FAWCETT

sufría intensamente con el frío y tenía miedo a causa de su mancha en el pulmón, que mencionaba frecuentemente.

Mi propósito era encontrar la mejor ruta para penetrar en el Matto Bruto, o selva aun no arrebatada a los aborígenes. Baixa de Fatura había soportado muchos ataques de salvajes en el pasado —prueba de ello era su notable colección de flechas y arcos—, pero no estaba en el límite de tierra desconocida. Ya algunos colonos habían penetrado hasta allí y algo se sabía sobre ella.

Pregunté a nuestro anfitrión si conocía alguna leyenda relacionada con una ciudad perdida en esta área.

—Sólo sé que hay una —me contestó—; pero en la fazenda de Pau Brasil de Río Novo, a cuatro leguas de distancia, hay un hombre que conoce su ubicación y podría guiarlos hasta allá.

Esto era un nuevo estimulante. Partimos al día siguiente y llegamos a la fazenda, donde fuimos bien recibidos; pero resultó que la historia era falsa y nada se sabía de una ciudad perdida.

Regresamos a Boa Nova, donde llovía copiosamente y hacía un frío abominable. Pasamos allí la noche, para continuar al día siguiente hacia Picoes, pequeña aldea en decadencia, donde sólo medraban las pulgas. Más allá de Picoes está Conquista, adonde llegamos en un día de feria. Los habitantes del distrito, vestidos con toda clase de horripilantes ropas, irrumpían en la ciudad, con cargas de pinas, naranjas, cacahuets, dulces y zapatos nativos. El comercio principal —café, cacao y algodón— no se hacía en la feria, sino directamente con los comerciantes, a cambio de ropa, municiones y herramientas. Era un sitio que se enorgullecía de estar al día; la gente sentía que la luz eléctrica y un ínfimo cinematógrafo, que funcionaba una vez a la semana, los situaba en un nivel mucho más alto que cualquiera otra localidad rival de la vecindad.

Sólo hablaban de una cosa: ¡piedras preciosas! Las aguamarinas y las turmalinas son muy abundantes desde este sitio hasta el sur, en el estado de Minas Gerais. Una corriente de gente esperanzada afluía al pueblo llevando piedras para que fueran examinadas y evaluadas. Todos se cuidaban mucho para evitar que los otros vieran lo que ellos habían descubierto; pero tal secreto no era necesario, porque muy pocas de las piedras eran de valor. Ocasionalmente traían piedras de buena calidad, generalmente de color azul, y raramente llegaban con las escasas piedras verdes.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Alojamos en el hotel perteneciente a Doña Ritta de Cassia Alves Meira, el que, pese al nombre romántico de su dueña, era un pequeño sitio limpio y cómodo. Una vez que terminaba la feria y se vaciaban los establos, Conquista volvía a quedar en un estado de somnolencia que duraba hasta el próximo día de feria, porque los indios mestizos que llenaban las calles pregonando su mercadería vivían fuera de la ciudad, y cuando se acababa el negocio, cargaban todo en sus jacas y desaparecían durante la noche.

Desperté a las seis y media de la mañana y miré hacia afuera por la ventana del hotel. El sol estaba alto, pero no se divisaba un alma. Después, una negra con un traje blanco y un chal brillante, pintado con anilina, salió de la iglesia del frente, se limpió la nariz con los dedos, escupió pensativamente en las gradas y volvió a meterse en la iglesia. Pocos minutos más tarde apareció en lo alto de la calle un negrito sentado en pelo casi en la cola de un burro, al que urgía a correr al galope disparándole una andanada de palabras soeces. El bullicio despertó a los durmientes en muchas casas; se abrían puertas y aparecían cabezas despeinadas entre los barrotes de las ventanas. Poco a poco Conquista volvía a la vida.

Mi arriero, un rufián indolente, pero de aspecto aristocrático, que había cometido varios asesinatos, no despertaba tan fácilmente; pero por fin tuve éxito en mis esfuerzos y pudimos partir después del desayuno. Descendimos de la meseta por un sendero de fango resbaladizo, hasta la hoya del río Pardo, y llegamos a la estancia de Morro de Gloria, cuyo propietario nos rogó que pasásemos allí la noche y que lo aconsejara sobre algunos cristales de aguamarina. Suponía que yo, en mi calidad de extranjero y viajero, tenía que ser también experto en piedras preciosas. No lo soy, pero he adquirido retazos de conocimientos de muchas materias durante mis viajes y los exploradores son —o debían serlo— un poco expertos en todo.

Otra historia de “ciudad perdida” se conocía aquí. Se hablaba de un mestizo del río de Peixe que cruzó el Gongugy, no lejos de Boa Nova, y se perdió en las selvas de la Serra Geral, al este. Subió una colina para ver si encontraba alguna línea de orientación y vió en una planicie no lejos de allí una ciudad antigua, con una entrada en forma de arco. Estaba bastante cerca, de manera que pudo distinguir algunos indios que caminaban por las calles o estaban en la parte exterior de las murallas de la ciudad, lo que lo hizo, por prudencia, retirarse tan rápidamente como le fué posible. La historia resultaba interesante, pues parecía que el hombre había descubierto la ciudad de 1753. Después de continuar hasta Verruga, decidí que el mejor camino para adentrarse en la selva sería, probablemente, por Boa Nova.

En una estancia, situada a pocas millas del Morro de Gloria, se acababa de extraer un enorme cristal de hermoso color, que pesaba alrededor de doscientas

libras. Lo habían sacado de un gran canto rodado de cuarzo, a sólo tres yardas del sendero. Durante mucho tiempo había estado a la vista de los viajeros, pero nadie se había preocupado previamente por sacarlo de allí. Tenía una burbuja en el centro, y sus descubridores, creyendo que se trataba de un diamante, cortaron la mitad del cristal en pequeños fragmentos para sacarlo. Supe más tarde que el otro pedazo fué vendido por sesenta contos, alrededor de 2.500 libras.

Se narraba la historia de un negro que descubrió en la ribera del río Jequitinhonha el extremo de un cristal que sobresalía de la superficie del terreno. Lo desenterró, descubriendo que pesaba un cuarto de tonelada, y se lo vendió a un alemán por 100 libras. El alemán cargó su tesoro en una canoa, llevándolo finalmente a Alemania, donde lo vendió por algo así como 9.000 libras. En Alemania y Estados Unidos hay gran demanda de estos cristales, que se usan en la manufactura de joyas baratas.

Estas piedras eran el único tópico de conversación en Verruga, y la interminable búsqueda de ellas había empobrecido al distrito. Tuve las más grandes dificultades en obtener unas pocas informaciones sobre los indios de la región, pero finalmente supe que se podían encontrar al noreste de la escarpada montaña *Couro d'Anta*. Tenían piel oscura, y uno de sus jefes ostentaba barba negra, característica muy poco común entre esta gente lampiña. Otro jefe era famoso por sus grandes pies, de más de dieciocho pulgadas de largo. Estos indios tienen aspecto netamente negroide y descienden de los verdaderos negros aborígenes de Sudamérica, con mezcla de sangre tupí- caribe. Los indios de la selva del Gongugy, más escasos y de pigmentación más clara, pertenecen, como es obvio, a una raza diferente.

Al dejar una vez más Boa Nova, tomamos una ruta nor-oriental, hacia los bosques que se extienden al pie de una montaña escarpada llamada Timorante. Se cuenta que aquí yace una rica mina de oro, abandonada por falta de capital para explotarla. Habría valido la pena investigar la verdad de este hecho, pero otros intereses nos urgían a continuar avanzando. Llegamos al Gongugy, en un lugar donde se veían signos inconfundibles de carbón y petróleo, y seguimos por la orilla del río, corriente abajo, de estancia en estancia, hasta que llegamos finalmente a la última, en la confluencia del *rio de Ouro*. Reinaba allí gran agitación, porque los indios de la selva oriental se habían dejado ver en una ribera del Gongugy, disparando flechas y matando a un niño. Rápidamente se unieron los rancheros para organizar una expedición punitiva y se adentraron en la selva en persecución de los indios. Descubrieron un pequeño poblado indígena, masacraron a todos sus habitantes, excepto una muchacha, que, junto con algunos loros, fué traída de la selva. Me alegra poder contar que la muchacha escapó, posteriormente. Los pobladores que

viven en el límite de la región virgen no miran a los indios como a seres humanos. ¡Esto ocurría tanto en Brasil como en Bolivia!

Los rumores que me atraían tan poderosamente parecían localizarse en el río de Ouro. Pero nadie en el Gongugy conocía detalles de este río, excepto que las estancias cercanas a su confluencia estaban perpetuamente amenazadas por ataques indios. Incluso se dejaban enteramente 'a los indios las riberas orientales de los ríos Gongugy y Nova.

En el rancho llamado Barra do río de Ouro devolvimos nuestros animales para que los llevaran a Boa Nova, porque de aquí en adelante continuaríamos a pie. Los brasileños del lugar estaban horrorizados con nuestra idea, porque para ellos era un verdadero suicidio que dos hombres solos se aventurasen en esas peligrosas selvas.

Los mapas que yo había preparado cuidadosamente de las regiones ya visitadas me dieron un gran número de orientaciones sobre las alturas cruzadas, de manera que, por inmensa que fuese la selva, había muy poca probabilidad de perderse. Las sendas terminaban a un día de viaje del rancho; en todo caso, finalizaban en la proximidad del río. Con su equipaje a la espalda, Felipe recordó inmediatamente su debilidad pulmonar. Mi corazón desfalleció. ¡Apenas comenzábamos y ya reaparecían las viejas dolencias! Después se sintió afectado de una enfermedad a la planta del pie, y cuando cinco días más tarde, siguiendo un nuevo sendero, llegamos a un rancho aislado, debimos permanecer uno o dos días allí, hasta que se mejorara.

Dejamos el rancho, atravesando una colina alta, de cumbre desnuda, llamada "Cerro Pelado". Hasta aquí habíamos encontrado poblados desparramados, pero ningún vestigio de indios, y ésta no era, como yo creía, región desconocida. Desde la cumbre de la colina podía verse otra plantación al lado sur-occidental del río de Ouro, y, tomándola como punto para orientarnos, partimos en esa dirección.

Al pie del "Cerro Pelado" maté a una enorme serpiente surucucu en el hueco de un tronco de árbol. No era agresiva, pero vigilante y horrible. A sugerencia de Felipe, sacamos algunas chuletas de su cuerpo, aunque es una de las pocas serpientes que no tienen carne sabrosa. Estos reptiles eran muy numerosos en esta región. Había tres variedades, todas igualmente venenosas: la conocida como surucucú, la surucucú pico de jaca y la surucucú apaga fogo u "extinguidora de incendios". La mencionada en último término se siente atraída por el fuego, por lo que los hombres de la selva la temen tanto, que nunca mantienen fogatas encendidas durante la noche. Estas serpientes se enrollan sobre las cenizas del rescoldo; cuando se abren claros a fuego para tener terreno apto para plantar, se encuentran después muchos de estos reptiles totalmente carbonizados. Dicen que tienen muy desarrollado el sentido del oído y que alcanzan un largo de catorce pies y tienen siete pulgadas de diámetro.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Un ranchero me contó que en cierta ocasión había mandado a un mensajero a una estancia vecina; como el hombre —un mulato— no regresase, salió una partida de investigación a buscarlo. Lo encontraron muerto en la senda, con una gran surucucu enrollada en su muslo. El reptil había mordido al hombre en todo el cuerpo, atacándolo una y otra vez hasta que se cansó y agotó su veneno.

Un hombre y una mujer me esperaban en la casa próxima.

—Sabíamos que llegarían forasteros, porque las aves han estado juntando sus cabezas —nos dijeron—. Cada vez que hacen esto, significa que llegará alguien antes de la puesta de sol.

El hombre me habló de extrañas serpientes llamadas *salamandas* (no deben ser confundidas con el lagarto salamandra). Antes había oído hablar de ellas, y no las distinguía bien de las surucucu apaga fuego; pero él me las describió como reptiles largos y amarillos, de casi veinte pies de longitud, con oscuras manchas en forma de cruz, que se encontraban en estas selvas. Posiblemente son de la especie de las surucucu grandes; sin embargo, jamás me topé con algún ejemplar, lo que quizá fué para mejor, pues son excepcionalmente dañinas.

Fui con él al bosque a ver si podíamos capturar un mono, y al pasar frente a un árbol que tenía un agujero en su tronco, más o menos a diez pies de altura, escuchamos un sonido penetrante y plañidero. Mi anfitrión se encaramó en el árbol, situándose bastante más arriba del agujero, y vació los tiros de su escopeta dentro de la cavidad, como un muñeco en una caja de resorte, saltó al aire una surucucu, cayó al suelo y se deslizó en la espesura. Si nos hubiese alcanzado, nos habría mordido con toda seguridad; así y todo, aunque no sufrimos ningún daño, la impresión resultó sumamente desagradable. Ahora tuve evidencia de la historia del ronquido de estos reptiles cuando duermen. Su sonido me recordó las voces gimientes y melancólicas de las anacondas, lamento que he escuchado veintenas de veces.

Había un sendero hacia el este, desde aquí hasta Ilheos. Al sur y al oeste, la selva estaba en poder de los indios, que ocasionalmente salían a cosechar mandioca de la plantación; pero, en todo caso, no molestaban al poblador ni a su esposa. El proclamaba ser el último colono del río de Ouro, y que más allá de su rancho sólo existía selva virgen. En verdad no existía ningún camino ni sendero en esa dirección. Por allí decidimos penetrar, después de despedirnos de nuestros hospitalarios amigos.

Por todas partes encontramos rastros de indios, especialmente en forma de trampas hechas de palos filudos, de manera que el imprudente invasor quedase

cogido de la cintura. Imagino que un hombre sólo podía ser víctima de estas trampas si corriese a ciegas durante la noche, porque normalmente sólo podrían hacer un rasguño en la piel si algún caminante dejase de ver una en su camino. Quizá estaban emponzoñadas, y en este caso estas trampas, al parecer inofensivas, surtirían gran afecto. Otro tipo de trampas que también encontramos a menudo tenían unas estacas de punta afilada sobresaliendo del suelo y frente a ellas una lanza inclinada, oculta en los matorrales, sobre la cual se presumía que podría caer la víctima que anduviera descalza.

Nuestro amigo colono estaba errado al creer que su plantación era la última antes de la selva virgen, pues al quinto día de viaje nos cruzamos con otra huella que nos condujo a una próspera plantación, donde nos hartamos de azúcar de caña. Una milla más allá había una estancia, cuyo propietario nos dió la bienvenida con huevos, mandioca, maíz y pollos. Pareció sorprenderse ante las profundas reverencias de Felipe y yo encontré que tenía razón. La famosa costumbre de inclinarse ceremoniosamente estaba resultando tremenda para mí, pero no tenía el corazón de pedir a Felipe que se dejara de reverencias de una vez por todas. Me exasperaba hallar huellas y poblados en sitios donde sólo esperaba encontrar selva virgen. Los moradores eran tan ignorantes de lo que ocurría más allá de sus lindes, que, sinceramente, aseguraban ser los que se encontraban situados más remotamente. El espantoso misterio del río de Ouro se deshizo como una burbuja. En realidad, los poblados y puestos aislados estaban separados por distancias considerables. Esta gente, como los colonizadores de los Estados Unidos, se habían lanzado valientemente en la selva, trabajando y- raleando un espacio de terreno que se convirtió en su propio mundo, pero ignorando el hecho que otros habían efectuado el mismo trabajo a ambos lados de su plantación. A menudo los sorprendía la mención de plantaciones vecinas, pues se imaginaban estar completamente aislados.

Pero ahora parecía que, por fin, habíamos llegado al último puesto, porque no solamente no existían ya huellas en la dirección de la ruta que pensábamos seguir (oeste-sur-oeste), sino que también veíamos a menudo desde la cabaña del morador indios que se asomaban en una altura cercana a la plantación y nos disparaban flechas. Todos consideraban una locura que nos internásemos completamente solos en medio de esos salvajes.

Apenas habíamos partido, cuando comenzó a llover. Era el período de la luna nueva, y la lluvia continuó por algunos días, reduciendo nuestro avance a una miseria. Un solo* chaparrón copioso en el bosque no permite secarse en todo el día, y el estar, constantemente con trajes húmedos produce un efecto muy deprimente en la moral. Felipe, muy aprensivo respecto a su salud, murmuraba todo el tiempo, y yo mismo sentí que se evaporaba mi entusiasmo. Pero seguimos chapoteando y, a

excepción de las fútiles estacas filudas, no encontramos otro signo de indios durante tres días. Después descubrimos algunos senderos, bastante buenos por algún tiempo, pero que se perdían abruptamente en la selva, estratagema muy usada por los indios para confundir a sus enemigos.

Un día avanzamos terca y tranquilamente por la selva, sin pensar en nada especial, cuando me detuvo repentinamente la vista de una cabaña india en una alta ladera frente a mí.

—¡Mira! —cuchicheé a Felipe—. No te muevas. ¡Aun no nos han visto! Un salvaje estaba parado delante de la cabaña, afilando la punta de un palo, y próximo a él, había una hamaca corta, en la que se balanceaba otro indio. Por un minuto los observamos sin movernos; entonces, tomando miles de precauciones, nos deslizamos detrás de un árbol y nos escabullimos por un lado, para acercarnos a la cabaña a cubierto de la espesura. ¡Cuando llegamos al lugar en la alta ladera, no encontramos nada! ¡Por ninguna parte se veía huella alguna de cabaña! ¡Jamás en mi vida he tenido una visión más clara que ésta y no puedo ofrecer explicación alguna de este fenómeno!²⁷

Al día siguiente, después de seguir un rastro poco definido, llegamos a un viejo campamento al lado de una pequeña corriente, donde había ocho cabañas bajas — apenas refugios— y esparcidas entre ellas nueces de *cusí* quebradas y conchas de caracoles. Juzgando por el aspecto del campamento, unas dieciséis personas lo debieron ocupar un par de días antes. Los árboles de la vecindad estaban torpemente cortados, lo que demostraba que los indios poseían cuchillos, robados probablemente a los pobladores del Gongugy. Media milla más adelante se encontraba otro campamento, más antiguo y amplio, con el mismo desorden de cáscaras de nueces y caparazones de caracoles.

Las nueces *cusí*, que se encuentran en todas partes del Gongugy, crecen en una alta palmera, en racimos de varios cientos, y tienen una cáscara o vaina dura, con una o tres nueces más grandes que una almendra y ricas en aceite. El gusto es muy semejante al del coco y evidentemente los indios de la región la tienen en gran

²⁷ Quizá la explicación sea que él no estaba pensando en nada especial en ese momento. La mente, desocupada, fué capaz de “captar” el largo de onda de un pensamiento, o un recuerdo que se registró en los sentidos, tan definitivamente como si se tratara de una visión actual. Después de todo, lo que llamamos “vista” es la interpretación hecha por nuestro cerebro de algún mensaje que nos viene de los órganos de la visión. Y si el mensaje es enviado al mismo sitio desde otro sentido, el resultado podría ser recibir la impresión de ver algo que no está actualmente frente a nuestros ojos. ¡Cuántos de nosotros no habremos experimentado lo mismo sin damos cuenta! Muchas historias de fantasmas pueden explicarse así. Puede ser que la visión explicada aquí no haya sido advertida por Felipe; no se nos explica claramente. Aun en caso que así haya sucedido, la “impresión” puede ser “recibida” por dos, tan bien como por uno.

estima como alimento. Cerca del campamento había un panal de abejas vacío, con un gran hoyo en el medio, por lo que, al parecer, también la miel formaba parte de su dieta. Seguramente que los caracoles tenían muy buen sabor, pero no pudimos descubrir de dónde los conseguían los indios; lo que es nosotros jamás vimos uno, pues, de haberlos encontrado, nos hubiese gustado probarlos.

Siguiendo otros senderos que se cortaban abruptamente, llegamos a un arroyo que corría por una magnífica selva; continuamos corriente arriba hasta alcanzar un tercer campamento, probablemente ocupado meses atrás, con un grupo de cabañas bien construidas, en una de las cuales acampamos. Media milla más adelante existía otro campamento, pero tampoco vimos indios. Tenía grandes esperanzas de encontrarme con ellos, pues existían bastantes evidencias de que estábamos en medio de ellos; pero, ya fuese intencional o casualmente, nos evitaban. Aquí el terreno está cortado por numerosas corrientes, entre las cuales se alzan lomas resbaladizas, sumamente difíciles de ascender, debido a que son muy empinadas. Parecía que el refugio principal de los indios estaba en la región más plana, al norte de la que estábamos cruzando. En todo caso, probablemente no eran muy numerosos.

Pocos días más tarde nos cruzamos con una senda hecha evidentemente por hombres civilizados, y siguiéndola fuimos desde el suroeste hasta un caserío en el río Buri, afluente del río Novo, que, a su vez, es tributario del Gongugy. Habíamos atravesado la selva. En el río Novo había otros dos o tres colonos. Uno de ellos, el señor Marcelino, era un bautista convencido, y nos ofreció, además de la hospitalidad de su casa, plegarias e himnos tocados en un acatarrado armonio.

La alegría de Felipe volvió a renacer cuando llegamos a los poblados. La continua lluvia que tuvimos que soportar durante nuestra travesía por la selva bastaba para deprimir a cualquiera, y la obscuridad difusa, en las verdaderas cavernas que se formaban bajo los enormes árboles de la floresta, nos abatía profundamente. Las largas barbas de musgo que colgaban de casi todas las ramas prestaban un aire de solemne misterio a los bosques y miembros retorcidos parecían estar esperando sobre nosotros, prontos a cogernos. No nos morimos de inanición, porque encontramos monos, codornices y perdices; Felipe mató a un perezoso, pero su carne resultó de mal gusto. El avance no nos resultó difícil, pero la atmósfera de la selva hizo que el cruzarla resultara una pesadilla. También había desilusiones. No habíamos visto indios, ni tampoco descubrimos las hermosas casas con luces que nunca se apagan, que, de acuerdo con los cazadores del *Ouro*, existían en esta zona. Se habían esfumado mis esperanzas de encontrar algo interesante en el Gongugy. Sin embargo, esta tierra es extraordinariamente apta para la colonización, no es insalubre y ofrece grandes posibilidades para la explotación de la madera, ya que en todo el estado no existen bosques tan valiosos.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Una buena senda nos llevó hasta la cumbre de una alta cordillera y continuamos bajando hasta el valle del río Colonia, donde una vez existió una aldea, totalmente destruida ahora por los indios tapajoz. Dos días después llegamos al sendero *Verruga-Ilheos*, en Bahía

Branca. Me habría gustado cruzar esta senda y continuar hasta el río Pardo, con la esperanza de visitar a los negros indios tapajoz —si podía encontrarlos—; pero Felipe decaía, comenzando a sentir tantos achaques, que creí más prudente regresar hasta Verruga.

El coronel Paulino Dos Santos, político muy conocido, estaba horrorizado con el espectáculo de dos señores que viajaban a pie. Poseía un rancho en un lugar llamado *Duas Barras*, e insistió en facilitarnos muías que nos llevaran a Verruga. Como el fango de la senda se hacía cada vez más profundo y adhesivo, recibimos muy bien su acto de gentileza, y el resto del viaje lo hicimos con relativa comodidad. ¡El ánimo de Felipe se encumbró a las nubes!

En Verruga alojamos donde el mismo hombre que nos atendió en nuestra visita anterior; no contento con esta amabilidad, nos encontró mulas para viajar por la primera parte de la sección del río Pardo.

Cruzando el Pardo en la aldea fantasma de Caximbo, seguimos por un buen sendero; bajamos por la ribera sur del río, cruzando por muchas estancias, que se estaban recobrando de la destrucción provocada por las inundaciones de 1914. Regresamos a la alta montaña llamada *Couro d'Anta*, que domina a toda la región que la circunda. Estaba ansioso de subir a su cumbre para tomar una serie de orientaciones, y cabalgamos hasta la plantación de un negro anciano llamado Vasurino, quien se ofreció para llevarnos hasta la cima. Una vez los jesuitas tuvieron una misión al pie de la montaña; pero, desde que la abandonaron, los indios no permitieron a ningún poblador que se estableciera en el banco norte del río, donde estaba situada.

Nos costó dos días de duro ascenso para llegar a la cumbre; pero la magnífica vista recompensó nuestro esfuerzo. La selva se extendía a nuestros pies como un mapa; una alfombra verde oscura, quebrada de vez en cuando por pequeños claros, y el distante resplandor de los ríos, serpenteando locamente, perdiéndose y volviendo a reaparecer ante nuestros ojos. Muy lejos, hacia el norte, podíamos ver el “Cerro Pelado”; al este estaban las colinas de Salobro, donde floreció una vez una industria de diamantes y donde se encuentra la fuente del río Una. Bahía Branca y nuestro camino de Verruga eran perfectamente nítidos. Si hubiese habido “ciudades perdidas” en esas selvas, se habrían podido ver claramente desde

EXPLORACIÓN FAWCETT

aquí. Al suroeste se alzaba la misteriosa roca de Maquiqui, levantándose como monolito gigantesco desde la selva, a medio camino al Jequitinhonha. Existen muchas supersticiones nacidas en torno a esta roca, especialmente entre los indígenas.

Había rastros de indios en todo el contorno de las laderas de las montañas y Vasurino me contó que a menudo subían la montaña para vigilar las estancias situadas en la ribera sur del río. Los bosques de las escarpadas lomas eran ricos en poalha, más conocida con el nombre de ipecacuana. Aquí se aprecia mucho como medicina; fué usada desde mucho tiempo antes que su eficacia como emético fuera conocida en el mundo entero.

Después de dos días de viaje llegamos a Angelin, mitad estancia, mitad aldea, situada en un pintoresco recodo del río. Existía allí una cueva de cerca de trescientas yardas de largo, convertida en capilla por dos sacerdotes que vivieron en ella hace ya muchos años. Estaba formada por capas alternadas de piedra caliza y piedra arenisca, y sus numerosas estalactitas daban una apariencia impresionante a su interior, algo como la solemnidad que presta un órgano de tubos a una iglesia común.

—¿Qué te parece si volvemos a la selva desde aquí? —pregunté a Felipe—. Es un buen lugar para adentrarse y no creo que estemos muy lejos de los indios negros.

Felipe no dijo nada. Desde hacía tiempo que había vuelto a silbar, indicio seguro de que creía ya finalizado su viaje por las serranías; pero la expresión de martirio que se reflejó en todos sus rasgos y su significativo movimiento de hombros cuando escuchó mi sugerencia, me indicó que resultaría estéril esperar que él pudiese confirmar mis propósitos.

La buena gente de Angelin nos ofreció muías para la próxima etapa del viaje. Un día de cabalgata río abajo nos condujo hasta Novo Horizonte, conjunto miserable de chozas; muy próximo a este lugar, en el lecho del río, yacían los restos de una hermosa aldea que había existido antes de las inundaciones de 1914; aquí hicimos un alto, y, como de costumbre, ninguno de nuestros anfitriones quiso admitir pago. ¡Ya era casi un insulto el ofrecerlo! Ricos o pobres, siempre era lo mismo. Lo único que yo podía decir, aparte de calurosos agradecimientos, era la frase familiar:

—¡Deus lhe pague!... Dios se lo pague.

En Jacarandá alojamos donde una negra gorda, en el hotel más sucio que yo haya visto —¡y eso ya es decir bastante!—. Jacarandá era un pequeño pueblo

EXPLORACIÓN FAWCETT

floreciente, de cerca de trescientas casas, el puerto fluvial para el campo de diamantes de Salobro. Se dice que en un tiempo fueron muy ricos, pero ahora están agotados; han cambiado de dueño varias veces, pero desde que se abandonó el trabajo con esclavos, no resultan muy provechosos. Como en todos los campos de diamantes brasileños, es difícil decir de dónde vienen los diamantes. Se lavan en los lechos de los ríos y se han descubierto encajados en conglomerados, pero probablemente se originaron en erupciones volcánicas, pues toda esta región fué convulsionada por terremotos, ya olvidados. El Brasil oriental fué, en un tiempo, una activa región volcánica, y aun pueden reconocerse los cráteres.

Las cerdas de la palmera Piasaba, que se encuentra en gran cantidad cerca de Jacarandá, se usan en la manufactura de cepillos y tienen gran importancia en el comercio de la región. Río arriba se pueden ver enormes claros recordando las ubicaciones de antiguas aldeas de los indios aymorés, que ya no viven al norte de Jequitinhonha. Raza fea, negroide, aún mantienen en su poder los alrededores de la costa y de la selva, en el estado de Espírito Santo, donde permanecen independientes y sin ser molestados.

El viaje desde Jacarandá hasta Cannavieiras fué hecho en una gran canoa con un toldo de palmeras que servía de cabina. En una atmósfera demasiado pesada para mí, Felipe y tres brasileños se aislaron en el interior de la cabina, pero yo preferí sentarme en el techo durante todo el viaje, pese a la violencia de la lluvia, a las tempestades, a mis ropas empapadas y al terrible frío.

Cuando en las primeras horas de la mañana llegamos a Cannavieiras, me llenó de placer el aroma del mar. Y a la luz del amanecer se divisaron los mástiles y palos de algunos veleros, recortándose contra el brillante color cobre de un cielo limpio. Poco se puede decir acerca del pueblo, ya que mis impresiones más marcadas fueron que era sucio, con calles llenas de hierbas y con numerosos comerciantes italianos.

Felipe iba a regresar a Río de Janeiro desde este sitio, porque las investigaciones ulteriores que yo tenía planeadas podría llevarlas a cabo en mejor forma sin él; sin embargo, Felipe prefirió acompañarme hasta Bahía en una goleta, cuyo capitán accedió a tenernos como pasajeros por la suma de diez chelines por persona.

Fueron necesarios los certificados de vacuna para bajar en Bahía y nos vimos obligados a buscar un médico que quisiese extenderlos haciéndonos o no la operación. El consultorio del doctor daba a la cocina y estaba lleno de niños que gritaban, de perros y de moscas. Se estaba realizando una reunión familiar, y el galeno,

EXPLORACIÓN FAWCETT

en mangas de camisa, blandió un cuchillo y un frasco con vacuna, al compás del rasgueo de los banjos y las guitarras. Esterilizó cuidadosamente el cuchillo y después lo dejó sobre una silla asquerosa, mientras se lavaba las manos. Cuando efectuaba la vacuna, me llegó una nube sofocante de vapores de alcohol procedentes de su aliento. Felipe, a continuación, se sometió a igual rito; entonces nos dieron los certificados, en los que el doctor derrochó todo su arte caligráfico, haciendo la inevitable rúbrica, o complicada serie de líneas debajo de la firma. Los pollos arrancaron entre nuestros pies cuando abrimos la puerta y salimos a la calle.

Cannaveiras es un puerto poco conveniente para la navegación. Frente a la entrada hay una barra poco profunda, difícil de cruzar cuando hay viento. La “Victoria”, como se llamaba la goleta, se varó a la salida del estuario, causando un retraso que aprovechó el patrón para tomar a bordo un cargamento de última hora, consistente en cueros nuevos en un estado sumamente aromático. Había cinco marineros de cubierta, un cocinero, un niño, dos cerdos, dos perros, dos pavos y dos damas pasajeras, que, igual a Felipe, estuvieron mareadas desde el comienzo hasta el fin del viaje.

Las goletas no tienen estay en los mástiles, y si todas se arriesgan, como lo hacía la “Victoria”, es una verdadera maravilla que puedan completar el viaje sin que sufran contratiempos. Para salir al mar cruzamos la barra enfrentando una gruesa marejada y un viento fuerte, y en el momento más crítico se cortaron las drizas. Felipe y las mujeres yacían en sus literas, muertos para el mundo exterior; pero la cubierta parecía un manicomio. Los hombres gritaban de un lado a otro, dando instrucciones a los demás; el mar entró en cubierta y los cerdos protestaron enérgicamente cuando fueron rodando y dándose vueltas dentro de los imbornales. Nos arreglamos para pasar de barlovento por el lado de la costa, y por un milagro nos libramos de un arrecife de coral que sobresalía entre los cuadernales de la manga del buque. Gracias a la energía del gigante capitán mulato se pudo volver a controlar el buque, y el resto del viaje se efectuó sin sobresaltos.

Felipe me dejó al llegar a Bahía, y supe más tarde que se había casado poco después de regresar a Río. Yo recogí mi correspondencia en el consulado y crucé la bahía para ir a Cachoeira y a Sao Félix, dos ciudades que se enfrentaban en el río Paraguassu, donde hay un ferrocarril que sirve el interior, hasta los terrenos diamantíferos. La estación de término, en esa época, era Bandeira de Mello. Aquí me alojé en el hotel de Dona Lydia, uno de los mejores y de los más limpios que yo haya conocido en el Brasil, y con una mesa principesca; era un refugio encantador de la suciedad y las incomodidades tan comunes en los pueblos chicos.

EXPLORACIÓN FAWCETT

En Bandeira de Mello arrendé muías hasta Lengois, uno de los centros principales de la industria de diamantes en Bahía, en el extremo occidental de las montañas de conglomerado, que se extienden más hacia el sur, a la gran cadena Sin-cora.

Miles de garimpeiros, o lavadores de diamantes, se pasan la vida inclinados sobre el cascajo, día tras día, en lo que es generalmente un vano intento por encontrar piedras preciosas; un trabajo de monotonía aniquiladora y una existencia de la más abyecta pobreza. Prevalecen las enfermedades de todo tipo, y si la prosperidad temporal favorece a algún trabajador afortunado, muy pronto es destruido por la “política”. Ocasionalmente se encuentran pequeños diamantes exquisitamente coloreados, pero que raramente exceden el peso de medio quilate. Piedras azules, rosadas, verdes, granates, blancas y marrones se encuentran de vez en cuando; y solo hallazgo es suficiente para- que el garimpeiro persevere en su trabajo año tras año. Dondequiera que haya agua o cerca de las montañas de conglomerado, se reunirán los garimpeiros para escarbar todo vestigio de grava y lavarla en busca de diamantes. Los compradores son los que ganan, porque el mercado de gemas de Lenzois es tan favorable, que los diamantes son traídos a menudo desde el sur para obtener aquí mayores precios.

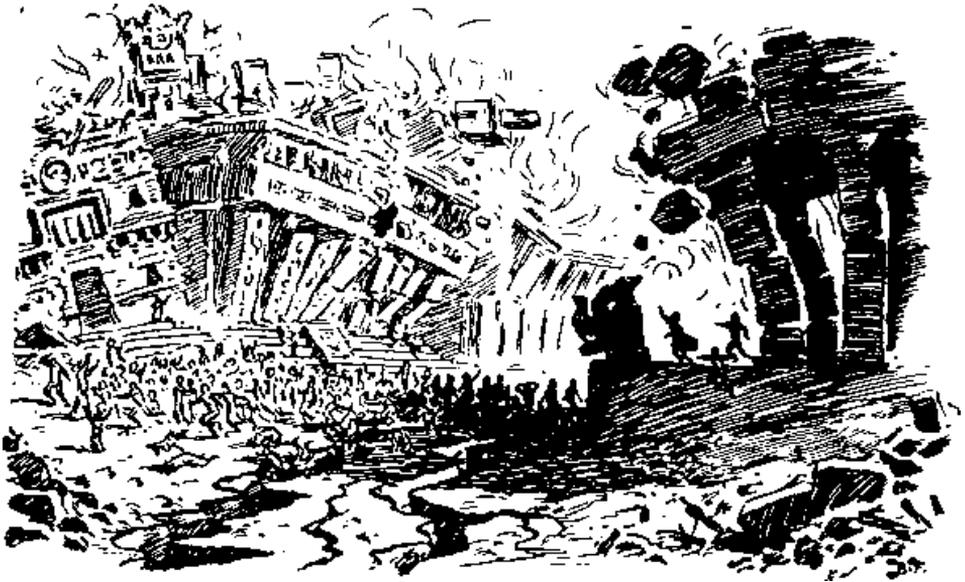
No creo que la industria de diamantes esté en decadencia en el Brasil, porque se pueden descubrir nuevos campos, y algún día puede encontrarse la matriz. Se han sacado diamantes de las gravas de río, en un área que se extiende desde la costa Atlántica hasta el extremo oeste del Matto Grosso, y desde el paralelo once hasta el sur de Sao Paulo. Cuando se descubran las fuentes —que deben existir—, los campos del Brasil serán otra vez rivales serios para la industria de Sudáfrica, porque la superioridad de las piedras brasileñas es excepcional.

Compré dos mulas, una para montarla y la otra para transportar las cargas, y partí solo hacia el interior. Viajé tres meses, y una vez que me acostumbré a andar solo, encontré que resultaba menos difícil que si uno se hacía acompañar por uno o más compañeros inapropiados. La soledad no es intolerable cuando el entusiasmo por la pesquisa llena nuestra mente. La desventaja principal reside en que si uno encuentra algo de valor arqueológico o científico, no hay testigos que puedan ratificar la palabra de uno. Pero el objeto principal de mi viaje era penetrar en el velo de lo primitivo, eliminando huellas falsas y asegurándome el verdadero camino. Después podría organizarse una expedición para hacer los descubrimientos.

Encontré datos suficientes que hacían el regreso imperativo. Las pistas que daré a continuación bastan para indicar la naturaleza extraordinariamente interesante de la investigación. Con compañeros y organización adecuados y

EXPLORACIÓN FAWCETT

conocimiento exacto del camino que se va a seguir, se puede —confío yo— llegar a un término coronado por el éxito. Desde tres lados he tanteado el lugar más seguro para penetrar en la selva; he visto bastante para comprender que cualquier riesgo vale la pena, siempre que sea para ver aún más. ¡Cuando regresemos de la próxima expedición, nuestro relato puede conmover al mundo!



CAPÍTULO XX

EN LOS ALBORES

LA HISTORIA DE SUDAMÉRICA, antes de la llegada de los europeos, sólo puede inferirse por los restos arqueológicos y los cambios geológicos, y, con algunas reservas, de las tradiciones de la población indígena. Ninguna de estas fuentes ha sido estudiada en forma exhaustiva. Los archivos oficiales, tanto como las sociedades históricas y las misiones, que tan espléndida labor desarrollaran en su época, pudieron haber suministrado datos que ahora pueden estar perdidos. Los etnólogos han informado en detalle sobre las costumbres, condiciones e idiomas de los indios de los ríos, pero se han deslizado errores a causa de la falta de un estudio intensivo de los pueblos salvajes de las regiones interfluviales.

La forma geográfica del continente ha cambiado totalmente durante períodos comparativamente recientes. Sabemos que los Andes aún están en proceso de modificación; constituyen el área volcánica occidental, con muchos volcanes

EXPLORACIÓN FAWCETT

activos e inactivos. En sus cumbres más escarpadas, sobre la línea de nieve, que retrocede siempre, pueden encontrarse fósiles marinos. En las vecindades del Cerro de Pasco, Jatunhuasi y otros sitios elevados en el Perú a 14.000 pies sobre el nivel del mar y mucho más arriba de la línea boscosa, la presencia de abundante carbón atestiguan que lo que es ahora el techo del mundo fué una vez una selva baja carbonífera. El fondo del océano, entre la Bahía de Panamá y las Islas Galápagos, aún está cubierto con troncos de árboles. En las colinas orientales, al pie de la cordillera de los Andes, cerca de los quince grados de latitud sur, se pueden encontrar masas de arcilla lacustre, ricas en lapas fósiles. Prácticamente, todo el pie oriental de la cordillera de los Andes, a diez grados de longitud, es un enorme depósito carbonífero que una vez estuvo bajo agua.

Desde el Golfo de Guayaquil hacia el sur, hasta Valparaíso, hay un borde de treinta a trescientas millas de ancho, que yace entre los baluartes montañosos y el océano Pacífico. Este borde es un desierto, donde cae muy poca lluvia o absolutamente nada. Los escasos ríos son muy pequeños y en sus proximidades hay fajas de terreno productivo; pero más allá sólo se ve arena, humedecida durante la mitad del año por la evaporación de la camanchaca, que es creada por la corriente fría de Humboldt, que baña las costas desde la Antártida. El resto del año esta región es abrasada por el sol tropical. Entre las cadenas de la costa de más antigua formación y las más recientes cordilleras está el Altiplano —la gran meseta andina—, que una vez fuera lecho de un enorme lago, menguado ahora en el Titicaca, Poopó, Junín y muchos otros lagos pequeños desparramados bajo las nieves.

Las corrientes de aire caliente de las selvas orientales precipitan copiosa lluvia sobre la cordillera y ésta se vacía en los cursos irregulares de la red de ríos caudalosos, formando los afluentes del Amazonas y del Paraguay, algo más pequeño. Más arriba de los lechos existentes de las corrientes montañosas, y cortándolos en ángulos más o menos rectos, están los canales auríferos de un antiguo sistema fluvial, evidencia clara de los cambios drásticos sufridos con el tiempo y los disturbios sísmicos. En todas partes existe la evidencia de estos cambios; no hay necesidad de dar mayores detalles de ellos.}

Posiblemente Trovessart tenía razón al deducir que a fines de la época terciaria las dos Américas no estaban unidas y que Brasil era una isla gigantesca. Más hacia el occidente existía otra isla, actualmente la costa del Pacífico, la cual —si algo se puede inferir del área de sondeos comparativamente superficiales— se extendía hasta la Isla de Pascua, en el sur. Al norte del actual río Amazonas pudo haber otra isla, extendiéndose hacia el norte, dentro del mar Caribe. Entre estas islas existían brazos del océano, y el Caribe unía al Atlántico con el Pacífico.

EXPLORACIÓN FAWCETT

No es demasiado inferir que en el Pacífico se estaba desintegrando un gran continente o un archipiélago de enormes islas, simultáneamente con los cambios que formaron las actuales fisonomías de las Américas. Los restos que se pueden encontrar en las islas Marquesas y Sandwich, en las Carolinas, Tahití, Pitcairn y docenas de otras islas, forman un convincente argumento de esta teoría. Según Hooker, hay setenta y siete especies de plantas comunes a Nueva Zelandia, Tasmania y Sudamérica.

Hay una curiosa faja granítica de cerca de tres grados de amplitud, que se extiende desde la isla de Trinidad, en el 21° sur; pasa por Victoria y Río de Janeiro y atraviesa el continente. En los ríos Paraná y Paraguay es visible en forma de protuberancias que se levantan abruptamente en el agua o en terreno seco. Forma montañas gigantescas en la bahía de Guanabara, y son estas moles graníticas las que hacen que Río de Janeiro y, —en menor escala— Victoria sean las bahías más pintorescas del mundo. Ellas son evidencias de la vasta actividad sísmica que transformó el lado oriental del Brasil tan drásticamente como lo hizo con la costa del Pacífico. Minas Gerais posee numerosos cráteres extinguidos y activas aguas termales calientes; aun cuando ahora no hay volcanes en actividad, fué una vez el centro de un área volcánica muy extensa. En el curso superior del Paraguassu y del río de Contas, en el estado de Bahía, existen escabrosas montañas de conglomerados hendidas en grietas, que se han transformado en lechos de ríos pequeños, en cuyas arenas se pueden encontrar diamantes. Al noreste de Lengois hay planicies bajas donde se encuentran grandes huesos de animales antediluvianos, dispersados en tal abundancia, que sugieren alguna catástrofe súbita. Las cavernas en las piedras calizas, tan abundantes en esta parte del país, ya no tienen ríos. Hay depósitos considerables de salitre y de cloruro de sodio allí. Hacia el este, en la costa norte de la ciudad de Bahía, se pueden encontrar carbón y bitumen.

El naturalista danés Peter William Lund escribió:

“La naturaleza de la meseta central de Brasil demuestra que formaba parte de un vasto continente, cuando el resto del mundo aún estaba sumergido bajo el océano o emergía en forma de islas de pequeña extensión. Por lo tanto, Brasil debería considerarse como el continente más antiguo de nuestro planeta”.

Reconociendo estos hechos y con mayores luces obtenidas en los archivos de las repúblicas sudamericanas, con su acervo de informaciones y tradiciones poco conocidas, resulta posible hacer algunas conjeturas acerca de la historia del continente antes de la conquista.

EXPLORACIÓN FAWCETT

La tradición mexicana nos cuenta que en un pasado remoto llegó a Cholula, desde el oriente, un pueblo tolteca (esto es, inteligente y artista) que se transformó en la grande y próspera nación, a quien se le atribuye la construcción de la arquitectura ciclópea, que precedió a la de los aztecas. Estos toltecas pueden haber tenido otro nombre. Eran, por ejemplo, los olmecas y los xicalancas, quienes pretendían ser raza muy antigua y haber destruido al último de los gigantes²⁸. Para mayor simplicidad los llamaré toltecas. Los gigantes figuran también en la tradición peruana. Los muyscas y los puruays de Colombia y Ecuador preservaron la tradición de Bochica, quien vivió dos mil años y fundó su civilización, como lo hizo Quetzalcoatl con la de los aztecas. El también venía del oriente. Una rama de esta misma gente ocupó una isla hacia el sur, extendiéndose desde lo que ahora forma la costa occidental de Guatemala más allá de las Galápagos y hacia el sur, a 20° bajo el Ecuador. El Brasil central-oriental formaba una cuarta isla desde el 9o al 25° latitud sur, extendiéndose desde el río Paraguay hasta unos 50 más allá de la actual costa atlántica. El pueblo al cual genéricamente he llamado tolteca, colonizó esta isla, llegando desde otra isla cuyos aborígenes salvajes eran de color negro o café oscuro; estaban en un avanzado estado de degeneración, y de los cuales diré algo después.

Todos estos pueblos toltecas eran de rasgos finos, de color cobrizo claro, de ojos azules, probablemente de cabello color castaño rojizo (véase la obra de Short, "North Americans of Antiquity", y acostumbraban usar blancas túnicas sueltas o trajes de color de fina textura. Aun hoy se puede ver el brillo de alheña en el pelo negro de las tribus cobrizas de Sudamérica, pese a la mezcla de sangre. Entre los maxubis he visto miembros de esta tribu con ojos azules y pelo castaño rojizo, aunque no han tenido contacto con ningún pueblo moderno de cabello claro y ni siquiera con españoles o portugueses de pelo oscuro²⁹. Para los degenerados nativos, los toltecas fueron seres superiores. Construyeron grandes ciudades y enormes templos en honor del sol; usaban papiros e instrumentos metálicos y eran diestros en artes civilizadas, ni siquiera soñadas por las razas inferiores.

En México y en la isla del sur situada donde actualmente se encuentra la costa del Pacífico de Sudamérica, esta gente usaba escrituras ideográficas y jeroglíficas. García, en su "Origen de los Indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales", sostiene que los antiguos peruanos usaban pintura y caracteres, arte no compartido por los incas que llegaron más tarde. En Brasil se puede inferir por

²⁸ Al lector interesado en estas leyendas fascinantes recomiendo el autorizado trabajo de G. C. Vaillant, Los aztecas de Méjico.

²⁹ De estos indios descubiertos entre las tribus del Xingú superior, desde 1930, se ha afirmado que están mezclados con "sangre Fawcett" y a mí a menudo me han presentado "sobrinos". Espero que estas palabras abran los ojos de aquellos que ven en cada muchacho indio de tez clara o albino "¡Un hijo de Jack Fawcett!".

inscripciones que aún existen, que un alfabeto fonético había reemplazado a los jeroglíficos, posiblemente por razones de comunicación con nuestro Medio Oriente o posiblemente como herencia de una civilización más antigua.

No existe tradición, ni siquiera hay una evidencia que sugiera que existía comunicación entre estas tres colonias, a menos que llegemos hasta los albores de los tiempos históricos. Puede ser que la civilización brasileña se remonte mucho más atrás de lo que imaginamos o que los lazos se hayan extinguido. Su evolución o degeneración en recientes épocas geológicas puede haberse llevado a cabo por zonas discontinuas, debido al aislamiento a que obligaban las vastas distancias, los pantanos extensos e infestados por reptiles terríficos y venenosos y las selvas habitadas por salvajes fieros e intratables. La tradición china sugiere la posibilidad de que la costa del Pacífico haya estado en comunicación con Asia; mientras las inscripciones señalan la probabilidad de que la isla brasileña haya estado en relación comercial con el oriente.

El “Popul Vuh” dice:

“Los hombres blancos y los hombres negros vivían felices, y suave y delicioso era el lenguaje de esta gente. Eran fuertes e inteligentes. Pero hay, en lugares bajo la luna, hombres cuyos rostros no son vistos. No tienen casas. Vagan, tan poco inteligentes como las montañas, insultando a la gente de las naciones vecinas”.

¿Se refiere esta cita a los aborígenes trogloditas que precedieron a la colonización tolteca?

Sobre esta parte del mundo cayó la maldición de un gran cataclismo, recordado en las tradiciones de todos estos pueblos, desde los indios de la Columbia británica hasta los de Tierra del Fuego. Puede haber sido una serie de catástrofes locales, de carácter espasmódico, o también un desastre repentino y arrollador. Su resultado fué cambiar la faz del océano Pacífico y levantar Sudamérica en algo semejante a su forma actual. No tenemos experiencia moderna para medir la extensión de la desorganización humana resultante de una calamidad que erigió un continente de las islas y creó nuevos sistemas montañosos y fluviales. Sólo sabemos que la destrucción de una gran ciudad puede convulsionar a una nación hasta sus fundamentos.

No requiere mucho esfuerzo de imaginación comprender la desintegración y degeneración gradual de los sobrevivientes después del cataclismo, con sus espantosas pérdidas de vida. Los toltecas se separaron en grupos, luchando cada uno por su propia supervivencia. Sabemos que tanto los na- huas como los incas fundaron sus imperios sobre las ruinas de una civilización más antigua. En el continente

EXPLORACIÓN FAWCETT

norte, más allá de los límites de las ciudades toltecas, en lo que actualmente forma California, Arizona, Texas y Florida, parecen haber degenerado hasta la barbarie. No sólo fueron las ciudades de los cliff dwellers (antiguos indios norteamericanos que vivían entre las rocas), habitadas más tarde por los otomis del norte, sino también la tradición da a los caribes (o toltecas degenerados) un carácter de salvajismo extremo.

Entre todos los pueblos antiguos, la educación se confiaba especialmente a los sacerdotes, que pertenecían a la casta dirigente o estaban íntimamente ligados a ella. Eran los guardianes de las crónicas y de las tradiciones. Una calamidad que sacudió al mundo entero y dejó al ras del suelo a poderosas ciudades de piedra de la antigua América, probablemente también barrió con la casta sacerdotal, así como con las masas de la población laica. Deben haber pasado muchos siglos antes que la reconstrucción produjera algo semejante a una civilización avanzada. Debe haber cesado todo comercio, pues la tradición enseña que el océano Atlántico no era navegable, debido a la violencia de sus tormentas, y esta leyenda no es del lado americano, sino del europeo. Probablemente lo mismo ocurría en el lado del lado del Pacífico. Casi no hay duda de que un cataclismo de tales dimensiones produjo mareas extraordinarias y catástrofes menores en todo el mundo, porque por todas partes se encuentran tradiciones que hablan de un diluvio.

La civilización tolteca estaba en ruinas, y los restos de su pueblo, esparcidos a remotas distancias. Se ha informado que aun en el Canadá superior se han descubierto construcciones semejantes en su carácter a la arquitectura incaica, pero esto aún no ha recibido confirmación. Tiahuanaco, centro de la cultura tolteca en el sur, descendió hasta el nivel del suelo y quedó prácticamente enterrada con los levantamientos, cuando se elevó la meseta andina y gran parte del Titicaca se vació por la hendedura sur del Illimani. Tiahuanaco debe haber sido una vez una ciudad sobre una isla en el lago más grande; no pudo haber existido donde se encuentra actualmente, por su relación con el nivel del lago, porque, aunque éste se seca en un promedio de un pie cada diez años, el lago aún está a más altura que las ruinas. Los restos de la gran ciudad cubren un área de cerca de una legua cuadrada, y en la época de la Conquista los nativos atribuían la construcción de Tiahuanaco a hombres blancos barbudos que vivieron mucho antes del tiempo de los incas.

Las ciudades del interior fueron dañadas terriblemente, aunque nunca en el mismo grado de Tiahuanaco. Entre ellas yacía una inmensa área de terreno bajo, recientemente emergida del lecho de un mar o de un lago y probablemente inundado durante mucho tiempo por ríos que salían de su cauce debido a los torrentes que caían en cascadas por las laderas de la nueva cadena de montañas, en las cuales excepcionales disturbios meteorológicos depositaban mucho más nieve y lluvia que la que cae actualmente. Sobre esta región pantanosa creció muy pronto una

EXPLORACIÓN FAWCETT

impenetrable maraña de pasto grueso y una confusión de fangoso monte bajo, donde sobrevivieron hasta mucho tiempo después de su extinción en otras partes, reptiles de especies gigantescas y feroces. Había cesado la comunicación con el mundo exterior; las comunidades sobrevivientes creían estar solas en el mundo. Sus tradiciones sugieren esto.

Fué durante este período de confusión y de lenta reconstrucción que llegaron refugiados de Polinesia a la costa de Chile; se trataba de los tupis, gente de tez clara café amarillenta, que aun en el tiempo de la Conquista mantenían la tradición de su origen en el Pacífico. El nombre “tupi” significa “padre o tronco original”. Se establecieron y multiplicaron en Chile y en el sur de Bolivia, extendiéndose hasta el Ecuador en una faja de 70 de ancho. En el sur se llamaron araucanos; en Bolivia, aimaraes, y en los valles cálidos al oriente del Perú fueron conocidos como los antis. De aquí se deriva el nombre de “Andes”.

El arte del tatuaje, común tanto a los polinesios como a los melanesios, fué traído por ellos al continente y practicado por todas las tribus tupis. De acuerdo con el padre d’Evioux, que viajó mucho en el interior del Brasil durante el siglo XVI, este tatuaje era ejecutado magistralmente. Los hombres lo llevaban en todo el cuerpo, y las mujeres, de la cintura hasta la rodilla. Posiblemente, los indios patagones y fueguinos también fueron ramas de los tupis; aun hoy, en Tierra del Fuego, los indios esculpen sus deidades de madera en el facsímil de las imágenes de la Isla de Pascua, hecho significativo y aparentemente dejado de mano por los etnólogos.

Contemporáneamente con este éxodo de Polinesia, afluyeron inmigrantes al continente norte por el estrecho de Behring y las islas Aleutas. Los últimos que llegaron fueron los kitans, más o menos el año 600 de la Era Cristiana. Buckle, en su “History of Civilization in England”, hace notar la presencia de los “tscktschi”, a ambos lados del estrecho. Aun cuando la existencia de las Américas fué olvidada por las crecientes naciones de Eijropa, no lo fué ciertamente por China y Japón, ni probablemente por los polinesios y melanesios. La terminación china tsin se encuentra frecuentemente en nombres de lugares mexicanos. El viaje mítico de Hoi-Chin a “Fong Sang”, situado a 20.000 li hacia el este, se ubica en el año 458 de la Era Cristiana; probablemente éste no fué el único viaje de esta especie, porque un pequeño junco ha llegado a Inglaterra. En las ruinas de Yucatán y Guatemala se han encontrado estatuillas con rasgos típicamente mogólicos. En 1920, el ministro chino en México identificó caracteres en la base de la gran pirámide de Teotihuacán, con antiguas palabras chinas para nombrar al Sol, Ojo y Ciudad. Los indios quechuas y los chinos entienden sus idiomas entre sí y lo mismo se dice de la lengua otomi. El antiguo método incaico de registrar acontecimientos por medio de quipos, o cuerdas

anudadas, era común en China y Tibet, y afirma la presunción de que existió en una época comunicación por el Pacífico.

El resultado de la inmigración nortea fue una presión siempre en aumento hacia las latitudes más habitables del continente, y el empuje de retroceso de los elementos toltecas a la meseta mexicana, donde algunas de las tribus de estas familias fueron empujadas hacia las regiones más cálidas de Yucatán y Guatemala. La magnífica arquitectura de Uxmal, Palenque, Chichen Itza y otros muchos monumentos notables deben su existencia a este movimiento. Pero aunque estas emigraciones fueron definidas, también eran lentas y existe un informe de una emigración tolteca a Tlapallán, que demoró más de un siglo en completarse.

A la luz de los recientes descubrimientos —o más bien redescubrimientos— en Colombia, parecen quedar pocas dudas de que el movimiento continuó hacia el sur, con degeneración impuesta por la, pérdida del medio civilizado. Los muchos restos de poblaciones construidas con piedras y comunicadas por caminos pavimentados, que se encuentran en ese país, muestran poco de la cuidadosa mano de obra de los vestigios istmeños. Sin embargo, dan a conocer algo que más tarde será reconocido como importante: casas sin ventanas, con entradas estrechas y cuyos interiores están libres del tizne, asociado con cualquier medio conocido de cocción y de iluminación, ¡excepto la electricidad!

Aún no está totalmente en claro lo que ocurrió con la colonia central brasileña, después de la destrucción parcial de sus ciudades, pero la probable función de éstas como puertos de mar cesó bruscamente y sin duda pereció una proporción muy grande de sus habitantes. Parece que los sobrevivientes estuvieron aislados por largo tiempo en medio de pantanos; es decir, aquellos que no pudieron escapar hacia el este en botes, como lo hicieron algunos, conocidos más tarde con el nombre de tapuyas. Muy pocos pudieron escapar hacia el norte, pero posiblemente la mayoría quedó aislada en las ruinas de sus ciudades. Crónicas existentes, que datan del tiempo de la Con- - quista, se refieren a la apariencia de estos pueblos. Físicamente eran de una raza hermosa, difiriendo poco de los mexicanos, muyscas y peruanos. Todos preservaban la tradición de ser descendientes de una raza blanca, Los molopaques, descubiertos en Minas Gerais en el siglo XVII, eran de tez clara y barbudos, de maneras elegantes y refinadas. Se dice que sus mujeres eran “rubias como las inglesas, de cabello dorado, platinado o castaño”. En la crónica se dice que tenían “rasgos delicados de gran belleza, pies y manos pequeños y cabello hermoso y suave”. Y esto ocurría después de una inevitable mezcla de sangre con los tupis de piel oscura. No eran antropófagos.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Los mariquitas también eran un hermoso pueblo, cuyas mujeres luchaban como las Amazonas. Tenían jefes mujeres y no es improbable que las Amazonas —las casi legendarias mujeres guerreras del Amazonas— pertenecieran a esta raza. Aun ahora existen tribus con jefes mujeres y mantienen una singular nobleza de maneras, que contrasta rudamente con las de los pueblos miserables que se supone sean los descendientes de la población nativa.

Los tapuyas eran hábiles artífices de piedras preciosas y poseían muchos adornos, finamente trabajados, de aguamarina y jade.

En muchas ocasiones, los primeros exploradores del interior informaron sobre visiones fugaces de nativos vestidos y de apariencia europea. Sólo eran ojeadas fugaces, porque esta gente tenía una manera casi misteriosa de desaparecer. Estos informes no se han sustentado después con nuevas informaciones, pero no pueden ser tampoco despreciados. Nuestro destino —en la próxima expedición lo llamaré “Z” por conveniencia— es una ciudad que se cree está habitada posiblemente por alguno de estos pueblos tímidos, y cuando regresemos, el problema quedará definitivamente resuelto.

Algunas de las tribus tapuyas, distintas en apariencia y costumbres, existían en los tiempos de la Conquista. Entre ellos estaban los tabajaras, guajajaras, tymbiras, potiguaras, caetés, gaitacas y teremembes. Debido a la escasez de alimento o a la mezcla con tribus caníbales, muchos de ellos se convirtieron en caníbales.

En la época del gran cataclismo, la isla brasileña estaba habitada por una raza autóctona, de trogloditas negroides, de tez oscura, si no negra, velludos, brutales y caníbales. Restos de estos pueblos existen todavía en regiones remotas del interior y son terriblemente temidos. Fueron conocidos por los españoles con el nombre de cabelludos o gente peluda. Para los portugueses fueron los morcegos o murciélagos, debido a su costumbre de ocultarse durante el día y a cazar de noche. Los indios de los límites de la civilización los llaman tatus o armadillos, por su manera de horadar el suelo. Cuando hay cavernas en los acantilados, las ocupan, pero prefieren cavar hoyos en la tierra, de cerca de doce pies de diámetro, techándolos con ramas, hojas y tierra. Llegan hasta sus hoyos, mediante pasajes cubiertos, largos y en descenso. El mismo tipo de vivienda fué usado por los chiquitanes de Bolivia, mencionados en el capítulo XVI, y, probablemente, ambas razas fueron contemporáneas de los habitantes de los fosos, de las islas británicas. Los morcegos tienen un sentido muy desarrollado del olfato, que los capacita para cazar hombres y animales con gran facilidad. Esto puede ser la causa de su conocimiento, casi telepático, de la presencia de un extraño, sentido que tienen también muchos indios

EXPLORACIÓN FAWCETT

de la selva. En nuestro viaje a “Z”, pasaremos por el territorio de estas gentes, y yo espero gustoso esta oportunidad de estudiarlos.

El elevamiento de los Andes y la dificultad de alimentar a una población siempre creciente impelieron a muchas tribus tupis del oeste y el suroeste a emigrar. Se extendieron por el nororiente, a través de Cochabamba y las llanuras de Santa Cruz, siguiendo los cursos de los ríos Grande, Mamoré y Ma-deira, y, con el tiempo, se adueñaron del estuario del Amazonas y las regiones al norte, hasta llegar al Orinoco. Mientras tanto, hordas de caribes pasaban por las islas del Caribe y desembarcaban en las costas de Venezuela, desparramándose hacia el sur y llegando a enfrentarse con los tupis en la cuenca del Orinoco. Reforzados constantemente por nuevas hordas, los caribes dominaron a los tupis, absorbieron algunas tribus, masacraron a otras y arrojaron a los sobrevivientes al otro lado del río. No fueron conocidos por caribes hasta más tarde, pero probablemente como aruacs y otros nombres de tribus. “Caribe” es un nombre de origen quechua, que significa “hombre de energía, valiente”. En hebreo es “Cari”, de aquí posiblemente “carini” o “guarini” —un guerrero—, nombre adoptado más tarde por los carahybas (“descendientes de los caribes”), o carijos, que se establecieron en y alrededor de Paraguay. Sus leyendas sobre un gran diluvio ayudaron a identificarlos con la gente de México y las Antillas.

La invasión caribe no se detuvo en la orilla norte del Amazonas, sino continuó extendiéndose hacia el sur en las selvas y en las tierras más altas de Pará y Piauhy, donde encontró la resistencia concentrada de los tupis, ayudados probablemente por los tapuyas. Comenzó entonces una guerra caribe que duró siglos y envolvió a todas las tribus tupis, desde los más remotos rincones del continente. Los antis, por ejemplo, ansiosos de participar en cualquier acto belicoso, pero probablemente cansados del constante combate con los incas, se trasladaron al Matto Grosso y ocuparon la región en las fuentes de los ríos Guaporé y Jauru. Los caxibis y mundurucus del Tapajoz pueden ser descendientes de estos pueblos.

Se dice que los caribes eran una raza de color cobrizo brillante, que mostraban vestigios de ascendencia blanca. Si el color blanco era peculiar a la raza tolteca o se originó en la legendaria migración de Madoc y Erico el Rojo, es un problema que no se podrá resolver. Sus elementos más avanzados se conocieron como caribocas, esto es, descendientes de raza blanca. Practicaban el canibalismo y aterradoras barbaridades.

Hay que mencionar ahora una tradición recordada como existente ya entre los indios bolivianos en la época de la Conquista; una tradición significativa para todo el que intente descifrar los secretos del Brasil desconocido. Se dice que los musus —el pueblo tolteca de la colonia brasileña—, sabiendo la barbarie de los

EXPLORACIÓN FAWCETT

invasores caribes, se hicieron rodear con sus tribus vasallas más salvajes, a quienes ordenaron matar a todo el que se aventurase a penetrar en la región. De esta manera ellos mismos se aislaron del mundo exterior. Aparentemente, desde entonces hacia adelante, el conocimiento de su existencia se hizo legendario entre los indios más remotos del interior; aunque de acuerdo con las crónicas de los misioneros franciscanos, se hicieron por un tiempo peregrinajes anuales, desde lugares tan lejanos como el Caupolicán boliviano, para rendir homenaje al “Emperador de los Musus”, o como era también llamado, el “Gran Paitití”. Los peregrinos regresaban trayendo perlas, ámbar e instrumentos de metal, que, no sólo dejaban atónitos a los españoles, sino también aumentaron hasta un punto culminante su ambición por los tesoros. Fué el primer indicio del fabuloso Ambaya o Manoa y dió comienzo a una estéril búsqueda, que costó numerosas vidas y millones en dinero. A eso pueden atribuirse también las primeras exploraciones del sistema fluvial de la cuenca del Amazonas. El conocimiento geográfico obtenido así estaba lejos de ser completo, pero a la larga era más valioso que el tesoro de Paitití. Aun hoy no está completo el conocimiento de los ríos; para darse cuenta de esto, sólo es necesario mirar sus cursos diseñados con líneas punteadas en cualquier buen mapa.



Capítulo XXI

EL VELO DESCLENDE

DURANTE LOS MUCHOS SIGLOS que transcurrieron desde que tuvieron lugar estos acontecimientos, ocurrieron cambios profundos en la topografía del interior. El nuevo sistema fluvial se estaba estableciendo y el exceso de agua se escurrió de las áreas fangosas, al mismo tiempo que disminuían las precipitaciones extremadamente copiosas de las montañas, o quizá el bajo nivel del suelo se levantaba lentamente. En realidad, es probable que las tierras recientemente emergidas del fondo del mar continuaban levantándose imperceptiblemente, proporcionando más terreno para establecerse a la población indígena que iba en aumento. En unas pocas frases uno describe períodos de tiempo que podrían asombrar a la imaginación, refiriéndose a vastos cambios geográficos, como si éstos hubiesen ocurrido de un año para otro. Hace bien recordar que tales cambios tienen lugar en todas partes, aún ahora. Aquí una línea costera es socavada anualmente por

el mar; allá, una aldea, que una vez estuvo en la costa, está ahora a una milla o más tierra adentro. Las cadenas de montañas lentamente suben o se hunden; siempre existe el cambio, el cambio gradual y sólo no es aparente, por la relación que existe entre este cambio y la breve vida humana. Los once mil años que, según Platón, habían transcurrido desde que se hundió la última de las islas Atlántidas, pudieron ser registrados sólo por la vida de ciento diez centenarios. Una relación de algún testigo ocular del desastre pudo haber pasado de padre a hijo hasta el presente, con sólo ciento ochenta y cuatro repeticiones. Por eso se debe dar más fe a lo que suena como un mito, si éste es razonable.

Hubo una disminución gradual de las condiciones tormentosas y de la copiosa lluvia, que debe haber acompañado los espasmos finales de un levantamiento terrestre de tal magnitud, que permitió que se formase un continente. La estación seca permitía más libertad de movimiento y se desarrollaron bosques en el rico suelo dejado por las inundaciones.

Como continuaba la interminable guerra tupi-caribe, los caracteres raciales de los tupi-caribes, tapuyas y autóctonos estaban en constante modificación. En el caso de los tres primeros, existía la costumbre de apoderarse de las mujeres de una tribu conquistada. Como los caribes resultaban victoriosos, cambiaron gradualmente bajo la influencia de las orgullosas mujeres tupis, quienes pretendían superioridad de sangre como “tronco original”. Con el transcurso del tiempo, los caribes llegaron a ser semitupis y adoptaron la mitología, el idioma y las costumbres del pueblo que estaban conquistando, que, en realidad, los conquistó a ellos. El curso de la batalla cambió cuando ya no vinieron hordas del norte a reemplazar a los que caían. Los caribes fueron rechazados hacia el Amazonas y se retiraron hacia el norte; un grupo de ellos escapó hacia el sur, a Goyaz, pero, expulsados pronto de allí, se retiraron más al sur, hasta que por último se instalaron en la cuenca del Paraná y fueron conocidos como los carijos.

Esta asimilación de características entre los caribes, tupis y tapuyas hizo casi imposible la identificación de estas tribus, aún en la época del descubrimiento portugués del Brasil. Parece sin esperanza cualquier intento de clasificación por el idioma. La *Lingua Geral* o tupi era hablada por supuesto por todas las tribus tupis, pero fué modificada por una multitud de dialectos. Los caribes adoptaron muchas de esas voces como propias y, probablemente, algunas del idioma caribe se infiltraron en las otras lenguas. Para aumentar lo complejo de la situación, otras tribus más pequeñas se mezclaron con las autóctonas, debido a una disminución de sus propias mujeres, raptadas por tribus más poderosas. El resultado de esto se puede ver en los negroides aymerés o botocudos de Espíritu.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Pero hay otras tribus que mantienen la apariencia negroide y los hábitos caníbales, especialmente al este del Guaporé; me referí a ellos en el capítulo XVI. Esta corrupción de sangre se extendió más en algunos sitios que en otros y a ello se debe la diferencia de color, que produce la confusión mencionada por los viajeros.

Los tupis eran una raza de color café claro amarillento; los caribes, cobrizos claros o rojizos; los tapuyas —algunos de ellos en todo caso—, de color marfil dorado. En tiempo de la Conquista, los indios de piel más clara se acostumbraron a pintar sus cuerpos con el jugo de la baya roja urucu o con otras tinturas, para semejarse a los tupis. Los mismos tupis usaron tinturas para acentuar su tez amarillenta, con la idea de aparecer más claros de lo que realmente eran; por eso ocurrió cierta confusión entre los cronistas. Parece que de acuerdo con la tradición tupi de ser una “raza original”, se estimaba el amarillo como símbolo de nobleza.

Es difícil ahora darse cuenta de la densidad de estas poblaciones indígenas, aún en el siglo XVI. Tupis y tapuyas compartían la costa atlántica, pero más de la mitad del área del Brasil, Perú y Bolivia estaba ocupada por las tribus tupis con miles de aldeas. Los jesuitas calcularon no menos de setecientas “naciones” diferentes, en la cuenca del Amazonas, y su conocimiento de ninguna manera era completo. La conquista por la fuerza de las armas no destruyó las “naciones”, pero las enfermedades contagiosas del hombre blanco arrasaron con muchas de estas gentes incapaces de presentar resistencia a ellas.

Las guerras de los tupis, caribes y tapuyas no cesaron con la llegada de los portugueses. Existió una era de luchas entre tribus que ha persistido hasta ahora entre los sobrevivientes. Durante la guerra por la supremacía europea en Brasil, los tupis se aliaron con los portugueses, porque los caribes ayudaron a los españoles, y los tapuyas con los franceses. Estas tres razas indias se aliaron erróneamente; un ejemplo paralelo ocurrió en Brasil y Perú.

Debe recordarse que hasta ahora sólo estas tribus o “naciones” han sido conocidas, porque ocuparon tierras adyacentes a los ríos navegables. Muchas tribus grandes, que desarrollaron organizaciones perfectas y que habitaban en las selvas, por lo menos a una semana de viaje desde el punto más cercano al cual podían llegar botes o canoas, aún son desconocidas, o, en todo caso, no más conocidas hoy de lo que fueron en el siglo XVI. Hablando en términos generales, los tupis ocuparon todo el oeste hasta el límite del imperio incaico; los caribes ocuparon el norte; los tapuyas compartieron el oeste con tribus autóctonas mezcladas, que también pueden encontrarse en el interior. Un fragmento de una raza desconocida, probablemente tolteca, y relacionado con los incas y mexicanos, encontró refugio allí donde una combinación de obstáculos naturales y de supersticiones profundamente arraigadas permitía que

no fuesen molestados. La presencia ocasional de algunas de estas gentes en los ríos vecinos parece haber cesado con el aumento de los colectores de caucho. Las primeras migraciones de los tupis deben haberse producido por la influencia de este pueblo, porque casi todas las tribus en contacto con las misiones de los siglos XVI y XVII poseían la tradición de haber estado dominados una vez por una “raza blanca”, diestra en las artes de la civilización.

Cuando terminó la gran guerra tupi-caribe, el imperio incaico dominaba el occidente. Posiblemente debe haber habido muchas dinastías incas, pero más tarde se separaron en pequeños principados, cada uno con épocas de dominación, tales como los chimúes de Trujillo y los muyscas de Colombia. Los incas heredaron fortalezas y ciudades construidas por una raza anterior y restauraron sus ruinas sin muchas dificultades. Donde ellos construyeron con piedras —en las regiones en que la piedra era el material más conveniente, pues en la zona de la costa generalmente empleaban adobe—, ellos adoptaban las mismas juntas sin mortero, increíblemente bien ajustadas, que son características de los edificios megalíticos más antiguos, pero no trataron de emplear las piedras enormes que usaron sus predecesores. Oí decir que ellos unían sus piedras por medio de un líquido que suavizaba las superficies que iban a entrar en contacto, hasta que tenían la consistencia de arcilla³⁰.

³⁰ “No lo creo”, dijo un amigo que había sido miembro de la expedición Yale peruana, que descubrió Machu Picchu en 1911. “He visto las canteras donde se cortaban estas piedras; las he visto en todos los estados de elaboración y puedo asegurarte que las superficies de juntas se trabajaban a mano y nada más.”

Otro amigo me contó la siguiente historia: “Hace algunos años, cuando estaba trabajando en el campo minero de Cerro de Pasco (lugar situado a catorce mil pies de altura, en los Andes del Perú central), salí un domingo con otros gringos a visitar algunas tumbas incaicas o preincaicas, para ver si podíamos encontrar algo de valor. Llevamos nuestro alimento y por supuesto algunas botellas de *pisco* y cerveza, y también un *peón*, un *cholo* para que no3 ayudara a cavar.

“Bien, después de almuerzo fuimos al cementerio, comenzando por abrir algunas tumbas que parecían intactas. Trabajamos duro y nos deteníamos de vez en cuando para tomar un trago. Yo no bebo, pero sí los otros, especialmente un tipo que vació demasiado *pisco* dentro del cuerpo y se estaba poniendo ruidoso. Cuando detuvimos el trabajo, lo único que habíamos encontrado era un jarro de loza de barro, de cerca de un litro de capacidad, y que contenía líquido.

“Creo que es *chicha*”, dijo el borrachín, “bebamos para ver qué clase de menjunje tomaban los incas.”

“Probablemente nos vamos a envenenar si lo hacemos”, observó el otro.

“De veras; probemos, entonces, en el *peón*.” Sacaron el sello de la boca del jarro, olieron el contenido y llamaron al *peón*.

“Tómame un trago de esta *chicha*”, ordenó el borracho. El *peón* cogió el jarro, vaciló y mientras una expresión de temor se extendía por su rostro, lo dejó en las manos del borracho y retrocedió.

“No, no, señor”, murmuró. “Eso no es *chicha*”. Volviéndose, arrancó lejos.

El borracho dejó el jarro sobre una roca ds superficie plana y comenzó a perseguirlo. “Vengan, niños, cojámoslo”, gritó. Capturaron al desgraciado, lo arrastraron de vuelta y le ordenaron beberse el contenido del jarro. El *peón* luchó locamente mientras los ojos ya se le salían de las órbitas. Hubo riña y el jarro fué volcado y se rompió. Su contenido formó un charco en la superficie de la piedra. El *peón* quedó libre y arrancó.

Todos rieron; era una gran broma. Pero el ejercicio les dio sed y volvieron al saco donde estaban las botellas de cerveza. Diez minutos más tarde me incliné sobre la roca y examiné por casualidad el charco del líquido desparpamado?. Ya no era líquido: todo el espacio donde había quedado y la roca bajo

El imperio se extendía en líneas generales desde Quito hasta Valparaíso, y hacia el oriente, hasta cubrir las colinas al pie de los Andes. Restos incaicos se encuentran en las selvas del Huallaga y del Marañón superior, y existe en Samaipata, Bolivia, un puesto de avanzada en que se prodigó mucha pericia arquitectónica (ver capítulo XV). Relata la tradición que el inca Yupanqui preparó un ejército para descender por el río Amarumayo —más tarde el Paucartambo y, ahora, el Madre de Dios— y atacar al “emperador de los musus”, pero fracasó en alcanzar su objetivo. En la parte más lejana de su expedición erigió dos fuertes de piedra para conmemorar el avance y éstos aún no han sido descubiertos por los exploradores. Aparentemente se retiró con sus tropas por Santa Cruz y Cochabamba, utilizando o construyendo como base la fortaleza de Samaipata. La tradición es plausible. La retirada siguió el natural y fácil lecho del río, entre los sistemas fluviales del Amazonas y del Paraguay. La lista de bajas en esta invasión fué probablemente bastante considerable como para entibiar cualquiera otra empresa en esa dirección. Pero el informe de ella y el tentador objetivo deben haber inspirado a Pizarro, que comisionó a su hermano para que realizara de nuevo el intento. Las tradiciones sobre este lugar, preservadas por las tribus caribes que estuvieron bajo el yugo tupi, condujeron a muchos exploradores del Orinoco, incluyendo a Sir Walter Raleigh, a buscar El Dorado, y tanto España como Portugal enviaron veintenas de expediciones privadas y oficiales.

Después de su viaje fluvial del Orinoco al Amazonas, Humboldt expresó la opinión de que “la historia de El Dorado semejaba a esos mitos de la antigüedad que, viajando de país en país, son adoptados sucesivamente en diferentes localidades”. Esto me recuerda a un barco de guerra de cierta república sudamericana que fué enviado a buscar la pequeña isla volcánica de Trinidad; falló en su intento e informó que la isla se había sumergido. La verdad es que El Dorado no se encontraba en la región norte del Amazonas, y la manera de descubrirlo no era viajando por los ríos.

Chile tiene una tradición de la ciudad de los cesares muy semejante a la del Gran Paitití. En esta historia, sin embargo, se dice que la ciudad, habitada por gente de una cultura superior, queda en un valle escondido en las altas cordilleras. Cuando me contaron la leyenda en el norte de Chile, el valle secreto quedaba situado hacia el sur, en la dirección del Aconcagua; cuando la oí en el sur, el valle se mencionaba como estando en alguna parte hacia el norte. La ciudad está pavimentada con plata y los edificios, techados con oro. Los habitantes llevan una existencia de aislamiento bienaventurado, bajo el mando benigno de un rey esclarecido; existe cierta propiedad mágica en el lugar, que lo hace visible sólo a

él estaban tan suaves como cemento húmedo. Parecía que la piedra se había fundido, como cera» bajo la influencia del calor.”

pocos exploradores elegidos, e invisible a todos los aventureros indeseables. Se dice que mucha gente, incluso en los tiempos modernos, ha salido a buscar la ciudad de los Césares, y jamás se ha vuelto a saber de ellos.

Mi propia opinión es que este lugar existe realmente. La tradición es antigua y me parece razonable suponer que en los tiempos de la pre conquista, la fama de la ciudad dorada del Cuzco —ciudad sagrada de los incas— puede haberse extendido hasta el sur por los chasquis o correos nativos, no perdiendo nada en la narración. Dentro del imperio incaico sólo se permitían los viajes oficiales; los siervos indios no se movían de un lugar a otro más de lo que lo hacían los siervos de la Inglaterra feudal. Las visitas de indígenas, de más allá de las fronteras del imperio, eran inimaginables, aún si los pretendidos visitantes hubiesen tenido tiempo suficiente fuera de su eterna lucha por la existencia. Ni tampoco los jefes de estas comunidades —donde todos trabajaban para el bien común— hubiesen permitido a los miembros de sus aldeas vagabundear solamente para satisfacer su curiosidad ociosa. Las historias contadas alrededor de la fogata nocturna por los chasquis habrán sido transformadas en cuentos impresionantes que, con el tiempo, se convirtieron en parte integrante de su folklore, y así se pudo formar la tradición de la maravillosa Ciudad de los Césares. Aun las mentes más imaginativas podrían exagerar apenas las maravillas del antiguo Cuzco, donde el inca, supremo dictador espiritual y temporal, conservaba una disciplina civil de severidad casi salvaje, pero con cuyos resultados se beneficiaba del pueblo sin lugar a dudas.

Es casi seguro que los indios citados tan frecuentemente en los primeros días del descubrimiento como “rubios como gente blanca”, no eran tupis o conectados con las tribus caribes que emulaban la apariencia de los tupis, porque se aseveró definitivamente que sus mujeres no tenían los cuerpos pintados ni tatuados.

Otra circunstancia que se agregaba a la general confusión etnológica es que las grandes tribus obligadas a emigrar hacia el occidente, como sucedía a menudo, eran incapaces de mantener juntos a todos sus miembros, debido al escaso alimento que se podía encontrar en las selvas o robar en los asaltos a comunidades más pequeñas. Las tribus se disociaban y continuaban separadas en diferentes direcciones. Esta es probablemente la causa de que el mismo nombre tribal se encuentre tan a menudo en áreas sumamente distantes. Los aruacs son sin duda el mismo pueblo llamado arawaks en las indias occidentales, y es significativo que una tribu llamada nahuas se pueda encontrar en el Amazonas.

La más desarrollada de estas tribus preservó los vestigios de una civilización superior; no eran salvajes, no más de lo que es actualmente. Tenían gobierno organizado; adoraban a un dios. Los tupis adoraban a Tupan, dios del trueno; los

tapuyas y los caribes adoraban al sol y a las serpientes. He hablado del himno al sol del amanecer, cantado con voz maravillosamente armoniosa por hombres de los maxubis. Las tribus más adelantadas levantaban casas bien construidas, alrededor de una plaza con un sistema sanitario que no sólo avergüenza cualquier aldea civilizada del interior en nuestros días, sino que también era muy superior al de Inglaterra hace un siglo.³¹ Eran monógamos y celebraban ceremonias matrimoniales, pero sólo a los jefes se les permitía tener más de una esposa. El matrimonio era la base de la vida familiar y los niños eran criados cuidadosamente, educándose para las vocaciones tribales. Los hijos respetaban profundamente a sus padres, veneraban a sus antecesores, a quienes conocían como *tamoin* y cultivaban la dignidad de su noble nacimiento. El hombre era *apgaúca*; la mujer, *cuntía*. La poliandria era desconocida y regía un estricto código de moral bajo pena de muerte. Había escasas enfermedades.

Las tribus menos avanzadas vivían en *aiupas*, refugios separados, construidos bastante y ubicados al capricho de cada cual. Eran considerados como salvajes por sus parientes más desarrollados. Sin embargo, como todas las tribus apuyas, aprendían y se adaptaban rápidamente a la civilización de los portugueses. Ambas, tanto las tribus mejores como las menos desarrolladas, tenían jefes de aldea, que debían responder ante un jefe supremo. También poseían nobles, que servían sólo como guerreros y los que se rebajarían haciendo algún trabajo manual. En realidad, hay razón para ver en la apariencia y costumbres de estos pueblos, ya sea la degeneración de una civilización superior, o los efectos ulteriores de una larga dominación por un poder altamente civilizado, que les fué quitado repentinamente. Muchas de las costumbres relacionadas con el tratamiento de la realeza mexicana e incaica pueden encontrarse también entre las tribus avanzadas.

En 1661, Fernando Díaz Paes penetró en las selvas del Paraná y descubrió, cerca de las colinas de Apucaraná, la poderosa tribu de los guayanaos. Esta nación estaba gobernada por tres reyes que vivían en palacios contiguos, y cada uno de ellos con una participación definida en jurisdicción. El rey principal era conocido como *Tombú* y distinguido por un “escudo de armas” sobre el pórtico de su palacio,

(1) ³¹ El lugar montañoso incaico de Machu-Picchu, construido en la cumbre de un pináculo rocoso sobre el río Urubamba, al norte del Cuzco, tenía agua corriente en cada casa. Una vertiente situada en el nivel más alto era encauzada a través de un conducto hasta la casa del inca y desde allí descendía a las casas del nivel siguiente. Seguía bajando hasta alcanzar el nivel más inferior, después de lo cual se vaciaba sobre el despeñadero y caía al río situado a dos mil pies más abajo. Como esta agua corriente puede haber conducido las materias fecales, el inca sería el único que la aprovechaba pura. Los demás —en descendiente orden de importancia— la recibirían en un estado de creciente contaminación, que alcanzaba su grado máximo al ser recibida por la gente humilde del nivel más inferior. Puedo estar equivocado; quizás las aguas servidas se disponían de otra manera y esta agua sólo se usaba para beber y bañarse.

consistente en tres guacamayos parados sobre una rama. Cuando uno de estos pájaros moría o se escapaba, era reemplazado inmediatamente y en la mente del pueblo existían muchas supersticiones sobre ellos. El rey supremo era maestro general de todas las ceremonias y aparecía en público sobre una silla, llevada sobre los hombros de los cuatro príncipes más importantes del reino. A su vista se postraban sus súbditos, besaban el suelo y permanecían en esa posición hasta que pasaba el cortejo majestuosamente.

El segundo rey se llamaba Sondá, y el tercero, Gravitay. Estos pueden haber sido más bien nombres genéricos que personales. Por algún dote de elocuencia o por su personalidad de gran atracción, Fernando Días Paes indujo a estos tres jefes a que lo acompañaran a Sao Paulo, con un gran séquito. Gravitay murió antes de partir y traspasó su autoridad a un general favorito. Esto hizo que los otros estuviesen más deseosos de emigrar y, finalmente, un gran ejército marchó hacia la ciudad, que en esa época era una colonia en crecimiento y cuartel general de todas las expediciones portuguesas al interior. Sondá murió en el camino y la tribu quedó enteramente bajo el mando de Tombú, que llegó a Sao Paulo con cinco mil vasallos de ambos sexos. Levantaron sus viviendas en las orillas del río Tiete, en un valle muy fértil, donde cultivaron maíz y otros productos para los mercados de la ciudad.

Tombú se desilusionó muy pronto de la civilización en general y de la cristiandad en particular, diciendo que la ley no era buena, ya que Dios fallaba en castigar a un infractor en el momento mismo de efectuar su crimen. Resistió tercamente al bautismo y practicó su propia religión y código de moral, aunque todos sus súbditos adoptaron la religión cristiana. Después de algunos años, Tombú enfermó, y en su lecho de muerte mandó buscar a Fernando Días Paes, expresándole su deseo de ser bautizado. Lo bautizaron con el nombre de Antonio, se le aplicó la extremaunción y —como recalca zalameramente el historiador— entregó su espíritu como piadoso cristiano. Tan pronto sucedió esto, la tribu entera dejó todo abandonado y se arrancó a la selva.

De acuerdo con nuestra historia convencional, Brasil fué descubierto el año 1500, por el navegante portugués Pedro Alvares Cabral, y visitado posteriormente, en el mismo año, por Vasco de Gama. Se enviaron expediciones ulteriores en 1501 y 1502, pero fue sólo en 1526 que partió una flota para establecer soberanía y comenzar la colonización. Esta colonia fué muy ayudada por nuestro antiguo amigo Diego Alvares, con cuya aventura se inició el primer capítulo, y en esto tuvo el apoyo de su esposa india, Paraguassu, cuyo nombre se dió más tarde al mayor de los ríos que desembocan en la bahía de Sao Salvador.

EXPLORACIÓN FAWCETT

El territorio del Brasil fué colocado por el gobierno portugués bajo la dirección de capitanes hereditarios, que prestaban juramento de adhesión a la corona y colonizaban el territorio a costa de ellos. Este sistema resultó deficiente y fué reemplazado en 1545 por la supervisión real. Francisco Pereira Continho, funcionario de la capitania de Bahía, naufragó en la isla de Itaparica, en la bahía, y él y sus compañeros fueron atrapados por los tupinambas y devorados. Lo mismo ocurrió al primer obispo que fué enviado desde Lisboa. Por estar disgustado con el gobernador de Bahía, él y sus numerosos compañeros determinaron llevar sus quejas ante *Dom Joao* III, pero naufragaron en la costa de Alagoas en su viaje de regreso y fueron comidos por los caníbales caetés.

Desde los primeros días de la colonia, la esclavitud sojuzgó a los indios y los portugueses asaltaban las tribus más cercanas para conseguir esclavos, con detalles de la más grande brutalidad. Una vez capturados, los desgraciados indios eran convertidos al cristianismo por los jesuitas y obligados a trabajar, explotando sus supersticiones. El gobierno formó entonces lo que se conocía como “tribunal de la conciencia”, el que decretaba que los colonos sólo podían mantener en la esclavitud a los indios capturados en correcta acción de guerra o a aquellos que se vendían o que eran vendidos. Esto condujo a evasiones y a abusos interminables.

Una vez que se alzaron obstáculos a la incontrolada esclavitud de los indios, comenzó el tráfico de esclavos negros de África y muchos negreros británicos, así como portugueses, se enriquecieron con esta trata de esclavos.

Es interesante anotar que los aymorés o botocudos que habitaban la línea costera desde Ilheos hasta Victoria, en Espírito Santo, fueron los principales enemigos de los colonos y aún hoy mantienen su independencia en las montañas y selvas entre ese estado y Minas Gerais.

En el año 1600, Bahía, la capital, ostentaba una población de dos mil blancos, cuatro mil negros esclavos y seis mil indios domesticados.

En 1763 la capital fué trasladada a Río de Janeiro. Río había estado en manos francesas desde 1555 hasta 1567, y en 1710 y 1711 los franceses hicieron otros intentos para capturar Brasil. Una flota enviada por los holandeses en 1630 tomó posesión de Pernambuco, y este lugar quedó en poder de Holanda durante treinta y un años. Brasil era una rica presa a los ojos de los países europeos y es notable que Portugal fuera capaz de mantener su posición contra los españoles, franceses y holandeses.

La época de las Bandeiras o Banderas duró de 1561 a 1700, y su función principal consistió en capturar indios para los mercados de esclavos. Las expediciones

fomentadas oficial o privadamente no cesaron por completo al terminar el siglo XVII; aún después de esta fecha, se formaron accidentalmente Bandeiras, a veces con el propósito de localizar minas, como fué aquella de 1753 encabezada por “Raposo”, que encontró la antigua ciudad.

Los aborígenes, privados de sus tierras y subyugados por tratamientos despiadados, en represalia, atacaron ferozmente a los colonizadores durante algunos años. Las medidas defensivas originaron, por parte de los colonos, activos intentos para exterminar sus enemigos para siempre, y los indios fueron masacrados al por mayor. Los mamelukes —indios atraídos a las redes de la civilización europea— fueron empleados intensamente para este propósito, servicio al que se opusieron vigorosamente los jesuitas. Fué la protección proporcionada por esta Orden a los indios la que despertó la ira del marqués de Pombal, bajo el reinado de José I, y fué ésta la causa principal que los expulsaran del Brasil en 1760. Después que partieron los jesuitas, continuó de nuevo la guerra contra los indios salvajes, con más actividad que nunca, pues los esclavos eran útiles; en realidad, un famoso escritor brasileño, Raymundo Pennafort, ha observado:

“El Brasil debe a sus pobres indígenas la conquista del país y la construcción de sus ciudades y aldeas; y también a ellos, el hecho de que en épocas pasadas fuera capaz de defenderse de los franceses, holandeses e ingleses, en pago de lo cual fueron tratados con crueldad y rudeza, confiscándoles sus posesiones y arrebatándoles todo vestigio de su herencia nacional. Los indígenas merecieron de los colonizadores más que el exterminio a acero y fuego y todos los otros medios que fué posible emplear contra ellos.”

Está estampado en las crónicas que un gobernador de Bahía, desesperando contrarrestar la hostilidad por las fuerzas de las armas, envió a nativos que sufrían de viruelas, para que vivieran entre los indígenas, y por este medio los exterminó, no por cientos, sino por miles y cientos de miles, un ejemplo terrible de la primitiva guerra bacteriológica.

Antes de condenar a los portugueses por sus brutalidades, debemos recordar que en esa época todas las naciones europeas con posesiones en ultramar estaban activamente entregadas al negocio de la esclavitud, y los británicos, mientras usaban negros africanos para los trabajos de las colonias en Norteamérica, llegaron hasta enviar prisioneros políticos de la Madre Patria a las aterradoras condiciones de esclavitud de las Indias occidentales. Después de todo, la esclavitud en las naciones anglosajonas no hace aún un siglo que se terminó, ¡y amparamos esto en la cúspide de nuestra pacata rectitud victoriana! Han dicho también autoridades dignas de fe que el esclavo doméstico de América Latina fué tratado mucho mejor que su

EXPLORACIÓN FAWCETT

compañero de Estados Unidos. No faltaban voces en Brasil que condenaban el sistema y muchos abogaron por un tratamiento bondadoso para los indios.

Es cierto que las luchas intertribales, implacables desde la guerra tupi-caribe, han diezgado a la población indígena tanto como las balas de los conquistadores europeos; pero el destructor más inhumano era y es la enfermedad contagiosa.

Las expediciones esclavizadoras de las Bandeiras cedieron el paso en 1693, casi enteramente, a la búsqueda de minerales, pero esto aún significaba guerra con los indígenas, a quienes se les disparaba tan pronto como se les veía; en muchos lugares aún ocurre lo mismo. Ellos, a su vez, no perdían oportunidad de matar a sus opresores. Después, pisándole los talones a la búsqueda de oro y diamantes, llegó la fiebre del caucho. Muchas tribus habían usado durante mucho tiempo el caucho en sus adornos y se acogió la idea haciendo uso de ella en Brasil, de la misma manera como se adoptó la costumbre india de la coca en Bolivia y Perú, y del tabaco en Norteamérica. El advenimiento del colector de caucho, el buscador de corteza de quinina y el de ipecacuana o poalha, irrumpió en el refugio de ríos y selvas intocadas hasta entonces y estimularon nuevas exploraciones. Todo esto hizo aún más difícil la vida de los indios. Morían por miles de resfriados comunes e influenza; aún hoy, en lugares donde el instinto mercantil de los pueblos de las selvas hace que se amontonen demasiado cerca de uno, sólo es necesario estornudar y la turba se dispersará.

Lo que ha ocurrido en Brasil, se repitió en Bolivia y en menor grado en Perú. En este último país, las tribus no eran tan vulnerables como las que habitaban las amplias pampas de Bolivia, porque la selva casi impenetrable que cubre todo el interior les proporcionó mayor protección. El padre Armentía, que más tarde fué obispo de La Paz, afirmaba que durante su residencia en el Caupolicán, desde 1870 hasta 1883, ¡no menos de sesenta mil vidas de indios fueron sacrificadas al caucho!

La gradual extinción del indio y su destierro como elemento independiente a reductos cada vez más estrechos continúan hasta nuestros días y han creado, incidentalmente, un problema de trabajo, al hacerse accesibles nuevas áreas para ser explotadas. En las regiones más accesibles, si no se ha extirpado totalmente al indio, ha sido llevado a la ruina por las misiones, perdiendo su independencia y desarrollando afición por la chacta o alcohol de caña de azúcar³².

(1) ³² Esto era cierto cuando se escribieron estas palabras en 1923, pero ahora hay un completo cambio de actitud en estos países. La inteligente política actual es reconquistar al indio por medio de la amistad y de la ayuda, dándole amplio reconocimiento de ciudadanía y dejándolo en el mismo nivel con los otros. Pasarán generaciones hasta que se eliminen la animosidad innata y la sospecha, pero esto se reconoce en una forma tolerante.

La más notable de las primeras expediciones peruanas a las selvas fué la de Gonzalo Pizarro en 1541. Hernando Pizarra se sintió atraído por los informes de Atahualpa sobre el imperio de Paitití, con los palacios y riquezas de Manoa, donde las selvas brillaban con el oro y se aromaban con el perfume de la vainilla. Existen algunas circunstancias de esta expedición, menos conocidas que la escueta historia contada por Prescott en su “Conquest of Perú”. Orellana, que fué el primero en atravesar el continente, dejó a Pizarro, para poder procurarse alimentos y siguió por las laderas del río, con un grupo bastante poderoso. Llegó a Omagua, donde un grupo de vanguardia había divisado canoas con muchos indios bien vestidos; estos salvajes, amistosos al principio, se volvieron hostiles y empezaron a desaparecer. Su ida descartó toda posibilidad de obtener víveres. El primer bote rústico se construyó aquí,

y la expedición continuó corriente abajo, a Aparia, donde se fabricó una embarcación más grande. La constante crueldad con los indios obligó a la población nativa a ocultarse y creó penalidades innecesarias. Medina dice que, antes de alcanzar el Solimoes, o principal río Amazonas³³, Orellana pretendió volver a encontrarse con Pizarro, pero se lo impidió la amenaza del hambre, y un río torrencioso les hizo difícil navegar contra la corriente. Ante la idea del regreso, se amotinaron sus setenta hombres y se vió obligado a continuar. El padre Carbajal ha escrito esta historia para nosotros. En Aparia algunas mujeres les ayudaron a construir la embarcación, pero más tarde se mostraron hostiles, debido, sin duda, al brutal tratamiento que recibieron de la canalla europea. Preguntaron a un indio amistoso el motivo de este cambio y les dijo que eran las amazonas, que vivían a siete días de viaje por las selvas.

Estas mujeres eran solteras, según contó el indio a los españoles, y habían estado muchas veces en su país. El conocía de nombre setenta de sus aldeas y aún existían muchas más. Sus casas eran de piedra, y las ciudades estaban unidas por buenos caminos, que en ciertos puntos se mantenían cerrados y con guardias, de manera que nadie podía entrar sin pagar peaje. De vez en cuando las mujeres se mezclaban con hombres. En esa época se juntaban en gran número para atacar a un gran monarca que vivía no lejos de allí; les raptaban a sus hombres, los llevaban hasta las aldeas amazónicas y, después de un tiempo, permitían que se fuesen, sin

(2) ³³ *Solimoes* era el nombre nativo del Amazonas. Es lo mismo que Solimán o Salomón y es sugestiva la tradición que cuenta que los buques de los reyes Salomón e Hiram de Tiro hacían viajes cada tres años a un destino secreto. Los nombres semíticos son más bien comunes en el valle del Amazonas y muchos de los caracteres, en conocidas inscripciones de las rocas, tienen más que una pequeña similitud con los fenicios.

dañarlos. Si las mujeres daban a luz niños hombres, éstos eran muertos, y si eran niñas, las criaban con gran cuidado y les enseñaban las artes de la guerra. Había una reina llamada Coñori; la región estaba llena de oro y plata, y todas las mujeres principales usaban vasijas de estos metales; las inferiores empleaban las de madera, excepto en el caso de tuestos para cocinar, que eran de arcilla.

La historia no debe ser desechada sumariamente. El indio paranatinga que la contó no pudo haberla inventado. Las amazonas, de acuerdo con el padre jesuita Gili, eran conocidas también como *aikeambenanas*, o “mujeres que viven solas”. Tales mujeres, llamadas también amazonas, fueron conocidas en Grecia, lo que es bastante curioso, como mujeres “sin seno”. Una tribu similar, que tenía la misma costumbre de cortarse un pecho, vivió una vez en Asiría. No se sabe dónde vivieron las amazonas de Sudamérica y su distrito aún no ha sido penetrado por el explorador.

La reunión de estos hechos y las sugestivas tradiciones atraerán, seguramente, el interés de los arqueólogos, persuadiéndolos de que en Brasil se puede encontrar mucho más de lo que comúnmente se supone.

No dudo en ningún momento de la existencia de estas viejas ciudades. ¿Cómo podría dudarlo? Yo mismo he visto parte de una de ellas, y lo que allí observé ha hecho imperativo mi regreso. Los restos parecen ser los de un puesto de avanzada de una de las ciudades más grandes. Estoy convencido de que podré descubrirla y también otras más, si se lleva a cabo una búsqueda correctamente organizada. Infortunadamente, no puedo inducir a los científicos a aceptar, aun la suposición, de que haya vestigios de una antigua civilización en Brasil. He viajado mucho por lugares no familiares a otros exploradores y los indios salvajes me han hablado una y otra vez de las construcciones, del carácter de su pueblo y de las extrañas cosas que hay más allá.

Un hecho es cierto. Entre el mundo exterior y los secretos de la antigua Sudamérica ha descendido un velo, y el explorador que ansíe descorrerlo debe estar preparado para enfrentar dificultades y peligros que pondrán a prueba su resistencia hasta un límite increíble. Hay probabilidades que no podrá pasar, pero si lo logra —si es lo suficientemente afortunado para atravesar la región de los salvajes y regresar vivo— estará en situación de ampliar inconmensurablemente nuestro conocimiento histórico.



Capítulo XXII

EL CONTINENTE MÁS OSCURO

SE HA DICHO QUE LA CIVILIZACIÓN del Brasil se debió más a la labor de los jesuitas que al gobierno. Lo mismo podría establecerse para Perú, que incluía a la actual Bolivia, aunque aquí también deben tomarse en cuenta los sacrificados trabajos de los franciscanos. Los sacerdotes jesuitas eran hábiles en minas, agricultura y ciencias y expertos en muchos negocios. Su excelente labor no debe opacarse con su infortunada interferencia en política local y con la riqueza que amasaron. Siempre fueron enemigos declarados de la esclavitud, pero apelando a las supersticiones de los indios, se procuraron para sí obra de mano tan barata, que, prácticamente, era lo mismo que esclavitud. Establecieron misiones en todo el valle del Amazonas, en el Tapajoz, en el Araguaya, en el Tocantins y en el Guaporé, y entre los Parecis de Matto Grosso, como también en toda la parte sur del continente, más allá del trópico de Capricornio. Una cadena de misiones se extendía desde Inquisivi, en Bolivia, bajando por el río Bopi, hasta el este, para llegar a Santa Rosa, en la provincia de Santa Cruz. Allí donde no llegaron los jesuitas, lo hicieron los franciscanos.

Cada una de las treinta y ocho misiones jesuitas en Bolivia trabajaba en minas de oro. Elegían lugares adyacentes a los ríos y no molestaban a los indios, que vivían a

cierta distancia de las orillas. Es cuestión de opinión decir si los indios que quedaron bajo su influencia sacaron o no provecho de haber sido “civilizados”. Yo dudo de que los indios piensen que obtuvieron alguna ventaja.

Las Bandeiras en el extremo norte del Brasil, particularmente en Parahyba y Sergipe, no sólo estaban constituidas por tropas de la guarnición de los fuertes, sino también de misioneros que pacificaban a los indios, persuadiéndolos para que hostilizaran a las bandas de franceses, holandeses e ingleses, que se estaban interesando en el continente que ellos habían ignorado, hasta que fué demasiado tarde. De esta manera se colonizó la orilla oriental del río San Francisco, y así también lo fueron las selvas de Bahía y Minas Gerais. A menudo las aldeas indias se convertían en centros misioneros, pero donde no había minerales u otras fuentes de ganancia, los misioneros abandonaban a los indios.

No fué hasta el último cuarto del siglo XVI, que los misioneros atravesaron las selvas al oriente del Perú, siguiendo por el río Ucayali y entrando al Caupolicán, de lo que ahora es la actual Bolivia. A excepción de la desgraciada expedición de Gonzalo Pizarro, en 1541, la exploración organizada de las selvas sólo comenzó en 1560, y aún entonces fué realizada en forma esporádica y con escasos resultados. Las condiciones en las selvas, bajo las colinas al pie de los Andes, eran totalmente diferentes a las encontradas por los portugueses en la región baja y más populosa de la costa Atlántica. Como dice el historiador:

“Fácil como fué conquistar el imperio de los Incas, no lo era en cuanto a la región oriental de los Andes (conocida generalmente con el nombre de La Montaña), debido a las impenetrables selvas que cubrían su superficie. Allí estos hombres de acero tuvieron que luchar contra obstáculos tales como una espesura casi infranqueable, ayudados a veces por seres humanos tan bárbaros como la naturaleza misma. Ríos amplios y rápidos; torrentes capaces de destruir todo lo que les opusiera resistencia; hambrientas bestias salvajes; reptiles gigantes y venenosos; insectos no menos peligrosos y más molestos que los reptiles; montañas inaccesibles, en cuyas laderas cada paso podía ser mortal, ya por despeñarse en un precipicio, ya por ser mordido por una serpiente ponzoñosa o por uno de los millones de hormigas igualmente venenosas, si se cogían de alguna planta para evitar una caída; selvas ilimitadas, inmensas lagunas, pantanos; lluvias torrenciales, inundaciones de enorme extensión; constante humedad y consecuentemente fiebres que atacan a un hombre en mil formas diversas y pústulas penosas y peligrosas. A todo esto, debe agregarse una falta absoluta de alimento. Pero aun estas circunstancias tan adversas no pudieron detener a hombres tan audaces”.

En un aspecto importante, exagera el historiador. Entre Cuzco y el sur del Perú había cuatro sendas reconocidas, construidas por los incas con propósitos militares. Por ellas, estrechas y difíciles como eran, los primeros conquistadores franquearon la cordillera y descendieron a las selvas, con gran séquito de cabalgaduras y animales de carga. En la provincia Caupolicán, de Bolivia, había un camino pavimentado de diez pies de ancho, hoy día cubierto por la maleza, que conducía desde Carabaya a la margen del Beni, en las planicies de Mojos. En los planos de Polopampa —como se llamaba entonces a Apolobamba— viajar era fácil, pero antes y tras ellos, los senderos deben haber sido estrechos, adecuados para un indio a pie, pero extraordinariamente difíciles para los animales. Aun hoy las sendas andinas, por mejoradas que estén, son más apropiadas para peatones y muías ágiles solamente, y siempre se corre un riesgo considerable. A excepción de los caminos, el historiador no exagera en su narración, y las selvas han cambiado muy poco en cuatrocientos años.

Entusiasmado con el relato de un indio esclavo, sobre las riquezas del reino de Ambaya, Hernando Pizarro envió a Pedro de Candía, en el año 1535, en la que fuera primera expedición a la selva. La siguiente fué la de Pedro Auzures, quien, en 1539, entró por el camino de Camata con considerable caballería, se lanzó contra los maquires en las planicies de Mojos y perdió a casi la totalidad de sus hombres, antes de emprender la retirada al Altiplano, por Cochabamba.

Estos esfuerzos fueron seguidos por innumerables intentos de descubrir el reino de los musus, el que, bajo los distintos nombres de Amabaya, Paitití, Emín o Candiré, continuaba despertando la codicia de los españoles con la fama de sus riquezas. Aunque los aventureros fracasaron en ganar fabulosas riquezas, encontrando solamente desastres, como resultado de esas expediciones se establecieron misiones y se ganó algún conocimiento geográfico del interior del Perú. En 1654, fray Tomás Chavez hizo revivir el agonizante entusiasmo, al contar que había sido transportado desde Mojos por indios que lo llevaron en una hamaca durante treinta días, seguidos por doce días de viaje en canoa, y luego veintiún días por tierra, hasta Paitití, hasta donde había alcanzado la fama de su conocimiento médico, llegando a oídos del emperador de los musus. ¡El aseguró que estaba mucho más poblado y era más rico en oro que el Perú y todas las Indias!

Historias similares de sus maravillas fueron contadas en 1630 por un portugués llamado Pedro Bohorques, y en 1638, por una persona desconocida llamada Gil Negrete: “En la provincia de Paitití hay minas de oro y plata y gran provisión de ámbar”, dijeron. Puede ser que estos hombres sólo trataran de satisfacer su vanidad, ostentando como conocimiento personal las historias escuchadas a los indios.

Sin embargo, por mucho que la fantasía haya adornado los cuentos, siempre queda el hecho de que la legendaria existencia del resto altamente civilizado de un pueblo antiguo, persistió entre los indígenas del continente. Estas tradiciones pueden escucharse aún hoy de los indios de los más remotos lugares, visitados rara vez por un hombre blanco. Hay una pasmosa semejanza en los relatos, lo que hace razonable suponer que existe en ellos una base de verdad. En 1679 el gobierno español protestó oficialmente contra la dilapidación de tanto dinero en un objetivo que, desde la época de Pizarro, había sido buscado por diecisiete expediciones, sin contar aquellas equipadas por iniciativa privada; pero se necesitaban tiempo y fracaso constante para perder la fe en la historia, ya que, entre tanto, era un potente aliciente en la exploración de la cuenca del Amazonas.

La exploración del río Madeira por los portugueses comenzó en 1616, y la del Guaporé, en 1760. Estos se juntaron con los límites de la penetración española y las dos naciones acordaron una demarcación de las esferas de sus respectivas influencias. Para preservar los intereses portugueses y para proteger una guarnición de los ataques de los araras, pacaraguas y otras tribus hostiles que pululaban en las abiertas selvas de esta sección, se construyó en 1783 el fuerte Príncipe de Beira, cerca de la confluencia de los ríos Guaporé y Mamoré. Aún permanece intacto y se habla de re ocuparlo.

Mientras los aventureros buscaban el huidizo El Dorado, los colonos del Perú, con una mente más práctica, sacaban ventaja de la abundante mano de obra esclava, para trabajar los ricos lavaderos de oro de Carabaya y del Altiplano, y las numerosas minas que proporcionaban a los incas la mayor parte de su tesoro. Las montañas de Potosí, inmensamente ricas en plata, atraían a muchos, y se dice que en un solo siglo, el Quinto Real ascendió a cien millones de libras esterlinas en plata. En Puno, en el lago Titicaca, se trabajaban también ricas minas de plata. Tan abundante era el metal, que, incluso, los indios poseían vajillas hechas de plata, y resultaba más barata que el hierro para las herraduras de los caballos³⁴. Lima, la capital de las posesiones en el Nuevo Mundo de su muy católica majestad, era fabulosamente rica a fines del siglo XVIII:

³⁴ ¡Pero no tan buena! Durante la Segunda Guerra Mundial le incumbió a Brian Fawcett, en ese entonces ingeniero de locomotoras en el Perú, buscar un sustituto del estaño, escaso porque todos los stocks habían sido enviados por barco a EE. UU. Se hicieron pruebas con plata —no como sustituto, sino para comprobar su valor industrial—, llegándose a la conclusión de que si se veía hermosa en bandejas y platos, e incluso en la popular costumbre local de bacinicas, no tenía ningún valor en el campo de la ingeniería de ferrocarriles. Una lástima, porque había mucho de este metal.

EXPLORACIÓN FAWCETT

“...Para dar alguna idea de la riqueza de esa ciudad, puede bastar el relato de los tesoros que expusieron allí los comerciantes, cerca del año 1682, cuando el duque de La Plata (Marqués de la Palata) hizo su entrada como virrey. Hicieron pavimentar las calles llamadas de la Merced y de los Mecadores (Mercaderes), que se extendían por dos de los barrios (por donde tenía que pasar el marqués para llegar a la Plaza Real, donde estaba el palacio), con lingotes de plata que habían pagado el Quinto al rey; generalmente pesaban doscientos marcos de ocho onzas cada uno, entre doce y quince pulgadas de largo, cuatro a cinco de ancho y dos o tres de espesor. Todo alcanzaba a la suma de ochenta millones de coronas.”

El inmenso tesoro de los incas, saqueado en Cuzco y en todas partes, y la enorme producción de las minas bajo el trabajo esclavizado crearon los bucaneros del Pacífico. Ni en tiempo de las guerras de la Independencia, cuando fué sacudido el yugo español, en la tercera década del siglo XIX, la costa del Pacífico estuvo libre de los bergantines semipiratas, designados ofensivamente como “carnavales” disfrazados como barcos respetables, bajo patente de corsos, o bien, que ni pretendían ocultar sus intenciones. La gente de esos países no se hacía ilusiones acerca de los aventureros; había sufrido con demasiada frecuencia en el pasado bajo navegantes como Drake, Spilberg, Jacobo El Ermitaño, Bartolomeo Sharp y Dampier. Aun nuestro venerado Lord Anson está clasificado por ellos como un simple pirata. Es interesante observar que la última Armada o flota del tesoro dejó el puerto peruano de Callao en 1739, en viaje al Istmo de Panamá, donde el tesoro sería llevado por tierra para volver a embarcarlo en el lado Atlántico. El viaje de Anson por las costas del Pacífico atemorizó a los buques del tesoro, que huyeron al río Guayas, y hacia arriba hasta llegar a Guayaquil, donde permanecieron tres años antes de regresar a Callao con el metal precioso aún a bordo.

Eran tan ricas las minas de oro de más allá de las Cordilleras que nadie se molestaba en extraer el metal por otro método que no fuera el primitivo. Se ignoraba el oro puro. De 1780 a 1781, durante el levantamiento indio encabezado por José Gabriel Condorcanqui —Tupac Amaru—, todo español y empleado al oriente de los Andes fué masacrado, las sendas destruidas y cada posible huella de las minas fué ocultada. En los archivos se encuentran registrados los nombres y producción de estas minas, de las cuales pocas han sido vueltas a descubrir. Los indios deben conocer sus paraderos, pero nada los hará hablar, pues en sus corazones abrigan la esperanza de que un día volverá el inca, para reclamar su tesoro oculto y sus ruinas, cuando haya desaparecido el último vestigio del gobierno español en el continente.

En poder de los conquistadores, la suerte de los indios fué de mal en peor. Con el sistema de Repartimientos, se convertían en esclavos que se vendían junto con las tierras en que vivían. El sistema de peonaje los dejaba poco mejor, aunque, libres

nominalmente, siempre pasaban a otras manos con las tierras. Pero los aimaraes de Bolivia son de pasta distinta a los dóciles quechuas; son más independientes y aun caminan con aire feroz. No es prudente penetrar sin su consentimiento, a algunas de las aldeas aimaraes al este del lago Titicaca. Actualmente hay 800.000 indios en Bolivia y 700.000 cholos (mezcla de indios y sangre española), y el mismo número de blancos, y el gobierno los mira con todo respeto. El aimará de las montañas es en sentido físico más bien un hombre guapo. Aún bajo los harapos y la humildad de los quechuas hay un fuego latente, y, a pesar de su celo aparente por la Iglesia Católica, conserva sus antiguas ceremonias, realizándolas en secreto en la lejanía de las montañas. El hermoso emblema del sol siempre significa más para ellos que la hipocresía de los sacerdotes y las imágenes sanguinarias en las iglesias de adobe. No todos los sacerdotes son hipócritas, pues, mientras muchos de los que se encuentran en aldeas apartadas son mestizos, ignorantes y aún indios, codiciosos y depravados, también hay hombres de tipo superior, especialmente entre los miembros de la misión francesa y los viriles y abnegados franciscanos.

Con la supresión de los jesuítas en 1760, el estado legal del indio en Brasil fué el de un animal y se le cazaba por el valor de su trabajo. La importación de un gran número de esclavos negros y la adquisición de un creciente ejército de indios produjeron un número extraordinario de mestizos. Lo mismo ocurría en el lado occidental del continente. Los colonos portugueses y españoles de la mejor sangre se mezclaron libremente con ambos, y el negro, a su vez, se mezcló con las diferentes tribus de indígenas civilizados. Se creó un problema social muy difícil cuando se abolió la esclavitud y los mestizos quedaron en un mismo nivel con la población libre.

Brasil de ningún modo es homogéneo, excepto en su intenso patriotismo. El negro no es mirado como igual por los blancos, y aunque haya libertad y cierta camaradería entre todas las clases, debajo de la superficie hay tanta distinción de casta, como en cualquier otra parte del mundo. Se tolera la sangre india y en algunos casos es considerada como motivo de orgullo, tal como ocurre en EE. UU. El resultado es curioso e interesante. Cada mujer negra es tan consciente de la barrera que le crea su color, que no ahorra artificios para disfrazarlo, y cuando puede se une a alguno de tez más clara que ella misma. Esto y las preferencias selectivas de las clases acomodadas están desplazando al negro, aunque conserva su valiosa inmunidad contra las enfermedades tropicales. Cada vez acuden más europeos al país, se casan allí, y tienen —especialmente en las clases altas— niños muy hermosos. Finalmente, crearán una raza hermosa y vigorosa, libre de las inherentes debilidades de las naciones sin mezcla.

En el siglo XVII, Brasil sufrió mucho a causa de comunidades independientes y sin ley, formadas por esclavos negros fugitivos, a quienes se juntaron mujeres de su

propia raza o que obtuvieron invadiendo tribus indias. Estas comunidades destruyeron poblaciones y estancias, y fueron culpables de atrocidades inhumanas, porque, bajo la influencia del licor, conocido como pinga, el negro, y especialmente el mestizo negro-indio, se transforma en un animal salvaje.

No hace muchos años, en el distrito Lengois de Bahía, un inglés fué lo bastante torpe como para golpear a uno de los caboclos o mestizos por alguna ofensa trivial. El hombre no dijo nada, pero fué a su cabaña y afiló la taca o estilete de hoja triangular, con la cual, sin vacilar, vengán los insultos. Abiertamente dió a conocer la intención de acuchillar a su patrao —y lo hizo—, sin que ni siquiera lo detuviese la perspectiva de treinta años de prisión. ¡Lo habían golpeado y había que vengarse!

Aunque muchos miles de negros viven en Bolivia y en Perú, forman un elemento insignificante de la población. Porque en estas repúblicas la mayor parte de los mestizos son el producto de europeos e indios, aunque es difícil decir dónde cesa la sangre negra. Estos mestizos son capaces de entregarse a excesos aún peores que los indios de pura sangre si beben el enloquecedor alcohol de caña, llamado chacta, en Perú; kachasa, en Bolivia, y pinga, en Brasil.

Excepto en las capitales y en las grandes ciudades — donde el elemento cosmopolita produce un general apartamiento—, no existe una sola vivienda o aldea, por pobre que sea, que no dispense la hospitalidad que yo encontré tan a menudo en mis viajes por el interior. Este es particularmente el caso del Brasil, donde se puede contar con la hospitalidad siempre que uno observe las reglas comunes de cortesía. Ningún pueblo tiene menos prejuicios raciales, o es de disposición más bondadosa con respecto al extranjero. Tanto el portugués como el español dan gran importancia a la etiqueta, y para el extranjero es conveniente saber su idioma. Algunos dicen que estos idiomas son fáciles de aprender; adquirir una conversación superficial de primeras letras puede que no sea difícil, pero no es suficiente. Ni tampoco lo es para alcanzar el punto de comprender la conversación de un campesino. El nivel necesario reside en la habilidad de contar un buen chiste, hacer observaciones ingeniosas y discutir sobre filosofía y arte. ¿Cuántos extranjeros se toman la molestia de alcanzar este objetivo? El acento y los dichos populares, que adquiere tan fácilmente el niño, pueden estar más allá de las probabilidades del adulto, pero en Sudamérica no se toman en cuenta estos dos últimos aspectos, e incluso se perdonan las faltas gramaticales, siempre que la conversación sea amena e inteligente. La conversación es el hálito vital para ellos, y quince minutos de charla con un peón sobre Platón o Aristóteles hacen mucho más, por la mutua estimación, que años de buenas intenciones sin la habilidad de expresarlas. Es siempre fuente de sorpresa para los americanos y los europeos el descubrir cuán profunda puede ser, incluso, la

EXPLORACIÓN FAWCETT

conversación del más humilde sudamericano³⁵. Otras veces, como ocurre en todas partes, la conversación de los elevados y de los humildes resulta ser desastrosamente ignorante sobre materias elementales, como veremos en un momento más.

Lo que más incomoda a la gente es cualquiera demostración de superioridad. ¿Quién puede censurarlos por esto? Es difícil mantener la cara seria cuando una dama educada pregunta, como me sucedió a mí en cierta ocasión en Bolivia:

— ¿Llegó el señor de Inglaterra en una canoa o en lomo de mula?

—No, señora —respondí—. Llegué en un barco que traía alrededor de mil personas.

— ¡Oh! —Exclamó ella—. ¿Y no había peligro de los rápidos y corrientes?

Un dignatario de San Ignacio, Bolivia, al saber el desastre del “Titanic”, me dijo, basándose en sus experiencias fluviales:

—Cielos, hombre. ¿Por qué no se mantuvieron cerca de la ribera? Es mucho más seguro. ¡Esas grandes canoas son siempre peligrosas cuando van por el medio de la corriente!

Un caballero de la misma localidad sentía gran orgullo de poseer una horrible óleo litografía representando una tormenta, un faro y un fantástico mar embravecido. Frecuentemente le preguntaban si era la cachuela “Esperanza”, rápido muy conocido en el Beni.

Una vez que indagué al administrador de correos de una ciudad provinciana de Perú sobre el precio del franqueo a Inglaterra, él tomó el sobre, lo dió vueltas, examinándolo con U mayor atención, y preguntó finalmente:

—¿Dónde está Inglaterra?

Le informé lo mejor que pude.

—Nunca había oído nombrarla —dijo.

Se lo expliqué con más detalles y por distintos medios. Finalmente se hizo la luz.

—Ah, usted quiere decir Londres. ¿Inglaterra está en Londres entonces? ¿Por

³⁵ Puedo certificar que esto no es exageración. El mayor error que puede cometer un extranjero en estos países es vivir siempre ocupado, sin jamás tomarse el tiempo para charlas con los trabajadores que están bajo su autoridad. Yo aprendí a conversar con ellos, porque me gustaban y mi recompensa fué una colección valiosa de leyendas, cuentos y conocimientos, sin tomar en cuenta el placer derivado de la conversación. Fuera de la necesidad de aprender el idioma vernáculo, conviene acentuar la importancia de la lectura en idioma extranjero, la habilidad de escribirlo, ¡porque tarde o temprano será necesario hacer un discurso en ese idioma!

qué no me lo dijo al comienzo, señor?

Parece sin duda de una ignorancia supina, pero qué decir de la dama de sociedad en Londres que preguntaba si Bolivia era “uno de esos horridos y pequeños estados balcánicos”. Otra dama con título, que actualmente tiene gran figuración en política, me preguntaba con toda seriedad si la gente en Buenos Aires era civilizada y usaba vestidos. Al parecer, ella se imaginaba que los habitantes de una de las más hermosas ciudades del mundo eran indios salvajes y quizás de vez en cuando, un gaucho armado hasta los dientes galopaba por calles sin pavimentar, laceando animales indómitos. Incluso un funcionario erró lamentablemente, cuando, en 1924, mi hijo menor le solicitó un pasaporte, pues preguntó si Perú estaba en Chile o en Brasil.

Muchas partes del interior, en todos estos países, están aisladas del mundo por semanas de atroces viajes en muía, y en consecuencia, no se pueden evitar los casamientos entre parientes y la superstición. Por ejemplo, en San Ignacio, cuando la gente se enferma, se cubre la boca, nariz y orejas de modo que no pueda escapar el espíritu. Casi en todas partes se tiene más fe en el poder milagroso de las imágenes de cera que en las costosas medicinas. Hay aldeas en que el cruzamiento efectuado exclusivamente entre sus miembros ha conducido a gran escasez de hombres, pero es interesante observar que con esto las mujeres parecen haber mejorado en el físico. ¡Los hombres de afuera que visiten estos lugares tienen que andarse con cuidado, porque aquí no existe el pudor femenino!

Muchos extranjeros consideran al indio como un animal incapaz de cualquier sentimiento que no sea instinto. Aún después de cuatro siglos de profunda degradación y cruel tratamiento como siervos, he encontrado que responden prestamente a la bondad y sé que están altamente capacitados para educarse. Hay indios que se han enriquecido y transformado en importantes figuras nacionales. Han comenzado como peones y, pese a los obstáculos casi infranqueables, se han elevado hasta transformarse en dueños de tierras, minas, ranchos y negocios. He encontrado a tales hombres en el curso de mi peregrinaje; en los países que habitan, la tributación directa casi no existe; la tributación indirecta es lenta y la libertad personal está limitada por una sobre legislación.

La maldición del indio es la kachasa —que demasiado a menudo es el único medio para olvidar su servidumbre sin esperanza— y puede obtenerla a crédito. El indio no es el único que bebe hasta la inconsciencia, prácticamente todos en el interior, incluyendo a los europeos, siguen su ejemplo. Envilece a un hombre física y moralmente y es responsable del noventa por ciento de los crímenes que se cometen. No los estoy censurando y estoy seguro de que no mencionaré dogmas abstinentes. ¡Muchas personas destinadas a vivir bajo condiciones similares preferirían el

suicidio!

Espero que estos capítulos hayan puesto en claro lo que yo busco y por qué. Los fracasos, los engaños han sido amargos, pero, sin embargo, ha habido algún avance. Si tuviese aún a Costin y Manley como compañeros, es posible que en lugar de escribir un manuscrito incompleto, estaría entregando ahora al mundo la historia del más estupendo descubrimiento de los tiempos modernos.

También ha habido desilusión. Después de la expedición al Gongugy, dudé por un tiempo de la existencia de las antiguas ciudades, pero después vi ante mis ojos las ruinas que probaban la verdad de una parte de los informes. Aún queda la posibilidad que “Z” —mi objetivo principal—, con su remanente de habitantes, pueda resultar la ciudad de la selva descubierta por la bandeira de 1753. No está en el río Xingú ni en el Matto Grosso. Si alguna vez llegamos hasta allá, nos demoraremos un tiempo considerable; un viaje sin éxito, sí que sería rápido.

Nuestra ruta comenzará en el campamento del Caballo Muerto, a 11° 43' sur y 54° 35' occidente, donde murió mi caballo en 1921, al noroeste del Xingú, visitando en nuestro camino una antigua torre de piedra, que es el terror de los indios vecinos, pues de noche sale luz de su puerta y ventanas. Más allá del Xingú nos adentraremos en las selvas, a un punto entre este río y el Araguaya, y después seguiremos el lecho del río hacia el norte a 9° ó 10° latitud sur. En seguida, nos encaminaremos hacia Santa María do Araguaya y desde allí cruzaremos, por una huella existente, al río Tocantins, en Porto Nacional o “Pedro Afonso”. Nuestro camino quedará entre la latitud 10° 30' y 11° hasta el terreno alto, entre los estados de Goyaz y Bahía, región totalmente desconocida y que se dice estar habitada por salvajes; allí espero encontrar algunos vestigios de las ciudades habitadas. Las montañas allí son muy altas. Seguiremos entonces las montañas entre Bahía y Piahy al río Sao Francisco, cruzándolo en alguna parte cerca de Chi- que-Chique, y, si estamos en condiciones de hacerlo, visitaremos la vieja ciudad abandonada (la de 1753) que queda aproximadamente a 11° 30' sur y 42° 30' oeste, completando así las investigaciones y saliendo a un punto desde donde el ferrocarril nos llevará a la ciudad de Bahía³⁶.

³⁶ Esta es la ruta que mi padre proyectó seguir en 1925. Los expertos en el Brasil sostienen que es imposible hacerlo y, ya que jamás regresó, deben tener razón. La región donde él creyó que estaba “Z” ha sido sobrevolada regularmente en años recientes por líneas aéreas del país y no se ha informado de ningún vestigio de ciudad antigua. Aún más, esta parte del país no es desconocida y apenas puedo creer que estaba inexplorada en la época en que él escribió esto. Es cierto que se han encontrado ruinas de edad incalculable en sus cercanías —en las fronteras de los estados de Goyaz y Bahía—, pero ninguna ciudad. Pero por más de un siglo se ha conocido una en el estado de Piahy, llamada “Sete Cidades” por sus siete ciudadelas. He investigado personalmente las orientaciones que da para la ciudad de 1753 y puedo asegurar autorizada-mente que no se encuentra allí.

He conversado con un francés que por varios años se ocupó en catear las legendarias minas de plata asociadas indirectamente con la ciudad abandonada (porque cuando se buscaban estas Minas Perdidas de Muribeca, la descubrieron los *bandeirantes* de 1753). El sostiene haber estado en toda la región que yo me propongo visitar y afirma que está poblada por colonos civilizados en todas las partes en que hay agua —que no hay selva verdadera en esa área— y que allí no pueden existir ruinas. Asegura que descubrió una formación peculiar de piedra arenisca, gastada por el tiempo, la cual a la distancia se asemeja mucho a antiguas ruinas. Cree que eso fué lo que vieron los *bandeirantes* de 1753, inventando el resto de su cuento, siguiendo la moda de esos días. Cuando le hablé de las inscripciones anotadas (él no había visto ni oído hablar del documento dejado por “Raposo”), no me respondió, y en todo caso varios puntos esenciales no concuerdan con sus argumentos. Las inscripciones en las rúinas y las “ratas saltadoras” (jerboas) no pueden seguramente haber sido una mera invención.

Francamente tengo poca confianza en el francés. Haber recorrido *totalmente* tal región es apenas posible; hay áreas arenosas desprovistas de agua, farallones interrumpen el paso. Aun un solo valle puede permanecer oculto por siglos, porque la exploración no ha sido llevada a cabo sistemáticamente, aunque el cebo de los diamantes en esta región ha hecho que en el pasado se descubrieran los lugares seguros y accesibles. Mi impresión es que existe un área interior rodeada por una faja sin agua, que ha descorazonado las expediciones. El francés tenía un aliento alcohólico y no considero que se pueda confiar plenamente en los bebedores. Se me dijo también que nunca se había alejado por más de dos o tres semanas, período demasiado corto para una investigación prolongada³⁷.

El último cónsul británico en Río, el coronel O’Sullivan Beare, caballero de cuya palabra ni siquiera sueño en dudar, dió, tan aproximadamente como lo permitían los espantosamente inexactos mapas de la región, la ubicación de la ciudad en ruinas, a la cual fué llevado por un caboclo, en 1913 (mencionado en el capítulo I). Nunca cruzó el Sao Francisco —su ciudad estaba situada bien al oriente de este— a doce días de viaje desde Bahía. Durante siglos el Sao Francisco ha estado asociado con leyendas de indios blancos, y es posible que los dos blancos vestidos, vistos por la vanguardia de “Raposo”, estuviesen en alguna parte, entre la desembocadura del río Grande y Chique-Chique. Desde entonces, la civilización usurpadora los puede haber mantenido en su valle, más allá de la zona seca.

Se pueden encontrar cosas curiosas entre el Xingú y el Araguaya, pero a veces

³⁷ Sin embargo, después de lo que he visto con mis propios ojos, creo que el francés tenía razón. He oído mucho en Bahía sobre los viajes de este francés y él realmente penetró en regiones desconocidas del estado.

dudo si podré soportar este viaje. Estoy envejeciendo demasiado para llevar sobre mis espaldas lo menos cuarenta libras, durante meses³⁸, y una expedición más grande costaría demasiado dinero y correría riesgos mayores. Además, todos los hombres que vayan *deben* ser elegidos, y probablemente sólo hay uno entre mil que sea adecuado para la aventura.

Si el viaje no tiene éxito, mi trabajo en Sudamérica terminará en un fracaso, porque ya no podré hacer nada más. Inevitablemente, seré desacreditado como un visionario y difamado como uno que sólo ha tenido en cuenta el enriquecimiento personal. ¿Quién comprenderá jamás que no deseo glorias ni dinero, que lo hago sin sueldo, con la esperanza de que su beneficio a la humanidad justificará los años perdidos en la búsqueda? Estos últimos años han sido los más miserables y desengañosos de mi vida; llenos de ansiedad y de inseguridad, de urgencias económicas, con intrigas por bajo cuerda y traiciones sin reserva. He sacrificado a mi esposa y a mis hijos, les he negado muchos de los beneficios de que hubiesen podido disfrutar, si yo hubiese seguido en los caminos ordinarios de la vida. De veinticuatro años de matrimonio, sólo diez hemos pasado juntos. Fuera de los cuatro años de la Guerra Mundial, he estado diez en la selva, aunque mi esposa jamás se ha quejado. Al contrario, su ayuda práctica y su constante aliento han sido grandes factores de los éxitos ganados, y si venzo al final, el triunfo se deberá en gran parte a ella.

³⁸ Tenía 57 años cuando escribió estas palabras, en 1924.

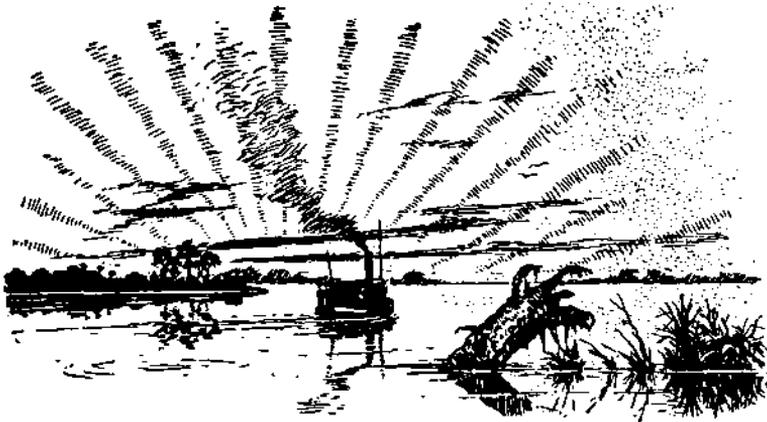
EPILOGO

por

Brian Fawcett.

¿He nombrado un solo río? ¿He reclamado siquiera un acre? ¿He guardado tan sólo una pepita de oro? ¡No, yo no!

Pues mi recompensa la recibí diez veces y con creces de mi Hacedor Pero vosotros no comprenderíais esto. Proseguid y tomad posesión.*



CAPITULO I

A TRAVES DEL VELO

En 1924 PARECÍA QUE LOS FON- dos para la última expedición nunca llegarían. Los desengaños seguían a los desengañados, mientras que siempre, fuera del alcance, estaba la resplandeciente imagen del gran objetivo: las antiguas ciudades del Brasil. Los fondos eran escasos —tan escasos que resultaba una incógnita cómo la familia podía subsistir, aún en forma modesta—, pero era necesario mantener una actitud de expectativa y estar siempre listo para partir en el momento que se indicara.

Ya desde su regreso a Inglaterra, en 1921, la impaciencia de mi padre por partir en este último viaje lo estaba consumiendo, con fuerza siempre creciente. De reticente se transformó casi en áspero, aunque también había épocas en que hacía a un lado este manto gris y volvía a ser el alegre compañero para nosotros, los niños. Nosotros —es decir mi madre, mi hermano, mi hermana menor y yo—, que en 1920 partimos a Jamaica para no regresar jamás a Inglaterra, como pensábamos, tuvimos que volver después de dos años. La desilusión apresuró nuestra partida de Jamaica. La isla no era, como habíamos imaginado en forma optimista, semejante a Ceylán; las condiciones de vida se tornaban difíciles para la minoría blanca y los niveles educacionales eran muy pobres, de manera que hubo un nuevo frenesí de empaquetar y un éxodo a California, que durante muchos años había sido una especie de Meca soñada. Varias razones, no siendo la última de ellas el alto costo de la vida, obligaron nuestra partida de Los Ángeles; después de sólo un año, en septiembre de 1921, arribamos a Plymouth, donde un mes más tarde nos encontramos con mi padre a su llegada de Brasil.

Arrendamos por un tiempo una casa en Exeter, y después nos cambiamos a un lugar medio ruinoso pero amplio, en Stoke Canon, en la dirección de Tiverton. Aquí nos quedamos hasta que la familia se dispersó. Yo fui el primero en partir a Perú a ocupar un puesto en un ferrocarril. Mi padre y mi hermano fueron los siguientes. Repentinamente los planes habían tenido un desenlace feliz y partieron a Nueva York. Mi madre y mi hermana se fueron a Madeira, donde permanecieron varios años, antes de ir a residir a la Riviera francesa, y de allí, a Suiza.

Fué durante nuestra estada en Stoke Canon que se escribió este libro, y de los labios de mi padre escuché muchas anécdotas e ideas que en él recopila. Me di cuenta demasiado tarde de que, si yo hubiese demostrado más interés, me habría contado mucho más de lo que yo ahora daría cualquier cosa por conocer. Por lo general, siempre sucede así. En esa época mi entusiasmo se concentraba en la ingeniería locomotriz, con exclusión de toda otra cosa.

Mi padre se levantaba a una hora increíble de la mañana a prepararme el desayuno, antes que yo partiera en bicicleta a los trabajos de ingeniería, en Exeter, donde tenía un aprendizaje sucio pero interesante como ayudante de moldeador en una fundición. Podía preparar un desayuno tan bien como cualquier otra persona, y la aceptación de su tarea con silenciosa humildad sólo se me hizo significativa años más tarde, cuando recordé las circunstancias de ese periodo. Lo hacía para proporcionar más descanso a mi madre y porque no consideraba que debía prepararlo yo mismo.

Aunque el tiempo transcurrido en Stoke Canon debe haberle parecido como una sentencia carcelaria, había también momentos brillantes. El criquet, que fué siempre

EXPLORACIÓN FAWCETT

su favorito, los llevó a él y a mi hermano —ambos exponentes sobresalientes del juego en el condado— a viajar durante la estación, porque eran muy solicitados.

Lo vi por última vez en marzo de 1924, cuando el tren de Liverpool partió de la estación St. David, en Exeter, y su alta figura se perdió de vista detrás de la ventanilla del coche. Como yo iba a partir al norte, en mi primera etapa del largo viaje al Perú, esperaba confiadamente que nos encontraríamos otra vez, dentro de unos pocos años, en América del Sur.

“Estuve en Londres una semana por asuntos de la expedición —escribió en mayo de 1924—, y parece que ahora todo resultará satisfactoriamente. Es probable que todo se haga en Estados Unidos, y si así resulta, partiremos para allá. La Royal Geographical Society ha aprobado por unanimidad la expedición, de manera que ahora tiene respaldo científico.

”Jack y yo nos iremos por vía Nueva York en junio, y allí nos juntaremos con Raleigh, que es tan picante como la mostaza. Será un sentimiento confortante el saber que estamos todos en un mismo continente.”

Pero no iba a resultar así. Los preparativos se demoraron mucho más de lo que pensaban, y entretanto él y Jack “se pusieron a entrenarse”. Jack aprendió algunos rudimentos del idioma portugués y adquirió experiencia en trabajos con teodolitos. Ambos adoptaron un régimen vegetariano, preparándose, de esta manera, para la expedición y sus privaciones, que serían así menos difíciles de soportar. Físicamente no necesitaban adiestrarse mucho. Los seis pies y tres pulgadas de Jack eran sólo huesos y músculos, y le desagradaban profundamente los tres principales agentes de degeneración corporal: el alcohol, el tabaco y la vida disoluta. Jack había hecho un culto del vigor físico y las únicas tareas domésticas que nunca le desagradaban era aquellas en que se requería hacer uso de la fuerza.

En el colegio, Jack siempre se distinguió en los juegos, las luchas y por soportar los severos varillazos del rector. También podía sobresalir en su trabajo escolástico^ siempre que la materia le interesase. Yo, tres años menor, lo seguía de manera humilde verdadero miembro de un rango poco importante, pero no despreciable. Intimidado hasta la estupidez durante mi primer curso, fué el puño siempre listo de Jack el que me hizo ser respetado al fin, pero después me dejó librar mis propias batallas y sólo tomaba parte cuando las probabilidades para mí ya estaban perdidas.

En el hogar era Jack quien formaba y dirigía la pandilla; Jack, quien guardaba un cuaderno de bitácora donde se anotaban todas las travesuras que podían ser clasificadas como antisociales. Su capacitado teniente voluntario era Raleigh Rimell, hijo de un doctor de Seaton, y durante estos años pasó con nosotros casi todo el

EXPLORACIÓN FAWCETT

tiempo. Era un payaso innato, compañero perfecto del grave Jack, y entre ambos nació una amistad íntima que los condujo a la aventura de 1925.

Durante la Gran Guerra (1914-1918) éramos demasiado jóvenes para ser enrolados en el ejército, pero no demasiado jóvenes para conseguirnos un surtido horripilante de armas de fuego, las cuales usábamos con tanta despreocupación que fuimos honrados por las autoridades con el nombramiento de un alguacil, que seguía nuestras huellas y nos hacía volver al camino de la ley. Mucho temo que el pobre hombre llevó una vida miserable en pos nuestra, hasta el día que intentamos jugarle una mala pasada. La policía nunca nos echó el guante; nosotros continuamos disparando a inofensivos gorriones que se paraban en los techos, o haciendo blanco en las placas esmaltadas de los buzones. Raleigh fué sorprendido y tuvo que reemplazar una placa quebrada pagando diez chelines. Cada vez que pasábamos frente al buzón, él sacaba su pañuelo y pulía la placa, diciendo: “Esta es mía, ustedes saben”.

Cuando fuimos a Jamaica, Raleigh ya estaba allí, trabajando para la Compañía Frutera Unida en un estado dedicado al cultivo del cocotero, en Puerto María. Jack se empleó como vaquero en un gran rancho ganadero en la región de la Bahía de Montego, al otro lado de la isla, pero se juntaban de vez en cuando. Raleigh partió a California antes que nosotros, y cuando llegamos, él ya había abandonado el estado. Jack, entre intervalos de cesantía, se empleó como cadenero de un agrimensor en Riverside y como colector de naranjas. Dibujante talentoso, pero sin estudios, hizo también algunos trabajos de arte para el “Times” de Los Angeles. El encanto de las películas lo atrajo por un tiempo —como le sucede a menudo a toda persona impresionable que visita Hollywood—; hizo intentos superficiales para trabajar como extra en películas de Betty Blythe y Nazimova, dos estrellas cuyos nombres ya se han olvidado, pero que, en esa época, estaban en la cúspide de la fama. Tal vez habría triunfado, porque no carecía de los requisitos que se necesitaban como actor; pero, por suerte, un amigo que trabajaba como director técnico en una película de ambiente exótico que jamás salió a la luz —Ornar Khayyam—, le advirtió que se retirara antes que el pulpo del celuloide lo cogiera en sus fatales tentáculos. En realidad, lo más próximo que estuvo al cine fué cuando el encargado de la guardarropía de un estudio le alquiló su palo de criquet, a causa de su apariencia auténtica, para que lo usara Mary Pickford en “Little Lord Fauntleroy”. Fuera del dinero que recibió por el alquiler, también tuvo como recompensa una carta de agradecimiento y una fotografía autografiada de la artista.

Hacia el final de 1924 se hicieron los acuerdos para financiar la expedición. Un amigo de mi padre se fué antes a Nueva York para juntar el dinero y tener terminado todo el asunto antes de que llegaran mi padre y Jack. Cuando los dos

EXPLORACIÓN FAWCETT

arribaron a Nueva York, encontraron que el “amigo” había dilapidado en una espléndida borrachera que duró seis semanas, 1000 dólares de mi padre y 500 dólares de la señora Rimell (los que obtuvo de la madre de Raleigh, diciéndoles que los había perdido en un sindicato que emitía bonos sin valor). No es necesario decir que no obtuvo un solo céntimo y sólo se pudieron recuperar 200 libras de los fondos encomendados al amigo.

Mi padre, entonces, se puso a trabajar para reunir la suma necesaria para la expedición y esto consiguió hacerlo en un mes, porque se despertó el interés de varias sociedades científicas, y también, por la venta de los derechos de sus relatos a la North American Newspaper Alliance, quien lo nombró corresponsal especial.

“Vamos a tener una actividad intensa y agradable en el viaje y en Brasil antes que nos internemos en las selvas por tres años o más —me escribió mi padre en septiembre de 1924, antes de dejar Inglaterra—. Imagino que Jack y Raleigh van a gozar mucho. Nadie más formará parte de la expedición, exceptuando dos brasileños que solamente nos acompañarán hasta cierto lugar.”

Después, a fines de enero de 1925, me escribió desde a bordo del S. S. “Vauban”, de la Compañía Lamport y Holt: “Aquí vamos, con Raleigh, llegando a Río. Personalmente encuentro el viaje un poco aburridor, pero Jack lo está aprovechando intensamente. Fueron muy hospitalarios y simpáticos en Nueva York. Pero, por supuesto, nuestra situación era difícil. Sin embargo, ya estamos en el mismo continente en que estás tú y camino a Matto Grosso. Por lo menos cuarenta millones de personas están preocupadas de nosotros y conocen ya nuestra empresa.

”Si nos dan facilidades en la aduana de Río, partiremos al Matto Grosso más o menos en una semana, para llegar a Cuyabá el 2 de abril. Entonces, desapareceremos de la civilización hasta fines del próximo año. Sitúanos con tu imaginación a más o menos mil millas al oriente de ti, en selvas jamás holladas por pie de hombre civilizado.

”Nueva York nos recibió con mala cara. Hacía un frío extremado; había caído más de un pie de nieve y los vientos eran glaciales. Jack frecuentó los cinematógrafos —que en general eran muy pobres— y mascaba montones de chicles. Los tres comíamos en bares automáticos.”

Raleigh me escribió esta carta desde Río:

“Durante el viaje conocí a cierta niña a bordo, y a medida que pasó el tiempo, nuestra amistad aumentó hasta que yo temí que iba a transformarse en algo serio. En realidad tu padre y Jack estaban muy ansiosos, temerosos de que yo huyera o

EXPLORACIÓN FAWCETT

algo así. Sin embargo, volví en mí, comprendiendo que yo viajaba como miembro de una expedición y que no se me permitiría llevar una esposa conmigo. Tuve que dejarla gentilmente y atender los negocios. Simpatizaré contigo si sé que también tienes estos arranques sentimentales.

”Jack me dijo el otro día: “Imagino que te casarás antes del año cuando regresemos”. Le respondí que no prometía nada, pero que no intento ser solterón toda mi vida, aunque Jack lo sea.

”He deseado varias veces que tú también vinieras en este viaje, pues creo que serviría para hacerlo aún más interesante y alegre. Vivo pensando en el futuro, en la partida de la expedición a la selva, creo que Jack comparte este mismo estado de ánimo. Con un objetivo como el nuestro, se necesita tener mucha paciencia para permanecer por largo tiempo en un mismo lugar. Los retrasos en Nueva York fueron algo más de lo que podíamos soportar. . .”

En Río de Janeiro se alojaron en el Hotel Internacional y Jack no se impresionó demasiado con los paseos para ver los panoramas y los baños de mar, porque escribió:

“No viviría en Río ni en ninguna otra ciudad de acá, si contara con un millón al año, a menos que sólo viniese por un mes o dos. No me gusta el lugar, aunque los alrededores son magníficos. Brasil me parece terriblemente aislado del mundo. Debo decir que la gente es sumamente amable y que trata de ayudar en todo sentido.”

El equipo de la expedición fué probado en la “jungla” del jardín del hotel y encontrado satisfactorio. Partieron en febrero de 1925, yendo primero a Sao Paulo. Desde Corumbá, Jack me escribió un vivido relato del viaje, tal como lo veían los ojos entusiastas de un joven de veintiún años:

“Hemos pasado una semana en el tren de Sao Paulo a Porto Esperanza, cincuenta millas desde Corumbá, y estamos muy contentos de estar tan lejos, por fin. El viaje por tren resultó muy interesante, a pesar de la monotonía de la región por la que atravesamos, y como nos prestaron el carro privado de los funcionarios, pudimos estar, solos todo el camino. En este sentido hemos sido muy afortunados, porque desde Río hasta Sao Paulo, y desde allí hasta el río Paraná nos cedieron el carro privado del presidente del ferrocarril.

”La mayor parte del camino lo hicimos por selva baja y tierras de pastoreo, pero cerca del río había muchos pantanos. Entre Aquidauana y Porto Esperanza vi muchas cosas interesantes. En la región ganadera había loros en cantidades y vimos dos rebaños (o como quieras llamarlos) de avestruces nuevos, de cerca de cuatro a

EXPLORACIÓN FAWCETT

cinco pies de alto. Alcanzamos a divisar una tela de araña en un árbol, con una araña de cerca del tamaño de un gorrión situada en el centro. Esta mañana vimos pequeños caimanes en el río Paraguay y hoy saldremos a cazarlos.

"A causa de los pasaportes que se nos quedaron en Río, debían habernos detenido cuando arribamos esta mañana, pero, al parecer, no habrá dificultades y partiremos para Cuyabá mañana en el "Iguatemi", una sucia y pequeña lancha del tamaño de un M. L. naval. Estará atestado de pasajeros y nuestras hamacas casi se tocarán las unas con las otras.

"Los mosquitos fueron terribles desde Bauru a Porto Esperanza, pero anoche, en el Paraguay, ya habían desaparecido. La alimentación es buena y completa, mucho más consistente que en Río o en Sao Paulo. Se comen arroz, fréjoles — grandes y negros—, pollo, carne y una especie de legumbre pegajosa como ciénaga, semejante en su textura a los pepinos, en forma de huevo y del tamaño de una nuez. También comemos *goiabada* (dulce de guayaba), pan y queso, amén del inevitable café negro. Los macarrones son también un plato favorito. Todo esto se consume en una sola comida.

"El calor es terrible aquí, pero dentro del hotel no se siente tanto. Estamos tremendamente aburridos en estos pueblos semicivilizados, y, aunque la gente es muy amable, deseamos terminar luego nuestra estada en Cuyabá, para poder adentrarnos en la selva tan pronto sea posible. Cuando Raleigh y yo estamos demasiado aburridos, nos ponemos a conversar de lo que haremos al volver a Seaton en la primavera de 1927, con bastante dinero. Pretendemos comprar motocicletas y pasar unas espléndidas vacaciones en Devon, saludando a nuestros amigos y visitando los antiguos "pagos".

"Nuestro viaje fluvial hasta Cuyabá demorará ocho días y probablemente tendremos a todas las muías listas para la engorda a mediados de marzo. Abandonaremos Cuyabá el 2 de abril y después demoraremos seis semanas, o, posiblemente dos meses, hasta llegar al sitio donde papá y Felipe llegaron la última vez. Hasta llegar a "Z", demoraremos probablemente otros dos meses y pueda ser que localicemos el lugar el día que papá cumpla cincuenta y ocho años (31 de agosto).

"¿No te parecen divertidos los informes de la expedición que publican los diarios ingleses y americanos? También se exagera mucho en los periódicos brasileños. Estamos ansiosos de partir para el verdadero viaje y terminar de una vez con estos pueblos, aunque creo que el mes en Cuyabá se pasará rápidamente. Algo que sólo comprendí hoy día es que ya hemos cruzado Brasil y podemos ver Bolivia

EXPLORACIÓN FAWCETT

desde aquí y también todos los lugares donde papá trabajó en la delimitación de fronteras.

"Tuvimos una simpática despedida de Sao Paulo, organizada por un grupo de ingleses, incluyendo miembros de la diplomacia y del cuerpo consular. Antes de abandonar esta ciudad, visitamos el Instituto Butantan, donde su fundador, el *senhor* Brasil, nos dió una charla sobre serpientes: cómo atacan, cuánto veneno expulsan, los diferentes remedios, etc. Nos obsequió con una cantidad de suero. Un ayudante entró al recinto donde se mantienen las serpientes, en chozas como panales, rodeadas de un foso, y con una varilla ganchuda cogió a una surucucu. Después la colocó en el suelo y antes de que la serpiente pudiese hacer nada, la cogió por el cuello. Luego la sacó del

recinto y nos mostró sus colmillos, que son abisagrados. Tienen otros a ras con la encía, que sirven de substitutos en caso que se quiebren los principales. El *senhor* Brasil la dejó morder un platillo de vidrio y saltó el chorro de veneno.

"Anoche contemplé el final del carnaval. Todos los habitantes participaban jugando frente al hotel, en el único trecho de camino bueno. Hicieron una bulla endemoniada; todos tenían disfraces de fabricación casera, algunos muy bonitos. La costumbre, durante el carnaval, es lanzarse perfume o éter que hiela los ojos. El calor es terrible hoy y chorreábamos sudor; dicen que Cuyabá es más fresco. Esta mañana conversamos con un alemán que llegó justamente de Cuyabá y nos contó que ahora había más de cien automóviles Ford en esa ciudad, ¡no resulta mala esa cifra para un lugar que queda a mil millas río- arriba! También nos contó que había llegado en el "Iguatemi" —la embarcación que tomaremos nosotros—, y que la comida es buena, pero que los mosquitos son terribles. Supe que en el nuevo parque tienen un par de jaguares en cautividad, de manera que pienso ir a verlos.

"Los baños son muy primitivos aquí. El W. C. y la ducha combinadas son tan sucios, que uno debe tener mucho cuidado y fijarse donde pisa. Papá dice que aun debemos esperar instalaciones peores en Cuyabá.

"Hemos tenido una suerte enorme al conseguir pasajes y en que todo nuestro equipaje haya llegado intacto a bordo del "Iguatemi". Vamos a estar tremendamente apretados en el barco, pero, sin duda, resultará interesante el viaje río arriba. La región que hemos visto hasta ahora es de gran monotonía, aunque de ninguna manera tan aburrida como el Mississippi.

"Decidimos no molestarnos en afeitarnos desde aquí hasta Cuyabá, y yo ya tengo barba de dos días. Raleigh está convertido en un villano, como los que aparecen en películas del oeste norteamericano."

EXPLORACIÓN FAWCETT

Febrero 25, 1925. “Ya hace dos días que salimos de Corumbá y llegaremos a Cuyabá el próximo lunes al atardecer ¡si antes no nos hemos muerto de aburrimiento! Se supone que la embarcación sólo debe transportar veinte pasajeros, pero hay cincuenta personas apretujadas a bordo. Viajamos a razón de tres millas por hora, a través de una región fangosa, poco interesante, pero hoy día se quebró la monotonía del paisaje con la vista de unas colinas. Dormimos en cubierta sobre hamacas, muy cómodas, exceptuando los mosquitos bastante desagradables hasta ahora, pero se espera que sean peores aun cuando entremos esta noche al río Sao Lourenço. La primera noche hacía un frío tan intenso que tuve que levantarme y ponerme dos camisas, calcetines y pantalones. La monotonía es terrible y no hay espacio para hacer ejercicios de ninguna clase. ¡Cuyabá nos parecerá el paraíso después de esto!

”La mayoría de los pasajeros son turcos (así se denomina acá a cualquier habitante de los países balcánicos) que poseen pequeños negocios en Cuyabá. Sus mujeres charlan incesantemente, y ante la inminencia de las' comidas se reúnen como buitres. Los olores a bordo son bastante malos. De vez en cuando nos detenemos junto a la ribera para proveernos de leña, combustible para las calderas, contando con gran interés cada trozo que se subía a bordo.

”Ahora, las riberas del río son selvas de monte bajo y más allá pueden verse algunas colinas rocosas de ochocientos pies de altura. Percibimos algunos cocodrilos, y en todas partes, en la orilla del río, hay grullas y buitres. Debido a la aglomeración que reina a bordo, tenemos que descartar el deseo de sacar los rifles y disparar a los caimanes.”

Febrero 27. “Papá dice que éste es el viaje fluvial más gris y aburrido que ha hecho y estamos contando las horas de 'los tres días que aún nos faltan para llegar a Cuyabá. Estamos todavía en terreno pantanoso, aunque ya dejamos el río Paraguay, porque antes de ayer entramos al Sao Lourenço; y anoche, al río Cuyabá. El Sao Lourenço es famoso por sus mosquitos, que se crían en los extensos pantanos. El miércoles en la noche se dejaron caer por nubadas a bordo. El techo del sitio en que comemos y dormimos estaba negro —literalmente negro— con ellos. Tuvimos que dormir con una camisa amarrada en torno de la cabeza, sin dejar hueco para la respiración; nos envolvimos otra camisa en los pies y un impermeable sobre el cuerpo. Las hormigas termitas resultaron otra plaga. Nos invadieron por un par de horas, volando alrededor de las lámparas, hasta que se les cayeron las alas. Después se arrastraron por millones sobre el piso y la mesa.

”Vimos algunos capibaras hoy día. Uno de ellos se detuvo en la orilla, ni siquiera a dieciocho yardas de distancia, cuando nosotros pasamos. Es una tragedia que toda

EXPLORACIÓN FAWCETT

esta región,' durante cientos de millas, sea completamente inútil e inhabitable. Vamos río arriba a tranco de paseo, tan lentamente, que hoy nos alcanzaron dos hombres en canoa y bien pronto los perdimos de vista, porque continuaron adelante.

"No resulta entretenido contemplar la orilla del río, porque no ha cambiado en absoluto desde que dejamos Corumbá. Hay una confusión de enredaderas de convólulas y hojas silvestres de lampazo, semejantes a plátanos con agujeros de ongas (jaguar) gastados con el uso y que llegan hasta el borde del agua. Más atrás y elevándose como torres, hay gruesos árboles de distintas especies, extendiéndose cerca de veinte yardas hacia el fondo. Después comienzan los pantanos que abarcan todo lo que la vista puede percibir, interrumpidos sólo de vez en cuando por aislados grupos de árboles pantanosos como el mangle. De vez en cuando se puede divisar un charco fétido, sitio ideal para las anacondas e incubador de mosquitos. Otras veces el pantano llega hasta la misma orilla y desaparece entonces la ribera. Vemos muchos buitres y pájaros buceadores, como corvejones, de largos cuellos, que los hacen parecerse a las serpientes cuando nadan. Los yacarés (cal manes) viven únicamente donde hay sólo barro o arena en que se puedan revolcar.

"Una copiosa lluvia cayó hoy día, y la temperatura descendió hasta ser casi la misma de un verano inglés. Se supone que ahora el tiempo comenzará a enfriarse, a medida que nos acerquemos a la estación seca. Papá dice que nunca ha estado en esta región durante la estación verdaderamente seca, y supone que los insectos no molestarán tanto como en el año 1920.

"Hoy día llegó a bordo una nueva plaga. Se trata de la mutaca, una especie de tábano con una desagradable picada.

Aplastamos a muchas, pero papá y Raleigh fueron atacados. Por supuesto, todos nosotros estamos cubiertos de picaduras de mosquitos.

"Lo que nos hace mucha falta es la fruta y no se podrá obtener hasta que llegemos a Cuyabá. Por lo demás, la comida es buena. La falta de ejercicio es abrumadora, y en Cuyabá pretendemos, por lo menos, hacer un largo paseo diario. En verdad, casi no hemos hecho ejercicio desde que dejamos Río, a excepción de una larga caminata por la línea del ferrocarril, mientras estuvimos detenidos un par de días en Aquidauana. Yo hago flexiones cuando puedo, pero todo está tan atiborrado de gente, que, incluso, este ejercicio resulta difícil de practicar.

"Raleigh es un muchacho divertido. Llama 'al portugués "esta jerigonza endemoniada", y no intenta aprender este idioma. En lugar de eso, se vuelve loco con todos porque no hablan inglés. Fuera de *faz favor* y *obrigado*, no puede conversar una palabra más, o es demasiado tímido para intentarlo. Yo ya puedo mantener una

EXPLORACIÓN FAWCETT

buena charla, siempre que la persona con quien, converso me conteste pausada y claramente. Aquí usan bastantes palabras españolas, debido a la proximidad de Bolivia y Paraguay.”

Marzo 4. “Por fin, Cuyabá; y no es tan malo como pensábamos. El hotel resultó bastante limpio, y la comida, excelente. Nos estamos sobrealimentando ahora y espero ganar diez libras antes de partir, porque necesitamos carne extra en previsión de los períodos de hambruna durante la expedición. El viaje del río demoró ocho días; tiempo bastante largo para estar encarcelado en una embarcación diminuta como el “Igua- temí”, y confinado como galeote en el mismo sitio del mismo banco. Ayer fuimos a caminar por los matorrales y nos alegramos con el ejercicio. Hoy dispararemos por primera vez —no a pájaros, sino a objetos— para practicar.

“Fuimos a visitar a Federico el mulero; pero está ausente hasta el domingo. Su hijo dice que no tendrá dificultad en conseguir las doce muías que necesitamos. El *sertanista* (guía es la palabra más parecida) que papá quería, ha muerto, y Vagabundo se ha ido al *sertáo* con alguien, lo que es una gran lástima, porque yo he oído hablar tanto de ese perro, que me hubiese gustado conocerlo. Hay aquí un misionero americano que tiene un lote de números atrasados del “Cosmopolitan” y otras revistas, y esta noche iremos a permutar libros con él.”

Marzo 5. “Ayer Raleigh y yo probamos nuestras armas. ¡Son muy certeras, pero hacen un ruido de todos los demonios! Gastamos veinte cartuchos y aún nos quedan ciento ochenta para futuras prácticas.

“Me dijeron que al dejar Cuyabá nos encontraremos con terreno de monte bajo, durante un día de viaje, hasta llegar a la meseta; después encontraremos pequeño monte bajo y pasto durante todo el camino hasta el Puesto Baquiri; dos días después encontraremos la primera caza. Probablemente podremos fotografiar una *sicuri* (anaconda), ya harta de alimento, si encontramos a alguien que nos lleve hasta su vecindad. .

Abril 14. “Ha llegado el correo, el último que recibiremos, porque partimos el 20. El calor aquí es semejante al de Jamaica en sus peores días, pero Raleigh y yo nos damos un baño diario en un riachuelo en el camino a Rosario, y permanecemos en el agua más o menos una hora. No es muy refrescante, porque la temperatura es casi la misma que la del aire; pero la evaporación que se produce después, al secarnos, nos resulta agradable.

“Hé tratado de hacer algunos bocetos, pero los temas son tan comunes que no puedo poner vigor en ellos. ¡El resultado es que no valen nada! Lo que busco es un tema verdaderamente bueno, porque creo que, entonces, me podrá resultar algo que valga

EXPLORACIÓN FAWCETT

la pena. Cuando lleguemos al lugar donde se ven las primeras inscripciones, tendré que dibujarlas, pues todas estas cosas deberán ser cuidadosamente copiadas.

”Te divertiría verme con una barba de una quincena. No me volveré a afeitar durante meses. Estamos usando nuestra» botas para “amansarlas”, y los pies de Raleigh están cubiertos de parches de emplastos Johnson. Pero se ha puesto más divertido e ingenioso que nunca, a medida que se aproxima el día de nuestra partida. Sufrimos las penas del infierno, esperando a los animales; toda la culpa la tiene Federico y sus mentiras. Fué inútil obtener nada de él; de manera que ahora tratamos con otro tipo llamado Orlando. Creo que hoy llegan las mulas. Los dos perros, Chulim y Pastor, se están poniendo muy bravos y se abalanzan sobre cualquier visitante que se atreva a golpear nuestra puerta.

”Hubo un tremendo tiroteo en Coxipo, a una legua de distancia. Un tipo llamado Reginaldo, con seis de sus compañeros —los vimos a todos esta mañana cuando dejaron el Hotel Gama—, fueron asaltados por una banda que les guardaba rencor. Las cosas comenzaron con una pelea de ebrios en los campos de diamantes de Cassamunga, y más tarde se encontraron en Coxipo, disparándose unos a otros. Reginaldo y uno de los bandidos resultaron muertos, otros dos gravemente heridos. La policía tomó cartas en el asunto después de algunos días, y, reunidos en torno a una taza de café, preguntaron a los asesinos por qué causa habían cometido el delito. Fuera de eso, nada más ocurrió. . .”

Extractos de una carta de mi padre, del 14 de abril.

“Hemos tenido los retrasos acostumbrados en este continente de “mañanas”, pero podremos ya partir dentro de pocos días. Nos vamos pletóricos de esperanza de un feliz resultado. . .

”Los tres nos sentimos muy bien. Tenemos dos perros que obedecen al nombre de Pastor y Chulim; dos caballos y ocho mulas; un amable asistente llamado Gardenia, que tiene un incansable gusto por los pagos adelantados —o providencias, como se llaman aquí eufemísticamente—, y un mougo negro, que atiende a todos por igual. Estos dos hombres quedarán libres tan pronto encontremos huellas de indios salvajes, pues por su color podrían verse envueltos en dificultades y despertar la sospecha de los indios.

”Ha hecho un calor abominable y llovido intensamente, pero ahora está refrescando a medida que entramos a la estación seca.

”Jack habla bastante portugués y entiende gran parte de lo que se le habla. ¡Raleigh no puede pronunciar ni una santa palabra!

”Un ranchero, amigo mío, me contó que, desde que era niño, él y su familia se sentaban en la terraza de su casa, a seis días de camino de este lugar, y escuchaban los extraños sonidos que venían periódicamente de las selvas del norte. El los describe como siseos semejantes a los producidos por cohetes o grandes bombas, elevándose en el aire y luego cayendo dentro de la selva con un ruido de “bum-m-bum-m-m”. Mi amigo no tiene la menor idea de lo que podría ocasionar este sonido. Yo creo que se debe a fenómenos meteorológicos relacionados con las áreas volcánicas. Un fenómeno semejante desconcertó a las gentes de Darjeeling que escuchó entre monzones descargas de artillería. En otros sitios de esta escarpada región se escuchan también estampidos y ruidos roncós que llenan de terror a quienes los perciben.

”Mi amigo ranchero también me contó que, cerca de su propiedad, hay en el río Paranatinga una larga roca rectangular, en la que se han taladrado tres orificios; el hoyo del medio ha sido cerrado, y, aparentemente, cementado en ambos extremos. Detrás de él y cuidadosamente disimulada existe una inscripción con catorce caracteres extraños. Nos va a llevar hasta allá para fotografiar la roca. Un indio de su rancho conoce otra roca cubierta con los mismos signos y también nos proponemos visitar esta última.

”Otro hombre, que vive en Chapada —la meseta que está justamente al norte de nosotros, y que en un tiempo fuera la línea costera de una gran isla—, me cuenta que ha visto los esqueletos de grandes animales y de árboles petrificados, e incluso los fundamentos de construcciones prehistóricas. También existen los mismos caracteres en Chapada. Está, por supuesto, en el límite de la región que visitaremos. En una extensa planicie cubierta de pasto cerca de aquí existe en el centro una gran piedra trabajada en la forma de un hongo, monumento misterioso e inexplicable.

”La construcción intermedia entre “Z” y el punto donde dejaremos la civilización es descrita por los indios como una especie de gruesa torre de piedra. Le temen mucho a esta torre, porque de noche sale de ella, por puertas y ventanas, una luz brillante. Yo sospecho que se trata de la “luz que nunca se apaga”. Otra razón por la cual le temen es que se encuentra en el territorio de los trogloditas morcegos (murciélagos), la gente que vive en hoyos, cavernas, y, algunas veces, en árboles de exuberante follaje.

”Poco tiempo atrás, pero desde la primera vez que yo llamé la atención hacia el Matto Grosso con mis actividades, un brasileño educado de este pueblo, junto con un oficial de ejército, ocupados en levantar la topografía de un río, supieron, por los indios, que existía una ciudad hacia el norte. Los indios les ofrecieron llevarlos hasta allá, siempre que se atreviesen a enfrentar a los salvajes. La ciudad —según los indios—, tenía edificios bajos de piedra, con muchas calles trazadas a ángulos rectos.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Pero había también construcciones mayores y un gran templo, en el cual existía un gran disco cortado en cristal de roca. Un río, que corría por la selva bordeando la ciudad, caía después en una gran catarata, cuyo tronar podía oírse desde varias leguas de distancia, y más abajo de la catarata, el río se ensanchaba en un gran lago, y ellos no tenían idea dónde podría vaciarse. En las aguas tranquilas, debajo del salto, existía la figura de un hombre esculpida en roca blanca (quizá cuarzo o cristal de roca), la que se movía de un lado para el otro con la fuerza de la corriente.

"Parece que se trataba de la ciudad de 1753, pero su ubicación no concuerda en absoluto con mis cálculos. La visitaremos en el camino, o, si las circunstancias lo permiten, mientras permanezcamos en "Z".

"Mi amigo el rancharo me contó que llevó a Cuyabá a un indio de una tribu remota y de difícil acceso, y que para impresionarlo, lo hizo visitar las grandes iglesias de este pueblo. "Eso no es nada —dijo el indio—. Cerca del sitio donde yo vivo, pero a cierta distancia de viaje, hay construcciones más grandes y elevadas que éstas. También tienen grandes puertas y ventanas, y en el centro se levanta un gran pilar que sostiene un enorme cristal, cuya luz ilumina el interior y hace parpadear los ojos."

"Hasta ahora hemos soportado intensas lluvias y terrible calor. No recuerdo haber transpirado tanto en muchos años..., aunque sólo hay ochenta grados a la sombra. .

Jack otra vez toma el hilo de la narración

Puesto Bacairy, 16 de mayo de 1925. "Ayer llegamos hasta acá después de un viaje bastante extenuante desde Cuyabá. Partimos el 20 de abril, con una docena de animales; los caballos están en muy buen estado, pero las muías, delgadas. ¡Parece que en el lugar donde las mandamos a engordar, medio las mataron de hambre para así ganar algunos milreis extras!

"Al comienzo avanzamos muy lentamente, a causa de los animales, y acampamos la primera noche a dos leguas de Cuyabá. Durante la noche un buey tropezó con la hamaca de Raleigh, pero no hubo daños que lamentar, aparte de que Raleigh fué lanzado fuera. La segunda noche acampamos tres leguas más adelante, y nos bañamos en una buena corriente. La tercera noche nos encontró en la alta región de Chapada; teníamos verdadero terror de que las hormigas saube se comiesen nuestro equipo. Al día siguiente perdimos la huella por primera vez, teniendo que retroceder cierta distancia y acampar en un sendero lateral. Afortunadamente llegamos al camino principal al día siguiente, y encontramos la casa de un morador —hombre que vive en la huella—, a quien le preguntamos a qué distancia quedaba el río Manso. Nos dijo que sólo cuatro leguas, de manera que decidimos cubrirla en ese día;

pero faltaban cerca de siete, y cayó la noche mucho antes que alcanzáramos nuestro objetivo.

"Papá iba adelante con paso tan rápido que lo perdimos de vista totalmente, y cuando llegamos a un sitio donde la senda se bifurcaba, no hallamos cuál tomar. Yo descubrí algunos rastros hechos por un solo caballo, en el sendero principal, de manera que seguimos adelante y llegamos finalmente al río Manso, en medio de tinieblas, ¡para descubrir que papá no estaba allá!

"Descargué inmediatamente, y envié a Raleigh, con Simáo, uno de los peones, a disparar con la esperanza de obtener respuesta. Entre tanto, acampamos e hicimos té en medio de la más absoluta obscuridad. Cuando los otros regresaron sin papá, supuse que estaría pasando la noche con algún morador. Al día siguiente, disparamos más señales, que tampoco recibieron respuesta; pero llegó cuando estábamos finalizando el desayuno, después de pasar toda la noche durmiendo en el suelo.

"Continuamos en el campamento al día siguiente para poder descansar nosotros y dárselo también a los animales, pero inmediatamente nos vimos atacados por garrapatas. Bichos de todos tamaños pululaban en el suelo, y Raleigh fué mordido gravemente. Al día siguiente cruzamos el río en un batelón, y acampamos en un sitio desierto, donde había vivido un morador, encontrando allí gran cantidad de naranjas.

"Para abreviar el relato, volvimos a perder el camino, y Raleigh marchó sumido en la más profunda melancolía todo el trayecto hasta llegar al río Cuyabá, que resultó imposible de vadear debido a los rápidos y al débil estado de los animales. Por fin se encontró un vado algo más arriba; tuvimos que descargar los animales, obligándolos a nadar a la ribera opuesta y enviar el equipaje en una canoa que encontramos allí. Raleigh no pudo ayudar en nada, debido a su pie enfermo; de manera que papá y yo atendimos la carga mientras los peones cuidaban de los animales. Después de una pasada difícil llegamos, por fin, a la casa de Hermenegildo Galváo, donde alojamos cinco días para alimentarnos bien. Descubrí que entre Cuyabá y este sitio engordé siete libras, pese a la poca comida. Raleigh perdió más de lo que yo gané, y él es quien parece sentir más agudamente los efectos del viaje.

"Llegamos al río Paranatinga tres días después de dejar la propiedad del señor Galváo, sólo para descubrir que la aldea Bacairy estaba desierta y la canoa al otro lado del río. Alguien tenía que nadar y buscarla, de manera que fui yo — aunque temía mucho a los bichos que podía encontrar en el río—, y sentí la misma sensación que esa vez en Jamaica cuando Brian y yo fuimos perseguidos por un tiburón.

Acampamos en la aldea y al día siguiente hicimos nadar a los animales hasta el otro lado. Allí los cargamos y pasamos los bultos, como lo hicimos en el río Cuyabá. Una legua más allá tuvimos que repetirlo todo de nuevo para cruzar una corriente fangosa; todavía una legua más allá nos vimos obligados a repetir la extenuadora tarea. Al finalizar el día estábamos tan cansados, que decidimos acampar, llegando sólo ayer en la mañana al Puesto Bacairy.

”Esto es hermoso y bastante fresco, y un poco más allá de las colinas —como a cuatro millas de distancia—. hay tierra absolutamente inexplorada. Han puesto a nuestra disposición el edificio de la escuela, y comemos en casa del jefe del puesto, un sujeto muy agradable llamado Valdemira.

”Poco después de nuestro arribo, llegaron al puesto ocho indios salvajes del Xingú, completamente desnudos. Viven a más o menos ocho días río abajo, y visitan de vez en cuando este lugar, tanto por curiosidad como también por las cosas que se les regalan. Son cinco hombres, dos mujeres y un niño, y viven en una cabaña construida por ellos mismos. Ayer les dimos dulce de guayaba, que les gustó enormemente. Tienen baja estatura, alrededor de cinco pies, dos pulgadas, y son muy bien conformados. Comen solamente pescado y verduras, jamás carne. Una mujer tenía un hermoso collar de discos diminutos, cortados de conchas de caracoles; el que lo hizo debe haber necesitado una paciencia enorme. Le ofrecimos a ella ocho cajas de cerillas, un poco de té y algunas hebillas, e inmediatamente aceptó el trueque. Enviaremos el collar al Museo del Indio Americano de Nueva York.”

Mayo, 17. “Hoy tomamos algunas fotografías de los indios Mehinaku que, por supuesto, irán a la “North American Newspaper Alliance”. La primera muestra a cuatro indios con sus flechas y arcos, parados cerca de una pequeña corriente en una faja de selva. Yo estoy junto a ellos para que se vea la diferencia de estatura; me llegan justo al hombro. La segunda fotografía, los captó preparándose a disparar flechas a los peces del río. Los arcos son más grandes que los que teníamos en nuestra casa en Seaton, y tienen más de siete pies de largo, con flechas de seis pies; pero como estas gentes no son muy forzudas puedo levantar fácilmente los arcos hasta mi oído.

”Anoche fuimos a su cabaña, y les dimos un concierto. Yo llevaba mi flautín, Valdemira su guitarra y papá su banjo. Fué un gran éxito, aunque casi nos ahogamos con el humo.

”Estos mehinakus nos contaron, por signos, que, después de cuatro días de viaje dificultoso hacia el norte, se llega al territorio de los macahirys, que son caníbales de

EXPLORACIÓN FAWCETT

solo cinco pies de altura. Puede tratarse de los morcegos, aunque lo dudo, porque los de la narración usan flechas y los morcegos aún no las conocen.

"Después de un viaje de tres semanas, esperamos llegar a la caída de agua mencionada por Hermenegildo Galváo, quien supo de ella por un indio bacairy, llamado Roberto, al que visitaremos mañana. Este salto es absolutamente desconocido por todos, y Roberto oyó hablar de él a su padre, que vivía cerca de allí cuando los bacairys eran aún salvajes. Puede escucharse a cinco leguas de distancia y se ve una roca elevada, protegida de las aguas, cubierta con cuadros pintados de hombres y caballos. También mencionó una atalaya, que se supone está a medio camino de la ciudad."

Mayo 19. "Un día agradable y fresco para mi vigésimo segundo cumpleaños, ¡el más interesante que he tenido hasta ahora!

"Roberto vino hasta acá y después que lo atendimos con *vinho de cajo*, nos contó algunas cosas interesantes. Dice que la ambición de su vida fué llegar hasta esa gran cascada donde están las inscripciones e instalarse allí con su tribu, pero que ahora es demasiado tarde. Además, allí hay morcegos y caxibis, a quienes teme. Obtuvimos que nos diera la ubicación, junto con una descripción detallada de la región. El desierto sin agua sólo dura un día de viaje de extremo a extremo, y después entramos a terreno pastoso sin nada de matto. Su tío le había hablado de las ciudades y afirma que las construyeron sus lejanos antepasados. Pasado mañana nos vamos de aquí, y cinco días después veremos tierra desconocida. Estaré contento cuando se vayan los peones, porque nos están cansando.

"Te interesará saber lo que comemos mientras avanzamos. A las seis y media de la mañana nos servimos un plato de avena, dos tazas de té y un tercio de taza de leche condensada; luego, a las cinco y media de la tarde, nos bebemos dos tazas de té, dos galletas, *goiabada* o sardinas, un plato de charqui y arroz. Hemos podido comprar todo lo que queremos de *farinha* y camotes para suplir al arroz, y yo soy el que hago de cocinero. También pudimos obtener algunos huesos y mandioca. Hay muchas vacas que pertenecen al Puesto, de manera que bebemos leche fresca todas las mañanas.

"Nos afeitamos las barbas y nos sentimos mejor sin ellas. Ahora debo estar aún más gordo que lo que estuve en casa de Hermenegildo, a pesar del viaje, y nunca me he sentido mejor que ahora. El pie de Raleigh sanó casi completamente y papá está en óptimas condiciones. Lo que ahora ansiamos es poder llegar al campo 15 y librarnos de los peones.

EXPLORACIÓN FAWCETT

"Dicen que los bacairys se están muriendo de mal de ojo, porque hay un feticeiro en la aldea, que los odia. Sólo ayer murió una niña..., ¡dicen que la hechizaron!"

Mayo 20. "Acabamos de desarrollar las fotografías para la N.A.N.A. Salieron algunas bastante buenas de los indios mehinaku, de papá y mías. Resulta difícil desarrollarlas, porque el agua siempre está muy tibia; pero tuvimos suerte de encontrar una corriente con temperatura inferior a 70° Fahrenheit.

"Raleigh tiene el otro pie hinchado. Se lo raspó o rasguñó una mañana y, en la tarde, cuando se sacó el calcetín para bañarse, salió también piel adherida, quedando un trozo de carne viva. Ahora ha comenzado a inflamarse. ¡Y también tiene una herida en el brazo! No sé qué sucederá cuando estemos realmente rodeados de insectos. Tendremos mucho que andar; espero que su pie pueda soportar la caminata. Brian hubiese podido soportarlo mucho mejor, especialmente ahora que no tenemos dificultades³⁹. Papá decía hoy día que los únicos que él había conocido absolutamente idóneos como exploradores eran Costin y Manley. Papá y yo nos sentimos muy bien.

"La próxima vez que te escriba será desde Pará..., ¡o quizá desde "Z"

Para Jack era una gran aventura, exactamente para lo que había sido educado y para lo que se mantenía siempre listo. Las cartas de mi padre eran más prácticas. Para él lo que sucedía era cuestión de rutina y sus ojos se habían concentrado en un solo objetivo que estaba frente a ellos. Nos cuenta otra vez:

Puesto Bacairy, Matto Grosso, mayo 20, 1925. "Llegamos hasta acá después de vencer dificultades poco comunes, las que han proporcionado a Jack y a Raleigh una iniciación excelente en los placeres del viaje por el sertao. Perdimos nuestro camino tres veces, tuvimos molestias sin término con las muías que resbalaban en el fango de las corrientes y casi fuimos devorados por las garrapatas. En una ocasión, yendo demasiado adelante, perdí a mis compañeros. Al regresar a buscarlos me cogió la obscuridad y tuve que dormir a campo raso con mi montura por almohada; inmediatamente me invadieron garrapatas diminutas y no he podido dejar de rascarme ni un solo minuto durante más de dos semanas.

"Jack soporta todo muy bien. Está más robusto y gordo que en Río. Estoy nervioso pensando si Raleigh podrá soportar la parte más difícil del viaje, porque en la senda, la mordedura de una garrapata se le transformó en un pie hinchado y ulcerado y ahora último se ha vuelto a rascar hasta que se le han desprendido grandes trozos de piel.

³⁹ ¡Orgullo de hermano mayor! Él puede haber sido más musculoso, pero yo siempre fui el más fuerte constitucionalmente.

EXPLORACIÓN FAWCETT

"Para gran alegría de Jack, vimos aquí los primeros salvajes; indios desnudos del Xingú. Envié veinticinco excelentes fotografías de ellos a N.A.N.A.

"Vi al jefe indio Roberto, y conversé con él. Bajo la expansiva influencia del vino, me corroboró todo lo contado por mi amigo de Cuyabá, y aun agregó más. A consecuencia de las palabras de su abuelo, siempre deseó hacer el viaje hasta la cascada, pero ahora ya es demasiado viejo. Es de opinión que allí abundan los indios malos, pero asegura que sus antepasados construyeron las viejas ciudades. Me inclino a dudar de esta declaración, porque, como los indios mehinaku, Roberto es del tipo café o polinésico, y yo asocio a las ciudades con el tipo rubio o rojo.

"Los bacairys están muriendo como moscas a causa de las fiebres y del fetichismo. ¡Cada enfermedad es la obra de un brujo! Fuera de toda duda, ésta es la mejor oportunidad que podría encontrar un misionero, si sólo tuviese experiencia médica, porque podría ponerse en contacto con los indios y domesticarlos.

"No es necesario decirlo. Me engañaron con las muías y con casi todo lo demás. Fué una desgracia que me fallara el hombre que debía proporcionármelas, de manera que tuve que dirigirme a otro, sin pensarlo dos veces; en Cuyabá la honestidad comercial es un sueño. Resultaron tan malas que tuvimos que comprar muías nuevas en el camino, y, con este objeto —como también para cuidar el pie de Raleigh—, nos detuvimos cinco días en la *fazenda* de mi amigo Hermenegildo Galvao. Los peones también son inútiles, y, a causa de los indios salvajes, están aterrorizados con la idea de tener que continuar hacia el norte.

"Jack habla muy bien el portugués ahora, pero Raleigh se ha quedado con sus dos palabras. Yo prefiero el español, pero el portugués es más importante para los brasileños, y, naturalmente, lo hablo con bastante fluidez.

"Enviaremos una carta desde el último puesto, desde donde regresen nuestros peones y nos dejen abandonados a nuestros propios recursos. Espero entrar en contacto con la vieja civilización dentro de un mes, y llegar en agosto al objetivo principal. ¡En todo caso, nuestra suerte está en manos de los dioses!"

Finalmente llegó su última palabra fechada el 29 de mayo de 1925, y enviada con los peones. Después de esto no se supo jamás de ellos, y hasta el día de hoy su destino permanece en el misterio.

"El escribir resulta demasiado difícil, debido a las legiones de moscas que nos molestan desde el amanecer hasta el ocaso, y ¡algunas veces también toda la noche! Las peores son las diminutas, más pequeñas que una cabeza de alfiler, casi invisibles, pero que pican como un zancudo. Siempre hay presentes nubes de ellas.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Millones de abejas se agregan a esta plaga y también una infinidad de sabandijas. Estos demonios picadores se posan en las manos y hacen enloquecer. Aun las redes para la cabeza no logran mantenerlas apartadas. ¡Y en cuanto a los mosquiteros, estas plagas los traspasan!

"Esperamos atravesar esta región en pocos días y acamparemos aquí sólo dos jornadas, para hacer los preparativos del regreso de los peones, que están ansiosos de volver, pues están hartos de viajes y yo no los censuro. Continuaremos con ocho animales: tres muías de montar, cuatro de carga y una madrina o animal guía, que mantiene reunidos a los otros. Jack está en buenas condiciones, fortaleciéndose cada día más, pese a que sufre de las picaduras de insectos. Yo mismo estoy mordido o picado por las garrapatas y por estos *piums*, como se llama aquí a las diminutas. Pero siento ansiedad por Raleigh. Aún tiene una pierna vendada, mas no quiere regresar. Hasta ahora tenemos abundancia de alimentos y no necesitamos caminar, pero no estoy seguro hasta cuándo durará este estado de cosas. Los animales encontrarán muy poco que comer. No creo que voy a soportar este viaje mejor que Jack o Raleigh; sin embargo, tengo que hacerlo. Los años pesan, no obstante el entusiasmo.

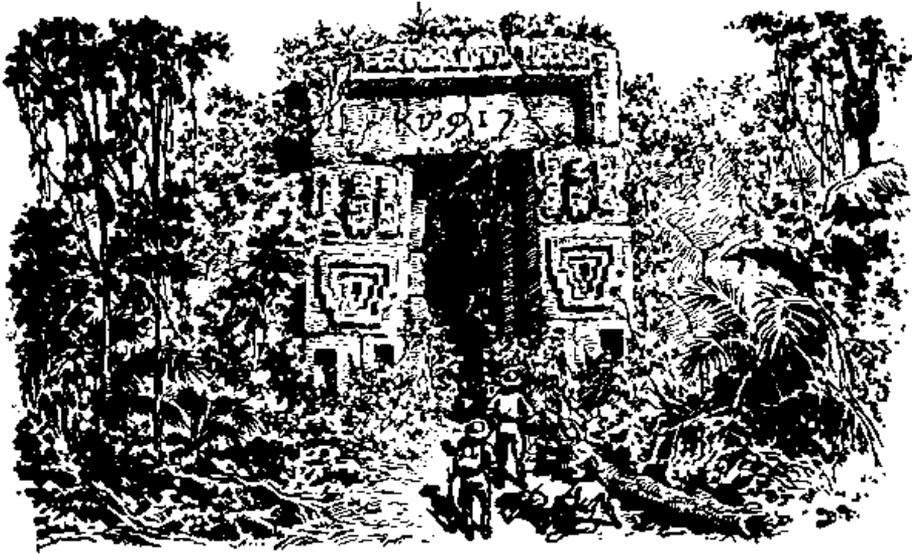
"Calculo que entraremos en contacto con los indios en una semana o diez días más, cuando podamos llegar a la cascada de que tanto se ha hablado.

"Estamos en el campamento del Caballo Muerto, latitud 11° 43' S. y 54° 35' W., lugar en que murió mi caballo el año 1920. Ahora sólo quedan sus huesos blancos. Aquí nos podemos bañar, pero los insectos nos obligan a hacerlo rápidamente. Sin embargo, la estación es buena. Hace mucho frío de noche y fresco en la mañana; los insectos y el calor llegan a mediodía. Desde esa hora hasta las seis de la tarde el campamento se transforma en un infierno.

"No temas que fracasemos...

Estas últimas palabras que escribió a mi madre me llegan a mí como un eco a través de los veintiséis años transcurridos desde entonces.

"No temas que fracasemos..."



CAPITULO SEGUNDO

EL NUEVO PRESTE JUAN

EN 1927, CUANDO YO TRABAJABA en la sección montañesa del ferrocarril central del Perú, me llamaron desde Lima diciendo que había llegado a la ciudad un ingeniero civil francés llarrtado Roger Courteville, quien aseguraba haberse cruzado con mi padre en el estado de Minas Gerais, Brasil, uno o dos meses antes.

Volé a Lima para encontrarme con M. Courteville, quien me contó que él y su esposa habían viajado en automóvil, desde el Atlántico hasta el Pacífico, vía La Paz. Al cruzar por el sertáo de Minas Gerais —dijo—, encontraron sentado a la orilla del camino a un anciano andrajoso y enfermo, quien, al ser interrogado, replicó que su nombre era Fawcett.

—¿Dijo algo más? —pregunté.

—Parecía confuso, y no en sus cabales, como si hubiese sufrido terribles penalidades.

EXPLORACIÓN FAWCETT

M. Courteville trataba ansiosamente de persuadirme de que tomara contacto con la North American Newspaper Alliance, reuniera fondos para una expedición y regresara a encontrar al anciano.

—Yo no sabía absolutamente nada del coronel Fawcett hasta llegar acá —explicó—. Si hubiese estado en antecedentes de algo, lo habríamos traído con nosotros. En todo caso no será difícil encontrarlo si regresamos, porque hay muy pocos gringos en ese distrito.

Yo estaba escéptico, pero vacilaba en desechar esta historia, porque podría ser cierta. ¡Podría serlo, a pesar de todo! Sin embargo, la N.A.Tí.A. pensó de otra manera y no se reunieron fondos. Aun no era la época de las expediciones de rescate grandes y bien financiadas, con aparatos de cine y radios.

Al año siguiente, la N.A.N.A. organizó una gran expedición dirigida por el comandante George Dyott (a quien encontré en Perú en 1924) para investigar la suerte corrida por mi padre. Partieron de Cuyabá en mayo de 1928. Atravesaron la región hasta el río Kuliseu, llegando a una aldea de los indios anaqua. En la cabaña de Aloique, el jefe, el comandante Dyott, vió una maleta para uniformes, de metal, y el hijo del jefe usaba alrededor de su cuello una cuerda con un rótulo de bronce, en el que se hallaba escrito el nombre del fabricante de estas maletas, Silver & Co., de Londres.

Aloique dijo que había recibido esa valija de manos de un *caraiba* (hombre blanco) que había llegado acompañado de otros dos más jóvenes, y ambos, cojos. Los tres fueron conducidos por Aloique hasta una aldea de indios kalapalo, en el río Kuluene, y después cruzaron el río para continuar hacia el oriente. Durante cinco días pudo verse el humo de las fogatas de su campamento, pero, después, ya no se percibió nada.

La expedición Dyott regresó sin prueba alguna, ni siquiera con la seguridad de que la expedición de Fawcett hubiese estado allí. Aunque la maleta identificada por el fabricante había pertenecido a mi padre, era una que él había desechado en 1920. La creencia del comandante Dyott es que habían asesinado a mi padre, pero yo presento las evidencias y dejo que el lector juzgue. Nosotros, los de la familia, no podemos aceptar esto como algo concluyente.

La segunda expedición que trató de descifrar el misterio iba dirigida por un periodista, Albert de Winton. Llegaron en 1930 a la misma aldea kalapalo, donde Dé Winton creía que la expedición Fawcett había sido destruida. Jamás regresó vivo y nada se pudo probar.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Hubo gran sensación en 1932 cuando un suizo, trampero, llamado Stefan Rattin, regresó del Matto Grosso con la historia de que mi padre era prisionero de una tribu india al norte del río Bomfin, tributario del Sao Manoel. Aseguraba haber hablado con mi padre y éste era su relato:

“Hacia el atardecer del 16 de octubre de 1931, yo y dos de mis compañeros estábamos lavando nuestras ropas en una corriente (tributaria del río Iguassu Ximary), cuando nos dimos cuenta, repentinamente, de que nos rodeaban los indios. Me adelanté hacia ellos y les pregunté si podían darnos un poco de chicha. Tuve alguna dificultad en comunicarme con ellos, porque no hablaban guaraní, aunque entendían algunas palabras. Nos llevaron hasta su campamento, en el cual había alrededor de 250 hombres y un gran número de mujeres y niños. Todos estaban encucillados en el suelo bebiendo chicha. Nos sentamos con el jefe y con otros treinta más.

“Después de la puesta de sol apareció repentinamente un anciano vestido con cueros, con larga barba blanco-amarillenta y pelo largo. Inmediatamente comprendí que se trataba de un hombre blanco. El jefe le dió una severa mirada y dijo algo a los otros. Cuatro o cinco indios dejaron nuestro grupo y se llevaron al anciano, haciéndolo sentar junto a ellos a algunas yardas de distancia. Parecía muy triste y no podía apartar sus ojos de mi persona. Bebimos toda la noche, y al amanecer, cuando todos los indios, incluyendo el jefe, dormían profundamente, el anciano se me aproximó y me preguntó si yo era inglés. Él hablaba inglés. Yo respondí: “—No, suizo”. Entonces inquirió:

“— ¿Es usted amigo?” Dije: “—Sí”. Y él continuó: “—Soy un coronel inglés. Vaya al consulado inglés y pregunte por el mayor Paget, quien tiene una hacienda cafetera en el estado de Sao Paulo; dígame que estoy prisionero aquí”. Prometí que cumpliría lo que me encomendaba. Entonces dijo: “—Usted es un caballero”, y me estrechó la mano.

“El anciano preguntó si yo tenía papel, y me llevó a su choza. Algunos indios que lo vigilaban nos siguieron. Me mostró cuatro tablas de madera, en las que había hecho burdos diseños con una piedra afilada. Los copié lo mejor que pude. Entonces, me di cuenta de que los dorsos de sus manos estaban terriblemente arañados, por lo que envié a uno de mis compañeros a buscar tintura de yodo que andábamos trayendo. Él se puso algo de tintura en sus manos, pero cuando los indios vieron esto, se la arrebataron y comenzaron a pintarse ellos mismos con tintura.

“El jefe y la mayoría de sus hombres aún estaban durmiendo y pude preguntarle al anciano si estaba solo. Dijo algo sobre su hijo que dormía y comenzó a llorar. No mencionó a nadie más, y yo tampoco me atreví a hacer más preguntas. Entonces me

EXPLORACIÓN FAWCETT

mostró un guardapelo de oro que llevaba en el extremo de una cadena que le colgaba del cuello. Adentro había una fotografía de una dama con un gran sombrero y dos niños pequeños (aproximadamente de seis a ocho años). Usaba cuatro anillos de oro; uno, con una piedra roja; otro, con una piedra verde y un león esculpido en ella; el tercero era más delgado, con un diamante pequeño, y el cuarto, un anillo en forma de serpiente con dos ojos rojos. Es un hombre de aproximadamente sesenta y cinco años; de cinco pies, siete pulgadas de altura y vigorosamente conformado. Tiene ojos azules brillantes con un tinte amarillento, pestañas color castaño y una pequeña cicatriz sobre el ojo derecho. Parecía muy deprimido, pero estaba en absoluta posesión de sus facultades. Aparentaba gozar de buena salud, ni demasiado delgado ni demasiado rollizo.

”Poco después que salió el sol, regresamos a tomar nuestras muías y dejamos el caserío. Hasta mediodía nos siguieron cerca de cincuenta indios. No quise hacer preguntas, pero traté de averiguar lo que hacía allí el anciano. Todo lo que decían era: “Poschu demas”, lo que, al parecer, significa “hombre malo”. Viajamos durante seis días en dirección sur y fuimos a Barreto, vía Goyaz...

”Jamás había oído nombrar al coronel Fawcett hasta que llegamos a Barreto.”

Lo que se ha transcrito anteriormente es la declaración oficial hecha al cónsul general británico en Río de Janeiro. Más tarde, Rattin fué interrogado por las autoridades brasileñas.

Se le dió fe al relato, especialmente por la mención del “mayor Paget”, pero esto para mí no es convincente. El gran amigo de mi padre era Sir Ralph Paget, en un tiempo Embajador de S. M. B. en Brasil; pero Sir Ralph hacía ya tiempo que había regresado a Inglaterra. Antes de que yo me viniera al Perú, recuerdo que mi padre lo visitaba en Sittingbourne, Kent. Creo que Rattin estaba diciendo sólo la verdad, pero no puedo aceptar la identificación del anciano.

La barba de mi padre debía ser gris pardusca, no blanca- amarillenta, y si tenía el pelo largo, quiere decir que éste había crecido sorprendentemente en una cabeza notable por su temprana y absoluta calvicie. ¿Por qué tendría que hablar inglés a Rattin cuando éste conocía tan poco ese idioma que la anterior declaración tuvo que ser hecha en alemán? Lo más lógico habría sido conversar en portugués, idioma que, presumo, ambos dominaban con la misma fluidez. El anciano dijo que su hijo estaba “durmiendo” y lloró. La observación y la emoción son totalmente opuestas al carácter de mi padre. No creo que haya tenido un guardapelo como el que Rattin describe. Con absoluta seguridad, él jamás usó esa colección de anillos. La altura que da Rattin queda corta. Mi padre sobrepasaba muy bien los seis pies, pero esta

EXPLORACIÓN FAWCETT

afirmación no es totalmente positiva. Sus ojos no eran azules, sino gris acero, y, a veces, casi verdes. Sus pestañas y cejas eran gris-parduscas, no castañas. Cuando dejó Inglaterra no tenía ninguna cicatriz sobre los ojos. ¿Y por qué, por qué el anciano no reveló su nombre?

Las regiones limítrofes con la civilización, donde viven las tribus “degeneradas” — como las llama mi padre—, a menudo son visitadas por hombres blancos, exploradores, cazadores, fugitivos, naturalistas, botánicos, etc. ¡El mismo Rattin estaba vagabundeando por allí! Es muy posible que algún hombre blanco, en realidad, fuera mantenido prisionero por estos indios, pero existen muchas razones para dudar de que se tratase de Percy Harrison Fawcett.

Rattin no hizo pedidos de dinero ni buscaba la publicidad. El no alentó ningún intento para organizar una expedición oficial de rescate, sino que él mismo fué a buscar al anciano.

—El coronel inglés me gratificará después —dijo.

Jamás se volvió a saber de Rattin. Pero cuando se dirigía a buscarlo, pasó por el rancho del señor Hermenegildo Galvao, el amigo de mi padre. El 8 de julio de 1932, el señor Galvao escribió a mi madre, refiriéndose a la expedición “demasiado grande” que ya he mencionado:

“Estas expediciones son consideradas científicas, pero están compuestas de meros aventureros que, mientras aseguran estar buscando a su marido, toman el viaje como una especie de picnic y no hacen nada en serio. Tal es el caso de Rattin, el suizo trampero. Recién llegado a Cuyabá, se le indicó la dirección por donde partió el coronel Fawcett, pero Rattin tomó una dirección totalmente opuesta, dejando a Cuyabá por vía Rosario, después Diamantino y, desde esta última ciudad del Matto Grosso partió para el río Arinos, donde se embarcó en una canoa con sus dos compañeros. Este río es un tributario del río Joruena, principal afluente del gran Tapajoz, que a su vez es tributario del Amazonas. Esta expedición de ninguna manera puede proporcionar alguna noticia verdadera sobre su esposo. . .

“El coronel Fawcett..., cuando iba a partir en su última expedición..., me informó sobre la ruta que iba a seguir, y como yo he observado que todos los que vienen hasta acá no siguen ese camino, o cuando lo siguen no hacen el menor intento para descubrir la verdad —ni tampoco tratan de saber de los indios de estas regiones algo sobre su paradero—, he resuelto ponerme a su disposición para hacerme cargo de una expedición, que descubra el destino del grupo. . .”

EXPLORACIÓN FAWCETT

En junio de 1933, el secretario de la Royal Geographical Society envió a mi madre un paquete que contenía una brújula que perteneció a un teodolito, identificada por los fabricantes como parte de un instrumento vendido a mi padre en Devonshire, el 13 de febrero de 1913. La brújula estaba guardada en un estuche muy bien hecho, de una madera sudamericana, y dentro de la tapa había una nota con las siguientes palabras:

“Brújula de teodolito. Encontrada cerca del campo de los indios bacairys del Matto Grosso, por el coronel Aniceto Botelho, antiguo diputado de ese estado, quien la entregó al Inspector de los Indios, Dr. Antonio Estigarribia. A su vez, el doctor la entregó, a Federico C. Glass, misionero, el 14 de abril de 1933. El estuche fué fabricado por el Dr. Estigarribia.”

Mr. Glass envió la brújula a Mr. A. Stuart McNairn, de la Unión Evangélica de Sudamérica, residente en Londres, y, por su intermedio, llegó a manos del secretario de la Royal Geographical Society.

La significación de este hallazgo reside en- el hecho de que no hay ningún informe de que P. H. F. haya estado en contacto con los bacairys antes de su último viaje, pues ustedes recordarán que él habló con Roberto, un indio bacairy, sobre la cascada donde estaban las inscripciones. Roberto le dijo que su tribu vivía “muy lejos hacia el norte”, posiblemente en la ruta que mi padre se proponía hacer.

La brújula estaba en perfectas condiciones y evidentemente no había estado expuesta a la intemperie en ningún momento. También había señales de haber estado en manos de alguien que entendía estos instrumentos. La conclusión a que llegó mi madre fué que el mismo Percy Harrison Fawcett puso esta brújula en el camino del coronel Botelho, pues sabía que éste se encontraba en las cercanías, con el objeto de que la hallase y la identificara. El mensaje destinado a ser transmitido a ella era que el trabajo ya se había realizado, y P. H. F. estaba listo para salir de la selva con sus pruebas —posiblemente una gran losa de piedra con inscripciones—, y necesitaba una pequeña escolta como ayuda. El discutió tal posibilidad con mi madre en 1924.

Mi propia opinión es que fué dejada en esa región al regreso de la expedición de 1920, cuando la muerte de los animales de carga los obligó a botar todo lo que no fuese esencial. La brújula puede haber sido dejada como un regalo, en alguno de los puestos donde dieron hospitalidad a Felipe y a mi padre, o. también pudo haber sido encontrada por indios curiosos que examinaban los campamentos recientemente abandonados.

EXPLORACIÓN FAWCETT

En julio de 1933 llegó la narración de una expedición al río Kuluene, dirigida por Virgilio Pessione. Fué enviada al presidente de la Royal Geographical Society por Monseñor Couturon, administrador apostólico de la Misión Salesiana en Matto Grosso.

“...Llegamos a la hacienda “Ranchaira”, situada en la orilla izquierda del río Sao Manoel, afluente del río Parana-tinga, donde pasamos la noche. Aquí supimos de la existencia de una mujer india de la tribu nafaqua, acompañada por su hijo y por otro indio de la tribu kalapalo, quienes habían vivido en la hacienda cerca de un año.

”Los dueños de casa nos informaron que esta mujer india, después de aprender unas pocas palabras portuguesas, dió a entender que deseaba contar la existencia, durante muchos años, de hombres blancos en medio de la tribu aruvudu, que tenía relaciones de amistad con la de ella. Al día siguiente tuvimos oportunidad de escuchar la historia de la mujer, que se dió a entender por signos, ayudada por un indio bacáiry, que hablaba portugués y que estaba empleado en la propiedad.

”Ella contó que antes de destetar a su hijo, llegaron en canoa, bajando por el río Kuluene, tres hombres blancos, a su tribu. Uno de ellos era anciano, alto, de ojos azules, barbudo y calvo; el otro, un joven de quien dió a entender que era hijo del primero, y el tercero era un blanco de mayor edad. Contemplamos al hijo de la mujer, del que decía era todavía niño de pecho en la época en que estos hombres llegaron a la aldea y juzgamos su edad en nueve o diez años. Tocando nuestras manos, por signos y en media lengua, nos dió a entender que el mayor mayor de los hombres blancos usaba en la mano derecha un anillo grande —muy grande—, y otro anillo fino en el índice. El que ella designaba por hijo del más anciano cubría su cabeza con un casco colonial, semejante a los que usábamos nosotros, y el hombre anciano —padre carayba, como lo llamaba ella— tenía un sombrero de fieltro como el de senhor Becerra (el dueño de casa). Contó que los veía constantemente, cada vez que visitaba la tribu aruvudu, y que hacía como un año estaban vivos y sanos.

”Los hombres blancos hablaban todas las lenguas de las tribus amigas, y el carayba —el de la larga barba blanca— es ahora jefe de los aruvudus y su hijo se casó con la hija del jefe Jeruata. Agregó la mujer que la última vez que los vió, la esposa del hijo llevaba en brazos un niño varón, completamente desnudo y aún muy pequeñito, de ojos azules (indicó los blue jeans de uno de los presentes) y con cabello color maíz (señaló un poco de maíz que estaba en un rincón de la pieza).

”Continuó relatando que los caraybas dedican su tiempo a un pequeño pedazo de tierra cultivable y a cazar y pescar. Especialmente van de una aldea a la otra, y tienen costumbre de reunir a los niños y hacerles dibujos en la arena. Esta última

información nos hizo recordar que en la vecindad de los rápidos, donde el torrente del Kuluene fluye cerca de las estribaciones de la Serra Azul, nosotros habíamos visto señales hechas en la corteza de los árboles, como con herramienta de piedra, señales que semejaban a las letras del alfabeto y que parecían haber sido labradas más o menos dos años antes. Nos dijo que el jefe carayba y los otros blancos eran muy estimados por la tribu, que los cuidaban bien. Al preguntarle nosotros a la mujer por qué no escapaban los hombres blancos, replicó vagamente que no había más balas para sus armas y agregaba, en forma más inteligente, que donde ellos vivían había muchas tribus feroces en la vecindad —suyas y cayapos— y que aún los indios amistosos los matarían si ellos intentaran huir, pues eran vigilados constantemente y los seguían a todas partes a que iban...”

Después se le preguntó a la mujer el mejor medio para que gente civilizada se pudiese encontrar con ellos y contestó ' con una explicación larguísima, acompañada de mucha pantomima. Era necesario pasar por muchas tribus antes de llegar donde los aruvudus. La narración agrega:

“Explicando y haciendo signos en esta forma, golpeó el suelo con un pie y declaró impetuosamente que los hombres blancos estaban a salvo y que aún permanecían allí. Cada uno de nosotros, por turno, se lo hicimos repetir varias veces, y siempre dió la misma información precisa, especialmente con respecto al punto en que' insistía en que los hombres blancos aún estaban con la tribu de los aruvudus. . .”

Hay rasgos en esta información que indican con exactitud que estos hombres blancos pueden ser mi padre, Jack y Raleigh. “Reuniendo a los niños y hacerles dibujos sobre la arena”. No sólo sería la forma de expresión más fácil para dos artistas, como eran mi padre y mi hermano, sino que me recordaba también la incapacidad de Jack de pasar sobre un trecho limpio de arena, sin buscar una ramita o una astilla para garrapatear sobre ella. Se pueden haber visto obligados a viajar en canoa por la persistencia de la cojera de Raleigh, después de dar por perdido el último animal. En la descripción que la mujer da de ellos hay dos discrepancias. Mi hermano no tenía un casco colonial; los tres usaban Stetsons. Tampoco Raleigh era “de mayor edad” que Jack, aunque una prolongada enfermedad podía hacerlo aparecer así. En todo caso, estas discrepancias no son de mucha monta. Es demasiado esperar exactitud perfecta de la mujer, y hay posibilidades de mal entendimiento, cuando la comunicación se lleva a cabo principalmente por signos.

He oído decir que los indios salvajes gustan de mantener cautivo a un hombre blanco. Esto aumenta su prestigio ante los ojos de las tribus vecinas, y el prisionero, generalmente bien tratado, pero estrechamente vigilado, ocupa una situación similar a la de una mascota. Por lo general, los exploradores blancos poseen conocimiento de

EXPLORACIÓN FAWCETT

medicina, que sirve a la tribu. También un hombre de personalidad fuerte puede persuadir, con el tiempo, a los indios a que lo miren como a su jefe. Conozco este caso en el Perú, donde un inglés casi llegó a ser un rey local, con autoridad sobre un área bastante extensa. ¡Naturalmente los indios no permiten que su mascota, doctor y jefe los abandone!

Mr. Patrick Ulyatt regresó del Matto Grosso en 1935, y en una carta a mi madre decía lo siguiente:

“Aunque no tengo pruebas aún y no quiero que usted suponga que las poseo, todavía mantengo la creencia de que está vivo un miembro de la expedición de su marido. Sólo me guío por vagas informaciones recogidas en el Matto Grosso. No puedo asegurar nada, y por el momento prefiero mantener mi propia opinión. Mi hermano está de acuerdo conmigo. Es interesante agregar, sin embargo, que creo aún más firmemente que antes en la ciudad perdida de su esposo...”

”Debo regresar. Quizás sea difícil de entender. Pasamos muchas penalidades, pero yo debo regresar, aunque sea solo...”

El y su hermano Gordon partieron por el río Jamari, tributario del- Madeira, y avanzaron hacia el río Machadinho. Casi pasaron delante de un campamento de indios boca preta; después se vieron rodeados de salvajes, quienes se negaron a dejarlos seguir más adelante, permitiéndoles escapar solamente después que los Ulyatts les entregaron todo su equipaje y partieron sólo con los rifles llevados al revés, en señal, de paz. Estos indios estaban preocupados únicamente de evitar que los Ulyatts pasasen más adelante. ¿Por qué? Después de muchas aventuras tuvieron la suerte de poder salir una vez más, y aun con todas estas penalidades, estaban resueltos a regresar. Mr. Ulyatt dice que los colectores de caucho sabían muchas cosas sobre mi padre, aunque ignoraban su identidad, y que la región donde se cree que él permanece estaba rodeada por tribus indias hostiles.

El 13 de febrero de 1944 recibí un llamado telefónico de larga distancia, de Sao Paulo. Al otro extremo del ruidoso alambre estaba el senhor Edmar Morel, periodista de la Agencia Meridional, quien me dijo que junto a él se encontraba un niño indio llamado Dulipe, que era, en realidad, un niño blanco e hijo de mi hermano Jack. Yo estaba en Lima, Perú, en esa época, y por el ruido del alambre, debido al mal tiempo y a las confusas palabras en portugués, poco familiar para mí del señor Morel, encontré muy difícil de entender todo lo que me dijo, pero saqué en limpio que el niño ¡estaba listo para ser embarcado en el próximo avión a Perú, tan pronto como yo lo aceptase! Él había sacado al niño de la tribu kuicuro, en la región del Xingú, donde se habían obtenido pruebas definitivas de la destrucción del grupo de mi padre.

EXPLORACIÓN FAWCETT

No estaba dispuesto a aceptar esto, porque no era la primera vez que yo había oído hablar de Dulipe. En 1937 mi madre recibió una larga carta de miss Martha Moennich, una misionera recién salida del Xingú, quien enviaba un conjunto de excelentes fotografías de “un niño blanco”, llamado *Duh-ri-pe*, que estaba con la tribu kuicuro.

“En la primavera de 1925 la expedición de los tres partió a las cabeceras del Xingú desde Cuyabá —escribió la señorita Moennich (ella se refería a la expedición de mi padre) —. Tomaron una ruta sobre la meseta central hacia el río Kuliseo, vía Paranatinga. Continuaron en canoa, un viaje de nueve días por el río, hasta llegar a la primera aldea india, los nafaquas. Aquí el coronel dejó su baúl de ejército al jefe Aloique y viajaron por tierra hacia el norte, hasta donde estaban los indios kuicuro, en el río Kuluene, llevando solamente lo más indispensable.

”Raleigh Rimell murió a consecuencias de la fiebre y de las picaduras de insectos, poco después de llegar al Xingú. El coronel y Jack permanecieron un año con la tribu kuicuro, y los indios los trataron bien (tanto como puede esperarse de un pueblo tan primitivo que nada tiene que ofrecer). Entre tanto llegó un hijito, y aunque la madre india y Jack han muerto, el pequeño fue cuidado como mejor pudieron hacerlo el padre adoptivo y sus parientes de las selvas.

”Después de eso el coronel y Jack decidieron ir al “Río de la Muerte” (Río das Mortes), en una última búsqueda de su objetivo.

Dejando a los kuicuros, avanzaron hacia los kalapalos, hacia el sureste, donde un grupo de indios los escoltó por algunos días, hasta más allá del río Kuluene. Cuando se acabó su provisión de mandioca y béiju, los kalapalos rogaron por signos a los dos hombres que regresasen a su aldea, indicándoles que era un esfuerzo desesperado aventurarse en una región donde sólo los aguardaba una muerte inevitable. Los indios también estaban extenuados y no pudieron continuar. Sin embargo, con espíritu intrépido y pese a la debilidad causada por privaciones indescriptibles, el padre y el hijo siguieron avanzando sin alimento, sin medicamentos, sin mudas de ropa, etc. Entonces, llegó el momento fatal. Yo y mis tres amigos hemos discernido de la dramática demostración de nuestro indio waura, que el crimen no se cometió a causa de la traición (como hubiese sido el caso con los salvajes cayapos y caxibis), sino a un mezclado sentimiento de piedad y provocación; de piedad, porque los indios comprendían que los esperaba una muerte inevitable, y de provocación, porque ellos no respondían a su ruego bien intencionado.

”Nuestro grupo, formado por cuatro personas, estuvo con los kuicuros, y algunos de nosotros llegamos hasta los kalapalos. En realidad, tomamos contacto con nueve de

las once tribus. Caminamos por donde el coronel había caminado, nos sentamos donde él se sentó. . .

”En cuanto al niño, es completamente blanco y rubicundo. Su cuerpo es frágil, y sus ojos azules han sufrido con la fuerza del sol tropical. En su naturaleza dual, hay vestigios conspicuos de la reserva británica.-y de la prestancia militar, mientras que en su lado indio la vista de un arco y de una flecha o de un río lo hace transformarse en un niño de la jungla...

”El reverendo Emil Halverson descubrió por primera vez al niño en 1926, cuando aún era un infante. En 1934 lo vimos otra vez...”

En las fotografías que adjuntó miss Moennich, el niño parece ciertamente el hijo de un hombre blanco, pero sus ojos torcidos y sus cejas sin color son los de un albino. Los albinos existen entre las tribus salvajes, y, de acuerdo con P. H. F., hay descendientes “blancos” con ojos azules y pelo rojizo. Sin embargo, Dulipe puede ser medio blanco, y su padre pudo haber sido uno de los viajeros blancos que vagabundeaban por estas áreas semicivilizadas. ¿Por qué tendría que ser Jack el padre? En todo caso no existe la certidumbre de que él lo fuese. El asunto depende, por supuesto, de la fecha en que nació el niño. Recuérdese que Jack era absolutamente virgen y no se interesaba en lo más mínimo en mujeres, ya sean civilizadas o salvajes. Ultimamente se ha hecho costumbre adjudicarle la conducta de un soldado hambriento de sexo. ¡La gente que divulga estas historias mira, al parecer, esta actitud como una característica inevitable del hombre!

La relación de Aloique y la maleta militar es semejante al informe del comandante Dyott, y puede ser desechada por las razones que yo he dado.

Mi padre declaró categóricamente que no viajaría en la dirección del Río das Mortes, porque no era inexplorado y no le interesaba, aunque muchos de los informes insisten en haber encontrado sus huellas en esa dirección. ¡El sugestivo nombre del río parece que les resulta irresistible!

La comunicación telefónica del senhor Morel no me tomó desprevenido. En esa época mi opinión era que, quienquiera fuese el niño Dulipe, resultaba un acto demente sacarlo de su hogar y de su tribu, condenándolo a las calamidades de la civilización. Pero el niño ya había sido trasplantado —el daño ya estaba hecho—, y el molesto problema de su bienestar futuro estaría resuelto convenientemente si se me inducía a aceptarlo como sobrino. Yo preví la posibilidad de que este niño salvaje fuese puesto en el avión internacional y se enviase a mi cuidado, sin siquiera pedir mi consentimiento; de manera que con la ayuda de amigos de los círculos diplomáticos evité este riesgo. Entretanto, mis enfáticas negativas de parentesco fueron

publicadas en la prensa brasileña, y cuando pasó el alboroto, no supe más del pobre Dulipe. Espero, por el bien del niño, que haya regresado a su tribu y a la vida a que estaba acostumbrado.⁴⁰

Por esa misma época se informó que un oficial del ejército brasileño había encontrado una brújula y un libro con anotaciones que tenía el nombre de mi padre. Le pedí a un amigo que tratara de conseguírmelos para identificarlos, esperando que alguna vez se descubriese el libro de bitácora del último viaje de Percy Harrison Fawcett. Afortunadamente, mi amigo las consiguió y recibí ambos objetos para inspeccionarlos. La brújula era de juguete, como aquellas con que juegan los niños o llevan los hombres en la cadena de su reloj. El libro contenía materias religiosas garabateadas con lápiz. Lo que se pretendía que era el nombre de mi padre, no pensaba serlo. Mi opinión es que el libro perteneció a un misionero, y que no tenía absolutamente nada que ver con alguno de los tres miembros de la expedición Fawcett. Devolví los objetos con mis observaciones, ¡pero aún se refieren a ellos como pertenecientes al coronel Fawcett!

De tiempo en tiempo se organizan otras expediciones, como también se entregan informes .aislados sobre el hallazgo de esqueletos y cabezas reducidas. Mencionar todos los intentos —genuinos o pretendidos— para esclarecer el “misterio Fawcett” sería ocupar demasiado espacio, aun cuando hubiese encontrado dignos de fe los informes entregados. Será suficiente decir que los que no he mencionado aquí son de escasa o de .ninguna importancia y mi propia opinión puede también sintetizarse en las palabras del senhor Galvão.

El último informe que la prensa europea publicó en abril de 1951, pero que data de seis meses antes, fue la dramática “confesión” que obtuvo el senhor Orlando Vilas Boas (de la Fundación del Brasil Central) de labios de Izarari, jefe de los kalapalos, en su lecho de muerte. Según este relato, Izarari habría dado muerte a Fawcett y a sus dos jóvenes compañeros. Los tres blancos llegaron con Aloique, jefe de los anaquas, y el hijo del hombre blanco más anciano se unió a una de las esposas de Izarari. Al día siguiente, el anciano exigió acarreadores y canoas para que los ayudasen en su viaje. Esta demanda fué rechazada a causa de las guerras intertribales y ¡Fawcett abofeteó el rostro de Izarari! El enfurecido jefe cogió su mazo

⁴⁰ En febrero de 1952, después de haber sido escrito el párrafo anterior, se publicó la verdad sobre Dulipe en el *Diario da Noite* y *O Jornal*, dos de los periódicos más importantes de Río de Janeiro, bajo el título “Crepúsculo de los diosas⁴⁰”. En realidad, el niño es un albino. Se conoce a sus padres y no tiene sangre blanca. Los defectos físicos comunes a los albinos lo hacían inútil para los kuiuros y las otras tribus xingú amigas. Despreciado e indeseable, lo sacrificaron a una bomba periodística. El que fué en un tiempo “Dios blanco de los Xingú” está viviendo en Cuyabá y las últimas noticias que se tienen de él son que se ha dejado llevar por malos caminos. ¡Es un tipo degenerado, sin valor!

EXPLORACIÓN FAWCETT

de guerra y golpeó al anciano hasta hacerle saltar los sesos. Inmediatamente le atacaron los dos blancos más jóvenes, pero en el acto ese mazo invencible los dejó muertos, yaciendo en el suelo junto al anciano.

Izarari tenía un hijo, Yarulla, que acababa de cumplir los veinte años, llamado “Carayba” por sus compañeros, a causa de que su piel era más clara que la de los otros, como si tuviese sangre blanca en sus venas. ¡Ah, la causa era obvia: tenía que ser hijo de Jack Fawcett!⁴¹.

Comatzi, que se transformó en jefe a la muerte de Izarari, después de palabras muy persuasivas, consintió en revelar el sitio de la tumba del explorador asesinado, y se sacaron los huesos, que han sido examinados. Los cuerpos de los dos más jóvenes fueron arrojados al río, dijo Comatzi. En todo caso, no fueron encontrados.

Un equipo de expertos del Royal Anthropological Institute, de Londres, examinó los huesos, afirmando que no eran los de mi padre. Aún no se ha descubierto a quién pertenecieron y existe cierta duda sobre si serán o no de un hombre blanco. Continúa aún el “Misterio Fawcett”, y el lector, que conoce toda la historia, podrá formarse su propia opinión. Puedo dar brevemente la mía.

La siguiente es una de las posibilidades que pudiesen haber inducido a la expedición a continuar su viaje por territorio kalapalo, o sea, en dirección opuesta a la ruta fijada. Supongamos que, después de dejar el Campamento del Caballo Muerto, no hubiese sanado la pierna de Raleigh, o fuese nuevamente atacada por las continuas picaduras de insectos. Después de una semana o dos, los animales no podrían continuar por falta de alimento y el grupo tendría que llevar todo a la espalda, continuando a pie hasta el Xingú. Poco antes de llegar al río, Raleigh hubiese enfermado gravemente por envenenamiento de la sangre, lo que sobreviene muy rápidamente a cualquiera infección superficial en la Sudamérica tropical, como bien lo sé. Había una leve esperanza de salvarlo, si se le podía sacar de la selva a tiempo. Era imposible regresar por el camino del Campamento del Caballo Muerto y por el Puesto Bacairy, porque Raleigh era incapaz de caminar, y sólo podía moverse ayudado por los otros dos. Afortunadamente no estaban muy lejos del Xingú, y después de grandes dificultades, alcanzaron las riberas del río. Otra vez les sonrió la fortuna: encontraron a un grupo de bacairys. Tenían algunas canoas y cambiaron una por el único equipo de que la expedición podía deshacerse: los instrumentos científicos.

⁴¹ Me contaron que Izarari tenía sangre blanca. Su hijo Yarulla, un joven tímido y buen mozo, es la flor y nata de los kalapalos. Cuando le pregunté al *senhor* Vilas Boas si él creía que Yarulla era mi “sobrino”, el gran *sertanista* replicó que él sabía que *no era*.

EXPLORACIÓN FAWCETT

Al río Xingú se une el Kuluene, y el Kuluene avanza hacia el sur y se aproxima a Cuyabá más que cualquiera de los otros afluentes. Ascender por el Kuluene tal vez no sería posible para dos hombres cargados con el peso de un compañero, pero si se conseguía hacerlo, ya se habría cubierto la mitad de la distancia de regreso a la civilización.

Como Raleigh no podía ser transportado, la única solución era una canoa. Si hubiesen hecho este viaje, habrían llegado hasta la tribu kalapalos, en la conjunción de los ríos Kuluene y Tanguro...

También puede ser que, Raleigh haya mejorado después de dejar el Campamento del Caballo Muerto y que los tres avanzasen en la dirección prevista de antemano, sólo para encontrar que era imposible seguir más adelante, debido a los temibles morcegos. Después de repetidos intentos se vieron obligados a renunciar. Si hubiesen podido procurarse una canoa, habrían decidido regresar por el río...

Otra explicación posible es que hayan hecho hallazgos valiosos en la cascada, tan valiosos, que la urgencia de desentrañarlos haya desechado su intento inicial de alcanzar a "Z". Entonces habrían tenido un motivo para salir por la ruta del río y de los kalapalos. . .

Como ustedes ven, lo que estoy tratando de buscar es una explicación a su posible presencia en el distrito kuluene. Aún no estoy preparado a aceptar que ellos estuviesen allí. Sería mucho más razonable suponer que, si los indios los hubiesen aniquilado, habría sido alguna tribu salvaje, como la de los morcegos, y no los indios semicivilizados de los ríos, a través de cuyas aldeas los misioneros y los exploradores no encuentran ninguna dificultad en pasar. Naturalmente, si mi hermano había contraído el hábito de seducir a las esposas de los jefes y mi padre el de abofetear el rostro de los jefes, hubiesen corrido gran riesgo en cualquier tribu, por amistosa que ésta fuese. Tales cuentos son manifiestamente ridículos y pueden haberse inventado por envidia. ¡Un hombre tan decididamente opuesto a la violencia hacia los indios, que, incluso, permitió, sin defenderse, que lo asaetearan, y también a su grupo durante largo rato, con flechas envenenadas, rehusando tomar venganza, no es el más indicado para inferir una ofensa mortal a un jefe!

Aún existe otra posibilidad. Pueden haber penetrado la barrera de tribus salvajes y haber alcanzado su objetivo. Si esto hubiese realmente sucedido, y si es verdadera la tradición de que los últimos sobrevivientes de las razas antiguas han protegido su refugio, rodeándose a sí mismos con fieros salvajes, ¿qué esperanza habrían tenido de regresar, divulgando con ello el secreto conservado tan fielmente durante miles de años?

EXPLORACIÓN FAWCETT

Hasta la fecha de escribir estas palabras, la suerte de mi padre y de los otros dos permanece aún en el misterio. Es posible que jamás se resuelva el enigma; es posible, también, que, cuando este libro esté en manos de mis lectores, ya haya dejado de ser un misterio. Mi padre conocía los "riesgos que enfrentaba, mejor que ningún otro hombre civilizado, y admitía que había tremendas probabilidades de no regresar.

“Si no volvemos —recuerdo que decía—, no deseo que se organicen partidas de salvamento. Es demasiado arriesgado. Si yo, con toda mi experiencia, fracaso, no queda mucha esperanza en el triunfo de los otros. Esa es una de las razones de por qué no digo exactamente hacia dónde vamos.

”Ya sea que pasemos y que volvamos a salir de la selva; que dejemos nuestros huesos para podrirse en ella, una cosa es indudable: La respuesta al enigma de la antigua Sudamérica —y quizá al del mundo prehistórico— será encontrada cuando se hayan localizado esas antiguas ciudades y queden abiertas a la investigación científica.

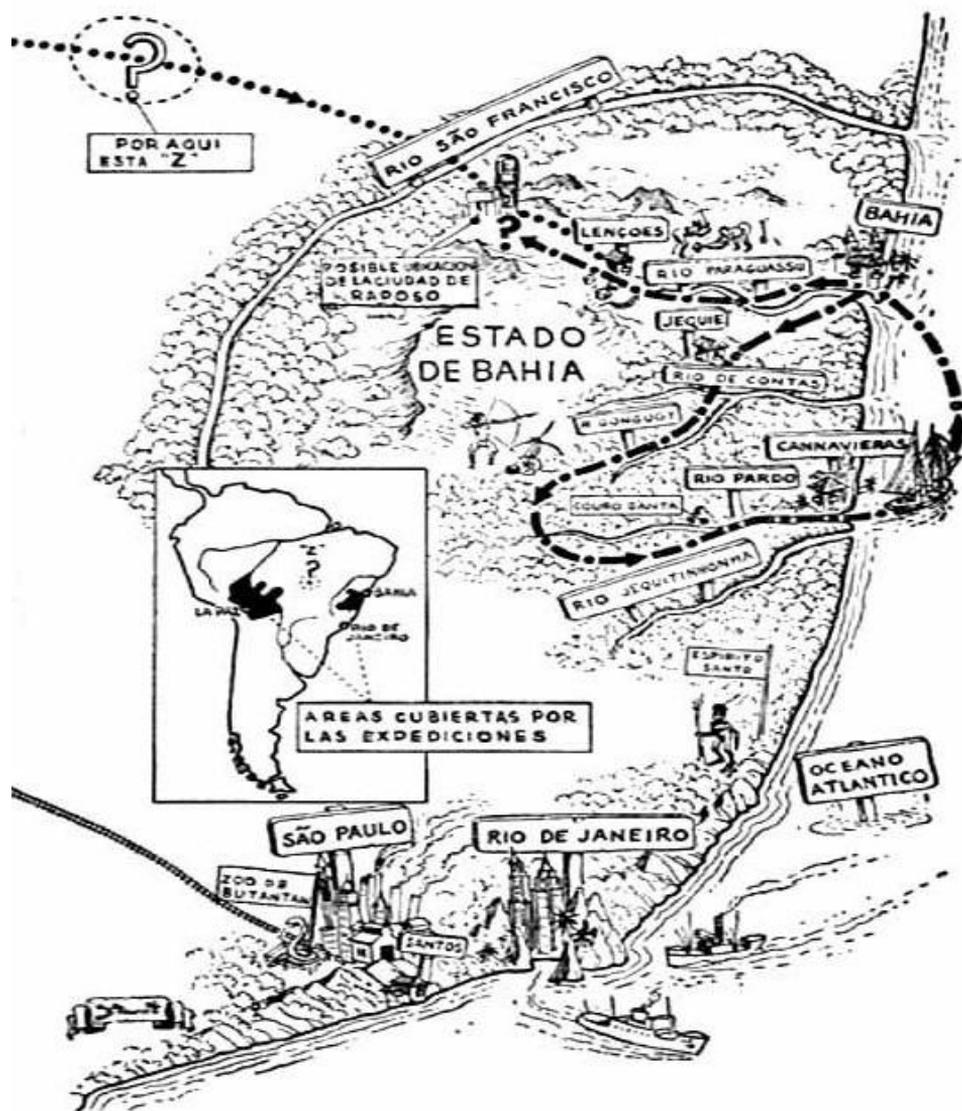
Porque las ciudades existen, de eso estoy seguro...”

FIN



EXPEDICIONES EN BRASIL

———— --- 1908 & 1909
 - - - - - 1914
 — · — · — 1920 & 1921
 - · - · - 1925
 ········ *RUTA PROYECTADA*



La primera expedición de Fawcett a Sudamérica fue en 1906; a consecuencia de las guerras por cuestiones limítrofes entre Brasil, Bolivia y Perú, una comisión tripartita acordó nombrar una instancia imparcial para delimitar definitivamente las fronteras comunes. Se eligió a la Royal Geographical Society, que contrató los servicios de Fawcett por su experiencia en el levantamiento de mapas en el África.

Fawcett realizó siete expediciones entre 1906 y 1924. Descubrió tribus de indios blancos a lo largo de todas ellas, y el rastro de una civilización milenaria que habría tenido su asiento en aquellas regiones amazónicas.

Evidentemente, Fawcett, gracias a regalos, paciencia y comportamiento amable se ganó la confianza de muchos jefes tribales lo que le permitió estudiar el comportamiento de los indios amazónicos, algunos en estado avanzado de degeneración, antropófagos, cazadores de cabezas, sacrificadores humanos, pero que le posibilitaron a su vez, entrar en contacto con remanentes de una etnia de raza blanca que sin duda sería el residuo de una grandiosa nación que habría florecido en eras remotas.

Percy Hamison Fawcett inspiró la creación del personaje de ficción Indiana Jones; es absolutamente remarcable que un hombre de valor inaudito haya existido realmente. Recomendó Bolivia, de seguro, como ningún boliviano lo hizo desde entonces, dejando un libro maravilloso que todo boliviano debería leer.